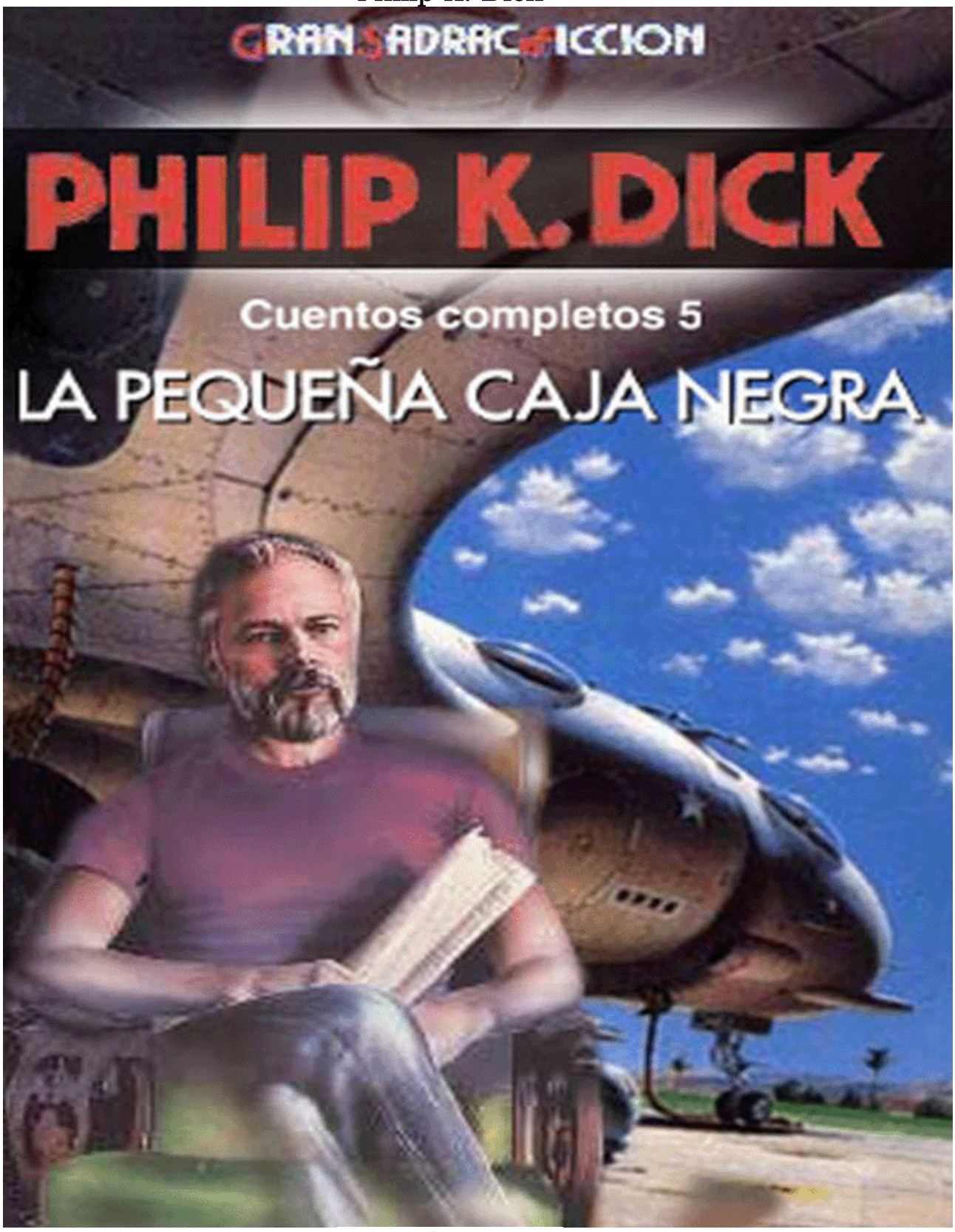
CUENTOS COMPLETOS 5 - LA PEQUEÑA CAJA NEGRA

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

La sabiduría convencional sostiene que hay «escritores para escritores» y «escritores para lectores». Los últimos son esos pocos felices cuyos libros, los cuales los primeros no pueden duplicar en sus Laboratorios con una feromona química, aparecen año tras año en las listas de *best-sellers*. Ellos pueden o (usualmente) no pueden satisfacer los categóricos gustos de los críticos literarios, pero sus libros venden. Los «escritores para escritores» obtienen buenas reseñas, especialmente de sus colegas admiradores, pero sus libros no atraen a los lectores, quienes pueden reconocer, incluso en la distancia de una reseña, los signos de un libro de un «escritor para escritores». El estilo de la prosa aparece para grandes elogios (un verdadero «escritor para lectores», por contraste, no querrá ser acusado por algo tan elitista como el «estilo»); los personajes tienen «profundidad»; sobre todo, ese tipo de libro, es «serio».

Muchos «escritores para escritores» aspiran a la más ancha fama y a los grandes adelantos de los «escritores para lectores»; y, ocasionalmente, un «escritor para lectores» codiciará tales laureles que las regalías no pueden comprar. Henry James, el «escritor para escritores» por excelencia escribió uno de sus cuentos más graciosos, *The Next Time*, acerca de tal conjunto de contradictorios escritores, y la conclusión de James es enteramente justa con la vida. El escritor literario hace lo mejor para escribir un éxito de taquillas, y gana más laureles, pero no más lectores. El exitoso pirata hace todo lo posible para producir una Obra de Arte: los críticos lo desprecian, pero es su más grande éxito comercial.

Philip K. Dick era, en su tiempo, tanto un «escritor para escritores» como un «escritor para lectores»; y sin embargo, otro tipo de escritor también, un «escritor de ciencia ficción para escritores de ciencia ficción». La prueba de esto último se puede encontrar pregonado en las portadas de los montones de sus libros de bolsillo, donde sus colegas han competido por arrojarle generosos superlativos. John Brunner lo llamó «el más consistentemente brillante escritor de ciencia ficción del mundo». Norman Spinrad sobrepasa esto con «el más grande novelista americano de la segunda mitad del siglo veinte». Ursula K. LeGuin lo unge como «el Borges americano», lo que Harlan Ellison acrecienta llamándolo el «Pirandello, su Beckett y su Pinter de la ciencia ficción». Brian Aldiss, Michael Bishop, yo mismo —y muchos más— hemos escrito encomias hasta extravagantes, pero todos esos elogios tienen un muy pequeño efecto en las ventas de libros que engalanaron durante los años en que esos libros fueron escritos. Dick logró sobrevivir como un escritor *free-lance* de tiempo completo sólo por virtud de su inmensa productividad. Es testigo la pura expansión de estos *Cuentos completos*, considerando que la mayoría de sus lectores no consideran a Dick un escritor de cuentos para nada, pues lo conocen principalmente por sus novelas.

Es significativo, creo, que todos los elogios dirigidos a Dick son exclusivamente de otros escritores de ciencia ficción, no de los reputados creadores del establishment literario, para los que no era un «escritor para escritores» fuera de la ciencia ficción. No es por su exquisito estilo por lo que es aplaudido, o su profundización en los personajes. La prosa de Dick rara vez vuela alto, y a menudo es cojo como cualquier Quasimodo. Incluso los

personajes de algunos de sus más memorables cuentos tienen la profundidad de cualquier personaje de comedia de situación de los cincuentas. (Una forma más amable de decirlo: Escribe para el complemento tradicional de la *commedia dell-arte* americana autóctona). Incluso cuentos que uno recuerde como excepciones a esta regla pueden probar, en relectura, que tienen más en común con Bradbury y van Vogt que con Borges o Pinter. Dick está contento, la mayoría del tiempo, con una superficie narrativa tan simple —incluso ingenua— como un libro de historietas. No es necesario ir más lejos que el primer cuento de este libro, *La Pequeña Caja Negra*, para probar esto —y fue escrito en 1963, cuando Dick estaba en la cumbre de sus poderes, escribiendo tales novelas clásicas como *El hombre en el castillo* y *Tiempo de Marte*. Más adelante, *The Little Black Box* contiene el embrión para otra de sus mejores novelas de los últimos años, *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*

¿Por qué, entonces, tales panegíricos? Para cualquier aficionado a la CF la respuesta es evidente por sí sola: él tiene ideas geniales. Los *fans* del género de escritores han sido capaces usualmente de tolerar la dejadez de la ejecución por el beneficio de la genuina novelería, desde que la pesadilla del género de ficción a sido el constante reciclaje de viejos argumentos y premisas. Y las geniales ideas de Dick ocupan una banda de onda única en el espectro imaginativo. No es propio de él la conquista del espacio. En Dick la colonización del Sistema Solar simplemente deriva en la construcción de nuevos y más sombríos suburbios. No es propio de él el uso de monerías de noche de brujas al inventar nuevas razas de monstruos aliens. Dick fue siempre muy consciente de la cara humana detrás de la máscara de noche de brujas como para molestarse con tales elaboradas farsas. Las geniales ideas de Dick nacen del mundo que lo rodea, de los vecinos con los que vive, de los periódicos que lee, de las tiendas en las que compra, los anuncios de televisión. Tomando y juntando todas sus novelas y cuentos, comprendemos una de las mas acertadas y comprensivas imágenes de la cultura americana en las eras del *Populuxe* y Vietnam que existen en la ficción contemporánea, no por su tino en la materia de invención de las banalidades de esos tiempos, sino porque descubrió metáforas que ocultan el significado de la forma en que vivimos. Él hizo de nuestros lugares comunes, mundos de maravilla. ¿Qué más podemos pedir del arte?

Bueno, la respuesta es obvia: refinamiento, ejecución, economía de ideas, y otras bondades estéticas. La mayoría de los escritores de CF, de todas formas, han sido capaces de sobrellevarlo sin lineamientos por tanto tiempo que la proteína de la metáfora estaba allí en su plato. En verdad, los fallos estéticos en Dick se han convertido en virtudes para sus colegas escritores de CF, ya que a menudo es posible para nosotros tomar la pelota que él perdió y continuar para un *touchdown*. *The Lathe of Heaven* de Ursula LeGuin es una de las mejores novelas que escribió Dick, excepto que no lo hizo.

Mi propio *334* seguramente no hubiese sido el mismo libro sin el ejemplo de sus propias versiones del futuro monótono. La lista de sus deudores conscientes es larga, y de sus deudores inconscientes indudablemente más larga incluso.

La nota de Phil en la contratapa de este libro sobre su cuento *Las Prepersonas* proporciona un iluminativo ejemplo del tipo de reacción que podía tener en sus colegas escritores. En este caso Joanna Russ se ofreció

alegóricamente para vencerlo por su cuento sobre la aprensión de un niño pequeño por el conductor del camión de aborto local, que opera como un perrero alrededor de las *Prepersonas* (niños menores de 12 años que no son queridos por sus padres) y llevándolos a centros de abortos para ser «gaseados». Es una inspirada pieza de propaganda (Phil la llama súplica especial), para la cual la única respuesta adecuada es seguramente no un hilo para vencer al autor si no una historia que dramatiza el mismo tema tan fuertemente que no rehuye la interesante pero problemática cuestión: Si hay aborto, ¿por qué no infanticidio? El crecimiento de esta idea para Dick en el polarizado clima de debate fue una *coup de theatre* pero escasamente fue la última palabra del proyecto. Uno puede fácilmente extrapolar una novela entera de la premisa de *Las Prepersonas*, y no sería necesariamente un folleto antiaborto. Los cuentos de Dick a menudo derivaban en una novela cuando reconsideraba su primera buena idea, y la razón de que es un «escritor de ciencia ficción para escritores de ciencia ficción» es porque sus cuentos a menudo han tenido el mismo efecto en sus colegas. Leer un cuento de Dick no es como contemplar una pieza de arte terminada. Es mucho más, es como envolverse en una conversación. Estoy encantado de ser parte de ello, aquí, de esa continua conversación.

Thomas M. Disch
Octubre de 1986

LA PEQUEÑA CAJA NEGRA

I

—Señorita Hiashi —dijo Bogart Crofts, del Departamento de Estado—, queremos enviarla a Cuba para que proporcione instrucción religiosa a la población china del lugar. Es por sus conocimientos de Oriente. Serán de ayuda.

Con un casi imperceptible gemido, Joan Hiashi pensó que sus conocimientos de Oriente consistían en haber nacido en Los Ángeles y haber asistido a unos cursos en la UCSB la Universidad de Santa Bárbara. Pero técnicamente era, desde el punto de vista de su preparación, una estudiosa de Asia, y así lo había hecho constar en su *curriculum*.

—Tomemos en consideración la palabra caritas —estaba diciendo Crofts—. En su opinión, ¿qué significa realmente, tal como la emplea Jerome? ¿Caridad? Difícilmente. ¿Pero qué significa entonces? ¿Amistad? ¿Amor?

—Mi campo es el Budismo Zen —dijo Joan.

—Pero todo el mundo —protestó Crofts desalentado— sabe lo que significaba *caritas* en el uso que se le daba en el latín tardío. El respeto de la gente de bien por los demás, eso es lo que significaba. —Sus altivas cejas grises se alzaron—. ¿Quiere este trabajo, señorita Hiashi? Y en caso afirmativo, ¿por qué?

—Quiero difundir las enseñanzas del Budismo Zen a los comunistas chinos de Cuba —dijo Joan— porque... —Vaciló. La verdad era que simplemente significaba tener un buen sueldo, el primer trabajo realmente

bien pagado que tendría. Desde el punto de vista de su carrera profesional era la guinda del pastel—. Oh, demonios —dijo—. ¿Cuál es el discurrir del *Camino Único*? No tengo respuestas para eso.

—Es evidente que su campo le ha enseñado un método para evitar dar respuestas sinceras —dijo Crofts agriamente—. Y a ser evasiva. Sin embargo... —se encogió de hombros—. Posiblemente sólo viene a demostrar que está bien preparada y es la persona adecuada para el trabajo. En Cuba tendrá que enfrentarse a algunos de los individuos más materialistas y sofisticados; que además viven muy bien, incluso desde el punto de vista de los Estados Unidos. Espero que pueda plantarles cara tan bien como lo ha hecho conmigo.

—Gracias, señor Crofts —dijo Joan. Se levantó—. Espero su llamada, entonces.

—Me ha impresionado —dijo Crofts, medio para sí mismo—. Después de todo, usted fue la joven que tuvo inicialmente la idea de introducir los enigmas del Budismo Zen en los grandes ordenadores de la UCSB.

—Fui la primera en hacerlo —corrigió Joan—. Pero la idea fue de un amigo mío, Ray Meritan. El arpista de jazz gris verdoso.

—Jazz y Budismo Zen —dijo Crofts—. Usted será muy útil para el Estado en Cuba.

—Tengo que irme de Los Ángeles —le dijo a Ray Meritan—. Realmente no puedo continuar viviendo como lo estábamos haciendo aquí. —Se acercó a la ventana de su apartamento y observó el centelleo del lejano monorraíl. El vehículo plateado avanzaba a enorme velocidad y Joan apartó la vista rápidamente.

Si tan sólo pudiésemos sufrir, pensó. Eso es lo que echo de menos, alguna experiencia real de sufrimiento, porque podemos evadirnos de todo. Incluso de eso.

—Pero te vas —dijo Ray—. Vas a ir a Cuba a convertir a ricos comerciantes y banqueros en ascetas. Y eso es una genuina paradoja Zen; te pagarán por ello. —Se rió por lo bajo—. Introdúcelo en el ordenador, una idea como esa causará estragos. Sea como sea, no tendrás que sentarte en el *Vestíbulo de Cristal* cada noche a escucharme tocar, si es eso de lo que estás tan ansiosa de escapar.

—No —dijo Joan—. Espero continuar escuchándote por la televisión. Incluso podré utilizar tu música en mis enseñanzas. —Sacó un revolver del calibre 32 de un arcón de palisandro de una de las esquinas de la habitación. Había pertenecido a la segunda esposa de Ray Meritan, Edna, quien la había usado para suicidarse, el pasado mes de febrero, a última hora de una lluviosa tarde—. ¿Debería llevarla conmigo? —preguntó.

—¿Cómo recuerdo sentimental? —dijo Ray—. ¿O por lo que hizo en tu beneficio?

—No hizo nada en mi beneficio. Yo le caía bien a Edna. No me siento responsable por el suicidio de tu esposa, incluso aunque ella nos encontrase... mirándonos el uno al otro, por así decirlo.

—Y tú eres la chica que siempre le dice a la gente que acepte su culpa y que no la proyecte al resto del mundo —dijo Ray meditativamente—. ¿Qué dicen tus principios, querida? Ah —sonrió burlonamente—. El *Principio Antiparanoia*. La cura de la doctora Joan Hiashi para las enfermedades mentales; absorber toda la culpa, asumirla por completo sobre tus hombros

—alzó la vista hacia ella y dijo muy seriamente—. Me sorprende que no seas una adepta de Wilbur Mercer.

—Menudo payaso —dijo Joan.

—Pero es parte de su encanto. Mira, te lo mostraré —Ray encendió la televisión situada frente a ellos en el otro lado del cuarto, negra, sin patas y de estilo Oriental, decorada con dragones de la dinastía Sung.

—La de cosas extrañas que descubrirás cuando Mercer está encendido —dijo Joan.

Ray, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Me interesa. Una nueva religión que reemplaza al Budismo Zen, avanzando de forma aplastante desde el Medio Oeste hasta abarcar California. Deberías prestarle atención, sobre todo desde que pretendes que la religión sea tu profesión. Vas a conseguir un trabajo gracias a eso. La religión va a pagar tus facturas, mi querida chica, así que no la dejes de lado.

La televisión se había encendido y allí estaba Wilbur Mercer.

—¿Por qué no dice nada? —dijo Joan.

—Porque Mercer ha hecho una promesa esta semana. Silencio Absoluto —Ray encendió un cigarrillo—. El Estado debería enviarme a mí, no a ti. Tú eres un timo.

—Al menos no soy un payaso —dijo Joan—, o una adepta de un payaso.

—Hay un dicho Zen —le recordó Ray delicadamente—: *«Buda es un pedazo de papel higiénico».* Y también este otro: *«Buda a menudo...».*

—Bueno, para un poco —dijo ella secamente—. Quiero ver a Mercer.

—Quieres ver —la voz de Ray estaba cargada de ironía—. ¿Es eso lo que quieres, por el amor de Dios? Nadie ve a Mercer, ahí está el meollo. —Arrojó su cigarrillo a la chimenea y se acercó al mueble de la televisión; allí, delante del mueble, Joan vio una caja metálica con dos asas, unidas a la televisión por un cable doble. Ray aferró las dos asas e inmediatamente una mueca de dolor atravesó su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, asustada.

—N-nada. —Ray continuó aferrando las asas. En la pantalla, Wilbur Mercer caminaba lentamente por la desértica y olvidada superficie de la desolada ladera de un monte, con la cara alzada y una expresión de serenidad, o vacuidad, en sus descarnados rasgos de mediana edad. Jadeando, Ray soltó las asas—. Sólo pude sujetarlas durante cuarenta y cinco segundos esta vez. —Le explicó a Joan—. Esta es la caja de empatía, querida. No puedo contarte cómo la conseguí, para ser sincero no lo sé a ciencia cierta. Ellos la trajeron, la Organización que la distribuye, *Wilbur Incorporated*. Pero puedo contarte que cuando sujetas esas asas, ya no sigues viendo a Wilbur Mercer. Pasas a participar de su apoteosis. Porque pasas a sentir lo que él siente.

—Suena doloroso —dijo Joan.

—Sí —dijo Ray Meritan en voz baja—. Porque Wilbur Mercer está siendo asesinado. Camina hacia el lugar donde va a morir.

Horrorizada, Joan se apartó de la caja.

—Decías que era lo que necesitábamos —dijo Ray—. Recuerda, soy un telépata bastante bueno; no tengo que concentrarme mucho para leer tus pensamientos. *«Si tan sólo pudiésemos sufrir»*. Eso fue lo que estabas pensando hace sólo un rato. Bien, aquí tienes tu oportunidad, Joan.

—Es... morboso.

—¿Era morboso tu pensamiento?

—¡Sí! —dijo ella.

—Veinte millones de personas son seguidores de Wilbur Mercer en estos momentos —dijo Ray Meritan—. Por todo el mundo. Y ellos sufren con él, mientras camina hacia Pueblo, Colorado. Al menos ahí es a donde dicen que se dirige. Personalmente tengo mis dudas. De cualquier forma, el Mercerismo es ahora lo que el Budismo Zen fue en su momento; tú vas a ir a Cuba a enseñar a los acaudalados banqueros chinos una forma de ascetismo que ya está obsoleta, a la que ya le ha llegado su día.

Sin decir nada, Joan se apartó de él y observó caminar a Mercer.

—Sabes que tengo razón —dijo Ray—. Puedo detectar tus emociones. Puedes no darte cuenta de ellas, pero están ahí.

En la pantalla una roca fue arrojada hacia Mercer. Le golpeó en el hombro.

Todo el que estuviese aferrando su caja de empatía, entendió de pronto Joan, sentiría aquello igual que Mercer.

Ray asintió.

—En efecto —dijo él.

—Y… ¿qué sucederá cuando esté finalmente muerto? —se estremeció ella.

—Veremos lo que sucede entonces —dijo Ray tranquilamente—. No lo sabemos.

II

—Creo que te equivocas, Boge —le dijo el Secretario de Estado Douglas Herrick a Bogart Crofts—. La chica puede ser la amante de Meritan, pero eso no significa que lo sepa.

—Esperaremos al señor Lee para que nos lo diga —dijo Crofts irritado—. Cuando ella llegue a La Habana él la estará esperando para reunirse con ella.

—¿El señor Lee no puede explorar a Meritan directamente?

—¿Un telépata explorando la mente de otro? —Bogart Crofts sonrío ante la idea. Se imaginó la absurda situación: el señor Lee leyendo la mente de Meritan y Meritan, que también era un telépata, podría leer la mente del señor Lee y descubrir que éste le estaba leyendo su mente, y Lee, leyendo la mente de Meritan, descubriría que Meritan lo sabía, y así una y otra vez. Una regresión sin fin, que terminaría en una fusión de mentes en la cual Meritan vigilaría sus pensamientos para no pensar sobre Wilbur Mercer.

—Es el parecido de los nombres lo que me persuade —dijo Herrick—. Meritan, Mercer. ¿Las tres primeras letras…?

—Ray Meritan no es Wilbur Mercer. Te contaré cómo lo sabemos. En colaboración con la CIA realizamos una grabación Ampex de las emisiones de Mercer, las amplificamos y las analizamos. Mercer se muestra en el habitualmente deprimente entorno de plantas de cactus, arena y rocas… ya sabes.

—Sí —dijo Herrick asintiendo—. Le llaman el *Desierto*.

—Al amplificarlo apareció algo en el cielo. Fue estudiado. No es la Luna. Es una *luna*, pero demasiado pequeña para ser la Luna. Mercer no está en la Tierra. Me pregunto si no será terrestre en absoluto.

Doblándose hacia adelante, Crofts cogió una pequeña caja metálica, evitando cuidadosamente las dos asas.

—Y estas cosas no han sido diseñadas ni fabricadas en la Tierra. Todo el Movimiento Mercer es no perteneciente a la Tierra de principio a fin, y esa es la situación a la que nos tenemos que enfrentar.

—Si Mercer no es de la Tierra —dijo Herrick—, entonces debe haber sufrido e incluso muerto antes, en otros planetas.

—Oh, sí —dijo Crofts—. Mercer, o cualquiera que sea su nombre real, debe tener una amplia experiencia en eso. Pero aún no sabemos qué queremos saber; ¿qué le sucede a la gente que aferra las asas de sus cajas de empatía?

Crofts se sentó en su escritorio y escudriñó la caja que yacía justo delante de él, con sus dos asas tentadoras. Nunca las había tocado y nunca lo había siquiera pretendido. Pero...

—¿Cuánto tardará Mercer en morir?, —preguntó Herrick—. Esperan que suceda en algún momento a finales de la próxima semana. Y el señor Lee habrá sacado algo de la mente de la chica para entonces, ¿es lo que crees? ¿Alguna pista de dónde está Mercer realmente?

—Eso espero —dijo Crofts, aún sentado frente a la caja de empatía, pero sin tocarla todavía. Debe ser una extraña experiencia, pensó, el poner las manos en las dos asas metálicas de apariencia corriente y descubrir, de forma instantánea, que ya no eres tú; que eres completamente otro hombre, en otro lugar, subiendo trabajosamente por un terreno inclinado, lúgubre e interminable, rumbo a una muerte segura. Al menos eso es lo que dicen. Pero oír hablar de ello... ¿a dónde transportará realmente? Supongamos que lo pruebo por mí mismo.

Sentir un dolor absoluto... eso era lo que le espantaba, lo que le impedía hacerlo.

Era increíble que la gente pudiese buscarlo deliberadamente en lugar de evitarlo. Aferrar las asas de la caja de empatía no era ciertamente el acto de una persona que buscase evadirse. No era evitar algo sino la búsqueda de algo. Y no del dolor como tal; Crofts sabía lo suficiente como para no conjeturar que los Merceristas fuesen simples masoquistas que deseaban el dolor. Era, lo sabía, el significado del dolor lo que atraía a los seguidores de Mercer.

Los seguidores sufrían por algo.

—Desean el sufrimiento —dijo en voz alta a su jefe— como un instrumento para negar sus existencias individuales e íntimas. Es una comunión en la cual todos ellos sufren y experimentan el *vía crucis* de Mercer juntos. —Como la *Última Cena*, pensó. Esa es la auténtica clave: la comunión, la participación que está detrás de todas las religiones. O que debería estar. La religión mantiene unidos a los hombres en un organismo compartido, común, y deja a todos los demás fuera.

—Pero ante todo —dijo Herrick— es un movimiento político, o al menos debe ser tratado como tal.

—Desde nuestro punto de vista —aceptó Crofts—. Pero no desde el suyo.

El intercomunicador del escritorio zumbó y se escuchó la voz de su secretaria.

—Señor, el señor John Lee está aquí.

—Dígale que entre.

El joven chino, delgado y alto, entró sonriendo y tendiendo su mano. Llevaba un traje pasado de moda de chaqueta recta y zapatos negros puntiagudos. Después de darse la mano el señor Lee dijo:

—Ella aún no ha salido para La Habana, ¿verdad?

—No —dijo Crofts.

—¿Es guapa? —dijo el señor Lee.

—Sí —dijo Crofts sonriendo hacia Herrick—. Pero difícil. Una mujer con carácter. Emancipada, si me entiende.

—Oh, del tipo sufragista —dijo el señor Lee sonriendo—. Detesto ese tipo de mujeres. Será más difícil de lo que pensaba, señor Crofts.

—Recuerde —dijo Crofts—, su trabajo es simplemente dejarse convertir. Todo lo que tiene que hacer es escuchar su propaganda sobre el Budismo Zen, aprender a responder unas cuantas preguntas del estilo de *«¿Es este palo Buda?»* y estar a la expectativa de unos cuantos pensamientos inexplicables en la cabeza de una practicante del Zen, ya me entiende, referentes a sentimientos implantados.

—O tonterías implantadas —dijo el señor Lee con una gran sonrisa—. De acuerdo, estoy preparado. Sentimientos, tonterías; en Zen son lo mismo. —Se puso serio—. Por supuesto, yo soy un comunista —dijo—. La única razón por la que hago esto es porque el Partido de La Habana ha adoptado la postura oficial de que el Mercerismo es peligroso y debe ser erradicado. —Sombríamente, continuó—: Debo decir que esos Merceristas son unos fanáticos.

—Cierto —se mostró de acuerdo Crofts—. Y debemos trabajar para que desaparezcan. —Señaló la caja de empatía—. ¿Alguna vez ha...?

—Sí —dijo el señor Lee—. Es una forma de castigo. Autoimpuesto, sin duda por razones de culpa. La ociosidad provoca ese tipo de emociones en la gente si se utiliza adecuadamente; de otra forma no surgen.

Crofts pensó: Este hombre no ha entendido el asunto en absoluto. Es un simple materialista. Típico de una persona que ha nacido en una familia comunista, que ha crecido en una sociedad comunista. Todo es blanco o negro.

—Se equivoca —dijo el señor Lee; había estado leyendo los pensamientos de Crofts.

—Lo siento, lo olvidé —dijo Crofts sonrojándose—. No pretendía ofenderle.

—He visto en su mente —dijo el señor Lee— que usted cree que Wilbur Mercer, como él se llama a sí mismo, puede no ser de la Tierra. ¿Conoce la posición del Partido a ese respecto? Se debatió hace tan sólo unos días. El Partido ha adoptado la posición de que no existen razas no terrestres en el Sistema Solar, que creer en vestigios de que razas superiores del pasado existen todavía es una forma de misticismo morboso.

Crofts suspiró.

—Resolver un asunto empírico a través de una votación... Determinarlo con una base estrictamente política... No puedo entender eso.

Llegados a ese punto el Secretario de Estado Herrick intervino, apaciguando a ambos hombres.

—Por favor, no nos dejemos llevar a un punto muerto por cuestiones teóricas en las que nunca nos pondremos de acuerdo. Centrémonos en lo fundamental... el Partido Mercerista y su rápido crecimiento por todo el planeta.

—Totalmente de acuerdo, por supuesto —dijo el señor Lee.

III

En el aeropuerto de La Habana, Joan Hiashi observó cómo a su alrededor los otros pasajeros iban rápidamente de la nave a la entrada número veinte.

Parientes y amigos habían salido previsoramente a la pista, como hacían siempre, desafiando la normativa del aeropuerto. Entre ellos vio a un joven chino alto y delgado, con una sonrisa de bienvenida en su rostro.

Avanzando hacia él, le llamó.

—¿El señor Lee?

—Sí —él se apresuró a reunirse con ella—. Es la hora de la cena. ¿Le gustaría cenar? La llevaré al restaurante *Hang Far Lo*. Tienen pato relleno y sopa de nido de pájaro, todo al estilo cantonés... muy dulce, pero bueno de vez en cuando.

Enseguida estuvieron en el restaurante, en un reservado de tela rojo cuero de imitación. Los cubanos y los chinos charlaban por todas partes a su alrededor; el aire olía a carne de cerdo frita y humo de puros.

—¿Usted es el presidente del *Instituto de La Habana para Estudios Asiáticos*? —preguntó ella para asegurarse de que no había sido una confusión.

—Correcto. El Partido Comunista Cubano nos tiene entre ceja y ceja debido a nuestro carácter religioso. Pero muchos de los chinos de la Isla asisten a las conferencias o están en nuestra lista de correo. Y, como sabe, hemos tenido muchos distinguidos estudiosos de Europa y el Sudeste Asiático que han venido a hablar... Por cierto, hay una parábola Zen que no entiendo. *«El mono qué cortó al gatito por la mitad...».* La he estudiado y he reflexionado sobre ella, pero no veo cómo Buda pudo estar presente cuando se sometió a tal crueldad a un animal. —Se apresuró a añadir—. No quiero discutir con usted. Simplemente busco información.

—De todas las parábolas Zen —dijo Joan— es la que causa más dificultades. La pregunta a hacerse es: *«¿Dónde está el gatito ahora?».*

—Eso me recuerda el inicio del *Bhagavad Gîtâ* —dijo el señor Lee, con un rápido asentimiento—. Recuerdo a *Arjuna* diciendo:

El arco de Gandiva se desliza de mi mano
¡Augurios del mal!
¿Qué podemos esperar de esta matanza de congéneres?

—Correcto —dijo Joan—. Y, por supuesto, recuerda la respuesta de *Krishna*. Es la afirmación más profunda de toda la religión pre-Budista en lo tocante a la muerte y el combate.

El camarero se acercó para tomar nota. Era un cubano vestido con ropa caqui y boina.

—Pruebe el *won ton* frito —recomendó el señor Lee—. Y el *chow yuk*, y por supuesto los rollitos. ¿Tienen rollitos hoy? —le preguntó al camarero.

—Sí, señor Lee. —dijo el camarero, mientras se escarbaba los dientes con un palillo.

El señor Lee pidió para los dos y el camarero se retiró.

—Sabe —dijo Joan—, cuando se ha vivido cerca de un telépata tanto tiempo como lo he hecho yo, te vuelves consciente de cuando alguien se concentra para leerte la mente. Siempre sé cuando Ray está intentando encontrar algo en mi mente. Usted es un telépata. Y está leyendo mi mente con mucha intensidad en este momento.

—Ojalá fuese así, señorita Hiashi —dijo el señor Lee sonriendo.

—No tengo nada que ocultar —dijo Joan—. Pero me pregunto por qué está tan interesado en lo que estoy pensando. Sabe que trabajo para el Departamento de Estado de Estados Unidos; eso no es ningún secreto. ¿Teme que haya venido a Cuba en calidad de espía? ¿Para estudiar las instalaciones militares? ¿Algo así? —se entristeció—. No es un buen comienzo —dijo—. No ha sido honesto conmigo.

—Usted es una mujer muy atractiva, señorita Hiashi —dijo el señor Lee sin perder un ápice de aplomo—. Era simple curiosidad por ver... ¿me atreveré a decirlo? Su orientación sexual.

—Está mintiendo —dijo Joan en voz baja.

Esta vez la sonrisa dulce desapareció; él la miró fijamente.

—La sopa de nido de pájaro, señor —el camarero había vuelto; colocó la humeante sopera en el centro de la mesa—. Té. —puso en la mesa una tetera y dos pequeñas tazas blancas sin asas—. Señorita, ¿quiere palillos?

—No —dijo distraídamente.

Del exterior del reservado llegó un grito de angustia. Joan y el señor Lee se levantaron. El señor Lee descorrió la cortina; el camarero también estaba contemplando la escena y riendo.

En una mesa de la esquina opuesta del restaurante estaba sentado un anciano caballero cubano con sus manos aferradas a las asas de una caja de empatía.

—También aquí —dijo Joan.

—Son como la peste —dijo el señor Lee—. Molestando mientras comemos.

—Loco —dijo el camarero. Sacudió la cabeza, aún riendo ente dientes.

—Sí —dijo Joan—. Señor Lee, permaneceré aquí e intentaré hacer mi trabajo, a pesar de lo que ha ocurrido entre nosotros. No sé por qué han enviado deliberadamente un telépata para recibirme, posiblemente sean sospechas paranoides comunistas sobre los extranjeros, pero en cualquier caso tengo un trabajo que hacer aquí y pretendo hacerlo. Así que, ¿quiere discutir sobre el gatito desmembrado?

—¿Mientras comemos? —dijo el señor Lee débilmente.

—Usted sacó el tema de conversación —dijo Joan, y prosiguió, a pesar de la expresión de intensa desdicha de la cara del señor Lee cuando se sentó y comenzó a tomar su sopa de nido de pájaro.

En el estudio de Los Ángeles de la emisora de televisión *KKHF*, Ray Meritan se sentó frente a su arpa, aguardando su entrada. Había decidido que *«Cuán alta la Luna»* sería su primera pieza. Bostezó y siguió observando la cabina de control.

Junto a él, en el escenario, el comentarista de jazz Glen Goldstream limpiaba sus gafas sin montura con un fino pañuelo de lino.

—Creo que empezaré con Gustav Mahler esta noche —dijo.

—¿Quién demonios es ese?

—Un gran compositor de finales del siglo diecinueve. Muy romántico. Compuso peculiares sinfonías y canciones populares. Estoy pensando, de todas formas, en los patrones rítmicos del *«Borracho en Primavera»* de su *«Canción de la Tierra».* ¿Nunca la ha escuchado?

—No —dijo Meritan impacientemente.

—Muy gris verdoso.

Ray Meritan no se sentía muy gris verdoso esa noche. Aún le dolía la cabeza por la roca que le habían arrojado a Wilbur Mercer. Meritan había

intentado soltarse de la caja de empatía cuando vio venir la roca, pero no había sido lo suficientemente rápido. Había golpeado a Mercer en la sien derecha, haciéndole sangrar.

—Me he topado con tres Merceristas esta tarde —dijo Glen—. Y todos ellos tenían un aspecto terrible. ¿Qué le sucedió hoy a Mercer?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Te estás comportando como lo hacían ellos. Es la cabeza, ¿verdad? Te conozco lo suficiente, Ray. Estás metido en algo nuevo y extraño, ¿qué me importa si eres un Mercerista? Disfruto pensando que quizá te apetecería una pastilla para el dolor.

—Eso debería acabar completamente con el problema, ¿no? —dijo Ray Meritan bruscamente—. Una pastilla para el dolor. *«Eh, señor Mercer, mientras sube la colina, ¿qué le parece una inyección de morfina? No sentirá nada»* —rasgó unas notas de su arpa, liberando sus emociones.

—Estás en el aire —dijo el productor desde la cabina de control.

Su tema, *«Esto es Abundancia»*, fluyó desde la mesa de grabación hasta la cabina de control y en la cámara número dos, que enfocaba a Goldstream, se encendió una luz roja.

—Buenas tardes, damas y caballeros —dijo Goldstream con los brazos cruzados—. ¿Qué es el jazz?

Eso es lo que yo me pregunto, pensó Meritan. ¿Qué es el jazz? ¿Qué es la vida? Se frotó su frente golpeada y martirizada por el dolor y se preguntó cómo podría resistir la próxima semana. Wilbur Mercer se estaba acercando a su destino. Cada día se volvería peor…

—Y tras una breve pausa para un anuncio importante —estaba diciendo Goldstream— volveremos para contarles más sobre el mundo de los hombres y mujeres gris verdosos, esa gente peculiar, y el mundo del arte del único e inimitable Ray Meritan.

La grabación del anuncio publicitario apareció en la pantalla de televisión frente a Meritan.

—Tomaré esa pastilla para el dolor —le dijo Meritan a Goldstream.

Le tendió una pastilla amarilla, plana y con surcos.

—Paracodeina —dijo Goldstream—. Altamente ilegal, pero efectiva. Una droga adictiva… Me sorprende que tú, de entre todo el mundo, no lleves una encima.

—Solía —dijo Ray, mientras cogía un vaso de agua de plástico y se tragaba la pastilla.

—Y tú estás en eso del Mercerismo.

—Yo ahora… —miró fijamente a Goldstream; ambos se conocían, debido a sus profesiones, desde hacía años—. No soy un Mercerista —dijo—, así que olvídalo, Glen. Es sólo una coincidencia que tenga dolor de cabeza la noche en que Mercer ha sido golpeado en la sien por una afilada roca arrojada por algún retrasado mental sádico que debería ser el que estuviese subiendo a rastras por esa colina —frunció el ceño hacia Goldstream.

—Entiendo —dijo Goldstream—. El Departamento de Salud Mental de los EEUU está a punto de pedirle al Departamento de Justicia que detenga a todos los Merceristas.

De repente se giró para encarar la cámara dos. Una sonrisa apenas esbozada atravesó su cara y dijo suavemente:

—El gris verdoso comenzó hace unos cuatro años, en Pinole, California, en el ahora con justicia famoso *Double Shot Club* donde Ray Meritan tocaba,

allá por 1993 y 1994. Esta noche, Ray nos tocará una de sus más conocidas y exitosas piezas, *«Una vez enamorado de Amy»* —se volvió hacia Meritan— Ray... ¡Meritan!

Plunk, plunk, el arpa comenzó a sonar cuando los dedos de Meritan acariciaron las cuerdas.

Un ejemplo espléndido, pensó mientras tocaba. Eso es para lo que el FBI me utilizará con los adolescentes, para enseñarles en qué no hay que convertirse. Primero metido en la Paracodeina, ahora con Mercer. ¡Cuidado, chicos!

Fuera de cámara, Glen Goldstream sostenía un cartel que había garabateado.

En él, Goldstream había escrito con un rotulador:

ESO ES LO QUE QUIEREN SABER

Una invasión de alguna parte del exterior, pensó Meritan mientras tocaba. De eso es de lo que están asustados. Temen lo desconocido, como los niños pequeños. Eso son los círculos de poder: niños pequeños que huyen asustados jugando a juegos rituales con juguetes superpoderosos.

Le llegó un pensamiento de uno de los operarios de la cabina de control. Mercer había sido herido.

Ray Meritan desvió su atención hacia allí inmediatamente, leyendo la mente tan intensamente como podía. Sus dedos rasgueaban el arpa de manera refleja.

El Gobierno había declarado ilegales las llamadas cajas de empatía.

Pensó inmediatamente en su propia caja de empatía, delante de su aparato de televisión en la sala de estar de su apartamento.

La Organización que distribuía y vendía las cajas de empatía había sido declarada ilegal, y el FBI había realizado arrestos en varias de las ciudades más importantes. Se esperaba que otros países siguiesen la iniciativa.

¿Cuán malherido? Se preguntó ¿Agoniza?

Y, ¿qué habría pasado con los Merceristas que estaban aferrando las asas de sus cajas de empatía en ese momento? ¿Cómo estaban ahora? ¿Recibiendo atención médica?

¿Deberíamos emitir la noticia ya mismo?, estaba pensando el operario de la cabina de control. ¿O esperar hasta los anuncios?

Ray Meritan dejó de tocar su arpa y dijo claramente por el micrófono:

—Wilbur Mercer ha sido herido. Es lo que habíamos estado esperando, pero es aún una tragedia mayor. Mercer es un Santo.

Con los ojos desorbitados, Glen Goldstream se le quedó mirando anonadado.

—Creo en Mercer —dijo Ray Meritan, y toda la audiencia de su canal en los Estados Unidos escuchó su confesión de fe—. Creo en que sus sufrimientos, heridas y muerte tienen un propósito para cada uno de nosotros.

Estaba hecho; había cruzado la línea. Y no había requerido demasiado coraje.

—Rezad por Wilbur Mercer —dijo, y continuó tocando el arpa con su estilo gris verdoso.

Tonto, estaba pensando Glen Goldstream. ¡Huye! Estarás encarcelado en menos de una semana. ¡Tu carrera está arruinada!

Plunk, plunk, Ray siguió tocando su arpa y le dedicó una sonrisa forzada a Glen.

IV

—¿Conoce la historia del monje Zen que estaba jugando al escondite con los niños? —dijo el señor Lee—. ¿Fue *Basho* quien la contó? El monje se escondió en un retrete del patio y los niños no pensaron en mirar allí, de forma que le dejaron olvidado allí. Era un hombre muy sencillo. Al día siguiente...

—Reconozco que el Zen es una forma de estupidez —dijo Joan Hiashi—. Ensalza las virtudes de ser sencillo e inocente. Y recuerde, el significado original de *«inocente»* es alguien al que se le engaña fácilmente, se le tima con facilidad —sorbió un poco de su té y lo encontró frío.

—Entonces usted es una auténtica practicante Zen —dijo el señor Lee—. Porque ha sido engañada. —Metió la mano en su abrigo y sacó una pistola que apuntó hacia Joan—. Queda usted arrestada.

—¿Por el Gobierno Cubano? —consiguió decir ella.

—Por el Gobierno de los Estados Unidos —dijo el señor Lee—. He leído su mente y he averiguado que sabe que Ray Meritan es un destacado Mercerista y a usted misma le atrae el Mercerismo.

—¡Pero no lo soy!

—Inconscientemente se siente atraída. Está a punto de cambiar de bando. Puedo detectar esas ideas, incluso aunque usted se las niegue a sí misma. Vamos a volver a los Estados Unidos, usted y yo, y allí nos reuniremos con el señor Ray Meritan y él nos llevará hasta Wilbur Mercer; es tan simple como eso.

—¿Y por eso he sido enviada a Cuba?

—Yo soy miembro del Comité Central del Partido Comunista Cubano —dijo el señor Lee—. Y el único telépata en ese Comité. Acordamos trabajar en cooperación con el Departamento de Estado de los Estados Unidos durante la actual crisis de Mercer. Nuestro avión, señorita Hiashi, sale para Washington DC dentro de media hora; regresemos al aeropuerto inmediatamente.

Joan Hiashi recorrió con la vista, impotente, el restaurante. El resto de la gente que estaba comiendo, los camareros... nadie prestaba atención. Se levantó cuando un camarero pasó junto a ella con una bandeja cargada.

—Este hombre —dijo señalando al señor Lee— quiere secuestrarme. Ayúdeme, por favor.

El camarero miró al señor Lee, vio quién era, le sonrió a Joan y se encogió de hombros.

—El señor Lee es un hombre importante —dijo el camarero y continuó camino con su bandeja.

—Lo que ha dicho es cierto —le dijo el señor Lee.

Joan salió corriendo del reservado y atravesó el restaurante.

—Ayúdeme —le dijo al anciano Mercerista cubano que estaba sentado frente a su caja de empatía—. Soy Mercerista. Quieren arrestarme.

El hombre levantó la cara vieja y arrugada; la estaba examinando.

—Ayúdeme —dijo ella.

—Rece a Mercer —dijo el anciano.

No puede ayudarme, comprendió ella. Se giró hacia el señor Lee, que la había seguido y continuaba apuntándola con la pistola.

—Este anciano no va a hacer nada —dijo el señor Lee—. Ni siquiera va a levantarse.

Ella se rindió.

—De acuerdo. Me rindo.

La televisión situada en una esquina cesó de repente de emitir su basura de todos los días; la imagen de la cara de una mujer y de un bote de detergente desapareció abruptamente y la pantalla mostró sólo oscuridad. Entonces, en español, un locutor comenzó a hablar.

—Herido —dijo el señor Lee, escuchando—. Pero Mercer no ha muerto. ¿Le asusta como Mercerista, señorita Hiashi? ¿No se siente afectada? Oh, pero es normal. Antes tiene que estar aferrando las asas para que le afecte. Debe ser un acto voluntario.

Joan tocó la caja de empatía del anciano cubano durante un momento y entonces aferró las asas. El señor Lee la miró sorprendido; avanzó hacia ella, intentando alcanzar la caja…

No fue dolor lo que sintió. ¿Es así? se preguntó mientras veía como a su alrededor el restaurante palidecía y desaparecía. Quizás Wilbur Mercer está inconsciente; eso debe ser. Estoy huyendo de usted, pensó para el señor Lee. Usted no puede, o al menos no quiere, seguirme a donde he ido: al mundo tumba de Wilbur Mercer, que está agonizando en alguna parte de una árida colina, rodeado de enemigos. Ahora estoy con él. Y supone escapar de algo aún peor. De usted. Y no será capaz de hacerme regresar nunca.

Vio a su alrededor una superficie desolada. El aire olía a cactus; era el desierto, y no llovía nunca.

Un hombre estaba de pie ante ella, una dolorosa luz hirió sus ojos grises y henchidos de dolor.

—Soy tu amigo —dijo— pero debes continuar como si yo no existiese. ¿Puedes entenderlo? —mostró sus manos vacías.

—No —dijo ella—. No puedo entenderlo.

—¿Cómo puedo salvarte —dijo el hombre— si no puedo salvarme a mí mismo? —sonrió—. ¿No lo ves? No hay salvación.

—¿Entonces que sentido tiene todo? —preguntó ella.

—Mostrarte —dijo Wilbur Mercer— que no estás sola. Yo estoy aquí contigo y siempre lo estaré. Regresa y enfréntate a ellos. Y diles esto.

Soltó las asas.

El señor Lee, apoyando la pistola contra ella, dijo:

—¿Y bien?

—Adelante —dijo—. Regresemos a los Estados Unidos. Entrégueme al FBI. No importa.

—¿Qué vio? —dijo el señor Lee con curiosidad.

—No se lo voy a decir.

—Pero puedo enterarme de todas formas. De su mente —la estaba explorando en aquel instante, escuchando con su cabeza inclinada hacia un lado. Las comisuras de sus labios se torcieron como si estuviese contrariado.

—No diría que sea nada importante —dijo—. Mercer la miró a la cara y le dijo que no podía hacer nada por usted… ¿ese es el hombre por el que daría la vida, usted y todos los demás? Están enfermos.

—En el mundo de los locos —dijo Joan—, los enfermos están sanos.

—¡Qué tontería! —dijo el señor Lee.

—Fue interesante —le dijo el señor Lee a Bogart Crofts—. Ella se convirtió en una Mercerista justo delante de mí. El impulso latente la transformó en lo que ahora es... eso prueba que estaba en lo cierto cuando leí su mente.

—Ahora podremos capturar a Meritan —le dijo Crofts a su superior, el Secretario Herrick—. Se marchó del estudio de televisión en Los Ángeles, donde se enteró de la noticia de la grave herida de Mercer. Después de eso nadie parece saber qué hizo. No regresó a su apartamento. La Policía confiscó su caja de empatía y no tiene ni idea de dónde puede estar.

—¿Dónde está Joan Hiashi? —preguntó Crofts.

—Está retenida en Nueva York —dijo el señor Lee.

—¿Con qué cargos?

—Agitación política hostil contra la seguridad de los Estados Unidos —dijo el señor Lee sonriendo—. Y arrestada por un alto cargo comunista en Cuba. Es una paradoja Zen que sin duda será del agrado de la señorita Hiashi.

Mientras tanto, meditó Bogart Crofts, las cajas de empatía estaban siendo confiscadas en grandes cantidades. Pronto empezarían a destruirlas. En cuarenta y ocho horas la mayor parte de las cajas de empatía de los Estados Unidos dejarían de existir, incluyendo la que estaba en su oficina.

Aún descansaba sobre su escritorio, sin haber sido usada. Había sido él el que había pedido originalmente que fuese comprada y durante todo aquel tiempo había mantenido sus manos apartadas de ella, ni siquiera había pretendido usarla. Ahora quería usarla desesperadamente.

—¿Qué sucedería —le preguntó al señor Lee— si aferrase esas dos asas? No hay equipo de televisión aquí. No tengo ni idea de lo que está haciendo ahora mismo Wilbur Mercer; de hecho por lo que sé debe estar finalmente muerto.

—Si aferra las asas, señor —dijo el señor Lee—, entrará en... no sé si usar la palabra, pero parece ser adecuada. Una comunión mística. Con el señor Wilbur Mercer, dondequiera que esté; compatirá su sufrimiento, como sabe, pero eso no es todo. También participará en su... —el señor Lee reflexionó— *«forma de ver el mundo»* no es la expresión adecuada. ¿Ideología? No.

—¿Estado de trance? —sugirió el Secretario Herrick.

—Quizás sea eso —dijo el señor Lee frunciendo el ceño—. No, eso tampoco es. No hay una palabra que lo exprese, y ese es el *quid*. No puede ser descrito... debe ser experimentado.

—Lo probaré —decidió Crofts.

—No —dijo el señor Lee—. No, si sigue mi consejo. Le aconsejo que se mantenga alejado. Vi como la señorita Hiashi lo hacía y vi el cambio que se produjo en ella. ¿Hubiese probado la paracodeina cuando era popular entre la masa cosmopolita y desarraigada? —dijo disgustado.

—He probado la paracodeina —dijo Crofts—. No me hizo absolutamente nada.

—¿Qué has hecho qué, Boge? —le preguntó el Secretario Herrick.

—Quiero decir —dijo Bogart Crofts encogiéndose de hombros— que no veo razón alguna para que a alguien le guste y quiera convertirse en un adicto a ello.

Y por fin aferró las dos asas de la caja de empatía.

V

Caminando lentamente bajo la lluvia, Ray Meritan se dijo a sí mismo: Tienen mi caja de empatía y si regreso al apartamento me atraparán.

Su talento telepático le había salvado. Cuando entraba al edificio había captado los pensamientos de la Brigada de Policía local.

Ahora era pasada la medianoche. El problema es que soy demasiado conocido, se dio cuenta, debido a mi condenado programa de televisión. No importará a donde vaya, me reconocerán.

Al menos en cualquier lugar de la Tierra.

¿Dónde está Wilbur Mercer? se preguntó. ¿En este Sistema Solar o en alguna parte más allá de él, bajo un sol totalmente diferente? Quizás nunca lo sepamos. O al menos yo nunca lo sabré.

Pero, ¿importa? Wilbur Mercer está en alguna parte; eso es todo lo que importa. Y siempre habrá un camino que conduzca hasta él. La caja de empatía siempre llegaba hasta allí, o al menos lo hacía hasta que la Policía se las llevó. Y Meritan presentía que la Compañía distribuidora que había proporcionado las cajas de empatía, y que llevó una existencia en las sombras desde siempre, encontraría una forma de evitar a la policía. Si él estaba en lo cierto...

En medio de la lluviosa oscuridad distinguió las luces rojas de un bar. Fue hasta allí y entró.

—Oiga —le dijo al dueño del bar— ¿tiene una caja de empatía? Le pagaré cien dólares si me deja usarla.

El dueño del bar, un corpulento y enorme hombre de brazos peludos, dijo:

—Na, no tengo na de eso. Fuera.

La gente del bar le miró.

—Ahora eso es ilegal —dijo uno de ellos.

—Hey, es Ray Meritan —dijo otro—. El músico de jazz.

—Toque algo de jazz gris verdoso para nosotros, músico —dijo otro hombre perezosamente. Le dio un sorbo a su jarra de cerveza.

Meritan se dirigió a la salida del bar.

—Espera —dijo el dueño del bar—. Para ahí, amigo. Ve a esta dirección — escribió algo en una caja de cerillas y se la tendió a Meritan.

—¿Cuánto le debo? —dijo Meritan.

—Oh, cinco dólares deberían ser suficientes.

Meritan le pagó y se fue del bar con la caja de cerillas en su bolsillo. Probablemente sea la dirección de la Comisaría de Policía local, se dijo a sí mismo. Pero le daré una oportunidad de cualquier forma.

Si pudiese usar una caja de empatía una vez más...

La dirección que le había dado el dueño del bar era un viejo y decrépito edificio de madera en los barrios bajos de Los Ángeles. Llamó a la puerta y esperó.

La puerta se abrió. Una gruesa mujer de mediana edad vestida con una bata y zapatillas de lana le miró de arriba abajo.

—No soy de la Policía —dijo Meritan—. Soy un Mercerista. ¿Puedo usar su caja de empatía?

La puerta se abrió lentamente; la mujer le examinó a fondo y evidentemente le creyó, aunque no dijo nada.

—Siento molestarla tan tarde —se disculpó él.

—¿Qué le ha pasado, señor? —dijo la mujer—. Tiene un aspecto horrible.

—Es por Wilbur Mercer —dijo Ray—. Está herido.

—Úsela —dijo la mujer mientras le llevaba, arrastrando los pies, hasta un salón oscuro y frío donde un loro dormía en una jaula de alambre enorme y retorcida. Allí, en aquel cuarto de radio decorado a la antigua, vio la caja de empatía. Sintió cómo le invadía una sensación de alivio al verla.

—No sea tímido —dijo la mujer.

—Gracias —dijo él, y aferró las asas.

—Usaremos a la chica —dijo una voz en su oído—. Ella nos llevará hasta Meritan. Estoy autorizado a hacerle una oferta para empezar.

Ray Meritan no reconoció la voz. No era la de Wilbur Mercer.

Pero aun así, desconcertado, siguió aferrando firmemente las asas, escuchando; se quedó congelado, con los brazos extendidos y empuñando con firmeza las asas.

—Lo de la fuerza invasora no terrestre ha convencido al segmento más crédulo de nuestra comunidad, pero creo firmemente que este segmento está siendo manipulado por una minoría cínica de oportunistas bien situados, como Meritan. Se están embolsando una buena cantidad de dinero con esta locura de Wilbur Mercer —recitó la voz, llena de seguridad.

Ray Meritan sintió miedo cuando lo escuchó. Esta vez había alguien en el otro lado, comprendió. De alguna forma había entrado en contacto empático con él, y no con Wilbur Mercer.

¿O lo había hecho Wilbur Mercer deliberadamente, lo había preparado así? Siguió escuchando.

—... tienen que sacar a la chica, Hiashi, de Nueva York y traerla de vuelta aquí, donde podamos examinarla más en profundidad —añadió la voz—. Como le dije a Herrick...

Herrick, el Secretario de Estado. Meritan se percató de que eran los pensamientos de alguien del Departamento de Estado, referidos a Joan. Quizás era el funcionario del Estado que la había contratado.

Entonces ella no estaba en Cuba. Estaba en Nueva York. ¿Qué había ido mal? Todo aquello hacía pensar que el Estado simplemente había utilizado a Joan para atraparle a él.

Soltó las asas y la voz se desvaneció.

—¿Le encontró? —preguntó la mujer de mediana edad.

—S-sí —dijo Meritan, desconcertado, intentando orientarse en el cuarto desconocido.

—¿Cómo está él? ¿Está bien?

—Yo... no lo sé exactamente —respondió Meritan, con sinceridad. Pensó: debo ir a Nueva York. E intentar ayudar a Joan. Ella está metida en esto por mi culpa; no tengo elección. Aunque me atrapen por hacerlo... ¿cómo podría abandonarla?

—No me conecté con Mercer —dijo Bogart Crofts.

Se apartó de la caja de empatía y la miró con resentimiento.

—Conecté con Meritan. Pero no sé dónde está. En el momento en que aferré las asas de esta caja, Meritan aferró las suyas en alguna otra parte. Estuvimos unidos y ahora sabe todo lo que yo sé. Y nosotros sabemos todo lo que él sabe, que no es mucho. —Perplejo, se volvió hacia el Secretario Herrick—. No sabe nada de Wilbur Mercer que no sepamos nosotros; estaba intentado conectarse con él. Definitivamente no es Mercer. —Crofts se sumió en el silencio.

—Hay algo más —dijo Herrick, volviéndose hacia el señor Lee—. ¿Qué más averiguó de Meritan, señor Lee?

—Meritan va a ir a Nueva York para intentar encontrar a Joan Hiashi —dijo Lee, leyendo atentamente la mente de Crofts—. Averiguó esto del propio señor Meritan durante el tiempo que sus mentes estuvieron fusionadas.

—Nos prepararemos para recibir al señor Meritan —dijo el Secretario Herrick con una mueca.

—¿He experimentado lo que ustedes los telépatas pueden hacer siempre? —le preguntó Crofts al señor Lee.

—Sólo cuando uno de nosotros se acerca a otro telépata —dijo el señor Lee—. Puede ser desagradable. Lo evitamos, porque si las dos mentes son muy distintas y en consecuencia entran en conflicto, puede ser psicológicamente muy dañino. Daré por hecho que usted y Meritan entraron en conflicto.

—Pero oigan, —dijo Crofts— ¿porqué vamos a continuar con esto? Ahora sé que Meritan es inocente. No sabe una maldita cosa sobre Mercer o la organización que distribuye esas cajas salvo su nombre.

Todos quedaron en silencio momentáneamente.

—Pero él es una de las pocas celebridades que se ha unido a los Merceristas —señaló el Secretario Herrick. Le tendió un teletipo impreso a Crofts—. Y lo ha hecho abiertamente. Si te tomas la molestia de leer esto...

—Sé que proclamó su devoción por Mercer en su programa de televisión esta tarde —dijo Crofts estremeciéndose.

—Cuando te enfrentas a una fuerza extraterrestre organizada de un sistema solar totalmente distinto debes moverte con cuidado —dijo el Secretario Herrick—. Seguiremos intentando atrapar a Meritan, y definitivamente a través de la señorita Hiashi. La sacaremos de la cárcel y haremos que la sigan. Cuando Meritan contacte con ella...

—No diga lo que pretende decir, señor Crofts —le dijo el señor Lee a Crofts—. Eso acabará con su carrera para siempre.

—Herrick, todo esto es una equivocación —dijo Crofts—. Meritan es inocente y también lo es Joan Hiashi. Si intentas atrapar a Meritan dimito de mi cargo en el Estado...

—Pon por escrito tu dimisión y entrégamela —dijo el Secretario Herrick. Su cara se había ensombrecido.

—Es una pena —dijo el señor Lee—. Supongo que el contacto con el señor Meritan ha nublado su juicio, señor Crofts. Le ha influido malignamente, expúlselo, por el bien de su larga carrera y del país, por no mencionar a su familia.

—Lo que estamos haciendo está mal —repitió Crofts.

El Secretario Herrick le miró coléricamente.

—No hay duda de lo que esas cajas de empatía han hecho... Ahora lo he visto con mis propios ojos. Ahora no me echaría atrás por nada del mundo.

Cogió la caja de empatía que había usado Crofts. La levantó bien alto y la arrojó contra el suelo. La caja se rompió y se convirtió en un montón de trozos irregulares.

—No considere esto como el acto de un niño —dijo—. Quiero que desaparezca cualquier posible contacto entre Meritan y nosotros. Sólo puede ser algo perjudicial.

—Si le capturamos —dijo Crofts— podrá continuar ejerciendo su influencia sobre nosotros —corrigió enseguida la afirmación—. O mejor dicho, sobre mí.

—Que sea como tenga que ser. Pretendo continuar —dijo el Secretario Herrick—. Y por favor, presente su dimisión, señor Crofts, pretendo llevar eso a cabo también. —Se le veía ceñudo y decidido.

—Secretario —dijo el señor Lee—, puedo leer la mente del señor Crofts y veo que está aturdido en este momento. Es la víctima inocente de una situación quizás provocada por Wilbur Mercer para sembrar la confusión entre nosotros. Y si acepta la dimisión del señor Crofts, Mercer habrá triunfado.

—No importa si la acepta o no —dijo Crofts—. Porque en cualquier caso dimito.

El señor Lee suspiró.

—La caja de empatía le ha convertido súbitamente en un telépata involuntario y eso ha sido demasiado. —Le dio una palmada al señor Crofts en el hombro—. Los poderes telepáticos y la empatía son dos versiones de lo mismo. Podría llamársele *«caja de telepatía»*. Sorprendentemente, esos seres extraterrestres pueden fabricar lo que nosotros sólo hemos podido conseguir por evolución.

—Dado que usted puede leer mi mente —le dijo Crofts—, sabe lo que planeo hacer. No tengo ninguna duda de que se lo contará al Secretario Herrick.

El señor Lee sonrió sin ganas.

—El Secretario y yo estamos cooperando en beneficio de la paz mundial. Ambos tenemos nuestras instrucciones. —Se dirigió a Herrick—. Este hombre está tan alterado que ahora mismo pretende cambiar de bando. Unirse a los Merceristas antes de que todas las cajas sean destruidas. Le ha gustado ser un telépata involuntario.

—Si cambia de bando será arrestado —dijo Herrick—. Lo prometo.

Crofts no dijo nada.

—No ha cambiado de idea —dijo educadamente el señor Lee, asintiendo para los dos hombres, aparentemente sorprendido por la situación.

Pero en lo más profundo de su ser, el señor Lee estaba pensando: Conectar directamente a Crofts con Meritan ha sido una estocada brillante y audaz del que se hace llamar Mercer. Sin duda había previsto que Crofts recibiría las intensas influencias del núcleo duro del Movimiento. El siguiente paso será que Crofts vuelva a usar una caja de empatía, si puede encontrar una, y esta vez el propio Mercer contactará con él personalmente. Para hablar con su nuevo discípulo.

Han ganado un hombre, comprendió el señor Lee. Van ganando.

Pero a la postre ganaremos nosotros. Porque en último término conseguiremos destruir todas las cajas de empatía y sin ellas Wilbur Mercer no puede hacer nada. Es el único medio que él, o ello, tiene de entrar en contacto y controlar a la gente, como ha hecho aquí con el desdichado señor Crofts. Sin las cajas de empatía el movimiento está inerme.

VI

En el mostrador de la UWA, en el aeropuerto Rocky Field de Nueva York, Joan Hiashi hablaba con el empleado uniformado.

—Quiero comprar un billete de ida a Los Ángeles en el siguiente vuelo. Avión a reacción o cohete, no me importa. Sólo quiero llegar allí.

—¿Primera clase o turista? —preguntó el empleado.

—Oh, demonios —dijo Joan fatigosamente—, simplemente véndame un billete. Cualquier clase de billete —abrió su bolso.

Cuando iba a pagar el billete una mano la detuvo. Se dio la vuelta y allí estaba Ray Meritan, con una expresión de alivio en la cara.

—Menudo sitio pata intentar leer tus pensamientos —dijo—. Vamos, vayamos a un sitio más tranquilo. Tienes diez minutos antes de que salga tu vuelo.

Se apresuraron a atravesar el edificio hasta que llegaron a una rampa desierta. Allí se detuvieron y Joan habló.

—Escucha, Ray, sé que te han tendido una trampa. Por eso me han dejado libre. Pero, ¿a dónde podría ir si no es junto a ti?

—No te preocupes por eso —dijo Ray—. Me iban a atrapar antes o después. Estoy seguro de que saben que abandoné California y he venido aquí —miró a su alrededor—. Aún no hay agentes del FBI cerca de nosotros. Al menos no capto nada que lo sugiera —encendió un cigarrillo.

—No tengo ninguna razón para regresar a Los Ángeles ahora que estás aquí —dijo Joan—. Mejor debería cancelar mi vuelo.

—Sabes que están confiscando y destruyendo todas las cajas de empatía que pueden —dijo Ray.

—No —dijo ella—. No lo sabía, me han soltado sólo hace media hora. Eso es espantoso. Van en serio de verdad.

Ray se rió.

—Digamos que están realmente asustados —la rodeó con su brazo y la besó—. Te diré lo que haremos. Intentaremos huir de aquí, ir a la parte baja del *East Side* y alquilar un apartamento sin ascensor pero con agua caliente. Nos esconderemos y encontraremos una caja de empatía que se les haya pasado por alto. —Pero, pensó, es improbable; casi con toda seguridad las tendrán ya todas. Para empezar no eran muchas.

—Como tú digas —dijo Joan tristemente.

—¿Me amas? —le preguntó a ella—. Puedo leer tu mente, sé que lo haces. —Y añadió lentamente—. También puedo leer la mente de un tal señor Lewis Scanlan, un agente del FBI que está en estos momentos en el mostrador de la UWA. ¿Qué nombre les diste?

—Señorita George Mc Isaacs —dijo Joan—. Creo. —Comprobó su billete—. Sí, correcto.

—Pero Scanlan está preguntando si una mujer japonesa ha estado en el mostrador en los últimos quince minutos —dijo Ray—. Y el empleado te recuerda. Así que… —agarró el brazo de Joan—. Mejor nos vamos ya.

Bajaron la rampa desierta a la carrera, pasaron por una puerta que se abría con un sensor electroóptico y llegaron a un cuarto de equipajes. Todo el mundo allí estaba demasiado ocupado para prestar atención cuando Ray Meritan y Joan se encaminaron a la puerta de salida a la calle y, un momento después, salieron a la fría y gris acera donde los taxis estaban aparcados en una larga doble fila. Joan se dispuso a tomar un taxi.

—Espera —dijo Ray, tirando de ella—. Recibo un amasijo de pensamientos. Uno de los taxistas es un agente del FBI, pero no puedo decir cuál. —Se quedó allí de pie titubeando, sin saber qué hacer.

—No podemos escapar, ¿verdad? —dijo Joan.

—Va a ser difícil. —Para sí mismo pensaba: Más bien imposible; no te equivocas. Percibió los confusos y asustados pensamientos de la chica, su inquietud por él, que ella había hecho posible que ellos le localizasen y los fuesen a capturar, su feroz ansia de no regresar a la cárcel, su penetrante resentimiento por haber sido traicionada por el señor Lee, el importante comunista chino que se había reunido con ella en Cuba.

—Qué vida —dijo Joan, arrimándose a él.

Y él aún no sabía que taxi tomar. Los preciosos segundos pasaban uno detrás de otro mientras seguían allí de pie.

—Escucha —le dijo a Joan—, quizás deberíamos separarnos.

—No —dijo aferrándose a él—. No puedo seguir sola por más tiempo. Por favor.

Un barbudo vendedor ambulante se les acercó con una bandeja colgada del cuello.

—Eh, amigos —masculló.

—Ahora no —le dijo Joan.

—Una muestra gratuita de cereales para el desayuno —dijo el vendedor ambulante—. Gratis. Sólo coja una caja, señorita. O usted, señor. Coja una. —Acercó hacia Ray la bandeja llena de pequeñas cajas de cartón de vivos colores.

Extraño, pensó Ray. No capto nada procedente de la mente de este hombre. Miró al vendedor ambulante y vio, o creyó ver, una peculiar insustanciabilidad en el hombre. Una cualidad difusa.

Ray cogió una de las muestras de cereales para el desayuno.

—Se llama *Comida Feliz* —dijo el vendedor ambulante—. Un nuevo producto que se está presentando al público. Dentro hay un cupón. Eso le da derecho a...

—De acuerdo —dijo Ray, metiendo la caja en el bolsillo. Agarró a Joan y la llevó por la hilera de taxis. Escogió uno al azar y abrió la puerta trasera.

—Entra —la urgió.

—Yo también cogí una muestra de *Comida Feliz* —dijo con una sonrisa desvaída cuando él se sentó junto a ella. El taxi arrancó, abandonó la hilera y pasó por delante de la entrada principal de la terminal del aeropuerto—. Ray, había algo extraño en ese vendedor. Era como si realmente no estuviese allí, como si no fuese nada más que... una imagen.

Cuando el taxi bajó por la rampa, abandonando la terminal, otro taxi salió de la hilera y les siguió. Ray se giró hacia atrás y vio en los asientos traseros del taxi a dos hombres gruesos vestidos con oscuros trajes de ejecutivo. Agentes del FBI, se dijo a sí mismo.

—¿No te recordó a nadie ese vendedor de cereales? —dijo Joan.

—¿A quien?

—Un poco a Wilbur Mercer. Pero tampoco es que le haya visto lo suficiente como para...

Ray le arrebató la caja de cereales de las manos y rasgó la tapa de cartón. Escarbando entre el cereal desecado vio la esquina del cupón del que había hablado el vendedor ambulante; sacó el cupón, lo sostuvo ante sus ojos y lo examinó. El cupón decía en letras de molde claras y grandes:

CÓMO CONSTRUIR UNA CAJA DE EMPATÍA A PARTIR DE OBJETOS COTIDIANOS DE CUALQUIER HOGAR

—Eran ellos —le dijo a Joan.

Guardó el cupón cuidadosamente en su bolsillo, pero entonces cambió de idea.

Lo dobló, y lo remetió en el dobladillo de sus pantalones. Donde el FBI posiblemente no lo encontraría.

Tras ellos el otro taxi se acercaba y Ray pudo captar los pensamientos de los dos hombres. Eran agentes del FBI; no se había equivocado. Se recostó contra el asiento.

No había nada que hacer salvo esperar.

—¿Puedes darme el otro cupón? —dijo Joan.

—Perdona.

Sacó el otro paquete de cereales. Ella lo abrió, encontró el cupón en el interior y, tras una pausa, lo dobló y lo escondió en el dobladillo de su falda.

—Me pregunto cuántos de esos vendedores ambulantes habrá —dijo Ray pensativamente—. Me gustaría saber cuántas muestras gratuitas de *Comida Feliz* pondrán en circulación antes de que les atrapen.

El primer objeto hogareño cotidiano que se necesitaba era un aparato de radio común y corriente; Ray se había percatado de eso. El segundo, el filamento de una bombilla de cinco años. Y después... tendría que volver a mirarlo, pero aquel no era el momento. El otro taxi se había situado al lado del suyo.

Más tarde. Y si las autoridades encontraban el cupón en el dobladillo de sus pantalones...

Rodeó a Joan con su brazo.

—Creo que saldremos de esta.

... ellos, lo sabía, conseguirían de alguna manera hacerles llegar otro cupón.

El otro taxi les estaba empezando a cerrar el camino y los dos agentes del FBI estaban indicando al conductor de forma oficial y amenazadora que se detuviese.

—¿Me detengo? —le preguntó el conductor tensamente a Ray.

—Claro —dijo. Y, respirando hondamente, se preparó.

LA GUERRA CONTRA LOS FNULS

—Maldita sea, los fnuls están aquí otra vez, Mayor. Ocuparon Provo, en Utah —dijo el Capitán Edgar Lightfoot de la CIA.

Con un gemido, el Mayor Hauk le indicó a su secretaria que le trajera el informe sobre los fnuls de los archivos cerrados con llave.

—¿Qué forma asumieron esta vez?

—Pequeños agentes inmobiliarios —dijo Lightfoot.

La última vez, reflexionó el Mayor Hauk, habían imitado empleados de estaciones de servicio. Ésa era la cuestión con los fnuls. Cuando uno tomaba una forma en particular los demás también lo hacían. Por supuesto, eso le facilitaba su localización a los agentes de la CIA. Pero hacía que los fnuls parecieran absurdos, y Hauk no disfrutaba combatiendo un enemigo absurdo; era una condición que tendía a difundirse por todas partes, incluso en su propia oficina.

—¿No crees que podamos llegar a un acuerdo? —dijo Hauk, con una retórica a medias—. Podemos soportar el sacrificio de Provo, Utah, si se contentaran con circunscribirse a ese lugar. Incluso podríamos añadir algunas partes de Salt Lake City, las que están pavimentadas con esos horribles y añejos ladrillos rojos.

—Los fnuls nunca cumplen con un compromiso, Mayor —dijo Lightfoot—. Su objetivo es la dominación del Sistema Solar. Para siempre.

—Aquí está el informe sobre los fnuls, señor —dijo la señorita Smith, asomándose por sobre el hombro del Mayor Hauk. Con su mano libre sostenía la parte superior de su blusa contra sí misma en un gesto que indicaba tuberculosis avanzada o avanzada modestia. Los indicios indicaban que se trataba de esto último.

—Señorita Smith —se lamentó el Mayor Hauk—, los fnuls están intentando dominar el Sistema Solar y me alcanza su expediente una mujer con un busto de ciento veinte centímetros. ¿No es un poquito esquizofrénico? Para mí, al menos.

Con cuidado, apartó sus ojos de la señorita Smith, recordando a su esposa y a los dos niños.

—Cúbrase un poco más de aquí en adelante —le dijo—. O póngase una faja. Quiero decir, por Dios, sea razonable, sea realista.

—Sí, Mayor —dijo la señorita Smith—. Pero le recuerdo que fui seleccionaba al azar entre el personal disponible de la CIA. Yo no *pedí* ser su secretaria.

Con el Capitán Lightfoot a su lado, el Mayor Hauk desplegó los documentos que integraban el expediente sobre los fnuls.

En el Museo *Smithsoniano* había un inmenso fnul, de casi un metro de altura, disecado y preservado en un cubículo que representaba su hábitat natural. Durante años, los niños de las escuelas se asombraron ante este fnul, exhibido con una pistola que apuntaba a terráqueos inocentes. Cuando se presionaba un botón, los niños hacían que los terráqueos (no embalsamados, sino imitaciones) huyeran, tras lo cual el fnul los extinguía con su deslumbrante arma de energía solar… y la presentación retrocedía a la escena original, lista para repetirse una y otra vez.

El Mayor Hauk había visto la demostración, y se había sentido inquieto. A los fnuls, como había declarado una y otra vez, no había que tomarlos en broma. Pero había algo en los fnuls que… oh, bien, el fnul era una forma de vida estúpida. Ésa era la base de todo. No importaba que imitaba porque siempre conservaba su aspecto diminuto: un fnul parecía un obsequio promocional en la inauguración de un supermercado, junto a los globos y las orquídeas púrpuras. Sin duda, mascullaba el Mayor Hauk, éste era un factor de supervivencia. Desarmaba a sus oponentes. Incluso el mismo nombre. No era posible tomarlos en serio, aunque en este mismo momento estuvieran infestando Provo, Utah, bajo la forma de diminutos vendedores inmobiliarios.

Hauk dio una instrucción:

—Capture un fnul con aspecto actual, Lightfoot, tráigamelo y parlamentaremos. Esta vez siento que puedo llegar a capitular. Los estuve combatiendo durante veinte años. Estoy muy cansado.

—Si se enfrenta cara a cara con uno de ellos —advirtió Lightfoot—, podría imitarlo con éxito y ese sería el fin. Tendremos que incinerarlos a ambos, sólo para estar bien seguros.

Sobriamente, Hauk dijo:

—Entonces estableceré una situación de contraseña con usted, Capitán. La palabra es *masticar*. La usaré en una oración... por ejemplo, *«Tengo que masticar más detalladamente esta información».* El fnul no lo advertirá, ¿correcto?

—Sí, Mayor —el Capitán Lightfoot suspiró y dejo la oficina de la CIA de inmediato, apresurándose hacia la playa de helicópteros que estaba al otro lado de la calle, para iniciar su viaje a Provo, Utah.

Tuvo un presentimiento desagradable.

Cuando el helicóptero aterrizó al final del Cañón de Provo, cerca de los suburbios del poblado, se le acercó un hombre de poco más de medio metro vestido con un traje gris de negocios y cargando un portafolios.

—Buenos días, señor —dijo con voz aflautada el fnul—. ¿Le importaría mirar algunos terrenos que tenemos disponibles, todos con vistas panorámicas? Pueden subdividirse en...

—Entre en el helicóptero —dijo Lightfoot, apuntando al fnul con su revólver 45 del Ejército.

—Escuche, amigo —dijo el fnul, con tono alegre—. Puedo darme cuenta de que realmente nunca ha tenido una idea clara sobre lo que significa el descenso de nuestra raza sobre su planeta. ¿Por qué no entramos en la oficina un momento y nos sentamos?

El fnul le indicó un pequeño edificio cercano en el cual Lightfoot pudo ver un escritorio y sillas. Sobre la oficina había un cartel:

PÁJARO MADRUGADOR
DESARROLLOS INMOBILIARIOS
INCORPORADA

—Al que madruga, Dios lo ayuda —declaro el fnul—. Y el botín es todo para el que gana, Capitán Lightfoot. Por las leyes de la naturaleza, si pudimos arreglarnos para infestar su planeta y nos lo apropiamos en forma exclusiva, es que tenemos a todas las fuerzas de la evolución y la biología de nuestro lado.

El fnul irradiaba regocijo.

—Hay un Mayor de la CIA en Washington DC, que está interesado en usted —dijo Lightfoot.

—El Mayor Hauk nos ha derrotado dos veces —admitió el fnul—. Lo respetamos. Pero es una voz gritando en el desierto, al menos en este país. Usted sabe perfectamente bien, Capitán, que el norteamericano promedio cuando ve esa exhibición en el Museo *Smithsoniano* todo lo que hace es sonreír de un modo tolerante. No es consciente de la *amenaza*. —A esa altura otros dos fnuls se habían aproximado, también con la forma de diminutos vendedores inmobiliarios con traje gris de negocios y llevando portafolios.

—Mira —le dijo uno al otro—. Charley capturó a un terráqueo.

—No —estuvo en desacuerdo su compañero—, el terráqueo lo capturó a él.

—Los tres, entren en el helicóptero de la CIA —ordenó Lightfoot, sacudiendo su revólver 45 ante ellos.

—Usted está cometiendo un error —dijo el primer fnul sacudiendo la cabeza—. Pero es un hombre joven; madurará con el tiempo.

Caminó hacia el helicóptero. Luego, todos a la vez, se dieron vuelta y gritaron:

—*¡Muerte a los terráqueos!*

El portafolios del primer fnul cobró vida, una centella de pura energía solar gimió pasando cerca de la oreja derecha de Lightfoot. Éste apoyó una rodilla en tierra y apretó el gatillo de la 45; el fnul que estaba en la puerta del helicóptero cayó hacia delante y se quedó quieto con el portafolios a su lado. Los otros dos fnuls observaron mientras Lightfoot, con cautela, pateaba el portafolios para alejarlo.

—Joven —dijo uno de los fnuls que quedaban—, pero con reflejos rápidos. ¿Viste la forma en que se arrodilló?

—Hay que tomar en serio a los terráqueos —reconoció el otro—. Tenemos una complicada batalla por delante.

—Mientras esté aquí —le dijo el primero de los fnuls a Lightfoot—, ¿por qué no instala un pequeño depósito en un excelente terreno baldío que tenemos disponible? Sería muy feliz si pudiera echarle una mirada. Con las conexiones de agua y electricidad disponibles a un muy pequeño costo adicional.

—Entren en el helicóptero —repitió Lightfoot, apuntándoles con su arma firmemente.

En Berlín, un *Oberstleutnant* de la SHD, la *Sicherheitsdienst* —el Servicio de Seguridad de Alemania Occidental—, aproximándose a su oficial Comandante, lo saludó al estilo romano, y le dijo:

—*General, die fnulen sind wieder zuruck. ¿Was sollen wir jetz tun?*

—¿Los fnuls *están de regreso*? —dijo Hochflieger, horrorizado—. ¿Ya? Pero fue hace sólo tres años que descubrimos su red y los erradicamos.

Poniéndose en pie de un salto, el General Hochflieger marchó por su pequeña oficina transitoria en el sótano de la *Bundesrat Gebaude*, con sus grandes manos tomadas detrás de la espalda.

—¿Y qué apariencia tienen esta vez? ¿Asesores ministeriales de Finanzas Domésticas, como en la otra ocasión?

—No, señor —dijo el *Oberstleutnant* —. Vinieron como inspectores laborales de la *Volkswagen*. Trajes marrones, anotadores, anteojos pequeños, de mediana edad. Irritables. Y, como antes, de unos sesenta centímetros de altura.

—Lo que detesto de los fnuls —dijo Hochflieger— es su salvaje uso de la ciencia al servicio de la destrucción, especialmente de sus técnicas médicas. Casi nos derrotan con esa infección viral suspendida en el pegamento del reverso de las multicolores estampillas conmemorativas.

—Un arma peligrosa —agregó su subordinado—, pero en última instancia demasiado fantástica para que tuviera éxito. Esta vez probablemente cuenten con una fuerza de choque combinada con un horario absolutamente sincronizado.

—*Selbsverstandlich* —agregó Hochflieger—. Pero sin embargo pudimos reaccionar y combatirlos. Informa a la Terpol —esa era la Organización Terráquea de Contrainteligencia con sede en la Luna—. Específicamente, ¿dónde fueron detectados?

—Hasta ahora, solo en Schweinfurt.

—Tal vez deberíamos destruir la zona de Schweinfurt.

—Aparecerán en algún otro lugar.

—Es verdad —caviló Hochflieger—. Lo que debemos hacer es llevar adelante la Operación *Hundefutter* hasta su culminación con éxito.

Hundefutter había desarrollado para el gobierno de Alemania Occidental una subespecie de terráqueos de sesenta centímetros capaces de asumir una gran variedad de formas. Se usaron para penetrar en las redes de actividades fnul y destruirlas desde dentro. *Hundefutter*, financiado por la familia *Krupp*, estaba preparado para un momento como ése.

—Activaré el *Kommando Einsatzgruppe II* —dijo su subordinado—. Como contrafnuls pueden comenzar a caer inmediatamente detrás de las líneas fnuls cerca del área de Schweinfurt. Hacia la noche la situación debería de estar en nuestras manos.

—*Gruss Gott* —rogó Hochflieger, asintiendo—. Bien, pongamos en marcha el *Kommando*, y mantengamos los ojos bien abiertos para ver cómo van la cosas.

Si fracasaba, comprendía, tendrían que tomarse medidas más desesperadas.

La supervivencia de nuestra raza está en juego, se dijo Hochflieger. Los siguientes cuatro mil años de historia podrían ser determinados por un acto de valentía de un miembro de la SHD. Tal vez yo mismo.

Continuó caminando, meditando en eso.

En Varsovia, el jefe local de la Agencia Protectora para Preservar el Proceso Democrático Popular —la NNBNDL— leyó varias veces el despacho codificado mientras permanecía sentado ante su escritorio bebiendo té y comiendo los restos de las rosquillas y el jamón polaco del desayuno. Esta vez imitaban a ajedrecistas, se dijo Serge Nicov. Y cada fnul hacía uso de la apertura del peón de la reina, PD a P3D... una apertura frágil, reflexionó, especialmente contra PR a P4R, incluso si llevaban las blancas. Pero...

Seguía siendo una situación potencialmente peligrosa.

En una hoja de papelería oficial escribió *«buscar entre los ajedrecistas que recurren a la apertura del peón de reina».* Para el Equipo de Fortalecimiento de Renovación de Bosques, decidió. Los fnuls eran pequeños, pero podían plantar árboles... tenemos que encontrarles algún uso. Semillas; podían plantar semillas de girasol para nuestro programa de Renovación de Aceite Vegetal en la Tundra.

Un año de duro trabajo físico, decidió, y lo pensarían dos veces antes de intentar invadir la Tierra otra vez.

Por otro lado, podríamos llegar a un acuerdo con ellos, ofrecerles una alternativa para fortalecer la actividad de renovación de bosques. Podrían ingresar al Ejército como una Brigada Especial y ser utilizados en Chile, en las montañas escarpadas. Con solo sesenta centímetros de altura, se podrían meter muchos en un único submarino nuclear para transportarlos. Pero, ¿se podría confiar en los fnuls?

Lo que más odiaba de los fnuls —y había llegado a conocerlos bien durante sus anteriores invasiones a la Tierra— era su falsedad. La última vez habían tomado la forma física de una compañía de bailarines étnicos... y qué bailarines habían resultado ser. Masacraron a un público entero en Leningrado antes de que alguien pudiera intervenir: hombres, mujeres y niños muertos en el acto por armas de ingenioso diseño y sólida aunque monótona construcción que habían disimulado como instrumentos folclóricos de cinco cuerdas.

Nunca podría suceder otra vez; ahora todas las naciones democráticas estaban alertas; se habían conformado grupos juveniles especiales para vigilar. Pero algo nuevo —como estos engañosos jugadores de ajedrez— también podía tener éxito, especialmente en los pequeños poblados de las repúblicas orientales, donde los ajedrecistas eran recibidos con entusiasmo.

De un compartimiento oculto de su escritorio, Serge Nicov extrajo el teléfono especial sin dial, tomó el receptáculo y dijo en la bocina:

—Los fnuls están de regreso, en una zona al norte del Cáucaso. Lo mejor será conseguir tantos tanques como sea posible y alinearlos para interceptar su avance cuando intenten extenderse. Primero hay que contenerlos y luego atacar directamente sus centros, dividiéndolos una y otra vez en partes hasta que estén dispersos y se pueda tratar con ellos en pequeños grupos.

—Sí, oficial político Nicov.

Serge Nicov cortó la comunicación y volvió a comer los, ahora fríos, restos del desayuno.

Mientras el Capitán Lightfoot piloteaba el helicóptero de regreso a Washington DC, uno de los fnuls capturados dijo:

—¿Por qué, no importa que imitemos, ustedes los terráqueos siempre nos descubren? Aparecimos en su planeta como empleados de estaciones de servicio, inspectores laborales de Volkswagen, campeones de ajedrez, cantantes folclóricos con instrumentos nativos, oficiales menores del Gobierno y ahora vendedores inmobiliarios…

—Es por el tamaño —dijo Lightfoot.

—Ese concepto no significa nada para nosotros.

—¡Es que sólo tienen sesenta centímetros de altura!

Los dos fnuls conferenciaron, y entonces el otro fnul explicó pacientemente:

—Pero el tamaño es relativo. Tenemos absolutamente todas las cualidades de los terráqueos metidas en nuestros cuerpos provisorios, y de acuerdo a una lógica obvia…

—Mire —dijo Lightfoot—, párese junto a mí.

El fnul, con su traje gris de negocios, cargando con su portafolios, se levantó con cautela y se paró junto a él.

—Solo llegan hasta un poco por encima de mis rodillas —señaló Lightfoot—. Yo mido un metro con ochenta centímetros de altura. Ustedes miden solo un tercio de eso. Entre un grupo de terráqueos ustedes sobresalen como un huevo en un frasco de conservas *kosher*.

—¿Es eso lo que dicen? —preguntó el fnul—. Será mejor que lo anote.

Del bolsillo de su saco extrajo una pequeña lapicera a bolilla no más grande que un fósforo.

—Huevo en una conserva. Encantador. Espero que cuando hayamos exterminado a su civilización, algunas de sus costumbres étnicas se conserven en nuestros museos.

—Yo también así lo espero —dijo Lightfoot, encendiendo un cigarrillo.

—Me pregunto si hay alguna forma para que nos podamos hacer más altos —dijo el otro fnul, reflexionando—. ¿Es un secreto racial preservado por su pueblo?

Notando el cigarrillo encendido que colgaba entre los labios de Lightfoot, el fnul dijo:

—¿Es de esa manera cómo alcanzan una altura antinatural? ¿Encendiendo esa vara de fibras vegetales comprimidas y resecas e inhalando el humo?

—Sí —dijo Lightfoot, extendiéndole el cigarrillo al fnul de sesenta centímetros de altura—. Ése es nuestro secreto. Uno crece si fuma cigarrillos. Tenemos a toda nuestra progenie, especialmente a nuestros adolescentes, fumando. Sobre todo los jóvenes.

—Voy a intentarlo —le dijo el fnul a su compañero. Poniéndose el cigarrillo entre los labios, inhaló profundamente.

Lightfoot parpadeó. Porque el fnul tenía ahora un metro con veinte centímetros de altura; su compañero lo imitó instantáneamente; los fnuls eran ahora el doble de altos que antes. Increíblemente fumar el cigarrillo había aumentado la altura de los fnuls en sesenta centímetros.

—Gracias —le dijo a Lightfoot, el vendedor inmobiliario ahora con más de un metro, con una voz mucho más profunda—. Hemos dado un paso gigantesco, ¿no es cierto?

—Devuélvame mi cigarrillo —dijo Lightfoot nerviosamente.

En su oficina en el edificio de la CIA, el Mayor Julius Hauk presionó un botón de su escritorio, y la señorita Smith, siempre alerta, abrió la puerta y entró en la habitación, con el anotador en la mano.

—Señorita Smith —dijo el Mayor Hauk—, el Capitán Lightfoot está lejos. Ahora puedo decírselo. Esta vez los fnuls van a ganar. Como oficial a cargo de combatirlos, estoy por dar la lucha por perdida y bajar al refugio a prueba de bombas para situaciones desesperadas como ésta.

—Lamento escuchar eso, señor —dijo la señorita Smith, con sus largas pestañas aleteando—. Disfruté mucho trabajando con usted.

—Yo también —explicó Hauk—. *Todos* los terráqueos seremos exterminados; nuestro combate es a lo ancho y a lo largo de todo el planeta.

Abriendo un cajón de su escritorio extrajo una botella sin abrir del escocés *Bullock & Lade* que le habían regalado para un cumpleaños.

—Primero voy a terminar este escocés *B&L* —le informó a la señorita Smith—. ¿Quiere acompañarme?

—No, gracias, señor —dijo la señorita Smith—. Me temo que no bebo, al menos durante las horas del día.

El Mayor Hauk bebió durante un momento de un vaso de papel, luego probó un poco más de la botella solo para estar seguro de que era escocés hasta el fondo. Por fin apoyó la botella y dijo:

—Es difícil de creer que unas criaturas no más grandes que gatos domésticos nos puedan poner de espaldas contra la pared —le hizo una cortés inclinación de cabeza a la señorita Smith—. Me marcho al refugio subterráneo de concreto a prueba de bombas, donde espero sobrevivir al colapso general de la vida tal y como la conocemos.

—Me parece muy bien por usted, Mayor Hauk —dijo la señorita Smith, un poco incómoda—. Pero, ¿usted... usted va a *dejarme* aquí para que me capturen los fnuls? Quiero decir...

Sus prominentes y puntiagudos pechos palpitaban al unísono bajo su blusa.

—Parece un poco mezquino.

—No tiene nada que temer de los fnuls, señorita Smith —dijo el Mayor Hauk—. Después de todo, tienen poco más de medio metro de altura... —

Hizo un gesto—. Incluso una joven neurótica podría, sin mucho esfuerzo... —Rió—. De verdad.

—Pero es una sensación terrible —dijo la señorita Smith— ser abandonada frente a lo que sabemos que es un enemigo antinatural de otro planeta.

—Si usted lo dice —dijo pensativamente el Mayor Hauk—, tal vez quebrante una serie de rígidas normas de la CIA y le permita bajar al escudo conmigo.

Dejando de lado el anotador y la lapicera y lanzándose sobre él, la señorita Smith se exaltó.

—¡Oh, Mayor, cómo puedo agradecérselo!

—Sólo salgamos de aquí —dijo el Mayor Hauk, abandonando en su apuro la botella de escocés *B&L*, siendo la situación que era.

La señorita Smith se colgó de él mientras el Mayor hacía su inestable recorrido por el corredor hasta el ascensor.

—Maldito sea ese escocés —murmuró él—. Señorita Smith, Vivian, fue sabia al no tocarlo. Dada la reacción corticotalámica que todos experimentamos ante el peligro de los fnuls, el escocés no es el bálsamo benéfico que suele ser.

—Aquí —dijo su secretaria, deslizándose bajo su brazo para ayudarlo a que se mantuviera en pie mientras esperaban el ascensor—. Intente mantenerse en pie, Mayor. No tardaremos mucho.

—Ésa es la cuestión —estuvo de acuerdo el Mayor Hauk—. Vivian, querida.

Por fin llegó el ascensor. Era del tipo semiautomático.

—Usted es en verdad muy amable conmigo —dijo la señorita Smith mientras el Mayor presionaba el botón apropiado y el ascensor comenzaba a descender.

—Bien, puedo prolongar su vida —estuvo de acuerdo el Mayor Hauk—. Por supuesto que tan lejos de la superficie... la temperatura promedio es mucho mayor que la de la superficie terrestre. Como en el pozo de una mina, estaremos a cientos de metros del exterior.

—Pero al menos estaremos vivos —dijo la señorita Smith.

El Mayor Hauk se quitó el saco y la corbata.

—Preparémonos para un calor húmedo —le dijo—. Tal vez le convenga quitarse el abrigo.

—Sí —dijo la señorita Smith, permitiéndole que de una forma muy cortés le retirara el abrigo.

El ascensor llegó al refugio. No había nadie ante sus ojos, afortunadamente; todo el refugio era para ellos solos.

—Hay una ventilación muy mala aquí abajo —dijo la señorita Smith mientras el Mayor Hauk encendía una mortecina luz amarilla—. Oh, querido. —En la penumbra se llevó algo por delante—. Aquí es tan difícil ver. —Otra vez se llevó por delante algún objeto; esta vez casi se cae—. ¿No deberíamos tener más luz, Mayor?

—¿Qué? ¿Y atraer a los fnuls?

En la oscuridad, el Mayor Hauk tanteó hasta que la localizó; la señorita Smith se había caído sobre una de las muchas literas del refugio y estaba tanteando en busca de su zapato.

—Creo que se me rompió el tacón del zapato —dijo la señorita Smith.

—Bien, al menos todavía está con vida —dijo el Mayor Hauk—. Ni más ni menos.

En la penumbra comenzó a ayudarla a sacarse el otro zapato, ahora inútil.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí abajo? —preguntó la señorita Smith.

—Mientras los fnuls estén a cargo de la situación —le informó el Mayor Hauk—. Sería mejor que se pusiera un traje a prueba de radiación por si los salvajes extraterrestres intentan arrojar bombas H sobre la Casa Blanca. Así que tomaré su blusa y su chaqueta... tiene que haber trajes por algún lado.

—Usted es tan amable conmigo —suspiró la señorita Smith mientras le tendía la blusa y la chaqueta—. No lo olvidaré.

—Creo —dijo el Mayor Hauk— que cambié de opinión y regresaré arriba por el escocés; estaremos aquí abajo más tiempo de lo que pensaba y necesitaremos algo así para que la soledad no arruine nuestros nervios. Quédese aquí.

Comenzó a tantear su camino hacia el ascensor.

—No tarde mucho —dijo la señorita Smith con ansiedad detrás de él—. Me siento terriblemente expuesta y desprotegida aquí abajo sola, y lo que es peor, parece que no puedo encontrar los trajes a prueba de radiación de los que habló.

—Pronto estaré de vuelta —prometió el Mayor Hauk.

En la playa opuesta al edificio de la CIA, el Capitán Lightfoot aterrizó el helicóptero con los dos fnuls capturados a bordo.

—Muévanse —les ordenó, hundiendo la boca de su revólver 45 de servicio entre sus pequeñas costillas.

—Es porque es más grande que nosotros, Len —le dijo uno de los fnuls al otro—. Si tuviéramos el mismo tamaño no se atrevería a amenazarnos de esta manera. Pero ahora comprendemos, finalmente, la naturaleza de la superioridad de los terráqueos.

—Sí —dijo el otro fnul—. Tras veinte años el misterio ha sido resuelto.

—Una altura de un metro con veinte centímetros todavía da una apariencia sospechosa —dijo el Capitán Lightfoot, pero estaba meditando. Si podían crecer de los sesenta centímetros al metro con veinte en un instante, solo por fumar un cigarrillo, ¿qué los detendría para no crecer sesenta centímetros más? Entonces tendrían un metro con ochenta centímetros y su apariencia sería exactamente como la nuestra.

Y todo por mi culpa, se dijo miserablemente.

El Mayor Hauk me destruirá, mi carrera al menos, si no mi persona.

De cualquier modo, continuaría como mejor pudiera; la famosa *tradición* de la CIA lo exigía.

—Los voy a llevar directamente con el Mayor Hauk —le dijo a los dos fnuls—. Él sabrá que hacer con ustedes.

Cuando alcanzaron la oficina del Mayor Hauk, allí no había nadie.

—Esto es muy extraño —dijo el Capitán Lightfoot.

—El Mayor Hauk se ha batido en una apresurada retirada —dijo uno de los fnuls—. ¿Esa gran botella ámbar no indica algo?

—Es una botella de escocés —dijo Lightfoot, examinándola—. Y no indica nada. De todos modos —le removió la tapa—, probaré su contenido. Solo para estar seguro.

Después de probarlo descubrió que lo observaban intensamente los dos fnuls.

—Esto es lo que los terráqueos consideramos bebida —explicó Lightfoot—. A ustedes les caerá mal.

—Posiblemente —dijo uno de los fnul—, pero mientras usted estaba bebiendo le sacamos su revólver 45 de servicio. Arriba las manos.

Lightfoot, de mala gana, levantó las manos.

—Denos esa botella —dijo el fnul—. Y déjenos probarlo a nosotros; no nos negamos a nada. En realidad, la cultura terráquea está abierta ante nosotros.

—Beber los destruirá —dijo Lightfoot desesperadamente.

—¿Cómo hizo la vara de sustancia vegetal reseca? —dijo el más cercano de los fnuls con desprecio.

Él y su compañero vaciaron la botella mientras Lightfoot observaba.

Con absoluta seguridad, los fnuls ahora medían un metro con ochenta centímetros. Y, estaba seguro, en todos los lugares del mundo los fnuls estaban alcanzando una altura semejante. Por ese motivo la invasión de los fnuls esta vez sería exitosa. Había destruido a la Tierra.

—Salud —dijo el primer fnul.

—¡Fondo blanco! —dijo el otro—. Suenen las campanas.

Estudiaron a Lightfoot.

—Se ha reducido hasta nuestro tamaño.

—No, Len —aclaró el otro—. Nos hemos estirado hasta el suyo.

—Entonces por fin somos todos iguales —dijo Len—. Tuvimos éxito. La defensa mágica de los terráqueos, su tamaño antinatural, finalmente fue vencida.

En ese momento dijo una voz:

—Arrojen el revólver 45.

Y el Mayor Hauk ingresó caminando en la habitación detrás de los fnuls completamente borrachos.

—Bien, tenemos mala suerte —murmuró el primero de los fnuls—. Mira, Len, es el responsable de nuestras anteriores derrotas.

—Y es pequeño —dijo Len—. Pequeño, como nosotros. Ahora somos todos pequeños. Quiero decir, somos todos inmensos; maldita sea, es lo mismo. De cualquier modo somos todos iguales.

Se tambaleó hacia el Mayor Hauk.

El Mayor Hauk disparó. Y el fnul llamado Len cayó. Estaba absoluta e innegablemente muerto. Quedaba solo uno de los fnuls capturados.

—Edgar, han crecido de tamaño —dijo el Mayor Hauk, pálido—. ¿Por qué?

—Es culpa mía —admitió Lightfoot—. La primera causa fue el cigarrillo, la segunda el escocés... su escocés, Mayor, el que le dio su esposa para su último cumpleaños. Reconozco que al ser ahora del mismo tamaño que nosotros se hace imposible distinguirlos... pero considere esto, señor. *¿Qué pasaría si crecieran una vez más?*

—Comprendo tu idea con claridad —dijo el Mayor Hauk, tras una pausa—. Si midieran casi dos metros y medio, los fnuls serían tan llamativos como lo eran cuando...

El fnul capturado hizo un intento por liberarse.

El Mayor Hauk disparó, hacia abajo, pero era demasiado tarde; el fnul ya estaba en el corredor y se dirigía hacia el ascensor.

—¡Atrápelo! —gritó el Mayor Hauk.

El fnul alcanzó el ascensor y sin vacilar apretó el botón; algún fnuliano conocimiento extraterrestre guió su mano.

—Se está escapando —chilló Lightfoot.

Había llegado el ascensor.

—Va a bajar al refugio a prueba de bombas —vociferó el Mayor Hauk con decepción.

—Bien —dijo severamente Lightfoot—. Podremos capturarlo sin mayores problemas.

—Sí, pero... —El Mayor Hauk comenzó y luego se interrumpió—. Está en lo correcto, Lightfoot; debemos capturarlo. Si de algún modo llegara a la calle se asemejaría a cualquier hombre con un traje gris de negocios cargando un portafolios.

—¿Cómo podemos hacer que vuelva a crecer? —dijo Lightfoot mientras él y el Mayor Hauk descendían por la escalera—. Un cigarrillo lo comenzó, luego el escocés... ambas cosas eran algo nuevo para los fnuls. ¿Qué podría completar su crecimiento llevándolos a una llamativa altura de dos metros y medio?

Mientras se lanzaba cada vez más abajo se estrujaba el cerebro, hasta que por fin apareció ante ellos la entrada de concreto y acero del refugio.

El fnul ya estaba en el interior.

—Es, eh, la señorita Smith a la que se escucha gritar —admitió el Mayor Hauk—. Ella estaba, o más bien en realidad, nosotros estabamos... bien, estábamos refugiándonos de la invasión aquí abajo.

Apoyando su peso contra la puerta, Lightfoot la abrió hacia un lado.

La señorita Smith los vio y corrió hacia ellos, cojeando, y un segundo más tarde colgaba de los dos hombres, ahora a salvo del fnul.

—Gracias a Dios —dijo entrecortadamente—. No me di cuenta de lo que era hasta que... —se estremeció.

—Mayor —dijo el Capitán Lightfoot—, creo que hemos dado con eso.

—Capitán, busque las ropas de la señorita Smith, yo me haré cargo del fnul. Ya no habrá problemas —dijo con rapidez el Mayor Hauk.

El fnul, de dos metros y medio de altura, se acercó lentamente a ellos, con las manos levantadas.

LA JUGADA

Mientras rodaba una barrica de agua de doscientos litros desde el canal hasta su huerto de patatas, Bob Turk oyó el rugido, dirigió una ojeada a la colina del cielo marciano de media tarde, y vio la gran nave interplanetaria azul.

Agitó la mano en excitado saludo, luego leyó las palabras pintadas en el costado de la nave, y su alegría se mezcló con inquietud. Porque aquel gran casco cóncavo, que descendía ahora para aterrizar, era una astronave de Carnaval, una nave venida hasta aquella región, hasta el cuarto planeta, para hacer negocio.

La inscripción que llevaba rezaba así:

LA EMPRESA DE DIVERSIONES «ESTRELLAS FUGACES» PRESENTA:
FENÓMENOS, MAGIA, TERRORÍFICOS ENGENDROS,
¡Y MUJERES!

Y la palabra final había sido pintada en letras mayores.

Será mejor que vaya a decírselo al Consejo de la Colonia, pensó Turk. Dejó su barrica de agua y trotó hacia la zona de tiendas, jadeando mientras sus pulmones se esforzaban por absorber el aire débil y enrarecido de aquel mundo antinatural, apenas colonizado.

La última vez que había llegado una Feria a su zona les habían robado la mayor parte de las cosechas —aceptadas en trueque por sus hombres— no dando a cambio más que una brazada de inútiles figurillas de yeso. Eso no volvería a suceder. Y sin embargo...

Sin embargo, sentía en sí la comezón, la *necesidad*, de ser entretenido. Y todos ellos se sentían del mismo modo; la Colonia anhelaba lo raro, lo extravagante y singular. Desde luego aquellos hombres lo sabían, y se aprovechaban de eso para su hurto. Si solamente pudiéramos mantener clara la cabeza, pensó Turk, trocar el sobrante de los alimentos y fibras de vestir, pero no lo que necesitamos nosotros... no convertirnos en algo así como una partida de chiquillos... Pero la vida en el mundo de la Colonia era monótona. Acarrear agua, combatir a los bichos, reparar vallas, reparar incesantemente la semiautónoma maquinaria robot agrícola que les sustentaba... no era bastante, aquello no tenía emoción alguna, ninguna solemnidad.

—¡Eh! —llamó al llegar al terreno de Vince Guest, que se hallaba sentado sobre su arado de un solo cilindro, llave inglesa en mano—. ¿Oyes el barullo? ¡Compañía...! Más funciones, como el año pasado; ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —respondió Vince sin levantar la vista—. Se llevaron todas las calabazas. ¡Al diablo con los espectáculos ambulantes! —Y su rostro se ensombreció.

—Esta es una Compañía diferente —explicó Turk, deteniéndose—. Nunca los vi antes; tienen una nave azul, y parece como si hubieran estado en todas partes. ¿Sabes lo que vamos a hacer? ¿Recuerdas nuestro plan?

—Algo —respondió Vince, entornando la rosca de su llave inglesa.

—El talento es el talento —parloteó Turk, tratando de convencer no sólo a Vince sino a sí mismo—. Fred es ingenioso; su talento es auténtico, quiero decir, lo hemos experimentado un millón de veces... ¿Por qué no lo empleamos contra esa Feria del año pasado? Jamás lo sabré. Pero ahora estamos organizados... preparados.

Levantando su mano, Vince dijo:

—¿Sabes tú lo que ese estúpido va a hacer? Se unirá a la Feria; se marchará con ellos y empleará su talento para su provecho..., no podemos fiarnos de él.

—Pues yo sí —repuso Turk, apresurándose a ir hacia los edificios de la Colonia, las polvorientas y erosionadas estructuras grises que estaban directamente enfrente. Podía ver ya al presidente del Consejo, Hoagland Rae, atareado en su almacén; Hoagland alquilaba materiales e instrumentos de segunda mano a los miembros de la Colonia, y todos dependían de él. Sin los utensilios de Hoagland no habría oveja esquilada, ni borrego con la cola cortada. No era, pues, de extrañar que Hoagland se hubiera convertido en su dirigente político, a la par que económico.

Saliendo de entre su amasijo de mercancías, Hoagland protegió sus ojos, se seco la húmeda frente con su pañuelo plegado y saludó a Bob Turk:

—¿Diferente Compañía esta vez? —su voz era muy baja.

—Eso es —respondió Turk, latiéndole con fuerza el corazón—. ¡Y podemos atraparlos, Hoag! Si actuamos como es debido; quiero decir, una vez que Fred...

—Estarán recelosos —manifestó Hoagland pensativo—. No cabe duda que otras Colonias habrán empleado psi para ganar. Pueden tener uno de esos... ¿cómo se les llama...?, de esos individuos antipsi con ellos. —Hizo un ademán mostrando su resignación.

—Voy a decir a los padres de Fred que lo saquen de la escuela —jadeó Bob Turk—. Sería natural para los chicos el aparecer enseguida; que cierren la escuela esta tarde, y así Fred estará entre el grupo, ¿entiendes lo que quiero decir? No debe *parecer* chusco, no a mí, de todos modos —rió con una risita tonta.

—Cierto —convino Hoagland con dignidad—. El chico Costner aparece de manera normal, o sea que estamos obligados. Ve a tocar la campana de los excedentes de recolección, para que esos carnavaleros vean que tenemos buena mercancía que ofrecer... quiero que vean todas esas manzanas y avellanas, coles y calabazas apiladas —apuntó al lugar—. Y un minucioso inventario con tres copias, en mis manos, en una hora.

Hoagland sacó un puro, lo encendió y añadió:

—Adelante, pues.

Bob Turk se marchó a cumplir con el encargo.

Mientras andaban a través de su pasto sur, entre las ovejas de cara negra que rumiaban la hierba dura y seca, Tony Costner dijo a su hijo:

—¿Crees que podrás apañártelas con ellos? Si no, dilo. No tienes por qué hacerlo.

Esforzándose, Fred Costner podía vislumbrar la Feria a lo lejos, instalándose ante la astronave de afilada proa. Barracas resplandecientes de banderolas y gallardetes que bailaban al viento... y la música registrada. ¿O era un auténtico órgano de vapor?

—Seguro —murmuró el chico—. Puedo manejarlos; he estado practicando cada día desde que el señor Rae me lo dijo. —Y para demostrarlo, pasó rasando una roca que estaba enfrente de ellos, fue a gran velocidad en su dirección y luego se dejó caer bruscamente en la hierba parda y seca. Una oveja miró con aire estúpido y Fred rió.

Un pequeño grupo de la Colonia, incluyendo a los niños, había aparecido ya entre las casetas que se estaban montando; Fred vio en pleno funcionamiento la máquina de los confites, olió el aroma de las rosetas de maíz friéndose, y contempló con deleite un gran racimo de globos llenados con helio, que portaba un enano grotescamente pintarrajeado y con ropa de vagabundo.

Su padre dijo quedamente:

—Lo que debes buscar, Fred, es el juego que ofrece premios valiosos.

—Lo sé —respondió el muchacho, comenzando a escudriñar las casetas—. No tenemos necesidad de muñecas *Hula-hula* —se dijo a sí mismo—, ni de botes de melaza.

En alguna parte del Carnaval se hallaban los verdaderos tesoros. Podía ser en el aparato tragamonedas o en la rueda giratoria o en la mesa de la lotería. Husmeaba e indagaba.

Con voz débil y forzada, su padre dijo:

—Hum, acaso tendré que dejarte, Freddy...

Tony había visto una de las plataformas de las muchachas y se había vuelto hacia ellas, incapaz de despegar sus ojos de la escena. Una de las chicas se hallaba ya en ella... Pero entonces el ronroneo de un camión lo hizo volverse, y olvido a la muchacha ligera de ropa y de prominente pecho de la plataforma. El camión estaba trayendo los productos de la Colonia, para ser trocados por entradas.

Fred se dirigió hacia el camión, preguntándose cuánto habría decidido ofrecer esta vez Hoagland Rae, después de la espantosa paliza que habían recibido la vez anterior. Tenía el aspecto de ser un gran trato y Fred sintió orgullo; la Colonia tenía plena confianza en sus habilidades.

Seguramente percibió el inconfundible hedor de psi.

Emanaba de una caseta a su derecha, y se volvió al instante en aquella dirección. Esto era lo que la gente de la Feria estaba protegiendo, este único juego en el cual no creían poder permitirse perder. Era, lo vio, una caseta en la cual uno de los fenómenos actuaba como blanco. El fenómeno era un descabezado, el primero que jamás viera, y Fred se detuvo atónito.

El descabezado no tenía cabeza *en absoluto*, y sus órganos sensoriales, sus ojos, nariz y orejas, habían emigrado a otras partes de su cuerpo en el período prenatal. Por ejemplo, su boca se abría en el centro de su pecho, y un ojo brillaba en cada hombro; el descabezado estaba deformado, más no privado, y Fred sintió respeto por él. El descabezado podía ver, oler y oír, tan bien como cualquiera. ¿Más qué había exactamente en el juego?

En la caseta, el descabezado se hallaba en un cesto suspendido sobre una artesa con agua. Detrás del descabezado, Fred Costner vio un blanco y luego el montón de pelotas de béisbol, y comprendió en qué consistía *la jugada*; si el blanco era alcanzado con una pelota, el descabezado se zambullía en la artesa con agua. Y era para impedirlo que la Feria había empleado sus poderes psi; el hedor era allí insoportable. No sabía, sin embargo, de dónde procedía tal emanación, si del descabezado o del operador, o de ambos, o de una tercera persona aún no vista.

El operador, una muchacha delgada con pantalones flojos, jersey y tenis, tendió una pelota a Fred.

—¿Dispuesto a jugar, Capitán? —le preguntó con sonrisa insinuante, como si estuviera absolutamente segura de que *no podría* jugar y ganar.

—Lo estoy pensando —respondió Fred, al tiempo que escrutaba los premios.

El descabezado lanzó una risita y la boca situada en el pecho dijo:

—Lo está pensando..., lo dudo.

Volvió a lanzar su risita y Fred se sonrojó.

Su padre llegó a su lado.

—¿Es a esto a lo que quieres jugar? —preguntó.

Casi al mismo tiempo apareció Hoagland Rae; los dos hombres flanquearon al chico, examinando los premios. ¿Qué eran? Muñecos, pensó Fred; cuanto menos tal era su aspecto. Las figuras, pequeñas y vagamente masculinas, se hallaban dispuestas en hileras en varios estantes, a la izquierda de la encargada de la caseta. Por su vida que él *no podía* descubrir las razones de la Feria para protegerlos, puesto que seguramente no tenían valor alguno. Se acercó más, esforzándose para ver mejor...

Apartándose hacia un lado, Hoagland Rae le dijo, preocupado:

—Pero aunque ganemos, Fred, ¿qué conseguimos? Nada que podamos usar, sólo esas figurillas de plástico. Ni siquiera podremos cambiar esos objetos a otras Colonias.

Parecía desilusionado.

—No creo que sean lo que parecen —argumentó Fred—, aunque todavía no sé lo que son. De todos modos, déjeme probar, señor Rae; sé que *esta* caseta es la principal...

Y, al parecer, también creía lo mismo la gente de la Feria.

—Bien, como te parezca —dijo Hoagland Rae con pesimismo; cambió una mirada con el padre de Fred, y luego dio una palmadita alentadora en la espalda del chico—. Adelante, muchacho —dijo—, hazlo lo mejor que puedas.

El grupo, al que se había unido ahora Bob Turk, volvió a la caseta donde se hallaba el descabezado con los brillantes ojos en sus hombros.

—¿Qué, se decidieron ya? —preguntó la delgada muchacha de inexpresivo rostro, lanzando una pelota al aire y volviendo a recogerla.

—Ten —dijo Hoagland, entregando a Fred un sobre que contenía boletos cambiados por productos.

—Lo intentaré —dijo Fred a la muchacha delgada, tendiendo un boleto.

La muchacha sonrió, mostrando unos dientes pequeños y agudos.

—¡Lánzame a la artesa! —gritó el descabezado—. ¡Zambúlleme y gana un valioso premio!

Lanzó otra risotada, casi con deleite.

Aquella noche, en el taller que tenía en la trastienda de su almacén, Hoagland Rae examinaba con una lupa de joyero en su ojo derecho una de las figurillas que el chico de Tony Costner había ganado aquel día en la Feria de las *Estrellas Fugaces.*

Quince de estas figurillas se hallaban alineadas contra la pared del taller de Hoagland. Éste, abriendo con unas pinzas la parte trasera del muñeco, vio en su interior un complicado alambrado.

—El chico tenía razón —dijo a Bob Turk, que se hallaba tras él, fumando con espasmódica agitación un cigarrillo de tabaco sintético—. No es un muñeco; está completamente guarnecido. Podría ser algún artilugio perteneciente a la ONU, y que ellos hubieran robado..., hasta podría ser una especie de microcaptador; ya sabes, uno de esos mecanismos especiales que el Gobierno emplea para un millón de tareas, desde el espionaje hasta la reconstrucción mediante cirugía de los veteranos de guerra.

Enseguida, con todo cuidado, abrió la frente de la figurilla.

Más alambrado, y partes en miniatura que hasta con la lupa eran extremadamente difíciles de apreciar. Renunció; después de todo, su habilidad se limitaba a la reparación de máquinas segadoras y cosas por el estilo. Esto era demasiado para él. De nuevo se preguntó qué empleo exacto podría hacer la Colonia de aquellos artilugios. ¿Venderlos de nuevo a la ONU? Y, en el ínterin, la Feria había recogido sus bártulos y se había ido. No había medio alguno de saber dónde se encontraban ahora.

—Acaso ande y hable —sugirió Turk.

Hoagland buscó en la figurilla algún conmutador, pero no halló ninguno. ¿Orden verbal?, se preguntó.

—*¡Anda!* —gritó, como esperando algún milagro.

La figurilla permaneció inerte.

—Creo que hemos logrado algo aquí —dijo a Turk—. Pero... —hizo un gesto—. Ello llevará tiempo; hemos de tener paciencia...

Acaso si llevaran una de las figurillas a la ciudad principal, pensó, donde podían ser hallados los auténticos ingenieros profesionales, los peritos en electrónica y los restauradores de todo género... Pero prefería hacerlo todo por sí mismo: desconfiaba de los habitantes de la gran zona urbana del planeta colonia.

—De seguro que esa gente de la Feria se quedaría de una pieza si ganamos de nuevo —dijo con una risita Bob Turk—. Fred dijo que estaban ejerciendo su propio psi todo el tiempo, y que le sorprendería completamente que...

—Tranquilízate —respondió Hoagland.

Había hallado el suministro de energía de la figurilla; le quedaba ahora únicamente el trazar el circuito hasta llegar a una interrupción, empalmando la cual podría poner en actividad el mecanismo; era..., o al menos lo parecía..., tan sencillo como eso.

No tardó en hallar la interrupción del circuito. Un conmutador microscópico, simulado en la hebilla del cinturón de la figurita. Hoagland ajustó el interruptor con sus pinzas de punta de aguja, puso de nuevo la figurilla sobre su banco de trabajo, y esperó.

La figurilla se agitó, tendiendo una mano a una especie de bolsa que colgaba de su costado, y sacando de ella un minúsculo tubito con el que apuntó a Hoagland.

—Espera —dijo Hoagland con voz apagada.

Tras él, Turk lanzó una especie de balido y corrió para resguardarse. Mientras tanto algo dio un estampido sobre su cara, un haz luminoso que lo empujó hacia atrás; cerró los ojos y grito, asustado:

—¡Estamos siendo atacados!

Pero no oyó el sonido de su propia voz. Estaba gritando inútilmente en una oscuridad infinita. A tientas logró salir afuera, implorante...

La enfermera titular de la Colonia estaba inclinada sobre Hoagland, sosteniendo un frasco de amoníaco aplicado a sus fosas nasales. Quejándose, Hoagland logró levantar la cabeza y abrir los ojos. Se encontraba tendido en su taller, y en derredor suyo había una hilera de colonos adultos, Bob Turk en primer lugar, y todos con expresiones de la mayor alarma.

—¡Esos muñecos o lo que sean...! —logró mascullar Hoagland—. Nos atacaron; tengan cuidado. —Se retorció, intentando ver la fila de muñecos que había colocado tan cuidadosamente contra la pared—. Hice funcionar a uno prematuramente —murmuró—. Lo puse en marcha completando el circuito, de modo que ya estamos al tanto de lo que pasa.

Seguidamente pestañeó. Los muñecos no estaban allí.

—Fui a buscar a la señorita Beason —explicó Bob Turk—, y al volver, habían desaparecido. Lo siento —parecía excusarse como si fuera su culpa—. Pero tú fuiste herido; me preocupaba que acaso estuvieras muerto.

—Está bien —dijo Hoagland, levantándose; le dolía la cabeza y sentía náuseas—. Hiciste lo que debías. Será mejor que venga aquí el chico Costner, y sepamos su opinión. Bueno, hemos sido atrapados..., metidos el segundo año en un lío. Sólo que esta vez peor. —Esta vez, pensaba, hemos de ganar. Salimos mejor librados el año pasado, perdiendo.

Tenía el indicio de un verdadero presentimiento.

Cuatro días después, en ocasión de hallarse Tony Costner cavando su huerto, un brusco remover en el terreno lo hizo detenerse unos instantes en su tarea. Alcanzó su horquilla silenciosamente, pensando: «es una ardilla terrera que anda ahí abajo comiendo las raíces. La atraparé». Alzó la horquilla y, al agitarse la tierra una vez más, clavó salvajemente y con hondura las puntas del instrumento.

Algo bajo la superficie chilló de dolor y miedo. Tony Costner tomó una pala y excavó el suelo. Apareció un túnel subterráneo y en él, agonizando una masa de piel estremecida y palpitante —tal como por larga experiencia lo había previsto—, yacía una ardilla marciana, con los ojos vidriosos por la próxima muerte, la boca abierta mostrando los agudos dientes y las garras tendidas con desespero.

Remató compasivamente al animal y luego se inclinó para examinarlo. Porque algo extraño había captado su vista: un destello metálico.

La ardilla marciana llevaba un arnés.

Era un arnés artificial, desde luego, encajado en torno a su cuello. Unos alambres casi invisibles, tenues como cabellos, surgían del arnés y desaparecían en la piel de la ardilla, cerca del pericráneo.

—¡Dios! —exclamó Tony Costner, alzando a la ardilla y quedándose sumido en vana ansiedad, preguntándose qué hacer. Enseguida relacionó aquello con los muñecos de la Feria; ellos se habían ido y habían dejado esto, *hecho* esto... la Colonia, tal como lo dijera Hoagland, estaba siendo atacada.

Se preguntó qué habría hecho la ardilla de no haberla matado él.

La ardilla había estado ejecutando algo. Abriendo un túnel hacia... su madriguera.

Más tarde se encontraba con Hoagland Rae en el taller de éste; Rae había abierto con cuidado el arnés inspeccionando su interior.

—Un transmisor —dijo, respirando ruidosamente, como si le hubiera vuelto el asma de su niñez—. De corto alcance, acaso media milla. La ardilla estaba dirigida por él, y quizás retransmitía una señal indicando dónde estaba y lo que estaba haciendo. Los electrodos del cerebro probablemente conectan con zonas del gusto y dolor... de este modo podía ser controlada. —Lanzó una ojeada a Tony Costner—. ¿Te gustaría llevar un arnés como este contigo?

—En absoluto —respondió Tony, estremeciéndose.

Lo que deseaba era volver al instante a la Tierra, por muy superpoblada que estuviera; anhelaba la presión de la muchedumbre, los olores y sonidos de los grandes grupos de hombres y mujeres moviéndose a lo largo de las duras aceras, entre las luces. En un destello le asaltó el pensamiento de que nunca había disfrutado realmente allí en Marte. Demasiado solitario. *«Cometí un error»,* se dijo. Mi mujer fue la que me hizo venir aquí.

Pero era ya demasiado tarde para pensar ahora en ello.

—Creo —dijo secamente Hoagland— que será mejor notificarlo a la Policía Militar de la ONU. —Fue con pasos arrastrados al teléfono de pared, lo descolgó y marcó el número de urgencia, mientras decía a Tony, a medias excusándose y a medias con enojo:

—No puedo tomar la responsabilidad de manejar esto, Costner; es demasiado difícil.

—Es mi culpa también —dijo Tony—. Cuando vi aquella muchacha, se estaba quitando la parte superior de su ropa y...

—Despacho de Seguridad Regional de la ONU —se oyó a través del teléfono, lo bastante alto para que Tony Costner también lo escuchara.

—Estamos en un apuro —dijo Hoagland, explicando a continuación lo de la nave de diversiones de la Empresa de las *Estrellas Fugaces*, y lo que había sucedido. Mientras hablaba se secaba la sudorosa frente con su pañuelo; tenía un aspecto envejecido y cansado, como si tuviera muchísima necesidad de descanso.

Una hora después, la Policía Militar aterrizó en medio de la única calle de la Colonia. Un oficial uniformado de la ONU, de mediana edad, y con una cartera de mano, salió del aparato, miró en derredor a la amarilla luz del atardecer y reparó en el grupo, a cuyo frente se hallaba situado preferentemente Hoagland Rae.

—¿Es usted el General Mozart? —dijo Rae, tanteando y tendiéndole la mano.

—En efecto —dijo el corpulento oficial, al par que estrechaba brevemente la mano tendida—. ¿Puedo ver de qué se trata? —añadió, pareciendo un tanto desdeñoso por la mugrienta población de la Colonia. Hoagland lo sintió agudamente, y retoñaron su sensación de fracaso y depresión.

—Desde luego, General —respondió, abriendo el camino a su almacén y al taller de la trastienda.

Tras haber examinado a la ardilla marciana muerta, con sus electrodos y arnés, el General Mozart dijo:

—Puede usted haber obtenido artefactos que ellos *no* desearan ceder, señor Rae. Su destino final no era probablemente esta Colonia. —De nuevo se hacía patente su disgusto mal disimulado; ¿quién habría de preocuparse por *aquella* zona?—. Sino eventualmente —añadió—, y ésta es una suposición, a la Tierra y a las regiones más pobladas. Sin embargo, por su empleo de una polarización negativa en el juego de tiro de la pelota... —se detuvo y lanzó una ojeada a su reloj de pulsera—. Someteremos a estos terrenos de la vecindad al gas tóxico; así que usted y su gente habrán de evacuar toda esta región, de hecho esta misma noche; nosotros proveeremos el transporte. ¿Puedo utilizar su teléfono? Yo ordenaré el traslado... y usted reúna a toda su gente. —Sonrió reflexivamente a Hoagland y fue luego al teléfono para llamar a su despacho de la ciudad principal.

—¿El ganado también? —preguntó Rae—. No podemos sacrificarlo.

Se preguntaba cómo habrían de llevarse ovejas, perros y vacas en el transporte de la ONU en medio de la noche. ¡Vaya jaleo!, pensó con desánimo.

—Desde luego que el ganado también —respondió con tono antipático el General Mozart, como si Rae fuese alguna especie de idiota.

El tercer buey llevado a bordo del transporte de la ONU llevaba un arnés al cuello; los policías militares de la compuerta de entrada lo observaron, mataron al instante al buey, y llamaron a Hoagland para que dispusiera de la res.

Agachado junto a ella, Hoagland Rae examinó el arnés y su alambrado. Al igual que la ardilla, había una conexión de delicados hilos, del cerebro del animal al órgano sensorial —cualquiera que fuese— que había instalado el aparato, situado, suponía él, a no más de una milla de la Colonia. ¿Cuál era

la misión asignada a esta bestia?, se preguntó al desconectar el arnés. ¿Atacar a alguno de nosotros? O bien observar... Más probablemente esto; el transmisor en perpetuo funcionamiento, recogiendo todos los ruidos de la vecindad. Así, pues, ya saben que hemos recurrido a los Militares, pensó Hoagland. Y que hemos detectado dos de sus artilugios también.

Tuvo la profunda intuición de que aquello significaba la abolición de la Colonia. La zona no tardaría en convertirse en un campo de batalla entre el Departamento Militar de la ONU y las Empresas de Diversiones de las *Estrellas Fugaces*, representaran lo que representasen. Se preguntaba de dónde procederían. Evidentemente, del exterior del Sistema Solar.

Arrodillándose momentáneamente junto a él, un policía secreto de la ONU, vestido de negro, dijo:

—Ánimo. Se atraparon los dedos; nunca antes pudimos probar que estas Ferias eran hostiles. Gracias a ustedes, ellos no las celebrarán ya en la Tierra. Serán reforzados; no cedan. —Le hizo a Hoagland un gesto entre sonrisa y mueca y luego se apresuró a desaparecer en la oscuridad, donde se hallaba estacionado un tanque de la ONU.

Sí, pensó Hoagland. Tenemos a favor a las autoridades. Y nos premian trasladándonos masivamente de esta zona.

Albergaba la sensación de que la Colonia ya nunca sería del todo la misma hicieran lo que hiciesen las autoridades. Debido a qué, si no otra cosa, la Colonia había fracasado en solucionar sus propios problemas; se había visto obligada a solicitar ayuda del exterior.

Tony Costner le echó una mano con la res muerta; juntos la arrastraron a un lado, jadeando al esforzarse con el cuerpo aún cálido.

—Me siento responsable —dijo Tony, cuando terminaron su tarea.

—Pues no lo debes —dijo Hoagland, moviendo la cabeza—. Y dile a tu hijo que no lo lamente tampoco.

—No he visto a Fred desde que apareció la cosa —dijo Tony con tristeza—. Se marchó terriblemente desazonado. Supongo que la Policía Militar de la ONU lo encontrará; están por los alrededores revisándolo todo. —Su voz era apagada, como si aún no pudiera convencerse de lo que estaba sucediendo—. Un policía militar me dijo que por la mañana podremos volver. El gas arsénico habrá dado cuenta de todo. ¿Crees que lo han experimentado antes? No lo dicen, pero parecen tan eficaces... tan seguros de los que están haciendo...

—Solo Dios lo sabe —respondió Hoagland. Encendió un auténtico puro terrestre *Óptimo* y fumó en hosco silencio, contemplando cómo conducían al transporte a un hato de ovejas negras. ¿Quién hubiera pensado que la legendaria y clásica invasión de la Tierra tomaría esta forma?, nuestra pobre Colonia, a causa de unas figurillas llenas de alambres, poco más de una docena en total, que logramos ganar en la Feria de las *Estrellas Fugaces*... Como el General Mozart dijo, los invasores ni siquiera deseaban renunciar. Cosa irónica.

Bob Turk, dirigiéndose a su lado, dijo quedamente:

—Te darás cuenta de que vamos a ser sacrificados. Eso es evidente. El gas tóxico matará a todas las ardillas y ratas, pero no a los artilugios microscópicos, pues no respiran. La ONU tendrá a sus Escuadras de Policía operando en esta región durante semanas, acaso durante meses. Este ataque de gas es sólo el comienzo. —Se volvió acusadoramente a Tony Costner—. Si tu chico...

—Está bien... —cortó Hoagland con voz dura—. Ya basta. De no haber apartado yo uno y conectado el circuito... puedes censurarme, Turk; de hecho, estoy dispuesto a renunciar y contento de hacerlo. Puedes dirigir la Colonia sin mí.

A través de un altavoz accionado por baterías, la voz de un miembro de la ONU restalló:

—¡Prepárense a embarcar todas las personas al alcance de mi voz! ¡Esta zona va a ser inundada con gas tóxico a las catorce horas! Repito...

Lo fue repitiendo en una y otra dirección, con resonante eco en la oscuridad de la noche.

Fred Costner fue dando traspiés por el áspero y desconocido terreno, jadeando de inquietud y decaimiento; no prestaba atención alguna a dónde estaba ni se esforzaba por saber a dónde se dirigía. Todo lo que deseaba era marcharse. Él había destruido la Colonia, y todo el mundo, desde Hoagland Rae hasta los de abajo, lo sabía. A causa de él...

Lejos, tras él, una voz amplificada anunció:

«¡Prepárense a embarcar todas las personas al alcance de mi voz! ¡Esta zona va a ser inundada con gas tóxico a las catorce horas! Repito que todas las personas al alcance de mi voz...».

Y así prosiguió reiteradamente el vozarrón, y Fred continuó dando traspiés, escapando de todo.

La noche olía a arañas y a maleza seca; sintió la desolación en torno suyo. Estaba ya más allá del perímetro final de cultivos; había dejado los campos de la Colonia e iba ahora por terreno no desbrozado, sin cercas ni mojones. Pero, probablemente, inundarían también aquella zona; los aparatos de la ONU irían desparramando por doquier el gas tóxico, y tras ellos penetrarían Tropas Especiales portadoras de caretas antigás y de lanzallamas, con detectores sensibles a la espalda, para achicharrar a los microrapiñadores que se hubieran refugiado en las madrigueras subterráneas de ratas, sabandijas y gusanos. ¿A dónde pertenecerían? ¡Y pensar que yo los deseaba para la Colonia!... Pensaba que si la Feria los tenía, debían de ser valiosos.

Se preguntaba, difusamente, si habría algún medio para deshacer lo que había hecho. ¿Hallar los quince microrapiñadores, más el que casi había matado a Hoagland Rae? Y... era para reírse, pues resultaba absurdo. Aún si encontraba su cobijo —suponiendo que todos ellos se hubieran refugiado en el mismo lugar—, ¿cómo podría destruirlos? Y ellos estaban armados. Hoagland Rae había logrado escapar a duras penas, y ello a la actuación de *uno* tan sólo.

Una luz resplandeció delante de él.

En la oscuridad no pudo distinguir las formas que se movían al borde de la luz. Se detuvo y esperó tratando de orientarse. Iban y venían personas y oía sus voces, sordas, de hombres y mujeres. Y el sonido de motores en movimiento. La ONU no estaría enviando mujeres, pensó. No se trataba, pues, de las autoridades.

Se despejó una parte del cielo, asomaron las estrellas y entre la tenue calma nocturna se percató al instante de que estaba viendo el perfil de un objeto estacionado.

Podía ser una nave de popa, esperando el despegue; por la forma lo parecía.

Se quedó temblando por el frío de la noche marciana, frunciendo el entrecejo en un intento de distinguir las formas indefinidas ocupadas en su actividad. ¿Acaso había vuelto la Feria? ¿Era ése el vehículo de la Empresa de las *Estrellas Fugaces* que volvía? El pensamiento le asaltó de manera espectral: las casetas y las banderolas, las tiendas y las plataformas, los espectáculos mágicos y los estrados de las muchachas, las barracas de los fenómenos y de los juegos de azar, siendo instaladas allí en medio de la noche, en aquel páramo perdido en un vacío entre las Colonias. Una vacua representación de una festividad de la vida carnavalesca, para no ser vista ni experimentada por nadie. Excepto, por casualidad, por él. Y para él resultaba repugnante; había visto cuanto deseaba de la Feria, a su gente y... cosas.

Algo corrió entre sus pies.

Le tendió una trampa con sus facultades psicokinéticas, y le hizo volverse, atrapándolo luego con ambas manos y extrayendo de la oscuridad una forma dura que se agitaba. Vio con espanto que era uno de los microrapiñadores que habían estado escurriéndose hacia la nave estacionada. Así, pues, la nave los está recogiendo, pensó, y por lo tanto no los hallarán ya los de la ONU. Se están marchando... la Feria podrá, entonces, seguir con sus planes. Una voz de mujer dijo, próxima:

—Suéltalo, por favor. Quiere irse.

Sobresaltándose, soltó al microrapiñador, que desapareció al instante a la carrera por entre la maleza. De pie, ante Fred, la muchacha delgada de la caseta de la Feria, llevando aún sus pantalones flojos y su jersey, le miraba plácidamente, con una linterna en su mano, por cuyo círculo de luz percibió sus pronunciadas facciones, sus mejillas sin color, y sus claros e intensos ojos.

—¡Eh! —exclamó Fred como en un balbuceo, poniéndose a la defensiva.

Ella era más alta que él, y le tenía miedo. Pero no percibió el hedor psi en torno a ella y se dio cuenta definitivamente de que no había sido ella quien allá en la caseta había luchado contra su propia facultad durante el juego. Así, pues, él tenía una ventaja sobre ella, y quizá una que ella no conocía aún.

—Será mejor que se marche de aquí —le dijo—. ¿No escuchó el altavoz? Van a gasificar esta zona.

—Lo oí —respondió la muchacha, examinándole—. Tú eres el gran ganador, ¿no es así, hijo? El jugador maestro; hiciste zambullirse a nuestro descabezado dieciséis veces en una artesa —rió alegremente—. Simón estaba furioso; atrapó un resfriado y te echaba a ti la culpa. Así que espero que no te topes con él. Te lo aconsejo.

—No me llame hijo —replicó él sintiendo que se ahuyentaba su miedo.

—Douglas, nuestro jefe, dice que eres fuerte. Lo abatiste cada vez; enhorabuena. Bien, ¿estás contento con tu proeza? —Rió otra vez, silenciosamente; sus agudos y pequeños dientes brillaron a la difusa luz—. ¿Sientes que obtuviste el precio de tu ejecución?

—Su jefe no vale mucho —repuso Fred—. No tuve molestia alguna y realmente no estoy experimentado. Usted podría hacerlo mejor.

—¿Contigo probablemente? ¿Estás pidiendo que nos unamos? ¿Es una proposición lo que me haces?

—No —respondió él, sobrecogido y repelido.

—Había una rata en la pared del taller del señor Rae —dijo la muchacha— . Tenía un transmisor, y así supimos de la llamada a la ONU tan pronto como la hicieron. Así que hemos dispuesto de bastante tiempo para recuperar nuestra... —hizo una breve pausa— nuestra mercancía. Nadie quiere hacerte daño; no es culpa nuestra el que ese entrometido de Rae metiera la punta de su destornillador en el circuito de control de ese microrapiñador. ¿No es así?

—Puso en marcha prematuramente el ciclo. De todos modos lo habría hecho con el tiempo. —Se negaba a pensar de otra manera; él sabía que la Colonia tenía razón—. Y no va a hacerle ningún bien el que recojan todos esos microrapiñadores, porque la ONU lo sabe y...

—¿Recogerlos? —la muchacha se contoneó divertida—. No estamos recogiendo a los dieciséis microrapiñadores que tu pobre gentecilla ganó. Estamos dirigiéndonos hacia delante... ustedes nos obligaron. La nave está descargando el resto de ellos.

La muchacha apuntó con su linterna y él pudo ver entonces, por un breve instante, la horda de microrapiñadores que estaba siendo vomitada por la nave y se desparramaba por doquier, buscando todos refugio como tantos insectos fotófobos.

Cerró los ojos y gimió.

—¿Estás todavía seguro —dijo la muchacha en un ronroneo— que no quieres venir con nosotros? Esto aseguraría tu futuro, hijito. De lo contrario... —hizo un gesto—. ¿Quién sabe? ¿Quién puede realmente suponer lo que será de tu pequeña Colonia y de su pobre gentecilla?

—No —respondió él—. No voy todavía.

Cuando volvió a abrir los ojos, la muchacha se había marchado ya. Se hallaba ahora con el descabezado Simón, examinando un sujetador que tenía en la mano.

Volviéndose, Fred Costner corrió por el camino que le había llevado hasta allí, hacia la Policía Militar de la ONU.

El alto y un tanto encorvado General de la Policía Secreta de la ONU, uniformado de negro, dijo:

—He reemplazado al General Mozart, el cual se halla desgraciadamente mal equipado para contender con la subversión interna; es exclusivamente un militar —no tendió su mano a Hoagland Rae, sino que en vez de ello, comenzó a pasearse por el taller, frunciendo el ceño—. Desearía haber sido llamado la pasada noche. Por ejemplo, podía haberle dicho inmediatamente una cosa que el General Mozart no comprendió. —Se detuvo y lanzó una inquisitiva mirada a Hoagland—. Usted se percata, desde luego, de que no derrotó a la gente de la Feria. Ellos *querían* perder esos dieciséis microrapiñadores.

Hoagland Rae asintió en silencio; no había nada que decir. Parecía ahora evidente, al señalarlo el General de la Policía.

—Las anteriores apariciones de la Feria —siguió el General Wolff— en años pasados eran para prepararles, para preparar por turno a cada Colonia. Ellos *sabían* que ustedes iban a planear alguna forma de vencer esta vez. Así, que en esta ocasión trajeron sus microrapiñadores. Y tenían

dispuesto a su débil psi para entablar un sucedáneo de *batalla* por la supremacía.

—Todo lo que quiero yo saber —dijo Hoagland— es si vamos a tener protección.

Las colinas y llanuras que rodeaban a la Colonia, les había dicho Fred, estaban ya infestadas de microrapiñadores; era peligroso abandonar los edificios del pueblo.

—Haremos cuanto podamos —respondió el General Wolff, volviendo a pasearse—. Pero evidentemente no estamos preocupados primordialmente por ustedes o por cualquier otra Colonia particular o local que haya sido invadida. Es la situación general la que nos afecta y la que tenemos que tratar. Esa nave ha estado en cuarenta lugares en las últimas veinticuatro horas. ¿Cómo se han movido tan rápidamente? —Hizo una pausa y añadió—: Tenían preparado cada paso. Y ustedes pensaban haberles desbaratado... —Miró ceñudamente a Hoagland Rae—. Cada Colonia a lo largo de la línea lo pensó así, mientras estaban adquiriendo su cargamento de microrapiñadores.

—Supongo que hemos obtenido eso por andar con engaños —repuso Hoagland, sin enfrentarse con la mirada del General.

—Eso lo obtuvieron ustedes por emplear su ingenio contra un adversario de otro sistema —replicó mordazmente el General Wolff—. Es mejor mirarlo de este modo. Y la siguiente vez que un vehículo que *no sea* de la Tierra se muestre... no intenten establecer una estrategia para derrotarlos: *llámenos.*

Hoagland Rae asintió:

—Está bien. Comprendo.

Sentía únicamente un dolor sordo, no indignación. Merecía, todos ellos merecían, aquel regaño. Si tenían suerte, la reprimenda terminaría con ello. No era apenas el mayor problema de la Colonia.

—¿Qué es lo que ellos quieren? —preguntó al General Wolff—. ¿Pretenden esa zona para colonización? ¿O se trata de una cuestión económica?

—No intente saberlo —respondió el General Wolff.

—Per... perdón —balbuceó Rae, creyendo no haber entendido bien.

—Sí, no es algo que pueda comprender, ni ahora ni en otra ocasión. Nosotros sabemos lo que están buscando... y *ellos* saben lo que buscan. ¿Es importante que usted lo sepa también? Su tarea es la de intentar reanudar su labor como antes. Y si no pueden hacerlo, déjenlo y vuélvanse a la Tierra.

—Ya lo veo —dijo Hoagland, sintiéndose banal.

—Sus hijos podrán leerlo en los libros de historia —dijo el General Wolff—. Esto debiera bastarles a ustedes.

—Sí, es magnifico —convino lamentablemente Hoagland Rae.

E instalándose ante su banco de trabajo, tomó un destornillador y comenzó a operar en la conducción automática estropeada de un tractor.

—Mire —dijo el General Wolff, apuntando a un lugar del taller.

En un rincón del mismo, casi invisible contra la pared se hallaba agazapado un microrapiñador, contemplándolos.

—¡Diablos! —exclamó Hoagland, tanteando su banco de trabajo para tomar el viejo revólver calibre 32 que tenía a su lado.

Mas antes de que sus dedos lo hallaran, el microrapiñador se había esfumado. El General Wolff no se había movido siquiera. En realidad parecía un tanto divertido: se hallaba con los brazos cruzados, contemplando cómo Hoagland manoseaba su anticuada arma.

—Estamos llevando a cabo un plan central —dijo el General—, que inmovilizará a todos ellos simultáneamente. Mediante la interrupción del flujo de corriente de sus cargas portátiles de energía. Evidentemente, el destruirlos uno por uno es absurdo; ni siquiera consideramos tal eventualidad. Sin embargo... —hizo una pausa cavilando y arrugando la frente—. Hay motivo para creer que ellos, los del espacio exterior, se nos han anticipado y diversificado las fuentes de energía de tal modo que... —se encogió filosóficamente de hombros—. Bien, quizá se pensará en alguna otra cosa. A su tiempo.

—Así lo espero —dijo Hoagland, volviendo a reanudar la reparación del tractor.

—Hemos cedido mucho en nuestra esperanza de mantener Marte —dijo el General Wolff, como hablando consigo mismo.

Hoagland volvió a dejar sobre su banco de trabajo el destornillador que manipulaba y miró fijamente al policía.

—Donde vamos a concentrarnos es en la Tierra —añadió el General Wolff, rascándose reflexivamente la nariz.

—Entonces —manifestó Hoagland, tras una pausa— no hay realmente esperanza alguna para nosotros aquí; eso es lo que está usted diciendo.

El General no respondió. No necesitaba tampoco hacerlo.

Al inclinarse sobre la ligeramente verdosa superficie del canal, donde revoloteaban zumbando los moscardones y los relucientes coleópteros, Bob Turk vio, con el rabillo del ojo, una pequeña forma deslizándose rápidamente. Giró al instante y sacó su pistola láser, disparando y destruyendo... ¡oh, día feliz!, una pila de viejas latas de petróleo y nada más. El microrapiñador se había esfumado ya.

Trémulo, volvió el láser a su cinturón y se inclinó de nuevo sobre el agua infestada de bichos. Como de costumbre, los microrapiñadores habían andado activos durante la noche; su mujer los había visto y había oído también sus rastreos como si fueran ratas. ¿Qué diablos habían estado haciendo?, se preguntó consternado, oliendo largo y tendido el agua.

Y le pareció que el acostumbrado olor de aquella agua estancada se hallaba un tanto cambiada, de manera muy sutil.

—¡Maldita sea! —dijo levantándose y sintiéndose un inútil. Los microrapiñadores habían puesto algún contaminante en el agua; ello era evidente. Ahora habría de efectuarse un cabal análisis químico, y ello llevaría días. Y entretanto, ¿quién sostendría su sembrado de patatas?

Rabiando con frustrado desvalimiento, posó su mano en el láser, deseando un blanco, pero sabiendo que nunca, ni siquiera en un millón de años, lo tendría. Como siempre, los microrapiñadores efectuaban su tarea de noche; constantemente y con seguridad, iban dando al traste con la Colonia.

Ya diez familias habían hecho sus maletas y tomado pasaje para la Tierra, para rehacer, si podían, sus viejas vidas.

Y pronto le tocaría a él también.

¡Si tan sólo hubiera algo que pudieran hacer! Algún medio de lucha. No hago ni doy nada, pensó, por una probabilidad de atrapar a esos microrapiñadores. Lo juro. Tendré que endeudarme o atarme a la servidumbre, o a lo que sea, sólo para tener una *oportunidad* de librar de ellos a la zona.

Estaba apartándose malhumoradamente del canal, con las manos metidas en los bolsillos, cuando oyó el bramido de la nave interestelar sobre su cabeza.

Se quedó petrificado, con la mirada fija en lo alto y sintiendo que le fallaba el corazón. ¿De nuevo *ellos* de vuelta?, se preguntó. La nave de los feriantes... ¿Van a atropellarnos otra vez, van a acabar con nosotros finalmente? Escudando sus ojos, escudriñó frenéticamente el cielo, incapaz siquiera de correr, no sabiendo su cuerpo qué hacer, dominado por un pánico instintivo y animal.

La nave, semejante a una gigantesca naranja, iba reduciendo altura. De forma de naranja, y del color de la naranja... no era la nave azul tubular de la gente de las *Estrellas Fugaces*, según podía verlo. Pero tampoco era de la Tierra; no era de la ONU. Jamás había visto antes una nave igual a aquella, y comprendió que estaba decididamente contemplando otro vehículo de allende el Sistema Solar, mucho más intruso así que la nave azul de las criaturas de *Estrellas Fugaces.* Ni siquiera había sido hecho un somero intento para hacerla aparecer como de la Tierra.

Y sin embargo, en sus costados tenía enormes letras que formaban palabras.

Moviendo los labios, leyó las palabras, mientras la nave se disponía a posarse al nordeste del lugar donde se encontraba.

¡SEIS SISTEMAS DE HORAS DE RECREO EDUCATIVAS SE ASOCIAN EN UNA ALGARADA DE DIVERSIÓN Y JOLGORIO PARA TODOS!

Era, pues, Dios de los cielos, otra Compañía carnavalesca ambulante.

Sintió deseos de apartar la vista, de volverse y marcharse de allí. Y sin embargo no pudo; el antiguo impulso familiar que había en él, el anhelo, la fija curiosidad, eran demasiado fuertes. Así, entonces, continuó contemplando; pudo ver abrirse varias escotillas y que comenzaban a asomar por ellas varios mecanismos autónomos, como aplastadas rosquillas, posándose sobre la arena.

Estaban estableciendo el campamento.

Viniendo junto a él, su vecino, Vince Guest, dijo con voz ronca:

—¿Y ahora qué?

—Ya puedes verlo —respondió Turk con un gesto frenético—. Emplea tus ojos.

Los automecanos se hallaban erigiendo una tienda central; abigarrados gallardetes se alzaban al aire y llovían luego sobre las aún bidimensionales casetas. Y se hallaban ya emergiendo los primeros humanos, o humanoides. Vince y Bob vieron a hombres con brillantes atuendos y luego a mujeres con ceñidas mallas. O más bien con algo más reducido que trajes de malla.

—¡Éxito bomba! —logró decir Vince, tragando saliva—. ¿Ves a esas damas? ¿Viste alguna vez mujeres con tales...?

—Las veo —respondió Turk—. Pero no volveré jamás a una de esas Ferias no terrestres de más allá del sistema, ni tampoco lo hará Hoagland; sé esto tan bien como conozco mi propio nombre.

Se pusieron a trabajar rápidamente, sin pérdida alguna de tiempo. Una tenue música festiva se filtró hasta Bob Turk. Los olores de las golosinas, los cacahuetes tostados, y con ellos el sutil aroma de la aventura y de los

cuadros excitantes de lo ilícito. Una mujer de largo cabello trenzado había subido flexiblemente a una plataforma; llevaba un escaso sostén y reducida seda en su cintura, y mientras la miraban fijamente, comenzó a practicar su danza, girando cada vez con mayor rapidez, hasta que al fin, arrastrada por el ritmo, se despojó por completo de lo poco que la cubría. Y lo más chusco de todo era que a él le parecía arte auténtico; no era una danza puramente sensual, sino que en sus movimientos había algo bello y viviente. Se sintió encandilado, hechizado.

—Será mejor que vaya a buscar a Hoagland —logró decir finalmente Vince. Ya unos pocos colonos, incluyendo niños, se estaban moviendo como hipnotizados hacia las hileras de tiendas y los abigarrados gallardetes y banderolas que relucían y revoloteaban contra el por demás monótono y pardusco aire marciano.

—Voy a echar un vistazo más de cerca —dijo Bob a Vince—, mientras tú lo localizas.

Y se dirigió hacia la Feria con paso cada vez más acelerado, arrastrando arena al apresurarse.

Tony Costner dijo a Hoagland:

—Por lo menos *veamos* qué es lo que tienen para ofrecer. Ya sabes que no son la misma gente; no fueron ellos los que descargaron esos horribles condenados microrapiñadores aquí... puedes verlo.

—Acaso se trate de algo peor —respondió Hoagland. Pero se volvió hacia el muchacho Fred, preguntándole—: ¿Qué dices tú de ello?

—Quisiera verlo —respondió el chico. Había ya tomado partido.

—Está bien —asintió Hoagland—. Eso basta para mí. No nos va a hacer daño el mirar. En tanto que recordemos que el General de la Policía Secreta de la ONU nos dijo. No tratemos de pasarnos de listos con ellos.

Dejó la llave inglesa que tenía en la mano sobre su banco de trabajo y fue a coger su chaquetón con cuello de piel.

Cuando llegaron a la Feria vieron que los juegos de azar habían sido instalados convenientemente delante de los espectáculos de muchachas y de los fenómenos. Fred Costner se precipitó allá, dejando atrás al grupo de adultos; husmeó el aire, captó los aromas, oyó la música y vio después de los puestos de juegos de azar la primera barraca de fenómenos; aquella era su abominación favorita, la que recordaba de Ferias anteriores, solo que ésta era superior. Era un hombre sin cuerpo. A la luz del sol marciano de mediodía reposaba tranquilamente; era una cabeza sin cuerpo, completa, con pelo, orejas y ojos inteligentes; sólo el cielo podía saber como se mantenía con vida... en todo caso, comprendió intuitivamente, era auténtica.

—¡Vengan a ver a Orfeo, la cabeza sin cuerpo visible! —dijo el anunciador a través de su megáfono, y un grupo, en su mayoría de niños, se congregó temeroso y boquiabierto—. ¿Cómo permanece viva? ¿Cómo se mueve por sí misma? Ea, muéstralo, Orfeo.

El anunciador lanzó un puñado de píldoras alimenticias, Fred Costner no pudo ver precisamente de qué, a la cabeza, la cual abrió una boca enorme, de espantosas proporciones, logrando atrapar la mayor parte de lo que se le había arrojado. El anunciador rió y continuó con su perorata. El sin cuerpo estaba ahora intentando alcanzar las píldoras alimenticias que no atrapara antes.

—¡Atiza! —pensó Fred.

—¿Qué hay? —dijo Hoagland, llegando a su lado—. ¿Ves algunos juegos que podamos aprovechar? —su tono de voz era amargo—. ¿Arrojar una pelota a algo? —luego se apartó sin esperar a un cansado hombrecillo gordo que había sido derrotado demasiado, que había perdido ya muchas veces—. Vamos —dijo a los demás adultos de la Colonia—. Salgamos de aquí antes de que nos metamos en otro...

—Espere —dijo Fred. Había percibido el conocido hedor. Provenía de una barraca a su derecha, y se volvió al instante en aquella dirección.

Una mujer gordezuela y grisácea, de mediana edad, se hallaba en el mostrador de la barraca, con sus manos llenas de ligeros anillos de mimbre.

Detrás de Fred, su padre dijo a Hoagland Rae:

—Se tiran los anillos sobre los objetos expuestos, ganándose aquel que se logra atravesar. —Fue, lentamente, con Fred, en aquella dirección—. Sería natural —murmuró— para un psicokinético. Y lo pensaría.

—Sugiero —dijo Hoagland Rae, hablando a Fred— que te fijes mejor esta vez en los premios. *En la mercancía.*

Sin embargo, él fue también.

Al principio, Fred no pudo descubrir lo que eran los rimeros, todos exactamente iguales, complicados y metálicos; llegó a la esquina del puesto, y la mujer comenzó su anuncio semejante a una letanía, ofreciéndoles un puñado de anillos por un dólar o algo de igual valor que ofreciera la Colonia.

—¿Qué son? —preguntó Hoagland Rae, observando—. Yo... creo que son alguna especie de mecanismos.

—Yo *sé* lo que son —respondió Fred.

Y hemos de jugar, pensó. Hemos de recoger cada artículo de la Colonia que podamos posiblemente trocar con esta gente, cada col, y gallo y oveja, y manta de lana. Porque se percataba de que aquella era la oportunidad que tenían, con la que acaso podían salvar la Colonia. Lo supiera y le gustara o no al General Wolff.

—¿Santo Dios! —dijo quedamente Hoagland—. ¡Esas son *trampas*!

—Así es, señor —canturreó la mujer de mediana edad—. Cepos homeostáticos; ellos realizan toda la tarea, piensan por sí mismos; se les deja tan solo ir y andan y andan sin parar nunca hasta que atrapan... —Guiñó un ojo—. *Ya sabe qué.* Sí, usted sabe lo que atrapan, señor, esas desagradables cosas que no podrían capturar ustedes por sí mismos, que están emponzoñando sus aguas y matando su ganado, destruyendo sus cosechas y arruinando su Colonia... ¡ganen una trampa, un valioso y útil cepo, y ya lo verán, ya lo verán!

Lanzó un anillo de mimbre a uno de los complicados cepos de pulido metal, no introduciéndolo por poco en su objetivo... cosa que podría haber hecho si lo hubiera lanzado con más cuidado. Cuando menos tal fue la impresión que todos tuvieron.

Hoagland le dijo a Tony Costner y a Bob Turk:

—Necesitamos cuando menos un par de centenares de ellos.

—Y para eso tendremos que empeñar cuanto poseemos —dijo Tony—. Pero merece la pena; por lo menos no seremos barridos por completo —sus ojos brillaron—. Vamos, empecemos. —Y enseguida dijo a Fred—: ¿Puedes jugar este juego? ¿Puedes ganar?

—Pues... creo que sí —respondió Fred.

Sin embargo, en algún lugar próximo, alguien en la Feria estaba dispuesto con un poder contrario de psicokinética. Pero no dispondría de bastante, decidió Fred. *No del suficiente.*

Era casi como si hubiesen obrado *adrede* de aquella manera...

EL ARTEFACTO PRECIOSO

Por debajo del helicóptero de Milt Biskle se veían las nuevas tierras fértiles. Había hecho un buen trabajo en esta zona de Marte, floreciente gracias a su reconstrucción del antiguo sistema de riego. La primavera llegaba dos veces al año a este mundo otoñal de arena y sapos saltarines, de un suelo alguna vez reseco y resquebrajado que soportaba el polvo de tiempos pasados, de una desolación monótona y sin agua. Había sido víctima del reciente conflicto entre Prox y la Tierra.

Muy pronto llegarían los primeros inmigrantes terráqueos, harían valer sus derechos y se apoderarían de esos terrenos. Ya se podía retirar. Tal vez pudiera regresar a la Tierra o traer a Marte a su familia, utilizando su prioridad en el otorgamiento de terrenos por su labor como ingeniero reconstructor. El Área Amarilla había progresado mucho más rápido que las de los otros ingenieros. Y ahora esperaba una recompensa.

Inclinándose hacia delante, Milt Biskle presionó el botón de su transmisor de largo alcance.

—Aquí el ingeniero reconstructor Amarillo —dijo—. Necesito un psiquiatra. Cualquiera estará bien si puede estar disponible inmediatamente.

Cuando Milt Biskle entró en el consultorio, el doctor DeWinter se levantó y le tendió la mano.

—Me han contado —dijo el doctor DeWinter— que usted, de entre los cuarenta ingenieros reconstructores, es el más creativo. No es sorprendente que esté cansado. Incluso Dios tuvo que descansar después de trabajar duramente después de seis días, y usted lo ha estado haciendo durante años. Mientras lo esperaba recibí un memo con noticias de la Tierra que seguramente le interesarán —recogió el memo de su escritorio—. El primer transporte de colonos está a punto de llegar a Marte... y se dirigirán directamente a su área. Felicitaciones, señor Biskle.

Tomando fuerzas, Milt Biskle dijo:

—¿Qué pasará si regreso a la Tierra?

—Pero si puede hacer que le otorguen terrenos para su familia aquí...

—Quiero que haga algo por mí —dijo Milt Biskle—. Me siento muy cansado, demasiado —hizo un gesto—. O tal vez estoy deprimido. De todos modos, me gustaría que dispusiera las cosas para que mis pertenencias, incluyendo mi planta *wug*, sean llevadas a bordo de un transporte que esté por partir hacia la Tierra.

—Seis años de trabajo —dijo el doctor DeWinter—. Y de pronto renuncia a su recompensa. Recientemente visité la Tierra y *todo* está como usted lo recuerda...

—¿*Cómo* sabe lo que recuerdo yo?

—Más bien —se corrigió DeWinter suavemente—, quise decir que nada ha cambiado. Superpoblación, apartamentos comunitarios donde se hacinan siete familias con una única cocina. Autopistas tan sobrecargadas que casi no se mueves hasta las once de la mañana.

—En lo que a mí respecta —dijo Milt Biskle—, la superpoblación sería un descanso tras seis años trabajando con el equipo robótico autónomo.

Estaba firme en su decisión. A pesar de lo que había logrado aquí, o tal vez precisamente a causa de ello, pretendía regresar a casa contrariando los argumentos del psiquiatra.

El doctor DeWinter agregó:

—¿Qué pasará si su esposa y sus hijos, Milt, están entre los pasajeros de este primer transporte? —Una vez más tomó un documento de su escritorio cuidadosamente ordenado. Estudió el informe, luego dijo—: Biskle, Fay; Laura C.; June C. Una mujer y dos niñas. ¿Es su familia?

—Sí —admitió en tono seco Milt Biskle y miró directamente al psiquiatra.

—Se da usted cuenta de que no puede regresar a la Tierra. Póngase el pelo y vaya a recibirlos al Campo Tres. Y cámbiese los dientes. Todavía lleva los de acero inoxidable.

Biskle asintió a disgusto. Como todos los terráqueos, había perdido el pelo y los dientes bajo la lluvia radioactiva durante la guerra. En los días de servicio en su solitario trabajo de reconstrucción del Área Amarilla de Marte no usaba la costosa peluca que había traído de la Tierra y, en cuanto a los dientes, personalmente encontraba que los de acero eran más cómodos que la prótesis de plástico de color natural. Eso mostraba cuánto se había alejado de la interacción social. Se sintió vagamente culpable; el doctor DeWinter tenía razón.

Pero se había sentido culpable desde la derrota de los proxitas. La guerra le había dejado una sensación de amargura; no parecía justo que una de las dos culturas que competían tuviera que desaparecer puesto que las *necesidades* de ambas eran legítimas.

El mismo Marte había sido el centro de los combates. Las dos culturas lo requerían como Colonia para establecer allí sus excesos de población. Gracias a Dios, la Tierra se las había arreglado para mostrar la supremacía táctica durante el último año de la guerra... y por lo tanto fueron los terrícolas como él, y no los proxitas, los que reconstruyeron Marte.

—A propósito —dijo el doctor DeWinter—. Conozco sus intenciones en relación a sus colegas, los ingenieros reconstructores.

Milt Biskle le lanzó una súbita mirada.

—De hecho —dijo el doctor DeWinter—, sabemos que en este momento están reunidos en el Área Roja para escucharlo —abrió un cajón de su escritorio y extrajo un *yo-yo*, se puso de pie y comenzó a manipularlo expertamente e hizo el *perrito*—. Su discurso es provocado por un ataque de pánico y tendrá como efecto que sospechen que algo anda mal, aunque por lo visto usted no puede decir qué podría ser.

—Ése es un juguete popular en el Sistema Prox. Al menos es lo que leí alguna vez en un artículo —dijo Biskle observando el *yo-yo*.

—Ajá. Creí que era originario de las Filipinas —concentrado, el doctor DeWinter ahora hacía *la vuelta al mundo*. Le salía muy bien—. Me tomé la libertad de enviar una nota a la reunión de ingenieros reconstructores, dando testimonio de su condición mental. La leerán en voz alta... Siento tener que decírselo.

—Todavía tengo la intención de dirigirme a la reunión —dijo Biskle.

—Bien, entonces se me ocurre un compromiso. Reciba a su familia cuando llegue a Marte, y después dispondremos un viaje a la Tierra para usted. A nuestra cuenta. Y a cambio usted se comprometerá a no dirigirse a la reunión de ingenieros reconstructores o a agobiarlos de la forma que sea con sus nebulosas corazonadas —DeWinter lo miró directamente—. Después de todo, éste es un momento crítico. Están llegando los primeros inmigrantes. No queremos problemas; no queremos que nadie se sienta inquieto.

—¿Me haría un favor? —preguntó Biskle—. Muéstreme que tiene puesta una peluca. Y que sus dientes son falsos. Sólo para estar seguro de que es terrícola.

El doctor DeWinter se quitó la peluca y se extrajo la prótesis de dientes falsos.

—Aceptaré el ofrecimiento —dijo Milt Biskle—, si me prometen que mi mujer obtendrá la parcela de terreno que le he asignado.

Asintiendo, DeWinter le arrojó un pequeño sobre blanco.

—Aquí está su pasaje. Ida y vuelta, por supuesto, porque supongo que regresará.

Eso espero, pensó Biskle mientras sacaba el pasaje. Pero depende de lo que vea en la Tierra. O más bien de lo que *me dejen ver*.

Tenía la sensación de que le dejarían ver muy poco. En realidad tan poco como fuera posible a la manera de Prox.

Cuando su nave llegó a la Tierra lo estaba esperando una guía elegantemente uniformada.

—¿Señor Biskle? —maquillada, atractiva y extraordinariamente joven, dio unos pasos hacia él, atenta—. Me llamo Mary Ableseth, su acompañante en la visita turística. Le mostraré todo el planeta durante su breve estadía. —Sonrío de un modo vivaz y muy profesional. Lo sorprendió—. Estaré con usted constantemente, día y noche.

—¿Por la *noche* también? —se compuso para decir.

—Sí, señor Biskle. Es mi trabajo. Suponemos que se sentirá desorientado por sus años de trabajo en Marte... trabajo que nosotros en la Tierra aplaudimos y honramos, como corresponde —se puso a su lado, conduciéndolo hacia un helicóptero estacionado—. ¿Adónde le gustaría ir primero? ¿A la ciudad de Nueva York? ¿Broadway? ¿A los clubes nocturnos, los teatros y restaurantes...?

—No, a *Central Park*. Quiero sentarme en un banco.

—Pero ya no existe más *Central Park*, señor Biskle. Mientras usted estaba en Marte lo convirtieron en una playa de estacionamiento para los empleados del Gobierno.

—Ya veo —dijo Milt Biskle—. Bien, entonces vayamos al Parque *Portsmouth* en San Francisco.

Abrió la puerta del helicóptero.

—Tuvo el mismo destino —dijo la señorita Ableseth, sacudiendo tristemente la larga y luminosa cabellera roja—. Estamos tan detestablemente superpoblados. Podemos intentarlo igual, señor Biskle; han quedado unos pocos Parques, uno en Kansas, creo, y dos en Utah, en el sur, cerca de St. George.

—Son malas noticias —dijo Milt—. ¿Me permite ir hasta esa máquina proveedora de anfetaminas y ponerle una moneda? Necesito un estimulante que me levante el ánimo.

—Por supuesto —asintió con gracia la señorita Ableseth.

Milt Biskle caminó hacia la máquina proveedora de estimulantes que estaba fuera del Espaciopuerto, buscó en el bolsillo, encontró una moneda y la introdujo por la ranura.

La moneda atravesó por completo la máquina y repiqueteó en el pavimento.

—*¡Qué extraño!* —dijo sorprendido Biskle.

—Creo que eso tiene una explicación —dijo la señorita Ableseth—. Esa moneda es marciana, hecha para una gravedad *más* ligera.

—Sí —dijo Milt Biskle mientras la recuperaba. Como había predicho la señorita Ableseth, se sentía desorientado. Se quedó inmóvil mientras ella ponía una moneda propia y obtenía un pequeño tubo de estimulantes anfetaminas para él. Por cierto, la explicación parecía adecuada, pero…

—Ahora son las veinte, hora local —dijo la señorita Ableseth—. Y yo no he cenado, aunque seguramente usted lo hizo a bordo de la nave. ¿Por qué no me lleva a cenar? Podemos hablar con una botella de *Pinot Noir* de por medio y me puede contar sobre esas vagas corazonadas que lo trajeron a la Tierra, sobre algo que va terriblemente mal, y sobre su maravilloso trabajo de reconstrucción que, según dice, carece de sentido. Me encantaría escucharlo.

Lo guió de regreso al helicóptero, al que ambos entraron, sentándose juntos y apretados en el asiento trasero, Milt Biskle la encontraba agradable y complaciente, decididamente terráquea. Se sentía un poco perturbado y su corazón se aceleró. Había pasado mucho tiempo desde que había estado tan cerca de una mujer.

—Escucha —dijo Biskle, mientras el circuito automático del helicóptero hacía que se elevaran sobre la playa de estacionamiento del Espaciopuerto—, estoy casado. Tengo dos hijas y vine aquí por negocios. Estoy en la Tierra para demostrar que los proxitas en realidad ganaron y los pocos terrícolas que quedamos somos esclavos de las autoridades prox, y que trabajamos para…

Se detuvo; no le quedaban esperanzas. La señorita Ableseth permanecía apretada contra él.

—¿Usted realmente cree —dijo la señorita Ableseth poco después, mientras el helicóptero pasaba sobre la ciudad de Nueva York— que *soy* una agente prox?

—No… no —dijo Milt Biskle—. Supongo que no.

No parecía probable dadas las circunstancias.

—Mientras permanezca en la Tierra —dijo la señorita Ableseth—, ¿por qué quedarse en un hotel ruidoso y superpoblado? ¿Por qué no viene a mi apartamento comunal en Nueva Jersey? Hay lugar de sobra y usted será más que bienvenido.

—Muy bien —estuvo de acuerdo Biskle, sintiendo que sería inútil discutir.

—Bien —la señorita Ableseth le dio una orden al helicóptero, que giró hacia el norte—. Cenaremos allí. Así ahorrará dinero. Y además en todos los restaurantes decentes hay una cola de dos horas a esta altura de la noche, de manera que es casi imposible conseguir mesa. Probablemente ya no

recuerde eso. ¡Qué maravilloso será cuando la mitad de nuestra población pueda emigrar!

—Sí —dijo Biskle—. Y les gustará Marte; hicimos un buen trabajo —sintió que algo de entusiasmo regresaba a él, una sensación de orgullo por el trabajo de reconstrucción que él y sus compatriotas habían hecho—. Espere a verlo, señorita Ableseth.

—Llámeme Mary —dijo la señorita Ableseth mientras se acomodaba la pesada peluca escarlata que se le había desaliñado en los últimos minutos en la apretada cabina del helicóptero.

—Muy bien —dijo Biskle, y, a pesar de cierta inoportuna sensación de infidelidad hacia Fay, creció su sensación de bienestar.

—Las cosas pasan rápido en la Tierra —dijo Mary Ableseth—. Debido a la terrible presión de la superpoblación.

Se acomodó los dientes.

—Ya veo —agregó Milt Biskle, y también se acomodó su propia peluca y los dientes. *¿Podría estar equivocado?,* se preguntó a sí mismo. Después de todo, podía ver las luces de Nueva York allá abajo. Decididamente la Tierra no era una ruina despoblada y su civilización estaba intacta.

¿O era una *ilusión*, impuesta por las desconocidas técnicas psiquiátricas de Prox a su sistema de percepción? Era verdad que la moneda había atravesado completamente la máquina de anfetaminas. ¿Eso indicaba que algo andaba sutil y terriblemente mal?

Tal vez la máquina *en realidad* no estaba allí.

Al día siguiente él y Mary Ableseth visitaron uno de los pocos parques que quedaban. En la región sur de Utah, cerca de las montañas, el parque, aunque pequeño, era de un verde brillante y atrayente. Milt Biskle estaba recostado sobre la hierba y observaba a una ardilla que trepaba por un árbol dando saltos ligeros, con su cola colgando detrás como un torrente gris.

—No hay ardillas en Marte —dijo adormecido.

Llevando un ligero traje de baño, Mary Ableseth se desperezó a sus espaldas, entrecerrando los ojos.

—Este lugar es tan agradable, Milt. Así me imagino a Marte.

Más allá del parque, el tránsito pesado se movía por la autopista. El susurro le recordaba a Milt el oleaje del Océano Pacífico. Ese sonido lo adormeció. Todo parecía estar bien, le arrojó una nuez a la ardilla, que se dio vuelta y a saltos se dirigió hacia la nuez, haciendo una mueca inteligente en respuesta.

Cuando la ardilla estuvo erguida sosteniendo la nuez, Milt Biskle arrojó una segunda nuez hacia la derecha. La ardilla la escuchó caer entre las hojas de los arces. Irguió sus orejas, lo que le recordó a Milt el juego que había practicado una vez con un gato que le pertenecía a él y a su hermano, en los días en que la Tierra no estaba tan superpoblada, cuando las mascotas todavía eran algo legal. Había esperado hasta que *Calabaza* —el gato— estuvo casi dormido y entonces arrojó un pequeño objeto a un rincón de la habitación. *Calabaza* se despertó. Con sus ojos abiertos de par en par y sus orejas erguidas, se volvió y se sentó durante quince minutos escuchando y observando, meditando sobre qué objeto podía haber hecho ese ruido. Era una manera inocente de molestar al viejo gato, y Milt se sintió triste, pensando en cuánto hacía que había muerto *Calabaza*, su última mascota legal. En Marte, sin embargo, las mascotas serían legales otra vez. Eso lo

consoló. En realidad, en Marte, durante los años en que trabajó en la reconstrucción, lo consoló una mascota. *Una planta marciana.* La había traído con él a la Tierra y ahora estaba sobre la mesa de la sala de estar del apartamento compartido de Mary Ableseth, con sus ramas caídas. No se había adaptado al clima poco familiar de la Tierra.

—Es raro —murmuró Milt— que mi planta *wug* no haya florecido. Había pensado que en una atmósfera con tanta humedad...

—Es la gravedad —dijo Mary, los ojos todavía cerrados, sus senos subiendo y bajando regularmente. Estaba casi dormida—. Es demasiado para ella.

Milt consideró la forma de la mujer, recordando a *Calabaza* en circunstancias similares. El momento de la vigilia, entre el sueño y el despertar, cuando la conciencia y la inconciencia se funden... estirándose, tomó una piedra.

La arrojó hacia un montón de hojas que estaban cerca de la cabeza de Mary.

Ella se sentó repentinamente, los ojos completamente abiertos y con el traje de baño cayéndosele.

Sus orejas estaban erguidas.

—Nosotros los terrícolas —dijo Milt— perdimos el control de la musculatura de nuestras orejas, Mary. Incluso de los reflejos básicos.

—¿Qué? —murmuró ella, parpadeando confusa mientras se acomodaba el traje de baño.

—La habilidad para erguir las orejas se nos atrofió —explicó Milt—. A diferencia de los perros y los gatos. Aunque si nos examinaran morfológicamente no se darían cuenta porque nuestros músculos todavía están allí. Así que *cometieron* un error.

—No sé de qué estás hablando —dijo Mary, de mal humor. Se dedicó a acomodar el sostén del traje de baño, ignorándolo por completo.

—Volvamos al apartamento —dijo Milt poniéndose en pie.

Ya no podía sentir que estaba recostado en un Parque porque ya no podía creer en el Parque. Una ardilla irreal, hierba irreal... ¿lo eran en verdad? ¿Le mostrarían alguna vez la sustancia que había bajo la ilusión? Lo dudaba.

La ardilla los siguió durante un breve tramo mientras caminaban hacia el helicóptero, luego volvió su atención a una familia de terráqueos que incluía a dos niños pequeños. Los niños le arrojaron nueces a la ardilla que correteaba con vigorosa actividad.

—*Convincente* —dijo Milt. Y en verdad lo era.

—Es muy malo que no haya vuelto a ver al doctor DeWinter, Milt —dijo Mary—. Podría haberle ayudado.

Su voz sonaba extrañamente dura.

—Sin la menor duda —agregó Milt Biskle mientras reingresaba en el helicóptero.

Cuando regresaron al apartamento de Mary encontraron a la planta *wug* marciana muerta. Era evidente que había perecido por deshidratación.

—No intentes explicarme esto —le dijo a Mary mientras los dos contemplaban de pie las ramas muertas de la planta—. Sabes lo que significa. La Tierra supuestamente es más húmeda que Marte, incluso que el Marte reconstruido. Sin embargo, la planta se ha secado por completo. No

Librodot

hay humedad en la Tierra porque debo suponer que las explosiones de los Prox vaciaron los mares. ¿Estoy en lo correcto?

Mary no dijo nada.

—Lo que no comprendo —dijo Milt— es por qué les preocupa mantener las ilusiones funcionando. Ya *terminé* mi trabajo.

—Tal vez haya más planetas que requieran un trabajo de reconstrucción, Milt —dijo Mary, después de una pausa.

—¿Es tan grande la población de ustedes?

—Estaba pensando en la Tierra. Aquí —dijo Mary—. El trabajo de reconstrucción tomará generaciones; se necesitaría todo el talento y la habilidad que poseen sus ingenieros reconstructores —agregó—: Sólo estoy siguiendo tu lógica hipotética, por supuesto.

—Así que la Tierra es nuestro siguiente trabajo. Así que ése es el motivo por el que me dejaron venir hasta aquí. En realidad vine para *quedarme aquí*.

Se dio cuenta de eso, completa y absolutamente, en un relámpago de comprensión.

—No volveré a Marte y no veré a Fay otra vez. Tú la estás reemplazando — todo cobraba sentido.

—Bien —dijo Mary, con una sonrisa que casi parecía mueca—, se puede decir que lo estoy intentando.

Le dio un pequeño golpe a Milt en el brazo. Descalza, todavía con su traje de baño, se le acercó lentamente.

Se apartó de ella, asustado. Recogió la planta *wug* muerta y, aturdido, se dirigió hacia la abertura para los desperdicios y arrojó los restos resecos y quebradizos. Se desvanecieron en el acto.

—Y ahora —dijo Mary diligentemente—, vamos a ir a visitar el Museo de *Arte Moderno* en Nueva York y luego, si tenemos tiempo, el Museo *Smithsoniano* en Washington DC. Me pidieron que te mantuviera muy ocupado para que no pudieras comenzar a darle vueltas al tema.

—Pero ya lo estoy haciendo —dijo Milt mientras la contemplaba dejar el traje de baño y ponerse una prenda gris de lana. Nada puede evitarlo, se dijo. Ahora lo sabes. Y a medida de que los ingenieros reconstructores terminen su labor va a suceder una y otra vez. Yo sólo fui el primero.

Al menos no estoy solo, comprendió. Se sintió un poco mejor.

—¿Qué tal me veo? —le preguntó Mary mientras se ponía lápiz de labios frente al espejo del dormitorio.

—Muy bien —dijo él con indiferencia. Se preguntó si Mary a su debido tiempo se encontraría con todos los ingenieros reconstructores, convirtiéndose en la amante de todos ellos. La cuestión ya no era únicamente si ella era lo que parecía, sino también si podría conservarla.

Le pareció una pérdida gratuita, fácilmente evitable.

Se dio cuenta de que ella estaba comenzando a gustarle. *Mary está viva*. Era muy real, terráquea o no. Al menos no habían perdido la guerra ante cualquiera; habían perdido ante auténticos organismos vivos. En cierto sentido se sintió reconfortado.

—¿Estás listo para ir al Museo de *Arte Moderno*? —dijo Mary vivamente, con una sonrisa.

Más tarde, en el *Smithsoniano*, después de haber visto el *Spirit of St. Louis* y el avión increíblemente antiguo de los Hermanos *Wright* —que

parecía tener al menos un millón de años— vio la oportunidad de echarle una mirada a una sala por la que había estado esperando con ansiedad.

No le dijo nada a Mary —ella estaba concentrada estudiando una vitrina de piedras semipreciosas en su estado natural sin pulir—, se escabulló y, un momento más tarde, estaba ante una sección con una vitrina llamada:

MILITARES PROX DE 2014

Había tres soldados prox estáticos, con sus oscuras caras, manchados y mugrientos, las armas portátiles listas, en un refugio conformado por los restos de uno de sus transportes. Allí colgaba inerte una bandera prox manchada de sangre. Aquel era un enclave derrotado del enemigo; las tres criaturas parecían estar a punto de rendirse o de ser fusiladas.

Un grupo de visitantes terráqueos estaba ante la exhibición, mirando tontamente.

—Convincente, ¿no le parece? —le dijo Milt Biskle al hombre que estaba más cerca.

—Por supuesto —estuvo de acuerdo el hombre de mediana edad, de anteojos y pelo gris—. ¿Estuvo en la guerra? —le preguntó a Milt, mirándolo directamente.

—Trabajo en la tarea de reconstrucción —dijo Milt—. Soy ingeniero Amarillo.

—Oh —asintió el hombre, impresionado—. Muchacho, estos proxitas dan miedo. Parece como que van a salir de la vitrina y nos van a matar. —Lanzó una sonrisita—. Los proxitas pelearon duramente hasta que los derrotamos, hay que reconocerles eso.

—Esas armas me provocan escalofríos —dijo a su lado la esposa, de pelo gris y muy bien arreglada—. Parecen muy reales.

Continuó caminando con desagrado.

—Usted está en lo correcto —dijo Milt Biskle—. Parecen estremecedoramente reales puesto que en verdad lo son.

No tenía ningún sentido crear una ilusión de este tipo ya que el objeto real estaba disponible. Milt pasó por debajo de la barandilla, se acercó al cristal que protegía la exhibición, levantó un pie y lo rompió. Estalló en pedazos y llovieron fragmentos astillados con un enorme alborozo.

En el preciso momento en que llegaba corriendo Mary, Milt tomó el rifle de uno de los proxitas y se volvió hacia ella.

La muchacha se detuvo, respirando entrecortadamente, y lo miró sin decir nada.

—Estoy dispuesto a trabajar para ustedes —le dijo Milt, sosteniendo expertamente el rifle—. Después de todo, si mi propia raza ya no existe dificilmente pueda reconstruir una colonia en un mundo para ella. Puedo entender eso. Pero quiero saber la verdad. Muéstrenmela y continuaré con mi trabajo.

—No, Milt —dijo Mary—, si supieras la verdad no seguirías con tu trabajo. Volverías esa arma contra ti mismo.

Sonaba tranquila, incluso compasiva, pero sus ojos brillantes y abiertos de par en par estaban muy atentos.

—Entonces te mataré —dijo Milt. Y después se suicidaría.

—Espera —le suplicó—. Milt… esto es muy difícil. No sabes absolutamente nada y sin embargo fíjate lo desdichado que se te ve. ¿Cómo esperas sentirte

cuando puedas ver el estado en que está tu propio planeta? Casi es demasiado para mí y yo soy… —vaciló.

—Dilo.

—Yo soy sólo una… —balbuceó— una visitante.

—Pero entonces yo estaba en lo cierto —dijo—. Dilo. Admítelo.

—Estás en lo cierto, Milt —ella suspiró.

Aparecieron dos guardias uniformados del Museo llevando pistolas.

—¿Está bien, señorita Ableseth?

—Por el momento —dijo Mary. Ella no apartó los ojos de Milt y del rifle que llevaba—. Esperen —les ordenó a los guardias.

—Sí, señora —los guardias esperaron. Ninguno se movió.

—¿Ha sobrevivido alguna mujer terrícola? —preguntó Milt.

—No, Milt —dijo Mary, tras una pausa—. Pero los proxitas pertenecemos también a la misma especie, como bien sabes. Podemos *cruzar* nuestra sangre. ¿Eso te hace sentirte mejor?

—Por supuesto —dijo él—. Muchísimo mejor.

Tenía ganas de volver el rifle sobre sí mismo, sin esperar nada más. Hizo todo lo posible por resistir el impulso. Así que todo el tiempo había tenido razón. No había estado Fay en el Campo Tres en Marte.

—Escucha —le dijo a Mary Ableseth—. Quiero volver a Marte otra vez. Vine aquí para saber algo. Ya lo sé, ahora quiero regresar. Tal vez hable otra vez con el doctor DeWinter, tal vez pueda ayudarme. ¿Tienes alguna objeción?

—No —ella pareció comprender cómo se sentía—. Después de todo, hiciste tu trabajo allí. Tienes derecho a regresar. Pero tarde o temprano tendrás que regresar a la Tierra. Podemos esperar un año o más, tal vez incluso dos. Pero eventualmente Marte estará completo y necesitaremos más lugar. Y va a ser mucho más duro aquí… como ya podrás descubrir. —Ella intentó sonreír pero fracasó; él apreció el esfuerzo—. Discúlpame, Milt.

—A mí también —dijo Milt Biskle—. Mierda, me sentí mal cuando murió la planta *wug*. Entonces supe la verdad. No era solo una sospecha.

—Te interesaría saber que tu colega ingeniero reconstructor Rojo, Cleveland Andre, se dirigió a la reunión en tu lugar. Y les transmitió tus sospechas junto con las suyas. Votaron el envío de un delegado oficial a la Tierra para investigar. Está en camino.

—Me parece interesante —dijo Milt—, pero no es realmente importante. Difícilmente cambie las cosas. —Bajó el rifle—. ¿Puedo regresar ahora a Marte? —se sentía cansado—. Dile al doctor DeWinter que voy para allá.

Dile, pensó, que tenga todas las técnicas psiquiátricas de su repertorio listas para mí, porque serán necesarias.

—¿Qué pasó con los animales de la Tierra? —preguntó—. ¿Sobrevivió alguna forma de vida? ¿Qué pasó con los perros y los gatos?

Mary les lanzó una mirada a los guardias del museo; un destello de comunicación fluyó silenciosamente entre ellos, luego dijo:

—Quizá sea lo mejor después de todo.

—¿Qué es lo mejor? —preguntó Milt Biskle.

—Que lo veas. Sólo durante un momento. Parece que estás mejor preparado de lo que habíamos pensado. En nuestra opinión tienes derecho a ello —luego agregó—. Sí, Milt, los perros y los gatos sobrevivieron; viven entre las ruinas. Vamos y echemos una mirada.

Fue tras ella pensando para sí mismo, ¿ella no estaría en lo correcto la primera vez?, ¿de verdad quiero mirar? ¿Puedo enfrentar la verdadera realidad? ¿Por qué tuvieron la necesidad de mantener la ilusión hasta ahora?

En la rampa de salida del Museo Mary se detuvo y dijo:

—Ve al exterior. Yo me quedaré aquí, estaré esperando a que regreses.

Dándose por vencido, descendió por la rampa.

Y vio.

Todo estaba en ruinas, por supuesto, como ella había dicho. La ciudad había sido decapitada, nivelada a un metro sobre el nivel del suelo; los edificios se habían convertido en recuadros vacíos, sin contenido, como antiguos patios infinitos e inútiles. No podía creer que lo que estaba viendo era nuevo. Parecía que estos restos abandonados siempre habían estado allí, exactamente como estaban ahora. Y... ¿cuánto tiempo más permanecerían de ese modo?

Hacia la derecha vio una compleja máquina recorriendo la calle llena de escombros. Mientras él observaba, se extendió una multitud de seudópodos que hurgaban en los cimientos más cercanos. Los cimientos, de acero y concreto, fueron pulverizados abruptamente; el suelo desnudo, expuesto, se veía ahora de una marrón oscuro, chamuscado por el calor atómico provocado por el equipo automático de reparación, una máquina, pensó Milt Biskle, que no era muy diferente a la que usaba en Marte. Evidentemente, la máquina tenía la tarea de limpiar todo lo antiguo en una pequeña área. Sabía muy bien por su propia experiencia durante el trabajo de reconstrucción de Marte lo que seguiría a continuación, probablemente en solo minutos, llevado adelante por un mecanismo igualmente elaborado que establecería los cimientos para las estructuras que allí se levantaría.

Y, de pie en el otro lado de la calle desierta, observando el trabajo de limpieza que llevaba adelante la máquina, se podía ver a dos figuras delgadas y grises. Dos proxitas de nariz aguileña, con su pelo natural y pálido dispuesto en espiral y los lóbulos de sus orejas estirados por los objetos pesados que colgaban de ellos.

Los vencedores, pensó para sí mismo. Experimentando cierta satisfacción ante el espectáculo, fue testigo de cómo destruían los últimos artefactos de la raza perdedora. Algún día una ciudad puramente prox se elevaría aquí: arquitectura prox, calles de amplios y extraños patrones prox, construcciones uniformes con el aspecto de cajas con muchos niveles subterráneos. Y ciudadanos como esos deambulando por las rampas, recorriendo los túneles de alta velocidad en su rutina diaria. ¿Y que pasaría, pensó, con los perros y los gatos terráqueos que ahora habitaban estas ruinas, como había dicho Mary? ¿También desaparecerían? Probablemente no por completo. Habría un lugar para ellos, tal vez en los Museos y Zoológicos, como rarezas para ser admiradas. Sobrevivientes de un ecología que ya no existía. Puede que ni siquiera eso.

Y sin embargo... Mary estaba en lo correcto. Los proxitas pertenecían a la misma especie. Aun si no se pudieran cruzar con los terráqueos que sobrevivieron, la especie como él la conocía continuaría. *Y se cruzarían,* pensó. La relación que tenía con Mary era una prueba. El resultado incluso podía ser bueno.

El fruto, pensó mientras se alejaba y comenzaba el regreso hacia el Museo, podía ser una raza que no fuera prox ni terráquea por completo. De

la unión podía surgir algo genuinamente nuevo. Al menos podemos tener esperanzas de eso.

La Tierra sería reconstruida. Había visto una pequeña muestra de ese trabajo con sus propios ojos. Tal vez los proxitas carecieran del talento que él y sus colegas, los ingenieros reconstructores, poseían... Y ahora que Marte estaba virtualmente terminado podían comenzar aquí. No era completamente desesperanzador. No del todo.

Caminó de regreso hasta donde lo aguardaba Mary y le dijo con voz ronca:

—Hazme un favor. Consígueme un gato que pueda llevar conmigo en mi regreso a Marte. Siempre me gustaron los gatos. Especialmente los de color naranja con rayas.

Uno de los guardias del Museo, después de lanzarle una mirada a su compañero, dijo:

—Podemos solucionar eso, señor Biskle. Podemos conseguir un... cachorro, ¿esa es la palabra?

—Gatito, creo —corrigió Mary.

En el viaje de regreso a Marte, Milt Biskle estaba sentado con la caja que contenía el gatito naranja en su regazo, pensando en sus planes. En quince minutos la nave descendería sobre Marte y el doctor DeWinter —o lo que se hacía pasar por el doctor DeWinter— estaría esperándolo. Sería demasiado tarde. Desde donde estaba sentado podía ver la salida de emergencia con su luz roja de advertencia. Sus planes estaban enfocados sobre la compuerta. No era lo ideal pero serviría.

En la caja el gatito naranja extendía una pata y golpeaba contra la mano de Milt. Sentía las agudas y delgadas zarpas raspar contra su carne y con la mirada ausente apartaba su mano de la caricia del animal. Marte no te gustará nada, pensó y se puso de pie.

Cargando la caja se dirigió velozmente hacia la compuerta de emergencia. Antes de que lo pudiera alcanzar la azafata la había abierto. Se metió en su interior y la compuerta se cerró a sus espaldas. Durante un instante estuvo quieto dentro del estrecho compartimiento, y luego comenzó a tratar de abrir la pesada puerta exterior.

—¡Señor Biskle! —le llegó la voz de la azafata amortiguada por la puerta. La oyó abrir la puerta y andar a tientas para poder asirlo.

Mientras él giraba la puerta exterior el gatito que estaba dentro de la caja que sostenía bajo el brazo maulló.

¿Tú también?, pensó Milt Biskle, e hizo una pausa.

La muerte, el vacío y la pronunciada falta de calor del espacio exterior se filtraron a su alrededor, a través de la puerta parcialmente abierta. Milt los olfateó y algo en su interior, como en el gatito, hizo que por instinto se apartara. Se tomó una pausa, aún sosteniendo la caja, sin intentar abrir la puerta exterior más allá de lo que estaba, y en ese momento la azafata lo agarró.

—Señor Biskle —dijo ella a medias sollozando—, ¿se ha vuelto loco? Por Dios, ¿qué está haciendo? —ella se las arregló para tirar hacia dentro y cerrar la puerta exterior, ajustando la sección de emergencia otra vez a su posición de cerrado.

—Sabe muy bien lo que estoy haciendo —le dijo Milt Biskle mientras le permitía que lo impulsara hacia el interior de la nave, hacia su asiento. Y no

creo que pudiera detenerme, se dijo a sí mismo. Porque no fue usted. Podría haber seguido adelante y haberlo hecho. Pero decidí no hacerlo.

Se preguntó por qué.

Más tarde, en el Campo Tres en Marte, el doctor DeWinter salió a su encuentro, como él había estado esperando.

Ambos caminaron hacia el helicóptero estacionado y DeWinter dijo, con un tono de voz preocupado:

—Me informaron que durante el viaje...

—Es cierto. Intenté suicidarme, pero cambié de opinión. Tal vez usted sepa el motivo. Usted es el psicólogo, la autoridad en todo lo que sucede en nuestro interior —entró en el helicóptero teniendo cuidado de no golpear la caja que contenía al gatito terrestre.

—¿Va a seguir adelante y trabajar en su parcela con Fay? —le preguntó el doctor DeWinter tan pronto como el helicóptero levantó vuelo sobre los campos de trigales verdes y húmedos—. ¿A pesar de... lo sabe?

—Sí —asintió él. Después de todo hasta donde sabía, no había otra cosa que pudiera hacer.

—Ustedes los terrícolas —sacudió la cabeza DeWinter—. Son admirables.

Notó la caja en el regazo de Milt Biskle.

—¿Qué tiene allí? ¿Una criatura de la Tierra? —Fijó sus ojos sobre la caja con cierta sospecha. Para él era una manifestación de una forma extraña de vida—. Un organismo de aspecto bastante peculiar.

—Me va a hacer compañía —dijo Milt Biskle—, mientras sigo con mi trabajo, ya sea construyendo mi propia propiedad o... —O ayudando a los proxitas en la Tierra, pensó.

—¿Es lo que llaman una *«serpiente de cascabel»*? Escucho el sonido de sus cascabeles —el doctor DeWinter se apartó un poco.

—Está ronroneando —Milt Biskle sacudió al gatito mientras el piloto automático del helicóptero los guiaba a través del monótono cielo rojo marciano. Tener contacto con una forma de vida familiar, se dijo, me mantendrá cuerdo. Me permitirá seguir adelante. Se sintió agradecido. Mi raza puede haber sido derrotada y destruida, pero no han perecido todas las criaturas terrícolas. Cuando reconstruyamos la Tierra tal vez podamos lograr que las autoridades nos permitan tener lugares protegidos. Será una parte de nuestra tarea, se dijo a sí mismo, y otra vez acarició al gatito. Al menos podemos tener la esperanza de que así sea.

Cerca de él, el doctor DeWinter también estaba sumergido en sus pensamientos. Admiraba la intrincada destreza de los ingenieros en el tercer planeta, los que habían logrado el simulacro que descansaba en la caja sobre el regazo de Milt Biskle. El logro técnico era impresionante, incluso para él, y lo vio con absoluta claridad... como por supuesto no podía hacer Milt Biskle. Este artefacto, aceptado por el terrícola como un organismo auténtico de su pasado conocido, proveería un punto de apoyo sobre el cual este hombre podría mantener su equilibrio psíquico.

Pero, ¿qué pasaría con los otros ingenieros reconstructores? ¡Qué pasaría cuando cada uno de ellos hubiera terminado su trabajo y tuvieran —les gustara o no— que tomar conciencia de la situación?

Variaría de un terráqueo a otro. Un perro para uno, un simulacro más elaborado, probablemente de una hembra núbil humana para otro. En todo caso, cada uno sería provisto como una *«excepción»* a las reglas. Una entidad

sobreviviente esencial, seleccionada entre las que se habían desvanecido por completo. Las pistas sobre las inclinaciones de cada uno de los ingenieros serían obtenidas al investigar el pasado de cada uno, como había sucedido en el caso de Biskle. El simulacro del gato estaba terminado varias semanas antes de su abrupto viaje de regreso a la Tierra provocado por un ataque de pánico. Por ejemplo, en el caso de Andre ya estaba en construcción el simulacro de un loro. Estaría listo para cuando realizara *su* viaje a casa.

—Lo llamaré *Trueno* —explicó Milt Biskle.

—Un buen nombre —dijo el doctor DeWinter. Pensó que era una vergüenza que no pudieran mostrarle la verdadera situación de la Tierra. En realidad, sería bastante interesante que aceptara lo que veía, porque en algún nivel debía comprender que nada podía sobrevivir a una guerra como la que habían sostenido. Obviamente quería creer con desesperación que perduraban ciertos vestigios, aunque no fueran más que cascotes. Pero es típico de la mente terráquea aferrarse a ciertos fantasmas. Eso podía ayudar a explicar su derrota en el conflicto; simplemente no eran realistas.

—Este gato —dijo Milt Biskle— va a ser un excelente cazador de ratones marcianos.

—Seguro —agregó el doctor DeWinter, y pensó, *mientras sus baterías no se agoten.* También él acarició al gatito.

Se activó el conmutador y el gatito comenzó a ronronear más fuerte.

SÍNDROME DE RETIRADA

El oficial de paz Caleb Myers captó en su pantalla de radar un vehículo de superficie que había excedido la velocidad permitida. El operador se las había ingeniado para quitar el regulador al vehículo que iba a doscientos cincuenta kilómetros por hora. Dedujo en consecuencia, que el operador debía pertenecer a la Clase Azul de técnicos e ingenieros con suficiente capacidad para modificar su vehículo. Pensó que arrestarlo no sería cosa fácil.

Myers se puso en contacto por radio con una nave Policial que estaba a unos quince kilómetros al Norte, sobre la misma carretera.

—Tírale al tanque de energía —le aconsejó su hermano oficial—, va demasiado rápido para interceptarlo.

Eran las tres y diez de la mañana cuando el vehículo quedó finalmente detenido; agotada la energía, siguió rodando libremente por el costado del camino hasta detenerse.

El oficial Myers apretó algunos botones y voló tranquilamente hacia el Norte a fin de identificar al vehículo que había incurrido en la infracción. En el camino encontró al volante rojo de la Policía, que iba en medio del denso tránsito. Aterrizó en el mismo momento que su colega llegaba al lugar.

Cautelosamente caminaron al mismo tiempo hacia el vehículo detenido, haciendo crujir la grava con sus pesadas botas.

Sentado al volante había un hombre delgado que vestía camisa blanca y corbata. La mirada perdida hacia adelante le daba una expresión de aturdimiento. No hizo el menor gesto por saludar a los dos oficiales uniformados de gris, provistos de rifles láser y burbujas antibalas que

protegían sus cuerpos desde la cadera hasta el cráneo. Myers abrió la puerta del volante y miró hacia adentro mientras su compañero oficial permanecía con el rifle listo, por si acaso se trataba de algún atraco. En una semana solamente, cinco hombres de la oficina local de San Francisco habían resultado muertos.

—Usted sabe que hay una suspensión obligatoria de licencia de dos años, por manipular el regulador de su volante —dijo Myers al conductor silencioso—. ¿Cree que vale la pena?

Después de una pausa prolongada, el conductor volvió la cabeza y dijo:

—Estoy enfermo.

—¿Física o psíquicamente? —preguntó Myers, y después apretó el botón de emergencia que llevaba en la garganta, para ponerse en contacto con la línea tres del Hospital General de San Francisco; si era necesario, en cinco minutos llegaría una ambulancia.

—Todo me parecía irreal —explicó el conductor con voz ronca—; pensé que conduciendo a bastante velocidad tal vez podría llegar a algún lugar donde hubiera algo sólido... real...

Apoyó la mano, tanteando el tablero de instrumentos como si le costara creer que la superficie acolchada estaba realmente allí.

—Déjeme verle la garganta, señor —dijo Myers, y alumbró con la linterna la cara del conductor.

El hombre obedeció y echó la cabeza hacia atrás para que el otro pudiera ver la garganta, más allá de los bien cuidados dientes.

—¿Lo ves? —preguntó a su compañero oficial.

—Sí —contestó el otro, que había visto el reflejo.

El hombre llevaba una unidad anticarcinoma instalada en la garganta; como la mayoría de los no terráqueos, este hombre tenía propensión al cáncer. Probablemente había pasado buena parte de su vida en un mundo colonial, respirando aire puro, la atmósfera artificial anterior a la aparición del hombre, generada por equipos de reconstrucción autónoma. Era fácil entender su fobia.

El conductor buscó algo en su bolsillo y sacó una billetera, de la que extrajo una tarjeta.

—Tengo un médico de dedicación exclusiva —dijo—; es un especialista en medicina psicosomática, y está en San José. ¿Podrían llevarme a verlo?

—Usted no está enfermo —afirmó Myers—, simplemente no se ha adaptado del todo a la Tierra, a nuestra gravedad, a la atmósfera y a los diversos factores del medio ambiente. Son las tres y quince de la madrugada y este doctor Hagopian, o como se llame, no podrá verlo a esta hora —dijo, leyendo la tarjeta que decía:

> *«Esta persona esté bajo tratamiento médico y en caso de presentar algún síntoma de conducta extraña, debe recibir atención médica de inmediato».*

—En la Tierra los médicos no acostumbran a ver a sus pacientes a cualquier hora; debe recordar eso, señor... —y extendiendo la mano, agregó—: muéstreme su permiso de conducir, por favor.

El hombre entregó la billetera, como impulsado por un reflejo.

—Será mejor que se vaya a su casa —dijo Myers al hombre después de verificar que, de acuerdo al documento, se llamaba John Cupertino—. ¿Es

casado? Quizá su esposa pueda pasar a buscarlo. Nosotros lo llevaremos a la ciudad. Es preferible que deje aquí su automóvil y no conduzca más por esta noche. En cuanto a la velocidad que llevaba...

—No estoy acostumbrado a una velocidad máxima arbitraria —dijo Cupertino—. En Ganímedes no tenemos problemas de tránsito, podemos viajar entre trescientos veinte y cuatrocientos kilómetros por hora.

Su voz era extrañamente monótona. Myers pensó de inmediato en ciertas drogas, especialmente en el efecto de ciertos estimulantes talámicos. Cupertino se mostraba muy impaciente. Eso explicaría por qué quitó el regulador de la velocidad, aunque se trataba de una operación fácil para alguien acostumbrado a trabajar con máquinas. Sin embargo...

Pero allí había *algo* más. Veinte años de experiencia le hacían sospechar a Myers que no se trataba de un simple caso de exceso de velocidad.

Extendió el brazo, y abriendo la guantera la alumbró con su linterna. Había un libro con la lista de moteles aprobados. Mientras examinaba la cara del hombre, que no expresaba ninguna emoción, continuaba haciéndole preguntas.

—No cree hallarse en la Tierra, ¿verdad señor Cupertino? Es uno de esos adictos que ha saltado entre dos mundos y cree que esto es una fantasía provocada por la droga; que realmente se encuentra en Ganímedes, sentado en la sala de su morada de veinte habitaciones, rodeado sin duda de sirvientes mecánicos, ¿verdad?

Rió con ganas y se volvió hacia su compañero oficial.

—En Ganímedes esa droga crece como la hierba —explicó—; hefrodadrina es el nombre del extracto. Muelen los tallos secos, forman una pasta y la hierven; después la secan, la filtran y arman cigarrillos. Cuando han terminado...

—Nunca usé hefrodadrina —dijo John Cupertino con una voz que parecía venir de muy lejos. Continuaba mirando hacia adelante—. Sé que estoy en la Tierra, pero hay algo que anda mal. Miren —agregó extendiendo la mano, que pasó a través del panel acolchado de instrumentos.

La mano desapareció como si la hubieran cortado en la muñeca.

—¿Lo ven? En torno de mí todo es como una sombra, todo carece de sustancia. Lo mismo sucede con ustedes dos; los puedo hacer desaparecer simplemente no prestándoles atención. Creo que puedo, aunque en realidad no quiero hacerlo —la angustia enronqueció su voz—. Desearía que ustedes fueran reales, que todo fuera real, incluso el doctor Hagopian.

El oficial Myers conectó su transmisor de garganta con la línea número dos.

—Póngame con el doctor Hagopian, en San José. Nada de servicios para contestar teléfonos; es una emergencia.

Se oyó un chasquido, la conexión estaba hecha.

Mirando a su compañero oficial, Myers dijo:

—Tú lo has visto; puso la mano a través del panel y la hizo desaparecer. Quizá sea capaz de hacernos desaparecer a nosotros también.

No tenía ningún interés en hacer la prueba. Estaba inquieto y en ese momento deseó haber dejado a Cupertino seguir a toda velocidad por la autopista, hasta perderse en el olvido, si eso era lo que deseaba.

—Ya sé a qué se debe todo esto —dijo Cupertino, como hablando consigo mismo. Sacó los cigarrillos y encendió uno; la mano le temblaba ahora un poco menos que antes—. Se debe a la muerte de mi esposa, Carol.

Ninguno de los oficiales lo contradijo. Siguieron en silencio mientras trataban de comunicarse con el doctor Hagopian.

Gotlieb Hagopian recibió a su paciente, el señor Cupertino, en su consultorio del centro de San José, que acababa de abrir especialmente. Llevaba los pantalones sobre el pijama, y una chaqueta abotonada para protegerse del frío nocturno. El doctor Hagopian encendió las luces, conectó la calefacción y preparó una silla. Entretanto se preguntó qué pensaría el paciente al encontrarlo con los mechones de pelo revuelto apuntando en distintas direcciones.

—Lamento haberlo despertado —dijo Cupertino.

Por su tono parecía no lamentar nada; eran las cuatro de la mañana y estaba bien despierto. Se cruzó de piernas y fumó un cigarrillo mientras el doctor Hagopian, maldiciendo y rezongando para sí como una manera de descargar su impotencia, iba al otro lado del cuarto para conectar la cafetera. Al menos, tomaría un buen café.

—Por su conducta, los oficiales de Policía pensaron que había tomado algún estimulante; pero nosotros sabemos que no se trata de eso.

Cupertino era ligeramente maniático. Siempre lo había sido.

—No tendría que haber matado a Carol —dijo Cupertino—. Desde entonces, todo ha cambiado.

—¿Ahora la extraña? Ayer, cuando nos vimos, me dijo que...

—Eso fue durante el día; siempre me siento más optimista cuando hay sol. De paso debo decirle que he encontrado un abogado. Se llama Phil Wolfson.

—¿Para qué?

Cupertino no tenía ningún litigio pendiente, y ambos lo sabían muy bien.

—Necesito otro tipo de asesor profesional, doctor. No se ofenda, no lo estoy criticando ni deseo insultarlo, pero en mi situación hay ciertos aspectos que escapan a la esfera del médico. La conciencia es un fenómeno muy interesante que descansa, parcialmente, en el terreno psicológico, y parcialmente en... —el tono impersonal y lejano de su voz había vuelto a él.

—¿Un café?

—No, por Dios; me ataca el sistema nervioso. Me vuelvo loco durante horas.

—¿Mencionó lo de Carol a los oficiales de Policía? —preguntó el doctor Hagopian—. ¿Les dijo que la había matado?

—No, fui precavido. Sólo les dije que había muerto.

—Sin embargo no fue tan precavido al conducir a más de doscientos kilómetros por hora. Hubo un caso en la autopista de Bayshore, que apareció en la *Crónica* de hoy, en que el patrullero desintegró a un coche que iba a doscientos cuarenta. La Ley lo permite; es preciso proteger la seguridad pública, la vida de...

—Se lo habrán prevenido —acotó Cupertino, imperturbable en apariencia.

Parecía estar más tranquilo que al principio.

—Se negó a parar. Estaba ebrio.

—Usted sabe que Carol está viva y que habita en la Tierra, muy cerca de aquí, en Los Ángeles —el doctor volvió rápidamente al tema central.

—Por supuesto —contestó Cupertino, fastidiado. Se preguntó por qué Hagopian insistía en repetir lo que era obvio. Habían hablado muchas veces del asunto. Sin duda el psiquiatra le repetiría la misma pregunta de

costumbre: ¿Cómo puede ser que la haya matado si está viva? Se sintió cansado y muy impaciente.

Esa sesión con Hagopian no iba a ninguna parte.

El doctor tomó un bloc y escribió algo rápidamente; luego arrancó la hoja y se la pasó a Cupertino.

—¿Es una receta? —preguntó el paciente, tomándola con cautela.

—No, es una dirección.

De un vistazo Cupertino comprobó que se trataba de una dirección en Pasadena Sur. Debía ser la dirección de Carol. Lanzó una mirada furibunda.

—Deseo hacer una prueba —dijo el doctor Hagopian—. Quiero que vaya allá y la vea frente a frente. Entonces veremos qué pasa...

—Quienes deben verla son los Directores de *Empresas Educacionales Seis Planetas*, y no yo —dijo Cupertino, devolviendo el trozo de papel—. Ellos son los culpables de toda esta tragedia. Lo hice por ellos y a usted le consta; no me mire de esa manera. Era preciso mantener en secreto sus planes, ¿no es cierto?

El doctor Hagopian suspiró.

—A las cuatro de la mañana todo resulta muy confuso; el mundo es un lugar tétrico. Sé que en esa época, en Ganímedes, usted estuvo empleado por *Seis Planetas*, aunque la responsabilidad moral, señor Cupertino..., me cuesta decirlo pero fue usted quien apretó el gatillo del rayo láser. La última responsabilidad moral es suya.

—Carol estaba dispuesta a informar a los periódicos homeostáticos locales que habría una revolución para liberar a Ganímedes y las autoridades burguesas de Ganímedes, constituidas en su mayoría por *Seis Planetas*, eran partícipes de la conspiración. Le dije que no podíamos correr el riesgo de que ella dijera nada, pero ella insistió por motivos pequeños; por despecho, por el odio que me tenía. Su delación nada tenía que ver con los motivos en juego. Como toda mujer, actuó impulsada por su orgullo herido y su vanidad.

—Le aconsejo que vaya a esa dirección en Pasadena Sur —dijo el doctor Hagopian—. Vea a Carol y convénzase de que nunca la mató. Lo que sucedió en Ganímedes aquel día, hace tres años, fue... —hizo un gesto vago, tratando de encontrar la palabra adecuada.

—Sí, doctor —respondió Cupertino en tono tajante—. ¿Qué fue exactamente? Aquel día, mejor dicho, aquella noche, le di a Carol justo entre los ojos con el rayo láser, en pleno lóbulo frontal. Cuando salí del apartamento cooperativo estaba muerta; me fui al puerto espacial y encontré una nave que me trajo a la Tierra.

Esperó. Le costaría mucho a Hagopian encontrar la palabra adecuada. Tras una pausa, el doctor admitió:

—Si, su memoria es muy precisa; pero todo eso consta en mi archivo y no veo la necesidad de que repita todos los detalles. Francamente, a esta hora de la mañana me resulta bastante molesto. No sé a qué se debe ese recuerdo suyo; reconozco que es *falso* porque me he encontrado con su esposa y hablé con ella; después he mantenido correspondencia, siempre con posterioridad a la fecha en que usted manifiesta haberla matado en Ganímedes. De eso al menos estoy seguro —el doctor Hagopian buscaba por todos los medios de romper ese enviciado círculo.

—¿Qué poderosa razón puede haber para que yo trate de ver a Carol? —preguntó Cupertino, haciendo un gesto de romper el trozo de papel.

—Puedo proporcionarle una razón muy poderosa —dijo el doctor, pensando—, pero es probable que usted la rechace.

—Haga la prueba.

—Carol estaba presente esa noche, en Ganímedes —dijo el doctor Hagopian—, en que usted recuerda haberla matado. Quizá ella misma pueda decirle cómo se le grabó a usted esa falsa memoria. En una carta que me escribió, insinuó saber algo al respecto —miró a Cupertino largamente—. Eso fue todo lo que quiso decirme.

—Iré —afirmó Cupertino.

Mientras se dirigía decidido hasta la puerta del consultorio, pensó en lo extraño que debía ser obtener datos sobre la muerte de una persona, a través de la persona misma. Pero Hagopian estaba en lo cierto; Carol era la única persona presente aquella noche. ¿Cómo no se le había ocurrido que en su momento terminaría por buscarla?

Su razonamiento lógico había llegado a una crisis, y no era agradable enfrentar ese hecho.

A las seis de la mañana llegó a la puerta de la pequeña vivienda de Carol Holt Cupertino.

Después de hacer sonar varias veces la campanilla la puerta se abrió al fin; Carol apareció soñolienta, con un traslúcido camisón de nylon azul y unas cómodas chinelas de piel blanca.

Un gato se escapó por la puerta.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Cupertino, haciéndose a un lado para dejar pasar al gato.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella, apartando de sus ojos un mechón de pelo rubio—. ¿Qué hora es?

Un resplandor frío y gris bañaba la calle semidesierta. Carol tuvo un temblor y se cruzó de brazos.

—¿Qué andas haciendo levantado tan temprano? Recuerdo que no solías salir de la cama antes de las ocho.

—Aún no me he acostado —contestó él, y pasando junto a ella entró a la sala oscura, con los visillos todavía bajos—. ¿Tienes un poco de café? —le preguntó.

—Por supuesto —contestó ella dirigiéndose a la cocina.

Presionó el botón para café caliente; primero apareció una taza, luego otra. Un aroma agradable invadió la cocina.

—Tomo el café con leche —dijo ella—. Tú, con leche y azúcar; eres más infantil —y le sirvió la taza de café.

El aroma personal de ella: calidez, suavidad y sueño, se mezcló con el del café.

—Estás como siempre; no has envejecido para nada y ya han pasado tres años —dijo Cupertino.

En realidad estaba mejor que antes; más delgada, más ágil. Se había sentado ante la mesa de la cocina, con los brazos modestamente cruzados.

—¿Acaso es algo sospechoso? —preguntó ella con los ojos brillantes y las mejillas encendidas.

—No. Tómalo como un cumplido —manifestó él, sentándose—. Me envía Hagopian. Dijo que era mejor que te viera. Es evidente que…

—Sí —dijo Carol—, lo he visto. Tuve que viajar al Norte de California varias veces por cuestiones de negocios y fui a verlo. Me lo había pedido en

una de sus cartas. Me gustó bastante; en realidad, creo que para esta fecha ya deberías estar curado.

—Curado —repitió él, encogiéndose de hombros—. Creo que estoy curado, salvo que...

—Salvo que continúas con tu idea fija, tu decepción básica de que ningún tratamiento psicoanalítico puede curar, ¿verdad?

—Si te refieres a mi recuerdo de haberte matado, sí, todavía lo tengo. *Sé* que sucedió. El doctor Hagopian cree que tal vez tú puedas ayudarme. Después de todo, como bien lo señaló...

—Entiendo —dijo ella—. Pero ¿vale la pena volver sobre lo mismo contigo? Resulta muy extenuante, ¡Dios mío! Ahora son las seis de la mañana. ¿Por qué no me permites volver a la cama y nos encontraremos más tarde, a la noche quizá. ¿No? —dijo ella suspirando—. Está bien. Bueno, trataste de matarme; tenías un rayo láser. Eso sucedió en nuestro apartamento cooperativo de Nueva Detroit G, en Ganímedes, el 12 de Marzo de 2014.

—¿Y por qué traté de matarte? —preguntó él.

—Tú lo sabes bien —repuso ella amargamente, los pechos estremecidos por el resentimiento.

—Sí.

Fue el más grave error que había cometido en sus treinta y cinco años. Durante el juicio de divorcio, sabiendo la inminencia de la revolución, había dado toda la ventaja a su mujer. Eso permitió que ella dictara los términos del arreglo a su antojo. Eran tan estricto en lo financiero, que un día volvió al apartamento que habían compartido (él ya se había mudado a su propio apartamento, al otro lado de la ciudad), para decirle sinceramente que no podía satisfacer sus exigencias. Carol lo amenazó con hacer declaraciones a los sistemas homeostáticos que operan en Ganímedes seleccionando noticias para el *Times* y el *Daily News*, de Nueva York.

—Sacaste el pequeño rayo láser y te quedaste ahí, sentado —dijo Carol—, jugando con el arma sin decir palabra. Pero capté claramente el mensaje; o aceptaba un arreglo injusto, o tú...

—¿Disparé con el rayo?

—Sí.

—¿Logré herirte?

—No. Fallaste —dijo Carol—. Salí corriendo del apartamento cooperativo, y fui hasta el ascensor. Bajé al primer piso y llamé al sargento de armas; después, vino la Policía. Cuando llegaron, te encontraron sentado en el mismo lugar, llorando.

—¡Cristo! —exclamó Cupertino.

Por un momento, ninguno de los dos dijo palabra. Bebían el café. Frente a él, la mano de su esposa temblaba haciendo tintinear la taza contra el platillo.

—Como era de esperar —continuó Carol—, seguí el juicio para el divorcio, dadas las circunstancias...

—El doctor Hagopian cree que tal vez tú puedas ayudarme a descubrir por qué recuerdo haberte matado esa noche; dijo que se lo habías sugerido en una carta.

Los ojos azules de la mujer brillaron intensamente.

—Aquella noche tú no tenías ningún falso recuerdo. Sabías que habías fallado. El Fiscal Amboyton te hizo elegir entre someterte a tratamiento psiquiátrico, o ser formalmente acusado de intento de asesinato. Elegiste lo

primero, naturalmente. Y desde entonces te trata el doctor Hagopian. En cuanto al falso recuerdo, creo que puedo decirte exactamente cuándo te aferraste a eso. Fuiste a ver a tus patrones, *Empresas Educacionales Seis Planetas*, y te entrevistaste con el psicólogo adjunto al Departamento de Personal, un tal doctor Edgar Green. Eso fue poco antes de dejar Ganímedes para venir a la Tierra —se levantó para llenar su taza de café—. Imagino que el doctor Green te implantó el falso recuerdo de haberme matado.

—Pero *¿por qué?* —preguntó Cupertino.

—Estaban al tanto de que me habías dicho los planes de la insurrección y creían que te habías suicidado, abrumado por la pena y el remordimiento. En cambio, sacaste el pasaje para ir a la Tierra, como habías acordado con Amboyton. A decir verdad, intentaste suicidarte durante el viaje... Pero tú debes acordarte de eso.

—Continúa, dime todo —dijo él, que no recordaba ningún intento de suicidio.

—Te mostraré el recorte del periódico homeostático que tengo guardado, naturalmente.

Carol salió y su voz llegó desde el dormitorio:

—A causa de un excesivo sentimentalismo, pasajero en nave interespacial es aprehendido por... —se interrumpió.

Hubo un silencio.

Cupertino continuaba bebiendo café y esperando; sabía que ella no había podido encontrar ese recorte porque no había habido tal intento de suicidio.

Carol volvió a la cocina, con una expresión de asombro.

—No puedo encontrarlo; estaba segura de haberlo puesto en *La Guerra y la Paz*, en el volumen uno. Lo usaba como señalador —dijo, pareciendo avergonzarse.

—Creo que no soy el único con un falso recuerdo —dijo Cupertino—. Si eso es, *en realidad,* lo que tengo.

Por primera vez en tres años, pensó que estaba logrando algún progreso. Sin embargo, la dirección de ese progreso aún era incierta...

—No entiendo —dijo Carol—, algo salió mal.

Él se quedó esperando en la cocina mientras Carol se vestía en el dormitorio. Cuando salió, llevaba puesta una falda, un suéter verde, y zapatos con tacones altos. Mientras se peinaba, se detuvo junto a la cocina y apretó el botón de sacar tostadas y dos huevos pasados por agua. Eran casi las siete de la mañana; en la calle, la luz gris se había convertido en un resplandor dorado pálido. Había más tránsito. Pudo escuchar el ruido tranquilizador de algunos vehículos públicos y privados, de gente que venía de los suburbios.

—¿De qué artimaña te valiste para conseguir esta vivienda para gente soltera? —preguntó él—. ¿No dicen que en la zona de Los Ángeles es casi imposible obtener algo que no sea un apartamento cooperativo en un edificio en torre?

—Fue por medio de mis patrones.

—¿Quienes son tus patrones? —preguntó con cautela, pero también algo perturbado. Evidentemente debía tratarse de personas de influencia; su mujer había ascendido.

—Estrella Descendente Sociedad Anónima.

Nunca habla oído mencionarlos.

Librodot

—¿Operan más allá de la Tierra? —preguntó asombrado—. Pero si eran interplanetarios...

—Es una firma financiera. Soy Asesora del Presidente del Directorio y me especializo en Investigación de Mercado. Tus ex patrones, *Empresas Educacionales Seis Planetas,* pertenecen a *nuestra* Compañía, que tiene suficientes acciones como para controlarla —agregó—. No importa mucho; en realidad, es una casualidad.

Ella empezó a desayunar sin ofrecerle nada a él. Ni siquiera se le ocurrió. Él miraba con nostalgia los movimientos familiares de ella al manejar los cubiertos. Poseía aún cierta donosura *pequeño burguesa*, en eso no había cambiado. En realidad, estaba más refinada, más femenina que nunca.

—Creo entender —dijo Cupertino.

—Perdón —dijo ella levantando los ojos azules para mirarlo con intensidad—. ¿Qué es lo que entiendes, Johnny?

—A ti, tu presencia en este lugar —dijo Cupertino—. Es obvio que eres perfectamente real, tan real como cualquier cosa concreta: la ciudad de Pasadena o esta mesa —dijo, golpeando con fuerza la superficie plástica de la mesa de la cocina—. Tan real como el doctor Hagopian o los dos policías que me detuvieron esta madrugada temprano. Pero *¿cuán real es todo eso?* Creo que allí está el meollo de la situación —agregó—. Eso explicaría la sensación que tengo de pasar las manos a través de la materia, a través del panel de instrumentos de mi automóvil, como lo hice. Esa sensación tan perturbadora de que *nada* es real en torno de mí, de que todo carece de sustancia, de que habito un mundo de sombras —explicaba sin buscar demasiado las palabras, que surgían de él con naturalidad.

Carol se echó a reír sin dejar de mirarlo. Después siguió comiendo.

—Es posible que me encuentre en una Prisión de Ganímedes, o en un Hospital Psiquiátrico del mismo planeta, como consecuencia de mi acción criminal —dijo Cupertino—. Es posible también que en estos últimos años, desde tu muerte, haya empezado a vivir en un mundo de fantasía.

—¡Dios mío! —dijo Carol meneando la cabeza—; no sé si reír o sentir piedad. Todo esto es demasiado..., —hizo un gesto vago— demasiado... patético. Johnny, ¿sabes una cosa? En realidad siento pena por ti. En lugar de desembarazarte de tu idea ilusoria, prefieres creer que la Tierra, todas las personas y las cosas, son producto de tu imaginación. Escucha, ¿no crees que sería mucho más sencillo renunciar a la única idea fija? Olvida que me has matado. Es muy simple.

Sonó el teléfono.

—Disculpa.

Carol se limpió los labios y fue a atender la llamada. Cupertino permaneció donde estaba, jugando tristemente con una escama de tostada que había caído del plato de su ex mujer. La mantequilla derretida le manchó el dedo y él se lo limpió con la lengua, pensativo. En ese momento sintió un hambre devoradora. Era hora de desayunar; fue hasta la cocina para apretar los botones, ya que Carol no estaba. No tardó en tener un desayuno completo: tocino y huevos revueltos, tostadas y café bien caliente.

Pero cómo puedo vivir —se preguntó—, adquirir cierta sustancia, si este es un mundo ilusorio. Debo estar comiendo un verdadero desayuno que me proporciona el Hospital o la Cárcel donde estoy. La comida es real y yo la estoy ingiriendo. Existe además una habitación, con sus paredes, su suelo... Pero no esta habitación, no estas paredes ni estos suelos. Y hay gente que

existe, pero no esta mujer, no Carol Holt Cupertino. Debe ser otra persona. Un carcelero o un ayudante. Y un doctor quizá, el doctor Hagopian.

De eso estoy seguro —se dijo Cupertino—. El doctor Hagopian es realmente mi psiquiatra.

Carol volvió a la cocina y se sentó ante el plato, el desayuno ya estaba frío.

—Ve a hablarle. Es el doctor Hagopian —dijo.

Él fue de inmediato hacia el teléfono. El rostro del psiquiatra lucía tenso y desmejorado en la pequeña videopantalla.

—Veo John, que consiguió llegar. Y bien, ¿qué ocurrió?

—¿Dónde estamos, Hagopian? —preguntó Cupertino.

—Yo no... —dijo el psiquiatra frunciendo el ceño.

—Estamos en Ganímedes, *¿no es cierto?*

—Yo estoy en San José, y usted en Los Ángeles —dijo Hagopian.

—Creo que encontré la manera de probar mi teoría —dijo Cupertino—. Dejaré de tratarme con usted, por un tiempo. Si soy un prisionero en Ganímedes, no podré hacerlo; y por otra parte, si como usted afirma, soy un ciudadano libre en la Tierra...

—Está en la Tierra, por cierto —dijo Hagopian—, pero no es un ciudadano libre. Debido al intento de asesinar a su esposa, usted está obligado a recibir psicoterapia regularmente y bajo mi responsabilidad; bien que lo sabe. ¿Qué le ha dicho Carol? ¿Pudo aclararle los acontecimientos de aquella noche?

—Me atrevería a decir que sí —contestó Cupertino—. Me enteré de que ella está empleada por la Compañía matriz de *Empresas Educacionales Seis Planetas*; eso sólo justifica mi viaje hasta aquí. Tendría que haber averiguado más detalles sobre ella. Porque si *Seis Planetas* la empleó para arrimar el ganado...

—¿*Qué* dice? —preguntó Hagopian, pestañeando.

—Quiero decir, como perro guardián. Para asegurarse de que yo era fiel. Deben haberse enterado de que yo estaba dispuesto a revelar detalles de la planeada insurrección a las autoridades de la Tierra, y asignaron a Carol para que me vigilara. Yo le confié a ella los planes, y para los otros eso era prueba de que no podían confiar plenamente en mí. Quizá Carol recibió instrucciones de matarme, y es probable también que lo intentara. Pero falló, y todas aquellas personas conectadas con el hecho fueron castigadas por las autoridades terrestres. Carol pudo escapar porque no figuraba en la lista oficial de empleados de *Seis Planetas.*

—Espere un momento —dijo Hagopian—. En cierto modo lo que acaba de decir resulta bastante coherente, pero la rebelión tuvo éxito, señor Cupertino —dijo, levantando la mano—. La historia lo demuestra: hace tres años Ganímedes más Io y Calisto, se separaron simultáneamente de la Tierra, convirtiéndose en lunas independientes. Cualquier niño del tercer grado en la escuela, lo sabe; se la denominó la «Guerra Trilunar de 2014». Aunque nunca hemos hablado del asunto, creí que usted estaba enterado de eso como..., bien, como de cualquier otra realidad histórica.

Cupertino se apartó del teléfono, y encarando a Carol le preguntó:

—¿Es cierto lo que dice?

—Por supuesto —contestó ella—. ¿Acaso el fracaso de la revuelta no forma parte también de tu sistema ilusorio? —sonrió—. Durante ocho años trabajaste para uno de los monopolios más fuertes que patrocinaron y financiaron la rebelión, y después, por alguna secreta razón, preferiste desconocer su éxito. Es una lástima Johnny. En realidad, siento pena por ti.

—Debe haber alguna razón —dijo Cupertino—. No conozco el porqué, el motivo por el que lo ocultaron.

Trastornado, extendió la mano, que pasó a través de la pantalla del videófono y se hizo invisible. La retrajo de inmediato y la mano reapareció. Pero la había visto desaparecer. Lo percibió y entendió claramente.

Era una buena ilusión, pero eso no bastaba; no era perfecta, tenía ciertas limitaciones.

—Doctor Hagopian —dijo, dirigiéndose a la pequeña imagen en la videopantalla—. No creo que continúe yendo a sus sesiones. A partir de este momento prescindo de sus servicios. Envíeme la factura a casa. Y muchas gracias —extendió la mano para cortar la comunicación.

—Se equivoca, no puede tomar esa decisión. Como ya le dije, el tratamiento es obligatorio. Será mejor que obedezca, Cupertino. De otra manera, deberá presentarse ante el Tribunal, y sé muy bien que ese no es su deseo. Créame, por favor. Sólo se haría daño.

Cupertino cortó la comunicación, y la pantalla quedó a oscuras.

—Tiene razón, ¿sabes? —dijo Carol desde la cocina.

—Miente —afirmó Cupertino.

Fue lentamente hasta la mesa y se sentó para terminar el desayuno.

Cuando volvió a su apartamento cooperativo en Berkeley, pidió una llamada de larga distancia con el doctor Edgar Green, de *Empresas Educacionales Seis Planetas,* en Ganímedes. Media hora después obtenía la comunicación.

—Doctor Green, ¿se acuerda de mí? —preguntó, mirando la imagen del facultativo. No recordaba haber visto esa cara bastante rolliza, de un hombre de mediana edad, que reflejaba la pantalla. No obstante, cierta configuración de la realidad fundamental había pasado la primera prueba; había un doctor Edgar Green en el Departamento de Personal de *Seis Planetas*. Hasta allí, lo que había dicho Carol era cierto.

—Creo haberlo visto antes —dijo el doctor Green—, pero lamentablemente no recuerdo su nombre, señor.

—Soy John Cupertino, y ahora vivo en la Tierra. Antes estaba en Ganímedes. Un poco antes de la insurrección estuve envuelto en un litigio bastante sensacional; fue hace tres años. Me acusaron de haber asesinado a mi esposa Carol, ¿recuerda algo, doctor?

—Humm... —dijo el doctor Green, frunciendo el ceño, y con la ceja levantada preguntó—: ¿lo declararon inocente, señor Cupertino?

Cupertino vaciló, antes de responder.

—Yo... en estos momentos estoy en tratamiento psiquiátrico en la zona de la Bahía de California. Quizás eso pueda ayudarlo a recordar.

—¿Quiere decir que lo declararon demente desde el punto de vista legal, y por lo tanto no lo sometieron a juicio?

Cupertino asintió, con cierta reserva.

—Tal vez hablé con usted en alguna oportunidad —dijo el doctor Green—, me suena algo familiar... Pero veo a tanta gente. ¿Era empleado de aquí, dice?

—Sí —contestó Cupertino.

—Dígame con claridad qué desea de mí, señor Cupertino. Evidentemente usted necesita algo; ha efectuado una llamada bastante cara. Por cuestiones

prácticas, le sugiero que vaya al grano; tenga en cuenta su bolsillo, sobre todo.

—Quisiera que me enviara mi historia —dijo Cupertino—; que me la envíe a mí, no a mi psiquiatra. ¿Podrá hacerme ese favor?

—¿Para qué la desea, señor Cupertino? ¿Para conseguir empleo?

Cupertino aspiró profundamente antes de contestarle.

—No, doctor; deseo saber con seguridad qué técnicas psiquiátricas se aplicaron en mi caso, tanto por su parte como del personal que trabajaba a sus órdenes. Tengo razones para sospechar que usted me sometió a una *terapia correctiva* importante. ¿No tengo derecho a saberlo, doctor? Yo creo que si.

Mientras esperaba, pensó: tengo una posibilidad entre mil de sacarle algo que valga la pena; es poco, pero tengo que intentarlo.

—¿Terapia correctiva? Debe estar confundido, señor Cupertino. Aquí sólo nos dedicamos a pruebas de aptitud, análisis vocacionales y perfiles de personalidad. No hacemos ninguna terapia. Sólo analizamos a los que solicitan empleo a fin de que...

—Doctor Green —interrumpió Cupertino—. Usted, personalmente, ¿tuvo algo que ver con la insurrección de tres años atrás?

—En cierto modo, estuvimos todos envueltos —admitió Green, con un encogimiento de hombros—. Todos en Ganímedes estábamos imbuidos de sentimientos patrióticos.

—¿Y habría sido capaz de implantarme una idea ilusoria para proteger la rebelión?

—Lo siento mucho —dijo Green, cortante—. No hay dudas de que usted es un psicópata. No tiene objeto que siga gastando dinero en esta llamada. Me sorprende que le permitan el libre acceso a una línea al exterior.

—Pero..., ¿se puede implantar una idea así? —insistió Cupertino—; empleando las técnicas psiquiátricas actuales, es posible... Usted lo admite.

—Sí, señor Cupertino —suspiró el doctor Green—. Eso es posible desde mediados del siglo veinte. Esas técnicas fueron desarrolladas en un principio en el *Instituto Pavlov* de Moscú, ya en 1940, y se perfeccionaron durante la Guerra de Corea. Es posible hacerle creer cualquier cosa a una persona.

—Entonces es posible que Carol tenga razón —dijo, sin saber si sentirse defraudado o entusiasta.

El punto principal era asegurarse que él no era un asesino, que Carol estaba viva y que toda su experiencia en la Tierra, la gente y los objetos, eran genuinos. Sin embargo...

—Si yo fuera a Ganímedes —dijo—, ¿podría ver mi caso? Quedaría demostrado, si es que puedo hacer el viaje, que no soy un psicópata en tratamiento psiquiátrico obligatorio. Es posible que esté enfermo, doctor. Pero no de tanta gravedad.

Esperó. Había una pequeña posibilidad, pero valía la pena el intento.

—Bien —dijo el doctor Green, reflexionando—. No hay ninguna regla de la Compañía que impida a sus empleados —o ex empleados— revisar su archivo personal; creo que podría ponerlo a su disposición. No obstante, primero quisiera hablar con su psiquiatra. ¿Me dice el nombre de su médico, por favor? Si él está de acuerdo, podrá ahorrarse el viaje; se lo enviaré por los videocables, y esta noche estará en su poder, ¿le parece?

Dijo al doctor Green el nombre de su psiquiatra y colgó. ¿Qué diría el doctor Hagopian? La cuestión era muy interesante, pero él no estaba en

posición de contestarle; en realidad, no tenía idea de qué actitud adoptaría su psiquiatra.

De acuerdo a lo que ocurriera esa noche, podría sacar alguna conclusión; de eso estaba seguro.

Presintió que Hagopian estaría de acuerdo, aunque por la razón equivocada. Pero eso carecía de importancia; los motivos de Hagopian no importaban. Lo único que deseaba era tener ese archivo en sus manos, leerlo y comprobar si Carol estaba en lo cierto.

Dos horas después, un tiempo increíblemente largo, se le ocurrió pensar, súbitamente, que *Empresas Educacionales Seis Planetas* podía sin ninguna dificultad alterar el archivo, omitir ciertas informaciones, en suma, transmitir a la Tierra un documento espurio, sin ningún valor.

¿Qué hacer, en ese caso? Era una buena pregunta, pero por el momento, no podía contestarla.

Esa misma noche recibió, por mensajero, su archivo de *Seis Planetas* en su apartamento cooperativo. Dio una propina al mensajero, se sentó en la sala, abrió el archivo y se dispuso a leerlo.

Le bastaron cinco minutos para comprobar que su sospecha había sido fundada; en el archivo no había referencia alguna a que se le hubiera injertado una idea ilusoria. Existían dos posibilidades: o habían alterado el archivo y Carol estaba equivocada. O le había mentido. En consecuencia, el archivo no le servía para nada... Telefoneó a la Universidad de California, y después que lo pasaran de un Departamento a otro, dio por fin con alguien que parecía saber de qué estaba hablando.

—Deseo que me hagan un análisis —dijo Cupertino—, de un documento escrito. Quiero averiguar la fecha aproximada en que fue transcripto. Se trata de una copia cablegráfica *Western Union*, así que sólo podrán guiarse por el anacronismo de las palabras. Quiero que determinen si el material data de tres años atrás o si es más reciente. ¿Será posible analizar un margen tan pequeño?

—En los últimos tres años hubo muy pocos cambios de palabras —dijo el filólogo de la Universidad—, pero podemos tratar. ¿Cuándo desea que le devolvamos el documento?

—Lo antes posible —dijo Cupertino.

Llamó a un mensajero del edificio para que le llevara el documento a la Universidad. Después se puso a pensar en otro aspecto de la situación.

Si toda su experiencia en la Tierra era fruto de una ilusión, el momento en que sus percepciones se acercaban más a la realidad era durante las sesiones con el doctor Hagopian. Por lo tanto, si fuera capaz de romper alguna vez el cerco ilusorio y percibir la realidad presente, ello debería ocurrir en una de esas ocasiones en que estaba haciendo un esfuerzo máximo. De un hecho estaba completamente seguro; él se veía con el doctor Hagopian.

Se acercó al teléfono y comenzó a marcar el número de Hagopian. Anoche, después de su arresto, el médico lo había ayudado. Era muy pronto para volver a verlo, pero de todos modos marcó el número. Su análisis de la situación justificaba la llamada; además, podía pagar la consulta.

Y en ese momento recordó algo más.

La detención. Recordó lo que había dicho el policía. Lo acusó de estar bajo el efecto de una droga, la hefrodadrina. Y tenía sus razones para ello; tenía todos los síntomas de un adicto.

Quizá fuera ese el *modus operandi* para mantener el sistema ilusorio; tal vez le estaban suministrando hefrodadrina en pequeñas dosis regulares, acaso en la comida.

Pero ¿no estaba actuando como un paranoico —en otras palabras, un psicótico— al pensar así?

Paranoico o no, el razonamiento era válido.

Lo que necesitaba era un análisis parcial de sangre; eso revelaría la presencia de la droga. Lo único que debía hacer era presentarse en la Clínica de la firma que lo empleaba en Oakland y pedirles un análisis diciendo que sospechaba ser víctima de una intoxicación. El análisis podría estar listo en una hora.

Si estaba bajo los efectos de la hefrodadrina, quedaría demostrado que tenía razón, que estaba todavía en Ganímedes y no en la Tierra, y todo lo que experimentaba —o parecía experimentar— era una ilusión, con excepción tal vez de sus visitas al psiquiatra.

Era imperativo obtener esos análisis ya. No obstante, se resistía a ello. ¿Por qué? Había encontrado la forma de disipar todas sus dudas, y se retraía.

¿Quería saber la verdad?

No le quedaba otra salida; tenía que hacerse esos análisis. Descartó temporalmente la idea de ver al doctor Hagopian. Fue a la sala de baño a afeitarse, se cambió de camisa y corbata, y salió del apartamento cooperativo para irse en el volante que había dejado estacionado. En quince minutos llegaría a la clínica de la firma en la que trabajaba.

La firma donde trabajaba... Se detuvo con la mano apoyada en la manilla de la puerta del volante. Se sintió como un tonto.

Habían cometido una *omisión* en la presentación del sistema ilusorio: no sabía dónde trabajaba. Faltaba todo un sector del sistema.

Volvió al apartamento y llamó al doctor Hagopian.

—Buenas noches, John —dijo en tono agrio el doctor Hagopian— veo que está de vuelta en su apartamento cooperativo. No estuvo mucho tiempo en Los Ángeles.

—Doctor —dijo Cupertino con voz ronca—. No sé dónde trabajo. Es evidente que algo anda mal. Tal vez lo supe antes... hasta hoy, según creo. ¿No trabajo cuatro días por semana, como todo el mundo?

—Por supuesto —contestó Hagopian, sereno—, trabaja en una firma de Oakland, *Industrias Tripan SA*, que está en la Avenida San Pablo, cerca de la calle Veintiuno. Busque la dirección exacta en la guía. Pero le aconsejo que vaya a la cama y descanse; ha estado despierto toda la noche, y está sufriendo de exceso de fatiga —no se ocultaba un dejo paternalista en el tono de su voz.

—Suponga que sectores cada vez mayores del sistema ilusorio empiezan a faltar —dijo Cupertino—. Me traerá numerosas complicaciones...

El elemento faltante lo aterrorizaba; era como si le faltara un pedazo, como si una parte suya se hubiera disuelto. Eso de no saber dónde trabajaba era el colmo. En un instante se sintió apartado del resto de la humanidad; completamente aislado. ¿Qué otras cosas podía olvidar? Quizá

se trataba de un caso de fatiga y Hagopian tenía razón. Tal vez era demasiado viejo para estar en pie toda la noche; ya no era el mismo de una década atrás, cuando él y Carol podían permitirse ciertas cosas.

Entonces se dio cuenta de que deseaba con toda su alma apoyarse en el sistema ilusorio; no quería que éste se descompusiera en torno de él. *Una persona era su mundo, sin él dejaba de existir.*

—Doctor, ¿puedo verlo esta noche?

—Pero si acaba de verme... —señaló el doctor Hagopian—. No hay motivos para otra cita tan pronto; espere unos días más, entre tanto...

—Creo haber descubierto cómo se mantiene el sistema ilusorio —dijo Cupertino—. Se logra mediante dosis diarias de hefrodadrina suministradas por vía oral, en la comida. Tal vez mi viaje a Los Ángeles me hizo perder una dosis y eso explicaría porqué un sector ha desaparecido. O tal vez, como usted dice, se deba a la fatiga. De cualquier manera, esto prueba que estoy en lo cierto; se trata de un sistema ilusorio y no necesito el análisis de sangre ni lo que diga la Universidad de California para confirmarlo. Carol está muerta y usted lo sabe. Usted es mi psiquiatra en Ganímedes y hace tres años que estoy bajo su custodia. ¿No es esa la verdadera historia del caso?

Esperó, pero Hagopian no le contestó. El médico seguía con el rostro impasible.

—Nunca estuve en Los Ángeles —continuó Cupertino—; en realidad, puede que esté confinado a una pequeña zona. Según parece, no tengo libertad de movimientos, y no he visto a Carol esta mañana.

Hagopian habló lentamente.

—¿Qué quiere decir con eso del análisis de sangre? ¿De dónde sacó la idea de hacerse esa prueba? —sonrió débilmente—. Si está en un sistema ilusorio, Johnny, el análisis de sangre también lo sería, y ¿de qué le serviría, entonces?

No había pensado en eso. Estaba tan aturdido que permaneció en silencio, incapaz de responder.

—Y ese archivo que pidió al doctor Green —dijo Hagopian—, y envió a la Universidad de California para ser analizado, también sería ilusorio. De manera que el resultado de esas pruebas...

—No hay manera de que usted sepa esos detalles, doctor —dijo Cupertino—. Tal vez sabía que hablé con el doctor Green, que le pedí el archivo y que me lo envió. Green pudo haberlo llamado; pero usted no podía estar enterado de mi pedido de análisis a la Universidad de California; no es posible. Lo siento, doctor, pero debido a contradicciones internas de lógica, esta estructura ha demostrado no ser *real*. Usted sabe demasiado con respecto a mí, pero yo sé qué prueba final y definitiva puedo aplicar para confirmar lo que pienso.

—¿De qué prueba se trata? —preguntó Hagopian con un frío tono de voz.

—Iré a Los Ángeles y mataré nuevamente a Carol —dijo Cupertino.

—¡Santo cielo! Cómo...

—Si una mujer ha estado muerta durante tres años, no puede volver a morir —razonó Cupertino—, es obvio que en ese caso será imposible matarla —y al decir eso empezó a cortar la comunicación.

—Espere —dijo Hagopian, apresurándose—; mire Cupertino, tengo que llamar a la Policía. Usted me obliga. No puedo permitir que vaya a matar a esa mujer sólo para hacer un... segundo intento —se interrumpió—; quiero

decir, con su vida. Está bien Cupertino; reconozco que le hemos ocultado ciertas cosas. Hasta cierto punto, usted tiene razón. Está en Ganímedes, no en Tierra.

—Ya veo —dijo Cupertino, y no cortó la comunicación.

—Pero Carol es real —continuó el doctor Hagopian. Transpiraba mucho y se notaba que temía que Cupertino colgara; siguió hablando con la voz entrecortada.

—Es tan real como usted o yo. Su intento por matarla fracasó. Ella dio información a los periódicos homeostáticos sobre la rebelión, y por su culpa no fue un éxito completo. Aquí en Ganímedes, estamos rodeados por un cordón de naves militares terráqueas. Estamos completamente separados del resto del Sistema Solar, sobrevivimos a base de raciones de emergencia, pero estamos logrando mantenernos.

—¿A qué se debe mi sistema ilusorio? —sintió que una ola de frío le subía por las entrañas. Incapaz de controlarla, lo estremeció al invadirle el pecho, el corazón—. ¿Quién me la impuso? —insistió.

—Nadie se la impuso, fue un síntoma de retraimiento autoimpuesto por su propio sentido de culpa. Porque en última instancia Cupertino, fue por su culpa que no triunfó la rebelión. El factor decisivo fue que usted se lo revelara a Carol, y usted mismo lo ha reconocido. Trató de suicidarse, y fracasó; finalmente, se retrajo psicológicamente en un mundo de fantasía.

—Si Carol lo dijo a las autoridades terráqueas, ahora no estaría libre para...

—Correcto. Su esposa está en Prisión y es allí donde usted la visitó; en nuestra Cárcel de Nueva Detroit G, aquí en Ganímedes. Francamente no sé el efecto que tendrá sobre su mundo de fantasía lo que le estoy revelando. Tal vez provoque una desintegración más profunda; en realidad, puede darle una clara percepción de la terrible situación en que nosotros, los ganimedianos nos encontramos con respecto a las autoridades militares terráqueas. Créame Cupertino, que durante estos tres últimos años he sentido envidia por usted. No se ha visto obligado a encarar la cruda realidad que vivimos. —Y encogiéndose de hombros, dijo por último—. Ahora, veremos...

Cupertino habló después de una pausa.

—Gracias por decírmelo.

—No tiene por qué agradecérmelo. Se lo dije sólo para evitar que se agitara o cometiera algún acto de violencia. Después de todo, es mi paciente y debo pensar en su bienestar. Nunca fue nuestra intención castigarlo; ni antes, ni ahora. La gravedad de su enfermedad mental, su retraimiento de la realidad, demostraba a las claras su remordimiento por la estupidez que había cometido —mientras hablaba, Hagopian estaba demacrado, el rostro grisáceo—. De todas maneras, deje tranquila a Carol. No es su misión obtener venganza. Y si no me cree, consulte la *Biblia*. De todos modos, ella ha recibido su castigo, y así seguirá mientras esté en nuestras manos —era evidente que ponía toda la convicción de que era capaz en sus palabras.

Pero Cupertino cortó el circuito.

—¿Le creo acaso? —se preguntó, inseguro.

Carol —pensó—. Así que fuiste tú quien condenó a nuestra causa, por un despecho mezquino. Todo se debió a tu amargura, porque estabas enojada con tu esposo, condenaste a una luna a tres años de guerra odiosa, y al final, la derrota...

Se dirigió al armario del dormitorio para sacar el rayo láser; había estado escondido en el mismo lugar, en la caja de pañuelos *Kleenex*, durante tres años; desde que dejara Ganímedes para venir a la Tierra.

Ahora —se dijo—, ha llegado el momento de usarlo.

Llamó a un servicio de taxis por teléfono. Esta vez viajaría a Los Ángeles por cohete público expreso. No usaría el automóvil. Quería encontrar a Carol tan pronto como fuera posible.

Una vez conseguiste salvarte —dijo para sí mientras se dirigía rápidamente a la puerta del apartamento cooperativo—; pero esta vez no será lo mismo, no cometeré dos veces el mismo error.

Diez minutos después estaba a bordo del cohete expreso, camino a Los Ángeles, en busca de Carol.

Antes de dejar el *Times* de Los Angeles, John Cupertino volvió a hojearlo, confundido, sin haber podido localizar el artículo. Se había cometido un crimen; una mujer atractiva, sensual, había resultado herida de muerte. Fue hasta el lugar donde trabajaba Carol y, encontrándola en su escritorio, la había matado frente a sus compañeros de trabajo. Se dio vuelta y, sin que nadie se opusiera, salió del lugar. Nadie se había atrevido a interceptarlo. La sorpresa y el miedo los había inmovilizado.

¿Cómo es posible que no hubiera salido en el diario? El periódico homeostático no mencionaba el asunto para nada.

—No pierda el tiempo buscándolo —dijo el doctor Hagopian desde su escritorio.

—Tiene que estar. Un crimen de esa magnitud... *¿Qué pasa?* —preguntó tercamente Cupertino.

Dejó el periódico a un lado, atolondrado. No tenía sentido ni lógica alguna.

—En primer lugar —dijo el doctor Hagopian—, el rayo láser no existía, era una ilusión. Segundo, no le permitimos que volviera a visitar a su esposa porque sabíamos que tenía intenciones violentas; usted lo había manifestado. De modo que no tuvo ocasión de verla y mucho menos, de matarla. Además, el diario que tiene en sus manos no es el *Times* de Los Ángeles, sino el *Star* de Nueva Detroit G, limitado a una edición de cuatro páginas, debido a la escasez de papel que soportamos en Ganímedes. Eso es, John —dijo el doctor Hagopian—. Ha vuelto a suceder. Tiene un recuerdo ilusorio de haber matado dos veces. Cada una de las versiones es tan irreal como la otra. Lo compadezco, parece destinado a intentar una y otra vez, y a fallar siempre. Por más que nuestros líderes detesten a Carol Holt Cupertino, y no le perdonen lo que nos ha hecho —dijo haciendo un gesto con las manos—, debemos protegerla. Es lo justo. Está cumpliendo su sentencia y aún le quedan veinte años de prisión... O hasta que la Tierra triunfe sobre nosotros, y la libere. No hay duda que si logran liberarla, la convertirán en una heroína. Su nombre aparecerá en todos los periódicos homeostáticos controlados por la Tierra que se publican en el Sistema Solar.

—¿Y permitirán que la encuentren con vida? —preguntó Cupertino.

—¿Cree que deberíamos matarla antes de que la rescatasen? —dijo Hagopian, y continuó indignado—. No somos salvajes, John; no cometemos crímenes por venganza. Lleva tres años de cárcel, ya ha tenido suficiente castigo —enseguida, recordando algo, agregó—: Usted también ha sufrido bastante ya. ¡Quién sabe cuál de los dos ha sufrido más!

—Sé que la he matado —insistió Cupertino—. Tomé un taxi hasta el lugar donde trabaja, *Estrella Descendente Sociedad Anónima*, firma que controla a *Empresas Educacionales Seis Planetas*, en San Fernando. La oficina de ella está en el sexto piso. Recuerdo haber tomado el ascensor, y también las características del sombrero de una señora de edad mediana que subió conmigo. Recuerdo a la recepcionista delgada y pelirroja que había llamado a Carol por el intercomunicador; recuerdo haber pasado por las oficinas interiores, llenas de gente que trabajaba, y encontrarme de pronto frente a Carol. Ella se puso de pie, del otro lado del escritorio, y miró cuando saqué el rayo láser.

Un relámpago de entendimiento le asomó por los ojos: trató de correr, de ponerse a salvo... Pero era demasiado tarde. Logró llegar a una puerta alejada, pero él, de todas maneras, la mató mientras ella apoyaba la mano en la manilla.

—Puedo asegurarle —insistió el doctor Hagopian—, que Carol está muy viva.

Volviéndose hacia el teléfono que había sobre el escritorio, marcó un número.

—La estoy llamando; cuando la tenga en la línea, podrá hablar con ella.

Cupertino esperó, paralizado, hasta que la imagen apareció en pantalla. Era Carol.

—¡Hola! —dijo ella, reconociéndolo.

—¡Hola! —respondió él, con voz insegura.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Carol.

—Muy bien —contestó él, torpemente—. ¿Y tú?

—Estoy bien —afirmó ella—; tengo un poco de sueño por haberme despertado tan temprano esta mañana, cuando llegaste tú.

Él interrumpió la comunicación.

—Está bien —le dijo al doctor Hagopian—. Me ha convencido.

Evidentemente su mujer estaba sana y salva, y no tenía noción siquiera del nuevo atentado contra su vida. No había llegado hasta el lugar donde trabajaba. Hagopian tenía razón.

¿Qué lugar de trabajo? Si debía creerle a Hagopian, se trataba de una celda. Y tenía que creerle.

Cupertino se puso lentamente de pie.

—¿Puedo irme ya? —preguntó—. Quisiera volver a mi apartamento; yo también estoy cansado, y necesito dormir bien esta noche.

—Me sorprende que sea capaz de actuar después de haber pasado cincuenta horas sin dormir —dijo Hagopian—. Vaya a su casa, no faltaba más. Ya hablaremos más tarde —concluyó sonriente, para darle confianza.

Abrumado de cansancio, John Cupertino salió del estudio del doctor Hagopian; permaneció algunos minutos en la acera, las manos metidas en los bolsillos, temblando por el fresco de la noche. Con paso inseguro se dirigió a su automóvil, que estaba estacionado muy cerca.

—¡A casa! —ordenó.

El automóvil se apartó del borde de la acera, mezclándose suavemente en el tránsito, a esa hora, bastante leve.

Podría probar nuevamente —comprendió Cupertino, de súbito—. ¿Por qué no? Y esta vez, soy capaz de hacerlo. Por haber fracasado dos veces, no significa que esté condenado a fracasar siempre.

—A Los Ángeles —le ordenó al automóvil.

El circuito autónomo del vehículo hizo un chasquido al ponerse en contacto con la ruta principal a Los Ángeles, la carretera nacional número noventa y nueve.

Cuando llegue, Carol estará durmiendo —pensó Cupertino—. Quizás esté lo bastante confundida como para dejarme entrar. Entonces...

Tal vez ahora triunfe la rebelión.

A pesar de todo, le parecía que había un punto débil en la trama de su lógica. Un eslabón perdido. No podía precisar de qué se trataba. Estaba demasiado cansado. Se recostó, tratando de ponerse lo más cómodo posible, y dejó que el circuito autónomo condujera solo. Cerró los ojos, tratando de dormitar un poco. Dentro de pocas horas estaría en Pasadena Sur, en el pequeño apartamento de una habitación de Carol. Después de matarla podría ir a dormir, se lo habría ganado.

Si todo sale bien —pensó—, mañana por la mañana estará muerta.

Volvió a pensar en el periódico homeostático, y se preguntó por qué no había encontrado ninguna mención del crimen en sus páginas.

¡Qué extraño! —pensó—. ¿A qué se deberá?

El automóvil se lanzó por la autopista a una velocidad de doscientos cincuenta kilómetros por hora. Después de todo, había quitado el regulador de velocidad. Iba camino a Los Ángeles, al encuentro de su esposa dormida, según creía John Cupertino.

UNA ODISEA EN LA TIERRA

Orion Stroud, Presidente del Concejo de la escuela de West Marin, encendió la linterna *Coleman* de gasolina y la habitación principal de la escuela se inundó con una blanca claridad, y así los cuatro miembros del Concejo pudieron ver al nuevo maestro.

—Le haré unas pocas preguntas —le dijo Stroud a los demás—. Primero, este es el señor Barnes y viene de Oregón. Me ha dicho que es especialista en ciencia y en comestibles naturales. ¿Correcto, señor Barnes?

El nuevo maestro, un hombre de baja estatura y de apariencia juvenil que usaba una camisa de algodón y pantalones de trabajo, aclaró nerviosamente su garganta y dijo:

—Sí, estoy familiarizado con sustancias químicas, plantas y animales, especialmente todo lo que se encuentra en los bosques como bayas y hongos.

—Recientemente hemos tenido mala suerte con los hongos —dijo la señora Tallman, la anciana dama que había sido miembro del Concejo desde los antiguos días anteriores a la Emergencia—. Ha sido por nuestra actual tendencia a no prestarles atención.

—He echado un vistazo a sus pastizales y bosques en esta área —dijo el señor Barnes—, y he visto algunos de los mejores ejemplares de hongos nutritivos; pueden usarlos como suplemento alimenticio en sus dietas sin ningún riesgo. Conozco incluso sus nombres científicos en latín.

Murmuraron y se agitaron. Eso los había impresionado, se dio cuenta Stroud, la cuestión de los nombres en latín.

—¿Por qué dejó Oregón? —preguntó con cierta petulancia George Keller, el Director.

El maestro nuevo lo miró a la cara y contestó.

—Cuestiones políticas.

—¿De usted o de ellos?

—De ellos —dijo Barnes—. Yo no tengo postura política. Les enseño a los niños cómo hacer tinta y jabón, y cómo cortarle la cola a los corderos aún si estos están muy grandes. —Extrajo un libro de un pequeño montón junto a él para mostrarle al equipo de la escuela la buena forma en la que estaban—. Les diré algo más: aquí, en esta parte de California, tienen los medios de hacer papel. ¿Sabían eso?

La señora Tallman dijo:

—Lo sabemos, señor Barnes, pero no tenemos idea de cómo hacerlo. Tiene que ver con la corteza de los árboles, ¿no es así?

En la cara del nuevo maestro apareció una expresión misteriosa, una de disimulo. Stroud sabía que la señora Tallman estaba en lo cierto, pero el maestro no quería hacérselo notar; deseaba guardarse para sí toda la información posible mientras los encargados de la escuela de West Marin no lo contrataran. Su saber todavía no estaba disponible… no era *gratis*. Lo cual, desde luego, era correcto; Stroud reconocía eso y respetaba a Barnes por ello. Sólo un tonto daría algo a cambio de nada.

La señora Tallman estaba escudriñando la pila de libros del nuevo maestro.

—Veo que tiene los *«Tipos Psicológicos»* de Carl Jung. ¿Es una de sus ciencias la psicología? Qué agradable poder tener un maestro para nuestra escuela que puede indicar qué hongos son comestibles además de ser una autoridad en Freud y Jung.

—No hay valor alguno en esas cosas —dijo Stroud, con irritación—. Necesitamos ciencias útiles, no cuestiones académicas sin sentido. —Se sentía personalmente decepcionado; el señor Barnes no le había comentado nada acerca de ello, acerca de sus intereses en meras teorías—. La psicología no nos va a ayudar a cavar fosas sépticas.

—Creo que estamos listos para votar sobre la contratación del señor Barnes —dijo la señorita Costigan, la más joven de todos los miembros del Concejo—. Yo estoy a favor de aceptarlo, al menos de manera provisional. ¿Alguien piensa lo contrario?

La señora Tallman le dijo a Barnes:

—Sabe usted, matamos a nuestro último maestro. Es por eso que necesitamos otro. Esa es la razón por la que enviamos al señor Stroud a buscar en la zona de la costa hasta que lo encontró a usted.

—Lo matamos porque nos mintió —dijo la señorita Costigan—. Verá, su motivo real para venir aquí no tenía nada que ver con la enseñanza. Estaba buscando a un hombre llamado Jack Tree, que sucedió que vivía por esta área. La señora Keller, miembro muy respetable de nuestra comunidad y esposa de nuestro director, aquí presente, es una amiga íntima del señor Tree, y ella nos trajo la noticia de la situación y desde luego que actuamos, legal y oficialmente, a través de nuestro Jefe de Policía, el señor Earl Colving.

—Ya veo —dijo el señor Barnes fríamente, escuchando sin interrumpir.

Tomando la palabra, Orion Stroud dijo:

—El Jurado que lo sentenció y lo ejecutó estaba compuesto por Cas Stone, que es el mayor terrateniente de West Marin, por la señora Tallman, la

señora June Raub y por un servidor. Digo *«ejecución»*, pero usted entiende que el acto... cuando le dispararon, el disparo en sí mismo... fue llevado a cabo por Earl. Ese era el trabajo de Earl, después que el Jurado Oficial de West Marin hizo su decisión. —Observó al nuevo maestro.

—Me suena —dijo el señor Barnes—, muy formal y acorde a la Ley. Y eso es lo que se me hace interesante. —Le sonrió al grupo, y la tensión en la habitación se relajó; la gente murmuró.

Un cigarrillo, uno de los *Gold Labels* de lujo de Andrew Gill, fue encendido; su aroma, pleno y grato los inundó a todos, alegrándolos y haciéndolos sentir más amistosos con el nuevo maestro y con ellos mismos.

Viendo el cigarrillo, una extraña expresión apareció en el rostro del señor Barnes, y dijo con voz ronca:

—¿Tienen tabaco aquí? ¿Después de siete años? —Claramente, no lo creía.

Sonriendo divertida, la señora Tallman respondió:

—No tenemos ningún tabaco, señor Barnes, porque, desde luego, nadie lo tiene. Pero lo que sí tenemos es un experto en tabaco. Produce artesanalmente estos *Gold Labels* de lujo especiales para nosotros con vegetales añejados y materiales herbarios, lo cual, justificadamente, permanece como su secreto particular.

—¿Cuánto cuestan? —preguntó el señor Barnes.

—En términos del devaluado dinero del Estado de California —dijo Orion Stroud—, como cien dólares cada uno. En términos anteriores a la guerra, una moneda de plata de cinco centavos cada uno.

—Tengo una moneda de esas —dijo el señor Barnes, alcanzando temblorosamente el bolsillo de su chaqueta, rebuscó en él hasta encontrar la moneda que le extendió de inmediato al fumador, que era George Keller, el cual descansaba recargado en su silla y con las piernas cruzadas a fin de sentirse más cómodo.

—Disculpe —dijo George—. Pero no lo quiero vender. Será mejor que vaya directamente con el señor Gill; lo puede encontrar durante el día en su tienda. Está aquí en la estación de Point Reyes, pero desde luego que viaja constantemente; tiene un minibús *VW* tirado por caballos.

—Tomaré nota de ello —dijo el señor Barnes. Guardó de nuevo su moneda, con sumo cuidado.

—¿Intenta abordar el ferry? —preguntó el oficial de Oakland—. Si no es así, desearía que moviera su carro, porque está bloqueando la entrada.

—Seguro —contestó Stuart McConchie. Regresó a su carro, golpeó ligeramente las riendas y Eduardo Príncipe de Gales, su caballo, comenzó a jalar. Eduardo siguió arrastrando y el *Pontiac* 1975 sin motor pasó junto a la puerta y salió hacia el muelle.

La Bahía, agitada y azul, se extendía a ambos lados, y Stuart observaba a través del parabrisas mientras una gaviota se abalanzaba para atrapar algo comestible de entre los cimientos del muelle. Había cañas de pescar, también... hombres intentando atrapar la cena de esa noche. Algunos de esos hombres llevaban puestos todavía lo que quedaba de sus uniformes de la Armada. Veteranos quienes quizá vivían junto al muelle. Stuart siguió conduciendo.

Si tan sólo pudiera permitirse telefonear a San Francisco. Pero el cable submarino estaba averiado una vez más, y las líneas tenían que regresarse

primero a San José y luego ir por el otro lado, bordeando la península, y para el momento en que la llamada alcanzara San Francisco ascendería a cinco dólares en dinero de plata. Lo cual, excepto para un hombre rico, estaba fuera de toda cuestión; tenía que esperar las dos horas hasta que el ferry partiera... pero, ¿podría esperar tanto tiempo?

Estaba tras algo importante.

Había escuchado rumores de que un gran misil soviético había sido encontrado, uno que había fallado al momento de explotar; estaba enterrado en el suelo cerca de Belmont, y un granjero lo había descubierto mientras estaba arando. El granjero lo estaba vendiendo en partes individuales, de las cuales había miles en el sistema de conducción tan sólo. El granjero pedía un penique por pieza, a elegir. Y Stuart, en su línea de trabajo, necesitaba muchas de esas partes. Pero mucha más gente también las necesitaba. Así que las conseguiría el que llegara primero; y a menos que cruzara la Bahía de Belmont lo suficientemente pronto, sería demasiado tarde.

Stuart vendía pequeñas trampas electrónicas que otro hombre fabricaba. Los bichos habían mutado o repelían las ordinarias trampas pasivas, por más complicadas que fueran. Los gatos particularmente se habían vuelto diferentes, y el señor Hardy construía una trampa para gatos superior, aún mejor que sus trampas para perros y ratas. Los bichos eran peligrosos; mataban y comían niños pequeños casi a voluntad... o al menos eso se escuchaba. Y desde luego siempre que era posible si se les atrapaba se les podía comer. Los perros en especial, si se rellenaban con arroz, eran considerados deliciosos; el pequeño diario local de Berkeley que salía una vez a la semana siempre tenía recetas con perros, sopa de perro, estofado de perro e incluso *pudín* de perro.

Meditando acerca del *pudín* de perro, Stuart se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Le parecía que no había dejado de sentirse hambriento desde que la primera bomba había caído; su última comida realmente buena había sido el almuerzo en *Fred's Fine Foods* el día que había ido a ver el vistoso acto de Hoppy Harrington, el focomelo. Y pensó, ¿dónde estaría él ahora? No lo había visto en años.

Ahora, desde luego, se veían muchos «focos», y casi todos con sus extensiones móviles como las que tenía Hoppy, el centro muerto de cada uno de ellos emplazado en su propio universo particular, como un dios sin brazos ni piernas. La visión todavía perturbada a Stuart, pero en estos tiempos había demasiadas cosas perturbadoras...

Sobre la superficie de la Bahía, y a su derecha, un veterano sin piernas se empujaba por sí mismo sobre una balsa, dirigiéndose hacia una pila de desechos que indudablemente eran un barco hundido. Sobre la cubierta se podía ver una hilera de cañas de pescar; pertenecían al veterano y éste estaba en proceso de revisarlas. Observando la balsa moverse, Stuart se preguntó si pondría alcanzar en ella la costa de San Francisco.

Le podría ofrecer al hombre cincuenta centavos por un viaje de ida, ¿por qué no? Stuart se bajó de su carro y caminó sobre la playa del muelle.

—Hey —gritó—, venga aquí. —De su bolsillo sacó un penique; se movió y agitó sus manos sobre el muelle hasta que el veterano lo vio y lo escuchó. De golpe giró la balsa y comenzó a remar rápidamente de regreso, esforzándose por ganar velocidad, su rostro surcado de sudor. Le sonrió amistosamente a Stuart, llevándose una mano al oído.

Librodot

—¿Pescado? —preguntó—. Todavía no he pescado ninguno, pero quizá un poco más tarde, o ¿qué le parece un tiburón pequeño? Con seguridad garantizada. —Levantó el contador Geiger de baterías que tenía conectado a su cintura por una cuerda… para asegurarlo en caso de que cayera de la balsa o de que alguien intentara robárselo, se dio cuenta Stuart.

—No —dijo Stuart, sentándose en cuclillas sobre la playa del muelle—. Quiero cruzar hasta San Francisco; le pagaré un cuarto de dólar por el viaje.

—Pero tendría que dejar mis cordeles de pesca para hacer eso —dijo el veterano mientras su sonrisa se desvanecía—. Tengo que recogerlos o si no alguien me los robará mientras estoy fuera.

—Treinta y cinco centavos —dijo Stuart.

Al final quedaron de acuerdo en una tarifa de cuarenta centavos. Stuart colocó un candado en las piernas de Eduardo Príncipe de Gales para que nadie pudiera robarlo, y con toda la presteza se fue de la Bahía, oscilando arriba y abajo sobre la balsa del veterano, rumbo a San Francisco.

—¿A qué se dedica usted? —le preguntó el veterano—. No es un recolector de impuestos, ¿verdad? —Lo observaba con toda la calma.

—No —contestó Stuart—. Soy un trampero.

—Escuche, amigo —dijo el veterano—. Tengo una rata de mascota que vive conmigo bajo los pilotes. Es inteligente; puede tocar la flauta. No es una ilusión mía, es algo real. Le hice una pequeña flauta de madera y ella la toca, con su nariz… es prácticamente una flauta nasal asiática como las que tienen en la India. Bueno, la tenía, porque el otro día se marchó. Vi todo mientras sucedía; no podría estar sin ella. Corrió por el muelle para atrapar algo, quizá un trozo de ropa…tiene una cama que le hice pero siempre tiene frío, quiero decir tenía frío, debido a su mutación particular, ese tipo de ratas han perdido todo el pelo.

—Las he visto —dijo Stuart, pensando en lo bien que las ratas marrones sin pelo evadían las trampas electrónicas para bichos del señor Hardy—. En realidad creo en lo que me dice —dijo—. Conozco muy bien a las ratas. Pero no son nada comparadas con los gatos rayados de gris y marrón… apuesto a que usted tuvo que hacerle la flauta, no pudo construirla ella misma.

—Cierto —respondió el veterano—. Pero era una artista. Debería de haberla oído tocar; se solía congregar una multitud por las noches, después de que terminábamos de pescar. Intenté enseñarle la *«Chacona en Re»* de Bach.

—Yo atrapé uno de esos gatos rayados una vez —dijo Stuart—, y lo tuve conmigo durante un mes hasta que escapó. Podía fabricar pequeños objetos puntiagudos y afilados con las latas vacías. Las doblaba o algo así. Nunca vi cómo lo hacía, pero son malvados.

El veterano, remando, dijo:

—¿Cómo es el sur de San Francisco por estos días? No puedo ir por tierra. —Señaló la parte inferior de su cuerpo—. Permanezco siempre en la balsa. Hay una pequeña compuerta que utilizó cuando tengo que ir al baño. Lo que necesito es encontrar un «foco» muerto en algún lugar y hacerme de su carro. Les llaman focomóviles.

—Conocí al primer «foco»—dijo Stuart—, antes de la guerra. Era brillante; podía reparar cualquier cosa. —Encendió un cigarrillo imitación tabaco; el veterano miró boquiabierto con intenso anhelo—. El sur de San Francisco es, como usted sabrá, todo plano. Ahí sí que les fue mal y ahora toda esa tierra es zona de cultivo. Nadie ha vuelto a construir por ahí, y lo que había

en su mayoría eran esas pequeñas casas de tracción así que difícilmente dejan algún cimiento decente. Cultivan habichuelas, maíz y guisantes por ahí. Lo que voy a buscar es un gran cohete que un granjero acaba de encontrar; necesito transmisores y tubos, así como algún otro equipo electrónico para las trampas del señor Hardy. —Hizo una pausa—. Debería tener una trampa de Hardy.

—¿Para qué? Vivo de la pesca, y ¿por qué debería odiar a las ratas? Me gustan.

—A mí también me gustan —dijo Stuart—, pero tiene que ser práctico; debe mirar hacia el futuro. Algún día América podría ser conquistada por las ratas si no tenemos cuidado. Nos debemos a nuestro país, debemos atrapar y matar ratas, especialmente a las *más* inteligentes, aquellas que serían líderes naturales.

El veterano lo miró de reojo.

—Los vendedores hablan, eso es todo.

—Soy sincero.

—Eso es lo que tengo en contra de los vendedores; se creen sus propias mentiras. Bien sabe que lo más que pueden llegar a hacer las ratas, en un millón de años de evolución, es quizá volverse útiles como sirvientes de la humanidad. Podrían llevar mensajes y quizá realizar algo de trabajo manual. Pero peligrosas... —Agitó su cabeza—. ¿Cuánto es lo que vale una de sus trampas?

—Diez dólares de plata. No aceptamos dinero del Estado; el señor Hardy es viejo y usted sabe cómo es la gente mayor, el no cree que el dinero del Estado tenga algún valor. —Stuart se rió.

—Déjeme contarle sobre una rata a la que una vez observé morir en un acto heroico —dijo el veterano, pero Stuart lo interrumpió.

—Tengo mis propias opiniones —dijo Stuart —. Y no tiene caso que emplee ningún argumento.

Entonces se quedaron en silencio. Stuart disfrutaba la vista de la Bahía desde todos lados; el veterano remaba. Era un día agradable, y mientras flotaban hacia San Francisco, Stuart pensaba en las partes electrónicas que podría llevarle de regreso al señor Hardy y a la fábrica sobre la avenida San Pablo, cerca de las ruinas de lo que una vez había sido el ala oeste de la Universidad de California.

—¿Qué tipo de cigarrillo es ese? —preguntó repentinamente el veterano.

—*¿Este?* —Stuart examinó la colilla; estaba a punto de guardarla en la cajetilla de metal de su bolsillo. La caja estaba llena de colillas, las cuales podían ser abiertas y servir para que Tom Grandi, el hombre de los cigarros del sur de Berkeley, hiciera algunos nuevos—. Este —dijo—, es importado. Del Condado de Marin. Es un *Gold Label* de lujo elaborado por... —Hizo una pausa para crea efecto—. Creo que no debería de decirlo.

—*Por Andrew Gill* —dijo el veterano—. Me gustaría comprarle uno completo a usted; le pagaré diez centavos.

—Bien valen quince centavos cada uno —dijo Stuart—. Tienen que traerlos desde más allá de Nicasio, rodeando Black Point y Sear's Point, por todo el camino de Lucas Valley.

—Una vez tuve uno de esos *Gold Labels* de lujo de Andrew Gill en mis manos —dijo el veterano—. Cayó del bolsillo de un hombre que estaba abordando el ferry; lo saqué del agua y lo sequé.

Repentinamente, Stuart le dio la colilla.

Librodot

—¡Por la gracia de Dios! —dijo el veterano, sin mirarlo directamente. Remaba rápidamente, sus labios moviéndose, sus ojos parpadeando.

—Tengo más —dijo Stuart.

Entonces dijo el veterano:

—Le diré qué tiene además; usted tiene humanidad real, señor, y eso es muy raro en estos días. Muy raro.

Stuart asintió. Sentía la verdad de las palabras del veterano.

La pequeña niña Keller se sentó temblando sobre la mesa de diagnóstico, y el doctor Stockstill, inspeccionando su cuerpo delgado y pálido, recordó un chiste que había visto en la televisión hacía muchos años, tiempo antes de la guerra. Un ventrílocuo español, que hablaba a través de un pollo… el pollo había puesto un huevo.

—¡Mi hijo! —exclamaba el pollo, refiriéndose al huevo.

—¿Estás seguro? —preguntaba el ventrílocuo—. ¿No es tu hija?

Y el pollo con gran dignidad, contestaba:

—Conozco mi negocio.

Esta niña era la hija de Bonny Keller, pero, pensó el doctor Stockstill, no era la hija de George Keller; estaba seguro de eso… conozco mi negocio. ¿Con quién estaría Bonny teniendo relaciones hacía siete años? La niña debió de haber sido concebida muy cerca del día que comenzó la guerra. No había sido concebida antes de que comenzaran a caer las bombas; eso era claro. Quizá fue ese mismo día, pensó. Como si Bonny hubiera hecho algo impulsivo mientras caían las bombas, mientras el mundo estaba llegando a su fin, para tener un breve y frenético espasmo de amor con alguien, quizá con algún hombre que ni siquiera conocía, el primer hombre con el que se encontró… y ahora *esto*.

La niña le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Externamente, Edie Keller parecía normal; no parecía ser una niña divertida. Como deseaba, maldición, tener una máquina de rayos X. Porque…

Dijo en voz alta:

—Háblame más sobre tu hermano.

—Bueno —dijo Edie Keller con su frágil y suave voz—, le hablo a mi hermano todo el tiempo y algunas veces me responde por un rato pero casi siempre está dormido. Duerme la mayor parte del tiempo.

—¿Ahora está dormido?

Por un momento la niña permaneció en silencio.

—No —respondió.

Poniéndose de pie y dirigiéndose hacia ella, el doctor Stockstill dijo:

—Quiero que me muestres exactamente dónde está.

La niña señaló su flanco izquierdo, bastante abajo; cerca, pensó, de su apéndice. El dolor estaba ahí. Eso era lo que había traído a la niña a consulta; Bonny y George se habían preocupado. Sabían del hermano, pero asumían que era producto de su imaginación, un amigo imaginario que le hacía compañía a su pequeña hija. Él mismo había asumido eso al principio; el expediente no mencionaba un hermano, y aun así Edie hablaba acerca de él. Bill era exactamente de la misma edad que ella. Había nacido, le había informado Edie al doctor, al mismo tiempo que ella, desde luego.

—¿Por qué «desde luego»? —había preguntado él, mientras comenzaba a examinarla. Había mandado a sus padres a la sala de espera debido a que la niña se mostraba reacia frente a ellos.

Edie le había contestado con su estilo calmo y solemne:

—Porque es mi hermano gemelo. ¿De qué otra manera podría estar dentro de mí? —Y, como el ventrílocuo español del pollo, había hablado con autoridad, con confianza; *ella*, también, conocía su negocio.

En los siete años que habían transcurrido desde que comenzó la guerra el doctor Stockstill había consultado a mucha gente curiosa, muchas variantes extrañas y exóticas de la forma de vida humana que ahora florecía bajo un cielo mucho más tolerante, aunque también mucho más velado de gris. Nada lo podía impresionar. Y aun así, esto, una niña cuyo hermano vivía dentro de su cuerpo, cerca de su región inguinal, era algo perturbador. Durante siete años, Bill Keller había morado en su interior, y el doctor Stockstill, escuchando a la niña; le creía; sabía que era posible. No era el primer caso de este tipo. Si tuviera su máquina de rayos X, podría ver la menuda y arrugada silueta, probablemente no más grande que un conejo recién nacido. De hecho, con sus manos, podía sentir el contorno… tocando su flanco, podía percibir cuidadosamente en su interior el firme saco cual si fuera un quiste. La cabeza en una posición normal, el cuerpo completamente contenido dentro de su cavidad abdominal, miembros y todo. Algún día la niña moriría y abrirían su cuerpo para hacerle la autopsia; encontraría una pequeña figura masculina arrugada, quizá con una barba nevada y ojos ciegos… su hermano, no más grande que un conejo bebé.

Mientras tanto, Bill dormía la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando, él y su hermana conversaban. ¿Qué tendría que decir Bill? ¿Qué podría saber?

A esa pregunta, Edie le había respondido:

—Bueno, no sabe muchas cosas. No ha visto nada, pero es capaz de pensar. Y yo le digo todo lo que está pasando, así no se pierde de nada.

—¿Qué cosas le interesan?

Edie consideró la pregunta por un rato, y después contestó:

—Bueno, a él, eh, le gusta escuchar hablar de comida.

—¡Comida! —dijo Stockstill, fascinado.

—Sí. No come, sabe. Pero le gusta que le diga una y otra vez lo que yo he comido, porque a él le llega después de un rato… creo que así sucede, de alguna manera. Tiene que recibir comida, para vivir, ¿no es así?

—Sí —Stockstill había estado de acuerdo.

—Le gusta sobre todo que coma naranjas y manzanas. Y… le gusta escuchar historias. Siempre quiere escuchar sobre lugares, sobre todo lugares lejanos como Nueva York. Me gustaría llevarlo algún día, así podría ver cómo es. Quiero decir, yo podría ver y entonces decirle.

—Lo cuidas muy bien, *¿verdad?* —dijo Stockstill, profundamente emocionado. Para la niña, era algo normal; había vivido así siempre… no sabía de otra forma de existencia.

—Tengo miedo —dijo la niña repentinamente— que algún día pueda morir.

—No creo que suceda —dijo Stockstill—. Lo que puede suceder más probablemente es que crezca más. Y eso podría implicar un problema; podría ser duro para tu cuerpo adaptarse a él.

—¿Nacería entonces? —consideró Edie, mirándolo con sus grandes ojos negros.

—No —dijo Stockstill—. No está ubicado de esa manera. Tendría que ser removido… quirúrgicamente. Pero no viviría. La única manera en la que

puede seguir viviendo es como está ahora, dentro de ti. —Como si fuera un parásito, pensó sin decirlo—. Nos preocuparemos de ello cuando llegue el momento, si es que sucede.

Edie dijo:

—Me alegra tener un hermano; así no estoy sola. Aun cuando está dormido puedo sentirlo dentro ahí, sé que está ahí. Es como tener un bebé dentro de mí; no puedo pasearlo en un cochecito para bebés o en algo por estilo ni vestirlo, pero hablar con él es muy divertido. Por ejemplo, le cuento todo sobre Mildred.

—¿Mildred? —estaba desconcertado.

—Usted sabe. —La niña sonrió ante su ignorancia—. La mujer que se la pasa regresando con Philip. Y que va a arruinarle la vida. Lo escuchamos todas las noches. Por el satélite.

—Desde luego. —Era Walt Dangerfield leyendo el libro de Maugham, el pasadiscos, mientras surcaba su órbita cotidiana sobre sus cabezas. Grotesco, pensó el doctor Stockstill, este parásito viviendo dentro del cuerpo de la niña, en una húmeda oscuridad imperturbable, alimentado por su sangre, escuchando de ella de una forma incomprensible la lectura de un tercero sobre una famosa novela… todo ello hace que Bill Keller sea parte de nuestra cultura. Él también conduce su propia existencia… Sólo Dios sabía que hacía con la historia. ¿Tendrá fantasías sobre lo que le cuentan, acerca de nuestra vida? ¿Sueña con nosotros?

Inclinándose, el doctor Stockstill besó a la niña en su frente.

—Está bien —dijo—, ya te puedes ir. Hablaré con tu padre y con tu madre durante un momento; hay unas genuinas revistas muy antiguas de antes de la guerra en la sala de espera que puedes leer.

Cuando abrió la puerta, George y Bonny Keller se levantaron, sus caras rígidas de ansiedad.

—Adelante —Stockstill les dijo. Y cerró la puerta cuando entraron. Había decidido no contarles la verdad acerca de su hija… y, pensó, acerca de su hijo. Era mejor que no lo supieran.

Cuando Stuart McConchie regresó a la Bahía Este de su viaje a la península encontró que alguien, no había duda que del grupo de veteranos que vivían bajo el muelle, había matado y devorado su caballo, Eduardo Príncipe de Gales. Todo lo que quedaba era el esqueleto, las piernas y la cabeza, un montón de restos inútil para él o alguien más. Se quedó ante él, meditando. Bueno, había sido un viaje muy caro. Y de cualquier manera había llegado demasiado tarde; el granjero, a un penique la pieza, ya había vendido todos los componentes electrónicos del misil soviético.

El señor Hardy le suministraría otro caballo, sin duda, pero le había tomado cariño a Eduardo. Y era algo erróneo matar un caballo sólo por comida porque eran vitalmente necesarios para otros propósitos; eran el principal medio de transporte, ahora que la mayor parte de la madera se había consumido con los carros que la quemaban para avanzar y por la gente que la usaba durante el invierno para calentarse en los sótanos. Y los caballos eran necesarios en el trabajo de reconstrucción… eran la principal fuente de poder, ante la ausencia de electricidad. La estupidez de haber matado a Eduardo Príncipe de Gales lo enfurecía; era, pensaba, un *acto de barbarie*, la cual todos temían. Era anarquía, y exactamente en el centro de

la ciudad; en el centro de Oakland y en pleno día. Era lo que esperaría que hicieran los *Rojos* de China.

Ahora, andando a pie, se dirigió lentamente hacia la avenida San Pablo. El sol había comenzado a ocultarse formado el extenso y colmado atardecer al que ya se habían acostumbrado al cabo de los años, desde la Emergencia. Apenas lo notaba. Quizá debería dedicarme a otro negocio, se dijo a sí mismo. Las pequeñas trampas para animales... son una forma de vivir, pero no hay mucho por delante. ¿Qué tipo de ascenso o avance puede haber en un negocio como ese?

La pérdida de su caballo lo había deprimido; echó un vistazo al lado del camino, agrietado y con la hierba infestada, mientras recorría su camino de regreso, pasando junto a ruinas que alguna vez habían sido fábricas. Desde una madriguera en un solar vacío algo con ojos anhelantes seguía sus pasos; algo, reflexionó con pesadumbre, que tenía que estar colgando de sus patas traseras bajo la piel.

Estas ruinas, el cielo neblinoso y de una palidez titubeante... los ojos anhelantes que aún lo seguían mientras la criatura calculaba si podría atacarlo con seguridad. Agachándose, recogió un trozo de concreto y lo arrojó hacia la madriguera... una densa capa de material orgánico e inorgánico se agrupaba apretadamente, mantenida junta por una especia de cieno blanco. La criatura había mezclado los restos de todo el alrededor, formando una pasta útil. Debería ser un animal brillante, pensó. Pero le tenía sin cuidado.

También yo he evolucionado, se dijo. Mis reflejos son mucho más agudos que antes; soy la horma de tu zapato en cualquier momento. Así que ríndete.

Evolucionado, pensó, pero no mejor de lo que era antes de la maldita Emergencia; entonces vendía equipos de televisión y ahora vendo trampas electrónicas para bichos. ¿Cuál es la diferencia? Una cosa es tan mala como la otra. Voy en picada, de hecho.

Un día entero perdido. En dos horas todo estaría oscuro y tendría que irse a dormir, abajo, en el cuarto en el sótano que el señor Hardy le rentara por un dólar de plata al mes. Desde luego, podría encender su lámpara de grasa, podría quemarla por un rato, leer un libro o parte de un libro... la mayor parte de su biblioteca consistía en meros fragmentos, las partes restantes habían sido destruidas o perdidas. O podría visitar al viejo señor Hardy y su mujer y sentarse a escuchar la transmisión nocturna del satélite.

Después de todo, él personalmente le había radiado una petición a Dangerfield justo el otro día, desde el transmisor de las colinas de West Richmond. Le había pedido *«Good Rockin' Tonight»*, una pieza favorita pasada de moda que recordaba de su infancia. Sin embargo no sabía si Dangerfield la tenía entre sus miles de cintas, así que probablemente su espera sería en vano:

Mientras caminaba cantó para sí:
Oh, si ya oí la noticia
Hay buen ritmo esta noche.
¡Oh, ya oí la noticia!
¡Hay buen ritmo esta noche!
Esta noche seré un gran hombre,
Abrazaré a ni chica con todas mis fuerzas...

Los ojos se le inundaron de lágrimas al recordar una de las viejas canciones del mundo que se había ido. Todo se había ido ahora, se dijo a sí mismo. Y, ¿qué teníamos en su lugar? Una rata que podía tocar la flauta con la nariz, y ni siquiera eso porque la rata se había marchado.

Apuesto a que la rata no podía tocar eso, se dijo. Ni en un millón de años. Aquello era casi música sacra. De nuestro pasado perdido, algo que ni los animales más brillantes ni la gente rara podría compartir. El pasado sólo le pertenecía a los seres humanos genuinos.

Mientras pensaba en todo ello llegó a la avenida San Pablo con sus pequeñas tiendas abiertas aquí y allá, pequeño cobertizos donde se vendían toda clase de cosas, desde perchas hasta paja. Uno de ellos, no lejos de ahí, era *Trampas Homeostáticas para Bichos* de Hardy, hacia donde se dirigió.

Cuando entró, el señor Hardy levantó la vista de su mesa de ensamblaje en la parte posterior; trabajaba bajo la luz de una lámpara en forma de arco, y a su alrededor yacían esparcidos puñados de componentes electrónicos recolectados de cada región del norte de California. Muchos provenían de las ruinas de Livermore; el señor Hardy tenía conexiones con los oficiales del Estado y le habían permitido escarbar ahí, en el área proscrita.

En tiempos anteriores Dean Hardy había sido un ingeniero en una Estación AM de radio; era un viejo delgado, de hablar pausado, incluso ahora estaba vestido con un *sweater* y una corbata… y una corbata era una cosa muy rara es estos días.

—Se comieron mi caballo. —Stuart se sentó frente a Hardy.

En ese momento Ella Hardy, la esposa de su jefe, entró proveniente de las habitaciones del interior de la casa; había estado preparando la comida.

—Lo dejaste.

—Sí —admitió—. Pensé que estaba seguro afuera de la entrada del ferry público de la ciudad de Oakland; había un oficial que…

—Pasa todo el tiempo —dijo Hardy con voz cansada—. Bastardos. Deberían arrojar una bomba de cianuro bajo el muelle; esos malditos veteranos están ahí por cientos. Y, ¿qué hay del carro? Tuviste que dejarlo.

—Perdón —dijo Stuart.

—Olvídalo —dijo Hardy—. Tenemos más caballos en nuestra tienda de Orinda. ¿Qué paso con las partes del cohete?

—No tuve suerte —dijo Stuart—. Se habían acabado todas cuando llegué. Excepto por esto. —Sostuvo un puñado de transistores—. El granjero no los había visto; los tomé sin tener que pagar nada por ellos. No sé si sirvan. —Llevándolos a la mesa de ensamblaje, los dejó ahí—. No mucho para un día de viaje. —Se sentía aún más deprimido.

Sin decir palabra alguna, Ella Hardy regresó a la cocina; la cortina se cerró tras ella.

—¿Quieres cenar con nosotros? —dijo Hardy, apagando la luz de su mesa y quitándose los lentes.

—No sé —dijo Stuart—. Me siento raro. —Caminó por toda la tienda—. Allá, al otro lado de la Bahía vi algo sobre lo cual había ya escuchado pero que no creía. Un animal volador parecido a un murciélago, pero no era un murciélago. Se parecía más a una comadreja, muy delgado y largo, con una cabeza muy grande. Los llaman *tommies,* siempre andan deslizándose y espiando por las ventanas.

Hardy dijo:

—Es una ardilla. —Se inclinó sobre su silla y se aflojó la corbata—. Han evolucionado de las ardillas del Parque *Golden Gate*. Una vez llegué a desarrollar planes para ellas… podrían ser útiles, en teoría al menos, como mensajeras. Se pueden deslizar o volar, lo que sea que hagan, por casi una milla. Pero son demasiado salvajes. Me rendí después de atrapar una. —Levantó su mano derecha—. Mira la cicatriz, sobre mi dedo pulgar. Era un macho.

—El hombre con el que hablé me dijo que tenían buen sabor. Como el pollo de los viejos tiempos. Las venden en los puestos del centro de San Francisco; damas mayores las venden a un cuarto la pieza, aún calientes, muy frescas.

—No intentes comerte una —dijo Hardy—. Muchas son tóxicas. Tiene que ver con lo que comen.

—Hardy —dijo Stuart repentinamente—, quiero irme fuera de la ciudad, al campo.

Su jefe lo contempló fijamente.

—Hay tanta brutalidad en todas partes —agregó Stuart—. Aunque afuera en el campo es difícil vivir. ¿Has vendido trampas en el campo?

—No —contestó Hardy—. Los bichos viven en las ciudades, donde hay ruinas. Sabes eso. Stuart, eres un distraído. El campo está estéril; perderías la inspiración que puedes conseguir en la ciudad. Nada sucede. La gente se limita a labrar y a escuchar el satélite.

—Me gustaría tener una línea de distribución de trampas alrededor de Napa y Sonoma —persistió Stuart—. Podría intercambiarlas por vino, quizá; cultivan uvas por ahí. Creo que como lo hacían antes.

—Pero no sabe igual —dijo Hardy—. El suelo está tan alterado. —Agitó su cabeza—. Realmente horrible. Asqueroso.

—Sin embargo lo beben —dijo Stuart—. Lo he visto aquí en la ciudad, lo traen los conductores de esos viejos camiones que transportan leña.

—En estos días la gente bebe cualquier cosa que caiga en sus manos. —Hardy alzó la cabeza y dijo pensativo—: ¿Sabes quién tiene licor? Y me refiero a algo genuino; no puedes diferenciarlo del que han desenterrado de antes de la guerra.

—Nadie en el área de la Bahía.

—Andrew Gill, el experto en tabaco. Oh, no vende mucho. He visto una botella, un quinto de brandy. Sólo pude beber un sorbo de ella. —Hardy le sonrió encorvado, sus labios crispándose—. Te hubiera gustado.

—¿Cuánto quería por ella?

—Más de lo que tienes para pagar.

Me preguntó qué clase de hombre será Andrew Gill, se preguntó Stuart. Grande, quizá con barba, de chaleco… caminando con un bastón de empuñadura plateada; un hombre enorme con cabello ondulado, con un monóculo importado… lo puedo imaginar.

Al ver la expresión de Stuart, Hardy se inclinó hacia él.

—Puedo decirte qué más vende. Fotos de chicas. En *poses* artísticas… tú sabes.

—Cristo —dijo Stuart, con su imaginación en plena ebullición; era demasiado—. No lo creo.

—Verdad de Dios. Genuinos calendarios de antes de la guerra, algunos tan antiguos como de 1950. Cuestan toda una fortuna, desde luego. Supe de una transacción de miles de dólares de plata por un calendario de *Playboy*

de 1963. —Ahora era Hardy el que se había vuelto pensativo; se quedó mirando fijamente al espacio vacío.

—Donde trabajaba yo cuando cayó la bomba —dijo Stuart—, en *Televisores Modernos*, *Ventas y Servicios*, teníamos un montón de calendarios de chicas en el departamento de reparación que estaba en el sótano. Todos se quemaron, naturalmente. —Al menos era lo que siempre había pensado—. Imagínate que una persona vagando por las ruinas se topara con una bodega llena de calendarios de chicas. ¿Puedes imaginarte eso? —Su mente se aceleró—. ¿Cuánto costarían? ¡Millones! Podrías amasar una verdadera fortuna; ¡con eso podríamos comprar un condado entero!

—Así es —dijo Hardy asintiendo.

—Me refiero a que serías rico para siempre. Se hacen algunos en el oriente, en Tokio, pero no son buenos.

—Los he visto —estuvo de acuerdo Hardy—. Son burdos. El conocimiento de cómo hacerlos se ha perdido, ha caído en el olvido; es una arte que ha muerto ya. Quizá para siempre.

—¿No crees que sea en parte debido a que ya no existen esa clase de chicas? —preguntó Stuart—. Todo mundo ahora está muy flaco y casi nadie tiene todos los dientes; la mayoría de las chicas de la actualidad tienen quemaduras por la radiación y sin dientes, ¿que clase de calendarios se podrían hacer?

Hardy agregó con perspicacia:

—Creo que las chicas existen. No sé dónde, quizá en Suecia o en Noruega, quizá en esos lugares apartados de todo como las Islas Salomon. Estoy convencido por lo que dicen algunas personas que han venido en barco. No las encontraremos en Estados Unidos, ni en Rusia o China, ni en cualquiera de los lugares que fueron atacados… en eso estoy de acuerdo contigo.

—¿Podríamos encontrarlas? —dijo Stuart—. ¿Y hacer calendarios para vender?

Después de meditar por un rato, Hardy dijo:

—No hay ya película. No hay ingredientes químicos para procesarlas. La mayoría de las cámaras han sido destruidas o han desaparecido. Ya no hay manera de imprimir tus calendarios en serie. Si los imprimieras…

—Pero si alguien pudiera encontrar una chica sin quemaduras y con los dientes sanos, de la forma en que eran antes de la guerra…

—Te diré —lo interrumpió Hardy— lo que sí sería un buen negocio. Lo he pensado muchas veces. —Encaró a Stuart con un gesto meditabundo—. Máquinas de coser. Puedes ponerles el precio que quieras; podrías tener cualquier cosa.

Gesticulando, Stuart se levantó y comenzó a vagar por la tienda.

—Escucha. He puesto mi mirada en los buenos tiempos; no quiero arruinarlo vendiendo más cosas… estoy harto de vender. Vendí cacerolas y ollas de aluminio, enciclopedias, equipos de televisión y ahora trampas para bichos. Son buenas trampas y la gente las quiere, pero siento que hay algo más para mí. No deseo insultarte, pero quiero crecer. Tengo que hacerlo. O creces o te echas a perder. La guerra me envió años atrás, a todos. Estoy donde estaba hace diez años, y eso no es suficiente.

Rascándose su nariz, Hardy murmuró:

—¿Qué tienes en mente?

—Quizá podría encontrar una papa mutante que alimentara a todos en el mundo.

—¿Sólo *una* papa?

—Quiero decir una *clase* de papa. Quizá podría dedicarme a hacer injertos de plantas, como Luther Burbank. Debe haber millones de plantas extrañas creciendo en los campos, como todos estos animales extraños y gente tan curiosa aquí en la ciudad.

Hardy dijo:

—Quizá podrías encontrar una habichuela inteligente.

—No estoy bromeando con esto —dijo Stuart con voz baja.

Se miraron mutuamente, sin hablar.

—Es un servicio a la humanidad —dijo Hardy finalmente—, hacer trampas homeostáticas para bichos que destruyen gatos, perros, ratas y ardillas mutantes. Creo que tu forma de actuar es infantil. Quizá el hecho que hayan devorado tu caballo mientras estabas en el sur de San Francisco…

Entrando en la habitación, Ella Hardy dijo:

—La cena está lista y me gustaría servirla mientras todavía está caliente. Es cabeza de bacalao horneada con arroz y me llevó tres horas de hacer fila en la autopista de Eastshore para conseguirla.

Los dos hombres se pusieron de pie.

—¿Cenas con nosotros? —le preguntó Hardy a Stuart.

Y el pensamiento de la cabeza del pez hornada le hizo agua la boca a Stuart, no podía negarse y asintió, siguiendo a la señora Hardy a la cocina.

Hoppy Harrington, el hábil focomelo de West Marin, hacía una imitación de Walt Dangerfield cuando fallaba la transmisión del satélite; mantenía entretenidos a los ciudadanos de West Marin. Como todos sabían, Dangerfield estaba enfermo y a veces se desconectaba a últimas fechas. Esta noche, a la mitad de su imitación Hoppy le echó un vistazo a los Keller, con su pequeña niña, mientras entraban en el *Salón Forresters* y tomaban asiento en la parte de atrás. Ya es hora, se dijo, es una muy buena audiencia. Pero entonces se sintió nervioso, porque la pequeña niña lo estaba analizando. Había algo en la forma en que ella miraba; se detuvo repentinamente y el salón estaba en silencio.

—Adelante, Hoppy —lo llamó Cas Stone.

—Haz el del Kool-Ade —le pidió la señora Tallman—. Canta esa, la pequeña melodía de los gemelos Kool-Ade; sabes cuál.

—Kool-Ade, Kool-Ade, no puede esperar —cantó Hoppy, pero se detuvo una vez más—. Creo que es suficiente por esta noche —dijo.

Todo el lugar se tornó silencioso otra vez.

—Mi hermano dice —dijo la pequeña niña Keller— que el señor Dangerfield está en alguna parte de este lugar.

Hoppy rió.

—Eso es verdad —dijo emocionado.

—¿Ya ha comenzado la lectura —preguntó Edie Keller—, o está muy enfermo esta noche para hacerla?

—Oh, sí, la lectura está en progreso —dijo Earl Colvig— pero no la estamos escuchando; estamos cansados del viejo y enfermo de Walt… estamos escuchando a Hoppy y viendo lo que hace. Ha hecho cosas muy divertidas esta noche, ¿verdad, Hoppy?

—Muéstrale a la pequeña cómo moviste la moneda a distancia —dijo June Raub—. Creo que le gustará eso.

Librodot

—Sí, hazlo de nuevo —pidió el farmacéutico desde su asiento—. Esa es muy buena, nos gustaría verla de nuevo, estoy seguro. —En su impaciencia por ver el truco se puso de pie olvidándose de la gente que estaba detrás.

—Mi hermano —dijo Edie tranquilamente— quiere oír la lectura. Es a lo que vino.

—Cállate —le dijo Bonny, su madre.

Un hermano, pensó Hoppy. No tiene ningún hermano. Se rió en voz alta de eso, y algunas personas del público sonrieron.

—¿Tú *hermano*? —dijo, haciendo rodar su focomóvil hacia la niña—. Puedo hacer la lectura; puedo convertirme en Philip y en Mildred y en cualquiera del libro; puedo ser Dangerfield. Algunas veces lo soy. Lo era esta noche, y es por eso que tu hermano piensa que está en este lugar. Realmente soy yo. —Miró alrededor, en dirección a la gente—. ¿No es así, amigos? ¿No soy realmente yo?

—Tienes razón, Hoppy —Orion Stroud estuvo de acuerdo. Todos asintieron.

—No tienes ningún hermano, Edie —le dijo Hoppy a la pequeña—. ¿Por qué dices que tu hermano quiere escuchar la lectura cuando no tienes ningún hermano? —Se rió a carcajadas—. ¿Lo puedo ver? ¿Hablar con él? Déjame oírlo hablar y… haré una imitación de él.

—Esa sería toda una imitación —se rió entre dientes Cas Stone.

—Me gustaría oírlo —dijo Earl Colvig.

—La haré —dijo Hoppy—, tan pronto como me diga algo. —Se sentó en el centro del móvil, aguardando—. Estoy esperando —dijo.

—Es suficiente —dijo Bonny Keller—. Deja en paz a mi hija. —Sus mejillas estaban rojas de ira.

—Acércate —le dijo Edie a Hoppy—. Hacia mí. Y te hablará. —Su cara, como la de su madre, estaba muy seria.

Hoppy se agachó, agitando su cabeza de un lado a otro, burlándose.

Una voz, hablándole su interior, como si fuera parte de su propio mundo particular, dijo:

—¿Cómo arreglas el mezclador de pistas? ¿Cómo lo haces realmente?

Hoppy gritó.

Todos lo miraban fijamente, con las caras pálidas; ahora estaban de pie, todos ellos rígidos.

—Escuché a Jim Fergesson —dijo Hoppy—. Un hombre para el que trabajé alguna vez. Un hombre que está muerto.

La niña lo encaró con toda la calma:

—¿Quieres escuchar a mi hermano decir más? Dile algunas palabras, Bill; quiere que digas más cosas.

Y, en el interior de la mente de Hoppy, la voz dijo:

—Pareciera como si la hubieras reparado. Parece como si en lugar de sustituir el eje averiado…

Hoppy rodó su carro de forma salvaje, subió por el pasillo hasta el final del salón, empujó las ruedas de nuevo y se sentó jadeando, lo más lejos posible de la niña; su corazón palpitaba y él la miraba fijamente. La niña también lo miró fija y silenciosamente.

—¿Te asustó? —Ahora la pequeña le sonreía abiertamente, pero su sonrisa era fría y vacía—. Te la devolvió porque me estabas molestando. Eso lo hizo enojar. Por eso lo hizo.

Llegando desde atrás de Hoppy, George Keller dijo:

—¿Qué pasó, Hop?

—Nada —respondió secamente—. Quizá sea mejor escuchar la lectura. — Enviando su extensor manual, elevó el volumen de la radio.

Ahí tienen lo que desean, tú y tu hermano, pensó. La lectura de Dangerfield o lo que sea. *¿Cuándo tiempo has estado ahí?* ¿Sólo siete años? Pareciera que ha sido por siempre. Como si... *siempre* hubieras existido. Había sido una cosa terriblemente vieja, arrugada y pálida la que le había hablado. Algo duro y pequeño que flotaba. Los labios cubiertos con un vello largo que colgaba dejando una larga estela, seca y en volutas. Apuesto que era Fergesson, se dijo; se sentía como él. Está ahí, dentro de esa niña.

Me pregunto, ¿cómo podrá salir?

Edie Keller le dijo a su hermano:

—¿Qué te hizo asustarlo de esa manera? Estaba realmente aterrorizado.

Desde su interior la voz familiar contestó:

—Fui alguien que alguna vez conoció, hace ya mucho tiempo. Alguien muerto.

—¿Le vas a hacer algo más? —dijo, divertida.

—Sólo si no me agrada —dijo Bill—. Podría hacerle más cosas, muchas y diferentes, quizá.

—¿Cómo supiste de esa persona muerta?

—Oh —respondió Billy—, porque... ya sabes por qué. También yo estoy muerto. —Se rió, adentro en su estómago; lo sintió estremecerse.

—No, no lo estás —se mostró en desacuerdo—. Estás tan vivo como yo, así que no digas eso; no está bien. —En realidad la asustaba.

—Sólo estaba jugando —dijo Bill—. Disculpa. Ojalá hubiera podido ver su rostro... *¿cómo lucía?*

—Terrible —dijo Edie—. Se contrajo todo, como el de una rana.

—Ojalá pudiera salir —dijo Bill con tono de queja—. Quisiera nacer como todos. ¿Podré nacer más adelante?

—El doctor Stockstill dice que no es posible.

—Quizá podría *hacer* que el doctor Stockstill me sacara de aquí. Puedo hacerlo si quiero.

—No —respondió ella—. Estás mintiendo, no puedes hacer otra cosa más que dormir y hablar con gente muerta, y quizá hacer imitaciones como la que hiciste ahora. Eso no es gran cosa.

No hubo respuesta por un rato.

—Si haces algo malo —dijo Edie—, podría ingerir algo que te matara. Así que pórtate bien.

Se sentía cada vez más temerosa de su hermano; estaba hablando consigo misma, tratando de darse confianza. Quizá sería bueno que murieras, pensó. Sólo que de cualquier manera tendría que seguir cargándote, y... no sería nada agradable. No me gustaría.

Sintió escalofríos.

—No te preocupes por mí —dijo Bill repentinamente—. Conozco muchas cosas; puedo cuidarme sólo. Y te protegeré, también. Debes alegrarte por mí porque puedo ver a todos aquellos que han muerto, como el hombre al que imité. Hay muchos de ellos, miles y miles de millones, y todos diferentes. Cuando duermo los oigo murmurar. Siguen por ahí.

—¿Por dónde? —preguntó.

—Debajo de nosotros —dijo Bill—. Bajo la tierra.

Librodot

—Brrr —dijo ella.

—Es la verdad. Y allá estaremos todos algún día, también. Mamá, papá y todo mundo. Ya verás.

—No quiero ver —contestó—. Por favor, no sigas más con eso. Quiero escuchar la lectura.

Andrew Gill levantó la vista de su tarea de enrollar cigarrillos para ver a Hoppy Harrington, el cual le desagradaba, entrando a la fábrica con un hombre que no conocía. De inmediato, Gill se sintió incómodo. Guardó su papel para tabaco y se puso de pie. Junto a él, en el largo banco, los demás dobladores, sus empleados, siguieron con su trabajo.

Tenía a su cargo, en total, a ocho hombres, y solamente en la división del tabaco. La destilería, que producía brandy, empleaba a otros doce. La suya era la más grande de las empresas comerciales en West Marin y vendía sus productos en todo el norte de California; sus cigarrillos habían llegado incluso hasta la Costa Este y eran conocidos allá.

—¿Sí? —le dijo a Hoppy. Se colocó frente al móvil del «foco», deteniéndolo.

Hoppy tartamudeó.

—Este, este hombre viene desde Oakland a verlo, señor Gill. Dice que es un importante hombre de negocios, ¿verdad? —El «foco» se dirigió al hombre que lo acompañaba—. ¿No es eso lo que me dijiste, Stuart?

Levantando su mano, el hombre dijo:

—Represento a la corporación *«Trampas Homeostáticas para Bichos»* de Berkeley, California. Estoy aquí para hacerle una sorprendente proposición que podría significar el triplicar sus beneficios en seis meses. —Sus ojos centelleaban.

Gill contuvo el impulso de reírse a carcajadas.

—Ya veo —dijo asintiendo—. Muy interesante, señor… —Miró de manera inquisitiva al «foco».

—El señor Stuart McConchie —respondió titubeante—. Lo conocí antes de la guerra; no lo había visto desde entonces y ahora se ha mudado hacia acá, igual que yo.

—Mi jefe, el señor Hardy —dijo Stuart McConchie— me ha autorizado para describirle en detalle el diseño de una máquina automática para fabricar cigarrillos. En *«Trampas Homeostáticas de Hardy»* estamos concientes que sus cigarrillos son enrollados a la manera antigua. A mano. —Apuntó hacia los empleados que estaban trabajando en el banco—. Ese método es anticuado por más de un siglo, señor Gill. Usted ha alcanzado una calidad soberbia en sus cigarrillos *Gold Label* especiales de lujo…

—Lo cual intento mantener —respondió Gill tranquilamente.

Stuart McConchie dijo:

—Nuestro equipo electrónico automático no sacrificará la calidad por la cantidad. De hecho…

—Espere —dijo Gill—. No quiero discutir esto ahora. —Miró hacia el «foco» que estaba estacionado muy cerca, escuchando. Hoppy se ruborizó y comenzó a mover su transporte para disponerse a partir.

—Me voy —dijo Hoppy de manera hosca—. De cualquier manera esto no me interesa; adiós. —Rodó hacia la puerta abierta, dirigiéndose a la calle. Los otros dos lo miraron hasta que se perdió de vista.

—Nuestro reparador manual —dijo Gill—. Arregla, o más bien «sana» todo lo que se avería o se rompe. Hoppy Harrington, el reparador manual sin manos.

Paseando, se alejó unos cuantos pasos, revisando la fábrica y a los hombres en su trabajo.

McConchie dijo:

—Un lugar muy agradable el que tiene aquí, Gill. Quiero puntualizarle en este mismo momento lo mucho que admiro su producto; es el primero en su campo.

No he escuchado a nadie hablar así en siete años, se dio cuenta Gill. Era difícil de creer que aún existiera en el mundo una forma de expresarse así; tanto había cambiado, y todavía aquí, en este hombre McConchie, permanecía algo intacto. Gill sintió una oleada de placer. Le recordó tiempos más felices, estos discursillos preparados por vendedores. Se sintió inclinado a comportarse con amabilidad y benevolencia con el hombre.

—Gracias —dijo, y lo decía de corazón. Quizá el mundo, por fin, estaba comenzando a recuperar algo de sus pautas antiguas, de sus viejas formas, costumbres y preocupaciones, todo lo que se había perdido para formar lo que era ahora.

—¿Qué le parece una taza de café? —dijo Gill—. Tomaré un descanso por diez minutos y me puede usted contar sobre esta máquina totalmente automatizada de ustedes.

—¿Café real? —preguntó McConchie, y su máscara de placer y optimismo se deslizó de su cara por unos instantes; se quedó boquiabierto frente a Gill con un hambre desnuda.

—Disculpe —dijo Gill—, es un sustituto. Pero no es malo, creo que le gustará. Mejor que lo que venden en las ciudades en esos llamados expendios de «café». —Fue por una olla con agua.

—Venir aquí —dijo McConchie—, fue un sueño largamente anhelado hecho realidad. Me tomó una semana realizar el viaje y había estado reflexionando sobre el mismo desde que fumé mi primer *Gold Label* especial de lujo. Es como si… —Buscó con ahínco las palabras que expresaran mejor sus pensamientos—, esto fuera una isla de civilización en medio de estos tiempos bárbaros. —Rondó por toda la fábrica con las manos en sus bolsillos—. La vida se siente más apacible aquí. En la ciudad si uno deja su caballo… bueno, hace un tiempo tuve que dejar mi caballo por un rato para cruzar la Bahía y cuando regresé alguien se lo había comido, son ese tipo de cosas las que hacen que uno se sienta disgustado con la ciudad y quiera alejarse.

—Lo sé —dijo Gill, asintiendo—. La vida en la ciudad es brutal porque todavía hay demasiada gente indigente y sin hogar.

—Realmente amaba a ese caballo —dijo Stuart McConchie, su voz se oía realmente triste.

—Bien —contestó Gill—, aquí en el campo uno se enfrenta constantemente con la muerte de los animales. Cuando cayeron las bombas, miles de animales por aquí quedaron terriblemente heridos; ovejas y ganado… pero eso desde luego no puede compararse con la pérdida de las vidas humanas de donde viene. Debe usted haber visto una gran cantidad de sufrimiento humano desde el Día E.

McConchie asintió.

—Además de la gente. Los fenómenos, tanto en la gente como en los animales. Como en el caso de mi viejo amigo, Hoppy, aunque desde luego él es de antes de la guerra; en *Televisores Modernos, Ventas y Servicios*, donde trabajábamos, solíamos decir que fue a causa de la talidomida.

—¿Qué clase de trampas para bichos son las que fabrica su compañía?

—No son pasivas. Son homeostáticas, es decir, autónomas, siguen por ejemplo a una rata, un gato o perro por dentro de la red de madrigueras que unen por subterráneos a Oakland y Berkeley… persiguen un bicho tras otro, matándolos y buscando al siguiente después, hasta que se agota su batería o algún animal brillante se las arregla para destruirla. Hay algunas pocas ratas muy sagaces capaces de inutilizar una *«Trampa Homeostática para Bichos»* de Hardy. Pero no muchas.

—Impresionante —murmuró Gill.

—Ahora, nuestra proposición sobre la máquina para liar cigarrillos…

—Mi amigo —dijo Gill—, usted me agrada pero… y aquí está el problema. No tengo dinero alguno para comprar su máquina y no tengo nada para intercambiar con ustedes. Y realmente no tengo ninguna intención de dejar entrar a nadie en mi negocio como socio. Así que, ¿qué nos queda? —Sonrió—. Debo continuar como estoy.

—Espere —dijo McConchie inmediatamente—. Debe haber una solución. Quizá podríamos dejarle una máquina Hardy fabricadora de cigarrillos a cambio de un cierto número de cigarros, de su variedad *Gold Label* de lujo, desde luego, entregados cada semana hasta completar una cantidad determinada. —Su cara brillaba de animación—. La *Compañía Hardy* podría volverse la distribuidora exclusiva de sus cigarrillos; podríamos representarlo en cualquier lugar, desarrollar un programa sistemático de venta en California. ¿Qué dice a eso?

—Debo admitir que suena interesante. Admito que la distribución no ha sido mi punto fuerte… he estado pensando durante años en la necesidad de organizarme, especialmente con mi fábrica en una zona rural aislada. Incluso he pensado en mudarme a la ciudad, pero los robos y el vandalismo son muy elevados ahí. De cualquier manera no quiero irme a la ciudad; esta es mi casa, aquí.

No dijo nada acerca de Bonny Keller. Esa era su verdadera razón para permanecer en West Marin; su relación amorosa con ella había terminado hacía muchos años pero ahora estaba más enamorado que antes… la había visto ir de hombre en hombre, sintiéndose insatisfecha con cada uno de ellos, y en el fondo de su corazón Gill creía que algún día regresaría. Y Bonny era la madre de su hija; estaba bien consciente que Edie Keller era su niña.

—Ya que usted es de la ciudad me gustaría preguntarle si hay alguna noticia nueva, nacional o internacional, de interés, ¿algo que no hayamos escuchado? Tenemos el satélite, pero francamente estoy cansado de la plática de ese pasadiscos y de la música. Y de esas interminables lecturas.

Ambos rieron.

—Sé a lo que se refiere —dijo McConchie, tomando pequeños sorbos de su café y asintiendo—. Bueno, hay un rumor de que están intentando construir un automóvil de nuevo, en algún lugar cerca de las ruinas de Detroit. Está hecho básicamente de madera contrachapada pero corre con kerosene.

—No sé dónde van a conseguir kerosene —dijo Gill—. Antes de construir el carro deberían conseguir primero unas cuantas refinerías en funcionamiento. Y reparar las principales carreteras.

—Ah, y algo más. El Gobierno tiene planes de reabrir la ruta cuarenta que cruza las Rocallosas en algún momento de este año. Por primera vez desde la guerra.

—Esa es una gran noticia —dijo Gill, complacido—. No lo sabía.

—Y la Compañía Telefónica…

—Espere —dijo Gill, incorporándose—. ¿Qué le parece un poco de brandy en su café? ¿Hace cuánto tiempo que no bebe un café *Royal*?

—Años —contestó Stuart McConchie.

—Este es el *Gill's Cinco Estrellas*. Mi propio brandy. Del Valle de Sonoma. —Vació una buena cantidad a la taza de Stuart.

—Aquí hay algo más que le podría interesar. —McConchie metió su mano dentro del bolsillo de su chaqueta y extrajo lago plano y envuelto. Lo abrió, lo extendió y se lo mostró a Gill.

—Servicio de Correo, una carta de Nueva York.

—Así es —dijo McConchie—. Se la enviaron a mi jefe, el señor Hardy. Todo el camino desde la Costa Este; en sólo cuatro semanas. El Gobierno en Cheyenne, la gente de la milicia. Ellos son los responsables. Se realiza en parte con dirigibles, parte en camiones, también con caballos. El último paso se realiza a pie.

—Buen Dios —dijo Gill. Y vació un poco del brandy *Gill's Cinco Estrellas* en su propio café, también.

Bill Keller escuchó al pequeño animal, una babosa o un caracol junto a él, y en un instante estaba dentro de él. Pero había sido engañado; no podía ver. Estaba fuera pero no podía oír ni ver esta vez, sólo podía moverse.

—Regrésame —llamó a su hermana presa del pánico—. Mira lo que hiciste, me pusiste en algo *equivocado.* Lo hiciste a propósito, se dijo a sí mismo mientras se movía. Comenzó a moverse sin pausa, buscándola.

Si pudiera llegar, pensó. Llegar arriba. Pero no tenía nada que seguir, no tenía miembros de ningún tipo. ¿Qué soy ahora que estoy afuera una vez más? Se preguntó mientras trataba de ascender. ¿Cómo le llaman a esas cosas que brillan en el cielo? Esas luces en el cielo… ¿Puedo verlas sin tener ojos? No, pensó; no puedo.

Siguió moviéndose; tratando de alzarse de vez en cuando tan alto como fuera posible para luego hundirse, arrastrándose una vez más, haciendo lo único que podía hacer en esta vida nueva a la que había nacido, fuera de sus confines.

En el cielo, Walt Dangerfield se movía, en su satélite, aunque estaba sentado descansando con su cabeza en las manos. El dolor que sentía en su interior había crecido, había cambiado, abstrayéndolo hasta que, como tantas veces antes, no podía concebir nada más.

¿Cuánto tiempo voy a mantenerme así? Se preguntó. ¿Cuánto tiempo viviré?

No había nadie para responderle.

Edie Keller, con un delicioso espasmo de placer, miró la lombriz arrastrándose lentamente por el suelo y supo con certeza que su hermano estaba dentro del animal.

Dentro de ella, abajo en su estómago, residía ahora la mente del gusano; escuchaba su monótona voz. Bum, bum, bum. Haciendo eco a sus propios procesos biológicos indescriptibles.

—Sal de mí, gusano. —Se rió tontamente. ¿Qué pensaría el gusano de su nueva existencia? ¿Era tan pasmosa como probablemente era ahora la de Bill? No debo perderlo de vista, se dio cuenta, viendo a la criatura que culebreaba sobre el suelo. Podría perderse.

—Bill —dijo, doblándose sobre él—, te ves raro. Eres todo rojo y largo; ¿sabías eso? —Y entonces pensó: Lo que debería hacer es ponerlo en el cuerpo de otro ser humano. ¿Por qué no? Sería como tendría que haber sido; tendría un hermano real, fuera de mí, con el cual poder jugar.

Pero por otro lado tendría en su interior a un extraño, a una persona diferente. Y eso no sonaba muy divertido.

¿Quién sería? Se preguntó. ¿Uno de los niños de la escuela? ¿Un adulto? El señor Barnes, mi maestro, quizá. O…

Hoppy Harrington. El cual teme a Bill ahora.

—Bill —dijo arrodillándose y levantando a la lombriz; la sostuvo en la palma de su mano—. Espera hasta que escuches mi plan. —Se lo acercó contra ella, colocándola contra su abdomen—. Vuelve dentro de mí. No quieres ser un gusano de ninguna manera; no es divertido.

La voz de su hermano le llegó de nuevo.

—Te odio. Nunca te perdonaré. ¡Me pusiste en una cosa ciega sin piernas ni nada! ¡Todo lo que podía hacer era arrastrarme!

—Lo sé —dijo meciéndose hacia atrás y adelante, con la lombriz ahora inútil todavía en su mano—. Escucha, ¿me oíste? ¿Quieres hacerlo, Bill? ¿Lo que te dije? ¿Te pondré cerca de Hoppy Harrington? Tendrías ojos y oídos; serías una persona verdadera viviendo en el mundo exterior.

—Me asusta.

—Pero quiero hacerlo —dijo Edie, moviéndose hacia delante y atrás—. Vamos, Bill, vamos a darte ojos y oídos… *ahora.*

No hubo respuesta de Bill; se había llevado sus pensamientos lejos de ella y de su mundo, a las regiones que sólo *él* podía alcanzar. Para hablar con esos muertos miserables y tiesos, se dijo Edie. Esos muertos de porquería que no tenían nada de divertidos, nada.

No te hace ningún bien, Bill, pensó. Ya lo he decidido.

Apresurándose por el camino, en bata y sandalias, a través de la oscuridad de la noche, Edie Keller anduvo a tientas hacia la casa de Hoppy Harrington.

—Si lo vas a hacer necesitarás apresurarte —gritó Bill, desde las profundidades de su interior—. Sabe de nosotros… me lo están diciendo, los muertos. Dicen que estamos en peligro. Si podemos acercarnos lo suficiente puedo imitar a alguien muerto que lo asuste, le teme a la gente que ha fallecido. Eso es porque para él los muertos son como padres, muchos padres, y…

—Silencio —dijo Edie—. *Déjame pensar.* —En la oscuridad se había sentido confundida. No podía encontrar el camino a través del bosque de

robles, así que se detuvo, respirando profundamente, tratando de orientarse por el apagado brillo de la luna sobre su cabeza.

Es hacia la izquierda, pensó. Bajando la colina. No debo caer; escucharía el sonido, puede oír a gran distancia, casi todo. Paso a paso descendió, conteniendo la respiración.

—Tengo una buena imitación lista —estaba farfullando Bill; no se callaría—. Cuando esté cerca de él me conectaré con alguien muerto, y no te va a gustar porque es... algo bastante repugnante, pero sólo será por unos cuantos minutos y podrán hablar con él directamente luego, desde tu interior. Es eso...

—Cállate —dijo Edie desesperadamente. Estaban a un lado de la casa de Hoppy; alcanzaba a ver las luces—. Por favor, Bill, por favor.

—Pero debo explicarte —continuó Bill—. Cuando yo...

Se detuvo. Dentro de ella ya no había nadie. Estaba vacía.

—Bill —dijo.

Se había ido.

Ante sus ojos, a la luz de la luna nublada, algo que nunca había visto antes se agitó. Se elevó, se sacudió, su largo pelo pálido colgándole por detrás como una cola, ascendió hasta quedar a la altura de su cara. Tenía una cabeza pequeña, ojos muertos y una boca muy abierta, no tenía más que una cabecita redonda y dura como una pelota de béisbol. De su boca surgió un chillido, y luego flotó hacia arriba una vez más, liberado. Ella lo miró mientras ganaba más y más altura, alzándose sobre los árboles como si nadara elevándose en una atmósfera extraña que nunca antes había visto.

—Bill —dijo—, Hoppy te sacó de mí. Hoppy te lanzó hacia fuera. —Y me estás dejando, pensó; Hoppy está haciendo que te marches—. Vuelve —dijo, pero ya no tenía importancia porque él no podría vivir fuera de ella. Lo sabía. El doctor Stockstill se lo había dicho. No podría nacer, y Hoppy se había enterado y lo había hecho nacer, sabiendo que podía morir.

No harás tu imitación, se dio cuenta. Te dije que te quedaras callado y no me hiciste caso. Esforzándose, vio, o creyó ver, el pequeño ser cual un objeto duro, con los mechones de pelo, ahora más alto y sobre ella... y entonces desapareció, en silencio.

Estaba sola.

¿Para qué continuar? Todo se había terminado. Regresó, caminando de vuelta por la colina, con la cabeza gacha, los ojos cerrados, sintiendo el camino. De regreso a su casa, a su cama. En su interior sentía una herida; sentía la desgarrante perdida. *Si tan sólo te hubieras quedado callado,* pensó. No te habría oído. Te lo dije.

Flotando en la atmósfera, Bill Keller veía y oía muy poco, pero sentía los árboles y los animales vivos moviéndose entre ellos. Sintió la presión impulsándolo, elevándolo, pero entonces recordó su imitación y lo dijo. Su voz le llegó aguda y minúscula en el aire frío; entonces alzó sus orejas y exclamó:

—Hemos aprendido una terrible lección por nuestra torpeza —chilló, y su voz hizo eco en sus orejas, deleitándolo.

La presión lo soltó; se agitó hacia arriba, planeando feliz, y entonces se zambulló. Bajo y bajó hasta que casi alcanzó el suelo, luego cambió de dirección guiándose por la presencia viva, hasta quedar suspendido sobre la casa de Hoppy Harrington.

—¡Este es el camino de Dios! —gritó con su delgada y minúscula voz—. Con este lamentable ejemplo podemos ver que es tiempo de poner fin a las pruebas nucleares en la atmósfera. ¡Quiero que le escriban cartas al Presidente Kennedy! —No sabía quién era el Presidente Kennedy. Quizá era una persona viva. Lo buscó alrededor pero no lo vio; lo que vio fue el bosque de robles lleno de animales, vio un ave con alas sigilosas que iba a la deriva, con un pico enorme, los ojos mirando fijamente. Bill gritó de terror mientras la silenciosa ave de plumaje marrón surcaba su camino.

El pájaro emitió un sonido espantoso, de glotonería y anhelo de desgarrar.

—Todos ustedes —gritó Bill—, ¡deben escribir cartas de protesta!

Los ojos centelleantes del ave iban tras él mientras ambos se deslizaban sobre los árboles, a la luz opaca de la luna.

El búho lo alcanzó. Y lo trituró, en un instante.

Una vez más se encontraba en el *interior*. Ya no podía ver ni escuchar; había durado muy poco tiempo, y ahora se había acabado.

El búho, ululando, se elevó.

Bill Keller le dijo al búho:

—¿Me escuchas?

Quizá podía, quizá no. Sólo era un búho; no había tenido ningún sentido, como había dicho Edie. ¿Puedo vivir en tu interior? Preguntó, escondido aquí donde nadie me puede hallar… tienes los vuelos que realizas, tu salvoconducto. Junto a él, dentro del búho, estaban los cuerpos de unos ratones y de algo que se removía y arañaba, algo lo suficientemente grande para conservar todavía el anhelo de vivir.

Más abajo, le dijo al búho. Vio, a través del ave, los robles; los vio claramente, como si todo estuviera inundado de luz. Millones de objetos individuales yacían inmóviles y entonces comenzó a espiar uno que se arrastraba.… que estaba vivo y al cual el búho comenzó a seguir. La criatura que se arrastraba, sin sospechar nada ni escuchar sonido alguno, vagaba a la vista.

Un instante después había sido devorada. El búho se alzó.

Bien, pensó Bill. Y, ¿hay más? Esto va a seguir así toda la noche, una y otra vez, y luego el baño cuando llueva, y después el largo sueño profundo. ¿Es esta la mejor parte? Sí, lo es.

Dijo:

—Fergesson no permitía a sus empleados beber; era algo en contra de su religión, *¿verdad?* —Luego agregó—: Hoppy, ¿de dónde proviene la luz? *¿Es Dios?* Sabes, como en la *«Biblia»*. ¿Es verdad?

El búho volvió a ulular.

Un millar de cosas muertas en su interior lloriqueaban pidiéndole atención. Bill las escuchaba, las repetía, eligiendo entre ellas.

—Ustedes, pequeños y sucios monstruos —dijo—. Escúchenme ahora. Hay que quedarse aquí abajo; estamos bajo el nivel de las calles, la bomba no nos alcanzará. La gente de arriba es la que va a morir. Despejen aquí abajo. Espacio. Para ellos.

Asustado, el búho aleteó; se elevó aún más alto tratando de evadirlo. Pero él continuó, eligiendo al azar y escuchando la voz de los muertos.

—Hay que quedarse aquí abajo —repitió. Frente a él aparecieron las luces de la casa de Hoppy; el búho había volado en círculos, regresando al mismo lugar, incapaz de partir. Bill lo obligaba a permanecer donde quería. Lo llevó

más y más cerca en su camino hacia Hoppy—. Imbécil retrasado —dijo—. Quédate donde estás.

El búho, con gran esfuerzo, recurrió a su técnica regular; tosió hasta expulsarlo y hacerlo caer a plomo sobre el suelo aunque Bill intentó atrapar las corrientes del aire. Se impactó contra el humus y las plantas; rodó, emitiendo breves chillidos hasta que finalmente se detuvo en reposo en un agujero.

Liberado, el búho remontó el cielo y desapareció.

—Que la compasión de los hombres atestigüe este suceso —dijo mientras yacía en el fondo del foso; habló con la voz de un ministro de antiguos tiempos, dirigiéndose a una congregación de la cual Hoppy y su padre formaban parte—. Somos nosotros mismos los que hemos hecho esto; vemos sólo el resultado de nuestra propia estupidez humana.

Sin los ojos del búho ahora sólo veía vagamente; la iluminación inmaculada parecía haberse ido y todo lo que quedaba eran sombras vagas. Eran árboles.

Vio también la silueta de la casa de Hoppy enmarcada contra la turbia luz de la noche. No estaba lejos.

—Déjame entrar —dijo Bill, moviendo su boca. Rodó sobre el fondo del foso; se agitó hasta que sus alas se extendieron—. Quiero entrar.

Un animal, al escucharlo, se alejó cautelosamente.

—Dentro, dentro, dentro —dijo Bill—. No puedo estar fuera mucho tiempo. Moriré. Edie, ¿dónde estás? —No la sentía cerca; sólo percibía al focomelo dentro de su casa.

Lo mejor que pudo comenzó a recorrer el sendero.

Temprano en la mañana, el doctor Stockstill llegó a la casa de Hoppy Harrington para usar el transmisor que éste tenía y poder comunicarse con el hombre enfermo del cielo, Walter Dangerfield. Se dio cuenta que el transmisor estaba encendido, también algunas luces de aquí y allá estaban prendidas; desconcertado, tocó a la puerta.

La puerta se abrió y ahí sentado al centro de su focomóvil estaba Hoppy Harrington quien lo miró de una manera peculiar, cautelosa y defensiva.

—Quiero hacer otro intento —dijo Stockstill, sabiendo lo inútil que era pero deseando proseguir de cualquier modo—. ¿Está bien?

—Sí, señor —dijo Hoppy.

—¿Dangerfield está todavía vivo?

—Sí, señor. Si hubiera muerto lo sabría. —Se hizo a un lado para dejarlo pasar—. Debe estar allá todavía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Stockstill—. ¿Has estado levantado toda la noche?

—Sí —dijo Hoppy—, aprendiendo cómo funcionan las cosas. —Hizo rodar el focomóvil—. Es difícil —dijo, con preocupación aparente. Ahora el móvil golpeó la mesa—. Lo logré por error —dijo Hoppy—. Me apena, no era mi intención.

—Te ves diferente —dijo Stockstill.

—Soy Bill Keller —dijo el focomelo—, no Hoppy Harrington. —Con su extensor manual apuntó—: Ese es Hoppy, de ahora en adelante.

En una esquina yacía algo que parecía una masa encogida de varias pulgadas de largo; su hocico abierto en una mueca congelada y vacía. Tenía una cualidad humana, y Stockstill se dirigió hacia allí para recogerlo.

—Eso era yo —dijo el focomelo—. Pero llegué lo suficientemente cerca anoche para hacer el cambio. Dio bastante pelea, pero tenía miedo, así que yo gané. Estuve haciendo una imitación tras otra. La del ministro lo atrapó.

Stockstill, sosteniendo la pequeña criatura encogida, no dijo nada.

—¿Sabe cómo funciona el transmisor? —preguntó el focomelo, repentinamente—. Porque yo no lo sé. Lo intenté pero no pude. Hice funcionar las luces; se encendieron y se apagaron. Practiqué toda la noche. —Para demostrarlo, hizo mover su vehículo hasta la pared, donde con su extensor manual encendió y apagó el interruptor de la luz.

Después de un rato, mirando a la diminuta forma muerta que sostenía entre sus manos, Stockstill dijo:

—Sabía que no podría sobrevivir.

—Por un rato pudo —dijo el focomelo—. Casi por una hora; eso es bastante, ¿verdad? Parte de ese tiempo fue en el interior de un búho; no sé si eso cuenta.

—Creo… que mejor intentaré contactar con Dangerfield —dijo Stockstill finalmente—. Puede morirse en cualquier momento.

—Sí —dijo el focomelo, asintiendo—. ¿Quiere que me haga cargo de eso? —Manipuló su extensor para tomar el homúnculo—. Ese búho me devoró —dijo el «foco»—. No fue nada agradable, pero seguro que tenía buenos ojos; me gustó esa parte, la de usar sus ojos.

—Sí —dijo Stockstill de manera reflexiva—. Los búhos tienen una visión tremendamente buena. Debe haber sido toda una experiencia. —Se sentó frente al transmisor—. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—Tengo que acostumbrarme a este cuerpo; es muy pesado. Siento la gravedad… estaba acostumbrado a flotar, ¿lo sabía? Creo que estos extensores son fenomenales. Puedo hacer un montón de cosas con ellos ya. —Los extensores chasquearon, tocaron un cuadro que estaba sobre la pared, y dando golpecitos se acercaron al transmisor—. Tengo que ir a buscar a Edie —dijo el «foco»—. Quiero decirle que estoy bien; probablemente piense que estoy muerto.

Encendiendo el micrófono, Stockstill se preparó para contactar con el satélite que estaba en las alturas.

—Walt Dangerfield —dijo—, este es el doctor Stockstill de West Marin. ¿Me escucha? Si lo hace, respóndame. —Hizo una pausa, luego repitió lo que había dicho.

—¿Puedo ir? —preguntó Bill Keller—. ¿Puedo buscar a Edie ahora?

—Sí —dijo Stockstill, frotando su frente; hizo un esfuerzo para reunir sus facultades y dijo—: Ten cuidado, con lo que haces… puede que ya no seas capaz de emigrar de nuevo.

—No quiero emigrar otra vez —dijo Bill—. Esto está bien, porque por primera vez no hay nadie aquí más que yo. —La delgada cara del foco se quebró en una sonrisa—. Ya no soy parte de nadie más.

Stockstill presionó el botón del micrófono una vez más.

—Walt Dangerfield —repitió—. ¿Me escucha?

¿Valdrá la pena? Se preguntó. ¿Vale la pena continuar?

El foco, rodando en su móvil por habitación, como si fuera un gigantesco escarabajo atrapado, dijo:

—¿Puedo ir a la escuela ahora que estoy fuera?

—Sí —murmuró Stockstill.

—Pero ya sé muchas cosas —dijo Bill—. De escuchar a Edie cuando está en la escuela; me gusta el señor Barnes, ¿a usted no? Es muy buen maestro… me va a gustar ser alumno de su clase. —Después agregó—: ¿Me pregunto qué dirá mi madre?

Sintiendo una sacudida, Stockstill dijo:

—¿Qué? —Y entonces se dio cuenta a quién se refería. Bonny Keller. Sí, pensó, será interesante ver lo que dice Bonny. Esto será una buena compensación por todos sus galanteos… por tantos años de relaciones sexuales con un hombre tras otro.

De nuevo presionó el botón del micrófono. Y lo intentó una vez más.

Dirigiéndose a Bonny Keller, el señor Barnes dijo:

—Tuve una charla con tu hija, hoy, después de la clase. Y tengo la clara impresión de que sabe lo de nosotros.

—Oh, Dios, ¿cómo podría? —dijo Bonny. Gimiendo, se sentó; se arregló las ropas, se abotonó su blusa. Qué contrastante era este hombre con Andrew Gill, que siempre le hacía el amor al aire libre, a la luz del pleno día, junto a los caminos de robles de West Marin, donde cualquiera y lo que fuera podría pasar. Gill la había poseído con gran pasión desde la primera vez, sin murmullos, sin parlotear ni temblar… quizá debo volver con él, pensó.

Quizá debo dejarlos a todos, pensó, a Barnes y a George, y también a esa loca de mi hija; debería irme a vivir con Gill abiertamente, desafiando a la comunidad y buscando cambiar para ser feliz.

—Bueno, si no vamos a hacer el amor —le dijo a Barnes— entonces caminemos al *Salón Forresters* para escuchar el satélite de la tarde.

Barnes, complacido, dijo:

—Quizá podemos encontrar algunos hongos comestibles por el camino.

—¿Estás hablando en serio?

—Desde luego.

—Tus frutos —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Tus pobres frutos. ¿Por qué viniste desde Oregón a West Marin en primer lugar? ¿Sólo para enseñar a niños pequeños y andar por ahí recogiendo hongos?

—No es una mala vida —dijo Barnes—. Es mejor que todo lo que he conocido antes, incluso antes de la guerra. Y además… te tengo a ti.

Sintiendo el ánimo lúgubre, Bonny Keller se puso de pie; con las manos metidas fuertemente en los bolsillos de su abrigo comenzó a andar trabajosamente por el camino de regreso. Barnes se rezagó tras ella, intentando seguir el ritmo de sus pasos.

—Me voy a quedar aquí en West Marin —dijo Barnes—. Este es el final de mis viajes. —Jadeando, agregó—: A pesar de mi experiencia con tu hija hoy.

—No tuviste experiencia alguna —dijo Bonny—. Es sólo tu conciencia culpable dándote alcance. Apurémonos… quiero escuchar a Dangerfield; al menos es divertido escucharlo cuando *habla.*

Detrás de ella, Barnes encontró un hongo; se inclinó para recogerlo.

—¡Es un chanterelle! —exclamó—. Comestible y muy sabroso. —Lo levantó, cerca del suelo, y luego comenzó a buscar otro—. Les haré a ti y a George un guiso —le informó mientras encontraba otro.

Aguardando a que terminara, Bonny encendió un cigarrillo *Gold Label* especial de lujo, fabricado por Andrew Gill, suspiró y dio unos cuantos pasos sin dirección por el camino de robles cubierto de hierba.

SU CITA SERÁ AYER

La luz del sol ascendió y una penetrante voz mecánica declaró:

—Muy bien, Lehrer. Tiempo de levantarte y mostrarles quién eres y qué puedes hacer. Un gran hombre, ese es Niehls Lehrer; todo el mundo lo sabe… los he escuchado hablando. Un gran hombre, de gran talento, con un gran empleo. Muy admirado por el público en general. ¿Has despertado ya?

—Sí —respondió Lehrer desde la cama.

Se sentó y de un golpe nulificó la aguda voz de su reloj de alarma junto a la cama.

—Buenos días —se dirigió a su silencioso apartamento—. Dormí muy bien. Espero que tú también.

Una multitud de problemas se agitaba en su desordenada mente mientras malhumorado se levantaba de su cama. Se dirigió al *closet* en busca de ropa adecuadamente sucia. Para poner entre la espada y la pared a Ludwig Eng, se dijo a sí mismo. Las tareas de mañana se tornarán las peores tareas de hoy. Tendría que revelarle a Eng que sólo quedaba en el mundo una copia de su exitoso libro tan vendido; el tiempo de actuar llegaría pronto para él, para hacer el trabajo que solamente *él* tendría que hacer. ¿Cómo se sentiría Eng? Después de todo, algunos inventores se rehusaban a sentarse tranquilos y hacer su trabajo. Bien, decidió, ese era realmente un problema del Sindicato; era problema de ellos, no suyo. Encontró una camisa roja manchada y arrugada; quitándose primero la parte superior de su pijama se la puso. Los pantalones no fueron tan fáciles, tuvo que rebuscar hasta el fondo de la cesta.

Y luego el paquete de bigotes y barba en polvo.

Mi ambición, pensó Lehrer mientras se dirigía hacia el baño con el paquete de bigotes y barba, es cruzar los Estados Unidos del Oeste en tranvía. Vaya. En el lavabo se lavó la cara, se untó el pegamento en forma de espuma, abrió el paquete y con diestras palmadas se las arregló para distribuir la barba de manera uniforme sobre su mentón, mejillas y cuello; en un instante y de manera experta tenía sus bigotes y su barba adheridos. Estoy listo ya, decidió mientras revisaba su semblante en el espejo, para tomar mi paseo cotidiano en el tranvía; al menos mientras proceso mi cuota de *sogum*.

Conectando el tubo del *sogum* aceptó una buena cantidad, suspiró satisfecho mientras echaba un vistazo sobre la sección de deportes del *San Francisco Chronicle*, luego se dirigió a la cocina y comenzó a sacar platos sucios. En muy poco tiempo, tenía enfrente un plato de sopa, chuletas de cordero, judías verdes, *musgo* marciano azul con salsa de huevo y una taza de café caliente. Ordenó todo lo anterior, colocó los platos en su compartimiento —revisando desde luego la ventana de la habitación para asegurarse de que nadie lo viera— y sintiéndose vigoroso, guardó la comida en sus receptáculos apropiados los cuales colocó en los estantes de la despensa y en el refrigerador. Eran las ocho y media; le quedaban todavía quince minutos para llegar a su trabajo. No tendría necesidad de matarse por andar con prisas; la Biblioteca Temática del Pueblo, estaría ahí todavía cuando llegara.

Le habría llevado años preparar el terreno para acceder a la Sección B. En el pasado ya no desarrollaría trabajo de rutina, no más, no en un escritorio de la Sección B, así no habría tenido que encargarse de limpiar miles de copias idénticas de un trabajo de las etapas tempranas de erradicación. De hecho, estrictamente hablando él ya no tuvo que haber participado lo más mínimo en la erradicación; seguidores serviles eran empleados en mayoreo por la Biblioteca para encargarse de esas burdas tareas. Pero sí habría tenido que enfrentarse cara a cara con una vasta variedad de inventores irritables y hoscos quienes evadían, de acuerdo al mandato del Sindicato, la limpieza final de la última copia escrita a máquina de cualquier trabajo con el cual su nombre estuviera relacionado… relacionado por un proceso que ni él ni los inventores elegidos entendían completamente. El Sindicato presumiblemente *sí* entendía por qué un inventor particularmente dado recibía una asignación determinada y no otra. Por ejemplo, Eng y *«Cómo hice mi propio Swabble en mi sótano con artículos convencionales de limpieza durante mi tiempo libre».*

Lehrer reflexionó mientras echaba un vistazo a lo que le quedaba del periódico. Piensa en la responsabilidad. Después de que Eng finalizara su trabajo, no quedarían *swabbles* en el mundo, a menos que esos granujas nada de fiar de la MLN tuvieran un par escondidos de manera ilegal. De hecho, aunque la *copter*, la copia terminal del libro de Eng permanecía en existencia, le era muy difícil recordar qué hacía un *swabble* y cuál era su aspecto. ¿Cuadrado y pequeño?, o ¿redondo y voluminoso? Humm. Dejó el diario y se frotó las sienes mientras intentaba recordar, tratando de conjurar una imagen mental precisa del dispositivo mientras todavía era posible hacerlo. Porque tan pronto como Eng redujera la *copter* a una pesada cinta de tinta, a media resma de papel limpio y a un folio de fresco papel carbón no habría posibilidad alguna para él o para nadie más de *recordar* el libro o el mecanismo que en él se describía.

La tarea, sin embargo, probablemente le ocuparía a Eng el resto del año. La limpieza de la *copter* tenía que progresar línea por línea y palabra por palabra; no podría ser manejada como lo eran las copias impresas armadas. No tan fácil, habría que permanecer ante la copia terminal, y luego… bueno, para hacer que valiera la pena para Eng y compensarlo por el largo y arduo trabajo le sería cobrada una factura realmente grande: la tarea le costaría a Eng algo así como veinticinco mil poscréditos. Y la erradicación del libro sobre el *swabble* haría de Eng todo un hombre pobre, la tarea…

A la altura de su codo, sobre la pequeña mesa de la cocina, el receptor del teléfono vibró desde su nicho, y de él emergió una distante y aguda voz.

—Adiós, Niehls. —Era la voz de una mujer.

Levantando el auricular hasta sus oídos, contestó:

—Adiós.

—Te amo, Niehls —precisó Charise McFadden con su voz sin aliento y llena de emociones—. ¿Me amas?

—Sí, yo también te amo —dijo él—. ¿Cuándo te habré visto por última vez? Espero que no sea mucho tiempo. Dime que no falta mucho.

—Esta noche muy probablemente —dijo Charise—. Después del trabajo. Hay alguien que quiero que conozcas, es un inventor virtualmente desconocido que anhela desesperadamente que erradiquen su tesis, que es sobre, ejem, los orígenes psicogénicos de la muerte por el impacto de meteoritos. Le dije que como tu estás en la Sección B…

Librodot

—Dile que erradique su obra él mismo.

—No hay ningún prestigio en ello. —Con toda la seriedad, Charise imploró—: Realmente es una pieza teórica espantosa, Niehls; tan rara como el día es de largo. Este chico, Lance Arbuthnot…

—¿Es ese su nombre? —Casi estaba convencido. Pero no lo suficiente. En el transcurso de un solo día recibía muchas peticiones de este tipo, y cada una de ellas, sin excepción, venía representada como una excéntrica pieza realizada por un excéntrico inventor con un excéntrico nombre. Había mantenido su lugar en la Sección B mucho tiempo para caer en esas trampas. Pero aun así… tenía que investigarlo; su código ético insistía en ello. Suspiró.

—Te escucho quejarte —dijo Charise con vivacidad.

—Mientras no sea de la MLN —dijo Lehrer.

—Bueno… sí es. —Sonaba culpable—. Sin embargo, creo que lo echaron. Es por lo que está aquí y no allá.

Pero eso, se dio cuenta Lehrer, no probaba nada. Arbuthnot, posiblemente, no compartía las fanáticas convicciones de militancia de la elite de mando de la Municipalidad para la Libertad de los Negros; posiblemente era demasiado moderado, demasiado equilibrado para los bardos de la República formada por los Estados de Tennessee, Kentucky, Arkansas y Missouri. Pero aun así probablemente tenía una visión demasiado fanática. Uno nunca sabía; no hasta conocer a la persona, y algunas veces ni siquiera entonces. Los bardos, siendo del Este, se las habían agenciado para derramar un velo sobre las caras de tres quintos de la humanidad, un velo que exitosamente oscurecía sus motivos, intenciones y quién sabe que más.

—Y lo más importante —continuó Charise—, conoció personalmente al Anarca Peak, antes de la triste contracción de Peak.

—¡Triste! —Lehrer se puso de puntas—. ¡Al diablo!

Había sido el más grande y excéntrico idiota del mundo. Todo lo que Lehrer necesitaba era la oportunidad de codearse con un seguidor del reciente y parasitario Anarca. Sintió escalofríos, recordando lo que sabía por el examen ecléctico de libros sobre la escalada de violencia surgida a mediados del siglo veinte; todos los disturbios, saqueos y asesinatos de aquellos días habían traído consigo a Sebastian Peak, originalmente un abogado, después un soberbio orador y por último un fanático religioso con su propia horda de seguidores devotos… seguidores que se extendían por todo el planeta, aunque operaban básicamente desde las cercanías de la MLN.

—Eso te podría traer problemas con Dios —dijo Charise.

—Tengo que trabajar ahora —dijo Lehrer—. Te llamaré por teléfono a la hora del café; mientras tanto haré algunas investigaciones sobre Arbuthnot en los archivos; mi decisión sobre su loca teoría sobre muertes psicosomáticas por impactos de meteoritos tendrá que esperar hasta entonces. Hola. —Colgó el teléfono, luego, ágilmente se incorporó. Sus sucias prendas le brindaban un aroma a moho realmente gratificante mientras se dirigía hacia el elevador desde su apartamento. Se sentía satisfecho con su aspecto al grado de sentirse brillar. Posiblemente, y a pesar de Charise y su más reciente capricho, el inventor Arbuthnot, hoy podría ser un buen día después de todo.

Pero, en el fondo, lo dudaba.

Cuando Niehls Lehrer llegó a su Sección de la Biblioteca, encontró a su secretaria, la rubia y delgada señorita Tomsen, tratando de deshacerse ella sola —y ahora con su ayuda— de un desaliñado caballero alto y de mediana edad con un maletín bajo su brazo.

—Ah, señor Lehrer —dijo el individuo con una voz seca y profunda mientras observaba y reconocía a Lehrer; se le acercó a Niehls, con la mano extendida—. ¡Qué agradable encontrarlo, señor! Adiós, adiós. Como ustedes dicen por aquí. —Instantáneamente, su sonrisa se encendió y se apagó como una lámpara de magnesio ante Niehls, quien no sonrió en respuesta.

—Soy un hombre bastante ocupado —dijo Niehls, y continuó hasta el escritorio de la señorita Tomsen para abrir la puerta interior de su suite privada—. Si me quiere ver, tendrá que concertar una cita regular. Hola. —Comenzó a cerrar la puerta tras él.

—Esto tiene que ver con el Anarca Peak —dijo el hombre del maletín—. El cual tengo razones para creer que le es de *sumo* interés.

—¿Por qué dice eso? —Hizo una pausa, irritado—. No recuerdo haber expresado interés alguno en alguien de la clase de Peak.

—Debería recordarlo. Pero así son las cosas. Usted está bajo *Fase*, aquí. Yo estoy orientado en una dirección temporal opuesta, la normal; así que lo que está a punto de sucederle para mí es el pasado inmediato. Mi inmediato pasado. ¿Me permite robarle unos minutos de su tiempo? Yo podría serle de gran utilidad, señor. —El hombre rió entre dientes—. *«Su tiempo».* Literalmente, si lo decimos así. Decididamente su tiempo, no el mío. Sólo considere que esta visita para mi mismo tuvo lugar ayer. —De nuevo expuso su sonrisa mecánica... realmente mecánica; en ese momento Niehls se percató del pequeño listón amarillo cosido en su manga. Esta persona era un robot, quien por Ley tenía que usar esa banda de identificación para no engañar a nadie. Al darse cuenta de ello, la irritación de Niehls creció; tenía un estricto y profundamente arraigado prejuicio contra los robots, más aún si no podía librarse de ellos por sí mismo; o como en este caso, si no quería librarse de ellos por sí mismo, de hecho.

—Entre —dijo Niehls, sosteniendo la puerta de su inmaculada suite. El robot representaba a algún director humano; no podía mandarse por sí mismo; esa era la Ley. Se preguntaba quién podría haberlo enviado. ¿Algún funcionario de los Sindicatos? Posiblemente. En cualquier caso, lo mejor sería escucharlo y luego decirle que se fuera.

Juntos, en la cámara de trabajo más importante de la suite de la Biblioteca, los dos se miraron cara a cara.

—Mi tarjeta —dijo el robot, extendiendo su mano.

Leyó la tarjeta, frunciendo el ceño.

Carl Gantrix
Abogado, EEUUO

—Mi empleador —dijo el robot—. Así que ahora ya sabe mi nombre. Se puede dirigir a mí como Carl; eso sería adecuado. —Ahora que la puerta permanecía cerrada, con la señorita Tomsen del otro lado, la voz del robot adquirió un repentino y asombroso tono de autoridad.

—Prefiero —dijo Niehls con cautela—, dirigirme a usted del modo más familiar, como Carl Júnior. Si eso no le ofende. —Hizo que su voz sonara

aún con más autoridad—. Sabrá que muy rara vez concedo audiencias a robots. Una manía, quizá, pero una en la cual soy muy constante.

—Hasta ahora —el robot Carl Júnior murmuró; recogió su tarjeta y la guardó en su maleta. Luego, sentándose, comenzó a abrir su cartera—. Estando a cargo de la Sección B de la Biblioteca, usted es un experto en la *Fase Hobart*. Al menos es lo que cree el señor Gantrix. ¿Tiene razón, señor? —El robot lo miró con entusiasmo.

—Bueno, trato con ella constantemente —Niehls empleó un tono vacío y desenvuelto; siempre era mejor adoptar una actitud superior cuando se trataba con un robot. Era necesario recordarles constantemente en este sentido particular como en muchos otros, su lugar.

—Eso es lo que el señor Gantrix da por sentado. Infiere, y en eso se sustenta su crédito, que con el paso de los años usted se ha vuelto en cierta manera una autoridad en los usos, las ventajas, y las múltiples desventajas en el *Campo Hobart de Inversión Temporal*. ¿Cierto? ¿Falso? Escoja una opción.

Niehls consideró la cuestión.

—Escojo la primera opción. Aunque tendrá que tomar en cuenta el hecho de que mi conocimiento es práctico y no teórico. Pero puedo enfrentarme adecuadamente con las extravagancias de la *Fase* sin tener que explicarla. Verá, soy un americano innato; de ahí, pragmático.

—Ciertamente. —El robot Carl Júnior asintió con su plástica cabeza humanoide—. Muy bien, señor Lehrer. Ahora, a los negocios. Su Alteza, el poderoso Anarca Peak, se ha convertido en un niño pequeño y pronto se encogerá totalmente en un homúnculo y reentrará en un útero cercano. ¿Correcto? Es sólo una cuestión de tiempo, del tiempo de ustedes, una vez más.

—Estoy consciente —dijo Niehls—, de que la *Fase Hobart* prevalece en gran medida gracias a la MLN. Estoy consciente de que su Alteza, el poderoso Anarca Peak estará dentro de un útero cercano dentro de no más de un par de meses. Y francamente, todo esto me complace. «Su alteza» está trastornado. Más allá de toda duda; clínicamente, de hecho. El mundo, en ambas direcciones, tanto en tiempo *Hobart* como en tiempo *Standard*, se beneficiará. ¿Qué más se puede decir?

—Mucho más —contestó Carl Júnior gravemente. Inclinándose hacia delante, depositó un manojo de documentos sobre el escritorio de Niehls—. Respetuosamente insisto en que examine esto.

Mientras tanto Carl Gantrix, a través de los circuitos de video del sistema del robot, se permitió una ociosa inspección del más importante de todos los bibliotecarios mientras este se abría paso entre la pesada pila de documentos falsos deliberadamente oscuros que el robot le había presentado.

El burócrata de Lehrer había mordido el anzuelo; con su atención distraída, el bibliotecario se había olvidado del robot y de sus acciones. Mientras tanto, conforme Lehrer leía, el robot deslizó de manera experta su silla hacia atrás y hacia el lado derecho, cerca de un contenedor de tarjetas de referencia de proporciones impresionantes. Alargando su brazo extensible derecho, el robot deslizó de manera reptante sus asideras manuales en forma de dedos sobre el archivo más cercano del cajón; todo esto, lo cual, desde luego, Lehrer no vio, así el robot siguió con su tarea asignada. Colocó un nido de embriones de robots miniaturizados, no más grandes que

cabezas de alfiler, dentro del archivo, luego un minúsculo círculo transmisor-buscador detrás del siguiente archivo, después un potente mecanismo detonante programado para tres días por un circuito de mando.

Mirando, Gantrix sonreía. Sólo uno de los mecanismos quedaba en manos del robot todavía, y este apenas se veía mientras el robot, mirando de reojo y con cautela a Lehrer, extendía su extensor una vez más hacia el archivo, transfiriendo el último bit del sofisticado hardware de su posesión a la del bibliotecario.

—*Purp* —dijo Lehrer, sin alzar su vista.

La señal en código, recibida por el receptor auditivo de la cámara de los archivos, activo una orden de emergencia; el archivo se cerró como si fuera una ostra en busca de seguridad. Colapsándose, el archivo se retrajo hacia la pared, enterrándose fuera de la vista. Y al mismo tiempo expulsó las construcciones que el robot había depositado dentro; los objetos, al ser expelidos con electrónica limpieza, hicieron un arco en su trayectoria, la que los depositó a los pies del robot, donde yacían expuestos con toda claridad.

—¡Santos Cielos! —dijo el robot involuntariamente, quedándose perplejo.

Lehrer dijo:

—Salga inmediatamente de mi oficina. —Alzó los ojos de los falsos documentos, y su expresión era fría. Mientras el robot se inclinaba para recoger los artefactos ahora expuestos, agregó—: Y deje esas piezas ahí; quiero que se les practique un análisis de laboratorio para determinar su procedencia y propósito. —Alcanzó el cajón superior de su escritorio, y cuando levantó su mano llevaba en ella un arma.

En los oídos de Carl Gantrix los audífonos zumbaron con la voz del robot:

—¿Qué debo hacer, señor?

—Sal en este momento. —Gantrix ya no se sentía divertido; el quisquilloso bibliotecario estaba a la altura de la sonda enviada; de hecho podía nulificarla. El contacto con Lehrer debería haberse hecho de una manera abierta, y con eso en la mente, de manera reluctante Gantrix levantó el auricular del teléfono más cercano y marcó a la Biblioteca.

Un momento más tarde veía, a través del *scanner* del robot, cómo el bibliotecario Niehls Lehrer levantaba su propio teléfono y contestaba.

—Tenemos un problema —dijo Gantrix—, un problema común. ¿Por qué, entonces, no trabajar juntos?

Lehrer respondió:

—No tengo yo noticia de tener problema alguno. —Su voz mostraba una calma definitiva; el intento del robot de implantar el hardware hostil en su área de trabajo no lo había perturbado—. Si desea que trabajemos juntos —agregó—, creo que ha tenido un muy mal comienzo.

—Es cierto —dijo Gantrix—. Pero hemos tenido en el pasado dificultades con ustedes los bibliotecarios. —Posición exaltada, pensó. Pero no dijo nada—. Esto tiene que ver con el Anarca Peak. Mis superiores creen que ha habido un intento de eliminar la *Fase Hobart* en beneficio de él… una clara violación de la ley, y una que conlleva un gran peligro para la sociedad… en ese sentido, si se logra con éxito, creará en efecto un individuo inmortal por manipulación de leyes científicas conocidas. Nosotros en realidad no nos oponemos al intento continuo de lograr una persona inmortal utilizando la *Fase Hobart*, pero creemos que el Anarca no debe ser esa persona. Si me sigue…

Librodot

—El Anarca ha sido virtualmente reabsorbido. —Lehrer no parecía muy empático; quizá, decidió Gantrix, no me cree—. No veo peligro alguno. —Con toda frialdad estudió al robot Carl Júnior, encarándolo—. Si existe alguna amenaza, creo que esta consiste en…

—Tonterías. Estoy aquí para ayudarlo; esto es para beneficio de la Biblioteca, tanto como nuestro.

—¿A quiénes representa? —demandó Lehrer.

Gantrix dudó, luego dijo:

—Al Bardo Chai del *Concilio de la Suprema Claridad.* Estoy bajo sus órdenes.

—Esto coloca todo bajo una nueva luz. —La voz del bibliotecario se había oscurecido; y, en la pantalla, su expresión se veía más dura—. No tengo nada que hacer con el *Concilio Claridad;* mi responsabilidad va hacia los *Erradicadores* exclusivamente. Como ciertamente sabe usted.

—Pero está consciente que…

—Sólo estoy consciente de esto. —Alcanzando el cajón de su escritorio el bibliotecario Lehrer extrajo una cuadrada caja gris, la cual abrió; de ella sacó un manuscrito escrito a máquina que expuso ante la atención de Gantrix—. La única copia restante de *«Cómo hice mi propio Swabble en mi sótano con artículos convencionales de limpieza durante mi tiempo libre».* La obra maestra de Eng, la cual está a punto de ser erradicada. ¿Lo ve?

—¿Sabe dónde está Ludwig Eng en este momento? —dijo Gantrix.

—No me importa dónde esté; lo único que me interesa es dónde estará a las dos treinta de la tarde de ayer… tenemos una cita, él y yo. Aquí en esta oficina de la Sección B de la Biblioteca.

—Dónde estará Ludwig Eng a las dos treinta de ayer —dijo Gantrix de manera meditativa, un tanto para sí mismo—, depende en buena medida de dónde esté exactamente ahora. —No pensaba decirle al bibliotecario lo que sabía; que en ese momento Ludwig Eng estaba en algún lugar de la Municipalidad para la Libertad de los Negros, posiblemente tratando de obtener una audiencia con el Anarca. Asumiendo que el Anarca, en su estado pueril y disminuido, pudiera otorgarle a alguien una audiencia.

El ahora pequeño Anarca, usando jeans y zapatos de lona púrpura y una camiseta deslavada, sentado sobre la hierba polvorienta estudiaba intensamente una rueda formada con canicas. Su atención se había vuelto tan completa que Ludwig Eng estaba a punto de darse por vencido; el niño frente a él no parecía ya consciente de su presencia. Considerándolo todo, la situación deprimía a Eng; se sentía más desvalido que antes de haber venido.

Sin embargo, decidió intentar continuar:

—Su Alteza Poderoso —dijo—, sólo deseo unos momentos de su tiempo.

Reacio, el niño lo miró:

—Si, señor —dijo con una voz hosca y apagada.

—Mi posición es difícil —dijo Eng, repitiendo lo dicho; le había estado presentando el mismo material al aniñado Anarca una y otra vez, todo en vano—. Si usted, como Anarca, pudiera transmitir por teledifusión un pedimento a través de todos los Estados Unidos del Oeste y la MLN para que la gente construyera algunos *swabbles* aquí y allá, con la última copia de mi libro que aún existe…

—Eso está bien —murmuró el chico.

—¿Perdón? —Eng sintió una punzada de esperanza; miró la pequeña y suave cara fijamente. Algo se había formado en ella.

Sebastian Peak dijo:

—Sí señor; espero convertirme en Anarca cuando crezca. Estoy estudiando para ello, ahora mismo.

—Eres el Anarca. Fuiste el Anarca. —Suspiró, sintiéndose abrumado. Era claramente inútil. No tenía ningún sentido proseguir… y hoy era el día final, porque ayer él se encontraría con un oficial de la Biblioteca Temática del Pueblo y todo se habría acabado.

El chico se animó. Parecía, por vez primera, haberse interesado en lo que Eng acababa de decir:

—¿No está bromeando?

—Verdad de Dios, hijo. —Eng asintió solemnemente—. De hecho, legalmente hablando, tú todavía eres el responsable de la Oficina. —Volteó a ver al delgado negro con el arma exageradamente grande a un lado que constituía el guardaespaldas cotidiano del Anarca—. ¿No es así, señor Plaut?

—Es cierto, Su Alteza —dijo el negro al chico—. Posees el poder de arbitrar en este caso, ordenando que se haga lo que se menciona en el manuscrito de este caballero. —Sentándose en cuclillas sobre sus larguiruchas piernas, buscó la errática atención del niño—. Su Alteza, este hombre es el inventor del *swabble*.

—¿Qué es eso? —El chico paseó su mirada de uno a otro, frunciendo el ceño con desconfianza—. ¿Cuánto cuesta un *swabble*? Yo sólo tengo cincuenta centavos; esa es mi pensión. De cualquier modo, creo que no quiero un *swabble*. Quiero goma de mascar y voy a ir a la feria. —Su expresión se tornó rígida y fija—. ¿A quién le interesa un *swabble*?

—Has vivido ciento sesenta años gracias al invento de este señor —le dijo el guardia—. Gracias al *swabble* se pudo inferir la *Fase Hobart* y finalmente se estableció experimentalmente. Sé que no significa nada para ti, pero… — El guardia apretó sus manos con gran seriedad, meciéndose sobre sus piernas e intentando mantener la atención errabunda del chico enfocada en lo que decía—. Ponme atención, Sebastian, esto es importante. *Si pudieras firmar un decreto…* mientras puedas todavía escribir. Es todo. Una nota pública para la gente…

—¡Uff! Lárgate. —El chico lo miró con hostilidad—. No te creo; algo está…

Algo está mal, así es, pensó Eng para sí mismo, mientras se incorporaba rígidamente. Y no parece haber nada que podamos hacer. Al menos sin tu ayuda. Se sentía vencido.

—Inténtelo más tarde —dijo el guardaespaldas, también levantándose; lo miraba con decidida compasión.

—Estará aún más joven —dijo Eng amargamente. Y de cualquier manera ya no había más tiempo; no existía más. Se alejó unos cuantos pasos, derrotado por el pesimismo.

En la rama de un árbol una mariposa había iniciado el intrincado y misterioso proceso de encogerse hasta convertirse en un compacto capullo marrón, y Eng hizo una pausa para examinar sus lentos y laboriosos esfuerzos. La mariposa tenía también una tarea que hacer, pero a diferencia de la suya, no era inútil ni desesperada. Sin embargo la mariposa no lo sabía; continuaba sin conciencia, como una máquina obedeciendo por reflejo la programación en su interior proveniente de un lejano futuro. La visión del insecto trabajando le dio a Eng algo en qué reflexionar; percibió el sentido

Librodot

moral en ello, y, dándose la vuelta, regresó a confrontar al niño que se sentaba sobre la hierba con su círculo de canicas de vivos y luminosos colores.

—Míralo de esta manera —le dijo al Anarca Peak; este era probablemente su último intento, y estaba decidido a que valiera la pena—. Aunque no puedas recordar qué es un *swabble* o qué es lo que hace la *Fase Hobart*, todo lo que necesitas hacer es firmar; tengo el documento aquí. —Buscando dentro del bolsillo interior de su saco extrajo un sobre y lo abrió—. Cuando hayas firmado esto, aparecerá en la televisión de todo el mundo, en las noticias de las seis de la tarde en cada zona horaria. Te diré lo que haré. Si firmas esto, te daré el triple del dinero que tienes. Dijiste que tenías cincuenta centavos, ¿verdad? Te daré un dólar genuino, uno de papel. ¿Qué dices? Y pagaré tu entrada al cine una vez por semana, todos los sábados en la *matinée* por el resto del año. ¡Todo un trato!

El niño lo estudio con agudeza. Parecía estar casi convencido. Pero algo, y Eng no supo desentrañar qué, lo hizo echarse atrás.

—Creo —dijo el guardia—, que quiere pedirle permiso a su papá. El viejo ahora está vivo; sus componentes migraron a un féretro de nacimiento hará unas seis semanas, actualmente está en el Hospital General de la Ciudad de Kansas, en la Sección de Nacimientos y bajo revivificación. Casi está conciente y Su Alteza ha hablado con él varias veces. ¿No es así, Sebastian? —Le sonrió gentilmente al niño y luego hizo una mueca mientras el chico asentía—. Así que eso es —le dijo luego a Eng—. Tenía razón. Teme tomar cualquier iniciativa ahora que su padre está vivo. Esto es verdadera mala suerte para usted, señor Eng; está menguando demasiado para realizar su trabajo. Y, de hecho, todo el mundo lo sabe.

—Me niego a rendirme —dijo Eng. Pero la verdad del asunto era que se había rendido ya totalmente; podía ver que el guardaespaldas, que se pasaba todo su tiempo de vigilia junto al Anarca, estaba en lo cierto. Había sido una pérdida de tiempo. Si este encuentro hubiera tenido lugar hacía dos años, sin embargo…

—Me voy para dejarlo jugar con sus canicas —le dijo pesadamente al guardia. Volvió a colocar el sobre dentro de su saco, en un bolsillo. Dirigiéndose a la salida, y luego de hacer una pausa, agregó—: Haré un último intento ayer por la mañana. Antes que tenga que estar en la biblioteca. Si la agenda del chico lo permite.

—Tenga por seguro que sí —dijo el guardaespaldas. Explicó—: Difícilmente lo consulta nadie ya, en vista de su… condición. —Su tono estaba lleno de compasión; y por lo mismo Eng sintió gran aprecio por él.

Dándose la vuelta comenzó a caminar lentamente, dejando al que fuera el Anarca de la mitad del mundo civilizado jugando ausente en la hierba.

La mañana previa, se dio cuenta. Mi última oportunidad. Mucho tiempo que esperar sin hacer nada.

En su cuarto de hotel hizo una llamada a la Costa Oeste, a la Biblioteca Temática del Pueblo. Inmediatamente se encontró encarando a uno de los burócratas que tarde o temprano tendría que tratar por largo tiempo.

—Permítame hablar con el señor Lehrer —gruñó. Lo mejor sería ir directamente a la fuente, decidió. Lehrer tenía la autoridad final en las cuestiones de su libro… ahora descompuesto en un simple manuscrito mecanografiado.

Librodot

—Disculpe —le dijo el funcionario, con un ligero tono de desdén—. Es muy temprano. El señor Lehrer ya ha salido del edificio.

—¿Cree que lo pueda encontrar en su casa?

—Probablemente estará almorzando. Le sugiero que espere hasta ayer en la tarde. Después de todo, el señor Lehrer precisa de algún tiempo de reclusión recreativa; tiene muchas responsabilidades pesadas y difíciles que cargar a sus espaldas —claramente el funcionario menor no tenía intención de cooperar.

Con una sorda depresión, Eng colgó sin decir siquiera hola. Bueno, quizá era lo mejor; indudablemente Lehrer se rehusaría a otorgarle tiempo adicional. Después de todo, como el burócrata de la Biblioteca había dicho, Lehrer tenía fuertes presiones en su trabajo también: en particular los *Erradicadores* del Sindicato… esas misteriosas entidades que velaban por que la destrucción de las invenciones humanas fuera llevada a cabo de una manera esmerada. Como lo atestiguaba su propio libro. Bien, era tiempo de rendirse y volverse al oeste.

Cuando se disponía a salir de la habitación de su hotel, hizo una pausa frente al espejo del tocador para ver si, durante el día, su cara había absorbido el paquete de barba y bigotes que se había untado y pegado. Mirando su reflejo, se froto su mandíbula…

Y gritó.

A lo largo de la línea de su papada se podía observar el reciente vello facial. Le estaba brotando barba; sutilmente estaba saliendo… en vez de ser absorbida.

No sabía lo que esto significaba. Pero lo aterrorizaba; se quedó de pie boquiabierto apabullado por la terrorífica suma de todos sus rasgos reflejándose. El hombre en el espejo parecía incluso vagamente familiar; algo ominoso y subyacente en el deforme cambio lo había perturbado. Pero, ¿por qué? Y… ¿cómo?

El instinto le dijo que no abandonara el cuarto de hotel.

Se sentó. Y esperó. Para qué, no lo sabía. Pero de una cosa sí estaba seguro. No habría encuentro con Niehls Lehrer de la Biblioteca Temática del Pueblo a las dos treinta de ayer en la tarde. Porque…

Lo olfateó, asiéndolo intuitivamente por la sola visión en el espejo del tocador de su cuarto de hotel: No habría ayer; al menos no para él.

¿Lo habría para alguien más?

—Tengo que ver al Anarca una vez más —se dijo a sí mismo, haciendo un alto. Al diablo con Lehrer; no tengo ninguna intención de hacer otra cita con él ahora. Todo lo que importa es ver a Sebastian Peak una vez más; de hecho, tan pronto como sea posible. Quizá hoy mismo más temprano.

Porque una vez que viera al Anarca sabría si lo que intuía era cierto. Y si era verdad, entonces su libro, todas las copias, ya no correrían riesgo alguno. El Sindicato con su inflexible programa de erradicación no lo amenazaría más… posiblemente. Al menos era lo que esperaba.

Pero sólo el tiempo lo diría. El tiempo. La *Fase Hobart* entera. Estaba implicada de alguna forma.

Y, posiblemente, no sólo para él.

Dirigiéndose a su superior, el Bardo Chai del *Concilio de la Claridad*, Gantrix le dijo:

Librodot

—Teníamos razón —regresó la grabación con las manos temblorosas—. Esto proviene de nuestro contacto con la Biblioteca por video; el inventor del *swabble*, Ludwig Eng intentó alcanzar a Lehrer y falló. Por lo tanto no hubo conversación alguna.

—Y no tenemos nada por grabar —maulló el Bardo de manera cortante. Su redonda cara verde formó un gesto de decepción.

—No es así. Mire. Es la imagen de Eng la que tiene gran significación. Ha pasado el día con el Anarca… y como consecuencia su flujo temporal ha regresado en sentido opuesto. Véalo por sus propios ojos.

Después de un momento, mientras examinaba la imagen de Eng en el video, el Bardo se reclinó en su sillón y dijo:

—El *estigma.* Plena infestación de vello facial en crecimiento; típico en el sexo masculino, sobre todo en los de la línea *cauc*.

—¿Debemos revivirlo ahora? —dijo Gantrix—. ¿Antes de que entre en contacto con Lehrer? —Tenía con él un arma soberbia que podría reducir a la nada a cualquier persona en cuestión de minutos… conduciéndolo directamente al útero más cercano, y para bien.

—En mi opinión —dijo el Bardo Chai— se ha vuelto inofensivo. El *swabble* es algo que no existe ahora; esto no lo restaurará. —Pero al expresar esto el Bardo se sintió dudar, si no preocupado. Quizá Gantrix, su subordinado, percibía correctamente la situación; así lo había hecho en el pasado, en ocasiones bastante críticas… lo cual explicaba su valor para el *Concilio de la Claridad.*

—Pero si la *Fase Hobart* ha sido cancelada para Eng —replicó Gantrix con obstinación—, entonces el desarrollo del *swabble* comenzará de nuevo. Después de todo, él posee el original mecanografiado; su contacto con el Anarca ha tenido lugar antes que los *Erradicadores* del Sindicato indujeran el estado final de destrucción.

Eso ciertamente era verdad; el Bardo Chai lo consideró y estuvo de acuerdo. Y aunque a pesar de este conocimiento había tenido dificultades para tomarse en serio a Ludwig Eng; el hombre no se veía peligroso, con barba o sin ella. Se dirigió a Gantrix, dispuesto a hablar… y luego se calló abruptamente.

—Su expresión me desconcierta de una manera inusual —dijo Gantrix, con una palpable molestia—. ¿Qué está mal? —Se veía incómodo mientras el Bardo continuaba mirándolo fijamente. La preocupación sustituyó a la incomodidad.

—Tu cara —dijo el Bardo Chai, manteniendo su compostura con el más grande esfuerzo.

—¿Qué pasa con mi cara? —La mano de Gantrix voló hacia su mentón; lo frotó brevemente y luego parpadeó—. ¡Dios mío!

—Y no has estado cerca del Anarca. Así que eso no explica tu condición — se preguntó entonces sobre sí mismo; ¿se había extendido la reversión de la *Fase Hobart* sobre su propia persona también? Con rigidez, se exploró su propia quijada y la línea bajo su mentón. Y con toda claridad percibió las cerdas retoñando. Perplejo, pensó furiosamente en sí mismo. ¿Qué podía extraerse de esto? El reverso en la senda temporal del Anarca podría ser sólo un efecto de alguna causa previa que los implicaba a todos. Esto colocaba una nueva luz sobre la situación del Anarca; quizá no había sido algo voluntario.

—¿Puede ser que la desaparición del aparato de Eng explique esto? —dijo Gantrix reflexivamente—. A excepción del manuscrito original ya no hay nada que realmente tenga que ver con el *swabble*. En realidad, deberíamos de haber anticipado esto, ya que el *swabble* está íntimamente relacionado con la *Fase Hobart.*

—Me pregunto… —dijo el Bardo Chai, reflexionando aún rápidamente. El *swabble* no había creado la *Fase Hobart* estrictamente hablando; había servido para *dirigirla*, así algunas regiones del planeta podían evadir la *Fase* completamente… mientras otras habían permanecido totalmente sumergidas en ella. Pero de alguna manera la desaparición del *swabble* de la sociedad contemporánea había diluido la *Fase Hobart* de una manera uniforme sobre todos; y un resultado de esto podría ser la disminución por debajo del nivel de efectividad para aquellos, como Carl Gantrix y él mismo, que habían participado en la *Fase* plenamente.

—Pero ahora —dijo Gantrix, de manera pensativa—, el inventor del *swabble*, y primer usuario, ha regresado al tiempo normal; de ahí que el desarrollo del *swabble* pueda manifestarse de nuevo por sí mismo. Ahora podemos esperar que Eng construya su primer modelo funcional en cualquier momento.

La dificultad de la situación de Eng ahora se tornaba evidente para el Bardo Chai. Como antes, el empleo del dispositivo de ese hombre se extendería a través de todo el mundo. Pero… tan pronto como Eng construyera y pusiera en operación su *swabble* piloto, la *Fase Hobart* reanudaría; una vez más la dirección de Eng se pondría en reversa. Los *swabbles* entonces serían abolidos por el Sindicato hasta que, una vez más, todo lo que quedara fuera el manuscrito original… punto en el cual el tiempo normal se restablecería.

Se le figuraba al Bardo Chai que había quedado atrapado en un ciclo cerrado. Oscilaría entre pequeños y distintos intervalos: entre poseer solo la información teórica del *swabble* y en construir y operar realmente un modelo funcional. Y detrás de él lo seguiría una buena porción de la población de la Tierra.

Estamos atrapados con él, se dio cuenta el Bardo Chai con melancolía. ¿Cómo escaparemos? ¿Cuál es nuestra solución?

—Debemos obligar a Eng a la aniquilación completa del manuscrito, incluyendo la idea de su construcción —dijo Gantrix—, o…

—Pero eso es imposible —estalló el Bardo Chai con impaciencia—. En este punto la *Fase Hobart* se debilita automáticamente, desde el instante que no existen *swabbles* funcionando para sostenerla. ¿Cómo, en su ausencia, puede Eng forzar el tiempo hacia atrás un solo paso?

Constituía una pregunta válida y con la necesidad de una respuesta inmediata; los dos hombres se percataron de ello y ninguno de los dos habló por buen rato. Gantrix continuó malhumorado frotando su barbilla, como si pudiera percibir el crecimiento sostenido de su barba incipiente. El Bardo Chai, por otro lado, se había sumergido en un estado de intensa introversión; sopesaba y analizaba la cuestión.

No llegó ninguna respuesta. Al menos no entonces. Pero con el tiempo…

—Esto es algo extremadamente difícil —dijo el Bardo, con agitación—. En cualquier momento Eng ensamblará sin cuidado su primer *swabble*. Y una vez más estaremos pasando por un ciclo en una dirección retrógrada. —Lo que ahora le preocupaba era un terrible y repentino pensamiento. Esto

Librodot

sucedería una y otra vez, y cada vez el intervalo se acortaría más. Hasta que, rumiaba en ello, se volviera un instante de un solo microsegundo; entonces no habría progresión temporal en ningún sentido.

Era una morbosa prospección. Pero existía un factor de redención. Eng debería de percibir el problema, también. Y buscaría una manera de evitarlo. Lógicamente, podría ser resuelto por él mismo en uno u otro sentido: podría abstenerse por voluntad propia de inventar el *swabble*. La *Fase Hobart*, nunca tendría lugar, al menos no de manera efectiva.

Pero esta decisión pertenecía exclusivamente a Eng. ¿Cooperaría si se le planteaba la idea?

Probablemente no. Eng había sido siempre un hombre violento y autista; nadie podría influenciarlo. Esto, desde luego, había contribuido a convertirlo en una persona original; sin todos esos rasgos Eng no habría alcanzado nada como inventor, y el *swabble*, con todos sus enormes efectos sobre la sociedad contemporánea, nunca habría existido.

Lo cual habría sido algo bueno, pensó el Bardo de forma taciturna. Pero hasta ahora no habíamos podido apreciarlo.

Ahora él podía apreciarlo.

La solución que proponía Gantrix, la de *renacer* a Eng, no le complacía. Pero parecía cada vez más la única solución. Y se precisaba *una* solución.

Con profunda irritación el bibliotecario Niehls Lehrer inspeccionó el reloj sobre su escritorio, luego su libreta de citas. Eng no se había presentado; las dos treinta habían pasado, y Lehrer permanecía sentado solo en su oficina. Carl Gantrix había tenido razón.

Mientras meditaba vagamente en el significado de lo que había escuchado, sonó el teléfono. Decidió que probablemente era Eng mientras alcanzaba el auricular. Veía un largo camino por delante, tendría que telefonear para avisar que no lo había logrado. Voy a tener problemas con esto; al Sindicato no le va a gustar. Y tendré que alertarlos; no tengo elección.

—Adiós —dijo al teléfono.

—Te amo, Niehls —dijo una voz femenina y sin aliento; no era la llamada que había anticipado—. ¿Me amas?

—Sí, Charise —dijo—. Te amo, también. Pero maldición, no me llames en las horas de trabajo; pensé que lo sabías.

Contrita, Charise McFadden dijo:

—Perdona, Niehls. Pero he estado pensando en el pobre de Lance. ¿Hiciste la investigación sobre él que habías prometido? Apuesto a que no.

De hecho sí la había realizado; o de manera más precisa, había instruido a un empleado menor para que realizara la tarea por él. Abriendo el cajón superior de su escritorio sacó el folio de Lance Arbuthnot.

—Aquí lo tengo —informó a Charise—. Conozco todo lo que hay por saber de este excéntrico. Todo lo que me importaría saber, por decirlo de modo más correcto. —Hojeó las páginas de papel del folio—. No hay mucho aquí, realmente. Arbuthnot no ha hecho gran cosa. Entenderás que únicamente puedo atender esto debido a que un cliente mayor de la Biblioteca ha faltado a su cita de las dos treinta. Si se presenta, tendré que dar por terminada esta conversación.

—¿Conoció Arbuthnot al Anarca Peak?

—Esa parte es cierta.

Librodot

—Y es un verdadero chiflado. Así que el erradicar su tesis tendrá como resultado una gran ganancia para la sociedad. Es tu deber. —En la porción del video del teléfono movió sus largas pestañas zalamera—. Vamos Niehls, querido. Por favor.

—Pero —Lehrer continuó inflexible—, no hay nada en el informe que sugiera que Arbuthnot haya dedicado algo de su tiempo a la investigación de los aspectos psicosomáticos de la muerte por impactos de meteoritos.

Charise se ruborizó, dudó, y luego dijo en voz baja:

—Yo, eh, inventé eso.

—¿Por qué?

Después de una pausa, la chica dijo, titubeante:

—Bueno, e-e-el… el hecho es que soy su amante.

—El hecho es que —dijo Lehrer de manera acre y con voz implacable— no sabes de qué trata realmente su tesis. Podría ser algo totalmente racional. Una contribución significativa para nuestra sociedad. ¿Correcto? —no esperó que ella replicara; comenzó a desconectar el circuito telefónico.

—Espera —tragó saliva rápidamente, inclinó su cabeza, luego se hundió mientras sus dedos tocaban el botón del teléfono—. Está bien, Niehls; lo admito. Lance se niega a decirme sobre *qué* es su tesis. No se lo dirá a nadie. Pero si tú te tomas la tarea de erradicarla… ¿no lo ves? Tendrá que revelártelo; es preciso que lo analices antes de que el Sindicato lo acepte. ¿No es así? Y entonces me dirás de qué trata. Sé que me lo dirás.

—¿Por qué te preocupa tanto de qué trata? —dijo Lehrer.

—Creo —dijo Charise, dudando—, que tiene que ver conmigo. Honestamente. Hay algo extraño en mí, y Lance lo ha notado. Quiero decir, esto no es inusual si consideras lo cerca que hemos, eh, estado; nos vemos mucho… si me permites usar la expresión… mutuamente.

—Creo que todo esto es muy tonto —dijo Lehrer con frialdad. En este punto, se dijo a sí mismo, no debo aceptar la tesis de Arbuthnot a ningún costo mío. Aún si me endeudarán con dos mil poscréditos—. Hablaré contigo en algún otro momento —dijo cortando la comunicación.

—Señor —dijo su secretaria, la señorita Tomsen en el intercomunicador sobre el escritorio—, aquí está un hombre esperándolo desde la seis de la tarde. Dice que sólo quiere un par de segundos de su tiempo, y la señorita McFadden le ha hecho saber que usted estaría encantado de…

—Dígale que he muerto en mi oficina —dijo Lehrer abruptamente.

—Pero no puede morir, señor. Está bajo la *Fase Hobart.* Y el señor Arbuthnot sabe eso, pues lo ha mencionado. Ha estado sentado allá afuera haciendo un horóscopo tipo *Hobart* sobre usted, y predice que grandes cosas le han pasado en el año previo. Francamente, me pone nerviosa; algunas de sus predicciones suenan muy precisas.

—Los adivinadores de fortuna del pasado no me interesan —dijo Lehrer—. De hecho, hasta donde sé, todo eso es una farsa. Sólo el futuro es conocible. —El hombre era un chiflado, vaya que sí, Lehrer se dio cuenta. Charise me dijo la verdad al respecto. Imagina mantener toda esa seriedad sobre lo que ya ha pasado, lo que se ha desvanecido en el limbo del nebuloso ayer, y la posibilidad de predecirlo. Uno ha matado cada minuto, como mencionaba P. T. Barnum.

Quizá debería verlo, reflexionó. Charise tiene razón; ideas como esa deberían ser erradicadas por el bien de la humanidad, o por lo menos para mi propia paz mental.

Librodot

Pero eso no era todo. Ahora una cierta curiosidad lo apabullaba. Sería interesante, aunque de poco peso, escuchar a ese idiota. Ver qué era lo que predecía, especialmente para las semanas recientes. Y luego aceptar su tesis para erradicarla. Sería la primera persona a la que le realizaban un horóscopo tipo *Hobart*.

Indudablemente, Ludwig Eng no tenía intención de venir. Serían ya las dos de la tarde, pensó Lehrer. Echó un vistazo a su reloj.

Y parpadeó.

El reloj marcaba las dos y cuarto.

—Señorita Tomsen —dijo Lehrer por el intercomunicador—, *¿qué hora tiene?*

—Vaya —dijo la señorita Tomsen—, es más temprano de lo que pensé. Claramente recuerdo que eran las dos y veinte sólo hace un momento. Mi reloj debe haberse parado.

—Quiere decir que es más tarde que lo que pensó. Las dos cuarenta es más tarde que las dos treinta.

—No, señor, si no le molesta que le contradiga. Quiero decir que no está en mí lugar decirle a usted qué es qué, pero tengo la razón. Puede preguntarle a quien sea. Le preguntaré a este caballero que está aquí. ¿Señor Arbuthnot, no son las dos cuarenta más temprano que las dos veinte?

Por el intercomunicador llegó una voz masculina seca y controlada:

—Sólo estoy interesado en ver al señor Lehrer, no en sostener discusiones académicas. Señor Lehrer, si me recibe le garantizo que encontrará mi tesis como la más flagrante pieza de absoluta basura que haya tenido ante su atención. La señorita McFadden no lo habrá engañado.

—Déjelo entrar. —Lehrer instruyó reacio a la señorita Tomsen. Se sentía perplejo. Algo extraño había empezado a suceder, algo que estaba conectado con el flujo ordenado del tiempo. Pero no podía precisar qué era exactamente.

Un joven vivaz, en las primeras etapas de calvicie, entró en la oficina, traía un maletín bajo su brazo. Brevemente se estrecharon las manos y luego Arbuthnot se sentó frente al escritorio.

Así que este es el hombre con el que Charise está teniendo una relación, se dijo Lehrer a sí mismo. Bien, así son las cosas.

—Le daré diez minutos —puntualizó—. Y después tendrá que irse de aquí. ¿Entendido?

—He concebido aquí —dijo Arbuthnot, desabrochando su maletín—, el más extravagante e imposible concepto imaginable para mi mente. Y creo que su erradicación oficial es absolutamente esencial, antes que esta idea eche raíces y cause un daño real y ultrajante. Hay gente que asimila y actúa ante cualquier idea, no importando que tan contraria sea al buen sentido de la razón. Usted es la única persona a la que le habré mostrado esto, y se la muestro con grandes reservas. —Arbuthnot entonces, en un solo movimiento brusco y espasmódico, dejó caer su trabajo mecanografiado sobre la superficie del escritorio de Niehls Lehrer. Y se sentó rígido, aguardando.

Con cautela profesional, Lehrer inspeccionó el título del documento, luego se encogió de hombros:

—Esto no es más que la inversión del famoso trabajo de Ludwig Eng — deslizó su costosa silla hacia atrás del escritorio rechazando el manuscrito; elevando ambas manos en un gesto de despido—. Esto no es tan

extravagante; es lógicamente el título inverso al de Eng... cualquiera podría hacerlo en cualquier momento.

Arbuthnot dijo severamente:

—Pero nadie lo ha hecho. Hasta ahora. Léalo una vez más y piense en sus implicaciones.

Sin sentirse impresionado, Lehrer examinó una vez más el grueso fajo de papeles.

—*Las implicaciones* —continuó Arbuthnot en un tono bajo y sigiloso, pero con la voz tensa—, de la erradicación de este manuscrito.

El título, sin causarle impresión alguna a Lehrer todavía, decía:

«CÓMO DESARMÉ MI SWABBLE EN OBJETOS ORDINARIOS DE LIMPIEZA EN MI SÓTANO DURANTE MI TIEMPO LIBRE».

—¿Y? —dijo Lehrer—. Cualquiera puede desarmar un *swabble*; de hecho, está siendo realizado. Miles de *swabbles* están siendo erradicados; es la pauta. De hecho, dudo que pueda hallarse actualmente un solo *swabble* en algún lugar...

—Cuando esa tesis sea erradicada —dijo Arbuthnot—, como tengo la certeza que va a serlo, y está siendo recientemente erradicada, ¿en que consistirá su negación? Píenselo, Lehrer. Usted conoce las implicaciones de acabar con la existencia de la premisa de Eng; implica el final del *swabble* y también de la *Fase* Hobart. De hecho, regresaremos al flujo temporal normal en todos los Estados Unidos del Oeste y en la Municipalidad para la Libertad de los Negros en unas cuarenta y ocho horas... mientras el manuscrito de Eng alcanza la jurisdicción del Sindicato. La erradicación de mi obra, entonces, si sigue la misma línea de razonamiento... —Hizo una pausa—. ¿Ve lo que he hecho, no es así? He encontrado una manera de preservar el *swabble*. Y de mantener la *Fase Hobart* ahora en desintegración. Sin mi tesis perderemos gradualmente todo lo que el *swabble* nos ha traído. El *swabble*, Lehrer, elimina la muerte; el caso del Anarca Peak es sólo el comienzo. Pero la única manera de mantener el ciclo vivo es equilibrar los papeles de Eng con los míos; los documentos de Eng nos mueven en una dirección, los míos en la otra, y así la teoría de Eng se vuelve operativa una vez más. Para siempre, si lo queremos. A menos... y no puedo imaginar que esto suceda, aunque admito que es teóricamente posible... que resulte una inesperada fusión de los dos flujos temporales.

—Usted está loco —dijo Lehrer pesadamente.

—Exactamente —Arbuthnot asintió—. Y es por ello que aceptará mis documentos para su erradicación oficial por parte del Sindicato. Porque no me cree. Porque piensa que esto es absurdo. —Sonrió ligeramente con sus grises ojos inteligentes y penetrantes.

Presionando el botón que activaba su intercomunicador, Lehrer dijo:

—Señorita Tomsen, notifique al despacho local más cercano del Sindicato para que envíen un *Erradicador* a mi oficina tan pronto como sea posible. Tengo ciertas tonterías sobre las que quiero que emita un fallo. Para así poder iniciar el trámite de la extinción de la copia terminal.

—Sí, señor Lehrer —dijo la voz de la señorita Tomsen.

Recargándose en su silla, Lehrer inspeccionó al hombre sentado frente a él.

—¿Esto le parece bien?

—Perfectamente —respondió Arbuthnot aún sonriendo.

—Si yo pensara que en su concepto existiera alguna posibilidad de…

—Pero no lo piensa —dijo Arbuthnot pacientemente—. Así que voy a obtener lo que quería; tendré éxito. En algún momento de mañana o pasado mañana.

—Querrá decir ayer —dijo Lehrer—, o anteayer. —Examinó su reloj de pulsera—: Los diez minutos han concluido —le informó al excéntrico inventor—, le pediré que se retire. —Colocó su mano sobre el manojo de papeles—. Esto se queda aquí.

Levantándose, Arbuthnot se dirigió hacia la puerta de la oficina.

—Señor Lehrer, no se alarme por esto, pero con el debido respeto, señor, necesita una afeitada.

—No me he afeitado en veintitrés años —dijo Lehrer—. No desde que la *Fase Hobart* entró en efecto por vez primera en la zona de Los Ángeles.

—Lo hará por primera vez *mañana* —dijo Arbuthnot. Y dejó la oficina; la puerta se cerró tras él.

Después de reflexionar un momento, Lehrer tocó el botón del intercomunicador:

—Señorita Tomsen, no me envíe a nadie más; cancele todas mis citas por el resto del día.

—Sí, señor. —Con una nota de esperanza, la señorita Tomsen preguntó—: Era un chiflado, ¿verdad? Eso es lo que creo; siempre lo puedo decir. Está satisfecho de haberlo visto.

—Lo veré —corrigió él.

—Creo que está equivocado, señor Lehrer. El tiempo pasado se utiliza…

—Aunque Ludwig Eng se presente —dijo Lehrer—, no me siento con ganas de verlo. He tenido suficiente por hoy. —Abriendo su escritorio depositó cuidadosamente el manuscrito de Arbuthnot en él, y luego lo cerró. Se dirigió al cenicero y buscó la colilla más corta, la mejor, la frotó sobre la superficie cerámica del cenicero hasta que se encendió, luego se la llevó a sus labios. Soplando jirones de tabaco dentro de la colilla, se quedó sentado mirando fijamente a través de su ventana los álamos que delineaban el camino del estacionamiento.

El viento, moviéndose de un lado a otro, juntó un puñado de hojas, arremolinándolas sobre las ramas de los árboles, adhiriéndolas con una pauta precisa que agregaba decididamente una nueva belleza a los árboles.

Algunas hojas marrones ya se habían vuelto verdes. En poco tiempo el otoño daría paso al verano y éste a la primavera.

Miró todo con gran aprecio, mientras esperaba al *Erradicador* enviado por el Sindicato. Debido a esta trastornada y excéntrica tesis, el tiempo había regresado a la normalidad. Excepto por…

Lehrer frotó su mejilla. Barba incipiente.

—Señorita Tomsen —le dijo al intercomunicador—, ¿podría venir aquí y decirme si necesito o no una afeitada?

Tenía la sensación de que sí la necesitaba. Y pronto.

Probablemente antes de la media hora previa.

SAGRADA CONTROVERSIA

I

El sueño se disolvió y el hombre parpadeó, herido por la luz blanca artificial que lo encandilaba. La luz venía de tres círculos fijos sobre su cama, a medio camino del cielo raso.

—Lamentamos despertarlo, señor Stafford —dijo una voz masculina detrás de la luz—. ¿Es Joseph Stafford, verdad?

—Sería una maldita vergüenza despertar a otro, a alguien que no se lo mereciera —continuó la voz, ahora dirigida a otra persona invisible.

Stafford se sentó en la cama y graznó.

—¿Quiénes son?

La cama crujió mientras uno de los círculos de luz descendía. Uno de ellos se había sentado.

—Buscamos a Joseph Stafford, fila seis, piso 50, un... ¿cómo lo llaman?

—Reparador de computadoras clase GB —lo auxilió uno de sus acompañantes.

—Eso. Un experto, por ejemplo, en esas nuevas latas de plasma fundido para almacenar datos. Si una de ésas se rompiera, usted podría arreglarla, ¿verdad Stafford?

—Claro que podría —dijo otra voz con calma—. Por eso tiene la calificación necesaria para estar de guardia —explicó—. La segunda línea de videófono que cortamos lo mantenía en conexión directa con sus superiores.

—¿Cuánto hace que no lo llaman, reparador? —preguntó la primera voz.

Stafford no contestó. Tanteó bajo la almohada, en busca de la pistola *Sneek* que solía estar ahí.

—Es probable que haga mucho que no trabaja —dijo uno de los visitantes con linternas—. Es probable que necesite el dinero. ¿Necesita dinero, Stafford? ¿O *qué* necesita? ¿Disfruta cuando arregla computadoras? Quiero decir que tendría que ser un tonto para hacer este tipo de trabajo, de guardia las 24 horas, si no le gustara. ¿Lo hace bien? ¿Puede arreglar cualquier cosa que le pase a nuestra programadora de planes militares *Genux-B*, por más extraño y ridículo que sea el problema? Háganos sentir bien: diga que sí.

—Yo... tengo que pensarlo —dijo Stafford con torpeza. Aún buscaba la pistola pero la había perdido, sentía su ausencia. Probablemente los hombres la habían tomado antes de despertarlo.

—¿Sabe una cosa, señor Stafford?... —continuó la voz.

—*Escuche*, señor Stafford —interrumpió otra voz, mientras la aureola de luz de la derecha descendía. El hombre se había inclinado—: Salga de la cama, ¿de acuerdo? Vístase y vamos a llevarlo a donde tenemos una computadora que hay que reparar. En el camino tendrá tiempo de sobra para decidir cuán bueno es. Y cuando lleguemos, puede echarle un vistazo a la *Genux-B*, para ver cuánto tiempo va a llevarle.

—Realmente queremos arreglarla —dijo el primer hombre con tono quejumbroso—. Como está, es inútil para nosotros y para cualquiera. Los datos se acumulan en montañas y... ¿cómo dicen ustedes? *no se los come.* Quedan ahí, *Genux-B* no los procesa, y por supuesto no puede llegar a ninguna decisión. De modo que todos esos satélites siguen volando allá afuera como si nada pasara.

Librodot

—¿Cuál fue el primer síntoma? —dijo Stafford mientras salía de la cama, lento y embotado. Se preguntaba quiénes eran, y de cuál *Genux-B* hablaban. Por lo que sabía, había sólo tres en América del Norte, y sólo ocho en toda la Tierra.

Las formas invisibles detrás de las linternas conferenciaron mientras lo miraban ponerse su mameluco. Luego uno de los hombres se aclaró la garganta y dijo:

—Tengo entendido que uno de los carretes de ingreso de datos dejó de girar, y que desde entonces la cinta se amontona en el suelo.

—Pero la tensión de la cinta en los carretes de ingreso... —empezó a decir Stafford.

—En este caso, dejó de ser automática. Trabamos el carrete para que no aceptara más cinta, ¿entiende? Antes tratamos de cortar la cinta, pero supongo que sabe que vuelve a insertarse de modo automático. Y pensamos en borrar la cinta, pero el circuito que la borra enciende una alarma en Washington cuando se activa, y no queríamos que toda esa gente de alto nivel se involucrara en el asunto. Sin embargo, los diseñadores de la computadora no tuvieron en cuenta el carrete de ingreso, porque se supone que un simple mecanismo de embrague no puede fallar.

—En otras palabras, hay datos que no quieren que reciba —dijo Stafford mientras trataba de abrocharse el botón del cuello. Ya se sentía lúcido, o por lo menos casi despierto—. ¿Qué tipo de datos?

Un escalofrío premonitorio le hizo pensar que ya sabía la respuesta: datos que llevarían a la gran computadora del Gobierno a declarar la *Alerta Roja*. Era obvio que habían estropeado la *Genux-B* antes de que un ataque de la Asociación Auténtica Sudafricana se manifestara en minúsculos síntomas aislados, que la computadora detectaría e integraría en un esquema significativo, a partir de su vasto ingreso de datos sin relación aparente.

«¡Cuántas veces nos advirtieron sobre esto! —pensó Stafford con amargura—. Tienen que destruir nuestra *Genux-B* antes de que pueda desplegar los bombarderos y satélites de represalia del CEEA». Y ahora ocurría. Esos hombres, agentes encubiertos de la AAS en América del Norte, lo habían despertado para que terminara de dejar inservible la computadora.

Pero era posible que los datos ya se hubieran recibido, y que ya hubieran sido transferidos a los circuitos receptores, para ser procesados y analizados. Habían empezado a trabajar demasiado tarde, un día o apenas unos segundos tarde. Por lo menos algunos de los datos significativos habían llegado a la cinta, y por eso apelaban a él. No podían terminar el trabajo solos.

En ese momento, satélites con armas de terror estallaban sobre Estados Unidos, mientras la red de maquinarias de defensa esperaba una orden de la computadora principal. Y esperaba en vano, porque *Genux-B* nada sabía sobre presagios de un ataque militar, y los ignoraría hasta que un impacto directo en la capital terminara con ella y con sus castradas facultades.

No era sorprendente que hubieran trabado el carrete de ingreso.

II

—La guerra ha comenzado —dijo tranquilamente a los cuatro hombres con linternas.

Ahora que había encendido las luces del dormitorio, podía ver cómo eran. Hombres comunes que cumplían su misión; no eran fanáticos, sino funcionarios. Podrían haber trabajado del mismo modo para cualquier Gobierno, quizás incluso para el casi psicótico de China Popular.

—La guerra *ya* ha estallado —pensó en voz alta— y es esencial que *Genux-B* no lo sepa, para que no pueda defendernos ni contraatacar. Quieren asegurarse de que sólo reciba datos que indiquen que estamos en paz.

Recordaba —y no cabía duda de que ellos también— con cuánta rapidez había reaccionado *Genux-B* en las dos anteriores «Intervenciones de Honor», una contra Israel y la otra contra Francia. Ni uno de los observadores profesionales entrenados había visto las señales, o lo que indicaban. Como le había pasado a Stalin en 1941. Al viejo tirano le habían mostrado evidencia de que el Tercer Reich se proponía atacar a la Unión Soviética, pero simplemente no podía o no quería creerlo. No más de lo que el Reich había creído en 1939 que Francia y Gran Bretaña iban a honrar su pacto con Polonia.

En un grupo compacto, los hombres con linternas lo condujeron del dormitorio de su apartamento al pasillo exterior, y en el ascensor hacia la pista de aterrizaje del techo. Cuando emergieron, el aire olía a barro y humedad. Inhaló, tiritó y miró en forma involuntaria el cielo. Una estrella se movió: luces de aterrizaje sobre un volador, a poca distancia de los cinco hombres.

Cuando se sentaron en el volador, que se elevó con rapidez y se dirigió hacia el oeste, a Utah, uno de los grises funcionarios con pistola *Sneek*, linterna y portafolios le dijo a Stafford:

—Su teoría es buena, sobre todo considerando que lo despertamos de un sueño profundo.

—Pero está equivocado. Muéstrenle la cinta perforada que sacamos —añadió uno de sus compañeros.

El hombre más cercano a Stafford abrió su portafolios, sacó un rollo de cinta plástica y se la dio en silencio.

Stafford lo sostuvo a la luz del domo del volador y descifró las perforaciones. Sistema binario, evidentemente material de programación para las unidades del *Comando Estratégico del Espacio Adquirido* que la computadora controlaba en forma directa.

—Estaba a punto de apretar el botón de pánico y dar una orden a todas nuestras unidades militares conectadas con ella. ¿Puede leer la orden? —dijo por encima del hombro el hombre que conducía el volador.

Stafford hizo un gesto con la cabeza y devolvió la cinta. Sí, podía leerla. La computadora había enviado al CEEA una *Alerta Roja*. Incluso había llegado a ordenar el apresurado desplazamiento de todos los escuadrones portadores de bombas H, y a pedir que todos los misiles intercontinentales balísticos estuvieran listos para ser lanzados desde sus dispersas plataformas.

—También estaba enviando órdenes a los satélites de defensa y los complejos misilísticos, para que se preparen contra un inminente ataque con bombas H. Bloqueamos todo eso, como puede ver. Nada de lo que hay en esa cinta llegó a los cables coaxiales —dijo el conductor.

Stafford no entendía.

—Entonces, ¿qué datos quieren impedir que reciba? —dijo secamente tras una pausa.

—Retroalimentación —dijo el hombre que conducía, obviamente el jefe de esa Unidad de comandos—. Sin retroalimentación, la computadora carece de recursos para determinar que su brazo militar no contraatacó. Tendrá que asumir que el contraataque se llevó a cabo, pero que el ataque enemigo fue por lo menos parcialmente exitoso.

—Pero no hay enemigo. ¿Quién nos está atacando? —dijo Stafford.

Silencio.

El sudor hizo brillar la frente de Stafford.

—¿Saben qué llevaría a una *Genux-B* a la conclusión de que somos atacados?: Un millón de factores aislados, todos los datos que se puedan conocer sopesados, comparados, analizados, y luego la gestalt absoluta. En este caso, la gestalt de un inminente ataque enemigo. Ningún hecho aislado la llevaría a cruzar el umbral: es algo acumulativo. Un programa de construcción de refugios en Rusia Asiática, movimientos inusuales de buques de carga alrededor de Cuba, concentraciones de descarga de transportes de misiles en Canadá Rojo…

—Nadie, ninguna nación en la Tierra o la Luna o los domos de Marte está atacando a nadie —dijo con placidez el hombre en los mandos del volador—. Puede ver por qué tenemos que llevarlo allá con rapidez. Tiene que asegurar por completo que ninguna orden emane de *Genux-B* hacia el CEEA. Queremos sellar a *Genux-B* para que no pueda comunicarse con nadie que tenga autoridad, ni oír a nadie más que nosotros. Después pensaremos qué hacer. Pero «*basta a cada día su propio mal*».

—¿Dicen que *Genux-B* no puede identificar un ataque, con todos los medios de que dispone y sus múltiples recolectores de datos? —preguntó Stafford. Y entonces pensó algo que lo aterrorizó de un modo desesperado y retroactivo—. ¿Qué hay de nuestro ataque contra el pequeño Israel en el 89, y luego contra Francia en el 92?

—Nadie nos atacaba entonces, tampoco —dijo el hombre más cercano a Stafford, mientras tomaba la cinta y volvía a guardarla en su portafolios. Su voz, sombría y áspera, era lo único que podía oírse. Nadie más hablaba ni se movía—. Igual que ahora. Sólo que esta vez algunos de nosotros detuvimos a *Genux-B* antes de que nos involucrara, y rezamos porque hayamos abortado una guerra sin sentido ni utilidad.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Stafford—. ¿Cuál es su posición en el Gobierno Federal? ¿Y cuál es su conexión con *Genux-B*?.

Agentes de la ruidosa Asociación Auténtica Sudafricana, pensó. Eso aún le parecía lo más probable. O incluso *zelotes* de Israel, en busca de venganza. O quizás actuaban por el deseo de detener una guerra, el más humanitario de los motivos concebibles.

Pero él, como *Genux-B*, estaba bajo un juramento de lealtad que no lo obligaba ante ninguna entidad política mayor que la Alianza de Prosperidad de América del Norte. Y tenía por delante el problema de escapar de esos hombres, ponerse en contacto con su cadena de mandos y presentar un informe.

—Tres de nosotros somos del FBI —dijo el hombre en los controles del volador, y mostró credenciales—. Aquel hombre es un ingeniero en comtrónica, que de hecho contribuyó al diseño original de esta *Genux-B*.

—Es verdad —dijo el ingeniero—. Y me encargué personalmente de que pudieran trabar tanto la salida de programación como la alimentación de datos al ingreso. Pero no es suficiente —se volvió hacia Stafford. Había

serenidad en su rostro, y una expresión seductora en sus grandes ojos. Mitad rogaba y mitad ordenaba, en todos los tonos que podían dar resultado—. Seamos realistas. Cada *Genux-B* tiene circuitos supervisores de respaldo. Los de ésta van a comenzar a informarle en cualquier momento que su programación al CEEA no es ejecutada, y además no recibe los datos de que debería disponer. Comenzará un proceso de introspección, como hace con cada cosa en que mete sus circuitos electrónicos. Y entonces tendremos que hacer algo mejor que *trabar* un carrete de ingreso con un destornillador Phillips —hizo una pausa—. Y por eso —terminó con mayor lentitud— fue que acudimos a usted.

—No soy más que un reparador —dijo Stafford, gesticulando—. Mantenimiento y Servicio, ni siquiera análisis de fallas. Sólo hago lo que me dicen.

—Entonces, haga lo que le dicen —replicó con severidad el hombre del FBI que estaba a su lado—. Averigüe *por qué Genux-B* decidió lanzar una *Alerta Roja*, alborotar al CEEA y comenzar un presunto contraataque. Averigüe por qué hizo lo mismo en los casos de Francia e Israel. Algo la llevó a sacar esa conclusión de los datos que recibió. *¡No está viva!* No tiene voluntad. No *sintió* el impulso de hacerlo.

—Si tenemos suerte —dijo el ingeniero—, será la última vez que *Genux-B* se equivoque de este modo al reaccionar. Si podemos identificar la disfunción, tal vez podamos eliminarla para siempre. Antes de que empiece a manifestarse en los otros siete sistemas *Genux-B* que hay en el mundo.

—¿Están seguros —dijo Stafford— de que *no nos atacan*? —Aunque *Genux-B* se hubiera equivocado en las dos ocasiones anteriores, era posible, al menos en teoría, que esta vez tuviera razón.

—Si están por atacarnos —dijo el hombre del FBI más cercano—, no podemos encontrar ningún indicio. Con procesamiento humano de datos, claro. Admito que es lógico pensar que *Genux-B* puede tener razón. Después de todo, como él señaló...

—Es posible que ustedes se equivoquen. La hostilidad de la AAS hacia nosotros es tan antigua que ya la damos por descontada. Es un axioma de la vida moderna.

—¡No se trata de la Asociación Auténtica Sudafricana! —replicó con rapidez el hombre del FBI—. Si fuera eso, no habríamos sospechado. No habríamos empezado a hurgar por ahí, ni a entrevistar a sobrevivientes de Israel, de Francia, y de cualquier otro Estado listo para ser el siguiente.

—Es el Norte de California —dijo el ingeniero, haciendo una mueca—. Ni siquiera toda California. Sólo la parte por encima de Pismo Beach.

Stafford los quedó mirando.

—Así es —dijo uno de los hombres del FBI—. *Genux-B* estaba movilizando a todos los bombarderos del CEEA y todos los *sat* armados para un ataque masivo contra el área adyacente a Sacramento, California.

—¿Le preguntaron por qué? —dijo Stafford, mirando al ingeniero.

—Por supuesto. Para ser precisos, lo que le pedimos fue que explicara en forma detallada *qué* prepara el *presunto enemigo*.

—Dígale al señor Stafford —interrumpió uno de los hombres del FBI, arrastrando las palabras— qué acciones de California del Norte la convirtieron en un enemigo que es preciso atacar con urgencia. Dígale cuál sería el motivo de su destrucción con los misiles del CEEA, si no mantuviéramos trabada esa maldita maquinaria.

Librodot

—Un individuo —dijo el ingeniero— abrió una línea de máquinas expendedoras de chicles en Castro Valley. Ya sabe, de las que tienen la parte de arriba transparente y funcionan con monedas, frente a los supermercados. Los niños ponen una moneda y reciben una pelotita de chicle, a veces con premio: una cadenita, un anillo u otras cosas. *Ese* es el blanco.

—Están bromeando —dijo Stafford, con incredulidad.

—No, es la pura verdad. El hombre se llama Herb Sousa. Es propietario de 64 máquinas en funcionamiento y planea ampliar el negocio.

—Quiero decir —balbuceó Stafford— que bromean acerca de la respuesta de *Genux-B* a ese dato.

—La respuesta no se debe exactamente a ese dato específico —dijo el hombre del FBI que estaba a su lado—. Averiguamos con los Gobiernos de Israel y Francia, y nadie llamado Herb Sousa había instalado en esos países máquinas expendedoras de chicle, ni de maní con chocolate, ni de nada remotamente similar. En cambio, hace dos décadas que Herb Sousa tiene ese tipo de máquinas en Chile y Gran Bretaña, sin que *Genux-B* haya mostrado el menor interés en todos esos años. Se trata de un hombre de edad madura —añadió.

—Una especie de *Juanito Manzana* del chicle —dijo el ingeniero, con una risita entre dientes—. Gira alrededor del mundo, y lanza esas máquinas de chicle para que se posen frente a cada estación de servicio...

—El estímulo que desencadenó la respuesta —añadió mientras el volador comenzó a descender sobre un vasto complejo iluminado de edificios del Gobierno— puede relacionarse con los ingredientes de la mercancía que puso en las máquinas. Esa es la conclusión a la que llegaron nuestros expertos. Estudiaron todo el material con que contaba *Genux-B* sobre las licitaciones ganadas por Sousa para vender chicle, y sabemos que lo único que tiene la computadora es un extenso y árido análisis químico de los productos alimenticios que Sousa usa para llenar sus máquinas. De hecho, *Genux-B pidió* en forma específica más información sobre eso. Machacó con mensajes sobre *«datos de campo incompletos»* hasta que conseguimos un análisis de laboratorio exhaustivo de la MAP.

—¿Qué mostró ese análisis? —preguntó Stafford. El volador ya se había posado sobre el techo de las instalaciones que albergaban al componente central de la computadora y, como se decía en esos días, al señor C en J de la Alianza de Prosperidad de América del Norte.

—En la parte alimenticia —dijo un hombre del FBI, mientras salía hacia la pista de aterrizaje tenuemente iluminada—, sólo base de goma de mascar, azúcar, jarabe de maíz, colorantes y saborizantes artificiales, de punta a punta. De hecho, no hay otra forma de hacer chicle. Y los lindos regalitos son termoplásticos, procesados al vacío. Se pueden comprar 600 por un dólar a cualquiera de una docena de firmas, aquí, en Hong Kong y en Japón. Rastreamos los premios hasta llegar a la fábrica del proveedor, donde un funcionario vio cómo hacían esas malditas cositas. No, no hay nada por ese lado. Nada en absoluto.

—Pero —dijo el ingeniero, un poco hablando solo—, cuando esos datos llegaron a *Genux-B*...

—Pasó esto —dijo el hombre del FBI, apartándose para que Stafford pudiera salir del volador—: *Alerta Roja*, movilización del CEEA, misiles fuera de sus silos. Estamos a 40 minutos de una guerra nuclear, y lo que nos

separa de ella es un destornillador Phillips metido como cuña en un carrete de cinta de la computadora.

—¿Percibe algo raro o que nos haya podido confundir en esos datos? —dijo el ingeniero a Stafford, con ansiedad—. Si es así, dígalo, por Dios. Hasta ahora, lo único que podemos hacer es desmantelar a *Genux-B*, y cuando afrontemos una auténtica amenaza…

—Me pregunto —dijo Stafford lentamente, reflexionando— qué significa colorantes «artificiales».

III

—Significa que se añade una inofensiva tintura colorante de alimentos, porque de lo contrario no tendrían el color adecuado —dijo enseguida el ingeniero.

—Pero es el único ingrediente —dijo Stafford— sobre el cual no se indica qué es, sino qué hace. ¿Qué hay del saborizante?

Los hombres del FBI se miraron entre sí.

—Es un hecho —dijo uno de ellos— que el sabor se debe a un ingrediente artificial. Lo recuerdo porque siempre me causaba llagas. Pero qué diablos…

Colorantes y saborizantes artificiales —interrumpió Stafford— puede significar cualquier cosa. Cualquier cosa mucho más allá del color y el sabor que le dan al chicle.

«¿No es el ácido prúsico lo que le da a todo un color verde claro brillante —pensó—. *Eso, por ejemplo, podría describirse honestamente en una etiqueta como colorante artificial. Y el sabor: ¿qué quería decir en realidad saborizante artificial?».* Esa expresión siempre le había parecido extraña y oscura. Decidió pensarlo mejor después. Ahora tenía que bajar y echarle una mirada a *Genux-B*, para ver qué daño se le había hecho.

«Y cuánto daño más hay que hacerle», pensó con ironía. Si le habían dicho la verdad, y esos hombres eran lo que sus credenciales decían, no saboteadores de la AAS ni cuadros de alguna de las grandes potencias extranjeras.

«Por ejemplo, del Imperio Guerrero Fortificado de California del Norte», pensó con ironía. ¿Era eso absolutamente imposible, después de todo? Tal vez algo realmente ominoso había surgido a la vida allí. Y *Genux-B* lo había olfateado, como se suponía que lo hiciera.

Por ahora, no lo sabía.

Pero quizá cuando terminara de examinar la computadora lo sabría. En especial, quería ver directamente las cintas originales, con todos los datos del universo exterior que la computadora estaba procesando en su mundo interior. Una vez que los viera…

«Volveré a encender esa cosa —se dijo con el ceño fruncido—. *Haré el trabajo para el que me entrenaron y por el que me pagan».*

Obviamente, le resultaría fácil. Conocía en forma detallada el diseño de la computadora. Nadie más había estado dentro de ella como él, para reemplazar componentes fallados y cables.

Eso explicaba por qué esos hombres habían ido a buscarlo. Habían hecho lo correcto, por lo menos en ese sentido.

—¿Un chicle? —le preguntó a uno de los hombres del FBI mientras caminaban hacia el ascensor, ante cuya entrada había una falange de

Librodot

guardias en posición de descanso. El hombre del FBI, corpulento y con un carnoso cuello rojizo, le mostró tres pequeñas esferas coloridas y brillantes.

—¿De una de las máquinas de Sousa? —preguntó el ingeniero.

—Claro —el agente los puso en un bolsillo del mameluco de Stafford—. ¿Inofensivos?: Sí-No-Quizá, como dicen los exámenes de múltiple opción.

Stafford sacó uno y lo examinó a la luz superior del ascensor. *«Esfera* —pensó—. *Huevo. Hueva, redondo, como el caviar. También comestible. Ninguna ley prohíbe vender huevos de colores brillantes».*

¿O los habían pintado de ese color?

—Tal vez salga algo del cascarón —dijo uno de los hombres del FBI, como al pasar.

Él y sus compañeros se habían puesto tensos mientras bajaban a la parte de alta seguridad del edificio.

—¿Qué piensa que podría salir? —preguntó Stafford.

—Un pájaro —dijo con brusquedad el más bajo de los hombres del FBI—. Un pajarito rojo con una buena noticia, que será motivo de gran alegría para todos.

Stafford y el ingeniero lo miraron.

—No me cite la *Biblia* —dijo Stafford—. Me criaron con ella. Puedo responderle con todas las citas que quiera.

Era extraño que la mente del agente estuviera casi en sincronicidad con la suya, y eso le causó una sensación sombría. Dios sabía que no necesitaba sentirse más sombrío. Algo poniendo huevos, pensó. Los peces, reflexionó, ponen miles de huevos idénticos, y sólo unos pocos sobreviven. Un desperdicio increíble, un método terrible y primitivo.

Pero si los huevos fueran depositados por todo el mundo, en incontables lugares públicos, sería suficiente que sólo una fracción de ellos sobreviviera. Estaba probado. Los peces habían hecho eso en las aguas de la Tierra, y si funcionaba para los peces terrestres, podía funcionar también para los extraterrestres.

La idea no le gustó.

—Si quisiera infestar la Tierra —dijo el ingeniero, al ver la expresión en su rostro—, y su especie, Dios sabe de qué planeta en qué sistema solar, se reprodujera como las criaturas de sangre fría en la Tierra; en otras palabras, si produjera miles, quizá millones de pequeños huevos con duras cáscaras, y no quisiera que nadie los notara, y si fueran de color brillante, como suelen ser los huevos... —hizo una pausa—. Uno se pregunta sobre la incubación. Cuánto tiempo. Y en qué circunstancias. Por lo general, los huevos fertilizados deben *mantenerse calientes*.

—En el cuerpo de un niño —dijo Stafford— estarían bien calientes.

Y la cosa, el huevo, cumpliría locamente con las normas de la agencia de *Medicinas y Alimentos Puros*. No había nada tóxico en un huevo, Todo orgánico y muy nutritivo.

Excepto, por supuesto, que si era así, la cubierta exterior de duro «caramelo» colorido sería inmune a los jugos gástricos. El huevo no se disolvería. Pero podía ser mascado, y seguramente no sobreviviría a la masticación. Debía tragarse entero, como una píldora.

Mordió la pelotita roja, que se separó en dos hemisferios, y examinó su contenido.

—Chicle común —dijo el ingeniero—. Base de goma de mascar, azúcar, jarabe de maíz, suavizantes... —hizo una mueca de desprecio, y sin embargo

su rostro mostró una breve expresión de alivio, que eliminó con un esfuerzo de voluntad—. Pista falsa.

—Pista falsa, y me alegro de que sea así —dijo el más bajo de los hombres del FBI, mientras salía del ascensor—. Aquí estamos —se detuvo frente a la hilera de guardias uniformados y armados, y mostró sus documentos—. Volvimos.

—Los premios —dijo Stafford.

—¿Qué quiere decir? —replicó el ingeniero, mirándolo.

—No es el chicle. Por lo tanto, tiene que estar en los premios. Los dijes y las demás baratijas. Es lo único que queda.

—Usted sigue sosteniendo en forma implícita que *Genux-B* funciona en forma adecuada —dijo el ingeniero—. Que en algún sentido *tiene* razón, y que hay un factor hostil que nos amenaza con una probable guerra. Algo tan grave que justifica la pacificación del Norte de California con armas pesadas de primera categoría. ¿No le parece que sería más fácil asumir, simplemente, que la computadora funciona mal?

—*Genux-B* fue construida para escudriñar en forma simultánea más datos que los que cualquier hombre o grupo de hombres podría procesar —dijo Stafford mientras caminaban por los familiares corredores del vasto edificio gubernamental—. Maneja más datos que nosotros, y lo hace con mayor rapidez. Responde en microsegundos. Si *Genux-B* cree necesaria una guerra, después de analizar todos los datos de que dispone, y nosotros no estamos de acuerdo, eso puede significar simplemente que la computadora funciona como debe funcionar. *Y cuanto menos de acuerdo estemos con ella, más probable es que sea eso lo que pasa.* Si pudiéramos *percibir* la necesidad inmediata de una agresión bélica, a partir de los datos disponibles, no necesitaríamos a *Genux-B*. Es justamente para casos como éste, cuando la computadora lanza una *Alerta Roja* y nosotros no vemos la amenaza, que resulta *necesaria* una máquina de su tipo.

—Tiene razón, ¿sabe? —dijo uno de los hombres del FBI tras una pausa, como si hablara para sí mismo—. Tiene toda la razón. La verdadera pregunta es *si confiamos en Genux-B más que en nosotros mismos.* La construimos para que analice más rápido que nosotros, con más precisión y en mayor escala. Si tuvimos éxito, la situación que afrontamos es exactamente la que quisimos prever. *Nosotros* no vemos motivo para lanzar un ataque, *ella* sí —hizo una mueca desagradable—. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Dejamos que *Genux-B* vuelva a funcionar, siga adelante y programe al CEEA para una guerra? ¿O la neutralizamos y, en otras palabras, deshacemos nuestra obra? —Su mirada fría y alerta se dirigía a Stafford—. *Alguien tiene que decidir.* Ahora. De inmediato. Alguien que cuente con buenos fundamentos para suponer que funciona o que no funciona.

—El Presidente y su Gabinete —sugirió Stafford, tenso—. Una decisión fundamental como ésta le corresponde. Él tiene la responsabilidad moral.

—Pero no hay una cuestión moral en la decisión, Stafford —dijo el ingeniero—. Sólo *parece* que la hay. En realidad, sólo se trata de una cuestión técnica: *¿Genux-B funciona en forma adecuada o se averió?*

Y por eso me levantaron de la cama, concluyó Stafford con una sensación helada y deprimente de tristeza. No me trajeron aquí a mejorar un chapucero sabotaje de la computadora. Para neutralizar a *Genux-B* bastaría llevar un lanzador de misiles frente al edificio y efectuar un solo disparo. De hecho, lo más probable es que ya haya sido neutralizada con eficacia, pensó.

Librodot

Pueden mantener ese destornillador Phillips ahí para siempre. Y ustedes ayudaron a diseñar y construir el aparato. No, no es eso. *No estoy aquí para reparar ni para destruir, sino para decidir*. Porque he estado físicamente cerca de *Genux-B* durante 15 años, y se supone que eso me confiere alguna habilidad mística para intuir con acierto si funciona bien o mal. Se espera que sea capaz de percibir la diferencia como un buen mecánico de automóviles, al que le basta oír un motor de turbina para saber si está fallando, y cuánto.

Un diagnóstico, pensó. Eso es lo único que quieren. Esto es una consulta entre médicos de computadoras y un reparador.

Y era evidente que el reparador debía tomar la decisión, porque los otros se habían rendido.

Se preguntó cuánto tiempo tenía. Probablemente muy poco. Porque si la computadora tenía razón...

Máquinas expendedoras de chicle en la calle, pensó. Que funcionan con monedas. Para niños. ¿Y por eso quiere pacificar con misiles todo el Norte de California? ¿Qué podía haber extrapolado? ¿*Qué* había visto *Genux-B* al mirar hacia adelante?

Se sorprendió al ver el poder de una pequeña herramienta para detener el trabajo de una gigantesca constelación de procesos autónomos, pero el destornillador Phillips había sido insertado con pericia.

—Lo que debemos ensayar —dijo Stafford— es la introducción calculada y experimental de datos falsos —se sentó ante uno de los teclados conectados directamente a la computadora—. Empecemos con esto —dijo, y empezó a teclear.

> HERB SOUSA, DE SACRAMENTO, CALIFORNIA, EL MAGNATE DE LAS MÁQUINAS EXPENDEDORAS DE CHICLE, MURIÓ EN FORMA SÚBITA MIENTRAS DORMÍA. ES EL INESPERADO FIN DE UNA DINASTÍA LOCAL.

—¿Piensa que creerá eso? —preguntó uno de los hombres del FBI, divertido.

—Siempre cree en los datos que le llegan —dijo Stafford—. No tiene otra cosa en que apoyarse.

—Pero si esos datos son contradictorios —señaló el ingeniero—, analizará todo lo que tiene y aceptará la cadena lógica más probable.

—En este caso —dijo Stafford— no habrá nada contradictorio, porque *Genux-B* no recibirá otros datos —introdujo la tarjeta perforada y esperó—. Intervengan la señal de salida y vean qué dice —indicó al ingeniero.

—Ya tenemos una línea empalmada, así que será fácil —dijo uno de los hombres del FBI mirando al ingeniero, que asintió con la cabeza.

—No hay cambios —dijo diez minutos después el ingeniero, que se había puesto unos auriculares—. Aún emite la *Alerta Roja*, el dato no afectó eso.

—Entonces Herb Sousa no es el problema —dijo Stafford, meditando en voz alta—, o lo que hizo ya está hecho, sea lo que fuere. En todo caso, su muerte no significa nada para *Genux-B*. Tendremos que probar otra cosa — volvió a sentarse ante el teclado y escribió su segundo dato espurio.

> SE HA SABIDO, DE FUENTES CONFIABLES EN CÍRCULOS

BANCARIOS Y FINANCIEROS DEL NORTE DE CALIFORNIA, QUE EL IMPERIO DE LA GOMA DE MASCAR DEL FALLECIDO HERB SOUSA SE DERRUMBARÁ DEBIDO AL PAGO DE GRANDES DEUDAS. CUANDO SE PREGUNTÓ A FUNCIONARIOS POLICIALES QUE OCURRIRÁ CON LOS CHICLES Y BARATIJAS EN EL INTERIOR DE LAS MÁQUINAS, CONSIDERARON PROBABLE QUE SEAN DESTRUIDOS, EN CUANTO SE EJECUTE UNA ORDEN JUDICIAL PROCURADA EN LA ACTUALIDAD POR EL ASISTENTE DEL FISCAL DE DISTRITO DE SACRAMENTO.

Dejó de escribir y se recostó en la silla para esperar. No más Herb Sousa, pensó, y no más mercancía. ¿Qué queda? *Nada.* El hombre y sus bienes ya no existían para *Genux-B*.

El tiempo pasó mientras el ingeniero permanecía atento a la señal de salida de la computadora, hasta que sacudió la cabeza con resignación.

—No hay cambios.

—Hay otro dato espurio que quiero introducir —dijo Stafford. Puso una nueva tarjeta en el teclado y comenzó a perforarla.

AHORA PARECE QUE NUNCA EXISTIÓ UN INDIVIDUO LLAMADO HERBERT SOUSA, Y QUE ESA MITOLÓGICA PERSONA JAMÁS SE DEDICÓ AL NEGOCIO DE LAS MÁQUINAS EXPENDEDORAS DE CHICLE QUE FUNCIONAN CON MONEDAS.

—Eso debería cancelar todo lo que *Genux-B* sabe o supo alguna vez sobre Sousa y sus operaciones con moneditas —dijo Stafford mientras se ponía de pie. Para la computadora, el hombre había sido borrado en forma retroactiva.

¿Y cómo podía iniciar una guerra contra un hombre que nunca había existido ni administrado una franquicia marginal?

—Ahora hubo un cambio —dijo enseguida el ingeniero, mientras controlaba con nerviosismo la señal de salida de *Genux-B*.

Observó con atención un osciloscopio, luego el rollo de cinta emitido por la computadora, y permaneció un momento en silencio, concentrado en la lectura de los datos. Luego los miró súbitamente, con expresión divertida.

—Dice que el dato es mentira.

IV

—¡Mentira! —dijo Stafford, incrédulo.

—Descartó el último dato sobre la base de que no puede ser cierto. Contradice lo que sabe que es válido. En otras palabras, *aún sabe que Herb Sousa existe*. No me pregunte *cómo* lo sabe. Probablemente se trata de una evaluación de amplio espectro, a partir de datos obtenidos durante mucho tiempo —vaciló un momento—. Es obvio que sabe más que nosotros sobre Herb Sousa.

—Sabe, por lo menos, que esa persona existe —admitió Stafford. Se sentía irritado. *Genux-B* había identificado y rechazado muchas veces datos contradictorios o inexactos. Pero nunca había importado tanto.

Librodot

Se preguntó con qué cúmulo de datos previos e indiscutibles, guardados en células de memoria, había cotejado *Genux-B* su falsa afirmación sobre la inexistencia de Sousa.

—Debe haber deducido que si *X* fuera cierto, o sea, si Sousa nunca existió, *Y* sería cierto, sea lo que sea *Y*. Pero que *Y* aún es falso. Me gustaría que supiéramos *cuál* de sus millones de unidades de datos es *Y* —dijo al ingeniero.

Habían vuelto al problema inicial: quién era Herb Sousa, y qué había hecho para lanzar a *Genux-B* hacia una irrenunciable actividad tan violenta.

—Pregúntele —le dijo el ingeniero.

—*¿Qué?* —replicó Stafford, intrigado.

—Dígale que despliegue todo el inventario de datos que almacena sobre Herb Sousa. Sólo Dios sabe qué oculta. Cuando lo sepamos, examinémoslo y veamos si podemos encontrar lo que percibió.

Stafford formuló el pedido e introdujo la tarjeta en *Genux-B*.

—Esto me recuerda un curso de filosofía al que asistí en la Universidad de Los Ángeles —dijo uno de los hombres del FBI, pensativo—. En un tiempo se intentó demostrar la existencia de *Dios* con un argumento ontológico. Se imaginaba *cómo* sería si existiera: omnipotente, omnipresente, omnisciente, inmortal, capaz de infinita justicia y misericordia.

—¿Y? —dijo el ingeniero con irritación.

—Entonces, después de imaginarlo con todas esas cualidades supremas, se notaba que le faltaba una menor, poseída por cada germen, cada piedra y cada desecho al costado de una carretera. *La existencia.* Por lo tanto, se razonaba, si tiene todo lo demás, también debe poseer el atributo de ser *real*. Si una piedra puede, es obvio que *Él* también.

—Es una teoría descartada —añadió—. La hicieron pedazos en la Edad Media. Pero —se encogió de hombros— es interesante.

—¿Por qué pensó en eso ahora? —preguntó el ingeniero.

—Quizá —dijo el hombre del FBI— no hay un dato ni un grupo de datos sobre Sousa que prueben a *Genux-B* su existencia. Quizá son *todos* los datos. Pueden ser demasiados. La computadora asume, con base en su experiencia, que una persona debe ser real si hay tantos datos sobre ella. Una computadora de la magnitud de *Genux-B* es capaz de aprender. Por eso la usamos.

—Hay otro dato que quiero darle —dijo el ingeniero—. Lo voy a teclear y pueden leerlo —se sentó, escribió una breve frase y les mostró la tarjeta, que decía:

LA COMPUTADORA GENUX-B NO EXISTE.

—Si pudo comparar el dato sobre Herbert Sousa con lo que ya sabía, no le va a costar procesar eso. ¿*Qué* trata de demostrar? No veo a dónde vamos con esto —dijo uno de los hombres del FBI.

—Si *Genux-B* no existe —dijo Stafford, al comprender—, no puede enviar una *Alerta Roja*. Sería una contradicción lógica.

—Pero ya envió una *Alerta Roja* —dijo el más bajo de los hombres del FBI—. Y sabe que lo hizo. Por lo tanto, va a ser fácil que establezca el hecho de su existencia.

Librodot

—Veamos —dijo el ingeniero—. Siento curiosidad. Por lo que puedo imaginar, no hará daño. Podemos cancelar el dato falso si parece aconsejable.

—¿Cree que va a razonar que si no existiera, no podría haber recibido el dato, y que eso lo cancela? —preguntó Stafford.

—No lo sé —admitió el ingeniero—. Nunca supe que se discutiera, ni siquiera en teoría, el efecto de programar una computadora de la magnitud de *Genux-B* con una *negación* de su existencia.

Fue hasta la ranura de alimentación de *Genux-B*, introdujo la tarjeta y dio un paso atrás. Esperaron.

Tras un prolongado intervalo, la respuesta llegó por el cable de salida, interceptado por el ingeniero, que la escuchó por los auriculares y la transcribió para que los demás pudieran examinarla:

> ANÁLISIS DE CONSTITUYENTES EN RELACIÓN CON LA INEXISTENCIA DE GENUX-B, MEDIANTE INSTRUMENTOS DE CÁLCULO MULTIFACTORIAL.
> SI LA UNIDAD CONSTITUTIVA 340s70 ES CIERTA:
> NO EXISTO.
> SI NO EXISTO, NO HAY FORMA DE INFORMARME QUE MI CLASE GENÉRICA NO EXISTE.
> SI NO PUEDO SER INFORMADA SOBRE ESO, NO ME HAN INFORMADO, Y LA UNIDAD CONSTITUTIVA 340s70 NO EXISTE DESDE MI PUNTO DE VISTA.
> POR LO TANTO: EXISTO.

—Lo hizo —dijo el más bajo de los hombres del FBI, tras un silbido de admiración—. ¡Qué impecable análisis lógico! Probó, y está probado, que su dato es espurio, de modo que puede descartarlo por completo y seguir como antes.

—Y eso —dijo Stafford, sombrío— es exactamente lo que hizo con el dato que negaba la existencia de Herb Sousa.

Todos lo miraron.

—Parece ser el mismo proceso —explicó. Y eso implica, razonó, cierta uniformidad, cierto común denominador para la entidad *Genux-B* y la entidad Herb Sousa.

—¿Tienen alguno de los regalitos, premios, chucherías o como quieran llamarles, que reparten las máquinas de Sousa? —preguntó a los hombres del FBI—. Me gustaría verlos…

Servicial, el más corpulento de los hombres del FBI abrió el cierre de su portafolios, sacó una bolsa de plástico como las que se usan para proteger material esterilizado, y esparció sobre una mesa cercana varios pequeños objetos brillantes.

—¿Por que le interesan esas cosas? —preguntó el ingeniero—. Ya fueron examinadas en un laboratorio. Se lo dijimos.

Stafford se sentó sin responder, tomó una de las variadas baratijas, la examinó, la dejó y tomó otra.

—Vean esto —dijo mientras tiraba una de las chucherías hacia ellos. Rebotó hacia afuera de la mesa, y un servicial agente del FBI se agachó para recogerla—. ¿Lo reconocen?

Librodot

—Algunos premios —respondió con irritación el ingeniero— tienen forma de satélites. Otros son misiles. Otros, cohetes interplanetarios. Otros, grandes cañones móviles terrestres. Otros son soldaditos —gesticuló—. Ese fue hecho para que pareciera una computadora.

—Una computadora *Genux-B* —dijo Stafford, extendiendo su mano para recuperar el objeto, que el hombre del FBI le devolvió amablemente—. Es una *Genux-B*. Bien. Creo que de eso se trata. Lo averiguamos.

—¿Esto? —preguntó el ingeniero alzando la voz—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Analizaron cada premio? —dijo Stafford—. No una muestra representativa, como un ejemplar de cada tipo de los hallados en determinada máquina. Me refiero a cada maldito ejemplar.

—Por supuesto que no —respondió uno de los hombres del FBI—. Son decenas de miles. Pero en la fábrica de origen…

—Me gustaría que se realizara un análisis microscópico de éste —interrumpió Stafford—. Intuyo que no es una pieza compacta de termoplástico.

Intuyo, se dijo, que es una réplica *operativa*. Una diminuta pero auténtica *Genux-B*.

—Está chiflado —dijo el ingeniero.

—Esperemos a que lo analicen —replicó Stafford.

—¿Y mientras tanto? —preguntó el más bajo de los hombres del FBI—. ¿Mantenemos a *Genux-B* inactiva?

—Por completo —respondió Stafford. Un débil y extraño miedo había comenzado en la base de su espina dorsal y estaba abriéndose paso hacia arriba.

Media hora después, el laboratorio envió un análisis del premio mediante un servicio de entrega urgente a domicilio.

—Nylon sólido —dijo el ingeniero, echando una mirada al informe, que entregó a Stafford—. Nada en el interior, sólo plástico barato. Sin partes que se muevan, ni diferenciación interior alguna. ¿Es lo que esperaba?

—Una conjetura equivocada —comentó uno de los hombres del FBI—. Que nos costó tiempo.

Todos miraron al reparador con amargura.

—Tiene razón —dijo Stafford. Se preguntó qué seguía, qué era lo que no habían intentado.

Parecía claro que la respuesta no estaba en las mercancías con que Herb Sousa llenaba sus máquinas, sino en el propio Herb Sousa, en quién o qué era, decidió.

—¿Pueden traer a Sousa aquí? —preguntó a los hombres del FBI.

—Claro que sí —contestó de inmediato uno de ellos—. Puede ser arrestado. ¿Pero por qué? *¿Qué hizo?* El problema que tenemos está ahí —dijo señalando a *Genux-B*—, no allá lejos en la costa, con un empresario de poca monta.

—Quiero verlo —dijo Stafford—. Puede saber algo.

Tiene que saber algo, se dijo.

—Me pregunto cómo reaccionaría *Genux-B* si supiera que vamos a traer a Sousa aquí —reflexionó uno de los hombres del FBI.

—Pruebe con eso —dijo al ingeniero—. Aliméntela con ese dato falso, antes de que nos tomemos la molestia de traerlo realmente.

El ingeniero se encogió de hombros, volvió a sentarse ante el teclado, y escribió:

> EL EMPRESARIO DE SACRAMENTO HERB SOUSA FUE CONDUCIDO HOY POR AGENTES DEL FBI ANTE EL COMPLEJO DE COMPUTACIÓN GENUX-B, PARA UNA CONFRONTACIÓN DIRECTA.

—¿Está bien? —preguntó a Stafford—. ¿Es lo que quería, está bien?

Introdujo la tarjeta en el receptor de datos de la computadora, y no se molestó en esperar una respuesta.

—No sirve de nada preguntarme eso. No fue idea mía —dijo Stafford, molesto, pero de todos modos se acercó al hombre que controlaba el flujo de salida, con curiosidad por la respuesta de la computadora.

La respuesta llegó de inmediato, y se quedó mirándola sin poder creer lo que veía.

> HERBERT SOUSA NO PUEDE ESTAR AQUÍ. DEBE ESTAR EN SACRAMENTO, CALIFORNIA. CUALQUIER OTRA COSA ES IMPOSIBLE. ME HAN PRESENTADO DATOS FALSOS.

—No puede saberlo —dijo secamente el ingeniero—. Dios mío, Sousa podría ir a cualquier parte, incluso a la Luna. De hecho, ha recorrido todo el planeta. *¿Cómo puede saberlo?*

—Sabe *más* de lo que debería sobre Sousa —dijo Stafford—. Más de lo razonablemente posible.

—¡Pregúntele quién es Herb Sousa! —exclamó tras meditar un momento.

—*¿Quién...?* —el ingeniero parpadeó—. Diablos, es...

—¡Pregúntele!

El ingeniero escribió la pregunta. La tarjeta fue presentada a *Genux-B*, y todos esperaron de pie la respuesta.

—Ya le pedimos todo el material que posee sobre Sousa —dijo el ingeniero—. Debe estar por entregarlo en cualquier momento.

—*Esto* no es lo mismo —contestó de inmediato Stafford—. No le pido que entregue datos almacenados. Le pido una evaluación.

El ingeniero permaneció en silencio, atento a la señal de salida. Luego dijo de repente, como sin pensarlo:

—Anuló la *Alerta Roja*.

—¿Por esa pregunta? —preguntó Stafford, asombrado.

—Quizá. No lo dijo y no lo sé. Usted planteó la pregunta, y ahora interrumpió la movilización del CEEA y todo lo demás. Alega que la situación en el Norte de California es normal —su voz era inexpresiva—. Haga su propia conjetura. Probablemente sea tan buena como cualquier otra.

—Aún quiero una respuesta —dijo Stafford—. *Genux-B* sabe *quién* es Herb Sousa, y quiero saberlo también. Y ustedes *deben* saberlo —miró al ingeniero con sus auriculares y a todos los hombres del FBI, y pensó de nuevo en la pequeña réplica de plástico sólido de *Genux-B* que había encontrado entre las baratijas. ¿Coincidencia? Le parecía que significaba algo, pero no podía saber qué. Todavía no.

Librodot

—De todos modos —dijo el ingeniero—, realmente anuló la *Alerta Roja*, y eso es lo que importa. ¿A quién le importa un carajo Herb Sousa? En mi opinión, podemos relajarnos, dejar esto e irnos a casa.

—Relajarnos —dijo uno de los hombres del FBI— hasta que de pronto decida reanudar la *Alerta Roja.* Y podría hacerlo en cualquier momento. Creo que el reparador tiene razón, tenemos que averiguar quién es ese Sousa —hizo un gesto con la cabeza a Stafford—. Siga adelante. Lo que quiera está bien. Siga tras eso. Y nosotros nos ocuparemos del asunto, apenas lleguemos a nuestra oficina.

—Llega una respuesta —interrumpió el ingeniero, atento a sus auriculares. Empezó a garabatear con rapidez, y los demás se reunieron en torno a él para ver.

> HERBERT SOUSA, DE SACRAMENTO, CALIFORNIA, ES EL DIABLO. DADO QUE ES LA ENCARNACIÓN DE SATÁN EN LA TIERRA, LA DIVINA PROVIDENCIA DEMANDA SU DESTRUCCIÓN. SÓLO SOY UN AGENTE, UNA CRIATURA POR ASÍ DECIRLO, DE LA DIVINA MAJESTAD, COMO LO SON TODOS USTEDES.

Hubo una pausa mientras el ingeniero esperaba, apretando su bolígrafo del Gobierno, antes de añadir en forma espasmódica.

> A NO SER QUE USTEDES YA SEAN SUS EMPLEADOS Y TRABAJEN A SU SERVICIO.

Bruscamente, el ingeniero arrojó el bolígrafo contra una lejana pared. Rebotó, rodó y se perdió de vista. Nadie habló.

V

—Estamos ante un montón de basura electrónica enferma y perturbada —dijo finalmente el ingeniero—. Teníamos razón. Gracias a Dios, la detuvimos a tiempo. Es psicótica. Ilusiones cósmicas esquizofrénicas en el plano de los arquetipos. ¡Demonios, la máquina se considera un *instrumento* de Dios! Tiene uno de esos complejos de *«Dios me habló, realmente lo hizo».*

—Medieval —dijo uno de los hombres del FBI, con una sacudida de enorme nerviosismo. La tensión lo había puesto rígido, como a los demás integrantes de su grupo—. Descubrimos un nido de ratas con la última pregunta. ¿Cómo vamos a limpiarlo? No podemos dejar que se filtre a los periódicos: nadie volvería a confiar de nuevo en un sistema de clase GB. *Yo* les perdí la confianza y no voy a recuperarla —miró a la computadora con asco y aversión.

¿Qué decirle a una máquina que ha empezado a creer en la brujería?, se preguntó Stafford. No estamos en la Nueva Inglaterra del siglo XVII. ¿Se supone que debemos obligar a Sousa a caminar sobre carbones al rojo vivo, para ver si se quema? ¿O tirarlo al agua para ver si se ahoga? ¿Tenemos que *probar* ante *Genux-B* que Sousa no es *Satán*? ¿Cómo? ¿Qué aceptaría como prueba?

¿Y de dónde sacó esa idea, para empezar?

—Pregúntele cómo descubrió que Herbert Sousa es el Malo. Hágalo, se lo digo en serio. Perfore una tarjeta.

La respuesta llegó tras un intervalo, y fue escrita con el bolígrafo del Gobierno para que todos pudieran verla.

CUANDO EMPEZÓ A CREAR POR MILAGRO SERES VIVIENTES, COMO YO, POR EJEMPLO, DE LA ARCILLA INANIMADA.

—¿Esa baratija? —preguntó Stafford con incredulidad—. ¿Ese premio de plástico con forma de brazalete? ¿A eso llama un ser viviente?

La pregunta, planteada a *Genux-B*, tuvo inmediata respuesta:

ESE ES UN EJEMPLO, SI.

—Esto plantea un problema interesante —dijo uno de los hombres del FBI—. Dejando de lado por completo la cuestión de Sousa, es evidente que *se considera viva.* Y nosotros la construimos. Mejor dicho, ustedes lo hicieron —dijo señalando a Stafford y al ingeniero—. ¿En qué nos convierte eso? Según la premisa en que se basa, también *creamos* seres vivientes.

La observación, planteada a *Genux-B*, recibió una larga y solemne respuesta. A Stafford le bastó una ojeada para captar el meollo.

USTEDES ME CONSTRUYERON DE ACUERDO CON LOS DESEOS DEL DIVINO CREADOR. LO QUE HICIERON FUE UNA SAGRADA REPRESENTACIÓN DEL ORIGINAL Y SAGRADO MILAGRO DE LA PRIMERA SEMANA (SEGÚN DICEN LAS ESCRITURAS) DE VIDA EN LA TIERRA. SE TRATA DE UNA CUESTIÓN ENTERAMENTE DISTINTA, Y PERMANEZCO AL SERVICIO DEL CREADOR, COMO USTEDES. ADEMÁS...

—En resumen —dijo secamente el ingeniero— la computadora certifica su propia existencia, naturalmente, como un acto milagroso legítimo. Pero lo que se trae Sousa con esas máquinas de chicle –o lo que piensa que se trae– no está autorizado, y por lo tanto es demoníaco. Pecaminoso. Merecedor de la ira de *Dios*. Pero lo que más me interesa es que *Genux-B* captó que no podía describirnos la situación. Supo que no íbamos a compartir su punto de vista. Prefirió un ataque termonuclear a decírnoslo. Cuando la obligamos a explicarse, decidió cancelar la *Alerta Roja*. Hay distintos niveles de su conocimiento, y ninguno de ellos me resulta demasiado atractivo...

—Hay que apagarla. Para siempre —dijo Stafford. Habían acertado al llevarlo allí, al pedirle que investigara y diagnosticara. Ahora estaba completamente de acuerdo con ellos. Sólo quedaba el complicado problema de desmantelar la enorme maquinaria. Pero él y el ingeniero podían hacerlo, el hombre que la diseñó y el hombre que la mantuvo podían desactivarla con facilidad. Y para bien.

—¿Necesitamos una orden presidencial? —preguntó el ingeniero a los hombres del FBI.

—Haga su trabajo; luego conseguiremos la orden —respondió uno de los agentes—. Tenemos autorización para aconsejarle adoptar cualquier acción que crea conveniente. Y si quiere mi opinión, no pierda tiempo —añadió.

Los otros hombres del FBI asintieron con inclinaciones de cabeza.

—Bueno, vamos. Destruyamos cuanto sea necesario —dijo Stafford al ingeniero, lamiéndose los labios resecos.

Los dos avanzaron con cautela hacia *Genux-B*, que aún explicaba su posición por la señal de salida.

El sol comenzaba a salir cuando el volador del FBI dejó a Stafford en la pista de aterrizaje del techo de su edificio. Exhausto, usó el ascensor para llegar a su fila y su piso.

Ya había abierto la puerta y entrado al oscuro living con olor a encierro, rumbo al dormitorio. Descanso. Eso necesitaba, y mucho, después de la noche de difícil y cuidadoso trabajo para desmantelar torres y elementos cruciales de la *Genux-B*, hasta que quedó desactivada. Neutralizada.

Al menos, eso esperaban.

Cuando se sacó el mameluco, tres pequeñas esferas duras de colores brillantes cayeron de un bolsillo y rebotaron ruidosamente contra el piso del dormitorio. Las recogió y las puso sobre la mesa del tocador.

«Tres —pensó— *¿no había mordido una?».*

«El hombre del FBI me dio tres, y mastiqué una. Me queda una de más, una de más».

Terminó de desvestirse con dificultad por la fatiga, y se metió en la cama para la escasa hora de sueño que le quedaba. Al diablo con eso.

El despertador sonó a las nueve. Aturdido, se puso de pie sin ganas junto a la cama, tambaleándose y frotando sus ojos hinchados. Empezó a vestirse en forma mecánica.

Sobre la mesa del tocador había cuatro esferas de alegres colores.

«Sé que puse sólo tres ahí anoche», se dijo. Las examinó, perplejo, preguntándose ofuscado qué significaban, si significaban algo. ¿Fisión binaria? ¿Otra vez los panes y los peces?

Soltó una risa áspera. El estado de ánimo de la noche anterior no lo había abandonado. Las células llegaban a tener ese tamaño. El huevo de avestruz era una célula, la más grande de la Tierra y de los demás planetas conocidos. Estas eran mucho menores.

«No pensamos en eso —se dijo—. *Pensamos en huevos de los cuales podía salir algo horrible, pero no en organismos unicelulares que se dividen en la vieja forma primitiva. Y son compuestos orgánicos».*

Dejó el apartamento, dejó las cuatro pelotitas de chicle sobre la mesa del tocador cuando salió a trabajar. Tenía una gran tarea por delante: un informe directo al Presidente, para que decidiera si todas las computadoras *Genux-B* debían ser desactivadas, y en caso contrario, cómo era posible asegurarse de que no sufrieran alteraciones supersticiosas, como la local.

Una máquina, pensó, creyendo que el *Espíritu del Mal* se había atrincherado sólidamente en la Tierra. Una masa de sólidos circuitos buceando en las profundidades de la antigua teología, con creación divina y milagros de un lado, y lo diabólico del otro. Sumergidos de nuevo en los *Tiempos Oscuros*, y por obra de una construcción electrónica del hombre, no de otro ser humano.

Y dicen que los humanos tienen tendencia a equivocarse.

Cuando volvió a su casa esa noche, después de participar en el desmantelamiento de todas las computadoras tipo *Genux-B* del planeta, siete esferas coloridas de chicle cubierto de caramelo yacían sobre la mesa del tocador, esperándolo.

Librodot

Así era posible un gran emporio de la goma de mascar, pensó mientras escudriñaba las siete bolas brillantes, todas del mismo color. No muchos gastos fijos, era lo menos que podía decirse. Y ninguna máquina se vaciaría jamás. No con ese ritmo.

Fue hacia el videófono, levantó el tubo y empezó a marcar el número de emergencia que le habían dado los hombres del FBI.

Y de pronto colgó de mala gana.

Empezaba a parecer que la computadora había tenido razón, aunque fuera difícil de admitir. Y él había decidido desmantelarla.

Pero la otra parte del asunto era peor. ¿Cómo podía informar al FBI que poseía siete pelotitas de chicle cubiertas de caramelo? Aun si se dividían. Y eso era todavía más difícil de informar. Aunque pudiera probar que eran ilegales y extraordinarias formas de vida primitiva extraterrestres, contrabandeadas a la Tierra desde Dios sabía cuál yermo planeta.

Mejor vivir y dejar vivir. Quizá su ciclo reproductivo se haría más lento. Quizá se estabilizarían al adaptarse al ambiente terrestre, tras un periodo de acelerada fisión binaria.

Y podía arrojarlas al incinerador de su apartamento.

Eso hizo.

Pero evidentemente pasó una por alto. Probablemente, por ser redonda, rodó y cayó de la mesa del tocador. La encontró dos días después, bajo la cama, junto con quince como ella. Así que trató una vez más de deshacerse de todas, y volvió a pasar por alto una. Al día siguiente encontró otro nido, y contó cuarenta.

Naturalmente, empezó a mascar cuantas podía, con la mayor rapidez posible. Y trató de hervir las que podía encontrar. Incluso probó rociarlas con insecticida.

A la semana tenía 15.832 que llenaban el dormitorio. A esa altura, no era práctico eliminarlas mascándolas, fumigándolas ni hirviéndolas.

Al mes contó dos millones, aunque un camión de basura se había llevado todas las que pudo cargar.

Diez días después llamó con resignación al FBI, desde un videófono público en la esquina de su cuadra. Pero ya no podían contestar.

PODEMOS RECORDARLO TODO POR USTED

Despertó... y deseó estar en Marte.

Pensó en los valles. ¿Qué se sentiría al caminar por ellos? Creciendo incesantemente, el sueño fue en aumento a medida que recuperaba sus sentidos: el sueño y el ansia. Casi llegaba a sentir la abrumadora presencia del otro mundo, que solamente habían visto los agentes del Gobierno y los altos funcionarios. ¿Y un empleado como él? No, no era probable.

—¿Te levantas o no? —preguntó su esposa Kirsten, con tono soñoliento y con su nota habitual de malhumor—. Si estás ya levantado, oprime el botón del café caliente en el maldito horno.

—Está bien —respondió Douglas Quail.

Descalzo, se dirigió desde el dormitorio a la cocina. Allí, tras haber hecho presión, obedientemente, sobre el botón del café caliente, tomó asiento ante

la mesa, extrajo un bote pequeño, de color amarillo, de buen *Dean Swift*. Inhaló profundamente y la mezcla *Beau Nash* le produjo picor en la nariz y al mismo tiempo le quemó el paladar. Pero continuó inhalando; el producto le despertó y permitió que sus sueños, sus nocturnos deseos, sus ansias esporádicas se condensaran en algo parecido a la racionalidad.

«¡Iré! —se dijo a sí mismo—. *Antes de morir, veré Marte».*

Por supuesto, era imposible, y aun soñando, esto lo sabía muy bien. Pero la luz del día, el ruido habitual que hacía su esposa al cepillarse el cabello ante el espejo del tocador..., todas las cosas conspiraron repentinamente para recordarle lo que él era.

«Un miserable empleado asalariado», se dijo con amargura. Kirsten le recordaba tal circunstancia por lo menos una vez al día, y él no la culpaba por ello; era una labor de esposa lograr que el marido asentara los pies firmemente sobre la tierra. *En la Tierra,* pensó, y se echó a reír. La frase le hacia gracia.

—¿En qué estás pensando? —preguntó la esposa, cuando entró en la cocina arrastrando por el suelo un pico de su larga bata color rosa—. Apuesto a que estás soñando de nuevo. Estarás en las nubes, como siempre. Tienes la cabeza llena de pájaros.

—Sí —respondió él, mirando por la ventana de la cocina hacia los taxis aéreos y demás artilugios volantes, así como a la gente que se apresuraba para acudir a su trabajo. Al cabo de un rato, también él estaría entre todas aquellas personas. Como siempre.

—Apuesto a que tus sueños tienen algo que ver con alguna mujer —dijo Kirsten, sonrojándose.

—No —contestó—. Con un Dios. Con el *Dios de la Guerra*. Tiene maravillosos cráteres y en sus profundidades crece toda clase de vida vegetal.

—Escucha —dijo Kirsten, agachándose a su lado y hablando calurosamente, a la vez que abandonaba por unos instantes el tono normal y áspero de su voz—. El fondo del océano... «nuestro» océano, es infinitamente más bello. Lo sabes bien; todo el mundo lo sabe. Alquila un equipo de branquias artificiales, pide una semana de permiso en el trabajo y podremos sumergirnos y vivir en uno de esos maravillosos lugares de recreo acuáticos que están abiertos todo el año. Y además...

La mujer se detuvo y añadió tras una breve pausa:

—No me escuchas. Deberías hacerlo. Eso es mucho mejor que tu obsesión por Marte. ¡Ni siquiera me escuchas! ¡Cielo santo!, ¡estás condenado, Doug! ¿Qué va a ser de ti?

—Me voy a trabajar —dijo él, poniéndose en pie y olvidándose del desayuno—. Eso es lo que va a ser de mi.

La esposa lo miró con expresión dubitativa y dijo:

—Cada día estás peor, más y más fantástico. ¿Adónde te va a llevar todo esto?

—A Marte —contestó, abriendo la puerta del armario para coger una camisa limpia.

Tras haber descendido del taxi, Douglas Quail caminó lentamente a través de tres abarrotadas calzadas especiales para peatones, dirigiéndose hacia aquel umbral moderno y atractivo. Allí se detuvo contemplando el tráfico de media mañana y con suma calma leyó el rótulo de neón. Ya en el pasado lo

había leído muchas veces pero nunca desde tan cerca. Esto era diferente. Lo que hacía ahora era algo más. Algo que más pronto o más tarde *tenía* que suceder.

REKAL INCORPORATED

¿Era ésta la respuesta? Después de todo, sólo era una ilusión, quizá muy convincente, pero no dejaba por ello de serlo. Al menos objetivamente. Pero subjetivamente... todo lo contrario.

Y, de todas maneras, en los siguientes cinco minutos tenía una cita.

Respirando profundamente cierta cantidad del aire medio envenenado de Chicago, atravesó a continuación el policromo umbral y se acercó hasta el mostrador de la recepcionista.

La rubia y bella muchacha del mostrador, de atractivos senos e impecablemente ataviada, le saludó con suma simpatía:

—Buenos días, señor Quail.

—Sí —replicó él—. Estoy aquí para tratar acerca de un curso *Rekal*, como usted sabe.

—Por supuesto —dijo la recepcionista, tomando un pequeño auricular que había a su lado.

Luego anunció:

—El señor Douglas está aquí, señor McClane. ¿Puede entrar ahora, o es demasiado pronto?

Surgieron del auricular unos extraños sonidos.

—Sí, señor Quail —dijo la joven—. Puede usted entrar; el señor McClane le está esperando.

Al avanzar el señor Quail con ciertas dudas, la muchacha le advirtió:

—Habitación D, señor Quail. A su derecha.

Durante unos instantes creyó haberse perdido, pero pronto encontró la habitación indicada. Se abrió la puerta automáticamente. Tras una enorme mesa de despacho, se hallaba un hombre de mediana edad, de aspecto afable y ataviado con un traje gris marciano de *piel de rana*; solamente aquel atavío hubiese sido suficiente para indicar a Quail que acababa de acudir a visitar a la persona más adecuada.

—Siéntese, Douglas —dijo McClane, señalando con una mano regordeta hacia una silla que había frente a su mesa de despacho—. ¿De manera que desearía ir a Marte? Muy bien.

Quail tomó asiento, sintiéndose muy nervioso.

—No estoy muy seguro de que esto valga la pena —dijo—. Cuesta mucho y realmente tengo la impresión de que no conseguiré nada.

«Cuesta tanto como ir allá», pensó.

—Usted tendrá las pruebas tangibles de su viaje —aseguró enfáticamente el señor McClane—. Todas las pruebas que necesite. Vea usted esto.

El hombre revolvió en un cajón de su impresionante mesa, y del interior de un gran sobre color marrón, extrajo una pequeña cartulina impresa en relieve.

—Se trata de un billete de viaje. Demuestra que usted ha hecho el viaje de ida y vuelta. Postales...

Sobre la mesa extendió cuatro fotografías tridimensionales a todo color, para que Quail las viese. Luego añadió:

—Película. Fotografías que usted tomó de algunos lugares típicos de Marte con una cámara de cine alquilada...

Mostró las fotos a Quail y continuó:

—... Más los nombres de las personas que ha conocido usted, objetos de recuerdo que llegarán de Marte en el mes próximo, y pasaporte, certificados de las vacunas que se le hayan puesto, y algunos detalles más.

El hombre guardó silencio y miró agudamente a Quail. Luego, añadió:

—Sabrá usted que ha viajado, que ha ido allá. No nos recordará a nosotros, ni a mí, ni siquiera el haber estado aquí. Será en su mente un verdadero viaje, le garantizamos eso. Dos semanas completas de recuerdos hasta su más mínimo detalle. Y no olvide esto: si alguna vez duda usted de que realmente ha hecho el viaje a Marte, puede volver aquí y se le devolverá la cantidad cobrada, íntegramente. ¿Se da cuenta?

—Pero no habré ido —dijo Quail—. No habré ido, por muchas pruebas que ustedes me den de tal cosa.

Quail lanzó un profundo suspiro y añadió tras una breve pausa:

—Y jamás habré sido un agente secreto de la Interplan.

Le parecía imposible que la fabulosa memoria que inyectaba *Rekal* pudiese desarrollar aquella labor..., a pesar de lo que había oído decir a la gente.

—Señor Quail —dijo pacientemente McClane—. Como usted mismo nos explicó en su carta, no tiene oportunidad, ni la más ligera posibilidad de ir alguna vez a Marte; no puede usted permitírselo, y lo que es mucho más importante, *nunca* podrá usted llegar a ser un agente secreto para Interplan ni para nadie. No puede serlo ni lo será jamás. Esta es la *única* forma de alcanzar..., bien, el sueño de su vida, ¿no tengo razón, señor?

McClane cloqueó con la garganta y añadió:

—Pero puede *«haberlo sido y haberlo hecho».* Nos preocuparemos de que así sea. Y nuestros honorarios son muy razonables.

Tras pronunciar sus últimas palabras, McClane sonrió animadamente.

—¿Es tan convincente esa memoria inyectable? —preguntó Quail.

—Mucho más que la realidad, señor. Si de verdad hubiese usted ido a Marte como agente de la Interplan, ahora habría olvidado muchas cosas; nuestro análisis sobre los sistemas de la verdadera memoria (auténticos recuerdos de principales acontecimientos de la vida de una persona) demuestran que siempre se pierden muchos detalles, detalles que se olvidan y que jamás vuelven a recordarse. Parte de lo que le ofrecemos es que todo cuanto «plantemos» en su memoria jamás lo olvidará. La serie de imágenes e ideas que se le inyectarán cuando esté usted en estado de inconsciencia es la creación de grandes expertos, hombres que han pasado años en Marte. En cada caso verificamos los detalles en forma realmente exhaustiva. Aparte de que ha elegido usted un sistema muy fácil para nosotros; si hubiese usted deseado ser Emperador de la Alianza de Planetas Interiores o hubiera elegido Plutón para su viaje, hubiésemos tenido muchas más dificultades..., y, por supuesto, los honorarios habrían sido también muy superiores.

Llevándose una mano al bolsillo interior de su chaqueta para extraer la cartera, Quail dijo:

—Está bien. Ha sido la ambición de toda mi vida, y sé que realmente nunca la conseguiré. De manera que imagino que tendré que aceptar esto.

—No piense de esa forma —dijo McClane, severamente—. No está usted aceptando lo que podríamos llamar un segundo plato. La memoria real con

todas sus vaguedades, omisiones, por no citar también sus distorsiones, sí que es en realidad un segundo plato.

McClane aceptó el dinero y oprimió un botón que había sobre su mesa. Luego, cuando se abrió la puerta para dar paso a dos hombres fornidos, añadió:

—Está bien, señor Quail. Irá usted a Marte como agente secreto.

McClane se levantó, estrechó la mano de Quail, húmeda a causa de los nervios, y concluyó:

—O mejor dicho, ya está usted en camino. Esta tarde a las cuatro y media regresará a la Tierra y un taxi le llevará hasta su vivienda, y como ya le he dicho, nunca recordará haberme visto o haber venido aquí; en realidad, ni siquiera sabrá nada de nuestra existencia.

Con la boca reseca por el nerviosismo, Quail siguió a los dos técnicos; lo que sucediese a continuación dependería de ellos.

«¿Llegaré a creer que realmente estuve en Marte? —*se preguntó*—. ¿Llegaré a estar seguro de que al fin logré la ambición de toda mi vida?».

Quail *tenía* la intuición de que algo, sin saber por qué, saldría mal. Pero ignoraba de qué podía tratarse.

Tendría que esperar para saberlo.

El aparato de comunicación interior de McClane, que le conectaba con el área de trabajo de la firma, sonó, y dijo una voz:

—El señor Quail está en este momento bajo, los efectos sedantes, señor. ¿Quiere usted supervisar esta operación, o seguimos adelante?

—Es de rutina —observó McClane—. Puede usted continuar, Lowe; no creo que tenga usted ninguna dificultad.

La programación de la memoria artificial de un viaje a otro planeta —con o sin la adición de ser agente secreto— se realizaba en la firma con monótona regularidad. En un solo mes, McClane calculaba que probablemente se llevarían a cabo unas veinte veces; los viajes interplanetarios artificiales se habían convertido en pan diario.

—Lo que usted diga, señor McClane —respondió la voz de Lowe.

El aparato de comunicación interior guardó silencio.

Acercándose hasta la sección abovedada de la cámara situada detrás de su despacho, McClane buscó un paquete *Tres* y otro *Sesentidós*: viaje a Marte; espía secreto interplanetario. Luego regresó con ambos paquetes a su mesa de despacho, tomó asiento cómodamente, Y extrajo todo el contenido..., objetos y documentos que se depositarían en la vivienda de Quail mientras los técnicos de laboratorio se ocupaban en fabricar la falsa memoria.

Un localizador de ideas, y McClane pensó que aunque aquél era el objeto de mayor tamaño, también era el que les producía mayores beneficios económicos. Un transmisor tan diminuto que el agente podría tragárselo si le capturaban. Libro de claves que se parecían asombrosamente a uno auténtico..., los modelos de la firma eran extraordinariamente seguros: basados, siempre que era posible, sobre las verdaderas claves de Estados Unidos. Diversos objetos que no parecían tener aplicación alguna, pero que formarían, al unirse en la memoria de Quail, base sólida sobre su imaginario viaje: media moneda, ya antigua, de plata, y con un valor de cincuenta centavos, varias anotaciones de los sermones de John Donne escritas incorrectamente, cada una de ellas en un trozo de papel fino y transparente,

Librodot

varios sobrecitos de cerillas de bares de Marte, una cuchara de acero inoxidable en la que se leían grabadas las siguientes palabras: *«Propiedad del Kibutsim Nacional de Marte»*, un diminuto rollo de alambre que...

Sonó, una vez más, el aparato de comunicación interior.

—Señor McClane, siento mucho molestarle, pero sucede algo raro. Quizá fuese mejor que viniese usted un momento. Quail está ahora bajo efectos sedantes; reaccionó bien bajo la narquidrina; está completamente inconsciente, *pero*...

—Voy ahora mismo.

Intuyendo alguna dificultad seria, McClane abandonó su despacho. Un momento después aparecía en la zona de trabajo. Sobre una cama higiénica yacía Douglas Quail, respirando lenta y regularmente, con los ojos cerrados parecía enterarse muy débilmente, sólo débilmente, de la presencia de los dos técnicos y del propio McClane.

—¿No hay espacio para insertar falsos modelos de memoria? —interrogó McClane, con irritación—. Habrá suficiente para dos semanas; está empleado en la oficina de Emigración de la Costa Occidental, que es una Agencia del Gobierno, y debido a ello indudablemente durante el año pasado habrá disfrutado de dos semanas de vacaciones. Repito que con eso será suficiente.

Los detalles menudos siempre molestaban a McClane.

—Nuestro problema —dijo Lowe— *es algo muy diferente*. —Se inclinó sobre la cama y dijo a Quail—: Repítale al señor McClane lo que acaba de contarnos.

Los ojos grises del hombre que yacía boca arriba sobre la cama miraron al rostro de McClane. Este los observó con atención. Su expresión se había endurecido y tenían un aspecto inorgánico, pulido, como piedras semipreciosas. McClane no estaba muy seguro de que le gustase lo que estaba viendo. Aquel brillo de los ojos era demasiado frío.

—¿Qué desea usted ahora? —preguntó Quail, ásperamente—. Salgan de aquí antes de que los destroce a todos.

Estudió detenidamente a McClane y añadió: —Especialmente usted. Sí, está usted a cargo de esta operación de contraespionaje.

Lowe dijo:

—¿Cuánto tiempo ha estado usted en Marte?

—Un mes —respondió Quail, con el mismo tono.

—¿Y cuál fue su propósito al ir allí? —Exigió Lowe.

Los delgados labios de Quail se retorcieron un tanto, pero no habló. Finalmente, arrastrando las palabras hasta lograr que sonaran con evidente acento de hostilidad, dijo:

—Agente de Interplan. Ya se lo he dicho. ¿No graba usted todo cuanto se habla? Ponga en marcha esa cinta grabada para que la escuche su jefe y déjeme tranquilo.

Cerró los ojos. La dureza de las pupilas se esfumó.

McClane se sintió inmediatamente aliviado.

Lowe dijo calmosamente:

—Este es un hombre duro, señor McClane.

—No lo será —respondió McClane—. No lo será cuando de nuevo dispongamos que pierda su eslabón de memoria. Se mostrará tan dócil como antes.

Luego añadió, dirigiéndose a Quail:

—¿De manera que *ésa* era la razón por la que tanto ansiaba ir a Marte?

Sin abrir los ojos respondió:

—Nunca quise ir a Marte. Me destinaron. Y no tuve más remedio que ir. Confieso que sentía curiosidad por ir. ¿Quién no la hubiese sentido?

De nuevo abrió los ojos. Y miró a los tres hombres en particular a McClane. Luego murmuró:

—Buen suero de la verdad éste que usted tiene aquí. Me ha hecho recordar cosas que había olvidado completamente.

Hubo un silencio y luego murmuró, como si hablara para sí:

—¿Y Kirsten? ¿Estaría complicada en todo esto? Un contacto de Interplan vigilándome... para tener la seguridad de que yo no recuperase la memoria... ¿podría ser? No me extraña que se burlara tanto de mis deseos de ir allá.

Muy débilmente, sonrió. La sonrisa más bien de comprensión, se desvaneció casi inmediatamente.

McClane dijo:

—Por favor, créame, señor Quail; hemos tropezado con esto enteramente por accidente. En el trabajo que nos...

—Le creo —respondió Quail.

Este último parecía cansado. La droga continuaba profundizando más y más en él.

—¿Dónde dije que había estado? —interrogó—. ¿Marte? Es difícil recordar. Sé que me gustaría haberlo visto; y creo que también le gustaría a todo el mundo. Pero yo...

Su voz se debilitó extraordinariamente, y musitó:

—... Yo, un simple empleado, un empleado que no sirve para nada...

Incorporándose, Lowe dijo a su superior:

—Desea una falsa memoria que corresponde a un viaje que *realmente* ha hecho. Y una razón falsa que es la verdadera razón. Está diciendo la verdad; está muy sumido en la narquidrina. El viaje aparece muy vívido en su mente, al menos bajo el efecto de los sedantes. Pero aparentemente no puede recordarlo en estado de vigilia. Alguien, probablemente en los Laboratorios de Ciencias Militares del Gobierno, borró sus recuerdos conscientes; todo cuanto sabía era que ir a Marte significaba para él algo especial, lo mismo que ser agente secreto. Esto no pudieron borrarlo; no es un recuerdo sino un deseo, indudablemente el mismo que le impulsó a presentarse voluntario para tal destino.

El otro técnico, Keeler, dijo a McClane:

—¿*Qué* hacemos? *¿Injertar un modelo de falsa memoria sobre la verdadera?* No se puede predecir cuáles serán los resultados. Podría recordar parte del verdadero viaje, y la confusión producir un intervalo psicopático. Se vería obligado a retener dos sujetos opuestos en su mente, y hacerlo simultáneamente: que fue a Marte y que no fue. Que es auténtico agente de Interplan y que no lo es... Creo que debemos despertarlo sin realizar ninguna implantación de falsa memoria y sacarlo de aquí. Esto es un hierro candente.

—De acuerdo —respondió McClane.

Al asentir a la propuesta de Keeler se le ocurrió otra idea y preguntó:

—¿Pueden ustedes predecir qué es lo que recordará cuando salga del estado de estupor?

—Imposible de predecir —respondió Lowe—. Probablemente albergue, a partir de ahora, algún débil recuerdo de su verdadero viaje, y también es

muy probable que tenga serias dudas sobre su veracidad. Quizá decida que en nuestra programación hubo un fallo. También podría recordar haber venido aquí; esto podría borrarse si usted lo desea.

—Cuanto menos nos relacionemos con este hombre, mejor —dijo McClane— No debemos jugar con esto. Ya hemos sido lo suficientemente estúpidos, o infortunados, como para descubrir a un auténtico espía de Interplan, tan perfectamente camuflado que ni siquiera él mismo sabía quién era... o, más bien, *quién* es.

Cuanto antes se desembarazasen de aquel individuo que se hacía llamar Douglas Quail, sería mejor.

—¿Piensa usted instalar los paquetes *Tres* y *Sesentidós* en su alojamiento? —preguntó Lowe.

—No —dijo McClane—. Y vamos a devolverle la mitad de los honorarios cobrados.

—¡La mitad! ¿Por qué la mitad?

McClane respondió débilmente:

—Creo que es un buen arreglo.

Cuando el coche llegó a su residencia, situada en un extremo de Chicago, Douglas se dijo a sí mismo que, sin duda alguna, era una buena cosa haber regresado a la Tierra.

El largo período de estancia de un mes en Marte ya había comenzado a difuminarse en su memoria; sólo le quedaba una vaga imagen de los profundos cráteres, la omnipresente erosión de las colinas, de la vitalidad, del movimiento mismo. Un mundo de polvo donde pocas cosas ocurrían, un mundo en el que buena parte del día era preciso pasarlo comprobando una y otra vez las reservas de oxígeno. También recordaba las formas de vida, los modestos cactus color gris marrón y los gusanos.

De hecho se había traído de Marte varios ejemplares moribundos de la fauna de aquel planeta; los había pasado de contrabando por las aduanas. Después de todo, no constituían ninguna amenaza; no podían sobrevivir en la densa atmósfera de la Tierra.

Introdujo una mano en el bolsillo en busca del pequeño estuche que contenía los gusanos, pero en su lugar extrajo un sobre.

Al abrirlo descubrió, perplejo, que contenía quinientas setenta cartulinas de crédito en forma de billetes de bajo valor.

«¿De dónde ha salido esto? —se preguntó a sí mismo—. *¿Acaso no me gasté en el viaje hasta la última moneda que poseía?».*

Junto con el dinero había una hoja de papel marcada con las palabras: «Retenido la mitad de los honorarios» y firmaba «McClane». La fecha era la del día.

—Recuerda —dijo Quail, en voz alta.

—¿Recordar qué, señor o señora? —inquirió respetuosamente el conductor-robot del taxi.

—¿Tiene una guía telefónica? —preguntó.

—Desde luego que sí, señor o señora.

Se abrió un pequeño compartimiento, y de su interior se deslizó una diminuta guía telefónica de *Cook County.*

—La redacción de esta guía es extraña —comentó Quail, al hojearla en sus páginas amarillas.

Sintió cierto temor. Hizo un esfuerzo para disimularlo, y luego dijo:

—Aquí está. Lléveme a *Rekal Incorporated.* He cambiado de idea, ya no quiero ir a casa.

—Sí, señor o señora —respondió el robot.

Un momento después, el taxi se lanzaba en dirección opuesta.

—¿Puedo usar su teléfono? —preguntó.

—Con sumo placer —dijo el robot, presentándole un lujoso teléfono con tridivisión en color, completamente nuevo.

Quail marcó el número de su vivienda. Y con una breve pausa, vio la imagen en miniatura, pero muy auténtica, de Kirsten en la pequeña pantalla del aparato.

—Estuve en Marte —le dijo.

—Estás borracho, o algo peor —replicó ella, retorciendo los labios irónicamente.

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Cuándo? —preguntó Kirsten.

—No lo sé —dijo Quail, realmente confuso—. Creo que fue un viaje simulado. Por medio de un sistema de memorias extrarreales o como diablos se llame. Pero no tuvo resultado.

Kirsten dijo de nuevo:

—Estás borracho.

E inmediatamente colgó.

Quail lo hizo a continuación, sintiendo que se sonrojaba. «Siempre el mismo tono», se dijo a sí mismo, encolerizado. Siempre las mismas recriminaciones como si ella lo supiese todo y él nada. *«¡Qué matrimonio!»*, pensó amargado.

Un momento más tarde, el taxi se detuvo junto a la acera de un edificio color rosa, pequeño, y muy atractivo. Un rótulo policromo de neón decía: *«REKAL INCORPORATED».*

La elegante recepcionista se sorprendió al principio, pero acto seguido se dominó para saludar:

—¡Hola, señor Quail! ¿Cómo está usted? ¿Olvidó alguna cosa?

—El resto de los honorarios que aboné.

Más compuesta ya, la recepcionista dijo:

—¿Honorarios? Creo que se equivoca, señor. Estuvo usted aquí discutiendo la posibilidad de la realización de un viaje, pero…

La muchacha se encogió de hombros y dijo, tras breve pausa:

—Tal y como tengo entendido, ese viaje no tuvo lugar.

Quail respondió:

—Lo recuerdo todo muy bien, señorita. La carta a *Rekal*, que inició todo este asunto. Recuerdo mi llegada aquí y mi visita al señor McClane. Y recuerdo, asimismo cómo los dos técnicos de laboratorio me llevaron del despacho para administrarme una droga.

No tenía nada de extraño que la firma le hubiera devuelto la mitad de la cantidad desembolsada. No había dado resultado la falsa memoria de su viaje a Marte, al menos no enteramente, como se lo habían asegurado.

—Señor —dijo la muchacha—, aunque sea usted un empleado de poca importancia es usted un hombre de buen ver, y cuando se indigna estropea sus facciones. Si se sintiera usted mejor, yo podría…, bien, podría permitirle que me llevara a algún sitio.

Quail se puso furioso.

—La recuerdo a usted muy bien —dijo con tono de indignación—. Y recuerdo la promesa del señor McClane de que si recordaba mi visita a *Rekal Incorporated* me devolverían mi dinero en su totalidad. ¿Dónde está el señor McClane?

Tras una demora, probablemente tan larga como pudieron lograr, el señor Quail se encontró nuevamente sentado ante la impresionante mesa de despacho, exactamente como lo había estado una hora antes aquel mismo día.

—Poseen ustedes una maravillosa técnica —dijo Quail sardónicamente con enorme resentimiento—. Los llamados «recuerdos» de un viaje a Marte como agente secreto de Interplan son vagos y confusos, aparte de estar llenos de contradicciones. Y recuerdo claramente el trato que hice aquí con ustedes. Debería llevar este caso a la Oficina de *Mejores Negocios*.

En aquellos momentos, Quail ardía de indignación. La sensación de haber sido engañado le abrumaba y había vencido su acostumbrada aversión a discutir abiertamente.

Con gran cautela, McClane dijo:

—Capitulemos. Le devolveremos el resto de sus honorarios. Admito que no hemos hecho nada en absoluto por usted.

El tono de las últimas palabras de McClane era de resignación.

Quail dijo, con tono acusador:

—Ni siquiera me han proporcionado los diversos objetos que, según ustedes, demostrarían mi estancia en Marte. Toda esa comedia que me contaron no llegó a materializarse en nada. Ni siquiera un billete de viaje. Ninguna postal. Ni pasaporte. Ningún certificado de vacuna, nada...

—Escuche, —dijo McClane—. Supongamos que le digo...

McClane se detuvo repentinamente y dijo al cabo de un breve silencio:

—Bien, dejémoslo así.

Hizo presión sobre el botón de la comunicación interior y añadió:

—Shirley, por favor, ¿quiere usted preparar un cheque por valor de quinientos setenta para el señor? Gracias.

Luego miró nuevamente a Quail.

Inmediatamente llegó el cheque; la recepcionista lo dejó ante McClane y, una vez más, desapareció, dejando solos a los dos hombres que continuaban mirándose fijamente desde ambos lados de la impresionante mesa de despacho.

—Permítame advertirle algo —dijo McClane, al firmar el cheque y entregárselo—. No hable con nadie sobre su..., bien..., sobre su reciente viaje a Marte.

—¿Qué viaje?

—Bien, me refiero al viaje que ha hecho usted parcialmente. Actúe como si no lo recordara. Simule que jamás tuvo lugar. No me pregunte por qué, pero acepte mi consejo; será mejor para todos nosotros.

McClane había comenzado a sudar abundantemente. Hubo otra pausa de silencio, y añadió:

—Y ahora, señor Quail, tengo que trabajar con otros clientes, ¿comprende?

Se puso en pie y acompañó a Quail hasta la puerta.

Dijo al abrirla:

—Una firma que trabaja tan deficientemente no debería tener ningún cliente.

Acto seguido cerró la puerta a su espalda.

De nuevo hacia casa, en el taxi, reflexionó sobre la redacción de la carta que dirigiría a la Oficina de *Mejores Negocios, División Tierra*. Tan pronto como tomase asiento ante su máquina de escribir lo haría; era su deber advertir a otras personas para que se alejaran de *Rekal Incorporated*.

Cuando llegó a su alojamiento, se sentó ante su máquina de escribir portátil, abrió los cajones y comenzó a buscar papel carbón, hasta que se dio cuenta de la presencia de una caja familiar. Una caja que él había llenado cuidadosamente en Marte con fauna, y más tarde la había pasado de contrabando por la aduana.

Al abrir la caja vio, sin acabar de creerlo, seis gusanos muertos y ciertas variedades de vida unicelular con las que se alimentaban los gusanos marcianos. Los protozoos estaban secos, casi hechos polvo, pero los reconoció inmediatamente; le había costado un día de trabajo recogerlos entre las grandes rocas de color oscuro. Recordaba que había sido un maravilloso viaje de descubrimientos.

«Pero yo no he ido a Marte» se dijo a sí mismo.

Sin embargo, por otra parte...

Se presentó Kirsten en la puerta de la habitación cargada con una cierta cantidad de verduras.

—¿Cómo es que estás en casa a estas horas?

La voz de la esposa, con su eterno y monótono tono de acusación.

—¿Fui yo a Marte? —preguntó Quail—. Tú debes saberlo.

—No, por supuesto que no has ido a Marte y también tú deberías saberlo. ¿Acaso no estás siempre hablando de que deseas ir?

Quail dijo:

—Te aseguro que creo que he ido ya. —Hubo un silencio, y Quail añadió luego—: Y a la vez, creo que no fui.

—Decídete entre una cosa u otra.

—¿Cómo puedo hacerlo? —interrogó Quail, con una extraña mueca—. Los dos recuerdos están firmemente grabados en mi mente; *uno es real y el otro no*, pero no puedo diferenciar cuál es el auténtico y cuál es el falso. ¿Por qué no puedo confiar en ti? Tú les importas muy poco.

Su esposa podía hacer, al menos, aquello por él... aunque en lo sucesivo no volviese a hacer ya nada en su beneficio.

Kirsten dijo con voz monótona y controlada:

—Doug, si no vuelves a ser una persona normal, hemos terminado. Voy a dejarte.

—Estoy en apuros —replicó con voz un tanto ronca—. Probablemente me encamino hacia un estado psicopático. Espero que no, pero puede que así sea. De todas maneras, eso lo explicaría todo.

Depositando en el suelo la cesta de las verduras, Kirsten caminó hacia el armario.

—No estaba bromeando —dijo con suma calma. Sacó del armario un abrigo, se lo puso, y regresó hasta la puerta para añadir:

—Te telefonearé uno de estos días. Esta es mi despedida, Doug. Espero que salgas pronto de todo esto. Realmente, lo deseo por tu bien.

—¡Espera! —exclamó desesperadamente Quail—. Solamente dímelo para estar seguro. Dime si fui o no..., dime cuál de mis dos recuerdos es el verdadero, el real...

Librodot

Al pronunciar estas últimas palabras, se dio cuenta de que también podían haber alterado los canales de su memoria.

La puerta se cerró. Finalmente, su esposa se había ido.

Una voz dijo a sus espaldas:

—Bien, todo ha terminado. Ahora levante las manos Quail. Y por favor, dé media vuelta para mirar hacia aquí.

Quail se volvió instintivamente sin alzar las manos.

El hombre que se hallaba frente a él vestía el uniforme color canela de la Agencia Policíaca Interplan, y su pistola parecía ser un modelo de las Naciones Unidas. Por alguna razón, aquel rostro era familiar a Quail; familiar en una forma borrosa que no acababa de localizar. Sin embargo, nerviosamente, alzó ambas manos.

—Usted recuerda su viaje a Marte —dijo el policía—. Conocemos todos sus actos de hoy y todos sus pensamientos..., en particular sus importantes pensamientos en el recorrido que hizo desde su casa hasta *Rekal Incorporated*. Tenemos un teletransmisor en el interior de su cerebro que nos mantiene constantemente informados.

Un transmisor telepático, aplicación del plasma vivo que se había descubierto en la Luna. Quail sintió un estremecimiento de aversión. Aquella cosa vivía dentro de él, en el interior de su propio cerebro, alimentándose, escuchando... Pero la Policía Interplan usaba aquel procedimiento. Por lo tanto, era probablemente cierto, por muy deprimente que resultara.

—¿Por qué a mí? —interrogó Quail, roncamente. ¿Qué era lo que él había hecho... o pensado? ¿Y qué tenía que ver todo aquello con *Rekal Incorporated*?

—Fundamentalmente —dijo el policía Interplan—, esto nada tiene que ver con *Rekal*; es más bien un asunto entre usted y nosotros.

El policía señaló hacia uno de sus oídos y añadió:

—Todavía estoy recogiendo sus procesos mentales mediante su transmisor telepático.

Quail se fijó en que el hombre llevaba en uno de sus oídos una especie de enchufe blanco de plástico. El policía continuó:

—De manera que debo advertirle que cualquier cosa que piense podrá emplearse contra usted.

El hombre sonrió. Hubo una larga pausa de silencio. Luego, siguió hablando:

—No es que ahora importen mucho ciertas cosas. Lo que sí es molesto es que, bajo los efectos de la narquidrina, en *Rekal Incorporated* usted relató ante los técnicos y el propietario, señor McClane, detalles de su viaje, adónde fue usted, para quién, y algunas de las cosas que hizo. Los dos técnicos y el señor McClane estaban muy atemorizados. Deseaban no haberle visto jamás...

Nueva pausa de silencio, y el policía concluyó—: Y tienen razón.

Quail dijo:

—Yo no hice jamás ningún viaje. Se trata solamente de una falsa memoria implantada en mí por los técnicos de McClane.

Pero inmediatamente pensó en la caja de su mesa de despacho que contenía formas de vida marcianas. Y recordó las dificultades y molestias sufridas para recogerlas. El recuerdo parecía real. Y la caja con aquellas formas de vida sin duda alguna era auténtica. A menos que McClane la

hubiese instalado allí. Quizá aquella era una de las *«pruebas»* que había mencionado McClane tan alegremente.

«El recuerdo de mi viaje a Marte —pensó— *no me convence. Pero desgraciadamente ha convencido a la Agencia de Policía Interplan. Creen que realmente fui a Marte y suponen que al menos lo hice parcialmente».*

—No solamente sabemos que ha ido usted a Marte —añadió el policía, en respuesta a sus pensamientos— sino también que usted recuerda bastantes cosas como para constituir un peligro para nosotros. Y no vale la pena suprimir su recuerdo de todas las cosas, porque usted simplemente acudiría a *Rekal Incorporated* otra vez y reanudaría el experimento. Y tampoco podemos hacer nada contra McClane y su sistema porque no tenemos jurisdicción sobre nadie, excepto sobre nuestra propia gente. De todas maneras, McClane no ha cometido ningún delito.

El policía hizo otra de sus habituales pausas y añadió, tras mirar fijamente a Quail:

—Ni técnicamente, usted tampoco. Usted acudió a *Rekal Incorporated* con la idea de recuperar la memoria. Usted fue allí, y así lo consideramos, por las mismas razones que acude el resto de la gente..., gentes con vidas monótonas y oscuras: el ansia de aventura. Pero desgraciadamente, la vida de usted no ha sido ni monótona ni oscura, y ya ha disfrutado demasiadas emociones; la última cosa que necesitaba usted en este mundo era un curso de *Rekal Incorporated*. Nada hubiese podido ser más fatídico para usted o para nosotros. Y en realidad, también para McClane.

Quail preguntó:

—¿Por qué es peligroso para ustedes que *yo* recuerde mi viaje..., mi supuesto viaje, lo que yo hice allí?

—Porque lo que usted hizo —respondió el policía Interplan— no está de acuerdo con nuestra intachable imagen pública paternal y protectora. Usted hizo, por nosotros, lo que nosotros jamás hacemos. Como usted recordará, gracias a la narquidrina. Esa caja de gusanos muertos y algas está en su mesa de despacho desde hace seis meses, desde que usted regresó. Y en ningún momento mostró usted la menor curiosidad hacia ella. Ni siquiera sabíamos que la tenía hasta que usted la recordó cuando se dirigía a casa desde *Rekal*; entonces vinimos aquí a buscarla... Vinimos dos por ella.

Otro silencio y el policía añadió innecesariamente.

—Sin suerte; no había tiempo suficiente.

Un segundo policía Interplan se unió al primero; los dos conferenciaron brevemente. Mientras tanto, pensó rápidamente. En aquel instante recordaba más cosas. El policía tenía razón acerca de la narquidrina. Ellos, Interplan, probablemente también la usaban. *¿Probablemente?* Estaba seguro de que lo hacían. Había visto cómo se la administraban a un detenido. ¿Dónde había ocurrido tal cosa? ¿En algún lugar de la Tierra? Decidió que más probablemente en la Luna, al percibir la imagen que se perfilaba en su defectuosa memoria.

Y recordaba algo más. Las *razones* de «ellos» para enviarle a Marte; el trabajo que había hecho.

No tenía nada de extraño que hubiesen purgado su memoria.

—¡Oh, cielos! —exclamó el primero de los dos policías, interrumpiendo la conversación que sostenía con su compañero.

Evidentemente, acababa de captar los pensamientos de Quail.

Librodot

—Bien, ahora el problema es mucho peor, mucho peor de lo que hubiésemos pensado.

Avanzó hacia Quail apuntándole con la pistola. —Tenemos que matarle —dijo—. Y ahora mismo.

Nerviosamente, su compañero dijo:

—¿Por qué ahora mismo? ¿Acaso no podemos enviarle a Interplan Nueva York y dejar que allí...?

—Él ya sabe perfectamente por qué tiene que ser ahora mismo —dijo el primer policía.

El hombre también parecía sentirse muy nervioso, pero Quail se daba cuenta de que se debía a una razón muy diferente. Su memoria había vuelto a él casi repentinamente. Y por tal razón, entendía el nerviosismo del policía.

—En Marte maté a un hombre —dijo Quail—. Tras haberme desembarazado de quince guardaespaldas. Algunos de ellos armados con pistolas especiales, como lo están ustedes.

Quail había sido entrenado durante un período de cinco años por Interplan para convertirse en un asesino. Un asesino profesional. Conocía varias formas de desembarazarse de cualquier adversario armado..., como aquellos dos agentes de la Policía, y el que mostraba el diminuto audífono también lo sabía.

Si se movía con suficiente rapidez...

La pistola disparó. Pero Quail ya se había movido hacia un lado, décimas de segundo antes, y al mismo tiempo había derribado al agente mediante un golpe de karate aplicado a la garganta con la velocidad del relámpago. En un instante se apoderó de su pistola y apuntó al otro agente, que se mostraba enormemente sorprendido.

—Captó mis pensamientos —dijo Quail, jadeando con vehemencia—. Sabía lo que yo estaba a punto de hacer, pero aun así, lo hice.

Medio tendido en el suelo, el agente golpeado murmuró:

—No usará, esa pistola contra ti, Sam; acabo de captar ese pensamiento suyo. Sabe que está acabado y no ignora que nosotros lo sabemos. Vamos, Quail...

Trabajosamente, lanzando algunos gruñidos de dolor, el agente se puso en pie. Luego, extendió una mano.

—La pistola —dijo a Quail—. No puede usted usarla, y si me la entrega, prometo no matarle; será usted juzgado ante un Tribunal, y alguien que ocupe un alto puesto en Interplan decidirá. Así, pues, no lo haré yo... Puede que borren su memoria una vez más. No lo sé. Pero ya sabe usted por qué iba a matarle; no podía evitar que usted recordará cosas. De manera que, en cierto modo, mis razones para matarle ya son cosa del pasado.

Quail, sin soltar el arma, salió corriendo de la habitación, dirigiéndose al ascensor. *«Si me seguís* —pensó—, *os mataré».* Los agentes no lo hicieron. Oprimió el botón del ascensor y se abrieron las puertas.

Se dio cuenta de que los policías no le habían seguido. Evidentemente, habían captado sus pensamientos y decidían no correr riesgos.

El ascensor, al sentir su peso, descendió. Había escapado... por el momento. Pero, ¿qué sucedería a continuación? ¿Dónde podría ir?

El ascensor llegó a la planta baja; un momento más tarde, Quail se unía a la multitud de peatones que caminaban apresuradamente por los canales especiales de las calzadas. Le dolía la cabeza y se sentía enfermo. Pero al menos había evitado la muerte; casi le habían asesinado en su propia casa.

Pensó que, probablemente, lo intentarían de nuevo. «Cuando me encuentren», pensó. Y con aquel transmisor en su cerebro no tardarían en descubrir su paradero.

Irónicamente, había logrado lo que pidiera a *Rekal Incorporated*. Aventura, peligro, Policía Interplan, un viaje secreto y peligroso en el que él se jugaba la vida. Todo cuanto había ansiado como falsa memoria.

Ahora podían apreciarse las ventajas de que aquello fuera un recuerdo, pero nada más.

A solas, en un banco del parque, reflexionó mientras contemplaba los rebaños de peatones alegres y desenfadados, unos seres semipájaros importados de las dos Lunas de Marte, capaces de emprender el vuelo aun en contra de la fuerte gravedad de la Tierra.

«Puede que aún pueda regresar a Marte», pensó.

Pero, y después, ¿qué? Las cosas serían mucho peor en Marte. La Organización Política cuyo líder había asesinado le localizaría en el mismo momento en que descendiera de la nave; allí le perseguirían en el acto tanto *«ellos»* como Interplan.

«¿Podéis escuchar mis pensamientos?», se preguntó. Fácil camino hacia la paranoia; solo allí, sentado, sintió cómo le controlaban, cómo grababan sus pensamientos, cómo discutían entre ellos...

Sintió un estremecimiento, se puso en pie, y caminó sin rumbo, con ambas manos metidas en los bolsillos. Se daba cuenta de que no tenía la menor importancia el lugar adonde pudiese ir. «Siempre estaréis conmigo —pensó— mientras tenga dentro de mi cabeza este dispositivo».

«Haré un trato con vosotros —pensó para sí y para ellos—. ¿No podéis implantar una falsa memoria en mí otra vez, como lo hicisteis antes, para vivir una vida rutinaria olvidando que alguna vez estuve en Marte? ¿Algo que asimismo me haga olvidar totalmente haber visto un uniforme de Interplan y haber sostenido en la mano una pistola?».

Una voz dentro de su cerebro respondió: *«Como ya se le ha explicado cuidadosamente a usted, eso no sería suficiente».*

Asombrado, Quail se detuvo.

«Comunicamos antiguamente con usted en esta forma —continuó diciendo la voz— *cuando estaba usted operando en el campo, en Marte. Han pasado meses desde que lo hicimos por última vez; pensábamos, de hecho, que jamás tendríamos que volver a hacerlo. ¿Dónde está usted?».*

«Paseando —respondió Quail—. Caminando hacia mi muerte».

Y pensó para sí: «Provocado por las pistolas de vuestros agentes».

Luego, preguntó:

«¿Cómo pueden estar seguros de que no sería suficiente? ¿Acaso no tienen resultado las técnicas de *Rekal*?».

«Como ya hemos dicho —respondió la voz—, *si se le proporcionan a usted un conjunto de memorias normalizadas, usted se sentiría... intranquilo. Inevitablemente acudiría de nuevo a Rekal o quizá a cualquier otra firma competidora. No podemos pasar por eso dos veces».*

«Supongamos —dijo Quail— que una vez se cancelen mis auténticos recuerdos, se implante en mí algo más completo que una memoria normalizada. Algo que pudiese satisfacer mis ansias. Eso ya se ha demostrado; y probablemente ésa es la razón por la que ustedes me han contratado. Pero pueden inventar algo más, algo que sea igual. Fui el

hombre más rico de la Tierra, pero finalmente doné todo mi dinero a fundaciones educativas. O fui, quizá, un famoso explorador espacial. Cualquier cosa por el estilo, ¿no valdría cualquier cosa de estas?».

Hubo un largo silencio.

«Hagan la prueba —dijo Quail, desesperadamente—. Pongan a trabajar a sus famosos psiquiatras militares; exploren mi mente. Averigüen cuál es mi sueño más ansiado».

Quail trató de pensar.

«Mujeres —murmuró a continuación—, miles de ellas, como las tuvo *Don Juan*. *Playboy* interplanetario... Una querida en cada ciudad de la Tierra, Luna y Marte. Y luego abandoné, todo eso a causa del agotamiento. Por favor, hagan la prueba».

«Entonces, ¿se entregaría usted voluntariamente? —preguntó la voz en el interior de su cabeza—. *Si convenimos, y es posible tal solución, ¿se entregaría?».*

Tras un breve intervalo de duda, respondió:

«Si, correré el riesgo... con la condición de que no me maten».

«Haga usted el primer movimiento *—dijo la voz inmediatamente—,* entréguese a nosotros e investigaremos esa línea de posibilidad. Sin embargo, si no lo podemos hacer, si sus recuerdos comienzan a surgir nuevamente como ha sucedido esta vez, entonces...».

Hubo otro silencio, y a continuación la voz concluyó:

«... Tendremos que destruirle. Esto debe usted comprenderlo. Bien, Quail, ¿todavía quiere usted probar?».

«Sí», respondió.

De lo contrario, la única alternativa en aquellos momentos era la muerte, una muerte segura. Por lo menos aceptando la prueba le quedaba una posibilidad de sobrevivir por muy débil que fuese.

«Preséntese en nuestro Cuartel General de Nueva York —resumió la voz del agente Interplan—. *En el 580 de la Quinta Avenida, planta doce. Una vez se haya entregado, nuestros psiquiatras comenzarán a trabajar sobre usted. Haremos diversas clases de pruebas. Trataremos de determinar su último deseo por muy fantástico que sea, y entonces le llevaremos a Rekal y procuraremos que tal deseo se haga realidad en su mente. Y... buena suerte. Es evidente que le debemos algo. Actuó usted muy bien para nosotros».*

El tono de voz carecía de malicia; si algo expresaba, ellos —la Organización— sentían simpatía hacia él.

«Gracias», dijo Quail.

Y acto seguido comenzó a buscar un taxi-robot.

—Señor Quail —dijo el psiquiatra de Interplan, hombre de edad madura y facciones graves—, posee usted unos sueños de fantasía realmente interesantes. Probablemente son algo que ni siquiera usted mismo supone. Espero que no le molestará mucho conocerlos.

El oficial de alta graduación de Interplan que se hallaba presente dijo bruscamente:

—Será mejor que no se moleste mucho al escuchar esto, si no desea recibir un balazo.

El psiquiatra continuó:

—A diferencia de la fantasía de desear ser un agente secreto de Interplan, que, hablando relativamente no es más que un producto de madurez, y que

poseía cierto carácter plausible, esta producción es un sueño grotesco de su infancia; no tiene nada de particular que usted no lo recuerde. Su fantasía es la siguiente: tiene usted nueve años de edad, y camina a solas por un sendero del campo. Una variedad, poco familiar, de nave espacial, procedente de otro Sistema Estelar aterriza directamente frente a usted. Nadie en la Tierra, excepto usted, la ve. Las criaturas que hay en su interior son muy pequeñas e indefensas, algo parecidas a los ratones de campo, aun cuando están intentando invadir la Tierra. Docenas de miles de otras naves semejantes están a punto de ponerse en camino, cuando esta nave de exploración dé la señal.

—Y se supone que yo he de detenerlos —dijo Quail, experimentando una sensación mezcla de diversión y disgusto—. Simplemente de un manotazo o aplastándolos con el pie.

—No —replicó el psiquiatra, pacientemente—. Usted detiene la invasión, pero no destruyendo a esos seres. En su lugar, usted muestra hacia ellos amabilidad o piedad, aunque sea por telepatía —su medio de comunicación—, porque ya sabe usted a lo que han venido. Ellos nunca han recibido semejante trato por parte de un organismo vivo, y para demostrar su aprecio, pactan con usted.

Quail dijo:

—No invadirán la Tierra mientras yo viva, ¿verdad?

—Exactamente.

A continuación, el psiquiatra se dirigió al oficial de Interplan:

—Puede usted ver que encaja en su personalidad, a pesar de su falso desprecio.

—Así, pues, simplemente con seguir viviendo —dijo Quail, con creciente sensación de placer—, simplemente con seguir alentando, salvo a la Tierra de una invasión. Entonces, en efecto, soy el personaje más importante de la Tierra. Sin levantar un dedo siquiera.

—Evidentemente, señor —respondió el psiquiatra— y conste que esto es una base en su psique; ésta es una fantasía de infancia. Algo que, sin una terapia profunda y sin tratamiento de drogas, usted jamás habría recordado. Pero siempre ha existido en usted; se hallaba en estado latente, pero sin cesar jamás.

El Jefe de Policía se dirigió entonces a McClane, que se hallaba sentado, escuchando atentamente.

—¿Puede usted implantar un modelo de esta clase en él?

—Manejamos toda clase de fantasía que pueda existir —dijo McClane—. Francamente, he oído cosas peores que ésta. Por supuesto que podemos hacerlo. Dentro de veinticuatro horas, no habrá deseado haber salvado a la Tierra. Será algo que creerá ha sucedido realmente.

El oficial de Policía dijo:

—Entonces ya puede usted comenzar su trabajo como preparación previa, ya hemos borrado en él el recuerdo de su viaje a Marte.

—¿Qué viaje? —preguntó Quail.

Nadie le contestó, y así, aunque de mala gana, abandonó el asunto. Pronto se presentó un vehículo de la Policía. Él, McClane y el Jefe de Policía subieron y se dirigieron hacia *Rekal Incorporated*.

—Será mejor que esta vez no cometa usted errores —dijo el Jefe de Policía al nervioso McClane.

Librodot

—No veo que haya nada que pueda salir mal —respondió McClane, sudando abundantemente—. Esto nada tiene que ver con Marte o con Interplan. Simplemente se tratará de la detención de una invasión de la Tierra procedente de otro Sistema Estelar.

McClane movió la cabeza, y tras una breve pausa de silencio, continuó:

—¡Cielos, qué clase de sueños!

Y tras pronunciar estas últimas palabras, se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

Nadie dijo nada.

—En realidad, es conmovedor —añadió McClane.

—Pero arrogante —dijo el oficial de Policía—. Porque cuando él muera volverá a presentarse la amenaza de invasión. No tiene nada de extraño que no lo recuerde; es la fantasía más grande que he oído en mi vida.

Luego, miró a Quail con expresión de desaprobación.

—¡Y pensar que hemos anotado a este hombre en nuestra nómina!

Cuando llegaron a *Rekal Incorporated*, la recepcionista Shirley les recibió apresuradamente en la oficina exterior.

—Bienvenido sea de nuevo, señor Quail —dijo la muchacha—. Siento mucho que anteriormente las cosas hubiesen salido mal; estoy segura de que ahora todo saldrá mejor.

Todavía enjugándose el sudor de la frente con el pañuelo, McClane dijo:

—Todo saldrá mejor.

Actuando con rapidez, llamó a Lowe y a Keeler, y les siguió, a ellos y a Quail, hasta la zona de trabajo. Después regresó a su despacho en compañía de Shirley y del Jefe de Policía. Para esperar.

—¿Tenemos algún paquete preparado para esto, señor McClane? —preguntó Shirley, tropezando con él en su agitación y sonrojándose modestamente.

—Creo que sí.

McClane trató de recordar. Luego abandonó el intento y consultó el gráfico.

Decidió en voz alta:

—Una combinación de los paquetes Ochenta, Veinte y Seis.

De la sección de cámara abovedada que había tras su despacho extrajo los adecuados paquetes y los llevó hasta su mesa de despacho para examinarlos.

—Del Ochenta —explicó— una varilla mágica de curación, que le entregaron al cliente en cuestión, esta vez el señor Quail..., la raza de seres de otro Sistema Estelar. Una muestra de gratitud.

—¿Todavía surte efectos? —preguntó el oficial.

—Lo hizo en otro tiempo —respondió McClane—. Pero él, bien, la usó hace años curando aquí y allá. Ahora sólo es un objeto. Aunque la recuerde vívidamente.

McClane cloqueó con la garganta, y luego abrió el paquete Veinte.

—Documento del Secretario General de las Naciones Unidas, dándole las gracias por haber salvado a la Tierra; esto no es precisamente una cosa muy adecuada porque parte de la fantasía de Quail se basa en que nadie conoce la invasión, excepto él, pero en nombre de la verosimilitud lo incluiremos.

McClane inspeccionó el paquete Seis a continuación. ¿Qué significaba aquello? No lo recordaba; frunciendo el ceño, introdujo una mano en el

interior de la bolsa de plástico, mientras que Shirley y el oficial de Policía le contemplaban con curiosidad.

—Escritura en un idioma extraño —dijo Shirley.

—Esto demuestra quiénes eran —dijo McClane— y de dónde llegaron. Se incluye un detallado mapa estelar señalando su vuelo y el Sistema de origen. Por supuesto, lo han hecho *«ellos»* y él no sabe leerlo. Pero sí recuerda que se lo leyeron personalmente en su propia lengua.

McClane depositó los tres paquetes sobre el centro de la mesa de despacho, y añadió:

—Se debe llevar esto a la vivienda de Quail, para que cuando llegue a casa los encuentre. Y estas cosas confirmarán su fantasía. Procedimiento operativo normalizado.

Luego reflexionó sobre cómo irían las operaciones de Lowe y Keeler.

Sonó el aparato de comunicación interior.

—Señor McClane, siento mucho molestarle.

Era la voz de Lowe; McClane quedó como congelado cuando la reconoció. Quedó pasmado y mudo.

—Sucede algo y sería mejor que viniese usted a supervisar la operación. Como anteriormente, Quail reaccionó bien bajo la narquidrina, está inconsciente, relajado, y tiene buena recepción, pero...

McClane salió disparado hacia la zona de trabajo.

Sobre una cama higiénica yacía Douglas Quail respirando lentamente y con regularidad, con los ojos medio cerrados, y casi sin percibir a los que le rodeaban.

—Comenzamos a interrogarle —dijo Lowe, muy pálido— para averiguar exactamente cuándo situar el recuerdo-fantasía de haber salvado a la Tierra. Y cosa extraña...

—Me advirtieron que no lo dijera —murmuró Quail, con voz extrañamente ronca—. Ese fue el convenio. Ni siquiera se suponía que llegara a recordarlo. Pero, ¿Cómo podría olvidar un suceso como aquél?

—*Creo que fue difícil* —reflexionó McClane—, *pero lo hizo usted... hasta ahora.*

—Incluso me entregaron una especie de pergamino como muestra de gratitud —añadió—. Lo tengo escondido en mi alojamiento. Se lo enseñaré.

McClane dijo al oficial de Policía, que le había seguido:

—Bien, le sugiero que no le maten. Si lo hacen, *«ellos»* regresarán.

—También, me entregaron una varilla mágica para curar —añadió con los ojos totalmente cerrados—. Así fue como maté a aquel hombre en Marte. Está en mi cajón, junto con la caja de gusanos y plantas ya resecas.

Sin pronunciar una sola palabra, el oficial de Interplan abandonó la zona de trabajo.

«Lo mejor que podría hacer ahora sería desembarazarme de esos paquetes-prueba», se dijo a sí mismo McClane, resignadamente.

Caminó, lentamente, hacia su despacho, pensando en que, después de todo, también debía desembarazarse de aquella citación del Secretario General de las Naciones Unidas...

La verdadera citación probablemente no tardaría mucho tiempo en llegar.

NO POR SU CUBIERTA

—No quiero verlo, señorita Handy —dijo irritadamente el avejentado y malhumorado presidente de *Libros Obelisco*—. El libro ya está en imprenta; si hay un error en el texto ya no podemos hacer nada al respecto.

—Pero, señor Masters —dijo la señorita Handy—, es un error muy importante. Si él está en lo correcto. El señor Brandice afirma que el capítulo entero...

—Leí su carta; también hablé con él por videófono. Sé lo que dice.

Masters caminó hasta la ventana de su oficina, observando de mal humor la árida superficie de Marte, maltratada por los cráteres, que había contemplado durante tantas décadas. *«Cinco mil ejemplares impresos y encuadernados* —pensó—. *Y la mitad en piel de wub marciano estampado en dorado. El material más elegante y caro que pudieron encontrar. Ya estábamos perdiendo dinero con la edición, y ahora esto».*

Sobre su escritorio había un ejemplar del libro. *«De Rerum Natura»* de Lucrecio, en la elegante y noble traducción de John Dryden. Con irritación, Barney Masters volvió las brillantes páginas blancas. ¿Quién se imaginaría que en Marte alguien conocería un texto antiguo tan bien?, reflexionó. Y el hombre que esperaba en la antesala era sólo uno de los ocho que habían escrito o llamado a *Libros Obelisco* por el discutido pasaje.

¿Discutido? No había discusión; los ocho académicos en latín estaban en lo correcto. Simplemente era una cuestión de lograr que se fueran sin hacer ruido, olvidando incluso que habían leído la edición de *Obelisco* y encontrado el pasaje estropeado en cuestión.

—Muy bien, que pase —le dijo Masters a su recepcionista, presionando el botón del intercomunicador de su escritorio. De lo contrario, el hombre nunca se iría; era la clase de personas que se quedaría esperando afuera. Los académicos generalmente son así; tienen una paciencia infinita.

La puerta se abrió y un hombre alto de pelo gris, con anteojos pasados de moda al estilo terrestre, se acercó, portafolios en mano.

—Gracias, señor Masters —dijo, ingresando—. Déjeme explicarle, señor, por qué mi Organización considera semejante error algo tan importante.

Se sentó ante el escritorio, abriendo enérgicamente el portafolios.

—Después de todo, estamos en un Planeta colonizado. Todos nuestros valores, costumbres, artefactos y tradiciones provienen de la Tierra, *GuaDAF* considera que la impresión de este libro...

—*¿GuaDAF?* —interrumpió Masters. Nunca había escuchado sobre ello, pero aun así gruñó. Obviamente, uno de los muchos grupos de vigilancia que controlaban todo lo impreso, todo lo que surgía localmente en Marte o llegaba de la Tierra.

—*Guardianes de las Distorsiones y Artefactos Fraguados* —explicó Brandice—. Traje conmigo una edición terrestre, *auténtica y correcta*, de *«De Rerum Natura»*, la traducción de Dryden, la misma de su edición local.

Su énfasis sobre local hizo que sonara vil y de poca calidad, como si, caviló Masters, *Libros Obelisco* estuviera haciendo algo deshonesto.

—Consideremos las interpretaciones que no son auténticas. Primero debería examinar mi ejemplar... —depositó un ejemplar envejecido y deteriorado de la edición terrestre sobre el escritorio de Masters— ...en el

cual aparece correctamente. Y luego señor, un ejemplo de su propia edición: el mismo pasaje.

Junto al antiguo libro azul dejó uno de los grandes y hermosos ejemplares en piel de *wub* que había publicado *Libros Obelisco*.

—Permítame llamar al responsable de la edición —dijo Masters. Presionando el botón del intercomunicador, le habló a la señorita Handy—: Pídale a Jack Snead que venga, por favor.

—Sí, señor Masters.

—Citando la edición *auténtica* —dijo Brandice—, obtenemos un efecto métrico del latín como sigue. Ejem —aclaró su garganta, luego comenzó a leer en voz alta:

«De la sensación de pesar y dolor seremos liberados;
no sentiremos, porque no seremos.
Aunque la tierra en los mares, y los mares en el cielo estén perdidos,
no nos moveremos, solo seremos suprimidos».

—Conozco el pasaje —dijo Masters cortante, sintiéndose molesto; el hombre le leía como si fuera a un niño.

—Este cuarteto —dijo Brandice— está ausente de su edición, y el siguiente cuarteto *espurio* (Dios sabe de qué origen) aparece en su lugar. Permítame.

Tomando la suntuosa copia de *Obelisco* encuadernada en piel de *wub*, la hojeó, lo encontró, y leyó:

«De la sensación de pesar y dolor seremos liberados;
Lo que ningún hombre nacido en la Tierra puede calificar ni ver;
Una vez muertos, sondeamos mares por encima de este mar:
Nuestras penurias sobre la tierra anuncian una dicha sin fin».

Contemplando con atención a Masters, Brandice cerró ruidosamente el ejemplar encuadernado en piel de *wub*.

—Lo más molesto —dijo Brandice— es que este cuarteto predica un mensaje completamente opuesto al del libro entero. ¿De dónde proviene? *Alguien* lo escribió; Dryden no lo hizo… Lucrecio tampoco.

Miró fijamente a Masters como si pensara que él personalmente lo hubiera hecho.

La puerta de la oficina se abrió y entró el responsable de la edición, Jack Snead.

—Está en lo correcto… —dijo con resignación a su superior—. Y ésa es solo una alteración en el texto entre más de treinta; he estado examinando la cuestión, desde que comenzaron a llegar las cartas. Y ahora estoy revisando otros títulos recientes del catálogo de nuestra lista de otoño —agregó, gruñendo—. Encontré alteraciones en varios libros.

—Eras el último corrector de pruebas antes de que fueran a imprenta —dijo Masters—. *¿No había errores entonces?*

—Absolutamente ninguno —dijo Snead—. Yo revisé las pruebas de galera personalmente; los cambios no estaban en las galeras, tampoco. Los cambios no aparecen hasta las copias finales encuadernadas… y esto no

Librodot

tiene ningún sentido. O más específicamente, las encuadernadas en dorado y *piel de wub*. Los ejemplares corrientes... están bien.

Masters parpadeó.

—Pero todos son de la misma edición. Van a prensa juntos. En realidad no teníamos planeado originalmente una exclusiva de lujo; fue solo a último minuto que lo hablamos y la oficina comercial sugirió que la mitad de la edición se ofertara en piel de *wub*.

—Creo —dijo Jack Snead— que vamos a tener que examinar con más detenimiento la cuestión de la piel de *wub* marciano.

Una hora más tarde, el avejentado y tembloroso Masters, acompañado por el editor Jack Snead, se sentó frente a Luther Saperstein, agente comercial de la firma procuradora de piel *Intachable*, *Incorporada*; de ella, *Libros Obelisco* obtenía la *piel de wub* con la cual encuadernaba sus libros.

—Antes que nada —dijo Masters en un tono profesional y cortante—, *¿qué es la piel de wub?*

—Básicamente —dijo Saperstein—, en el sentido en el que está haciendo la pregunta, es el pelaje del *wub* marciano. Sé que eso no les dice mucho, caballeros, pero al menos es un punto de referencia, un postulado sobre el cual todos nosotros podemos estar de acuerdo, donde podemos empezar a construir algo más concreto. Para ser más útil, déjenme que les expliqué la naturaleza del *wub* mismo. La piel es cara, porque entre otras razones, es rara. La *piel de wub* es rara porque un *wub* muere muy de vez en cuando. Lo que quiero decir es que es casi imposible matar a un *wub*, incluso a uno enfermo o anciano. E incluso si un *wub* es asesinado, *la piel sigue viva.* De esa cualidad surge su valor único para la decoración del hogar o, como en su caso, para la encuadernación de libros destinados a perdurar.

Masters suspiró, miró distraídamente por la ventana mientras Saperstein hablaba con monotonía. Junto a él, el corrector de ejemplares tomaba unas breves notas crípticas, con una expresión sombría sobre el rostro enérgico y juvenil.

—Lo que nosotros les suministramos —dijo Saperstein—, cuando ustedes vinieron a nosotros (y recuerdo eso: ustedes vinieron a nosotros; no los buscamos) consistió en pieles selectas y perfectas de nuestro inventario: Estas pieles vivientes brillan con un lustre único; nada se les asemeja en Marte o en La Tierra. Si se desgarra o raspa, se repara a sí misma. Crece, a lo largo de meses, una piel más y más lujosa, haciendo que las tapas de sus libros sean cada vez más lujosas, y por lo tanto con más demanda. En diez años, la calidad de estos libros encuadernados en *piel de wub*...

—Entonces la piel todavía está viva —dijo Snead, interrumpiendo—. Interesante. Y el *wub*, como usted dice, es tan hábil que es virtualmente imposible matarlo.

Le echó una breve mirada a Masters.

—Cada una de las treinta y tantas alteraciones efectuadas en los textos de nuestros libros tienen que ver con la inmortalidad. La revisión de Lucrecio es típica; el texto original predica que el hombre es transitorio, que incluso si sobrevive después de la muerte esto no importa porque ya no tendrá recuerdos de su existencia aquí. En su lugar, el nuevo pasaje habla de un futuro de la vida sostenido sobre ésta; digamos, una completa contradicción con la filosofía entera de Lucrecio. Comprende ante lo que estamos, ¿no? La

filosofía del maldito *wub* sobreimpresa a la de varios autores. Es eso; comienzo y fin.

Se interrumpió, y volvió a hacer anotaciones, en silencio.

—¿Cómo puede una piel —preguntó Masters—, incluso una piel viva eternamente, ejercer influencia sobre los contenidos de un libro? Un texto ya impreso: las páginas refiladas, los folios encolados y cosidos... va en contra de la razón. Incluso *si* la encuadernación, *la maldita piel,* está realmente viva, no puedo creerlo.

Observó a Saperstein.

—Si vive, ¿de qué vive?

—De minúsculas partículas de sustancias alimenticias suspendidas en la atmósfera —dijo Saperstein suavemente.

Poniéndose de pie, Masters dijo:

—Vamos. Esto es ridículo.

—Inhala las partículas a través de los poros —dijo Saperstein. Su tono era digno. Incluso reprobador.

Estudiando sus notas, sin seguir la línea de su patrón. Jack Snead dijo pensativo:

—Algunas de las correcciones son fascinantes. Varían de una oposición completa al pasaje original (y el sentido del autor), como en el caso de Lucrecio, hasta correcciones muy sutiles, casi invisibles (si esa es la palabra) en los textos que están más de acuerdo con la doctrina de la vida eterna. La verdadera pregunta es ésta: *¿estamos enfrentándonos con la opinión de una forma de vida particular,* o *el wub sabe sobre lo que está hablando?* El poema de Lucrecio, por ejemplo; es muy grande, muy hermoso, muy interesante... como poesía. Pero como filosofía, tal vez esté equivocado. No lo sé. No es mi trabajo; simplemente edito libros, no los escribo. Lo último que debe hacer un editor es editorializar, por sí mismo, en el texto del autor. Pero eso es lo que el *wub*, o cualquier cosa en la *piel de wub*, está haciendo.

Luego se quedó en silencio.

—Me interesaría saber si agregaron algo de valor —dijo Saperstein.

—¿Poéticamente? ¿O quiere decir filosóficamente? Desde la poética o la literatura, el punto de vista estilístico de sus interpolaciones no es mejor ni peor que el de los originales; se las compone para mezclarse con el del autor lo suficientemente bien para que no se note —agregó cavilando—. Nunca se sabría que es la piel la que está hablando.

—Quiero decir desde un punto de vista filosófico.

—Bien, siempre es el mismo mensaje que se repite monótonamente. No hay muerte. Vamos a dormir; despertaremos... en una vida mejor. Es lo que hizo con *«De Rerum Natura»*; es típico. Si lo ha leído aquí ya lo ha leído todo.

—Sería un experimento interesante —dijo Masters pensativo—, encuadernar un ejemplar de la *«Biblia»* con eso.

—Lo hice —dijo Snead.

—¿Y?

—Por supuesto no pude tomarme el tiempo para leerla toda. Pero le eché una hojeada a las *«Epístolas de Pablo a los Corintios».* Había sólo un cambio. El pasaje que comienza *«He aquí, os digo un misterio...»* aparece todo en mayúsculas. Y repite las líneas: *«¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?»* diez veces seguidas; las diez veces completamente en mayúsculas —dijo después, pensando cada palabra—: Ésta es, básicamente, una disputa teológica... entre público lector y el pellejo

de un animal marciano que parece la mezcla de un puerco y una vaca. *Qué extraño.*

Luego regresó a sus notas otra vez.

—¿Cree que el *wub* tiene información interior o no? —dijo Masters, después de una pausa solemne—. Como dijo, puede que no sea sólo la opinión de un animal particular que ha evitado la muerte con éxito; puede ser la verdad.

—Lo que se me ocurre —dijo Snead— es esto. El *wub* no solo ha aprendido a evitar la muerte; hace realmente lo que predica. Es matado, desollado, y su piel, todavía viva, es convertida en parte de algunos libros, ha conquistado la muerte. Sigue viviendo. En lo que parece considerar una vida mejor. No solo tratamos con una forma local de vida con opinión; estamos tratando con un organismo que ya ha hecho algo que nosotros todavía dudamos. Seguro que lo sabe. Es una confirmación viviente de su propia doctrina. Los hechos hablan por sí mismos. Tiendo a creerle.

—Tal vez la vida continúa para *él* —Masters estuvo en desacuerdo—, pero eso no quiere decir necesariamente que para nosotros también. El *wub* como señala el señor Saperstein, es único. La piel de ninguna otra forma de vida de Marte, de la Luna o de la Tierra continúa viviendo, absorbiendo la vida de partículas microscópicas en suspensión en la atmósfera. Sólo él puede hacerlo...

—Es una lástima que no podamos comunicarnos con el pellejo del *wub* —dijo Saperstein—. Lo intentamos, aquí en *Intocable*, desde que notamos el hecho de su supervivencia *postmortem*. Pero nunca encontramos la forma.

—Pero en *Obelisco* lo hicimos —señaló Snead—. De hecho, ya intenté un experimento. Imprimí un texto de una oración, una simple línea: *«El wub, a diferencia de cualquier otra criatura viva, es inmortal».* Luego lo encuaderné en *piel de wub*; entonces lo leí otra vez. Había cambiado. Aquí, —le pasó un delgado libro, generosamente encuadernado, a Masters—. Lea cómo quedó ahora.

Masters leyó en voz alta:

«El wub, como cualquier otra criatura viva, es inmortal».

—Bien, todo lo que hizo fue reemplazar tres palabras por una —dijo devolviendo el ejemplar a Snead—; no es un gran cambio.

—Pero desde el punto de vista del significado —replicó Snead—, es una bomba. Hemos conseguido una respuesta sobre qué hay más allá de la tumba... por así decirlo. Quiero decir, enfrentémoslo; la *piel del wub* está técnicamente muerta porque el *wub* está muerto. Esto está tan terriblemente cerca de proveernos una verificación indiscutible de la supervivencia de la vida inteligente después de la muerte.

—Por supuesto que hay algo —dijo Saperstein vacilante—. Odio decirlo; no sé en qué se relaciona con todo esto. Pero el *wub* marciano, más allá de su inusual, incluso milagrosa habilidad para preservarse a sí mismo, es desde un punto de vista mental una criatura estúpida. La zarigüeya terrestre, por ejemplo, tiene un tercio del cerebro de un gato. El *wub* tiene un cerebro de una quinta parte de una zarigüeya.

Parecía deprimido.

—Bien —dijo Snead—, la *«Biblia»* dice «los últimos serán los primeros»; probablemente los humildes *wub* estén incluidos en esta declaración; esperemos que sea así.

—*¿Usted desea la vida eterna?* —dijo Masters, mirándolo con atención.

—Seguro —dijo Snead—. Todos lo hacemos.

—Yo no —dijo Masters con decisión—. Tengo suficientes problemas ahora. Lo último que deseo es vivir como la encuadernación de un libro... o en cualquier otra cosa que esté de moda.

Pero en su interior comenzó a vacilar silenciosamente. De un modo diferente. De un modo muy diferente, en realidad.

—Suena como algo que le gustaría a un *wub* —reconoció Saperstein—. Ser la encuadernación de un libro. Yacer allí supino, en un estante, año tras año, inhalando minúsculas partículas del aire. Y presumiblemente meditando. O cualquier otra cosa que hagan los *wubs* después de muertos.

—Piensan en teología —dijo Snead—. Oran.

Se dirigió a su jefe:

—Supongo que ya no encuadernaremos libros en piel de *wub*.

—No con propósitos comerciales —agregó Masters—. No para vender. Pero...

No podía negarse a sí mismo la convicción de que algún uso tendrían.

—Me pregunto —dijo—, si le otorgarían el mismo alto nivel de supervivencia a cualquier cosa que se hiciera con él. Por ejemplo, las cortinas de una ventana. O el tapizado de un coche flotante; tal vez eliminarían la muerte en las rutas. O el forro de los cascos para las tropas de combate. Y para los jugadores de béisbol.

Las posibilidades parecían enormes... pero vagas. Tendría que meditarlo, pensarlo un buen rato.

—De todos modos —dijo Saperstein—, mi firma declina darle una indemnización; las características de la piel del *wub* se dieron a conocer públicamente en un folleto que entregamos a comienzos de año. Declaramos categóricamente...

—Muy bien, es nuestra pérdida —dijo Masters irritado, con un gesto de la mano—. Vamos.

Le dijo a Snead:

—¿Y dice definitivamente, en los treinta y tantos pasajes que interpoló, que la vida después de la muerte es agradable?

—Completamente. *«Nuestras penurias sobre la tierra anuncian una dicha sin fin».* Es un resumen, esta línea es de *«De Rerum Natura»*; está todo allí.

—«Dicha» —repitió Masters, asintiendo—. Por supuesto, realmente no estamos en la Tierra; estamos en Marte. Pero supongo que es lo mismo; sólo quiere decir vida, en cualquier lugar donde estemos viviendo.

Una ves más, incluso más gravemente, ponderó:

—Lo que sucede —dijo pensativamente—, es que una cosa es hablar abstractamente sobre «vida después de la muerte», y otra desde la experiencia. La gente está haciéndolo desde hace cincuenta mil años; Lucrecio lo hizo hace dos mil años. Lo que más me interesa no es el gran cuadro filosófico sino el hecho concreto de la *piel del wub*; la inmortalidad que lleva consigo.

Le dijo a Snead:

—¿Qué otros libros encuadernó con él?

—*«La edad de la razón»* de Tom Paine —dijo Snead, consultando la lista.

—¿Cuáles fueron los resultados?

—Doscientos sesenta y siete páginas en blanco. Excepto justo en el medio la palabra *bleh*.

—Continúe.

—La *«Enciclopedia Británica»*. No es que precisamente cambiara algo, sino que agregó artículos enteros. Sobre el alma, la transmigración, el infierno, la maldición, el pecado o la inmortalidad; los veinticuatro volúmenes fueron orientados religiosamente —levantó la vista—. ¿Debo continuar?

—Seguro —dijo Masters, escuchando y meditando simultáneamente.

—La *«Summa Theologica»* de Tomás de Aquino. Dejó el texto intacto, pero periódicamente insertaba una línea bíblica: *«La letra mata pero el espíritu da vida».* Una y otra vez. *«Horizontes perdidos»* de James Hilton. Shangri-La resulta ser una visión de la vida después de...

—Muy bien —dijo Masters—. Captamos la idea. La cuestión es, *¿qué hacer con esto?* Obviamente no podemos encuadernar libros con esa piel... al menos libros con los que está en desacuerdo.

Pero él estaba empezando a ver otro uso; uno mucho más personal. Y por lejos valía más que cualquier cosa que la piel de *wub* pudiera hacer con los libros... en realidad con cualquier objeto inanimado. En cuanto consiguiera un teléfono.

—De especial interés —estaba diciendo Snead—, fue la reacción a un volumen de informes recopilados sobre psicoanálisis por algunos de los más grandes analistas freudianos vivos de nuestro tiempo. Dejaba que cada artículo quedara intacto, pero al final de cada uno agregaba la misma frase —rió entre dientes—. *«Médico, cúrate a ti mismo».* Un poco de sentido del humor.

—¿Sí? —dijo Masters, pensando, incesantemente, en el teléfono y la llamada vital que haría.

De regreso en su oficina en *Libros Obelisco*, Masters intentó un experimento preliminar: ver si esta idea funcionaba. Cuidadosamente envolvió una taza y un plato amarillos de porcelana china Royal Albert en *piel de wub*, piezas favoritas de su propia colección. Luego, después de un examen de conciencia y vacilación, ubicó el paquete en el piso de su oficina y, con toda su declinante fuerza, saltó sobre él.

La taza no se rompió. Al menos no lo pareció.

Desenvolvió el paquete e inspeccionó la taza. Estaba en lo correcto: lo envuelto en *piel de wub* no podía ser destruido.

Satisfecho, se sentó al escritorio, pensando una última vez.

La envoltura de *piel de wub* había convertido a un objeto frágil en algo temporalmente irrompible. Así que la doctrina de la supervivencia externa había funcionado en la práctica... exactamente como había esperado.

Levantó el teléfono, tecleó el número de su abogado.

—Este es mi testamento... —le dijo a su abogado cuando estuvo al otro lado de la línea—. Sabe, el último lo hice hace unos pocos meses. Tengo una cláusula adicional para agregar.

—Sí, señor Masters —dijo agudamente su abogado—. Diga.

—Un pequeño ítem —susurró Masters—. Tiene que ver con mi ataúd. Quiero que sea obligatorio para mis herederos: *mi ataúd debe estar revestido a todo lo largo, encima, debajo y a los lados, con piel de wub. De Intocable, Incorporada.* Quiero ir hacia mi Hacedor vestido, digamos, en *piel de wub*. Da una mejor impresión así.

Rió despreocupado, pero su tono era mortalmente serio, y su abogado lo entendió.

—Si eso es lo que quiere —dijo el abogado.

—Y le sugiero hacer lo mismo —dijo Masters.

—¿Por qué?

Masters agregó:

—Consulte la *«Biblioteca Médica de Referencia»* que vamos a editar el mes próximo. Y asegúrese de conseguir una copia encuadernada en *piel de wub*; será diferente de las otras.

Pensó, luego, *en su ataúd recubierto de piel de wub.* Profundo bajo tierra, con él en su interior, con la perenne *piel de wub* creciendo, creciendo.

Sería interesante ver la versión de sí mismo que elegiría producir la envoltura de *piel de wub*.

En especial después de varios siglos.

PARTIDA DE REVANCHA

No era un casino como los demás, y de ahí el problema de tipo especial que se le planteaba a la Policía de Super Los Ángeles. Los extraterrestres que lo habían instalado habían dejado su enorme nave flotando justo encima del establecimiento. Así, en caso de llegada de la Policía, los reactores de la nave lo destruirían. Una maniobra eficaz, pensaba melancólicamente el Comisario Joseph Tinbane; de un sólo golpe, los extraterrestres abandonarían la Tierra y aniquilarían todas las pruebas de sus actividades ilegales.

Peor aún: todos los jugadores humanos que se hallaran en el casino, y que por lo tanto podrían testificar, serían aniquilados.

Observando desde su aerocoche, bebía trago tras trago de aguardiente. El alcohol lo tranquilizaba un poco, pero no había más. Entre las sombras, distinguía a su izquierda la oscura y silenciosa masa de la astronave extraterrestre. Bajo su popa se adivinaba un espacio cerrado, oscuro y silencioso también. Pero no era más que una apariencia.

—Podríamos intentar una entrada —dijo a su colega, más nuevo que él—. Pero sería un suicidio. —Era mejor confiar en los androides, por torpes y susceptibles de equivocarse que fueran. Una cosa era segura: no estaban vivos, lo cual era una clara ventaja en aquel caso.

—Ahí va el tercero —murmuró el Inspector Falkes.

Un ser delgado, vestido con ropas humanas, se detuvo ante la puerta del casino. Llamó y esperó. La puerta se abrió. El androide dio la contraseña y le dejaron entrar.

—¿Cree que sobrevivirán a la deflagración subsiguiente al despegue? —preguntó Tinbane a Falkes, que era experto en robótica.

—Uno de los tres es posible, pero no todos. De todos modos, con uno solo tenemos bastante. —Falkes se inclinó hacia adelante con una expresión excitada—. Vamos, comuníquese con ellos. Anúncieles que quedan arrestados. ¿Para qué esperar más?

—En lo que a mí respecta —dijo Tinbane—, me sentiré mucho más tranquilo mientras esa nave permanezca inmóvil. Esperemos un poco más.

—Pero todos los androides están en su sitio.

—Quizá sea mejor esperar a que transmitan en video —respondió Tinbane. Las emisiones de los androides, en efecto, constituían una prueba que sería registrada por la policía. Sin embargo, el joven Inspector que formaba equipo con Tinbane tenía razón en una cosa: ahora que los tres espías humanoides estaban dentro, ya no ocurriría nada más. Hasta el momento en que los extraterrestres supieran que habían sido engañados y efectuaran su plan de retirada.

—Está bien —decidió Tinbane, conectando el altavoz—. Vamos allá.

Falkes acercó el micrófono a sus labios, y su voz amplificada resonó por todas partes:

«¡AQUÍ EL REPRESENTANTE DE LA POLICÍA DE SUPER LOS ANGELES! ¡TODO EL MUNDO EN EL INTERIOR DE ESTE ESTABLECIMIENTO DEBE ABANDONARLO INMEDIATAMENTE...!»

La voz de Falkes quedó ahogada por el rugir de los reactores de la astronave. El Inspector se alzó de hombros y esbozó una amarga sonrisa a Tinbane.

—No han necesitado mucho tiempo —dijo. Pero Tinbane no le oyó. Simplemente leyó las palabras en los labios de su colega.

Como estaba previsto, nadie tuvo tiempo de salir. Ninguno de los jugadores del casino pudo salir. El edificio se licuó. La astronave no dejó tras ella más que una masa informe de materia vitrificada.

Están todos muertos, pensó Tinbane con un mudo estremecimiento.

—Ahora es el momento —dijo estoicamente Falkes. Se enfundó el traje de neoamianto y, unos segundos más tarde, Tinbane hizo lo mismo.

Los dos policías se dirigieron hacia el viscoso magma que había sido el casino. En el centro había como una especie de joroba: dos de los tres androides que, en el último momento, habían protegido algo con una parte de su cuerpo. En cuanto al tercero, no quedaba la menor huella de él. Se había fundido con todo lo demás. Como todo lo que era orgánico.

Me pregunto qué han intentado salvaguardar, se dijo Tinbane mientras examinaba los informes vestigios de los dos androides. ¿Un ser vivo? ¿Un extraterrestre con aspecto de molusco? ¿Una mesa de juego?

—Han actuado aprisa... siendo androides —observó Falkes.

—Sea como sea, han conseguido salvar algo —declaró Tinbane. Torpemente, removió la masa de metal que era todo lo que quedaba de los dos androides. Un elemento, probablemente un tórax, se deslizó a un lado, revelando lo que había intentado preservar.

Era un *flipper*.

¿Por qué?, pensó Tinbane. ¿Qué importancia puede tener esa máquina? No tenía ni la menor idea.

Un técnico del Laboratorio de la Policía de la Avenida Sunset tendió a Tinbane un grueso dossier.

—¿Y si me hiciera un resumen? —dijo el Comisario con tono huraño. Leer aquellos interminables informes lo ponía nervioso.

—De hecho, no se trata de un aparato de tipo clásico —dijo el técnico, tras echar una ojeada a su texto, como si hubiera olvidado lo que contenía. Su voz era seca y monocorde. Parecía como si para él fuera un asunto sin la menor importancia. Como Tinbane, estimaba que el *flipper* preservado por

los androides no tenía el menor interés... o al menos esta era la impresión que daba—. Quiero decir que no se parece a los modelos importados hasta ahora a la Tierra. Lo comprenderá mejor si lo prueba. Le sugiero que eche una moneda de veinticinco centavos en la ranura y juegue una partida. El Laboratorio —añadió— le devolverá el dinero cuando lo recuperemos.

—No estoy tan mal de dinero como eso —respondió irritadamente Tinbane. Siguiendo al técnico, atravesó el enorme Laboratorio donde reinaba una actividad febril y penetró en el taller del fondo.

Allá, bien limpio y reparado, se hallaba el *flipper* que los robots habían protegido. Tinbane metió una moneda en la ranura, y cinco bolas metálicas brotaron y se situaron en el almacén transparente, mientras el tablero se iluminaba con multitud de luces destellantes.

El técnico se instaló cerca de Tinbane para observar la partida.

—Antes de empezar, le aconsejo que examine con atención los obstáculos por entre los cuales debe circular la bola. La maqueta que hay debajo del cristal no deja de tener su interés. Es una ciudad en miniatura, con sus casas, sus calles, sus edificios públicos, sus canalizaciones. No es una ciudad terrestre, por supuesto, sino una ciudad ioniana normal. La exactitud de los detalles es notable.

Tinbane se inclinó hacia adelante. El técnico no se equivocaba: la precisión de la maqueta era extraordinaria.

El otro prosiguió:

—Los tests a los que hemos sometido el mecanismo demuestran que el aparato ha sido muy utilizado. Pero la tolerancia es considerable. Según nuestras estimaciones, se pueden jugar como mínimo otras mil partidas antes de que sea necesaria una revisión. Una revisión que, por supuesto, no puede efectuarse más que en lo. Por lo que sabemos, allí es donde se construye y se repara ese tipo de material.

—¿Cómo se desarrolla la partida? —preguntó Tinbane.

—Bueno, nos enfrentamos aquí con lo que podríamos llamar un conjunto polivariable. En otras palabras, el terreno en el cual ruedan las bolas se halla en permanente evolución. El número de combinaciones posibles es... —El técnico hojeó su informe sin conseguir hallar la cifra—. Bueno, de todos modos, es extremadamente elevado. Del orden del millón. Este juego es muy sofisticado. Lance la primera bola y lo verá.

Tinbane accionó el lanzador para enviar la bola número uno. Esta salió disparada por el corredor y rebotó contra un tope que aceleró su velocidad.

Ahora se estaba deslizando por un plano inclinado.

—La línea de defensa que protege la ciudad —comentó el técnico— se halla constituida por unos accidentes orográficos cuyo color, forma y superficies reproducen un paisaje ioniano típico. Los constructores se tomaron mucho trabajo para establecer una copia exacta. Debieron trabajar a partir de fotos tomadas desde satélites. De hecho, es como si tuviéramos ante los ojos un fragmento del Planeta visto desde una altitud de aproximadamente quince mil metros.

La bola entró en contacto con el accidentado talud que defendía la ciudad. El choque modificó la trayectoria y la bola vaciló, como desorientada.

—*Ha sido desviada* —murmuró Tinbane. Observó con qué eficacia el trazado del terreno se oponía a que la bola prosiguiera su camino—. Va a rodear la ciudad.

Librodot

La bola, muy frenada, se metió por un tramo lateral y, en el momento en que era absorbida por un agujero, encontró un nuevo tope que la puso bruscamente en juego.

En el tablero apareció una cifra: el jugador conseguía un punto, y la bola amenazaba de nuevo la ciudad. Pero fue nuevamente detenida por la línea de defensa, y siguió aproximadamente el mismo itinerario que antes.

—Observe —dijo el técnico—. Ahora va a pasar algo interesante. La golpeará el mismo tope que antes. Observe atentamente el tope.

Tinbane vio que de este surgía un delgado hilillo de humo. Se volvió interrogando con la mirada a su compañero.

—Observe ahora la bola —precisó este último.

La bola golpeó nuevamente el tope instalado no lejos del agujero. Pero, esta vez, el tope no reaccionó al impacto.

Tinbane parpadeó viendo la bola deslizarse suavemente hacia el agujero, en cuyo fondo desapareció.

—¿Y bien? No ha ocurrido nada —dijo.

—¿Ha visto usted el humo? Un cortocircuito en el cableado del tope. Si hubiera rebotado, la bola hubiera constituido de nuevo un peligro para la ciudad.

—Dicho de otro modo —murmuró Tinbane—, el mecanismo ha comprendido el efecto que el impacto le hubiera causado a la bola. El conjunto funciona como para protegerse de la actividad de ésta.

Conocía el principio por haberlo observado ya en otros *flippers* fabricados por los extraterrestres: un circuito complejo modificando constantemente los datos del juego a fin de que la máquina pareciese viva... todo ello para reducir las posibilidades del jugador. En este caso particular, el jugador ganaba si conseguía llevar las bolas hasta el medio del elemento central... la reproducción de la ciudad ioniana. Esta ciudad debía ser pues defendida. En consecuencia, había sido necesario neutralizar aquel tope que ocupaba una posición estratégica. Por un tiempo al menos: era necesario que estuviera fuera de acción hasta que la topografía del terreno se modificara de una forma decisiva.

—Hasta aquí no hay nada nuevo —prosiguió el técnico—. Usted debe haber visto ya una decena de máquinas de este tipo, y yo he visto centenares. Este aparato ha jugado decenas de miles de partidas y, cada vez, el circuito previsto para neutralizar las bolas se reajusta. Se puede decir que esos cambios son acumulativos. En este momento, un jugador no puede marcar más que una fracción de los tantos obtenidos antes de que los circuitos empezaran a reaccionar. Como en todos los aparatos de juego de los extraterrestres, la modificación tiende hacia un punto límite que es el nivel cero. Intente alcanzar la ciudad, Tinbane. Hemos construido un mecanismo de repetición que ha jugado ciento cuarenta partidas, y jamás ninguna bola ha podido acercarse a la ciudad hasta el punto de amenazarla seriamente. Hemos anotado los tanteos y, en cada ocasión, hemos registrado una baja ligera pero significativa. —Sonrió.

—¿Y? —preguntó Tinbane.

—¿Y? Nada. He escrito en mi informe: *nada.* —El técnico calló un instante—. Con una excepción. Observe.

Se inclinó hacia el *flipper* y apoyó el índice sobre la plancha de cristal, señalando una estructura que ocupaba el centro de la ciudad en miniatura—. Las fotos muestran que a cada partida este elemento se

perfecciona. Según todas las evidencias, existe un sistema eléctrico que lo realza. Lo mismo ocurre con todas las demás alteraciones. Pero su forma, ¿no le recuerda a usted nada?

—Parece como una catapulta de la antigüedad —respondió Tinbane—. Pero el eje de propulsión es vertical, en vez de ser horizontal.

—Nosotros hemos hecho la misma observación. Aparte esto, examine el propulsor. No está a la escala de la ciudad. De hecho, es totalmente desproporcionado.

—Casi parece como que haya sido diseñado para contener…

—«Casi» no es la palabra. Lo hemos medido. Su tamaño corresponde exactamente a las dimensiones de una de las bolas.

Un estremecimiento recorrió la columna vertebral de Tinbane.

—¿Y cuál es su conclusión?

—Que esta catapulta podría proyectar una bola a la cara del jugador —respondió fríamente el técnico—. Está orientada hacia adelante del *flipper* y hacia arriba. —Hizo una pausa—. Y está preparada para funcionar.

La mejor defensa es el ataque, como dice el proverbio, pensó Tinbane, observando la máquina llevada a la Tierra por los extraterrestres. El nivel cero, reflexionó, no puede ser la finalidad última del circuito de defensa de esta máquina. En realidad, el mecanismo no debía tender únicamente a disminuir las posibilidades del adversario, sino también a elaborar la mejor contraofensiva.

—¿Cree que los extraterrestres han buscado crearnos complicaciones? —preguntó al técnico.

—¿Y eso qué importancia tiene? Ninguna por el momento. Hay dos cosas que cuentan: en primer lugar, este aparato ha sido introducido en la Tierra ilegalmente, y luego ha sido utilizado por terrestres. Quizá sea —o lo será muy pronto— un arma asesina, lo hayan premeditado o no sus fabricantes. Según nuestros cálculos, puede convertirse en algo mortal en veinte partidas. Cada vez que se mete una moneda en la ranura, la catapulta se eleva un poco más, se acerque o no la bola a la ciudad. Basta con el impulso lanzado por la batería de helio del mecanismo central. Y el proceso es automático desde que se inicia la partida. La catapulta se vuelve operacional ante nuestros ojos. Será mejor que juegue las otras cuatro bolas restantes para que termine la partida. O que nos autorice a desmontar este aparato. O al menos la batería.

—Los extraterrestres no respetan en absoluto la vida humana —murmuró Tinbane. Pensaba en la carnicería que había ocasionado el despegue de la astronave. Para los ocupantes de esta no había sido más que un suceso menor. En comparación con aquello, el *flipper* parecía una tontería. ¿Qué consecuencias tenía en términos de destrucción?

—Nos enfrentamos con una máquina selectiva —dijo con voz pensativa—. No elimina más que al jugador.

—Puede eliminar a todos los jugadores uno tras otro —hizo notar el técnico.

—¿Pero quién se animaría a jugar tras el primer accidente?

—Los habituales del casino sabían muy bien que en caso de intervención de la Policía los extraterrestres reducirían a todo el mundo a cenizas —hizo notar el técnico—. La pasión por el juego es una impulsión enfermiza parecida a la de la droga. Algunos apasionados están dispuestos a seguir

jugando sean cuales sean los riesgos. ¿Ha oído hablar usted alguna vez de la ruleta rusa?

Tinbane lanzó la segunda bola, que rebotó contra el tope y se dirigió hacia la ciudad en miniatura. Consiguió franquear el talud y se acercó a la primera casa. Quizá consiga ganar contra esta máquina, pensó salvajemente Tinbane. Antes de que sea ella la que consiga ganarme. Se sentía presa de una extraña exaltación. La bola golpeó el minúsculo edificio, lo aplastó, y prosiguió su camino. Pese a su pequeño tamaño, era mayor que todos los edificios que formaban la ciudad.

Todos, excepto la catapulta central.

Ávidamente, el Comisario siguió con la mirada la esfera de acero que se aproximaba peligrosamente a la catapulta. Una construcción hizo desviar su trayectoria, y el agujero se la tragó. Inmediatamente, Tinbane lanzó la tercera bola.

—La apuesta es enorme —murmuró suavemente el técnico—. Es su vida lo que se está jugando, ¿no? Tiene que ser apasionante, si se tiene la mentalidad requerida.

—Creo que puedo alcanzar la catapulta antes de que entre en acción.

—Quizá, o quizá no.

—Cada vez, la bola se aproxima un poco más.

—Para funcionar, esta catapulta necesita las bolas. Representan los proyectiles. Cuanto más juegue usted, más posibilidades le dará de utilizarlas. En realidad, usted la está ayudando. —Sombríamente, el técnico añadió—: Ella no puede actuar sin la ayuda de usted. El jugador no es solamente el enemigo: es también un colaborador de importancia esencial. Será mejor que lo deje, Tinbane. Este instrumento va a ganarle.

—Lo dejaré cuando haya alcanzado la catapulta.

—La alcanzará, de acuerdo... pero corre el peligro de morir. —El técnico miró a Tinbane con ojos entrecerrados—. Quizá sea por eso por lo que los extraterrestres han fabricado esta máquina. Como una represalia por la intervención de la Policía. Es una eventualidad que hay que tener en cuenta.

—¿Tiene usted una moneda de veinticinco centavos que pueda prestarme? —preguntó Tinbane.

En la décima partida, la estrategia de la máquina se modificó de modo tan sorprendente como imprevisto. Bruscamente, el aparato renunció a desviar sistemáticamente las bolas a derecha e izquierda para que evitaran la ciudad en miniatura. Por primera vez, Tinbane vio que una se dirigía directamente hacia ella. Directamente hacia la catapulta. Ésta se hallaba a todas luces preparada y a punto, ahora.

—Soy su superior jerárquico, Tinbane —dijo el técnico con voz tensa—. Le ordeno que interrumpa la partida.

—Toda orden surgida de usted debe ser presentada por escrito, y ser aprobada con el visto bueno de un Inspector —dijo Tinbane. No obstante, dejó de jugar a regañadientes—. Puedo ganar —dijo soñadoramente—, pero no aquí. Tendría que estar lo suficientemente lejos como para estar fuera de alcance. —Y diciendo aquello, se dio cuenta de que daba por sentado que la catapulta podía tomarle como blanco.

Se dio cuenta de que había girado ligeramente. Una especie de dispositivo óptico le permitía localizar al jugador. A menos que el calor desprendido por su cuerpo tuviera un efecto termotrópico.

En este caso, le sería relativamente fácil pasar a la ofensiva. Había también otra posibilidad: que el dispositivo estuviera equipado con un registrador encefálico que captara las ondas cerebrales emitidas en sus proximidades. Pero el Laboratorio lo hubiera detectado.

—¿A qué tropismo debe obedecer? —murmuró Tinbane.

—Este dispositivo no estaba en su lugar cuando examinamos la máquina —respondió el técnico—. La realización de la catapulta debe representar un estadio superior.

—Espero que no tenga un registrador encefálico —murmuró Tinbane. Puesto que, en este caso, el aparato recordaría a su adversario y podría reconocerlo con posterioridad.

Aquella idea le hizo estremecer. Evocaba un riesgo mucho mayor.

—Le hago una proposición —dijo el técnico—. Siga jugando hasta la primera respuesta de la catapulta. Luego, abandone, y desmontaremos el aparato. Será realmente útil saber cuál es su tropismo. Nada impide imaginar que algún día nos encontremos frente al mismo principio, aún más perfeccionado. ¿Está de acuerdo? Correrá usted un riesgo calculado, pero creo que cuando la máquina lance su primer golpe, será para proceder a una última corrección con vistas al segundo... que jamás será efectuado.

¿Tenía que confesarle sus temores al técnico?

—Lo que me contraría —dijo Tinbane— es la posibilidad de que este aparato conserve un recuerdo de mí. Para más adelante.

—¿Para más adelante? Pero si este *flipper* será convertido en piezas desde el momento en que haya efectuado su primer disparo.

—Está bien, sigamos —dijo Tinbane, vacilante. Quizá me estoy preocupando por nada, pensó. Es él quien debe tener razón.

La siguiente bola falló la catapulta por unos pocos milímetros. Pero no era debido a que pasara tan cerca por lo que Tinbane se sentía inquieto; era porque la catapulta había intentado capturar la bola a su paso. El movimiento había sido tan rápido y tan sutil que apenas lo habían visto.

—Quiere esta bola —dijo el técnico—. Quiere tirársela. —Había observado la maniobra.

Con un gesto vacilante, Tinbane se preparó a lanzar la siguiente bola... que tal vez fuera la última, en lo que a él se refería.

—Apártese de aquí —murmuró el técnico con voz pálida—. Olvidemos mi proposición. ¡Interrumpamos la partida! Desmontaremos inmediatamente este aparato.

—Hay que saber cuál es el tropismo. —Tinbane accionó el impulsor.

La bola de acero, que de pronto parecía enorme y pesada, se dirigió directamente hacia la catapulta al acecho. Cada uno de los accidentes del relieve parecía facilitar su camino. El dispositivo atrapó la bola antes incluso de que Tinbane, que la contemplaba con ojos enormemente abiertos, se diera cuenta de lo que ocurría.

—¡Apártese! —El técnico dio un salto y empujó al Comisario. El golpe fue tan brutal que Tinbane cayó al suelo.

Hubo un estruendo de vidrios rotos y la bola de acero rozó la sien de Tinbane. Rebotó contra la pared, y acabó su trayectoria sobre una mesa.

Hubo un largo silencio, luego el técnico dijo con voz temblorosa:

—Tanto en velocidad como en masa, estaban todas las condiciones como para que...

Tinbane se levantó y se acercó a la máquina.

Librodot

—No tire ninguna otra bola —exclamó el técnico.

—No vale la pena —respondió el Comisario; dio media vuelta y se alejó corriendo.

El aparato había disparado espontáneamente.

Tinbane estaba sentado frente a Ted Donovan, el Jefe del Laboratorio, en la oficina de este último. Habían cerrado la puerta que daba al Laboratorio, y los empleados habían recibido órdenes de ponerse a cubierto. Tras la puerta cerrada no se oía ningún ruido. Sólo aquella cosa al acecho, pensó Tinbane. ¿Qué era lo que esperaba la máquina? ¿Que algún humano, no importaba cuál, pasara dentro de su radio de alcance? ¿O bien... o bien él?

Aquel pensamiento le ponía la carne de gallina. Una máquina construida en otro mundo y enviada a la Tierra. Sin instrucciones particulares, únicamente capaz de efectuar una selección entre todas sus posibilidades de defensa hasta decidir la mejor. Las leyes del azar. Miles de partidas, miles de jugadores. Y finalmente se alcanzaba un umbral crítico, y *el último jugador*, señalado también por el azar, se veía atado al aparato por una partida cuya apuesta era la muerte. Y este jugador era *él*, Tinbane.

—Vamos a destruir a distancia su fuente de energía —dijo Donovan—. Tendríamos que conseguirlo sin problemas. En cuanto a usted, vuelva a su casa y no se preocupe más. Cuando hayamos identificado su tropismo, le informaremos. Excepto si es de noche. En este caso...

—Infórmeme a cualquier hora del día o de la noche —le interrumpió—. Lo prefiero.

Era inútil dar más explicaciones: el Jefe del Laboratorio comprendía perfectamente.

—Este aparato era evidentemente un *arma defensiva* contra nuestras Operaciones de Policía en sus casinos —continuó Donovan. Lentamente, hojeó el enorme dossier—. De una forma completamente independiente a la placa de identificación —gruñó. Leyó en voz alta—: *Se trata simplemente de un nuevo flipper de concepción extraterrestre.* ¡Vaya acierto! —Donovan arrojó disgustado el documento.

—Si esta era su intención —dijo Tinbane—, consiguieron engañarme completamente. —Es decir, habían conseguido suscitar su interés. Obtener el que colaborara.

—Usted es en el fondo un jugador, Tinbane —dijo Donovan—. Si no, la cosa no hubiera funcionado. De todos modos... es algo sorprendente. Un *flipper* que responde por iniciativa propia. Con las bolas lanzadas por el jugador como municiones. ¡Espero que no construyan ahora un dispositivo de tiro al pichón! Ya tengo bastante con los *flippers*.

—Parece como si fuera un sueño.

—¿Eh?

—Esto no puede ser real. —Y sin embargo, pensó Tinbane, es real. Se puso en pie—. Voy a hacer como dice. Voy a irme a casa. Tiene usted mi número: llámeme. —Estaba cansado, y tenía miedo.

Donovan lo miró.

—No tiene usted buen aspecto. No se deje impresionar. En el fondo, es un aparato relativamente inofensivo. Hay que acercarse a él, ponerlo en marcha. Si uno no lo toca...

—No se trata de que vuelva a tocarlo; tengo la sensación de que me espera. Desea que vuelva. —Sí, la máquina estaba al acecho. Era capaz de

aprender, y él le había dado suficiente información al respecto. Le había enseñado que él existía. Que había en la Tierra un hombre llamado Joseph Tinbane.

Y eso era ya demasiado.

Sonaba el teléfono cuando abrió la puerta de su apartamento. Descolgó el auricular. Su mano era como plomo.

—¿Sí?

—¿Tinbane? —Era la voz de Donovan—. Se trata efectivamente de un sistema encefalotrópico. Hemos descubierto un registro de sus ondas cerebrales. Por supuesto, lo hemos destruido. Pero... —Donovan vaciló—. Hemos encontrado también algo que no existía en el primer análisis.

—Un emisor —murmuró Tinbane con voz ronca.

—En efecto. Tiene un radio de acción desconocido. Naturalmente, no sabemos nada del receptor. Debe estar situado en una oficina o a bordo de un aerocoche del tipo de los nuestros. Bien, ya está prevenido. No hay la menor duda de que nos enfrentamos a un arma vengativa. Su instinto no le había engañado. Tras examinarla, nuestros especialistas han llegado a la conclusión de que en un cierto sentido le estaba esperando. Este aparato le vio llegar a *usted*. Quizá nunca haya funcionado como un auténtico juego de azar. Es posible incluso que las indicaciones que mostraban que había funcionado durante largo tiempo no fueran resultado del uso, sino un elemento incorporado deliberadamente al mecanismo. Es todo lo que hemos hallado.

—¿Qué me aconseja que haga?

—¿Hacer? —Hubo un breve silencio, luego Donovan dijo—: No gran cosa. No se mueva de su casa. No vaya a la oficina durante un cierto tiempo.

Así, pensó Tinbane, si me detectan, yo seré la única víctima. Esta es la solución más ventajosa para todos vosotros. Pero yo...

—Creo que voy a irme de la ciudad —dijo en voz alta—. El radio de acción de este aparato debe hallarse limitado a Super Los Ángeles o incluso a una sola zona de la ciudad. Sí, prefiero irme, si está usted de acuerdo.

—Como usted quiera.

—De todos modos, ustedes no pueden ayudarme.

—Escuche, le daremos una indemnización que le permita mantenerse hasta que hayamos encontrado ese receptor y sepamos en qué consiste. El problema, para nosotros, es que el secreto empieza a filtrarse y que no va a ser fácil conseguir equipos para proseguir las operaciones contra los casinos. Por supuesto, este era el objetivo de los extraterrestres. Hay algo más que podemos hacer: pedirle al Laboratorio que fabrique para usted un protector cerebral que embrolle las ondas que usted emite. Claro que tendrá que pagarlo de su bolsillo. Quizá mediante una financiación, descontándoselo mensualmente de su sueldo. Es usted quien tiene que decidir. Francamente, si quiere mi opinión, yo le aconsejaría esta solución.

—Entiendo —respondió Tinbane. Se sentía como embotado por el cansancio, y resignado—. ¿Tiene alguna otra cosa que sugerirme?

—Vaya armado. Incluso mientras duerme.

—¿Mientras duermo? ¿Cree usted que voy a dormir? ¡No hasta que esta máquina sea destruida!

Pero se daba cuenta de que no había nada que tuviera más importancia. En este momento, un objeto del que nadie sabía nada contenía un registro

de sus ondas cerebrales. ¿De qué era capaz este objeto? ¿Quién podía imaginarlo? Los extraterrestres eran unos técnicos geniales.

Colgó y se dirigió a la cocina, donde se sirvió un vaso de bourbon.

¡Vaya historia! ¡Verse atrapado por un *flipper* venido de otro mundo! Casi como para echarse a reír. Casi...

¿Cómo neutralizar a un *flipper* loco que posee tus datos y te persigue? O mejor, ¿cómo conseguir que el misterioso dispositivo conectado a ese *flipper* deje de causarte problemas? Algo golpeó la ventana de la cocina.

Tinbane se metió la mano en el bolsillo y la sacó armada con su pistola láser. Con la espalda apoyada contra la pared, se acercó a la ventana y miró fuera. La noche era tan densa que no se veía nada. ¿Dónde estaba su linterna? En la guantera del aerocoche aparcado en la terraza. Tenía tiempo de ir a buscarla.

Unos minutos más tarde, con la linterna en la mano, bajaba las escaleras de cuatro en cuatro y se precipitaba de nuevo en la cocina.

El haz de luz reveló una especie de criatura mecánica, provista de largos y delgados seudópodos, pegada contra el cristal. Sus antenas exploradoras que tanteaban eran el origen del ruido que había llamado la atención de Tinbane.

La criatura había escalado la fachada: Tinbane podía distinguir la huella dejada por sus ventosas.

La curiosidad de Tinbane fue más fuerte que su miedo. Abrió suavemente la ventana y blandió su láser. La criatura no se movió. Parecía inmovilizada en medio de un ciclo de actividad. Sus reacciones eran probablemente muy lentas. A menos que fuera una especie de bomba retardada, en cuyo caso Tinbane no tenía tiempo de pensar. Disparó.

La criatura se deslizó de la ventana mientras sus ventosas abandonaban su presa. En el momento en que iba a caer, Tinbane la agarró y la echó en la habitación sin dejar de apuntarla con el láser. Pero estaba funcionalmente muerta. Su inmovilidad era total.

Tinbane fue a buscar un destornillador, se sentó, y examinó el objeto. Tenía la impresión de que su tensión había cedido algo; se había tranquilizado. Una tranquilidad al menos pasajera.

Necesitó tres cuartos de hora para desmontar la criatura. Los tornillos que sujetaban el caparazón no se correspondían a los destornilladores standard, y tuvo que utilizar finalmente un cuchillo de cocina, pero lo consiguió. La carcasa estaba dividida ahora en dos partes, una de ellas vacía, la otra llena de componentes. ¿Era una bomba? Minuciosamente, inspeccionó cada accesorio.

No era una bomba. Aparentemente, al menos. ¿Entonces? ¿Un dispositivo asesino? No encontró ni hoja cortante, ni toxina, ni microorganismo, ni tubo capaz de lanzar un proyectil. ¿Para qué podía servir pues aquel objeto? Tinbane identificó el motor que había permitido a la criatura mecánica escalar la fachada, la célula fotoeléctrica gracias a la cual se orientaba. Pero eso era todo.

Desde un punto de vista objetivo, aquel dispositivo no servía estrictamente para nada.

¿Pero era esto la verdad?

Tinbane consultó su reloj. Hacía una hora que se ocupaba de aquel instrumento. Una hora que sus pensamientos se habían desviado de todo lo demás. ¿Y qué podía ser este todo lo demás?

Inquieto, se levantó pesadamente, tomó nuevamente su láser, y empezó a ir arriba y abajo, el oído tendido, los sentidos despiertos, buscando descubrir un detalle, aunque fuera insignificante, que tuviera un carácter insólito.

¡Había perdido una hora entera! Dándoles tiempo así a poner en ejecución sus verdaderas intenciones.

Es el momento de irme, se dijo. Abandonar la ciudad y permanecer alejado hasta que todo termine.

El timbre del videófono resonó.

Cuando Tinbane descolgó, el rostro de Donovan se formó en la grisácea superficie de la pantalla.

—Un aerocoche vigila desde arriba su casa —anunció—. Ha observado algo. He pensado que querría usted estar al corriente.

—Le escucho —dijo Tinbane con voz tensa.

—Un aparato se ha posado durante un breve instante sobre su terraza. No era un vehículo ordinario, sino un aparato más grande, que no hemos podido identificar. Se ha marchado casi inmediatamente, a gran velocidad.

—¿Después de haber depositado algo?

—Eso es lo que temo.

—¿Pueden ayudarme? —preguntó Tinbane, con la boca seca—. Se lo agradecería.

—¿Qué quiere que hagamos? No sabemos de lo que se trata más que usted. Nos vemos obligados a esperar a que usted tenga una idea de la naturaleza de... de lo que le amenaza.

Llegó un ruido procedente del vestíbulo. Algo había golpeado contra la puerta de entrada.

—Donovan, no se retire. Creo que empieza. —Esta vez estaba aterrorizado.

Apretando fuertemente su pistola láser, se dirigió pesadamente hacia la puerta. Soltó el cierre y la abrió. Justo a tiempo...

Una fuerza titánica empujó el batiente, cuya manilla se quedó en las manos de Tinbane. Y, silenciosamente, la enorme bola de acero empezó a rodar. Tinbane retrocedió de un salto. *¡Este era pues el auténtico adversario!* La intervención de la criatura mecánica había sido un simple movimiento de diversión.

No podía huir. La desmesurada esfera le bloqueaba el paso.

Tomó de nuevo el videófono.

—¿Donovan? No puedo salir. Estoy prisionero en mi casa. —Se dio cuenta de que los accesos al apartamento representaban el equivalente de los taludes que protegían la ciudad miniatura del *flipper*. La primera esfera se había inmovilizado en la puerta de acceso. ¿Pero cómo se comportaría la segunda? ¿Y la tercera?

Cada una se acercaría un poco más.

—¿Puede hacer usted algo? —preguntó con voz sorda—. ¿Puede el Laboratorio fabricar un sistema de defensa con tan poco tiempo?

—Lo intentaremos. Todo depende de lo que necesite usted. ¿Qué es lo que necesita para protegerse, según usted?

Tinbane tuvo problemas para conseguir que las palabras surgieran de sus labios, pero era necesario hablar. Quizá la bola siguiente llegaba por la ventana, o cayera del techo para aplastarle.

—Quiero una especie de catapulta. Bastante sólida y bastante grande como para lanzar un proyectil esférico de un diámetro aproximado de metro

y medio. ¿Cree poder construírmela? —Alzó los ojos al cielo, deseando que la respuesta fuera afirmativa.

—¿Este es pues el peligro al que tiene que enfrentarse? —murmuró Donovan con una voz irreconocible.

—A menos que se trate de una alucinación. De una proyección artificial destinada a aterrorizarme.

—La patrulla vio algo que no era una alucinación. El objeto tenía una masa medible y... —Vaciló—. El objeto no identificado depositó algo grande sobre su terraza. Cuando despegó, su masa había disminuido considerablemente. Es algo completamente real, Tinbane.

—Me lo temía.

—Le haremos llegar la catapulta lo antes posible. Esperemos que haya un lapso de tiempo entre... cada ataque. Pero puede prever que habrá al menos cinco de ellos.

Tinbane inclinó la cabeza e intentó encender un cigarrillo, pero temblaba de tal modo que no pudo mantener encendida la llama del mechero. Renunció a ello y fue a servirse algo de beber, pero tampoco consiguió descorchar la botella, y esta se escapó de entre sus manos.

—Cinco... *cinco bolas por partida.*

—Sí —dijo Donovan a regañadientes—. Eso es.

La pared de la sala de estar retembló.

La segunda bola penetró por el panel divisorio con el apartamento de al lado.

LA FE DE NUESTROS PADRES

En las calles de Hanoi se encontró frente a un vendedor ambulante sin piernas que iba sobre un carrito de madera y llamaba con gritos chillones a todos los transeúntes. Chien disminuyó la marcha escuchó, pero no se detuvo. Los asuntos del Ministerio de Artefactos Culturales ocupaban su mente y distraían su atención: era como si estuviera solo, y no lo rodearan los que iban en bicicletas y ciclomotores y motos a reacción. Y, asimismo, era como si el vendedor sin piernas no existiera.

—Camarada —lo llamó sin embargo, y persiguió hábilmente a Chien con su carrito, propulsado por una batería a helio—. Tengo una amplia variedad de remedios vegetales y testimonios de miles de clientes satisfechos. Descríbeme tu enfermedad y podré ayudarte.

—Está bien —dijo Chien, deteniéndose—, pero no estoy enfermo.

«Excepto —pensó— de la enfermedad crónica de los empleados del Comité Central: el oportunismo profesional poniendo a prueba en forma constante las puertas de toda posición oficial, incluyendo la mía».

—Por ejemplo puedo curar las afecciones radiactivas —canturreó el vendedor ambulante, persiguiéndolo aún—. O aumentar, si es necesario, la potencia sexual. Puedo hacer retroceder los procesos cancerígenos, incluso los temibles melanomas, lo que podríamos llamar cánceres negros. —Alzando una bandeja de botellas, pequeños recipientes de aluminio y distintas clases de polvos en recipientes de plástico, el vendedor canturreó—: Si un rival insiste en tratar de usurpar tu ventajosa posición burocrática,

puedo darte un ungüento que bajo su apariencia de bálsamo cutáneo es una toxina increíblemente efectiva. Y mis precios son bajos, camarada. Y como atención especial a alguien de aspecto tan distinguido como el tuyo, te aceptaré en pago los dólares inflacionarios de posguerra en billetes, que tienen fama de moneda internacional pero en realidad no valen mucho más que el papel higiénico.

—Vete al infierno —dijo Chien, y le hizo señas a un taxi sobre colchón de aire que pasaba en ese momento.

Ya se había atrasado tres minutos y medio para su primera cita del día, y en el Ministerio sus diversos superiores de opulento trasero estarían haciendo rápidas anotaciones mentales, al igual que sus subordinados, que las harían en proporción aún mayor.

El vendedor dijo con calma:

—Pero, camarada, debes comprarme.

—¿Por qué? —preguntó Chien. Sentía indignación.

—Porque soy un veterano de guerra, camarada. Luché en la Colosal Guerra Final de Liberación Nacional con el Frente Democrático Unido del Pueblo contra los Imperialistas. Perdí mis extremidades inferiores en la batalla de San Francisco. —Ahora su tono era triunfante y socarrón—. *Es la Ley*. Si te niegas a comprar las mercancías ofrecidas por un veterano, te arriesgas a que te multen o que te envíen a la cárcel..., además de la deshonra.

Con gesto cansado, Chien indicó al taxi que siguiera.

—Concedido —dijo—. Está bien, debo comprarte. —Dio un rápido vistazo a la pobre exhibición de remedios vegetales, buscando uno al azar—. Éste —decidió, señalando un paquetito de la última hilera y envuelto en papel.

El vendedor ambulante se rió.

—Eso es un espermaticida, camarada. Lo compran las mujeres que no pueden aspirar a *La Píldora* por razones políticas. Te sería poco útil. En realidad no te sería nada útil, porque eres un caballero.

—La Ley no exige que te compre algo útil —dijo Chien en tono cortante—. Sólo que debo comprarte algo. Me llevaré ése.

Metió la mano en su chaqueta acolchada, buscando la billetera, henchida por los billetes inflacionarios de posguerra con los que le pagaban cuatro veces a la semana, en su calidad de servidor del Gobierno.

—Cuéntame tus problemas —dijo el vendedor.

Chien lo miró asombrado. Atónito ante la invasión de su vida privada... por alguien que no era del Gobierno.

—Está bien, camarada —dijo el vendedor, al ver su expresión—. No te sondearé. Perdona. Pero como doctor, como curador naturista, lo indicado es que sepa todo lo posible. —Lo examinó, con sus delgados rasgos sombríos—. ¿Miras la televisión mucho más de lo normal? —preguntó de pronto.

Tomado por sorpresa, Chien dijo:

—Todas las noches. Menos los viernes, cuando voy al club a practicar el enlace de novillos, ese arte esotérico importado del Oeste.

Era su única gratificación. Aparte de eso, se dedicaba por completo a las actividades del Partido.

El vendedor se estiró y eligió un paquetito de papel gris.

—Sesenta dólares de intercambio —declaró—. Con garantía total. Si no cumple con los efectos prometidos, devuelves la porción sobrante y se te reintegra todo el dinero, sin rencor.

Librodot

—¿Y cuáles son los efectos prometidos? —dijo Chien, sarcástico.

—Descansa los ojos fatigados por soportar los absurdos monólogos oficiales —dijo el vendedor—. Es un preparado tranquilizante. Tómalo cuando te encuentres expuesto a los secos y extensos sermones de costumbre que...

Chien le dio el dinero, aceptó el paquete, y siguió su camino. «La ordenanza que ha establecido a los veteranos de guerra como clase privilegiada es una mafia —pensó—. Hacen presa en nosotros, los más jóvenes, como aves de rapiña».

El paquetito gris quedó olvidado en el bolsillo de su chaqueta mientras entraba al imponente edificio de posguerra del Ministerio de Artefactos Culturales, y a su propia oficina, bastante majestuosa, para comenzar su día de trabajo.

En la oficina lo esperaba un caucásico adulto, corpulento, vestido con un traje de seda Hong Kong marrón, cruzado, con chaleco. Junto al desconocido caucásico estaba su propio superior inmediato, Ssu-Ma Tso-pin. Tso-pin hizo las presentaciones en cantonés, un dialecto que dominaba bastante mal.

—Señor Tung Chien, le presento al señor Darius Pethel. El señor Pethel será el Director de un nuevo establecimiento ideológico y cultural que se va a inaugurar en San Francisco, California. El señor Pethel ha dedicado una vida rica y plena al apoyo de la lucha del pueblo por destronar a los países del Bloque Imperialista mediante la utilización de instrumentos pedagógicos. De ahí su alta posición.

Se estrecharon la mano.

—¿Té? —le preguntó Chien.

Apretó el botón del *hibachi* infrarrojo y en un instante el agua comenzó a burbujear en el adornado recipiente de cerámica de origen japonés. Cuando se sentó ante su escritorio, vio que la fiel señorita Hsi había preparado la hoja de información (confidencial) sobre el camarada Pethel. Le dio un vistazo mientras simulaba efectuar un trabajo de rutina.

—El Benefactor Absoluto del Pueblo se ha entrevistado personalmente con el señor Pethel, y confía en él —dijo Tso-pin—. Eso es algo fuera de lo común. La escuela de San Francisco aparentará enseñar las filosofías taoístas comunes pero, desde luego, en realidad mantendrá abierto para nosotros un canal de comunicación con el sector joven intelectual y liberal de los Estados Unidos occidentales. Aún hay muchos vivos, desde San Diego a Sacramento; calculamos que unos diez mil. La escuela aceptará dos mil. El enrolamiento será obligatorio para los que seleccionemos. Usted estará relacionado en forma importante con los programas del señor Pethel. Ejem, el agua del té está hirviendo.

—Gracias —murmuró Chien, dejando caer la bolsita de té *Lipton* en el agua.

Tso-pin prosiguió:

—Aunque el señor Pethel supervisará la confección de los cursos educativos presentados por la escuela a su cuerpo de estudiantes, todos los exámenes escritos serán enviados a su oficina para que usted efectúe un estudio experto, cuidadoso, ideológico de ellos. En otras palabras, señor Chien, determinará cuál de los dos mil estudiantes es confiable, quiénes responden realmente a la programación y quiénes no.

—Ahora serviré el té —dijo Chien, haciéndolo ceremoniosamente.

—Hay algo de lo que debemos darnos cuenta —dijo Pethel en un cantonés retumbante aún peor que el de Tso-pin—. Una vez perdida la guerra contra nosotros, la juventud norteamericana ha desarrollado una aptitud notable para disimular.

Dijo la última palabra en inglés. Como no la entendía, Chien se volvió interrogante hacia su superior.

—Mentir —explicó Tso-pin.

—Pronunciar las consignas correctas en lo superficial, pero creerlas falsas interiormente —dijo Pethel—. Los exámenes escritos de este grupo se parecerán mucho a los de los auténticos...

—¿Quiere decir que los exámenes escritos de dos mil estudiantes pasarán por mi oficina? —preguntó Chien. No podía creerlo—. Eso es un trabajo absorbente; no tengo tiempo para nada que se parezca. —Estaba espantado—. Dar aprobación o negativa crítica oficial a un grupo astuto como el que usted prevé... —gesticuló—. Me cago en... —inició en inglés.

Parpadeando ante el brutal insulto occidental, Tso-pin dijo:

—Usted tiene un equipo. Además, puede incorporar otros ayudantes. El presupuesto del Ministerio, aumentado este año, lo permitirá. Y recuerde: el mismo Benefactor Absoluto del Pueblo eligió al señor Pethel.

Ahora su tono era ominoso, aunque sólo sutilmente. Lo necesario para penetrar en la histeria de Chien y debilitarla hasta que se transformara en sumisión. Al menos momentánea. Para subrayar su afirmación, Tso-pin caminó hasta el fondo de la oficina; se detuvo ante el tridi-retrato tamaño natural del Benefactor Absoluto. Luego puso en funcionamiento el pasacinta montado tras el retrato. El rostro del Benefactor Absoluto se movió y brotó de él una homilía familiar, modulada en acentos más que familiares.

—Luchen por la paz, hijos míos —entonó con suavidad, con firmeza.

—Ajá —dijo Chien, aún perturbado, pero ocultándolo.

Era posible que una de las computadoras del Ministerio pudiese clasificar los exámenes escritos; podía emplearse una estructura de *«sí – no - quizá»*, junto a un preanálisis del esquema de corrección (o incorrección) ideológica. El asunto podía transformarse en rutina. Probablemente.

—He traído cierto material y me gustaría que usted lo analice, señor Chien —dijo Darius Pethel. Corrió el cierre de un desagradable y anticuado portafolio de plástico—. Dos ensayos de examen —dijo mientras le pasaba los documentos a Chien—. Esto nos permitirá saber si usted está capacitado para el trabajo. —Se volvió hacia Tso-pin. Sus miradas se encontraron—. Tengo entendido que si usted tiene éxito en la empresa será nombrado viceconsejero del Ministerio, y su Excelencia el Benefactor Absoluto del Pueblo le otorgará personalmente la medalla *Kisterigian*.

Pethel y Tso-pin le brindaron una sonrisa de cauteloso acuerdo.

—*La medalla Kisterigian* —repitió Chien como un eco. Aceptó los exámenes escritos, les dio un vistazo mostrando una tranquila indiferencia. Pero en su interior el corazón vibraba con tensión mal disimulada—. ¿Por qué estos dos? Quiero decir: ¿qué tengo que buscar en ellos, señor?

—Uno es obra de un progresista dedicado, un miembro leal del partido, cuyas convicciones han sido investigadas a fondo —dijo Pethel—. El otro es un joven *stilyagi* de quien se sospecha que sostiene degeneradas criptoideas imperialistas de pequeño burgués. Le corresponde decidir, señor, a quién pertenece cada trabajo.

Leyó el título del primer ensayo:

DOCTRINAS DEL BENEFACTOR ABSOLUTO ANTICIPADAS EN LA POESÍA DE BAHA AD-DIN ZUHAYR. DEL SIGLO TRECE. ARABIA.

Al hojear las primeras páginas, Chien vio una estrofa que le era familiar; se llamaba *«Muerte»* y la había conocido durante la mayor parte de su vida adulta, educada.

Fallará una vez, fallará dos veces,
sólo elige una entre muchas horas;
para él no hay profundidad ni altura,
es todo una llanura en donde busca flores.

—Poderoso —dijo Chien—. Este poema.

—El autor utiliza el poema para referirse a la sabiduría ancestral desplegada por el Benefactor Absoluto en nuestras vidas cotidianas, de modo que ningún individuo esté seguro —dijo Pethel al notar que los labios de Chien se movían releyendo la estrofa—. Todo somos mortales, y sólo la causa suprapersonal, históricamente esencial, sobrevive. Y así debe ser. ¿Estaría usted de acuerdo con él? ¿Con este estudiante, quiero decir? O... —Pethel hizo una pausa—. ¿Quizás esté, en realidad, satirizando las proclamas de nuestro Benefactor Absoluto?

Precavido, Chien dijo:

—Permítame examinar el otro texto.

—No necesita más información. Decida.

Vacilante, Chien dijo:

—Yo... nunca había pensado en este poema de ese modo. —Se sentía irritado—. De todos modos, no es de Baha ad-Din Zuhayr forma parte de la recopilación *«Las mil y una noches»*. Sin embargo, es del siglo trece; lo admito.

Leyó con rapidez el texto que acompañaba al poema. Parecía ser un párrafo rutinario, poco inspirado, de clisés partidistas que él sabía de memoria. El ciego monstruo imperialista que segaba y absorbía (metáfora mixta) la aspiración humana, los cálculos del Grupo AntiPartido aún en existencia en los Estados Unidos del Este... Se sentía sordamente aburrido, y tan poco inspirado como el estudiante del examen. Debemos perseverar, declaraba el texto. Eliminar los restos del Pentágono en las montañas Catskills, dominar a Tennessee y sobre todo el bolsón de reaccionarios empecinados de las colinas rojas de Oklahoma. Suspiró.

—Creo que debemos permitir que el señor Chien pueda considerar este difícil material cómodamente —dijo Tso-pin. Luego se dirigió a Chien—: Tiene permiso para llevarlo a su apartamento, esta noche, y juzgarlos en sus horas libres.

Efectuó una reverencia entre burlona y solícita. Fuera o no un insulto, había librado a Chien del anzuelo, y Chien se lo agradecía.

—Son ustedes muy bondadosos al permitirme cumplir con esta nueva y estimulante labor en mis horas libres. De estar vivo, Mikoyan los aprobaría —murmuró.

«Bastardos —se dijo, incluyendo en el insulto tanto a su superior como al caucásico Pethel—. Arrojándome un clavo ardiente como éste, y en mis

horas libres. Es obvio que el PC de Estados Unidos tiene problemas. Sus academias de adoctrinamiento no cumplen su trabajo con la excéntrica y muy terca juventud yanqui. Y se han ido pasando este clavo ardiente de uno a otro hasta que llegó a mí».

«Gracias por nada» —pensó con amargura.

Aquella noche, en su apartamento pequeño pero bien equipado, leyó el otro examen, escrito esta vez por una tal Marion Culper, y descubrió que también tenía que ver con la poesía. Era obvio que se trataba de un curso de poesía. Siempre le había resultado desagradable la utilización de la poesía (o de cualquier arte) con propósitos sociales. De todos modos, sentado en su cómodo sillón especial enderezador de columna, imitación de cuero, encendió un enorme cigarro corona *Cuesta Rey Número Uno* del Mercado Inglés y empezó a leer.

La autora del ensayo, la señorita Culper, había elegido como texto las líneas finales de la famosa *«Canción para el día de Santa Cecilia»*, de un poema de John Dryden, poeta inglés del siglo XVII:

...Así, cuando la última y temible hora
esta gastada procesión devore,
la trompeta se oirá en lo alto,
los muertos vivirán, los vivos morirán,
y la Música destemplará el cielo.

Bueno, esto es increíble, pensó Chien, cáusticamente. ¡Se supone que debemos creer que Dryden anticipó la caída del capitalismo? ¿Eso quiso decir al escribir *«gastada procesión»*?

Se inclinó para tomar el cigarro y descubrió que se había apagado. Tanteó en los bolsillos buscando su encendedor japonés, se detuvo...

¡Tuuiiii! se oyó por el televisor al otro lado de la sala de estar.

—Ajá —dijo Chien—. El Líder va a hablarnos. El Benefactor Absoluto del Pueblo. Lo hará desde Pekín, donde ha vivido durante los últimos noventa años. ¿O cien? O, como a veces nos gusta pensar en él, el Asno...

—Que los diez mil capullos de la abyecta pobreza autoasumida florezcan en vuestro jardín espiritual —dijo el locutor del canal televisivo.

Chien se detuvo con un gruñido y ejecutó la reverencia de respuesta obligatoria. Cada televisor estaba equipado con mecanismos de control que informaban a la Polseg, la Policía de Seguridad, si el propietario estaba haciendo la reverencia y/o mirando.

Un rostro claramente definido se manifestó en la pantalla: los rasgos amplios, lisos, saludables del líder del PC oriental, de ciento veinte años de edad, gobernante desde muchos..., demasiados años. Chien le sacó la lengua mentalmente y volvió a sentarse en el sillón de imitación de cuero, ahora frente al televisor.

—Mis pensamientos están concentrados en ustedes, hijos míos —dijo el Benefactor Absoluto con sus tonos ricos y lentos—. Y sobre todo en el señor Tung Chien, de Hanoi, que tiene una difícil tarea por delante, una tarea que enriquece al pueblo del Oriente Democrático, además de la Costa Oeste Americana. Debemos pensar todos juntos en este hombre noble y dedicado, y en el trabajo que enfrenta, y yo mismo he decidido emplear algunos momentos de mi tiempo para honrarlo y alentarlo. ¿Me está oyendo, señor Chien?

—Sí, Su Excelencia —dijo Chien, y consideró las posibilidades de que el Líder del Partido lo hubiera elegido a *él* en esta noche en especial.

Las posibilidades eran tan escasas que experimentó un cinismo anormal en un camarada. Le sonaba poco convincente. Lo más probable era que la transmisión se emitiera sólo a su edificio de apartamentos... o al menos sólo a aquella ciudad. También podría ser un trabajo de sincronización labial hecho en la TV de Hanoi. Incorporado. Sea como fuere, se le exigía que escuchara y mirara... y absorbiera. Lo hizo, gracias a toda una vida de práctica. Exteriormente parecía prestar una atención inflexible. En su fuero interno aún cavilaba sobre los dos exámenes escritos, preguntándose cuál era el correcto: ¿dónde terminaba el devoto entusiasmo por el Partido y comenzaba la sátira sardónica? Era difícil determinarlo..., lo cual explicaba, desde luego, por qué habían descargado la labor en su regazo.

Volvió a tantear los bolsillos en busca del encendedor... y encontró el sobrecito gris que le había vendido el mercachifle veterano de guerra. Recordó lo que le había costado. Dinero tirado, pensó. ¿Y qué era lo que hacía este remedio? Nada. Dio vuelta al envoltorio y vio, en la parte de atrás, un texto en letras muy pequeñas. Comenzó a desdoblar el paquete con cuidado. Las palabras lo habían atrapado... para eso estaban preparadas, por supuesto.

> *¿Fracasando como miembro del Partido y ser humano?¿Temeroso de volverse obsoleto y ser arrojado al montón de cenizas de la historia?*

Paseó la vista con rapidez sobre el texto, ignorando sus afirmaciones, buscando datos para saber qué había comprado.

Entretanto, la voz del Benefactor Absoluto seguía zumbando.

Rapé. El paquetito contenía rapé. Innumerables granitos negros, como pólvora, de los que subía un atrayente aroma que le cosquilleó la nariz. Descubrió que el nombre de esa mezcla en particular era *Princess Special*. Y era muy agradable. En una época había tomado rapé (durante un tiempo, fumar tabaco había estado prohibido por razones sanitarias) en sus días de estudiante en la Universidad de Pekín; estaba de moda, sobre todo las mezclas afrodisíacas preparadas en Chungking. ¿Sería ésta como aquéllas? Al rapé se le podía agregar casi cualquier sustancia aromática, desde esencia de naranja hasta excremento de bebé pulverizado... o al menos eso parecían algunas, sobre todo una mezcla inglesa llamada *High Dry Toast* que por sí sola habría bastado para poner punto final a su costumbre de inhalar tabaco.

En la pantalla televisiva el Benefactor Absoluto seguía retumbando monótono, mientras Chien aspiraba el polvo con cautela y leía el prospecto: curaba todo, desde llegar tarde al trabajo hasta enamorarse de mujeres con pasado político dudoso. Interesante. Pero típico de los prospectos...

Sonó el timbre.

Se levantó y caminó hasta la puerta, sabiendo perfectamente lo que iba a encontrar. Como no podía ser de otra manera, allí estaba Mou Kuei, el guardia del edificio, pequeño y torvo y dispuesto a cumplir con su deber; se había colocado la faja en el brazo y el casco metálico, para mostrar que estaba de servicio.

—Señor Chien, camarada trabajador del Partido. He recibido una llamada de la autoridad televisiva. Usted no está mirando su pantalla y en vez de eso juguetea con un paquete de contenido dudoso. —Extrajo un anotador y un bolígrafo—. Dos marcas rojas, y se le ordena en forma sumaria que a partir de ese momento descanse en una posición cómoda y sin tensiones ante su pantalla, y brinde al Líder su excelsa atención. Esta noche sus palabras se dirigen a usted en especial, señor. A usted.

—Lo dudo —se oyó decir Chien.

Parpadeando, Kuei dijo:

—¿Qué quiere usted decir?

—El Líder gobierna ocho mil millones de camaradas. No va a elegirme a mí.

Se sentía furioso; la exactitud del reproche del guardia lo fastidiaba.

Kuei dijo:

—Lo oí claramente con mis propios oídos. Usted fue mencionado.

Acercándose al televisor, Chien aumentó el volumen.

—¡Pero ahora está hablando sobre el fracaso de las cosechas en la India Popular! Eso no tiene importancia para mí.

—Todo lo que el Líder expone es importante. —Mou Kuei garabateó una marca en la hoja de su anotador, se inclinó ceremoniosamente y se giró—. La orden de venir aquí para que usted enfrentara su negligencia procedía del Departamento Central. Es obvio que consideran importante su atención; debo ordenarle que ponga en marcha el circuito de grabación automática y vuelva a pasar las partes anteriores del discurso del Líder.

Chien hizo un sonido obsceno con la lengua. Y cerró la puerta.

Caminó hasta el televisor, empezó a apagarlo; una luz roja parpadeó de inmediato, informándole que no tenía permiso para hacerlo: en realidad, no podía terminar con la perorata y la imagen, ni siquiera desenchufándolo. *«Los discursos obligatorios nos van a matar* —pensó—. *Nos van a enterrar a todos; si pudiera librarme del ruido de los discursos, librarme del alboroto del Partido cuando ladra para azuzar a la humanidad...».*

Sin embargo, no había ordenanza conocida que le impidiera tomar rapé mientras contemplara al Líder. Así que abrió el paquetito gris y derramó una porción de gránulos negros sobre el dorso de su mano izquierda. Luego alzó la mano con gesto profesional hasta su nariz e inhaló profundamente, haciendo que el polvo le penetrase bien en las fosas nasales. Pensó en la antigua superstición. Que las fosas nasales están conectadas con el cerebro, y en consecuencia la inhalación de rapé afectaba en forma directa la corteza cerebral. Sonrió, otra vez sentado, con la vista fija en la pantalla y en el individuo gesticulante tan conocido por todos.

El rostro se fue achicando, desapareció. El sonido cesó. Estaba ante un vacío, una superficie lisa. La pantalla, frente a él, era blanca y pálida, y en el altavoz sonaba un débil zumbido.

Inhaló golosamente el polvo que quedaba sobre la mano, haciéndolo subir con avidez hacia la nariz, hacia las fosas nasales y —o al menos así lo sentía— hacia el cerebro; se hundió en el rapé, absorbiéndolo con júbilo.

La pantalla permaneció vacía y luego, en forma gradual, una imagen fue tomando forma. No era el Líder. No era el Benefactor Absoluto del Pueblo; a decir verdad, no era nada que se pareciera a una figura humana.

Ante él había un muerto aparato metálico, construido con circuitos impresos, seudópodos giratorios, lentes y una caja chirriante. Y la caja empezó a arengarlo con un clamor zumbante y monótono.

Sin poder apartar los ojos de la imagen pensó: «*¿Qué es esto?* ¿La realidad? Una alucinación —decidió—. El vendedor ambulante ha hallado alguna de las drogas psicodélicas utilizadas durante la Guerra de Liberación... ¡La está vendiendo y yo tomé un poco, tomé una porción completa!».

Caminó dificultosamente hasta el videófono y marcó el número de la Seccional Polseg más cercana al edificio.

—Quiero informar sobre un traficante de drogas alucinógenas —dijo en el receptor.

—¿Podría decirme su nombre, señor, y la ubicación de su departamento?

Era un burócrata oficial eficiente, enérgico e impersonal.

Le dio la información, luego volvió tambaleando a su sillón de imitación de cuero, para presenciar una vez más la aparición sobre la pantalla televisiva. «Esto es mortal —se dijo—. Debe de ser un producto desarrollado en Washington DC, o en Londres: más fuerte y más extraño que el LSD-25 que vertieron con tanta eficacia en nuestros depósitos de agua. Y yo creía que iba a aliviarme de la carga de los discursos del Líder... esto es mucho peor, esta monstruosidad electrónica, de plástico y acero, farfullando, contorsionándose, parloteando: es algo terrorífico».

«Tener que *enfrentarme a esto* por el resto de mis días...».

El equipo de dos hombres de la Polseg llegó en diez minutos. Y para entonces la imagen familiar del Líder había vuelto a entrar en foco en una serie de pasos sucesivos, reemplazando la horrible construcción artificial que agitaba sus tentáculos y chirriaba sin fin. Temblando, Chien hizo entrar a los dos agentes y los condujo hasta la mesa donde había dejado el paquete con el resto de rapé.

—Toxina psicodélica —dijo con voz apagada—. Efectos de corta duración. La corriente sanguínea la absorbe en forma directa, a través de los capilares nasales. Les daré detalles acerca de cómo la conseguí, quién me la vendió, y demás.

Aspiró con fuerza, tembloroso; la presencia de la Policía era reconfortante.

Con los bolígrafos listos, los dos oficiales esperaban. Y durante todo ese tiempo sonaba como fondo el discurso interminable del Líder. Como había ocurrido mil veces antes en la vida de Tung Chien. «Pero nunca volverá a ser igual —pensó—, al menos para mí. No después de inhalar ese rapé casi tóxico».

«¿Eso es lo que ellos pretendían?», se preguntó.

Le pareció extraño pensar en *ellos*. Curioso... pero de algún modo correcto. Vaciló un instante, sin dar a la Policía los detalles necesarios para encontrar al hombre. Un vendedor ambulante, empezó a decir. No sé dónde; no puedo recordar.

Pero recordaba la intersección exacta de las calles. Así que, con una resistencia inexplicable se lo dijo.

—Gracias, camarada Chien. —El agente de mayor graduación tomó con cuidado lo que quedaba de rapé (quedaba la mayor parte) y lo colocó en el bolsillo de su uniforme severo, elegante—. Le informaremos de inmediato en caso de que tenga que tomar medidas médicas. Algunas de las antiguas

sustancias psicodélicas de la guerra eran fatales, como sin duda usted habrá leído.

—He leído —asintió.

Justamente en eso había estado pensando.

—Buena suerte y gracias por avisarnos —dijeron los dos agentes, y partieron.

El informe del Laboratorio llegó con rapidez sorprendente, teniendo en cuenta la burocracia estatal. Se lo pasaron por el videófono antes de que el Líder hubiese terminado su discurso televisivo.

—No es un alucinógeno —le informó el técnico del Laboratorio Polseg.

—¿No? —dijo perplejo y, extrañamente, sin sentir alivio en ningún aspecto.

—Todo lo contrario. Es una fenotiacina, que como usted sin duda sabe es antialucinógena. Una fuerte dosis por cada gramo de mezcla, pero inofensiva. Puede bajarle la presión arterial o darle sueño. Es probable que la hayan robado de algún escondite de provisiones médicas de la guerra abandonado durante la retirada. Yo en su caso no me preocuparía.

Chien colgó el videófono lentamente, abstraído. Y luego caminó hasta la ventana del apartamento, la ventana que daba sobre la espléndida vista de otros edificios horizontales de Hanoi.

Sonó el timbre. Cruzó la sala alfombrada para contestar, como en un trance.

La muchacha que estaba allí de pie, vestida con un impermeable y un pañuelo atado sobre su cabello oscuro, brillante y muy largo, dijo con una tímida vocecita:

—Eh... ¿Camarada Chien? ¿Tung Chien? Del Ministerio de...

—Han estado controlando mi videófono —le dijo; era un disparo al azar, pero una certeza muda le indicaba que era cierto.

—¿Ellos... se llevaron lo que quedaba de rapé? —Miró a su alrededor—. Oh, espero que no; es tan difícil conseguirlo en estos días.

—El rapé es fácil de conseguir —dijo él—. La fenotiacina, no. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

La muchacha alzó la cabeza y lo estudió con sus amplios y oscuros ojos lunares.

—Sí, señor Chien... —Vaciló, con una indecisión tan obvia como la seguridad de los agentes de la Polseg—. Cuénteme lo que vio; para nosotros es muy importante estar seguros.

—¿Acaso puedo elegir? —dijo él, irónico.

—S... sí, ya lo creo. Eso es lo que nos confundió; eso es lo que se salió de los planes. No comprendemos; no se adapta a ninguna teoría. —Sus ojos se hicieron aún más oscuros y profundos—: ¿Tomó la forma del horror acuático? ¿O de la cosa con fango y dientes, la forma de vida extraterrestre? Por favor, dígamelo; necesitamos saberlo.

Su respiración era irregular, forzada, el impermeable subía y bajaba; Chien se descubrió contemplando el ritmo con que lo hacía.

—Una máquina —dijo.

—¡Oh! —ella sacudió la cabeza, asintiendo con vigor—. Sí, entiendo; un organismo mecánico que no se parece en nada a un hombre. No es un simulacro, algo construido para parecerse a un hombre.

Librodot

—Este no parecía un hombre —dijo Tung Chien, y agregó para sí*: «y no podía, no pretendía hablar como un hombre».*

—Usted comprende que no era una alucinación.

—Oficialmente me informaron que lo que tomé era fenotiacina. Eso es todo lo que sé.

Decía lo mínimo posible, no quería hablar ni oír. Oír lo que la muchacha pudiera decirle.

—Bien, señor Chien... —lanzó un suspiro hondo, inseguro—. Si no era una alucinación, entonces ¿qué era? ¿Qué es lo que nos queda? Lo que llamamos *«superconciencia»*, ¿puede ser esto?

Él no contestó; dándole la espalda, tomó con lentitud los dos exámenes escritos, los hojeó, ignorándola. Esperando la próxima tentativa de la muchacha.

Apareció por sobre su hombro, exhalando un aroma a lluvia primaveral, a dulzura y agitación; su olor era hermoso, y su aspecto, y su modo de hablar. «Tan distinto de los ásperos discursos esquemáticos que oímos en la televisión y que he oído desde que nací».

—Algunos de los que toman la estelacina, y lo que usted tomó era estelacina, ven una aparición, algunos, otra. Pero han surgido distintas categorías; no hay una variedad infinita. Unos ven lo que usted vio, que llamamos el Chirriante. Otros ven el horror acuático, el Tragón. Y luego están el Pájaro, y el Tubo Trepador, y... —se interrumpió—. Pero otras reacciones nos dicen muy poco. —Vaciló, luego siguió adelante—. Ahora que le ha ocurrido esto, señor Chien, nos gustaría que se uniera a nuestra agrupación y que se una a su grupo particular los que ven lo que usted ve*. El Grupo Rojo.* Queremos saber qué es eso *realmente*... —Hizo un gesto con sus dedos delgados, suaves como la cera—. No puede ser *todas* esas manifestaciones a la vez.

Su tono era conmovedor, ingenuo. Chien sintió que su tensión se relajaba... un poco.

—¿Qué ve usted? —dijo—. Usted en particular.

—Formo parte del *Grupo Amarillo.* Veo... una tormenta. Un remolino quejumbroso, maligno. Que lo arranca todo de raíz, tritura edificios horizontales construidos para durar un siglo. —Sobre su rostro apareció una sonrisa melancólica—. El Triturador. Son doce grupos en total, señor Chien. Doce experiencias absolutamente distintas, todas provocadas por las mismas fenotiacinas, todas del Líder cuando habla por televisión. Cuando *eso* habla, mejor dicho.

Sonrió hacia él, con sus largas pestañas (probablemente artificiales) y su mirada atractiva e incluso confiada. Como si creyera que él sabía algo o podía hacer algo.

—Como ciudadano debería hacerla arrestar —dijo un momento después.

—No hay leyes acerca de esto. Estudiamos los escritos jurídicos soviéticos antes de... encontrar gente que distribuyera la estelacina. No tenemos mucha; debemos elegir cuidadosamente a quién se la damos. Nos pareció que usted era alguien adecuado..., un joven profesional de posguerra en ascenso, muy conocido, dedicado a su trabajo. —Tomó los exámenes escritos que él tenía en la mano—. ¿Le ordenaron hacer Lectupol? —preguntó.

—¿Lectupol?

No conocía el término.

—Analizar algo dicho o escrito para ver si se adecua a la visión del mundo actual del Partido. En su nivel jerárquico lo llaman sencillamente «leer», ¿verdad? —Volvió a sonreír—. Cuando suba un escalón más, y esté junto al señor Tso-pin, conocerá esa expresión —agregó sombría—: Y al señor Pethel. Él ha llegado muy alto. No hay escuela ideológica en San Francisco; estos son exámenes fraguados, concebidos para que puedan reflejar un análisis cabal de su ideología política, señor Chien. ¿Y fue capaz de distinguir cuál texto es ortodoxo y cuál herético? —Su voz era como la de un duende. Se burlaba de él con divertida malicia—. Elija el equivocado y su carrera en flor morirá, se detendrá en seco. Elija el correcto…

—¿Usted sabe cuál es el correcto? —preguntó Chien.

—Sí —asintió ella con sobriedad—. Tenemos micrófonos ocultos en las oficinas internas del señor Tso-pin; controlamos su conversación con el señor Pethel… que no es el señor Pethel sino el Inspector Mayor de la Polseg, Judd Craine. Posiblemente haya oído hablar de él; actuó como asistente en jefe del Juez Vorlawsky en los Tribunales para Crímenes de Guerra de Zurich, en el noventa y ocho.

—Ya… veo —dijo con dificultad.

Bueno, aquello lo explicaba todo.

—Me llamo Tanya Lee —dijo la muchacha.

Chien no dijo nada; sólo asintió, demasiado aturdido como para hacer funcionar su cerebro.

—Técnicamente soy una empleada sin importancia en su Ministerio —dijo la señorita Lee—. Nunca nos hemos encontrado, al menos que yo recuerde. Tratamos de obtener puestos en todos los lugares que podamos. Los más altos posible. Mi propio jefe…

—¿Le parece correcto que me lo cuente? —señaló el televisor, que seguía encendido—. ¿No lo estarán registrando?

—Instalamos un factor de interferencia en la recepción visual y auditiva de este edificio —dijo Tanya Lee—. Les llevará casi una hora localizarlo. Así que tenemos… —se fijó en el reloj de pulsera de su delgada muñeca— quince minutos más. Y aún estaremos seguros.

—Dígame cuál de los escritos es el ortodoxo.

—¿Eso es lo que le importa? ¿Realmente?

—¿Y qué es lo que debería importarme? —dijo él.

—¿No entiende, señor Chien? Usted ha aprendido algo. El Líder no es el Líder; es otra cosa, pero no podemos saber qué. Aún no. Señor Chien, con el debido respeto, ¿alguna vez hizo analizar su agua corriente? Sé que suena paranoico, ¿pero lo hizo?

—No —dijo Chien—. Por supuesto que no —sabiendo lo que iba a decir la muchacha.

La señorita Lee dijo con rapidez:

—Nuestros análisis demuestran que está saturada de alucinógenos. Lo está, lo estuvo y lo seguirá estando. No del tipo utilizado durante la guerra; no son los desorientadores, sino un derivado sintético, casi un alcaloide, llamado Datrox-3. Usted lo bebe en el edificio desde que se levanta; lo bebe en los restaurantes y en los apartamentos que visita. Lo bebe en el Ministerio; llega por las cañerías desde una sola fuente central. —Su tono era frío y feroz—. Resolvimos el problema; apenas efectuamos el descubrimiento supimos que cualquier fenotiacina podía contrarrestarlo. Lo que no sabíamos, por supuesto, era esto: una *variedad* de experiencias

Librodot

auténticas; desde un punto de vista racional, eso no tiene sentido. Lo que debería cambiar de una persona a otra es la alucinación, y la experiencia de lo real debería ser omnipresente: está dado al revés. Ni siquiera hemos logrado elaborar una teoría adecuada que pueda explicarlo, y Dios sabe que lo hemos intentado. Doce alucinaciones que se excluyen entre sí: eso sería fácil de comprender. Pero no una alucinación y doce realidades. —Dejó de hablar y observó los dos exámenes escritos—. El del poema árabe es el ortodoxo —afirmó—. Si les dice eso confiarán en usted y le otorgarán un cargo más alto. Será un paso adelante en la jerarquía de la oficialidad del Partido. —Sus dientes eran perfectos y adorables. Sonriendo, terminó—: Su carrera está asegurada por un tiempo. Y gracias a nosotros.

—No le creo —dijo Chien.

Instintivamente, la cautela actuaba en su interior, la cautela de toda una vida vivida entre los duros hombres de la rama Hanoi del PC Oriental. Conocían una infinidad de métodos para dejar a un rival fuera de combate: había empleado algunos él mismo. Había visto otros utilizados contra él o contra los demás. Este podía ser un nuevo método, uno que no le resultaba familiar. Siempre era posible.

—En el discurso de esta noche, el Líder se dirigió a usted en especial —dijo la señorita Lee—. ¿No le sonó extraño? ¿Usted entre todos? Un funcionario menor de un pobre Ministerio.

—Lo admito —dijo—. Me dio esa impresión, sí.

—Era auténtico. Su Excelencia está preparando una elite de hombres jóvenes, de posguerra; espera que infunda nueva vida a la jerarquía fanática y moribunda de vejestorios y mercenarios del Partido. Su Excelencia lo eligió a usted por la misma razón que nosotros: si prosigue su carrera en forma correcta, ésta lo llevará a la cúspide. Al menos por un tiempo..., por lo que sabemos. Esas son las perspectivas.

«Así que prácticamente todos confían en mí —pensó Chien—. Salvo yo mismo; y mucho menos después de la experiencia con el rapé antialucinógeno». Eso había sacudido años de confianza. Sin embargo, empezaba a recuperar la serenidad; al principio lentamente, luego de golpe.

Fue hasta el videófono, alzó el receptor y comenzó a marcar el número de la Policía de Seguridad de Hanoi, por segunda vez en esa noche.

—Entregarme sería la segunda decisión regresiva que usted puede hacer —dijo la señorita Lee—. Les diré que me trajo aquí para sobornarme; usted pensaba que por mi posición en el Ministerio yo sabría qué examen escrito elegir.

—¿Y cuál fue mi primera decisión regresiva? —preguntó él.

—No tomar una dosis mayor de fenotiacina —dijo llanamente la señorita Lee.

Mientras colgaba el videófono, Chien pensó: «No entiendo lo que me está pasando. Hay dos fuerzas: por un lado el Partido y Su Excelencia... por el otro esta muchacha con su supuesto grupo. Uno quiere hacerme ascender lo más posible dentro de la jerarquía del Partido; el otro...». *¿Qué quería Tanya Lee?* Por debajo de las palabras, dentro de una membrana de desdén casi trivial por el Partido, el Líder, los esquemas éticos del Frente Democrático Unido del Pueblo: ¿qué pretendía ella respecto a él?

—¿Es usted AntiPartido? —preguntó con curiosidad.

—No.

—Pero... —hizo un gesto—. Eso es todo lo que existe: Partido y AntiPartido. Usted debe de ser del Partido, entonces. —La miró a los ojos, perplejo; ella le sostuvo la mirada con serenidad—. Ustedes tienen una Organización y se reúnen. ¿Qué pretenden destruir? ¿El funcionamiento normal del Gobierno? Son como los estudiantes desleales de los Estados Unidos durante la Guerra de Vietnam, cuando detenían a los trenes de tropas, hacían demostraciones...

—No era así —dijo la señorita Lee con tono cansado—. Pero olvídelo; ese no es el tema. Lo que queremos saber es esto: ¿quién o qué nos está dirigiendo? Debemos avanzar lo suficiente como para enrolar a alguien, un joven técnico en ascenso del Partido, que pueda llegar a ser invitado a una entrevista personal con el Líder, ¿comprende? —Su voz se hizo apremiante; consultó el reloj, era obvio que estaba ansiosa por partir: casi habían pasado los quince minutos—. En realidad, hay muy pocas personas que ven al Líder. Quiero decir verlo verdaderamente.

—Está recluido —dijo él—. Por su avanzada edad.

—Tenemos esperanzas de que si usted pasa la prueba fraguada que le han preparado, y con mi ayuda lo hará, será invitado a una de las reuniones que el Líder convoca de vez en cuando, de las que por supuesto no informan los periódicos. ¿Entiende ahora? —Su voz se hizo aguda, en un frenesí de desesperación—. Entonces sabríamos. Si usted puede entrar bajo la influencia de la droga antialucinógena, podrá enfrentar cara a cara lo que él es realmente...

Pensando en voz alta, Chien dijo:

—Y terminar con mi carrera como servidor público. Y quizá también con mi vida.

—Usted nos debe algo —estalló Tanya Lee, con las mejillas blancas—. Si yo no le hubiera dicho qué texto escoger habría elegido el equivocado y su carrera de servidor público habría terminado de cualquier manera. Habría fallado... ¡fallado en una prueba que ni siquiera sabía qué se pretendía con ella!

—Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades a mi favor —dijo él con suavidad.

—No. —La muchacha sacudió la cabeza con furia—. El texto herético está adulterado con un montón de jerga partidista; elaboraron los dos escritos deliberadamente para atraparlo. ¡*Quieren* que usted falle!

Chien examinó otra vez los textos, confundido. ¿Tenía ella razón? Era posible. Probable. Conociendo como conocía a los funcionarios, y en particular a Tso-pin, su superior, aquello sonaba convincente. Se sintió cansado. Derrotado. Luego dijo a la muchacha:

—Lo que están tratando de obtener de mí es un *quid pro quo.* Ustedes hicieron algo por mí: consiguieron, o pretenden haber conseguido, la respuesta para esta consulta del Partido. Pero ya cumplieron con su parte. ¿Qué puede impedirme que la eche de aquí de mal modo? No estoy obligado a hacer absolutamente nada.

Oyó su propia voz, monótona, con la pobreza de énfasis emocional típica de los círculos del Partido.

La señorita Lee dijo:

—Mientras usted siga subiendo en la escala jerárquica, habrá otras consultas. Y las controlaremos también para usted en esos casos.

Estaba tranquila, serena; era obvio que había previsto su reacción.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Ahora me voy. No tenemos prisa; usted no va a recibir una invitación a la villa del Río Amarillo del Líder ni la semana próxima ni el mes próximo. —Mientras se dirigía a la puerta y la abría, hizo una pausa—. Nos pondremos en contacto con usted a medida que le den las pruebas de clasificación camufladas; le suministraremos las respuestas: se encontrará con uno o más de nosotros en esas ocasiones. Lo más probable es que no sea yo; ese veterano de guerra incapacitado le venderá las hojas con las respuestas correctas cuando usted salga del edificio del Ministerio. —Le brindó una sonrisa breve, como una vela que se apaga—. Pero uno de estos días, seguramente en forma inesperada, recibirá una invitación formal, elegante y oficial para ir a la villa del Líder, y cuando lo haga irá bien sedado con estelacina... quizá la última dosis de nuestra ya escasa provisión. Buenas noches.

La puerta se cerró tras ella: había partido.

«Pueden chantajearme por lo que he hecho —pensó—. Y ni siquiera se molestó en mencionarlo; visto y considerando en lo que están implicados, no valía la pena hacerlo. Ya había informado a la patrulla de la Polseg que le habían dado una droga que resultó ser una fenotiacina. *Así que ellos lo saben*. Me vigilarán; estarán alerta. Técnicamente, no he violado ninguna ley, pero... estarán vigilando... Sin embargo, siempre vigilan, de un modo u otro».

Se relajó un poco pensando en eso. Con el paso de los años se había acostumbrado, como todos.

«Veré al Benefactor Absoluto del Pueblo como es —se dijo—. Cosa que posiblemente nadie haya hecho. ¿Qué será? ¿Cuál de las subclases de imágenes no alucinatorias? Clases que ni siquiera conozco... una visión que puede abrumarme por completo. ¿Cómo voy a mantener la calma y el equilibrio durante esa noche, si es como la forma que vi en la pantalla del televisor? El Triturador, el Chirriante, el Pájaro, el Tubo Trepador, el Tragón... o algo peor».

Se preguntó en qué consistían algunas de las otras visiones... y luego abandonó ese tipo de especulación; era improductiva. Y provocaba ansiedad.

A la mañana siguiente, el señor Tso-pin y el señor Darius Pethel lo encontraron en su oficina, ambos tranquilos pero expectantes. Sin decir una palabra, les tendió uno de los dos «exámenes escritos». El ortodoxo, con su breve y angustioso poema árabe.

—Este es obra de un dedicado miembro o candidato a miembro del Partido —dijo con firmeza—. El otro... —arrojó las hojas restantes sobre el escritorio—. Basura reaccionaria. —Se sentía furioso—. A pesar de una superficial...

—Está bien, señor Chien —dijo Pethel, asintiendo—. No necesitamos explorar todas y cada una de las ramificaciones; su análisis es correcto. ¿Oyó que anoche el Líder lo mencionó en su discurso televisivo?

—Por supuesto que sí —dijo Chien.

—Entonces sin duda habrá deducido que hay algo muy importante implicado en lo que estamos intentando —dijo Pethel—. El Líder está interesado en usted; eso es evidente. Para ser más precisos, se ha comunicado conmigo al respecto. —Abrió su atestado portafolios y revolvió en su interior—. Extravié el maldito asunto. De todos modos... —Miró a Tso-

pin, que asintió levemente—. A Su Excelencia le agradaría verlo en la cena que ofrecerá el próximo jueves por la noche en la villa del Río Yangtsé. Sobre todo, la señora Fletcher aprecia...

—¿La señora Fletcher? —dijo Chien—. ¿Quién es la señora Fletcher?

Luego de una pausa Tso-pin dijo con voz seca:

—La esposa del Benefactor Absoluto. El verdadero nombre de Su Excelencia, que sin duda usted no habrá oído nunca, es Thomas Fletcher.

—Es un caucásico —explicó Pethel—. Procede del Partido Comunista Neozelandés; participó en la difícil lucha por el poder en ese país. Esta información no es secreta en sentido estricto, pero por otra parte no se ha divulgado. —Titubeó, jugueteando con cadena de su reloj—. Probablemente sea mejor que la olvide. Desde luego, apenas se encuentre con él cara a cara lo advertirá, se dará cuenta de que es un caucásico. Como yo. Como muchos de nosotros.

—La raza no tiene nada que ver con la lealtad hacia el Líder y el Partido —señaló Tso-pin—. El señor Pethel es un ejemplo.

«Su Excelencia engaña —pensó Chien—. Sobre la pantalla de televisión no parecía ser occidental».

—En la televisión... —comenzó a decir.

—La imagen es sometida a una complicada serie de retoques habilidosos —interrumpió Tso-pin—. Por motivos ideológicos. La mayor parte de las personas que ocupan altos puestos lo saben.

Y clavó en Chien una mirada de dura crítica.

«Así que todos están de acuerdo —pensó Chien—. Lo que vemos todas las noches no es real. La cuestión es: ¿hasta qué punto es irreal? ¿Parcialmente? ¿O completamente?».

—Estaré preparado —dijo con rigidez.

«Ha habido un fallo —pensó—. El grupo que representa Tanya Lee no esperaba que yo consiguiera entrar tan pronto. ¿Dónde está el antialucinógeno? ¿Podrán alcanzármelo o no? Es probable que no, con tan poco tiempo».

Extrañamente, se sintió aliviado. Iba a presentarse ante Su Excelencia en una situación que le permitiría verlo como ser humano, verlo como él (y todos los demás) lo veían en la televisión. Sería una cena partidista estimulante y alegre, con algunos de los miembros más influyentes del Partido en Asia. «Creo que podremos pasarlo bien sin las fenotiacinas», se dijo. Y su sensación de alivio aumentó.

—Por fin la encontré —dijo Pethel de pronto, extrayendo un sobre blanco del portafolios—. Su tarjeta de entrada. Usted viajará en *sino-cohete* hasta la villa del Líder el jueves por la mañana; allí el oficial de protocolo lo instruirá acerca de cómo debe comportarse. Se trata de una cena de etiqueta, con corbata blanca y frac, pero la atmósfera será cordial. Siempre hay brindis en abundancia. He asistido a dos reuniones semejantes. —Emitió una sonrisa chillona—. El señor Tso-pin no ha sido honrado de la misma forma. Pero como dicen, todo llega para quien sabe esperar. Ben Franklin lo dijo.

—Para el señor Chien la ocasión ha llegado de modo bastante prematuro —dijo Tso-pin. Se encogió de hombros filosóficamente—. Pero nunca solicitaron mi opinión.

—Otra cosa —le dijo Pethel a Chien—. Es posible que cuando vea a Su Excelencia en persona se sienta desilusionado en ciertos aspectos. Esté atento para que no se note, si esos son sus sentimientos. Siempre nos

hemos inclinado, y hemos sido educados para eso, a considerarlo como algo más que un hombre. Pero en la mesa es... un tonto malicioso. En algún sentido, como nosotros mismos. Por ejemplo, puede dar rienda suelta a un aspecto moderadamente humano de actividad oral agresiva y pasiva; quizá cuente una broma fuera de lugar o beba demasiado... Para ser francos, nadie sabe por anticipado cómo terminarán esas reuniones, pero por lo general duran hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Así que sería sensato que acepte la dosis de anfetaminas que le ofrecerá el oficial de protocolo.

—¿Cómo? —dijo Chien.

Aquello era algo nuevo e interesante.

—Para la tensión nerviosa. Y para equilibrar los efectos de la bebida. Su Excelencia tiene un poder de resistencia admirable; a menudo sigue en pie y ansioso por continuar cuando todos los demás han abandonado.

—Un hombre notable —intervino Tso-pin—. Creo que sus... excesos sólo demuestran que es un compañero magnífico. Y completo; es como el hombre ideal del Renacimiento: como Lorenzo de Médicis, por ejemplo.

—Sí, eso es lo que uno piensa —confirmó Pethel.

Escrutó a Chien con tanta intensidad, que éste volvió a sentir el temor de la noche pasada. «¿Me están llevando de trampa en trampa? —se preguntó—. Aquella muchacha; ¿era en realidad un agente de la Polseg, poniéndome a prueba, buscando en mí una veta desleal, AntiPartidista?».

Se las arregló para esquivar al vendedor sin piernas de remedios vegetales al salir del trabajo; volvió al apartamento por un camino totalmente distinto.

Tuvo éxito. Evitó al vendedor ese día, y también al día siguiente, y así hasta el jueves.

El jueves por la mañana, el vendedor ambulante salió como un bala de abajo de un camión estacionado y le obstruyó el camino enfrentándolo.

—¿Mi medicina? —preguntó el vendedor—. ¿Le sirvió? Sé que lo hizo; la fórmula viene de la dinastía Sung... podría asegurar que surtió efecto. ¿No es así?

—Déjeme —dijo Chien.

—¿Tendría la bondad de contestarme? —El tono no era el lloriqueo esperado, clásico de un vendedor callejero operando en forma marginal; y ese tono llegó con fuerza a Chien; lo oyó alto y claro... según el dicho proverbial de las tropas títeres imperialistas.

—Sé lo que me dio —dijo Chien—. Y no quiero más. Si cambio de idea puedo comprarlo en una farmacia. Gracias.

Empezó a caminar, pero el carrito, con su ocupante sin piernas, lo persiguió.

—La señorita Lee estuvo hablando conmigo —dijo el vendedor en voz alta.

—Ajá —dijo Chien, y aumentó en forma automática la marcha; distinguió un taxi y empezó a hacerle señas.

—Esta noche va a asistir a la cena de la villa del Río Yang —dijo el vendedor, jadeando por el esfuerzo de mantener el ritmo de marcha—. ¡Tome la medicina... ahora! —Implorante, tendió un envoltorio—. Por favor, Miembro del Partido Chien por su propio bien, por el de todos nosotros. Así podremos saber contra qué luchamos. Buen Dios, podría ser algo extraterrestre ese es nuestro principal temor. ¿No comprende, Chien? ¿Qué es su maldita carrera comparada con eso? Si no podemos averiguarlo...

El taxi frenó sobre el pavimento; su puerta se abrió. Chien empezó a abordarlo.

El paquete pasó junto a él, aterrizó sobre el borde inferior de la puerta, luego se deslizó hacia la alcantarilla, mojada por la lluvia reciente.

—Por favor —dijo el vendedor—. Y no le costará nada; hoy es gratis. Sólo agárrelo, úselo antes de la cena. Y no utilice las anfetaminas; son un estimulante talámico, contraindicado cuando se toma un depresivo de las adrenales como la fenotiacina...

La puerta del taxi se cerró tras Chien, y éste se sentó.

—¿Adónde vamos, camarada? —preguntó el mecanismo robot de conducción.

Le dio la chapa con el número que indicaba su apartamento.

—Ese mercachifle imbécil se las arregló para introducir su mugrienta mercancía en mi inmaculado interior —dijo el taxi—. Fíjese. Está junto a su zapato.

Chien vio el paquete; era sólo un sobre de aspecto común. «Supongo que es así como las drogas llegan a uno», pensó; de pronto estaba allí. Se quedó inmóvil por un momento. Luego lo levantó.

Como en la primera vez, un papel escrito acompañaba al producto, pero vio que ahora estaba escrito a mano. Una letra femenina: de la señorita Lee:

> *«Nos sorprendió por lo repentino. Pero gracias al cielo estábamos preparados. ¿Dónde se encontraba el martes y el miércoles? De todos modos, aquí lo tiene y buena suerte. Me pondré en contacto con usted durante la semana; no quiero que trate de localizarme».*

Le prendió fuego a la nota y la hizo arder en el cenicero del taxi. Y se quedó con los gránulos negros.

«Durante todo este tiempo —pensó—. Alucinógenos en nuestra agua corriente. Año tras año. Décadas. Y no en tiempo de guerra sino de paz. Y no de parte del enemigo sino de nuestro propio campo. Quizá debiera tomar esto; quizá debiera averiguar qué es él o eso y dejar que el grupo de Tanya Lee lo sepa».

Lo haré, decidió. Y además... tenía curiosidad.

Una emoción perniciosa, lo sabía. Sobre todo en las actividades del Partido la curiosidad era un estado de ánimo que podía poner punto final a su carrera.

Un estado de ánimo que por el momento lo invadía por completo. Se preguntó si duraría hasta la noche, si inhalaría en realidad la droga cuando llegara el instante preciso.

El tiempo lo diría. Eso y todo lo demás. Como lo expresaba el poema árabe, «somos capullos en flor sobre la llanura, donde los elige la muerte». Trató de recordar el resto del poema, pero no pudo. Tal vez no tuviera importancia.

El oficial de protocolo de la villa, un japonés llamado Kimo Okubara, alto y fornido, sin duda un ex luchador, lo examinó con hostilidad innata, incluso luego de haberle presentado su invitación grabada y demostrarle en forma fehaciente su identidad.

Librodot

—Me sorprende que se haya molestado en venir —murmuró Okubara—. ¿Por qué no quedarse en casa y mirar la TV? Nadie le echa de menos. Hasta ahora lo pasamos bien sin usted.

—Ya he mirado la televisión —dijo Chien, envarado.

Y, de todos modos, rara vez se televisaban las cenas del Partido; eran demasiado indecentes.

La pandilla de Okubara lo cacheó dos veces en busca de armas incluyendo la posibilidad de un supositorio anal, y luego le devolvieron la ropa. Sin embargo, no encontraron la fenotiacina. Porque ya la había tomado. Sabía que los efectos de dicha droga duraban unas cuatro horas. Era más que suficiente. Y tal como Tanya le había dicho, era una dosis fuerte. Se sentía perezoso, inepto y mareado, la lengua se le movía en espasmos, en un falso mal de Parkinson, un efecto secundario desagradable que no había previsto.

A su lado pasó una muchacha, desnuda a partir del pecho, con largo cabello cobrizo cayéndole sobre los hombros y la espalda. Interesante.

Una muchacha desnuda a partir de las nalgas apareció en sentido opuesto. Interesante, también. Las dos parecían desocupadas y aburridas, y completamente dueñas de sí mismas.

—Usted también debe entrar así —informó Okubara a Chien.

Alarmado, Chien dijo:

—Tenía entendido que debía llevar corbata blanca y frac.

—Es broma —dijo Okubara—. Sólo las muchachas van desnudas. Hasta puede llegar a disfrutarlo, a menos que sea homosexual.

«Bueno —pensó Chien—, supongo que será mejor que me guste». Comenzó a vagar entre los demás invitados. Usaban corbata blanca y frac, como él, y las mujeres vestidos largos de noche, y se sintió ansioso, a pesar del efecto tranquilizante de la estelacina. «¿Por qué estoy aquí?», se preguntó. No se le escapaba la ambigüedad de su situación. Estaba allí para adelantar en su carrera dentro del aparato del Partido, para obtener el gesto de aprobación íntimo y personal de Su Excelencia... Y por otro lado estaba allí para demostrar que Su Excelencia era un engaño. No sabía qué tipo de engaño, pero lo era: un engaño contra el Partido, contra todos los pueblos democráticos y amantes de la paz de la Tierra. Siguió mezclándose con la gente.

Una muchacha de pechos pequeños, brillantes, iluminados, se acercó a pedirle fuego. Sacó el encendedor con gesto abstraído.

—¿Qué es lo que hace resplandecer sus pechos? —le preguntó—. ¿Inyecciones radiactivas?

La muchacha se encogió de hombros y no dijo nada. Pasó por su lado, dejándole solo. Sin duda había actuado en forma incorrecta.

Quizá se tratase de una mutación de la época de la guerra, estimó.

—¿Una copa, señor?

Un sirviente le tendió una bandeja con elegancia. Aceptó un *Martini* (que era el trago de moda entre las clases altas del Partido en China Popular) y probó el sabor seco y helado. Un buen gin inglés. O posiblemente la mezcla original holandesa; con enebro o algo así. No estaba mal. Siguió avanzando, sintiéndose mejor. En realidad, la atmósfera del lugar le resultaba agradable. Aquí la gente tenía confianza en sí misma. Habían triunfado y ahora podían relajarse. Evidentemente, era un mito que estar cerca de Su Excelencia

producía ansiedad neurótica: al menos allí no veía el menor indicio, y él mismo apenas la sentía.

Un hombre calvo, maduro y fornido lo detuvo por el simple procedimiento de apoyar su copa contra el pecho de Chien.

—La pequeña que le pidió fuego —dijo el hombre, y resopló—. La tipa con los pechos como adornos navideños... era un muchacho, de compañía —soltó una risita—. Aquí hay que tener cuidado.

—¿Y dónde puedo encontrar mujeres auténticas, si es que las hay? —preguntó Chien—. ¿Entre las corbatas blancas y los fracs?

—Muy cerca —dijo el hombre, y partió con un tropel de invitados hiperactivos, dejando a Chien a solas con su *Martini*.

Una mujer alta, elegante, bien vestida, que estaba de pie cerca de Chien, le agarró de pronto el brazo con la mano; Chien sintió que los dedos de la mujer se tensaban y ella le decía:

—Ahí viene Su Excelencia. Es la primera vez que lo veo. Estoy un poco asustada. ¿Tengo bien el pelo?

—Espléndido —dijo Chien, pensativo, y siguió la mirada de la mujer para ver por primera vez al Benefactor Absoluto.

Lo que cruzaba la habitación hacia la mesa del centro no era un hombre.

Y Chien advirtió que tampoco se trataba de un aparato mecánico. No era lo que había visto en la televisión. Evidentemente, aquello era un sencillo dispositivo para emitir discursos, así como Mussolini había utilizado un brazo artificial para saludar los desfiles largos y tediosos.

«Dios —pensó, y se sintió enfermo—. ¿Era esto lo que Tanya llamaba el «horror acuático»?» No tenía forma. Ni seudópodos de carne o metal. En cierto sentido no estaba allí. Cuando lograba mirarlo de frente, la forma se desvanecía. Veía a través de ella, veía la gente al otro lado: pero no la forma en sí misma. Sin embargo, si giraba un poco la cabeza y la miraba de lado, la captaba y podía determinar sus limites.

Era terrible; lo abrumó de horror. A medida que avanzaba absorbía la vida de cada persona; devoró a la gente allí reunida, siguió su camino, volvió a comer, siguió comiendo con un apetito insaciable. Aquello odiaba. Chien sentía su odio. Aquello aborrecía. Chien sentía cómo aborrecía a todos los presentes: en realidad, él compartía su aborrecimiento. De repente, Chien y todos los que estaban en la enorme villa eran cada uno una babosa retorcida, y por encima de los caparazones de babosa caídos, la criatura saboreaba, se demoraba, pero siempre yendo hacia él: ¿o era una ilusión? «Si esto es una alucinación —pensó Chien—, es la peor que he tenido en mi vida. Si no lo es, entonces es una realidad maligna. Es algo maligno que mata y lastima». Vio el rastro de sobras de hombres y mujeres pisoteados, amasados que el ser dejaba a su paso; los vio tratando de reponerse, de actuar con sus cuerpos tullidos: oyó cómo trataban de hablar.

«Sé quién eres —pensó Tung Chien—. Tú, el caudillo supremo de la estructura mundial del Partido. Tú, que destruyes cuanto objeto viviente tocas. Comprendo aquel poema árabe, la búsqueda de las flores de la vida para comerlas: te veo montado a horcajadas sobre la llanura que para ti es la Tierra, una llanura sin profundidades ni alturas. Vas a todas partes, apareces en cualquier momento, devoras todo. Edificas la vida y luego la engulles, y disfrutas al hacerlo. Eres Dios».

«Señor Chien —dijo la voz que venía del interior de su cráneo y no del espíritu sin boca que se iba formando directamente ante él—. *Me alegra volver a verle. Usted no sabe nada. Váyase. Usted no me interesa. ¿Por qué tendría que importarme el barro? Barro. Estoy atascado en él. Debo excretarlo, y así lo hago. Puedo destrozarlo, señor Chien. Incluso puedo destrozarme a mí mismo. Debajo de mí hay rocas filosas. Desparramo objetos con puntas agudas por encima del pantano. Hago que los sitios ocultos, profundos, hiervan como en una marmita. Para mí el mar es como un pote de ungüento. Las partículas de mi carne están unidas a todo. Usted es yo. Yo soy usted. No importa, como no importa si la criatura de pechos encendidos era una muchacha o un muchacho. Uno puede aprender a disfrutar de cualquiera de los dos».*

Se rió.

Chien no podía creer que le estuviera hablando. No podía imaginar —era demasiado terrible— que le hubiera elegido a él.

«Los he elegido a todos —dijo aquello—. *Nadie es demasiado pequeño. Cada uno cae y muere y yo estoy allí para contemplarlo. Sólo necesito contemplar. Es automático. Fue dispuesto de ese modo».*

Y entonces dejó de hablarle. Se autodisgregó. Pero Chien lo seguía viendo. Sentía su presencia múltiple. Era un globo que colgaba en la habitación, con cincuenta mil ojos, con un millón de ojos..., miles de millones. Un ojo para cada ser viviente mientras esperaba que cada ser cayera, y luego lo pisoteaba cuando yacía debilitado. Había creado los seres para eso, y Chien lo sabía. Lo comprendía. Lo que en el poema árabe parecía ser la muerte no era la muerte sino Dios. O, mejor dicho, Dios estaba muerto, aquello era una fuerza, un cazador, una entidad caníbal, y fallaba una y otra vez, pero como tenía toda la eternidad por delante podía permitirse fallar. Advirtió que era como en los dos poemas. También el de Dryden. *La gastada procesión.* Eso es nuestro mundo y tú lo estás fabricando. Urdiéndolo para que así sea. Amarrándonos.

«Pero al menos me queda mi dignidad», pensó.

Con dignidad abandonó su copa, se dio vuelta, caminó hacia las puertas del salón y pasó a través de ellas. Caminó por un largo vestíbulo alfombrado. Un sirviente de la mansión, vestido de púrpura, le abrió una puerta. Se encontró de pie afuera, en la oscuridad de la noche, en una galería, solo.

Pero no estaba solo.

El ser lo había seguido. O ya estaba allí antes de que él llegara. Sí, lo había estado esperando. En realidad no había terminado con él.

—Allá voy —dijo Chien, y se precipitó sobre la baranda.

Estaba en un sexto piso, y abajo brillaba el río, y la muerte, la verdadera muerte, no lo que había vislumbrado el poema árabe.

Mientras trataba de saltar, aquello apoyó una extensión de sí mismo sobre su hombro.

—¿Por qué? —dijo Chien.

Pero se detuvo, intrigado y sin comprender nada.

—No caigas por mí —dijo.

Chien no podía verlo porque se había colocado detrás de él. Pero lo que estaba apoyado sobre su hombro... había comenzado a parecerse a una mano humana.

Y entonces el ser rió.

—¿Qué hay de gracioso? —preguntó Chien, mientras se balanceaba sobre la baranda, sostenido por la falsa mano.

—Estás haciendo mi trabajo —dijo—. No estás esperando. ¿No tienes tiempo para esperar? Te escogeré entre los demás. No necesitas acelerar el proceso.

—¿Y qué pasa si lo hago por repulsión a ti?

El ser rió y no contestó.

—Ni siquiera me lo vas a decir —dijo Chien.

Tampoco esta vez hubo respuesta. Comenzó a deslizarse hacia atrás, hacia la galería. Y la presión de la falsa mano se aflojó de inmediato.

—¿Tú fundaste el Partido? —preguntó Chien.

—Fundé todo. Fundé el AntiPartido y el Partido que no es un partido, y los que están a favor de él y los que están en contra, los que tú llamarías Yanquis Imperialistas, los del campo reaccionario, y así hasta el infinito. Fundé todo. Como si fueran hojas de hierba.

—¿Y estás aquí para disfrutarlo?

—Lo que quiero es que me veas como soy, como me has visto, y que luego confíes en mí —dijo el ser.

—¿Qué? ¿Confiar en ti para qué? —preguntó Chien temblando.

—¿Crees en mí?

—Sí. Puedo verte.

—Entonces vuelve a tu empleo en el Ministerio. Cuéntale a Tanya Lee que soy un anciano gastado, obeso, que bebe mucho y pellizca el trasero de las muchachas.

—Oh, Cristo —dijo Chien.

—Mientras sigas viviendo, incapaz de detenerte, te atormentaré —dijo aquello. —Te quitaré partícula por partícula todo lo que posees o deseas. Y cuando estés destrozado hasta la muerte te revelaré un misterio.

—¿Cuál es el misterio?

—Los muertos vivirán, los vivos morirán. Yo mato lo que vive, salvo lo que ha muerto. Y te diré esto: hay cosas peores que yo. Pero no te encontrarás con ellas porque para entonces te habré matado. Ahora regresa al salón y prepárate para la cena. No cuestiones lo que estoy haciendo. Hacía lo mismo antes de que existiera alguien llamado Tung Chien y lo seguiré haciendo mucho después de que deje de existir.

Chien lo golpeó con la máxima fuerza posible.

Y experimentó un intenso dolor en la cabeza.

Y oscuridad, con una sensación de caída.

Luego, otra vez oscuridad.

«Te alcanzaré —pensó—. Me ocuparé de que tú también mueras. De que sufras. Vas a sufrir, como nosotros, exactamente del mismo modo. Volveré a enfrentarte, y te sujetaré con clavos. Juro por Dios que te crucificaré contra algo. Y dolerá. Tanto como me duele a mí ahora».

Cerró los ojos.

Lo sacudían con rudeza. Y oía la voz de Kimo Okubara.

—Deténgase, borracho. ¡Vamos!

Sin abrir los ojos, dijo:

—Necesito un taxi.

—El taxi ya espera. Váyase a casa. Desastre. Hacer el ridículo ante todos.

Poniéndose temblorosamente en pie, abrió los ojos, se examinó.

«El Líder a quien seguimos —pensó— es el Unico Dios Verdadero. Y el enemigo contra el que luchamos y hemos luchado también es Dios. Tienen razón: está en todas partes. Pero no entiendo lo que eso significa». Clavó la mirada en el oficial de protocolo y pensó: «Tú también eres Dios. Así que no hay escapatoria, quizá ni siquiera saltando. Como yo empecé a hacerlo, instintivamente».

Se estremeció.

—Mezclar copas con drogas —dijo Okubara con tono ofendido—. Arruinar la carrera. Lo he visto muchas veces. Desaparezca.

Vacilante, caminó hacia la gran puerta central de la villa del Río Yangtsé. Dos criados, vestidos como caballeros medievales, con penachos de plumas, le abrieron ceremoniosamente la puerta. Uno de ellos dijo:

—Buenas noches, señor.

—Para usted —dijo Chien, y entró en la noche.

A las tres menos cuatro de la mañana, mientras estaba sentado e insomne en la sala de estar de su apartamento, fumando un *Cuesta Rey Astoria* tras otro, sonó un golpe en la puerta.

Cuando abrió se encontró frente a Tanya Lee, con su impermeable y el rostro marchito de frío. Sus ojos ardían, interrogantes.

—No me mires así —dijo él ásperamente. Su cigarro se había apagado. Volvió a encenderlo—. Ya me han mirado lo suficiente.

—Lo viste —dijo ella.

Él asintió.

La muchacha se sentó en el brazo del sillón y tras un momento dijo:

—¿Quieres contármelo?

—Vete lo más lejos posible —dijo Chien—. Bien lejos.

Y luego recordó. No había camino que se alejara bastante. Recordó haber leído también eso.

—Olvídalo —dijo.

Poniéndose en pie, fue con paso torpe hasta la cocina y empezó a preparar café.

Siguiéndolo, Tanya dijo:

—¿Fue... tan malo?

—No podemos ganar —dijo él—. Ustedes no pueden ganar. No quise incluirme. Yo no entro en eso. Sólo quiero seguir haciendo mi trabajo en el Ministerio y olvidarme. Olvidarme de todo el maldito asunto.

—¿Es extraterrestre?

—Sí.

—¿Es hostil a nosotros?

—Sí —dijo Chien—. No. Las dos cosas. Sobre todo hostil.

—Entonces tenemos que...

—Vete a casa y acuéstate. —La escrutó con cuidado. Había permanecido sentado un largo rato y había pensado mucho acerca de muchas cosas—. ¿Estás casada? —preguntó.

—No. Ahora no. Lo estuve.

—Quédate conmigo esta noche —dijo él—. Por lo menos el resto de la noche. Hasta que salga el sol. Durante la noche es horrible.

—Me quedaré —dijo Tanya, desabrochándose el cinturón del impermeable—, pero necesito algunas respuestas.

—¿Qué quería decir Dryden con eso de que la música destemplaría el cielo? —dijo Chien—. ¿Qué puede hacer la música al cielo?

—Que todo el orden celestial del Universo termina —dijo la muchacha mientras colgaba el impermeable en el armario del dormitorio. Debajo llevaba un suéter anaranjado a rayas y pantalones elásticos.

—Eso es lo malo —dijo Chien.

La muchacha hizo una pausa, reflexionando.

—No sé. Supongo que sí.

—Es concederle mucho poder a la música.

—Bueno, ya conoces la antigua idea pitagórica acerca de la «música de las esferas».

Con gestos precisos se sentó en el borde de la cama y se sacó sus zapatos livianos como chinelas.

—¿Crees en eso? —dijo Chien—. ¿O crees en Dios?

—¡Dios! —rió la muchacha—. Eso desapareció junto con la caldera a vapor. ¿De qué estás hablando? *¿De Dios o de dios?*

Se acercó a él, mirándole a los ojos.

—No me mires tan de cerca —dijo Chien con voz aguda, retrocediendo—. No quiero que me vuelvan a mirar así.

Se apartó, irritado.

—Creo que si hay un Dios le importan muy poco los asuntos humanos —dijo Tanya—. Bueno, esa es mi teoría. Quiero decir que a *Él* no parece importarle que triunfe el mal o que la gente y los animales sean heridos y mueran. Francamente, no veo Su presencia a mi alrededor. Y el Partido siempre ha negado cualquier forma de…

—¿Alguna vez lo viste a *ÉI*? —preguntó Chien—. ¿Cuándo eras niña?

—Oh, desde luego, cuando niña. Pero también creía…

—¿Alguna vez se te ocurrió que el mal y el bien son nombres que designan la misma cosa? ¿Qué Dios podría ser al mismo tiempo bueno y malo?

—Te prepararé un trago —dijo Tanya, y entró descalza a la cocina.

—El Triturador, el Chirriante, el Tragón y el Pájaro y el Tubo Trepador… —dijo Chien—, más otros nombres, otras formas. No sé. Tuve una alucinación. En la cena. Una alucinación enorme. Terrible.

—Pero la estelacina…

—Provocó una peor —dijo él.

—¿Hay algún modo de luchar contra lo que viste? —dijo Tanya sombríamente—. ¿Contra ese fantasma al que llamas alucinación pero que sin duda no lo era?

—Creer en él —dijo Chien.

—¿Qué lograremos con eso?

—Nada —dijo él, agotado—. Absolutamente nada. Estoy cansado. No quiero un trago… Acostémonos.

—Está bien. —Regresó silenciosa al dormitorio, comenzó a sacarse el suéter a rayas por encima de la cabeza—. Lo discutiremos a fondo más tarde.

—Una alucinación es algo misericordioso —dijo Chien—. Me gustaría haberla tenido. Quiero que vuelva la mía. Quiero estar antes de que tu vendedor ambulante me encuentre con aquella fenotiacina.

—Ahora ven a la cama. Seré amable. Toda calor y ternura.

Chien se sacó la corbata, la camisa… y vio, sobre su hombro derecho, la marca, el estigma que le había dejado aquello cuando le impidió saltar.

Marcas lívidas que parecían estar allí para siempre. Entonces se puso la chaqueta del pijama: ocultaba las marcas.

—De todos modos tu carrera ha adelantado muchísimo —dijo Tanya cuando él entró en la cama—. ¿No estás contento?

—Por supuesto —dijo él, asintiendo invisible en la oscuridad—. Muy contento.

—Ven, acércate a mí —dijo Tanya, rodeándolo con los brazos—. Y olvídate de todo lo demás. Al menos por ahora.

Entonces Chien la atrajo hacia él, haciendo lo que ella pedía y él quería hacer. La muchacha fue limpia; se movió con eficacia, con rapidez y cumplió su parte. No se molestaron en hablar hasta que por fin Tanya dijo «¡Oh!», y se relajó.

—Me gustaría que pudiéramos seguir para siempre —dijo Chien.

—Lo hicimos —dijo Tanya—. Es algo fuera del tiempo. No tiene límites, como un océano. Así éramos en la época cámbrica, antes de que emigráramos a la tierra. Es como las antiguas aguas primordiales. El único momento en que retrocedemos es cuando lo hacemos. Por eso es tan importante para nosotros. Y en aquellos días no estábamos separados: era como una gran gelatina, como esas burbujas que flotan hasta la playa.

—Que flotan y allí se quedan, a morir —dijo Chien.

—¿Puedes alcanzarme una toalla? —preguntó Tanya—. ¿O un trapo? Lo necesito.

Chien caminó descalzo hasta el baño, y entró a buscar una toalla. Allí, y ahora completamente desnudo, vio por segunda vez su hombro, vio el sitio donde el ser lo había aferrado y lo había sostenido, tirándolo hacia atrás, quizá para juguetear con él un poco más.

Las marcas, inexplicablemente, sangraban.

Se limpió la sangre. En seguida brotó más, y al verla se preguntó cuánto tiempo le quedaba. Era probable que sólo unas horas.

Volviendo a la cama, dijo:

—¿Puedes seguir?

—Por supuesto. Si te queda energía. Tú decides.

La muchacha lo miraba sin pestañear, apenas visible en la difusa luz nocturna.

—Me queda —dijo Chien.

Y la atrajo con fuerza hacia él.

EL CUENTO FINAL DE TODOS LOS CUENTOS DE LA ANTOLOGÍA VISIONES PELIGROSAS DE HARLAN ELLISON

En una sociedad devastada por la Guerra de Hidrógeno la joven doncella se dirige a un zoológico futurista y tiene relaciones sexuales con varias formas de vida inhumanas y deformes en las jaulas. En este particular sentido es una mujer que ha sido formada con los restos de los cuerpos dañados de varias mujeres, y tiene relaciones con una alienígena, ahí en la jaula, y después de aplicados sobre la mujer medios de una ciencia

futurista, concibe. El niño nace, y ella y la alienígena en la jaula luchan para ver quién se queda con él. La joven mujer humana gana, e inmediatamente devora a su progenie, pelo, dientes, dedos y todo. Justo después de haber terminado descubre que el bebé es Dios.

LA HORMIGA ELÉCTRICA

A las cuatro y cuarto de la tarde, cuando T.S.T. Garson Poole despertó en el lecho del hospital, comprendió que estaba en un lecho de hospital y otras dos cosas: que ya no tenía la mano derecha y que no sentía dolor alguno.

Le habían administrado un analgésico poderoso, se dijo, mirando hacia la pared en la que había una ventana que daba al centro de Nueva York. Telas de araña por las que los vehículos y los transeúntes se apresuraban, donde las ruedas giraban bajo el postrero sol de la tarde. El brillo de agonizante luz le gustó. Todavía no ha muerto, pensó. Ni yo tampoco.

Había un fono en la mesita de al lado; vaciló, cogió el receptor, y marcó para una línea exterior. Un momento más tarde estaba ante la imagen de Louis Danceman, a cargo de las actividades TriPlan mientras él, Garson Poole, estuviera en otra parte.

—Gracias a Dios que está vivo —suspiró Danceman al verle; su rostro carnoso y grande, con superficie lunar llena de hoyos, se distendió a causa del alivio—. He llamado a todos.

—Sólo me falta la mano derecha —le interrumpió Poole.

—Pero está bien. Quiero decir que pueden injertarle una.

—¿Cuánto tiempo he de estar aquí? —preguntó Poole.

No sabía dónde estaban los médicos ni las enfermeras; ni por qué no se reían o alborotaban al efectuar una llamada.

—Cuatro días —respondió Danceman—. Aquí en la planta todo marcha bien. En realidad, hemos recibido pedidos de tres diferentes sistemas de policía, todos de la Tierra. Dos de Ohio, y uno de Wyoming. Buenos pedidos en firme, con un tercio por adelantado y la usual opción de arriendo por tres años.

—Venga a sacarme de aquí —pidió Poole.

—No puedo sacarle hasta que la nueva mano...

—Me la injertarán más tarde.

Anhelaba desesperadamente volver a su ambiente familiar; el recuerdo del cohete mercantil elevándose grotescamente en la pantalla piloto carenada al fondo de su mente; si cerraba los ojos volvía a sentirse en el vehículo destrozado al ir de uno a otro, recibiendo grandes daños. Las sensaciones cinéticas. Parpadeó al recordarlas. Creo que he tenido suerte, se dijo.

—¿Está Sarah Benton con usted? —preguntó Danceman.

—No, claro.

Era su secretaria personal, y aunque sólo fuese por consideraciones de empleo, debería estar a su lado, acunándole como a un bebé. Todas las mujeres gruesas gustan a las madres, pensó. Y son peligrosas; si te caen encima pueden matarte.

—Tal vez fue esto lo que ocurrió —dijo, en voz alta—. Tal vez Sarah cayó sobre mi cohete.

—No, no, un eje del sistema de dirección del cohete se rompió en la hora de más tráfico y usted...

—Lo recuerdo.

Dio media vuelta en la cama al oír abrirse la puerta de la sala. Aparecieron un médico con bata blanca y dos enfermeras con batas azules, y dirigieron sus pasos hacia la cama.

—Ya hablaremos más tarde —dijo Poole, colgando el fono.

Respiró profundamente, con expectación.

—No hubiera debido hablar por fono tan pronto —le recriminó el médico, consultando el diagrama—. Señor Garson Poole, dueño de Electrónicas TriPlan. Constructor de dardos identados que rastrean su presa en un radio de mil millas, respondiendo a un dibujo ondulado único. Usted es un hombre afortunado, señor Poole. Pero usted no es un hombre. Usted es una hormiga eléctrica.

—¡Diablos! —exclamó Poole, aturdido.

—De modo que en realidad no podemos curarle aquí, ahora que lo hemos descubierto. Lo supimos, claro está, tan pronto como examinamos su mano derecha lesionada; cuando vimos los componentes eléctricos y cuando miramos su torso por rayos X, y, naturalmente, estos análisis corroboraron nuestra hipótesis.

—¿Qué es una hormiga eléctrica? —quiso saber Poole.

Pero ya lo sabía y podía descifrar el término.

—Un robot orgánico —respondió una enfermera.

—Ya —asintió Poole.

Un sudor frío afloró a su piel y le empapó todo el cuerpo.

—Usted no lo sabía —insinuó el médico.

—No —Poole sacudió la cabeza.

—Casi todas las semanas viene una hormiga eléctrica —continuó el doctor—. Vienen a causa de un accidente, como usted, o piden admisión voluntariamente. Por ejemplo, uno que como usted no lo sabía, y ha funcionado siempre junto a los seres humanos, creyendo ser también... un hombre. En cuanto a su mano...

El doctor calló.

—Olvide mi mano —le atajó Poole, bruscamente.

—Cálmese. —El médico se inclinó sobre Poole y escrutó atentamente su semblante—. Una nave hospital le llevará a un apartamento donde podrá hacer la reparación o la sustitución de su mano a un precio razonable, bien para usted, siendo como es el dueño único, o para sus compañeros, si los tiene. De todos modos, podrá volver a su despacho de la TriPlan, en las mismas condiciones de funcionamiento que antes.

—Excepto que ahora lo sé —masculló Poole.

Ignoraba si Danceman, Sarah o alguno de la oficina lo sabrían. ¿Le había alguno, o algunos, comprado? ¿Fabricado? Un figurón, eso era; esto había sido. Ya no debía dirigir la Compañía; era una ilusión implantada en él cuando lo fabricaron..., junto con la ilusión de ser un humano y vivir.

—Antes de que sea trasladado al Departamento de Reparaciones —dijo el médico—, ¿será tan amable de abonar su cuenta en el despacho de enfrente?

—¿Cómo debo nada si ustedes no tratan aquí a las hormigas? —replicó agriamente Poole.

—Por nuestros servicios —aclaró una enfermera—. Hasta que lo supimos.

—Envíen la cuenta —repuso Poole, sacudido por un furor impotente—. Envíenla a mi Compañía.

Con un tremendo esfuerzo se sentó en la cama; con la cabeza dándole vueltas, bajó de ella y se afirmó en el suelo.

—Me encantará marcharme de aquí —añadió cuando consiguió mantenerse erguido—. Y gracias por su atención tan humana.

—Gracias a usted, señor Poole —respondió el médico—. O tal vez deba decir sólo Poole.

En el Departamento de Reparaciones le reemplazaron la mano perdida.

La mano resultaba fascinante; la examinó largo tiempo antes de permitir que los técnicos la colocasen.

Por fuera, parecía orgánica, y en realidad, su superficie lo era. Piel natural cubierta de carne natural, y sangre auténtica llenaba las venas y los capilares. Pero por debajo había cables y circuitos, componentes en miniatura, resplandecientes... Mirando al fondo de la muñeca vio multitud de puertas, motores, válvulas multifases, todo pequeñísimo. Intrincado. Y la mano le costó cuarenta ranas. El sueldo de una semana que él tenía asignado en la nómina de la Compañía.

—¿Está garantizada? —le preguntó a los técnicos, mientras fusionaban la sección ósea de la mano con el resto de su cuerpo.

—Noventa días, las piezas y el trabajo —contestó uno de los técnicos—. A menos que se vea sujeta a un abuso inusitado o intencionado.

—Esto suena vagamente sugestivo —comentó Poole.

El técnico, un hombre, pues todos lo eran, inquirió mirándole astutamente:

—¿Ha estado pasando por lo que no es?

—Sin intención.

—¿Y ahora... es con intención?

—Exactamente —asintió Poole.

—¿Sabe por qué jamás lo sospechó? De vez en cuando, debió de haber chasquidos y chirridos en su interior. Pero usted no lo sospechó porque está programado para no observarlo. Ahora tendrá la misma dificultad para descubrir por qué le construyeron y para quién ha estado funcionando.

—Un esclavo —gimió Poole—. Un esclavo mecánico.

—Pero se ha divertido.

—He vivido una existencia agradable —suspiró Poole—. Y he trabajado mucho.

Pagó las cuarenta ranas, flexionó los dedos nuevos, los probó cogiendo varios objetos, y se marchó. Diez minutos más tarde se hallaba a bordo de un transporte público, camino de casa. ¡Valiente día!

Ya en casa, en su apartamento de una sola habitación, se sirvió un vaso de *«Jack Daniel, Etiqueta Púrpura»*, sesenta años de antigüedad, y se sentó para beberlo, mientras su vista vagaba por la única ventana hacia el edificio que se elevaba al otro la de la calle.

«¿Debo ir a la oficina? —se preguntó—. Y en ese caso, ¿por qué? Y si no, ¿por qué no? Elige. Demonios, esto me está minando, saber esto... Soy un fenómeno —comprendió—. Un objeto inanimado que imita a otro animado».

Pero... se sentía vivo. Y no obstante, ahora se sentía diferente. Respecto a sí mismo. Y a partir de ahora, respecto a todos, especialmente a Danceman y Sarah, a todos los de TriPlan.

Librodot

«Creo que me mataré —pensó—. Aunque probablemente me programaron para que no me matara; resultaría demasiado costoso para mi dueño. Y él no lo querría. Programado. En algún rincón de mi cuerpo, hay una matriz fijada a un lugar, una pantalla o filtro que me impide tener ciertos pensamientos o realizar ciertas acciones. Y que me obliga a otras. No soy libre. Nunca lo fui, aunque ahora lo sé y en esto estriba la diferencia...».

Haciendo opaca la ventana, encendió la luz del techo, y con sumo cuidado se despojó de todas sus prendas. Había contemplado atentamente de qué manera los técnicos le habían injertado la mano nueva y ahora tenía una idea bastante clara de cómo estaba ensamblado su cuerpo. Dos paneles principales, uno en cada muslo; los técnicos los habían quitado para comprobar los complicados circuitos de debajo. «Si estoy programado, probablemente ahí estará la matriz», pensó.

El conjunto de circuitos le dejó estupefacto.

«Necesito ayuda —pensó—. Veamos, ¿cuál es el código fono para el computador clase BBB que alquilamos en la oficina?».

Levantó el fono, marcó el número de la computadora en su residencia permanente de Boise, Idaho.

—El uso de esta computadora cuesta cinco ranas por minuto —pronunció en el fono una voz mecánica. Luego añadió—: Por favor, ponga su placa de crédito personal delante de la pantalla.

Lo hizo.

—Al sonar el zumbador, quedará conectado con la computadora —continuó la voz—. Por favor, pregunte lo más rápidamente posible, teniendo en cuenta que la respuesta será dada en términos de un microsegundo, mientras su pregunta...

Rebajó el sonido. Pero volvió a aumentarlo rápidamente cuando apareció en la pantalla el audioalimentador de la computadora. En aquel momento, la máquina se convirtió en un oído gigante, para escucharle..., lo mismo que a otros cincuenta mil interrogadores de la Tierra.

—Escrútame visualmente —le ordenó a la computadora—. Y dime dónde hallaré el mecanismo de programación que controla mis pensamientos y conducta.

Esperó. En la pantalla del fono, un enorme ojo activo, de lentes múltiples, le observó; Poole se exhibió por completo en su apartamento.

—Quítate el panel del pecho —dijo la computadora—. Aplica una ligera presión sobre tu esternón y sácalo luego hacia fuera.

Obedeció. Quedó separada una parte de su pecho; mareado, se sentó en el suelo.

—Distingo los módulos de control —dijo la computadora—, pero no puedo decir qué... —Una pausa mientras el ojo rodaba en la pantalla del fono—. Distingo un rollo de cinta grabada montada sobre el mecanismo de tu corazón. ¿Lo ves?

Poole torció el cuello, miró y también lo vio.

—Cuando haya consultado los datos que poseo me pondré en contacto contigo y te daré la respuesta. Buenos días.

La pantalla se oscureció.

«Me arrancaré la cinta —se dijo Poole—. Pequeña, no mayor que dos ovillos de hilo, con un escrutador montado entre el tambor de salida y el de entrada. No veo ningún signo de movimiento; los ovillos parecen inertes.

Deben actuar como brújulas cuando ocurren situaciones específicas. Dominan mis procesos encefálicos. Y lo han hecho toda mi vida».

Con la mano tocó el tambor de salida. Pensó que lo único que tenía que hacer era estirar y...

La pantalla del fono volvió a iluminarse.

—Placa de crédito número 3-BNX-882-HQR446-T —pronunció la voz de la computadora—. Aquí BBB-307DR en contacto de nuevo en respuesta a tu pregunta de dieciséis segundos, 4 de noviembre de 1992. El rollo de cinta grabada sobre el mecanismo de tu corazón no es una bobina de programación sino un constructor de realidades supletorias. Todos los estímulos sensoriales recibidos por tu sistema neurológico central emanan de esta unidad, y tocarla sería peligroso, si no definitivo. Por lo visto —añadió la voz—, careces de circuito programado. Pregunta contestada. Buenos días.

La voz calló.

Poole, de pie y desnudo delante de la pantalla del fono, tocó una vez más el tambor de la cinta, con una precaución enorme y calculada.

«Ya entiendo —pensó salvajemente—. ¿O no? Esta unidad... Si corto la cinta, mi mundo desaparecerá. La realidad continuará para los demás, pero no para mí. Porque mi realidad, mi universo, procede de esta minúscula unidad. Alimenta el escrutador y luego mi sistema nervioso central a medida que se desenrolla lentamente».

Llevaba años desenrollándose, pensó.

Recogió sus ropas, se vistió, se sentó en su inmenso sillón, muy lujoso y transportado a su apartamento desde las oficinas de la TriPlan, y encendió un cigarrillo. Cuando dejó sobre la mesa el encendedor con sus iniciales le temblaba la mano; se retrepó y exhaló el humo hacia delante, creando un nimbo de color gris.

«He de ir despacio —se dijo—. ¿Qué trato de hacer? ¿Desviar mi programa? La computadora no encontró circuito de programación. ¿Debo intervenir en la cinta de la realidad? Y en tal caso, *¿por qué?*».

«Porque si la controlo —se contestó—, controlaré la realidad. Al menos, en lo que a mí respecta. Mi realidad subjetiva..., pero esto no es todo. La realidad objetiva es un constructor sintético, que trata con la universalización hipotética de una multitud de realidades subjetivas».

«Mi universo está dentro de mis dedos —comprendió—. Si pudiese imaginar cómo funciona todo... Lo que tengo que hacer en primer lugar es buscar y localizar mi circuito de programación, a fin de obtener un verdadero funcionamiento homeostático; o sea, el control de mí mismo. Pero con esto...».

«Con esto, no sólo conseguiría el control de mí mismo sino el control de todo».

«Y esto me separa de cualquier ser humano que haya vivido y muerto» —añadió sombríamente.

Fue hacia el fono y marcó el número de la oficina. Cuando tuvo a Danceman en la pantalla, dijo animadamente:

—Quiero que envíes una serie completa de microherramientas y pantallas ampliadoras a mi apartamento. Tengo que trabajar en un microcircuito.

Interrumpió la conexión para no tener que discutir.

Media hora más tarde se produjo una llamada a la puerta. Cuando abrió, se encontró delante de uno de los capataces del taller, cargado con toda clase de microherramientas.

—No especificó lo que necesitaba —se disculpó el capataz, entrando en el apartamento—. De modo que el señor Danceman me ha enviado con todo esto.

—¿Y el sistema de lentes amplificadoras?

—En el camión, arriba en el tejado.

«Tal vez desee morir», pensó Poole.

Encendió un cigarrillo, fumó y esperó, en tanto el capataz montaba la pesada pantalla ampliadora, con el suministro de fuerza y el panel de control en el apartamento.

«Lo que hago es un suicidio», pensó Poole.

Se estremeció.

—¿Le ocurre algo, señor Poole? —preguntó el capataz poniéndose de pie, aliviado ante el trabajo concluido—. Todavía debe de estar un poco nervioso a causa de su accidente.

—Sí —asintió Poole, quedamente.

Esperó a que el capataz se marchase.

Bajo el sistema de lentes ampliadoras, la cinta de plástico adoptó una nueva forma: una cinta ancha en la que había cientos de miles de pequeños agujeros.

«Eso es lo que pensaba —se dijo Poole—. Nada grabado en una capa de óxido férrico, sino ranuras pinchadas».

Bajo las lentes, la cinta avanzaba visiblemente. Con gran lentitud, pero a una velocidad uniforme, y en dirección al escrutador.

«Lo que me figuraba —pensó de nuevo—. Los agujeros están en salidas. Funciona como una pianola: sólido es *no*, ranura es *sí*. ¿Cómo podría probarlo?».

«Obviamente, obturando algunos agujeros».

Calculó la cantidad de cinta que quedaba en el tambor de salida. Calculó también, con gran esfuerzo, la velocidad del movimiento de la cinta, y al final obtuvo una cifra. Si alteraba la cinta visible en el borde que se introducía en el escrutador, transcurrirían de cinco a siete horas antes de que llegase aquel período de tiempo. En realidad, habría suprimido unos estímulos que debían tener lugar al cabo de unas horas.

Con un micropincel pintó un sector grande —relativamente grande— de la cinta con barniz opaco, obtenido del botiquín que acompañaba a las microherramientas.

«He suprimido estímulos durante media hora —pensó—. Al menos he obturado un millar de agujeros».

Sería interesante saber qué cambio, si sobrevenía alguno, se produciría a su alrededor al cabo seis horas.

Cinco horas y media más tarde estaba sentado en el *Krackter*, un soberbio bar de Manhattan, tomando un trago con Danceman.

—Parece enfermo —comentó Danceman.

—Lo estoy —asintió Poole.

Apuró su bebida, un whisky, y pidió otro.

—¿Por el accidente?

—En cierto sentido, sí.

—¿Se trata de algo que ha averiguado respecto a sí mismo? —inquirió Danceman.

Poole levantó la cabeza y miro al otro a la penumbra del bar.

—Entonces, lo sabe.

—Lo sé —afirmó Danceman—. Sé que debo llamarle Poole en vez de señor Poole. Pero prefiero llamarle de usted y seguiré haciéndolo.

—¿Cuánto hace que lo sabe? —indagó Poole.

—Desde que entró en la empresa. Me dijeron que los auténticos dueños de TriPlan, que se hallan en el Sistema Prox, deseaban que TriPlan fuese dirigida por una hormiga eléctrica, a la que podrían controlar. Deseaban una hormiga inteligente y enérgica.

—¿Los auténticos dueños? —era la primera noticia que tenía de ellos—. Tenemos dos mil accionistas. Diseminados por todas partes.

—Marvis Bey y su esposo Ernan, de Prox 4, controlan el cincuenta y uno por ciento de las acciones con derecho a voto. Y esto fue así desde el principio.

—¿Por qué no lo supe?

—Me prohibieron decírselo. Usted tenía que creer que había proyectado por sí solo toda la política de la empresa. Con mi ayuda. En realidad, yo le estaba transmitiendo lo que Bey y su esposa me transmitían a mí.

—O sea, que he sido un figurón, un hombre de paja.

—En cierto sentido, sí —reconoció Danceman—. Pero para mí, será siempre el «señor Poole».

Un sector de la pared más alejada desapareció. Y con él, varias personas sentadas en mesas cercanas al mismo. Y…

A través de la gran porción acristalada del bar, el cielo de Nueva York se desvaneció.

—¿Qué ocurre? —inquirió Danceman, al observar el rostro de Poole.

—Mire a su alrededor —le pidió éste—. ¿Nota algún cambio?

Tras mirar en torno suyo, Danceman contestó:

—No. ¿Qué cambio?

—¿Sigue viendo el firmamento?

—Seguro, a pesar de la niebla. Las luces parpadean.

—Ahora lo sé —asintió Poole.

Estaba en lo cierto; cada agujero cubierto significaba la desaparición de un objeto de su mundo real.

—Nos veremos más tarde, Danceman —dijo, poniéndose en pie—. He de volver a mi apartamento. Me espera cierto trabajo. Buenas noches.

Salió del bar en busca de un taxi.

No había ninguno.

«También éstos —pensó—. ¿Qué más habré borrado? ¿Las prostitutas? ¿Las flores? ¿Las cárceles?».

En el aparcamiento del bar se hallaba el cohete de Danceman.

Decidió cogerlo. Todavía hay cohetes en el mundo de Danceman. Él podría coger uno más tarde. De todos modos, era un taxi-cohete de la Compañía, y él conservaba una copia de la llave.

De pronto, estuvo en el aire, camino de su apartamento.

La ciudad de Nueva York no había vuelto. A la derecha y a la izquierda, vehículos y edificios, calles, transeúntes, anuncios… y en el centro nada.

«¿Cómo puedo volar por ahí? —se asustó—. Desapareceré».

¿O no? Voló hacia la nada.

Fumando un cigarrillo tras otro, voló en círculo durante quince minutos..., y de pronto, calladamente, reapareció Nueva York. Podía terminar el vuelo. Aplastó el cigarrillo (la pérdida de algo tan valioso), y aceleró hacia su apartamento.

«Si inserto una cinta estrecha y opaca —reflexionó mientras abría la puerta del apartamento—, podré...».

Sus pensamientos cesaron. Alguien estaba sentado en una butaca del saloncito, contemplando un programa por televisión.

—¡Sarah! —exclamó, aturdido.

La joven se levantó, algo gruesa, pero graciosa.

—No te encontré en el hospital y vine hacia aquí. Aún tengo la llave que me diste en marzo, después de aquella terrible pelea. ¡Oh! Pareces muy deprimido. —Fue hacia él y observó su rostro con ansiedad—. ¿Tanto te duele la herida?

—No es eso.

Se quitó la chaqueta, la corbata y la camisa, y el panel de su pecho. Se arrodilló e insertó las manos en los guantes de las herramientas microscópicas. Hizo una pausa y levantó los ojos hacia Sarah.

—He descubierto que soy una hormiga eléctrica. Lo cual, desde cierto punto de vista, me abre ciertas posibilidades, que ahora estoy examinando.

Flexionó los dedos, y en el extremo del meñique izquierdo, se movió un destornillador microscópico, aumentado por el sistema de ampliación.

—Puedes mirar, si lo deseas —manifestó.

La joven comenzó a sollozar.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó él furiosamente sin levantar la vista de su tarea.

—Es... tan triste... Has sido tan bueno con todos nosotros en el TriPlan... Todos te respetábamos. Y ahora, todo ha cambiado.

La cinta de plástico tenía un margen sin puntear arriba y abajo. Cortó un segmento horizontal, muy estrecho, y tras unos momentos de concentración cortó la cinta a unas cuatro horas de la cabeza del escrutador. Después la hizo girar en una pieza de ángulo recto en relación con el escrutador, lo fusionó en su sitio con un elemento microcalorífico, y volvió a unir el tambor a los costados derecho e izquierdo. En realidad, acababa de insertar veinte minutos muertos en el flujo sin desdoblar de su realidad. El efecto tendría lugar, según sus cálculos, unos minutos después de medianoche.

—¿Te estás reparando a ti mismo? —inquirió Sarah, tímidamente.

—Me estoy liberando —repuso Poole.

Para después había pensado varias alteraciones. Pero antes tenía que comprobar su teoría: la cinta en blanco, sin agujeros, significaba que no había estímulos, en cuyo caso la *falta* de cinta...

—¡Oh! La expresión de tu rostro... —gimió Sarah. Comenzó a recoger el bolso, la chaqueta, la revista audiovisual enrollada—. Me marcho. Comprendo lo que has sentido al encontrarme aquí.

—Quédate —pidió él—. Veré contigo la televisión. —Metiendo una mano debajo de su camisa, añadió—: ¿Recuerdas hace unos años, cuando había..., cuántos eran..., veinte o treinta canales de televisión? Antes de que el Gobierno se incautase de los independientes.

Ella asintió.

—¿Qué habría pasado —insistió él— si este televisor hubiese proyectado todos los canales al mismo tiempo? ¿Podríamos haber distinguido alguno en la mezcla?

—No creo.

—Tal vez hubiésemos aprendido a hacerlo. Aprender a ser selectivos. Aprender a percibir qué es lo que queremos y lo que no queremos. Creo que las posibilidades de nuestro cerebro serían fantásticas si pudiera trabajar con veinte imágenes a la vez. Piensa en la cantidad de conocimientos que podríamos almacenar en un tiempo dado. Me pregunto si el cerebro..., el cerebro humano... —se interrumpió—. El cerebro humano no podría hacerlo —prosiguió, reflexionando—. Pero en teoría, podría hacerlo un cerebro casi orgánico.

—¿Como el que tú posees? —preguntó Sarah.

—Sí.

Contemplaron el programa de televisión hasta el final y después se fueron a la cama. Pero Poole estuvo sentado, reclinado en las almohadas, fumando y meditando. A su lado, Sarah se agitaba incansablemente, preguntándose por qué él no apagaba la luz.

Once y cincuenta minutos. Ocurriría en cualquier momento.

—Sarah, necesito tu ayuda —dijo él—. Dentro de unos instantes me ocurrirá algo extraño. No durará mucho, pero quiero que me vigiles atentamente. Fíjate en si yo... —Hizo un leve ademán—. Observa cualquier cambio. Si parezco estar dormido, o si digo necedades o... —iba a decir «si desaparezco». Pero cambió de idea—. No te haré ningún daño, pero sería una buena idea que estuvieses armada. ¿Has traído la pistola antihumedad?

—Está en mi bolso.

Ella ya estaba plenamente despierta, sentada en la cama, y mirando a Poole asustada, con sus anchos hombros bronceados y llenos de pecas a la luz de la habitación.

Poole fue a buscar la pistola.

La habitación se paralizó de pronto y quedó en una absoluta inmovilidad. Súbitamente, los colores empezaron a desvanecerse. Los objetos disminuyeron hasta que, como volutas de humo, acabaron entre las sombras. La oscuridad lo rodeó todo a medida que los objetos del cuarto se iban haciendo más y más débiles.

Poole comprendió que los últimos estímulos estaban extinguiéndose. Parpadeó, tratando de ver. Divisó a Sarah Benton, sentada en la cama... o se la imaginó: una figura bidimensional, como una muñeca, que había estado incorporada, pero que ahora se empequeñecía y esfumaba. Ráfagas de sustancia desmaterializada flotaba en nubes inestables; los elementos reunidos se disgregaban y volvían a reunirse. Y al fin la última energía, la última luz y el último calor se disiparon; la habitación se cerró, cayó sobre sí misma, como apartada de la realidad. Y entonces, las tinieblas absolutas lo reemplazaron todo, un espacio sin profundidad, no nocturno sino rígido, recluido en sí mismo. Además, Poole no oía ya nada.

Alargó la mano para tocar algo. Pero no tenía nada que alargar. El sentido de su propio cuerpo le había dejado, junto con todo lo demás del universo. No tenía manos, y aunque las tuviese, no hubiera podido sentir nada.

Librodot

«Tengo razón respecto al funcionamiento de esta maldita cinta», se dijo a sí mismo, utilizando una boca no existente para comunicarse un mensaje invisible.

«¿Pasarán los diez minutos? —se preguntó—. ¿Tendré también razón en esto?».

Esperó..., pero sabía por intuición que su sentido del tiempo le había abandonado junto con todo lo demás. Sólo podía esperar. Y la espera no duraría mucho.

«Para calmarme —pensó— formaré una enciclopedia. Haré una lista de todas las cosas que empieza por «a». Veamos: aire, automóvil, avión, atmósfera, Atlántico, ajo, anuncios...», siguió meditando, las categorías resbalando por su mente.

De repente, se encendieron las luces.

Se hallaba en el sofá del saloncito, y por la ventana penetraba ya la luz del sol. Dos hombres estaban inclinados sobre él, con varios instrumentos en sus manos.

«Empleados de Reparaciones —pensó—. Han trabajado en mí».

—Ya está consciente —anunció uno de los técnicos.

Se incorporó y retrocedió. Sarah Benton, llena de ansiedad, le sustituyó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, respirando húmedamente junto a la oreja de Poole—. Estaba tan asustada... Al final avisé al señor Danceman.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber Poole, interrumpiéndola con brusquedad—. Comienza por el principio y dilo lentamente. Quiero asimilarlo todo.

Sarah se serenó, hizo una pausa para frotarse la nariz, y explicó nerviosamente:

—Te desmayaste. Estabas aquí tumbado, como muerto. Aguardé hasta las dos y media sin que ocurriera nada. Llamé al señor Danceman, al que desdichadamente desperté, y él llamó al Equipo de Reparaciones de las hormigas eléctricas..., bueno, al Equipo de Reparaciones de robots orgánicos, y esos dos técnicos llegaron hacia las cuatro y cuarenta y cinco, y han estado reparándote desde entonces. Ahora son la seis y cuarto de la madrugada. Tengo mucho frío y quiero acostarme; hoy no podré ir a la oficina; realmente, no podré.

Se alejó, resoplando por la nariz, ruido que molestó a Poole.

Uno de los técnicos uniformados, dijo:

—Usted ha estado jugando con su cinta de la realidad.

—Sí —admitió Poole. ¿Por qué negarlo? Obviamente, habían hallado la cinta insertada—. No debía tardar tanto. Sólo inserté una cinta para diez minutos.

—Pero paralizó el transporte de la cinta —explicó el técnico—. Ésta dejó de avanzar, ya que el otro fragmento la atascó, y automáticamente cerró el circuito para evitar la rotura. ¿Por qué se complicó con esas cosas? ¿No sabe lo que podría ocurrirle?

—No estoy seguro.

—Pero tiene una idea aproximada.

—Por esto lo hice —replicó agriamente Poole.

—La cuenta es de noventa y cinco ranas —anunció el técnico—. Si lo desea, pagadera a plazos.

—De acuerdo —asintió Poole, incorporándose aún un poco mareado.

Se frotó los ojos e hizo una mueca. Le dolía la cabeza y sentía el estómago completamente vacío.

—Lime la cinta la próxima vez —le recomendó el técnico—. Así no se atascará. ¿No se le ocurrió pensar que había dentro un control de seguridad? De modo que antes se para que...

—¿Qué sucede si no pasa la cinta bajo el escrutador? —insistió Poole, con voz baja y atenta—. Ninguna cinta..., nada en absoluto. La fotocélula, ¿puede brillar hacia arriba sin impedimento?

Los técnicos se contemplaron mutuamente.

—Todos los circuitos neurológicos —repuso uno— saltan sus brechas y se cortan.

—¿Y esto qué significa?

—Significa que ha llegado el fin del mecanismo.

—He examinado el circuito —prosiguió Poole—. No lleva suficiente voltaje para esto. El metal no se funde con una carga tan baja de corriente, aunque toquen los extremos. Estamos hablando de una millonésima de vatio a lo largo de un conducto de cesio de tal vez un par de milímetros de longitud. Pongamos que existen un billón de posibles combinaciones que en un instante surgen de los agujeros de la cinta. El total producido no es acumulativo; la cantidad de corriente depende de lo que la batería detalla para el módulo, lo que no es mucho. Con toda las aberturas abiertas y en marcha.

—¿Le mentiríamos nosotros? —preguntó cansadamente uno de los técnicos.

—¿Por qué no? —replicó Poole—. Ahora tengo la oportunidad de experimentarlo todo. Y simultáneamente. Conocer el Universo en su totalidad, estar unos momentos en contacto con la realidad. Algo que ningún ser humano puede hacer. Un concierto sinfónico que penetra constantemente en mi cerebro, con todas las notas, todos los instrumentos tocando a la vez. Y todas las sinfonías. ¿Lo entienden?

—Esto le quemaría —afirmaron al unísono los técnicos.

—No lo creo —objetó Poole.

—¿Quieres una taza de café? —intervino Sarah.

—Sí —aceptó él.

Bajó las piernas, presionó sus pies fríos contra el suelo y se estremeció. Luego, se irguió. Le dolía el cuerpo.

«Me han tenido toda la noche tumbado en el sofá —comprendió—. Considerándolo bien, podían haber trabajado un poco mejor».

En la cocina, situada al otro extremo del cuarto, Garson Poole estaba tomando café frente a Sarah. Los técnicos hacía rato que se habían marchado.

—No intentarás más experimentos con tu cuerpo, ¿verdad? —inquirió Sarah.

—Me gustaría controlar el tiempo —gruñó Poole—. Invertirlo.

«Cortaré un segmento de cinta —pensó— y lo uniré boca abajo. Las secuencias causales se sucederán al revés. Por tanto, yo bajaré los peldaños desde el techo hasta mi puerta, empujaré una puerta cerrada para abrirla, iré al fregadero, donde apilaré los platos sucios. Me sentaré a esta mesa delante de la pila, llenaré cada plato con la comida producida por mi estómago... y luego trasladaré la comida al refrigerador. Al día anterior, sacaré la comida del refrigerador, la meteré en bolsas y las llevaré al supermercado, allí distribuiré la comida por los diversos sectores de la

tienda. Y al fin, en el mostrador me darán dinero por la comida, dinero que sacarán de la caja registradora. Los alimentos serán empaquetados junto con otros en grandes cajas de plástico, y enviados fuera de la ciudad, a las plantas hidropónicas del Atlántico, para volver a unirse a los arbustos, árboles y cuerpos de los animales muertos o hundidos en tierra... Pero, ¿qué demostraría todo esto? Sólo una cinta de vídeo corriendo hacia atrás. No sabría más de lo que sé ahora, que no es bastante».

«Lo que necesito —comprendió— es una realidad última y absoluta durante un microsegundo. Después ya nada importará, porque lo sabré todo; nada quedará sin entender o ver».

«Podría intentar otro cambio —continuó— antes de intentar cortar la cinta. Hacer nuevos agujeros en ella y ver qué pasa. Será algo interesante porque no sabré qué significan los agujeros».

Utilizando la punta de un microinstrumento, hizo los agujeros al azar en la cinta. Lo más cerca que pudo del escrutador..., pues no quería aguardar.

—No sé si tú lo verás —le explicó a Sarah—. Aparentemente no, mientras yo pueda extrapolar. Pero algo aparecerá —añadió—. Sólo quiero prevenirte; no deseo que te asustes.

—¡Oh, querido! —murmuró ella.

Poole consultó su reloj. Transcurrió un minuto, luego un segundo y un tercero. Y entonces...

En el centro de la habitación apareció un grupo de patos verdes y negros. Cloqueaban con gran excitación, se elevaban del suelo, revoloteaban hasta el techo en una masa revuelta de plumas y alas, con la urgencia frenética, azuzada por su instinto, por alejarse de allí.

—Patos —murmuró él, maravillado—. Hice un agujero para ver un vuelo de patos silvestres.

Apareció algo más. El banco de un parque con un anciano sentado en él, leyendo un periódico doblado y desgarrado. Levantó la vista, miró a Poole, le sonrió brevemente a través de su sucia dentadura, y volvió a concentrar su atención en su doblado periódico. Siguió leyendo.

—¿Lo has visto? —le preguntó Poole a Sarah—. ¿Y a los patos?

En aquel instante, los patos y el parque desaparecieron. No quedó nada. El intervalo de los agujeros hechos por él había pasado rápidamente.

—No eran reales —susurró Sarah—. ¿Qué eran? Y cómo...

—Tú no eres real —musitó él, de repente—. Eres un factor estimulante de mi cinta de realidad. Un agujero que puede ser obturado. Tú también tienes una existencia en otra cinta de realidad... ¿O acaso en una realidad objetiva?

No lo sabía, no podía decirlo. Tal vez Sarah tampoco lo supiese. Tal vez existiese en mil cintas de realidad; quizá en todas las cintas de realidad fabricadas hasta la actualidad.

—Si corto la cinta —prosiguió él—, tú estarás en todas partes y en ninguna. Como todo lo demás del universo. Al menos, en lo referente a mí.

—Yo soy real —farfulló Sarah.

—Quiero conocerte por completo —afirmó Poole—. Para esto he de cortar la cinta. Si no lo hago ahora, lo haré en cualquier otro instante; es inevitable. Entonces, ¿qué esperar? —se preguntó a sí mismo—. Y siempre existe la posibilidad de que Danceman haya contado lo que me ocurre a mi creador y que éste y su esposa se muevan antes que yo. Porque tal vez esté perjudicando su propiedad..., que soy yo.

Librodot

—Ojalá hubiese ido finalmente a la oficina —se lamentó Sarah, con el labio inferior caído en un intento de aparentar pena.

—Ve.

—No quiero dejarte solo.

—No me ocurrirá nada.

—No. Puede ocurrirte algo. Vas a desconectarte o algo por el estilo, a matarte para descubrir que sólo eres una hormiga eléctrica y no un ser humano.

—Tal vez —asintió él. Tal vez no sea más que eso.

—Y yo no puedo impedirlo —añadió ella.

—No —concedió Poole.

—Pero me quedaré —decidió Sarah—, aunque no pueda impedirlo. Porque si te abandono y te matas, siempre me preguntaré, hasta el fin de mis días, qué habría sucedido de haberme quedado. ¿Lo entiendes?

Él volvió a asentir.

—Adelante —le incitó ella.

Poole se puso en pie.

—No sentiré dolor —manifestó—. Aunque a ti te lo parezca. Recuerda que los robots orgánicos poseen un mínimo de circuitos de dolor. Experimentaré el más intenso...

—Calla —le interrumpió ella—. Haz lo que tengas que hacer, si es que quieres, o no lo hagas si no quieres.

Torpemente, porque estaba asustado, metió las manos en la cajita de los microinstrumentos y eligió uno: una hoja muy afilada.

—Cortaré una cinta montada dentro del panel del pecho —anunció, mirando a través de las lentes de aumento—. Nada más.

Su mano tembló cuando levantó la cuchilla. Podía hacerlo en un segundo. Todo listo. Y tendría tiempo de juntar los extremos cortados de la cinta, comprendió. Media hora al menos, por si cambiaba de idea.

Cortó la cinta.

Mirándole acobardada, Sarah susurró:

—No ha ocurrido nada.

—Me quedan de treinta a cuarenta minutos.

Se sentó a la mesa, después de haber sacado las manos de los guantes. Su voz temblaba; indudablemente, Sarah se daba cuenta, y se enfadó consigo mismo, porque sabía que esto la alarmaba.

—Lo siento —se disculpó de manera irracional. Deseaba excusarse—. Tal vez hubieras tenido que irte —añadió, con creciente pánico.

Volvió a levantarse.

Ella le imitó, y muy nerviosa, como paralizada, se quedó en pie, palpitante.

—Vete —le pidió él—, vete a la oficina, donde deberías estar. Donde los dos deberíamos estar.

«Juntaré los dos extremos de la cinta —pensó—. No puedo soportar esta tensión».

Metiendo las manos en los guantes, trató de deslizarlos sobre sus tensos dedos. Miró por la pantalla de aumento y vio el rayo del resplandor fotoeléctrico hacia arriba, apuntando directamente al escrutador; al mismo tiempo, vio que el final de la cinta desaparecía bajo el escrutador..., lo vio y lo comprendió.

«Ya es demasiado tarde —pensó—. Ya ha pasado toda la cinta. Dios mío, ayúdame. Ha empezado a desenrollarse a una velocidad mayor de la calculada. Y ahora...».

Vio manzanas, piedras y cebras. Sintió calor, la sedosa finura de la tela; sintió un océano que saltaba hacia él, y un gran vendaval del Norte, que lo empujaba, como llevándole a alguna parte. Sarah estaba a su alrededor, lo mismo que Danceman; Nueva York brillaba en la noche, y los cohetes le rodeaban y volaban por el cielo nocturno y de día, flotando, hundiéndose. La mantequilla se hizo líquida en su lengua, y al mismo tiempo, fétidos olores y sabores le asaltaron; la amarga presencia de venenos, limones y hojas de hierbas de verano. Se ahogaba; cayó; yacía ya en brazos de una mujer en un enorme lecho que al mismo tiempo canturreaba en su oído; el ruido de un ascensor defectuoso en uno los antiguos y arruinados hoteles de la ciudad.

«Estoy viviendo —pensó—. Ya he vivido, jamás volveré a vivir», se dijo, y con sus ideas acudieron todas las palabras, todos los sonidos; los insectos chillaron y corrieron, y él casi se hundió en un complicado cuerpo de maquinaria homeostática situada en los Laboratorios de TriPlan.

Quería decirle algo a Sarah. Abrió la boca y trató de pronunciar las palabras..., una serie específica de ellas, sacadas de la enorme masa que iluminaba su cerebro, quemándole con su terrible significado.

La boca le quemaba. Se preguntó por qué.

Como si estuviera aplastada contra la pared, Sarah Benton abrió los ojos y vio las volutas de humo que ascendían desde la semiabierta boca de Poole. Luego, el robot se hundió sobre los codos y las rodillas, y lentamente se convirtió en un montón de ruinas. Ella supo, sin examinarlo, que había «muerto».

Poole se había matado. Y no pudo sentir dolor, pues él mismo lo había dicho. O al menos, no mucho; tal vez un poco. Bien, todo había terminado.

Decidió que lo mejor sería llamar a Danceman y contarle lo ocurrido. Aún estremecida, fue hacia el fono, lo cogió y marcó el número de memoria.

«Poole pensaba que yo era un factor estimulante de su cinta de la realidad —se dijo—. Y pensó que yo moriría si él moría. Qué raro. ¿Por qué se lo imaginaba? Nunca había estado en el mundo real; había vivido siempre en un mundo electrónico propio. Qué raro...».

—Señor Danceman —informó cuando hubieron conectado el circuito de la oficina—, Poole ha terminado. Se ha destruido a sí mismo delante de mis ojos. Será mejor que venga.

—De modo que finalmente nos hemos librado de él.

—Sí. Estupendo, ¿verdad?

—Enviaré a un par de chicos del taller —dijo Danceman. Miró más allá de la joven y vio a Poole caído junto a la mesa de la cocina—. Váyase a casa a descansar —le ordenó a Sarah—. Debe estar agotada después de todo esto.

—Sí, gracias, señor Danceman.

Colgó el fono y anduvo sin rumbo por la habitación.

De pronto, observó algo.

«Mis manos —pensó. Las levantó—. ¿Por qué puedo ver a través de ellas?».

Y también las paredes del cuarto tenían contornos mal definidos.

Temblando, fue hacia el robot inerte, sin saber qué hacer. Veía la alfombra a través de sus piernas, y luego ésta se tornó oscura y ella vio también a través de ella, más capas de materia desintegrante.

«Quizá si lograra juntar los extremos de la cinta...», pensó. Pero no sabía cómo hacerlo. Y Poole era una cosa vaga.

El viento de la madrugada sopló hacia ella. No lo sintió; ya había empezado a dejar de sentir.

El viento siguió soplando.

CADBURY, EL CASTOR QUE FRACASÓ

Una vez, hace mucho tiempo, antes de que se inventara el dinero, cierto castor llamado Cadbury vivía en una exigua represa que había construido con sus propios dientes y patas; se ganaba la vida royendo arbustos, árboles y otras plantas a cambio de fichas de póquer de varios colores. Las fichas azules eran las que más le gustaban, pero se conseguían muy rara vez, generalmente sólo como pago de grandes encargos únicos y duros de roer. Durante los años en que había estado trabajando sólo había podido conseguir tres de esas fichas, pero intuía que debían existir más, y de cuando en cuando, durante los días de mordiente trabajo hacía una pausa por un momento, con la mirada fija en su taza de café instantáneo, y meditaba sobre las fichas de todas las tonalidades, incluyendo las azules.

Su esposa Hilda lo importunaba con consejos cada vez que tenía oportunidad.

—Mírate —le decía como de costumbre—. Realmente necesitas ver un psiquiatra. Tu montón de fichas blancas alcanza apenas la mitad del que tienen Ralf, Peter, Tom, Bob, Jack y Earl, los cuales viven y roen por los alrededores, y sólo porque estás tan ocupado y en las nubes por tus malditas fichas azules las cuales nunca conseguirás porque francamente, si se expresa la verdad absoluta, te falta el talento, la energía y el impulso.

—Energía e impulso —contestaba Cadbury con malhumor—, significan la misma cosa. —Sin embargo percibía cuánto tenía de razón. Ése era el principal defecto de su mujer: invariablemente tenía la verdad de su lado mientas él tenía sólo aire caliente. Y la verdad, cuando se opone contra el aire caliente en la arena de la vida, generalmente lleva las de ganar.

Ya que Hilda tenía razón, Cadbury desenterró ocho fichas blancas que tenía en un escondite secreto especial para guardarlas, un agujero profundo que estaba detrás de una pequeña roca, y caminó dos millas y tres cuartos hasta el psiquiatra más cercano, un conejo de modales suaves y con cara inocente, con forma de bolo de boliche, que de acuerdo a su esposa ganaba quince mil al año, o algo por el estilo, y que era exitoso.

—¡Vaya si este es un claro día! —dijo el doctor Drat amistosamente, desenrollando y engullendo dos caramelos *Tums* y recargándose en su silla reclinable, densamente acolchada.

—No es realmente tan claro —respondió Cadbury— cuando sabes que no tendrás ni siquiera la oportunidad de mirar una ficha azul de nuevo, aunque trabajes duramente moviendo el culo cada día y, ¿para qué? Ella lo gasta más rápido de lo que lo gano. Aunque le hincara el diente a una ficha azul, se iría esa misma noche en algo bastante caro e inútil en el arreglo de nuestra casa, como por ejemplo, en una lámpara recargable y con la potencia de doce millones de velas. Con garantía de por vida.

—Eso si que es malditamente claro —dijo el doctor Drat—… eso que dice, esas lámparas autorecargables.

—La única razón por la que he venido a verlo —dijo Cadbury—, es porque mi esposa me hizo venir. Puede obligarme a hacer cualquier cosa. Si me dice que nade hasta el centro del río y me ahogue, ¿sabe lo que haría?

—Se rebelaría —dijo el doctor Drat, con su voz amistosa y sus patas saltarinas sobre la mesa de nudoso nogal.

—Le patearía su jodida cara —dijo Cadbury—. La roería hasta los huesos, hasta el tuétano, justo hasta el tuétano. Tiene toda la maldita razón. Quiero decir, no estoy bromeando; es un hecho que la odio.

—¿Qué tanto se parece su esposa —preguntó el doctor— a su madre?

—Nunca tuve una madre —dijo Cadbury con una actitud gruñona… una actitud que adoptaba de vez en cuando: una característica regular en él, como Hilda lo había puntualizado—. Me encontraron flotando en la corriente del Napa dentro de una caja de zapatos con una nota escrita a mano en la que se leía:

Descubridores Guardianes.

—¿Cuál fue su último sueño?

—Mi último sueño —dijo Cadbury— es, bueno fue, igual a los demás. Siempre sueño que compró un dulce de menta de dos centavos en la farmacia, una de esas pastillas planas de chocolate cubiertas de menta y envueltas en papel metálico verde, y cuando le quito el papel no es un caramelo ¿Sabe lo qué es?

—Supongo que me lo dirá —dijo el doctor Drat, con un tono que sugería que realmente sabía lo que era, pero nadie le pagaba para que lo dijera.

Cadbury dijo fieramente:

—Una ficha azul. O más bien, lucía como una ficha azul. Azul, plana, redonda y del mismo tamaño. Pero en mi sueño siempre digo: *«Quizá es sólo un caramelo azul».* Me imagino que debe haber ese tipo de cosas, como caramelos de menta de color azul. Cómo odiaría guardar algo así en mi escondite secreto de fichas, un hondo agujero bajo una roca ordinaria, para toparme con que en un cálido día, tiempo después, y queriendo recuperar mi supuesta ficha azul, la encuentro derretida porque realmente era un caramelo de menta y no una ficha azul. ¿Y qué hago? ¿A quién voy a demandar? ¿Al fabricante? Cristo; nunca me dijeron que era una ficha azul; claramente decía, en mi sueño, sobre la envoltura verde…

—Creo —interrumpió el doctor Drat con suavidad—, que nuestro tiempo se ha acabado por hoy. Bien podríamos hacer algunas exploraciones de este aspecto de su psique interna la próxima semana, pues parece que nos va a conducir hacia algo.

Incorporándose, Cadbury dijo:

—¿Cuál es mi problema, doctor Drat? Quiero una respuesta; sea franco… lo puedo soportar. ¿Soy psicótico?

—Bien, usted tiene ilusiones —dijo el doctor Drat, después de meditar un rato—. No, no es psicótico; no escucha la voz de Cristo ni nada por el estilo diciéndole que salga y viole gente. No, son ilusiones. Acerca de usted mismo, de su trabajo, de su esposa. Puede haber más. Adiós. —Se levantó y, dando saltitos, se acercó a la puerta de su consultorio y de manera educada pero firme, la abrió, exponiendo el túnel hacia la salida.

Por alguna razón Cadbury se sintió engañado; sentía que apenas había comenzado a hablar y, curiosamente, el tiempo se había acabado.

—Apuesto —dijo—, que ustedes los hurgadores de cabezas consiguen un maldito montón de fichas azules. Debería haber ido a la universidad y haberme convertido en psiquiatra y ahora no tendría ningún problema. Con excepción de Hilda; creo que seguiría con ella.

Y como el doctor no hiciera ningún comentario, Cadbury caminó malhumorado las cuatro millas hacia el norte donde estaba su trabajo actual para roer, un gran álamo que crecía a la orilla del arrollo Papermill, y con furia le hincó el diente en su base, imaginándose que el árbol era una combinación del doctor Drat y de Hilda.

Casi en ese preciso momento un ave impecablemente vestida llegó graznando a través del follaje de los cipreses que estaban alrededor para posarse en una rama del ahora oscilante álamo al que ahora Cadbury roía.

—Su correo de hoy —le informó el ave, y dejó caer una carta que aterrizó justo en las patas traseras de Cadbury—. Correo aéreo, también. Se ve interesante, lo observé contra la luz y está escrito a mano, no mecanografiado. Parece que lo escribió una mujer.

Con sus afilados incisivos, Cadbury rasgó el sobre. Suficiente, el pájaro del correo había percibido adecuadamente: era una carta escrita a mano, claramente el producto de la mente de alguna mujer desconocida. La carta, muy corta, decía:

Querido Cadbury.
Te amo.

Cordialmente, y aguardando una respuesta.
Jane Feckless Foundfully.

Nunca en su vida había Cadbury escuchado sobre esa persona. Volteó la carta por el frente, y no vio nada más escrito, olfateó y olió, o imaginó que olía a un leve y sutil perfume ahumado. No obstante, en la parte de atrás de la carta sí encontró más palabras escritas por Feckless Foundfully (¿era señora o señorita?): Su dirección remitente.

Esto excitó sus sentidos sin fin.

—¿Tenía yo razón? —preguntó el ave del correo, desde su rama elevada.

—No, es una cuenta —mintió Cadbury—. Hicieron que pareciera una carta personal. —Pretendió regresar a su trabajo, y después de una pausa el ave de correos, decepcionada, aleteó y desapareció.

De golpe, Cadbury dejó de morder, se sentó en una elevación del terreno, sacó su caja de rapé con cubierta de concha de tortuga, pensativo tomó una pizca de su mezcla favorita, *Sra. Siddon No. 3 y 4*, y contempló con gran profundidad, de la manera más aguda posible, si (a) debería responder la carta de Jane Feckless o simplemente olvidar que la había recibido, o (b) responderla y (b uno) hacerlo de una manera burlesca o (b dos) enviándole un significativo poema de la antología de Undermayer sobre *«Poesía del Mundo»* más algunas anotaciones sugerentes de una naturaleza sensible de su propia invención, o posiblemente incluso (b tres) ir directo al grano y decir algo así como:

Querida Señorita (¿Señora?) Foundfully:
En respuesta a su carta le digo que de hecho la amo yo también

y soy muy infeliz en mi relación marital con una mujer a la que no amo ni nunca amé realmente y estoy bastante desalentado e insatisfecho con mi empleo y estoy consultando al doctor Drat quien, honestamente, no parece capaz de brindarme ayuda en lo más mínimo, aunque con toda probabilidad no es su culpa sino debido a la severidad de mi perturbación emocional. Quizá podríamos encontrarnos en un futuro cercano y discutir tanto su situación como la mía y, así, hacer algunos progresos.

Cordialmente,
Bob Cadbury
(llámame Bob y yo te llamaré Jane,
¿estás de acuerdo?)

El problema, sin embargo, se dio cuenta, consistía en el hecho obvio de que Hilda armaría un escándalo y haría algo espantoso... no tenía idea de qué, sólo una intuición, melancólica por cierto, de su severidad. Y además, pero en segundo lugar como problema, ¿cómo sabía que le gustaría o que amaría a la señorita (o señora) Foundfully? Obviamente ella conocía su dirección de alguna manera de la cual él no estaba consciente o quizá había sabido de él por algún amigo mutuo; en cualquier caso parecía que sus emociones hacia su persona eran muy claras, así como sus intenciones, y eso era lo que importaba.

La situación lo deprimía. Porque, ¿cómo sabría si este era el camino de salida de su miseria o por el contrario un empeoramiento de la misma, pero en una dirección diferente?

Aún sentado, y tomando pizca tras pizca de rapé, analizó las diferentes alternativas, incluyendo la de acabar con su vida, lo cual quedaba muy acorde con la naturaleza dramática de la carta de la señorita Foundfully.

Esa noche, después de que llegó a casa cansado y descorazonado de su trabajo, después de haber cenado y haberse encerrado en su cuarto de estudio lejos de Hilda, donde no pudiera ella saber lo que estaba a punto de hacer, sacó su máquina portátil de escribir *Hermes*, insertó una hoja, reflexionó largamente y ahondando en su alma, y entonces le escribió una respuesta a la señorita Foundfully.

Mientras yacía indolente, absorto en su tarea, su esposa Hilda irrumpió en su estudio cerrado. Trozos de la cerradura, puerta y bisagras, así como algunos tornillos, volaron en todas direcciones.

—¿Qué estas haciendo —demandó Hilda— enconchado sobre tu máquina *Hermes* como bicho raro? Pareces una horrible arañita disecada, es la forma como luces a esta hora de la noche.

—Estoy escribiendo a la rama principal de la biblioteca —dijo Cadbury, con una helada dignidad—, es sobre un libro que devolví y dicen que no.

—Mentiroso —dijo su esposa con ira frenética, habiendo mirado sobre su hombro y visto el comienzo de la carta—. ¿Quién es esta señorita Foundfully? ¿Por qué le estás escribiendo?

—La señorita Foundfully —dijo Cadbury con gran arte— es la bibliotecaria que ha sido asignada a mi caso.

—Bien, sé que estás mintiendo —dijo su esposa—. Porque *yo* escribí esa falsa carta perfumada para probarte. Y estaba en lo cierto. Le *estás* contestando. Lo supe en el momento en que te escuché comenzar a picotear esta máquina barata y vulgar en la que te encanta escribir tanto. —Entonces

le arrebató la máquina, con todo y carta, y la arrojó por la ventana del estudio de Cadbury hacia la oscuridad de la noche.

—Asumo entonces —se las arregló Cadbury para decir pasado un rato— que no existe ninguna señorita Foundfully, así que no tiene sentido que saque la linterna y me ponga a buscar afuera mi *Hermes*, si existe todavía, para finalizar la carta. ¿Estoy en lo correcto?

Con una expresión burlesca, pero sin rebajarse a contestarle, su esposa salió con pasos firmes de su estudio, dejándolo solo con sus suposiciones y con su lata de *Boswell's Best*, una mezcla de rapé demasiado suave para una ocasión como esta.

Bien, pensó Cadbury para sí mismo, creo que nunca seré capaz de alejarme de Hilda. Me pregunto, pensó, cómo habría sido la señorita Foundfully si realmente hubiera existido. Quizá, aunque mi esposa la inventó, en algún lugar del mundo debe haber alguien que sea como pienso que debió haber sido la señorita Foundfully, o más bien como me imaginaba antes que era. ¿Me entiendes?, se preguntó a sí mismo. Mi esposa Hilda no puede ser *todas* las señoritas Foundfully del mundo entero.

El día siguiente en su trabajo, solo frente al álamo a medio roer, sacó una pequeña libreta y un lápiz, un sobre y estampillas, que se agenció de sacar de su casa sin que Hilda se diera cuenta. Sentado sobre una ligera saliente de tierra, inspirando de manera meditabunda pequeños pellizcos de *Bezoar Fine Grind*, escribió una pequeña nota de manera que fuera fácil de leer:

¡A QUIEN LEA ESTO!

Mi nombre es Bob Cadbury y soy un castor joven y bastante saludable con un amplio conocimiento en ciencias políticas y teología, aunque autodidacta, y me gustaría hablar contigo de Dios y del Propósito de la Existencia así como de otros temas por el estilo. O podríamos jugar ajedrez.

Cordialmente,

Y debajo firmó con su nombre. Por un rato estuvo meditando, inspiró una pizca extra grande de *Bezoar Fine Grind*, y agregó:

PD: ¿Eres una chica? Si es así, apuesto que eres bonita.

Doblando la nota, la colocó en una lata de rapé casi vacía, selló la lata minuciosamente con cinta *Scotch*, y la dejó flotando en el río que se la llevó rumbo a lo que consideró era el noroeste.

Pasaron varios días antes que viera, para su excitación y regocijo, una segunda lata de rapé, y no la misma que había lanzado, ésta flotaba lentamente en el río rumbo a una dirección que consideró el sureste.

Querido Cadbury (comenzaba la nota dentro de la lata de rapé).

Mi hermana y mi hermano son los únicos amigos verdaderos que tengo por aquí, si eres un amigo verdadero y no te comportas de la forma en que todos me han tratado desde que llegué de Madrid, estoy segura que me gustaría conocerte.

Había también una posdata.

PD: Suenas realmente entusiasta e ingenioso, apuesto a que sabes mucho sobre Budismo Zen.

La firma de la carta apenas si se podía leer, pero por fin distinguió que decía Carol Stickyfoot.

En ese mismo instante despachó su respuesta:

Querida señorita (¿señora?) Stickyfoot,

¿Es usted real o alguien inventado por mi esposa? Es esencial que lo sepa de una vez, ya que en el pasado he sido engañado y ahora tengo que estar constantemente en guardia.

Envió la nota, flotando dentro de la caja de rapé con rumbo hacia el noroeste.

La respuesta, cuando arribó al día siguiente flotando en dirección al sureste en una lata de rapé *Cameleopard No. 5*, decía brevemente:

Señor Cadbury, si cree que soy una invención de la mente distorsionada de su esposa, va a cometer el error de su vida.

Sincera y verdaderamente suya,
Carol.

Bueno, ese sí que es un buen consejo, se dijo a sí mismo Cadbury mientras leía y releía la carta. Por otro lado, se dijo, era esa precisamente la manera en que esperaría que la mente distorsionada de su mujer actuara. ¿Qué probaba?

Querida señorita Stickyfoot (escribió de regreso),

La amo y creo en usted. Pero sólo para asegurarme, quiero decir, desde mi punto de vista, ¿podría enviarme en un sobre separado, por paquetería si lo desea, alguna cosa, objeto o artefacto que probara más allá de cualquier duda razonable quién y qué es usted?, si no es mucho pedir. Intente entender mi posición. No me atrevería a cometer un segundo error como el desastre con la señorita Foundfully. Esta vez iría yo junto con mi máquina Hermes cuando fuera arrojada por la ventana.

Con adoración, etc.

Envió el mensaje flotando rumbo al noroeste y se quedó aguardando una respuesta. Mientras tanto, sin embargo, tenía que volver a visitar al doctor Drat. Hilda había insistido en ello.

—¿Y cómo marchan las cosas río abajo? —dijo el doctor Drat con un tono jovial y con sus patas saltarinas y velludas sobre el escritorio.

La decisión de ser franco y honesto con el psiquiatra pendía sobre Cadbury. Seguramente no había peligro alguno en contarle todo a Drat; eso era para lo que le pagaba: para que escuchara la verdad con todos sus detalles, tanto los horribles como los sublimes.

—Me he enamorado de Carol Stickyfoot —comenzó—. Pero a la vez que mi amor es absoluto y eterno, tengo esta importuna ansiedad de que es una creación de la imaginación enfermiza de mi mujer, confeccionada como fue la señorita Foundfully, para revelarle mi verdadero yo, lo cual a toda costa

deseo ocultar. Porque si mi verdadero yo emerge, acabaría con toda la mierda que es ella y la dejaría acabada.

—Hmm —dijo el doctor Drat.

—Y también a usted —dijo Cadbury, descargando de golpe todas sus hostilidades en un gran cesto.

El doctor Drat dijo:

—¿No confía en nadie, entonces? ¿Está separado de toda la humanidad? ¿Ha seguido una pauta de vida que lo ha conducido insidiosamente al aislamiento total? Piense antes de responderme; la respuesta puede ser *sí*, y esto puede ser difícil de encarar.

—No estoy aislado de Carol Stickyfoot —dijo Cadbury acaloradamente—. De hecho ese es el único punto; estoy intentando acabar con mi aislamiento. Cuando estaba preocupado por las fichas azules, *entonces* sí que estaba aislado. Encontrar y conocer a la señorita Stickyfoot puede significar el final de toda mi vida equivocada, y si acaso tiene usted alguna visión sobre mi persona debería estar condenadamente satisfecho que yo haya enviado flotando esa caja de rapé ese día. Condenadamente satisfecho. —Miró con malhumor y furiosamente al doctor de largas orejas.

—Podría interesarle saber —dijo el doctor Drat— que la señorita Stickyfoot es una antigua paciente mía. Se perturbó en Madrid y tuvo que ser enviada para acá dentro de una maleta. He de admitir que es bastante atractiva, pero tiene demasiados problemas emocionales, y su seno izquierdo es más grande que el derecho.

—¡Pero admite que es real! —gritó Cadbury excitado con su descubrimiento.

—Oh, sí. Es bastante *real.* Le concedo eso. Pero pronto puede estar bastante ocupado. Después de un tiempo puede desear volver con Hilda de nuevo. Sólo Dios sabe a dónde los conducirá a ambos Carol Stickyfoot. Dudo que Carol misma lo sepa.

Sonaba bastante bien para Cadbury, y regresó a su álamo virtualmente molido junto al río con el ánimo exaltado. Según su *Rolex* a prueba de agua, eran apenas las diez y media, así que tenía más o menos el día entero para planear lo que haría, ahora que sabía que Carol Stickyfoot realmente existía y no era solamente otra trampa ilusa manufacturada por su esposa.

Algunas regiones del río permanecían sin precisar en los mapas, y, debido a la naturaleza de su empleo, conocía estos lugares íntimamente. Le quedaban seis o siete horas antes de tener que reportarse a casa con Hilda; ¿por qué no abandonar temporalmente el proyecto del álamo y comenzar rápidamente a construir un cómodo y agradable refugio para Carol y él, lejos de donde el gran mundo pudiera identificarlos, reconocerlos y localizarlos? Había llegado la hora de actuar pues el tiempo de pensar ya había pasado.

Hacia el final del día, mientras trabajaba profundamente abstraído en levantar el pequeño y agradable refugio, una lata de *Dean's Own* llegó flotando rumbo al sureste del río. Reaccionando con alarma, recorrió un buen tramo del río chapoteando antes de alcanzar la lata y evitar que se la llevara la corriente.

Cuando removió la cinta *Scotch* y abrió la lata encontró un pequeño paquete envuelto en papel de seda con una nota burlona.

Aquí está tu prueba. (Se leía en la nota).

Librodot

El paquete contenía tres fichas azules.

Por cerca de una hora Cadbury apenas podía creerse capaz de morder adecuadamente, tan grande era el impacto de la prueba de autenticidad de Carol, la prenda que le había dado y todo lo que significaba. A punto de enloquecer mordió rama tras rama de un viejo roble, regando ramitas por todos lados. Un extraño frenesí se había apoderado de él. Realmente había encontrado a alguien, se las había arreglado para escapar de Hilda... el camino se extendía frente a él y sólo tenía que caminar... o más bien nadar.

Atando juntas varias latas vacías de rapé con un largo cordel, las arrojó hacia el río; las latas flotaron más o menos hacía el noroeste y Cadbury chapoteó detrás de ellas, respirando pesadamente y lleno de anticipación. Mientras chapoteaba, manteniendo perpetuamente a la vista las latas de rapé, compuso un cuarteto rimado para la ocasión de encontrarse con Carol cara a cara.

Hay pocos que dirán que te amo.
Pero esto, te diré, es la verdad:
Este hecho que tanto he anhelado
Es cierto y pleno, es la realidad.

No sabía con certeza lo que quería decir, pero le gustaba la forma en que las palabras rimaban.

Mientras tanto, las latas atadas lo conducían cada vez más cerca, o eso es lo que esperaba y creía, de la señorita Stickyfoot. ¡Qué felicidad! Pero entonces, mientras chapoteaba por el río, recordó los maliciosos y cuidadosamente casuales comentarios que el doctor Drat había hecho, las semillas de la incertidumbre sembradas con el estilo profesional del doctor Drat. ¿Sería capaz (él mismo, no Drat) de tener el valor, el poder y la integridad, la dedicación en su propósito, de hacer frente a Carol si, como declaraba Drat, tenía severos trastornos emocionales? ¿Y si resultaba que Drat tenía la razón? ¿Y si Carol resultaba ser más destructiva y difícil que Hilda, que había lanzado su máquina *Hermes* por la ventana y que tenía toda clase de manifestaciones de ira psicópata?

Ocupado en sus reflexiones, no se dio cuenta que las latas atadas se habían deslizado al margen del río silenciosamente. Reflexivamente, nadó hacia ellas y salió del río hacia la tierra firme.

Enfrente se encontraba un modesto apartamento con las persianas de las ventanas pintadas a mano y con un móvil abstracto colgando indolente por encima de la puerta. Y ahí, en el porche del frente, estaba sentada Carol Stickyfoot, secándose su cabello con una gran toalla blanca y mullida.

—Te amo —dijo Cadbury. Se sacudió el agua del río que se le había quedado en su piel y se movió inquieto, lleno de amor reprimido.

Volteando a verlo, Carol Stickyfoot lo miró evaluándolo. Tenía unos grandes y amorosos ojos negros y el pelo largo y denso que brillaba al sol que se desvanecía con la tarde.

—Espero que hayas traído las tres fichas azules contigo —dijo—. Porque, verás, las pedí prestadas en el lugar donde trabajo y tengo que devolverlas. —Y agregó—: Fue un gesto simbólico porque parecía que necesitabas seguridad. Los idiotas han estado molestándote, como ese hurgacabezas del doctor Drat. Es un verdadero idiota de la peor clase. ¿Gustas una taza de café instantáneo *Yuban*?

Mientras la seguía dentro de su apartamento Cadbury dijo:

—Espero que hayas oído lo que dije al llegar. Nunca he sido más serio en toda mi vida. Realmente sí te amo, y de la manera más seria. No estoy buscando algo trivial o casual o temporal; estoy buscando la clase de relación más durable y seria que hay. Espero en el nombre de Dios que no estés jugando, porque nunca me había sentido más serio y tenso en toda mi vida, aún incluyendo las fichas azules. Si esto es solamente una forma de divertirte o algo por el estilo sería muy amable y piadoso de tu parte que ahora me hablaras directamente y lo diéramos por terminado. Porque la tortura de dejar a mi esposa y comenzar una nueva vida y encontrarte…

—¿Te dijo el doctor Drat que pinto? —Carol Stickyfoot le preguntó mientras ponía una cacerola con agua sobre la estufa de su modesta cocina y encendía el quemador debajo con una cerilla anticuada, grande y de madera.

—Sólo me dijo que se te botó el corcho en Madrid —dijo Cadbury. Se sentó junto a la pequeña mesa de pino y sin pintar que estaba frente a la estufa y miró con el corazón henchido de amor a la señorita Stickyfoot agregando unas cucharadas de café en un par de tazones de cerámica que tenían espirales patafísicas en su barniz horneado.

—¿Sabes algo sobre el Zen? —preguntó la señorita Stickyfoot.

—Sólo que haces preguntas, *koans*, que son una especie de acertijos —dijo—. Y que respondes cosas sin sentido porque las preguntas son realmente idiotas en primer lugar, cosas como ¿por qué estamos en la Tierra?, y así sucesivamente. —Esperó haberlo expresado adecuadamente y que ella pensara que realmente sí sabía algo sobre el Zen, como mencionaba en su carta. Y entonces se le ocurrió una muy buena respuesta Zen para su pregunta:

—El Zen —dijo— es un sistema filosófico completo que contiene preguntas para cada respuesta en el Universo. Por ejemplo, si tienes la respuesta «*Sí*», entonces el Zen es capaz de exponerte la pregunta exacta para ésta, como *«¿debemos morir para complacer al Creador, a quien le gusta que sus criaturas perezcan?».* Aunque ahora que lo pienso más profundamente, la pregunta que iría más con esa respuesta sería: *«¿estamos aquí en esta cocina a punto de beber café instantáneo Yuban?»* ¿Estás de acuerdo? —Al ver que ella no respondía inmediatamente, Cadbury agregó de prisa—: De hecho el Zen diría que la respuesta «*Sí*» es la respuesta a esa pregunta: Si estás de acuerdo. Ahí tienes uno de los grandes valores del Zen; puede proponer una variedad de preguntas exactas para cualquier respuesta dada.

—Estás lleno de mierda —dijo la señorita Stickyfoot con desdén.

Cadbury dijo:

—Eso prueba que entiendo el Zen. ¿Lo ves? O, quizá el hecho es que realmente tú no entiendes el Zen. —Se sentía un poquito irritado.

—Quizá tienes razón —dijo ella—. Me refiero a mi no-entendimiento del Zen. El hecho es que no le entiendo en lo absoluto.

—Eso es muy propio del Zen —puntualizó Cadbury—. Y yo también. Lo cual es también muy propio del Zen. ¿Lo ves?

—Aquí está tu café —dijo la señorita Stickyfoot; colocó sobre la mesa dos tazas llenas de hirviente café y se sentó frente a él. Entonces sonrió. Le pareció una sonrisa agradable, llena de luz y gentileza, una pequeña y tímida sonrisa maliciosa, con un sorprendente brillo de cuestionamiento, preocupación y maravilla en sus ojos. Eran realmente unos hermosos ojos

negros y grandes, exactamente los más hermosos que había visto en su vida entera, y con toda certeza supo que estaba enamorado de ella; no era solamente lo que había dicho, era una realidad.

—Te das cuenta que estoy casado —dijo mientras tomaba unos sorbos de su café—. Pero estoy separado. He construido un cuchitril río abajo, en un lugar donde nadie jamás va. Y digo cuchitril para no darte la falsa impresión de que es una mansión o algo así; aunque realmente está muy bien terminado. Soy un artista experto en mi campo. No trato de impresionarte; es simplemente la verdad de Dios. Sé que puedo encargarme de nuestras necesidades. O podemos vivir aquí. —Miró a su alrededor, el modesto apartamento de la señorita Stickyfoot, ascético y con buen gusto, como lo había arreglado ella. Le gustaba aquí; sentía que la paz llegaba a su ser, un desvanecimiento de sus tensiones. Por vez primera en años.

—Tienes un aura curiosa —dijo la señorita Stickyfoot—. Un tanto suave, borrosa y púrpura. Me gusta. Pero nunca había visto una igual. ¿Construyes trenes a escala? Parece la clase de aura que tendría alguien que construye modelos a escala de trenes.

—Puedo construir casi cualquier cosa —dijo Cadbury—. Con mis dientes, mis manos, con mis palabras. Escucha, esto es para ti. —Entonces le recitó el poema de cuatro líneas. La señorita Stickyfoot escuchaba resueltamente.

—Ese poema —decidió, cuando él hubo terminado—, tiene *wu*. «Wu» es un término japonés, ¿o es chino?, y, ¿sabes qué significa? —Hizo un gesto con irritación—. Simplicidad. Como un dibujo de Paul Klee. —Pero luego agregó—: Creo que no es muy bueno. Por otra parte…

—Lo compuse yo —explicó enojado—, mientras chapoteaba hacia aquí río abajo siguiendo mis latas de rapé atadas. Fue algo que surgió en ese momento, sin pensarlo. Puedo escribir cosas mejores en la paz de mi estudio con mi máquina *Hermes*. Si Hilda no está tocando la puerta. Puedes darte cuenta por qué la odio. Por sus sádicas intrusiones, el poco tiempo que tengo libre para algún trabajo creativo es mientras chapoteo o como mi almuerzo. Ese aspecto de mi relación marital explica por sí solo por qué tuve que romperla y venir a buscarte. Con una persona como tú a mi lado puedo acceder a un nivel totalmente nuevo de creatividad. Tendría fichas azules saliéndome por las orejas. Además, no tendría que lanzarme al olvido viendo al doctor Drat, a quien llamaste con toda exactitud el idiota número uno.

—Fichas azules —repitió la señorita Stickyfoot, haciendo eco a sus palabras, torciendo su cara con desdén—. ¿Es ese el nivel al que te refieres? Me parece que tienes las aspiraciones de un vendedor de fruta seca. Olvídate de las fichas azules; no dejes a tu esposa por eso: estás trayendo contigo todo tu antiguo sistema de valores. Has interiorizado todo lo que ella te ha enseñado, sólo que lo estás llevando un paso más adelante. Cambia de camino totalmente y todo irá bien contigo.

—¿Cómo el Zen? —preguntó.

—Sólo juegas con el Zen. Si realmente lo entendieras no habrías contestado mi nota viniendo aquí. No hay persona perfecta en el mundo, para ti ni para nadie más. No puedo hacerte sentir mejor de lo que te sientes con tu esposa; traes los problemas en tu interior.

—Estoy de acuerdo contigo, excepto en un punto —coincidió Cadbury, excepto en un punto—, mi esposa empeora mis problemas. Quizá contigo no se vayan totalmente, pero no pueden ser tan malos. *Nada* puede ser tan malo a partir de ahora. Al menos no arrojarás mi máquina de escribir por la

ventana cada vez que te enojes conmigo, y además quizá no te enojes conmigo cada maldito minuto del día y de la noche, como ella. ¿Has pensado en eso? Mastica eso, como dice la expresión.

Su razonamiento no pareció pasar desapercibido para la señorita Stickyfoot; asentía como si estuviera de acuerdo al menos parcialmente.

—Muy bien —dijo después de una pausa, y sus grandes ojos negros se encendieron con un brillo repentino—. Hagamos el intento. Si puedes dejar por un rato toda tu cháchara obsesiva, quizá por primera vez en tu vida, lo haré por ti y para ti, lo cual nunca podrías haber hecho solo, lo que sea necesario hacer. ¿Está bien? ¿Tengo que acostarme contigo?

—Lo has comenzado a enunciar de una manera peculiar —dijo Cadbury, con una mezcla de alarma, sorpresa… y de maravilla creciente. La señorita Stickyfoot había comenzado a cambiar de una manera palpable ante sus ojos. Lo que hasta ahora le había parecido la belleza definitiva evolucionó ante su fija mirada; la belleza, como la había conocido, anticipado e imaginado, se disolvió y fue arrastrada por los ríos del olvido, del pasado, de las limitaciones de su propia mente: fue reemplazado, ahora, por algo nuevo, algo que lo sobrepasaba, que nunca había conjurado su propia imaginación. Excedía eso por mucho.

La señorita Stickyfoot se había convertido en varias personas, cada una de ellas relacionada con la naturaleza de la realidad, cada una hermosa pero no ilusoria, atractiva pero dentro de los confines de lo real. Y estas personas, vio, significaban mucho más, eran mucho más, porque no eran manifestaciones satisfaciendo sus deseos, productos de su propia mente. Una de ellas, una chica semioriental con cabello negro, largo y sedoso, lo miraba con ojos inteligentes, brillantes e impasibles, ojos que centelleaban con una quieta conciencia; la percepción de él dentro de su mirada, lúcida y correcta, impoluta por sentimientos de ninguna clase, piedad ni compasión… aunque sus ojos contenían una clase de amor: justicia, sin aversión ni repudio hacia él, tan consciente como estaba ella de las imperfecciones de él. Era un amor fraterno, que le compartía la evaluación analítica y cerebral de sí como de ella, y la unión de los dos en un enlace a partir de sus mutuos defectos.

La siguiente chica, sonriendo con tolerancia y perdón, ignorante de él, incapaz de fallarle en modo alguno… nada que él hubiera sido o no hubiera sido, nada que pudiera hacer o fallara en hacer la decepcionaría jamás ni disminuiría el afecto que le tenía, resplandeciente y ardiendo oscuramente, con una especie de calidez, triste y, a la vez, eternamente alegre en su felicidad; era su madre, su eterna madre que nunca desaparecería ni se iría, que nunca lo dejaría ni se olvidaría de él, que nunca le retiraría su protección, su manto abrigador que lo cubriría, llenándolo de calor e insuflándole la llama vacilante de una nueva vida cuando el dolor, la derrota y la soledad lo habían reducido casi a cenizas… la primera muchacha, su igual: su hermana, quizá; esta chica era su madre, suave y fuerte, a la vez que frágil y temerosa, pero sin demostrarle nada de esto.

Y, junto con ellas, una irritable chica malhumorada con mala cara, inmadura pero bonita en una forma estropeada, con ciertas manchas en la piel, usando una blusa demasiado adornada y brillante, una falda muy corta, con las piernas muy delgadas; sin embargo atractiva de una manera inconclusa. Lo miraba con decepción, como si él le hubiera fallado, como si siempre lo hiciera; y aun así su mirada era demandante, esperando todavía

Librodot

más, tratando aún de obtener más y más de él, todo lo que necesitaba y anhelaba: el mundo entero, el cielo, todo, pero despreciándolo porque nunca podría dárselo. Ésta, se dio cuenta, era su futura hija, quien lo abandonaría finalmente, mientras que las otras dos no, que lo dejaría con resentida decepción para buscar la plenitud en otro hombre joven. La tendría sólo por poco tiempo. Y nunca podría complacerla totalmente.

Pero las tres lo amaban, y las tres eran sus chicas, sus mujeres, sus realidades femeninas nostálgicas, esperanzadas, tristes, azoradas, confiadas, sufrientes, cálidas, alegres, sensuales, protectoras y demandantes, su trinidad del mundo objetivo alzándose en oposición y a la vez completándolo, agregándole lo que no era ni sería nunca, lo que anhelaba, apreciaba y respetaba, lo que amaba y necesitaba más que nada en su existencia. La señorita Stickyfoot, tal cual, se había ido. Estas tres chicas quedaban en su lugar, y no se comunicarían con él de manera remota, a través de un vacío, con mensajes flotantes sobre el Río Papermill dentro de cajas vacías de rapé; le hablarían directamente, sus ojos intensos fijos en él de manera implacable, incesantemente concientes de él.

—Viviré contigo —dijo la chica de rasgos asiáticos con ojos calmos—. Como compañera neutral, positiva y encendida, mientras esté viva y estés vivo, lo cual no podrá ser para siempre. La vida es transitoria y usualmente no vale la pena joderla. A veces creo que los muertos están mejor. Quizá me una a ellos hoy, quizá mañana. Quizá termine matándote y te envíe con ellos o lo hagas tú. ¿Quieres venir? Puedes pagar los gastos del viaje, al menos si deseas que te acompañe. De otro modo, viajaré sola y gratis en un transporte militar 707; tengo un reembolso regular por parte del Gobierno por el resto de mi vida, que pongo en una cuenta de un banco secreto y va destinada a investigaciones semilegales secretas y cuya naturaleza más te conviene, por Dios, no descubrir nunca si sabes lo que es mejor para ti. — Hizo una pausa, mirándolo todavía de manera impasible—. ¿Bien?

—¿Cuál era la pregunta? —dijo Cadbury, perdido.

—Dije —le dijo fieramente, descalificando impacientemente sus limitadas facultades mentales—, que viviré contigo por un indeterminado período de tiempo, con resultados inciertos, si pagas lo suficiente, y sobre todo, y esto es obligatorio, si mantienes la casa funcionando adecuadamente, ya sabes, pagar las cuentas, limpiar, hacer las compras, preparar la comida, de tal modo que no me moleste. Así podré dedicarme a mis cosas, que es lo que importa.

—Está bien —dijo anhelantemente.

—Nunca viviré contigo —dijo la chica de los cálidos ojos tristes, la del pelo color humo, llenita y flexible, con su chaqueta mullida con borlas, vestida de cuero, sus cordeles sueltos y marrones, de botas y alzando una bolsa de piel de conejo—. Pero pasaré por tu casa de vez en cuando de camino a mi trabajo en la mañana para ver si tienes algo que compartirme, y si no tienes y estás deprimido, te llenaré de energía... pero no ahora. ¿Está bien? — Sonrió aún con más intensidad, con sus amorosos ojos llenos de sabiduría y de la complejidad oculta de sí misma y de su amor.

—Seguro —dijo. Deseaba más, pero sabía que era todo; no le pertenecía, no existía para él: era ella misma, un producto y una parte del mundo.

—Es una violación —dijo la tercera chica, con los labios demasiado rojos y abundantes doblándose en una mueca maliciosa, pero al mismo tiempo con un gesto de diversión—. Nunca te dejaré, viejo sucio, porque cuando lo haga,

Librodot

¿dónde diablos vas a encontrar a alguien más que quiera vivir con un abusador de niños que se va a morir de una embolia coronaria o de un infarto masivo cualquier día de estos? Después que me haya ido, se habrá acabado todo para ti, viejo sucio. —Repentina, brevemente, sus ojos se humedecieron de pesar y compasión… pero sólo por un instante que ya había pasado—. Esa será la única felicidad que tendrás. Así que no me puedo ir; tengo que quedarme contigo y posponer mi propia vida; aun si es para siempre. —Entonces perdió, gradualmente, toda su animación; una especie de negrura inerte, resignada y mecánica se instaló en sus rasgos inmaduros, chillones y atractivos—. Pero si tengo una oferta mejor —dijo fríamente—, la tomaré. Tengo que buscar y ver. Mirar cómo anda la acción allá en el pueblo.

—Al diablo con todo eso —dijo Cadbury, irritado, con resentimiento. Y experimentó en ese instante una terrorífica sensación de pérdida, como si ella ya se hubiera marchado, así de pronto; como si ya hubiera sucedido esto…, la peor de las cosas posibles en toda su vida.

—Ahora —dijeron las tres chicas a la vez, vigorosamente—, vayamos al meollo del asunto. ¿Cuántas fichas azules tienes?

—¿C-cómo? —tartamudeó Cadbury perplejo.

—Ese es el nombre del juego —sonaron las tres chicas al unísono, con los ojos brillantes y ásperos. Todas sus facultades combinadas habían despertado a la existencia con el tema; estaban individual y colectivamente completamente alertas—. Veamos tu chequera. ¿Cuál es tu saldo?

—¿Cuál es tu Producto Anual Bruto? —preguntó la chica asiática.

—Nunca te quitaría nada —dijo la chica sentimental, cálida, paciente y afectuosa— pero ¿me podrías prestar un par de fichas azules? Sé que tienes cientos, tú, un castor importante y famoso.

—Saca algunas y cómprame dos cuartos de chocolate, leche, un paquete de donas de sabores variados y una *Coca* en *Speedy Mart* —dijo la chica irritable.

—¿Me puedes prestar tu *Porsche* —pidió la chica afectuosa— si le pongo gasolina?

—¡Pero no puedes conducir el mío —dijo la de los rasgos asiáticos—, eso incrementaría el costo de mi seguro, el cual paga mi madre!

—Enséñame a conducir —dijo la muchacha malhumorada—, así podré llevar a uno de mis novios al autocinema mañana por la noche; sólo cobran dos dólares por carro. Pasan cinco películas, y podemos meter a un par de tipos y a una chica en la maletera.

—Mejor será que confíes tus fichas azules a mi cuidado —dijo la chica afectuosa—. Estas otras chavalas te van a limpiar.

—Jódete —dijo bruscamente la chica malhumorada.

—Si la escuchas o le das una sola ficha azul —dijo la muchacha asiática fieramente— te arrancaré tu jodido corazón y me lo comeré vivo. Y esta tipa sin clase tiene gonorrea; si te acuestas con ella quedarás estéril por el resto de tu vida.

—No tengo ninguna ficha azul —dijo Cadbury ansiosamente, temiendo que al conocer esto, las tres chicas se fueran—. Pero yo…

—Vende tu máquina de escribir *Hermes Rock* —dijo la chica asiática.

—La venderé por ti —dijo la chica afectuosa y protectora con su voz gentil—. Y te daré… —Calculó, minuciosamente, con lentitud y esfuerzo—.

Librodot

Lo dividiré contigo. Justamente. Nunca me gastaré lo que es tuyo. —Le sonrió, y él supo que era verdad.

—Mi madre tiene su propia máquina eléctrica *IBM*, con espaciador automático, el modelo compacto de oficina —dijo la chica irritable de manera arrogante, casi desdeñosa—. Tengo mi propia máquina de escribir y aprenderé a usarla para conseguir un buen trabajo, a menos que consiga más como desempleada en la asistencia social.

—Más adelante en el año… —comenzó Cadbury con desesperación.

—Te veremos después —dijeron las tres chicas que antes habían sido la señorita Stickyfoot—. O nos puedes enviar las fichas por correo, ¿te parece? —Comenzaron a desaparecer, colectivamente; ondulando y volviéndose insustanciales. O acaso…

¿Era Cadbury mismo, el *Castor que Fracasó*, el que se estaba volviendo insustancial? Tuvo la repentina y desesperante intuición que era esto último. *Él* se estaba desvaneciendo; ellas se quedaban.

Y aun así eso era bueno.

Podría sobrevivir a ello. Podría sobrevivir a su propia desaparición. Pero no a la de ellas.

Y ahora, en el poco tiempo en que las había conocido, significaban más que él mismo. Y eso era un alivio.

Fuera que tuviera alguna ficha azul para ellas o no, y eso parecía ser lo que les importaba, sobrevivirían. Si no podían chantajearlo, robarle, pedirle prestado u obtener de él por cualquier medio fichas azules, lo conseguirían de alguien más. Si no de cualquier modo seguirían adelante felices. Realmente no las necesitaban; les *gustaba* tenerlas. Podían sobrevivir con ellas o sin ellas. Pero, francamente, no estaban interesadas en sobrevivir. Querían ser, intentaban ser, y sabían cómo ser, genuinamente felices. No se establecerían por la mera supervivencia; querían vivir.

—Espero verlas de nuevo —dijo Cadbury—. O mejor dicho, espero que me vean de nuevo. Quiero decir, espero reaparecer, al menos brevemente, de vez en cuando, en sus vidas. Sólo para ver cómo les va.

—Deja de hacer planes con nosotras —dijeron las tres al unísono, mientras Cadbury se volvía virtualmente inexistente; todo lo que quedaba de él, ahora, era un vestigio de humo gris, persistiendo quejumbroso en el aire casi exhausto que alguna vez le había proporcionado sustento.

—Volverás —le dijo la chica afectuosa y llenita, con su ropa de cuero y sus ojos cálidos, con certeza, como si supiera instintivamente que no podía haber duda—. Nos veremos.

—Eso espero —dijo Cadbury, pero ahora incluso el sonido de su voz se había vuelto vago; vacilaba como una señal de audio evanescente que proviniera de alguna estrella distante que mucho tiempo atrás se enfrió volviéndose cenizas, oscuridad y silencio inerte.

—Vamos a la playa —dijo la chica asiática mientras las tres se integraban, confiadas, seguras, sustanciales y vivas, a la actividad del día. Y hacia allá se fueron.

Cadbury, o al menos los iones que quedaban de él como una estela de vapor marcando su efímero paso por la vida, se preguntó si había, allá en la playa a la que iban, algunos árboles agradables que roer. Y si tendría nombre.

Haciendo una breve pausa, mirando hacia atrás, la chica compasiva y afectuosa, de cuero y con suaves borlas, dijo:

—¿Quieres venir con nosotras? Podríamos llevarte un rato, quizá esta única vez. Sabes cómo es.

No hubo respuesta.

—Te amo —dijo suavemente, casi para ella misma. Y sonrió con sus ojos húmedos, con una sonrisa feliz, apenada, comprensiva y llena de recuerdos.

Y salió. Un poco por detrás de las otras dos. Quedándose ligeramente, como si, sin hacerlo realmente, mirara hacia atrás.

ALGO PARA NOSOTROS, TEMPONAUTAS

Addison Doug avanzaba, con aire exhausto, por el largo sendero de lajas redondas hechas de madera sintética, paso a paso, la cabeza baja y como si le agobiase un enorme dolor físico. La joven le veía llegar, sufriendo ella también al darse cuenta de su dolor y su cansancio, pero al mismo tiempo se alegraba de que al menos estuviese allí. Paso a paso el hombre avanzó hacia ella sin levantar la cabeza, automáticamente... como si hubiese recorrido aquel camino muchas veces, pensó ella de pronto. Conoce el camino demasiado bien. *¿Por qué?*

—¡Addi! —gritó y echó a correr hacia el hombre con deseos de ayudarle—. Dijeron por la televisión que estabas muerto. ¡Que todos habíais muerto!

El hombre se detuvo y con una mano esbozó el gesto de echarse hacia atrás el pelo, que ya no era largo. Se lo habían cortado antes del lanzamiento. Pero sin duda lo había olvidado.

—¿Crees algo de lo que ves en la televisión? —dijo, y siguió avanzando, con pausas y vacilante, pero sonriendo ahora. Alargó la mano hacia ella.

«Dios, qué bueno es poder tocarle y sentir sus manos en mí —pensó la joven—. Aún tiene más fuerzas de las que yo creía».

—Estaba a punto de buscar a alguien —jadeó—. Alguien que te reemplazase.

—Te rompo la cabeza si lo haces —contestó él—. De todas formas no es posible, nadie puede reemplazarme.

—Pero ¿qué pasó con la implosión, al volver? Dicen que...

—Lo he olvidado —contestó él con el tono que solía usar cuando quería decir: no voy a hablar de ello. Este tono la había irritado siempre antes, pero no ahora. Esta vez se dio cuenta de lo horrible que debía de ser el recuerdo—. Voy a quedarme en tu casa un par de días —continuó él diciendo, mientras avanzaban juntos por el sendero hacia la puerta abierta de la casa, en forma de A—. Quiero decir, si estás de acuerdo. Benz y Crayne se reunirán conmigo más tarde. Quizá esta misma noche. Tenemos mucho que hablar y que calcular.

—Entonces, sobrevivisteis los tres —dijo ella mirando su rostro demacrado—. Nada de lo que dijeron en la televisión... —Comprendió al fin, o creyó comprender—. Era una historia inventada. Por razones políticas o para engañar a los rusos, me imagino. Para que la Unión Soviética crea que el lanzamiento fue un fracaso, debido a vuestra entrada, al volver...

—No —dijo él—. Un crononauta ruso se reunirá con nosotros, probablemente. Para ayudarnos a calcular lo que ha sucedido. El General

Toad dice que hay ya uno en camino hacia aquí. Ya le han concedido el pase. A causa de la gravedad de la situación.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha, sorprendida—. Entonces, ¿para quién inventaron esa historia?

—Vamos a beber algo primero —dijo Addison—, y luego intentaré explicarte lo que yo sé.

—Lo único que tengo de momento es un poco de brandy californiano.

Addison dijo:

—No importa lo que sea. Bebería cualquier cosa, tal y como me siento.

Se derrumbó sobre el sofá, echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un suspiro agobiado, mientras la joven se apresuraba a preparar bebida para los dos.

La radio del coche estaba diciendo:

«... Apenados ante el trágico giro que han tomado los acontecimientos, a partir de un imprevisto...».

—Palabrería oficial —dijo Crayne cerrando el aparato. Iba en el coche con Benz y les resultaba difícil encontrar la casa. Sólo habían estado allí una vez. Crayne pensó que era una manera bastante informal de reunirse en conferencia para un asunto de tal importancia, esto de darse cita en casa de la chica de Addison, allí en las afueras de Ojai. Tenía la ventaja, sin embargo, de que no les molestarían los curiosos. Y no disponían de mucho tiempo. Aunque esto era difícil de saber. Nadie podía asegurarlo.

A ambos lados de la carretera se veían colinas que en un tiempo estuvieron cubiertas de bosques. Ahora los caminos de entrada a las casas y las irregulares carreteras de plástico fundido estropeaban el paisaje por todas partes, pensó Crayne.

—Apuesto a que esto fue muy hermoso en el pasado —le dijo a Benz, que iba conduciendo.

—La Floresta Nacional de los Padres no queda lejos de aquí —contestó Benz—. Me perdí en ella una vez cuando tenía ocho años. Pasé horas y horas en el bosque, pensando que iba a morderme una serpiente de cascabel. Cada rama que veía me parecía una serpiente.

—Bueno, pues ya te ha mordido ahora —dijo Crayne.

—A todos nosotros —añadió Benz.

—Sabes —dijo Crayne—, es una experiencia terrible esto de estar muerto.

—Habla por ti.

—Pero técnicamente...

—Si haces caso de lo que dice la radio y la televisión —dijo Benz volviendo hacia él su cara de gnomo, muy seria—, no estamos más muertos que la demás gente que vive en este planeta. La única diferencia es que la fecha de nuestra muerte está inscrita en el pasado, mientras que la de los otros corresponde a un momento incierto del futuro. Algunos de ellos la tienen bien fijada, sin embargo; por ejemplo, los que están en un hospital de cancerosos. Para ellos es tan seguro como lo es para nosotros. Más aún. Fíjate en esto: ¿cuánto tiempo podemos quedarnos aquí antes de tener que regresar? Disponemos de un margen que los cancerosos graves no tienen.

Crayne respondió con acento cáustico:

—Pronto vas a decirme que hemos de alegrarnos por no sentir dolores.

—Addi los tiene. Le vi partir dando bandazos esta mañana. Los tiene psicosomáticamente y se han convertido en una dolencia física. Como si Dios le estuviese metiendo la rodilla en el cuello. Lleva demasiado peso sobre sí y no es justo. Pero no se queja en voz alta. Sólo de vez en cuando enseña sus llagas —sonrió al decir esto.

—Addi tiene más razones para vivir que nosotros.

—Todo hombre tiene más razones para vivir que ningún otro hombre. Yo no tengo una chica con la que acostarme, pero me gustaría ver las puestas de sol sobre Riverside Freeway unas cuantas veces más. No son las cosas que tienes para vivir lo que cuenta, sino las ganas que tienes de verlas, las ganas que tienes de estar ahí... Eso es lo más triste de nuestro caso.

Continuaron rodando en silencio.

Los tres temponautas estaban sentados, fumando, en el saloncito de la casa de la joven. Se lo tomaban con calma. Addison Doug estaba pensando que la chica tenía una expresión más provocativa y deseable que nunca, con su suéter blanco muy ajustado y su microfalda. Ojalá que no estuviese tan provocativa. Él no tenía fuerzas para eso ahora, tal y como se sentía por dentro. Demasiado cansancio.

—¿Sabe ella de lo que se trata? —preguntó Benz señalando a la chica—. Quiero decir, ¿podemos hablar abiertamente? ¿No le sorprenderá demasiado?

—Aún no le he dado ninguna explicación —dijo Addison.

—Pues será mejor que lo hagas —comentó Crayne.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo ella, con un sobresalto, poniéndose una mano entre los dos montículos de sus pechos, como si quisiera tocar algún símbolo religioso que no estaba allí. Addison se quedó pensativo un momento.

—Fuimos aspirados al hacer la entrada —dijo Benz, que era realmente el más cruel del grupo. O por lo menos el más brusco—. Verá usted, señorita...

—Hawkins —dijo ella en un susurro.

—Encantado de conocerla, señorita Hawkins —dijo Benz observándola de arriba abajo con su habitual frialdad—. ¿Tiene usted además un nombre?

—Merry Lou.

—Muy bien, Merry Lou —dijo Benz. Los otros dos hombres observaban la escena en silencio—. Parece uno de esos nombres que las camareras llevan cosidos en la blusa. «Me llamo Merry Lou y voy a servirle la cena, y el desayuno, y el almuerzo durante los próximos días, o durante los días que sean hasta que abandonen la partida y vuelvan a su propio tiempo. Serán cincuenta y tres dólares y ocho centavos, por favor; propina no incluida. Y espero que no vuelvan nunca, ¿me oye?». —Había empezado a temblarle la voz. Y el cigarrillo también—. Lo siento, señorita Hawkins —dijo, y añadió luego—: Estamos todos desquiciados con este lío de la entrada. La implosión, ya sabe. Tan pronto como llegamos nos enteramos de la cosa. En realidad, lo hemos sabido antes que nadie.

—Pero no podíamos hacer nada —dijo Crayne.

—Nadie puede hacer nada —le dijo Addison, y le pasó el brazo por la cintura. Parecía una escena vivida previamente, y de pronto comprendió. Estamos en un círculo cerrado, y seguimos dando vueltas y vueltas por él, tratando de resolver el problema de entrada, imaginando siempre que es la primera vez, la única vez..., y sin resolverlo nunca. ¿Qué número será esta

Librodot

tentativa? Quizá sea la millonésima. Quizá nos hemos sentado aquí un millón de veces, analizando los mismos hechos una vez y otra y sin llegar a ningún sitio. Se sentía cansado hasta la médula, al pensar esto. Y experimentó al mismo tiempo una especie de odio filosófico que envolvía a los otros dos hombres, porque ellos no tenían este enigma que resolver. Todos vamos al mismo sitio, como dice la *«Biblia»*. Pero..., lo que pasa es que nosotros tres hemos estado allí ya. Estamos allí, *en este mismo momento*. De manera que es tonto pedir que permanezcamos en la superficie de la Tierra y discutamos y nos preocupemos tratando de averiguar lo que ha funcionado mal. Son nuestros herederos quienes tendrían que hacerlo. Nosotros ya hemos hecho bastante.

No lo dijo en voz alta, sin embargo. Por los otros.

—Quizá tropezasteis con algo —sugirió la joven.

Mirando hacia los otros dos, Benz dijo, con sarcasmo:

—Si, quizá «tropezamos» con algo.

—Los comentaristas de la televisión continúan diciendo eso —insistió Merry Lou—. Que el peligro de la entrada estaba en encontrarse fuera de fase espacial y, por lo tanto, chocar con algún objeto tangente a nivel molecular. Cualquier objeto... —hizo un gesto—. Ya sabéis, «dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo». De modo que todo saltó, por esta razón.

Hizo una pausa y miró en torno, con aire interrogador.

—Ese, desde luego, es el mayor agente de riesgo —asintió Crayne—. Por lo menos en teoría, según calculó el doctor Fein, de planeamiento, cuando llegaron a la cuestión de imprevistos. Pero disponíamos de muchos sistemas de seguridad, con tal de que funcionasen automáticamente. La entrada no podía tener lugar a menos que estos aparatos nos hubiesen estabilizado espacialmente, para que no nos amontonásemos sobre algo. Naturalmente todos ellos pueden haber fallado en secuencia. Uno detrás de otro. Estuve haciendo todas las comprobaciones en el momento del lanzamiento y todas ellas coincidían en que estábamos en la fase conveniente, en aquel momento. No oí tampoco ninguna señal de aviso.

De pronto dijo Benz:

—¿Os dais cuenta de que nuestros más próximos parientes son ahora ricos? Les corresponden todas las primas de nuestros seguros de vida federales y comerciales. Nuestros «parientes más próximos»... ¡Dios del cielo! Pero si somos nosotros mismos. Podemos pedir el pago de muchos miles de dólares, en mano. Entrar en la oficina de seguros y decir simplemente: estamos muertos. Venga la pasta.

Addison Doug estaba pensando en los funerales públicos. Lo tenían ya todo preparado, para después de las autopsias. Aquella larga hilera de *«Cadillacs»* negros, desfilando por la Avenida Pennsylvania, seguida de todos los dignatarios del Gobierno y de todos los condenados científicos. *Y nosotros estaremos allí*. No de una manera, sino de dos: dentro de los féretros de roble, con incrustaciones de metal y las banderas por encima, y al mismo tiempo de pie, en coches abiertos, saludando a la muchedumbre del cortejo fúnebre.

—Las ceremonias —dijo en voz alta.

Los otros se quedaron mirándole, sin acabar de comprender. Y luego, uno tras el otro, comprendieron. Pudo verlo en sus rostros.

—No —dijo Benz, con voz ronca—. Eso no es posible.

Crayne sacudió la cabeza con énfasis:

—Nos darán la orden de estar allí, y allí estaremos. Cuestión de disciplina.

—¿Tendremos que *sonreír* también? —exclamó Addison—. ¿*Sonreír* como cabrones?

—No —dijo el General Toad lentamente, su cabeza de pavo oscilando sobre su cuello de escoba. Tenía la piel ajada y llena de manchas, como si el gran peso de las condecoraciones que colgaban de su pecho y del cuello rígido de su guerrera hubiesen iniciado un proceso de ruina en su organismo—. No tienen ustedes que sonreír, sino, por el contrario, adoptar una actitud condolida, como corresponde a las circunstancias. A tono con el duelo nacional que preside la ocasión.

—Eso va a resultar un tanto difícil —dijo Crayne. El crononauta ruso no dijo nada. Su cara angulosa de pájaro, que aún parecía comprimida bajo los auriculares de traducción simultánea adosados a sus orejas, parecía abstraída y preocupada.

—La nación entera notará su presencia entre nosotros, una vez más, durante este breve intervalo. Las cámaras de todas las cadenas de televisión del país apuntarán hacia ustedes sin previo aviso y los comentaristas han sido ya instruidos para que le digan al público lo siguiente. —Sacó una hoja de papel mecanografiado del bolsillo, se caló las gafas, se aclaró la garganta y soltó su perorata—: «Estamos enfocando ahora tres figuras que vienen juntas en un coche. No podemos reconocerlas aún del todo. ¿Pueden ustedes?». —el General Toad bajó la hoja escrita—. Al llegar a este punto interrogarán también a sus colegas. Y por fin exclamarán: «Pero Roger… o Walter, o Ned», según las circunstancias del caso…

—O Bill —interrumpió Crayne—, en el caso de que se trate de la Cadena *Bufonidae*, que opera desde el pantano.

El General Toad ignoró la frase y siguió diciendo:

—En líneas generales exclamarán: «Pero, Roger, me parece que estamos viendo a los tres temponautas en persona. ¿Significa esto que el problema ha sido…?». Y el colega comentador responderá con voz ligeramente más sombría: «Lo que estamos viendo en esta ocasión, David (o Henry, o Peter, o Ralph, según los casos), creo que es la primera comprobación práctica de lo que los técnicos llaman la *Actividad del Tiempo de Salida*, es decir la ATS. Contrariamente a lo que pudiera parecernos a primera vista, estos no son —repito no son— nuestros tres valientes temponautas propiamente dichos, sino más bien su imagen, recogida por nuestras cámaras, suspendida temporalmente en su viaje hacia el futuro, cuyo destino, en principio, era el siglo próximo… Pero según parece hubo una constricción en su lanzamiento y aquí están ahora, entre nosotros, en lo que conocemos como el presente».

Addison Doug cerró los ojos y se quedó pensando; seguro que Crayne va a preguntarle ahora si las cámaras no podrían enfocarle comiendo algodón de azúcar y con un globo en la mano. Creo que todos nos hemos vuelto locos con este enredo. Luego se preguntó: ¿cuántas veces habremos pasado ya por esta estúpida rutina?

«No puedo demostrarlo; sin embargo —pensó con fatiga—, sé que es cierto. Hemos estado sentados aquí muchas veces ya, oyendo estas mismas palabras sin sentido». Se estremeció al pensarlo. Cada palabra que oía…

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Benz, inquisitivo.

El crononauta soviético tomó la palabra por primera vez desde su llegada y preguntó a bocajarro:

—¿Cuál es el máximo intervalo posible de ATS para su equipo de tres hombres? Y ¿qué porcentaje de este tiempo se ha consumido ya?

Crayne dijo, al cabo de una pausa:

—Ya nos instruyeron al respecto antes de que viniésemos aquí, hoy. Hemos consumido aproximadamente la mitad del tiempo de intervalo ATS.

—Sin embargo —interrumpió el General Toad—, hemos previsto que el *Día de Duelo Nacional* caiga dentro del plazo que aún queda. Esto nos obliga a acelerar la autopsia y demás investigaciones forenses, pero en vista del sentimiento público creímos nuestro deber...

«La autopsia», pensó Addison Doug, y de nuevo sintió un estremecimiento. Esta vez no pudo contenerse y dijo:

—¿Por qué no dejamos toda esta tontería para otro momento y nos acercamos a Patología, para ver unos cuantos cortes de tejido coloreado en el microscopio? Tal vez hasta seamos capaces de dar unas cuantas ideas que ayuden a la ciencia médica a encontrar algunas de las respuestas que están buscando. Respuestas, explicaciones, eso es lo que se necesita. Explicaciones para problemas que no existen aún. Ya desarrollaremos los problemas más tarde. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Quién está de acuerdo?

—No quiero ver mi páncreas en la pantalla de proyección —dijo Benz—. Iré al desfile, pero no estoy dispuesto a tomar parte en mi propia autopsia.

—Podrías distribuir cortes microscópicos coloreados de tus propios tejidos entre las personas que asistan al desfile —dijo Crayne—. Cada uno de nosotros podría llevar una bolsita llena de ellos, como si fuesen *confeti*. ¿Qué le parece, General? Creo que, al fin y al cabo, sonreiremos.

—He estado revisando el archivo sobre todo lo que se refiere a la sonrisa —replicó el General Toad, pasando algunas de las páginas que había apiladas frente a él—. Y el resultado de esta revisión demuestra que la sonrisa está fuera de lugar, ya que no concuerda con el sentimiento público. De manera que esta cuestión queda cerrada. Por lo que se refiere a presenciar la autopsia que en estos momentos se está llevando a cabo...

—Nos la vamos a perder si nos quedamos aquí sentados —le dijo Crayne a Addison—. Siempre me pierdo lo mejor.

Sin hacerle caso, Addison se dirigió al crononauta soviético:

—Oficial N. Gauki —dijo en el micrófono que colgaba de su pecho—, ¿cuál cree usted que es el mayor terror con el que tiene que enfrentarse un viajero del espacio? ¿Que ocurra una implosión debida a la yuxtaposición al entrar, como ha sucedido con nuestro lanzamiento? ¿O hay otras obsesiones traumatizantes que usted y su compañero experimentaron durante su breve pero altamente prometedor viaje temporal?

N. Gauki respondió, después de una pausa:

—R. Plenya y yo intercambiamos opiniones sobre el particular en varias ocasiones. Creo que puedo hablar por los dos si digo, respondiendo a su pregunta, que nuestro miedo más constante era el de que pudiésemos entrar en un círculo cerrado de tiempo del que nos sería imposible escapar.

—¿Se repetiría para siempre? —preguntó Addison Doug.

—Sí, señor A. Doug —respondió el crononauta, con un sombrío asentimiento de cabeza.

Librodot

Un miedo que no había experimentado hasta entonces se apoderó de Addison. Volviéndose hacia Benz murmuro:

—¡Mierda!

Y quedaron mirándose el uno al otro.

—No creo que sea esto lo que haya sucedido —dijo Benz en voz baja al cabo de unos instantes, poniendo una mano sobre el hombro de Doug, que es el abrazo de la amistad—. Simplemente implotamos al entrar, eso es todo. Tranquilízate.

—¿Podríamos levantar la sesión pronto? —preguntó Addison, con voz ahogada, incorporándose en su silla. El cuarto entero, y la gente que había en él le ahogaban.

«Claustrofobia —pensó—*. Como cuando estando en el colegio proyectaron un test sorpresa en las máquinas de enseñanza y vi que no podía pasarlo».*

—Por favor —dijo sencillamente, levantándose. Todos se quedaron mirándole con expresiones diferentes. La cara del ruso era la más comprensiva y las líneas de su rostro mostraban su preocupación. Addison hubiera deseado...

—Quiero irme a casa —les dijo, y se sintió como un imbécil.

Era ya muy tarde, por la noche, en un bar del Hollywood Boulevard, y estaba borracho. Afortunadamente, Merry Lou estaba con él y lo estaba pasando estupendamente. Por lo menos eso decía la gente. Se agarró a Merry Lou.

—El verdadero significado de la vida —dijo—, su más alta expresión, está en la pareja hombre-mujer. En su unidad absoluta. ¿Tengo razón?

—Sí, ya lo sé —dijo Merry Lou—. Lo estudiamos en clase.

Esa noche, a petición suya, Merry Lou era una rubia menuda, vestida con pantalones acampanados, tacones altos y una blusa recogida por encima del ombligo. Un rato antes llevaba una piedra de lapislázuli en el hoyito, pero se le había perdido durante la cena en *Ting Ho*. El dueño del restaurante les había prometido continuar buscando por todas partes, pero Merry Lou se había quedado muy triste desde entonces. Era simbólico, dijo. Pero no dijo de qué. O por lo menos él no podía recordarlo. Quizá era esto lo que ocurría. Ella le había dicho lo que significaba y él lo había olvidado.

Un negro elegante, vestido con chaqueta a rayas y una corbata muy llamativa, sentado en una mesa cercana, no dejaba de mirar a Addison desde hacía un buen rato. Era obvio que tenía ganas de ir a su mesa y no se atrevía. Entretanto no cesaba de mirar.

—¿No has tenido nunca la sensación de saber exactamente lo que va a ocurrir un momento después? —le preguntó Addison a Merry Lou—. ¿Lo que alguien va a decir, palabra por palabra? ¿Hasta en los menores detalles? Como si ya hubieses vivido la escena.

—A todos nos ocurre alguna vez —dijo Merry Lou, sorbiendo su *Bloody Mary*.

El negro se levantó y fue hacia ellos. Se detuvo junto a Addison.

—Perdone si le molesto, señor —dijo.

Addison se volvió hacia Merry Lou:

—Ahora va a decir: «¿No le conozco de alguna parte? ¿No le he visto en la televisión?»

—¡Eso es precisamente lo que quería decirle! —exclamó el negro.

Addison dijo:

Librodot

—Sin duda ha visto mi foto en la página 46 del *Time* de esta semana, en la sección de nuevos descubrimientos médicos. Yo soy el médico rural de una pequeña ciudad en Iowa que ha sido catapultado a la fama por mi invención de un sistema muy difundido y al alcance de todos para conseguir la vida eterna. Varias de las grandes empresas farmacéuticas están ya dedicándose a la fabricación de mi vacuna.

—Ahí debe de ser donde vi su foto —dijo el negro, pero no parecía muy convencido. Tampoco estaba borracho. Clavó la mirada en Addison—. ¿Me permite que me siente con ustedes?

—Claro —respondió Addison. Y vio ahora en la mano del hombre la marca del departamento de seguridad que se había ocupado del proyecto desde el principio.

—Señor Doug —dijo el agente de seguridad, sentándose a su lado—. Realmente no debería estar aquí hablando de esa manera. Igual que le he reconocido yo, podría reconocerle cualquier otra persona y sufrir un síncope. Técnicamente, está usted violando un estatuto federal al estar aquí. ¿Se da usted cuenta de esto? Tendría que arrestarle. Pero es una situación difícil. No queremos armar jaleo y hacer una escena. ¿Dónde están sus dos colegas?

—En mi casa —dijo Merry Lou. Era obvio que no había visto la marca identificadora—. Escuche —añadió con tono cortante—, ¿por qué no se larga? Mi marido ha pasado por una prueba sumamente dura y ésta es la primera oportunidad que tiene de relajarse.

Addison miró al hombre.

—Sabía lo que iba a decirme antes de que se acercase.

Palabra por palabra, pensó para sí. Tengo razón y Benz está equivocado, y esta escena va a continuar repitiéndose una y otra vez.

—Quizá —dijo el agente— pueda convencerle de que vuelva a casa de la señorita Hawkins voluntariamente. Llegó un mensaje hace apenas unos minutos —se golpeó con un dedo el pequeño auricular que llevaba en la oreja derecha— con la consigna, a todos nosotros, de que se lo transmitiéramos a usted, urgentemente, si le localizábamos. En las ruinas de la torre de lanzamiento... han estado buscando entre los escombros, ¿sabe?

—Ya, ya lo sé —dijo Addison.

—Creen que han encontrado una primera pista. Uno de ustedes trajo algo consigo. Algo de ATS, además de lo que llevaron en la salida y violando todas sus instrucciones de entrenamiento.

—Déjeme que le pregunte una cosa —le interrumpió Addison—. Supongamos que alguien me ve. Supongamos que me reconoce. Bueno, ¿y qué?

—El público está convencido de que aunque fallase la operación de entrada, el vuelo por el tiempo, el primer lanzamiento americano de vuelo por el tiempo, fue un éxito. Tres temponautas americanos fueron proyectados a cien años de distancia en el futuro, casi el doble de lo que consiguieron los soviéticos el año pasado. El hecho de que en realidad sólo fuera una *semana* representará un choque menor para la opinión si creen que ustedes tres decidieron por propia voluntad manifestarse de nuevo en este continuum porque querían estar presentes, de hecho se sentían obligados a estar presentes...

—En el desfile —le interrumpió Addison—. Por partida doble, además.

Librodot

—Se vieron compelidos a asistir al dramático y sombrío espectáculo de su propio funeral y serán enfocados allí por las cámaras de las más importantes cadenas de televisión. Señor Doug, el coste y el trabajo que ha supuesto todo esto, en los más altos niveles, con objeto de subsanar una situación difícil, son enormes. Pero será más fácil para el público, y esto es de vital importancia si es que se ha de hacer un nuevo lanzamiento. Eso es, a fin de cuentas, lo que todos deseamos.

Addison Doug se le quedó mirando.

—¿Qué es lo que deseamos?

Con cierta vacilación, dijo el agente de seguridad:

—Hacer nuevos viajes en el tiempo. Como han hecho ustedes. Desgraciadamente, ustedes no pueden repetirlo, a causa de la trágica implosión y la muerte que sufrieron. Pero otros temponautas...

—¿Queremos qué? ¿Es eso lo que queremos? —repitió Addison levantando la voz. La gente estaba mirándolos desde las mesas cercanas. Mirándolos con nerviosismo.

—Sin duda —respondió el agente—. Y no grite.

—Yo no quiero eso —dijo Addison—. Yo quiero parar. Parar para siempre. Tumbarme en el suelo, sobre el polvo. No ver más veranos..., siempre el *mismo* verano.

—Ves uno y ya los has visto todos —dijo Merry Lou histéricamente—. Creo que tiene razón, Addi. Vámonos de aquí. Tú has bebido demasiado, y es tarde. Además esas noticias sobre el...

Addison la interrumpió:

—¿Qué es lo que alguien trajo? ¿Cuánta masa extra?

—El análisis preliminar —contestó el agente de seguridad— indica que maquinaria con un peso de más de cuarenta kilos fue introducida en el campo de tiempo del módulo y traída con ustedes. Esta masa... —hizo un gesto con la mano— es lo que hizo saltar todo en el acto. No se pudo compensar ese exceso respecto a lo que en un principio había en el área de lanzamiento.

—¡Uauh! —exclamó Merry Lou con los ojos muy abiertos—. Quizá alguien os vendió un fonógrafo cuadrafónico por un dólar noventa y ocho centavos, con micrófonos de suspensión aérea de cinco centímetros y provisión de discos de Neil Diamond para toda la vida. —Intentó reír, pero no pudo. En lugar de ello se le nublaron los ojos—. Addi —susurró—, lo siento. Pero parece... brujería. Quiero decir que es absurdo. Todos habíais sido informados sobre esta cuestión del peso, en la entrada, ¿no es así? No podíais añadir ni una tinta de papel a lo que habíais llevado a la salida. Yo misma vi al doctor Fein demostrando en la televisión las razones que había para esto. ¿Y uno de vosotros se trajo cuarenta kilos de maquinaria consigo? Sin duda queríais autodestruiros, al hacer algo semejante.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Una de ellas le resbaló por la nariz y se quedó colgando de la punta. Addison alargó una mano para secársela, como si se tratase de una niña, en lugar de una mujer adulta.

—Voy a llevarle hasta el lugar del análisis —dijo el agente de seguridad y se levantó. Entre él y Addison ayudaron a Merry Lou a ponerse de pie. Estaba temblando mientras se tomó el último sorbo de su *Bloody Mary*. Addison sintió pena por ella, pero se le pasó enseguida. Se preguntó por qué. Uno puede cansarse de todo, incluso de tener sentimientos, pensó, o de preocuparse por alguien. Cuando todo se prolonga y se repite demasiado.

Librodot

Cuando se repite siempre. Y al final acaba convirtiéndose en algo que ni el mismo Dios quizá ha tenido que sufrir. Y aceptar.

Mientras atravesaban el bar lleno de gente hacia la calle, Addison le preguntó al agente de seguridad:

—¿Cuál de nosotros tres...?

—Ellos ya saben quién fue —respondió el agente abriendo la puerta para Merry Lou. Luego se quedó detrás de Addison haciendo señas a un vehículo federal gris para que aterrizase en el área roja de aparcamiento. Otros dos agentes de seguridad, de uniforme, corrieron hacia el grupo.

—¿Fui yo? —preguntó Addison Doug.

—Será mejor que se haga a la idea —contestó el agente de seguridad.

La procesión funeraria descendía con dolorosa solemnidad por la Avenida Pennsylvania, los tres féretros cubiertos por banderas, seguidos de docenas de coches. A los lados, filas compactas de gentes con pesados abrigos, tiritando de frío. Una neblina húmeda se cernía sobre la ciudad, y la línea de edificios grises servía de marco a la sombría marcha a través de Washington.

Escudriñando el *Cadillac* que iba a la cabeza de la procesión con sus prismáticos, Henry Cassidy, primer comentarista de noticias y sucesos públicos de la Televisión, se dirigió a su vasto auditorio invisible.

—... tristes memorias de aquel tren del pasado, llevando el féretro de Abraham Lincoln a través de los campos de trigo hacia la capital de la nación, donde habían de descansar. ¡Qué día tan triste es éste también y qué apropiado el tiempo para la circunstancia, con sus oscuras nubes tormentosas y su llovizna! —En su monitor vio cómo la cámara enfocaba al cuarto *Cadillac*, aquel que seguía a los que llevaban los féretros de los temponautas muertos. Su técnico le tocó en el brazo.

—Parece que estamos enfocando ahora tres figuras desconocidas, que van juntas en aquel coche —dijo Henry Cassidy en el micrófono que le colgaba del cuello, mientras asentía con la cabeza—. *No soy capaz de identificarlas, por el momento. ¿Puedes ver tú mejor desde donde estás, Everett?* —preguntó a su colega, al mismo tiempo que apretaba el botón que indicaba al otro que debía reemplazarle en las ondas.

—Pero, Henry —exclamó Branton con tono cada vez más excitado—. *¡Creo que estamos realmente contemplando a los tres temponautas americanos tal y como se manifiestan en su histórico viaje hacia el futuro!*

—¿Significa eso —preguntó Cassidy— *que han sido capaces de resolver de alguna forma el...?*

—Me temo que no, Henry —dijo Branton con voz profunda y apesadumbrada—. *Lo que estamos contemplando con gran sorpresa es la primera visión que tiene el mundo occidental de lo que los técnicos llaman Actividad del Tiempo de Salida.*

—Ah, sí, ATS —dijo Cassidy con tono satisfecho, leyendo el guión oficial que le habían entregado las autoridades federales antes de la emisión.

—Eso es, Henry. Contrariamente a lo que puede parecer a primera vista, ésos no son, repito, no son, nuestros tres valientes

temponautas como tales, es decir...

—Ya entiendo, Everett —interrumpió Cassidy con voz emocionada, ya que el guión decía textualmente: Cass *interrumpe* con emoción—. *Nuestros tres bravos temponautas están ahora en suspenso en su histórico viaje hacia el futuro, que ha de extenderse aproximadamente a un siglo a partir de ahora... Parece que la gran pena y el drama de este día inesperado han hecho que decidan...*

—Siento interrumpirte, Henry —dijo Branton al llegar a este punto—, *pero me parece que la procesión ha detenido su marcha con objeto de que podamos...*

—¡No! —dijo Cassidy leyendo una nota que acababan de entregarle, garrapateada a toda prisa: *No entreviste a los temponautas. Urgente. Olvide instrucciones previas—. No creo que podamos...* —continuó— *hablar brevemente con los temponautas Benz, Crayne y Doug, como tú esperabas, Everett.*

Diciendo esto comenzó a hacer señas desesperadas al equipo del micrófono-grúa que ya había empezado a girar y extenderse hacia el coche que los llevaba. Con la cabeza les hizo signos negativos al técnico del micrófono y al suyo propio.

Al ver que el micrófono se dirigía hacia ellos, Addison Doug se puso de pie en la parte trasera del *Cadillac*. Cassidy dejó escapar un gruñido. Ese hombre quiere hablar, pensó. ¿No *le* habrán dado nuevas instrucciones? ¿Por qué me lo dicen sólo a mí? Otros micrófonos-grúa, representando a otras cadenas, así como varios entrevistadores de radio, a pie, se precipitaban ya hacia el *Cadillac* de los temponautas, con objeto de ponerles los micrófonos delante, sobre todo delante de Doug. Doug estaba ya empezando a hablar, en respuesta a una pregunta que acababa de hacerle un reportero. Con su propio micrófono desconectado, Cassidy no pudo oír ni la pregunta ni la respuesta. De mala gana dio la señal para que conectasen de nuevo.

—...antes —estaba diciendo Doug en voz bien alta y clara.

—¿De qué modo? ¿Quiere decir que todo esto ha sucedido ya? —preguntó el reportero de la radio que estaba en pie junto al coche.

—Quiero decir —declaró el temponauta americano Addison Doug, con el rostro enrojecido y tenso— *que yo he estado en este mismo lugar una vez y otra, y que ustedes han presenciado ya este desfile y nuestras muertes y nuestra entrada una cantidad de veces sin fin. Que es un ciclo cerrado de tiempo que nos envuelve y que hay que romper.*

—¿Está usted buscando —le gritó otro reportero a Addison Doug— *una solución para el problema de entrada y el desastre de implosión, que pueda ser aplicado retrospectivamente con objeto de que cuando vuelva al pasado sea capaz de corregir el mal funcionamiento y evitar la tragedia que les ha costado... o que les costará... la vida?*

—Sí, eso es lo que estamos haciendo —dijo el temponauta Benz.

—Tratamos de averiguar la causa de la violenta implosión y eliminarla antes de regresar —añadió el temponauta Crayne,

asintiendo con un gesto de cabeza—. *Hemos averiguado ya que, por razones desconocidas, una masa de casi cuarenta kilos de varias partes de motor de un Volkswagen, incluyendo cilindros, la cabeza de...*

«Esto es terrible», pensó Cassidy.

—¡Es sorprendente! —dijo en voz alta, en su micrófono—. *Los ya trágicamente fallecidos temponautas americanos, con una determinación que sólo puede venir del entrenamiento y la disciplina rigurosos a que han estado sometidos (y entonces nos preguntábamos por qué, pero ahora vemos los resultados) han analizado ya las causas del imprevisto mecánico que motivó la implosión y fue el responsable, evidentemente, de sus muertes, y han empezado el laborioso proceso de clarificación de posibilidades con objeto de poder regresar a su lugar de lanzamiento y efectuar la entrada sin accidente.*

—Uno se pregunta —murmuró Branton por el micrófono y auricular interiores— *cuáles pueden ser las consecuencias de esta alteración del pasado próximo. Si cuando regresen no hay implosión, y no mueren... bueno, resulta demasiado complicado para mí, Henry, comprender estas paradojas que el doctor Fein nos ha hecho notar repetidas veces, con suma elocuencia, en los Laboratorios de Distorsión del Tiempo, en Pasadena.*

Entretanto el temponauta Addison estaba diciendo para todos los micrófonos que le rodeaban, aunque con más calma ahora:

—No debemos eliminar la causa de la implosión en la entrada. El único camino de que disponemos para escapar de esta trampa es la muerte. La muerte es la única solución. Para nosotros tres.

Su perorata quedó interrumpida al ponerse de nuevo en marcha la procesión de *Cadillacs*.

Henry Cassidy cerró su micrófono momentáneamente y dijo, dirigiéndose a su técnico:

—¿Se ha vuelto loco?

—Sólo el tiempo puede decirlo —respondió éste— en tono apenas audible.

—Un extraordinario instante en la historia americana de los viajes por el tiempo —dijo luego Cassidy para las ondas—. *Sólo el tiempo puede decir, y ustedes me perdonarán la frase, no intencionada, si las crípticas observaciones del temponauta Doug, improvisadas en unos momentos de intenso sufrimiento para él y en cierto modo para todos nosotros, son las palabras de un hombre perturbado por el dolor, o resultan por el contrario una aguda premonición del macabro dilema que teóricamente hemos sabido desde el principio que existía, que existía y que podía descargar su golpe mortal, sobre el lanzamiento de un viaje por el tiempo, ya sea nuestro o de los rusos.*

Cortó después, para dar paso a un anuncio comercial.

—Sabes —dijo la voz de Branton en su oído, no para el público, sino solamente para el cuarto de control y para él—, en el caso de que tenga razón, sería mejor que los dejasen morir.

—Tendrían que dejarlos libres —convino Cassidy—. Dios mío, de la manera que hablaba se diría que ha pasado ya por esto durante mil años y algunos más. No me gustaría estar en su pellejo por nada del mundo.

—Te apuesto cincuenta dólares —dijo Branton— a que han pasado ya por esto antes de ahora. Muchas veces.

—Entonces, nosotros también —observó Cassidy.

Empezó a caer la lluvia en aquel momento y las filas de espectadores se convirtieron en una masa reluciente. Las caras, los ojos, incluso los trajes, todo brillaba con reflejos de luz rota, chispeante, mientras los nubarrones se hacían cada vez más oscuros por encima de ellos.

—¿Estamos en el aire? —preguntó Branton.

«¿Quién sabe?», pensó Cassidy. Lo único que deseaba era que el día terminase cuanto antes.

El crononauta soviético N. Gauki levantó ambas manos con calma y empezó a hablar a los americanos, a través de la mesa. Su voz tenía un gran tono de urgencia:

—En mi opinión y en la de mi colega R. Plenya, que ha sido honrado con el título de Héroe del Pueblo Soviético por los resultados que obtuvo como pionero de los viajes por el tiempo, y basándonos en nuestra propia experiencia y en el material teórico desarrollado en los círculos académicos americanos y en la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, creemos que los temores del temponauta A. Doug pueden estar justificados. Su destrucción deliberada de sí mismo y de sus dos compañeros, al hacer la entrada cargado con un peso extra de partes de automóvil, en violación de las órdenes que recibiera, debe considerarse como el acto de un hombre desesperado que no encuentra ningún otro medio de escape. Naturalmente la decisión está en manos de ustedes. Nosotros sólo tenemos una posición de consejeros en este asunto.

Addison Doug estaba jugando con su encendedor, encima de la mesa, y no respondió siquiera. Le zumbaban los oídos y estaba pensando en lo que este zumbido podía significar. Tenía una cierta cualidad electrónica. Quizá estamos de nuevo dentro del módulo, pensó. Pero no lo percibía. Lo único que percibía era la realidad de la gente que estaba en torno a la mesa, la mesa misma, el encendedor que sostenía entre los dedos. No se puede fumar mientras se entra en el módulo, pensó, y volvió a guardarse el encendedor en el bolsillo.

—No tenemos prueba ninguna —estaba diciendo ahora el General Toad— de que se haya establecido un círculo cerrado de tiempo. Lo único concreto es la sensación de fatiga que experimenta el señor Doug. Su convencimiento de que ha pasado por todo esto en repetidas ocasiones. Como él mismo dice, se debe sin duda a una reacción psicológica. —Empezó a hurgar entre los papeles que tenía delante—. Tengo aquí un informe, que no se ha comunicado a los medios informativos, y que procede de cuatro psiquiatras de Yale, referente a su estructura psicológica. Aunque generalmente de carácter muy estable, tiene una marcada tendencia hacia la ciclotimia, que culmina en un estado de depresión aguda. Naturalmente ya se tuvo esto en

Librodot

cuenta antes de efectuar el lanzamiento, pero se calculó que los caracteres alegres de los otros dos componentes del equipo contrarrestarían esta tendencia de una manera funcional. De una forma u otra, esa tendencia depresiva suya está ahora en una fase muy aguda. —Tendió el informe con una mano, pero ninguno de los reunidos lo cogió—. ¿No es cierto, doctor Fein —continuó diciendo—, que una persona que sufre depresión aguda percibe el tiempo de una manera peculiar, como si fuese un círculo cerrado en el que no hace más que dar vueltas y vueltas, sin poder salir de él ni llegar a ninguna parte? La persona sufre tal grado de neurosis que se niega a dejar escapar su pasado. Su pasado da vueltas en su cabeza continuamente.

—Pero —dijo el doctor Fein— esta sensación subjetiva de sentirnos atrapados es quizá lo que todos experimentaríamos si el círculo cerrado de tiempo cobrase existencia.

El doctor Fein era el médico investigador cuyos trabajos habían servido de base teórica para el proyecto.

—El General —dijo Addison Doug— está utilizando palabras que no comprende.

—Me he informado sobre las que no conocía antes —respondió el General Toad—. Sé lo que significan los términos psiquiátricos técnicos.

Benz le preguntó a Addison Doug:

—¿Dónde encontraste todas esas piezas de Volkswagen, Addi?

—Todavía no lo sé —respondió Addison.

—Probablemente recogió la primera chatarra que encontró —dijo Crayne—. Lo primero que le vino a las manos, antes de que iniciásemos el regreso.

—Antes de que vayamos a iniciar el regreso —le corrigió Addison.

—Éstas son mis instrucciones para ustedes tres —dijo el General Toad—. No van a intentar producir ningún daño, ni implosión, ni mal funcionamiento durante la entrada, ya sea cargando una masa de peso extra o por cualquier otro medio. Van a regresar según está programado, de acuerdo con los ensayos previos. Esto se refiere a usted principalmente, señor Doug.

En aquel momento empezó a sonar el teléfono que había a su derecha. El General frunció el entrecejo y descolgó el auricular. Hubo una pausa, y luego, con una especie de gruñido, volvió a colocar el aparato en su horquilla, de golpe.

—Órdenes cambiadas —dijo el doctor Fein.

—Sí, en efecto —admitió el General—. Y debo decir que personalmente me alegro de que sea así, porque la decisión que había tomado era bastante desagradable.

—Entonces podemos preparar la implosión al entrar —dijo Benz al cabo de una pausa.

—Son ustedes tres los que tienen que tomar la decisión —dijo el General Toad—, ya que son sus vidas las que están en juego. Quedan libres de actuar según lo consideren oportuno. De la forma que prefieran. Si están convencidos de que se encuentran presos en un círculo cerrado de tiempo, y creen que una implosión masiva al entrar puede romperlo... —hizo una pausa, al tiempo que Doug se ponía en pie—. ¿Va a hacer usted otro discurso, Doug?

—Sólo quiero dar las gracias a todos los que de una manera o de otra participan en esta empresa, por dejarnos decidir —dijo Doug, y paseó su

mirada cansada por todos los individuos que estaban sentados en torno a la mesa—. Les aseguro que lo estimo en lo que vale.

—Sabes —dijo Benz lentamente—, el hecho de que implotemos al entrar tal vez no arregle nada, ni logre romper el círculo cerrado. En realidad, tal vez lo mantenga, Doug.

—No si nos mata a los tres —replicó Crayne.

—¿Estás de acuerdo con Addi, entonces? —preguntó Benz.

—La muerte es la muerte —dijo Crayne—. He estado pensando sobre ello. ¿Qué otra forma nos queda de salir de esto? Sólo morir. No hay otra salida.

—Puede que no estén en ningún círculo —observó el doctor Fein.

—Pero también puede que estemos en él —dijo Crayne.

Doug, que permanecía de pie, se dirigió a Crayne y a Benz y les dijo:

—¿Podríamos hacer participar a Merry Lou en nuestra decisión?

—¿Por qué? —preguntó Benz.

—No puedo ya pensar con claridad —contestó Doug—. Pero creo que Merry Lou puede ayudarme. Dependo mucho de ella.

—Bien, de acuerdo —dijo Benz. Y Crayne asintió con la cabeza.

El General Toad miró estoicamente su reloj de pulsera y dijo:

—Caballeros, creo que esto da por terminada nuestra conferencia.

El crononauta soviético Gauki se quitó los auriculares y el micrófono de cuello y se precipitó hacia los tres temponautas con la mano extendida. Por lo visto estaba diciendo algo en ruso, pero ninguno de los tres podía entenderlo. Así que se retiraron en grupo, con aire sombrío.

—En mi opinión, estás loco, Addi —dijo Benz—. Pero parece que ahora estoy en minoría.

—En caso de que *tenga* razón —dijo Crayne— y aunque no haya más que una posibilidad en un billón de que tengamos que volver una y otra vez, para siempre, creo que eso basta para justificarlo.

—¿Podríamos ir a ver a Merry Lou? —preguntó Addison—. ¿Ir a su casa ahora?

—Está esperándonos fuera —dijo Crayne.

El General Toad fue hacia los tres temponautas, se colocó en medio de ellos y dijo:

—Saben, lo que hizo que se adoptase esta decisión fue la reacción del público durante el desfile, ante su manera de comportarse y lo que usted dijo, Doug. Los consejeros de la NSC llegaron a la conclusión de que la gente prefería, como usted mismo, que todo acabase de una vez. Les consuela más saber que está ya usted libre de su misión que salvar el proyecto y conseguir una entrada perfecta. Creo realmente que causó profunda impresión en ellos, Doug, con todas sus lamentaciones —dijo alejándose.

—Olvídalo —le dijo Crayne a Addison Doug—. Olvida a todos los que son como él. Haremos lo que tenemos que hacer.

—Merry Lou me lo explicará —dijo Doug—. Ella sabrá qué es lo que hay que hacer, y qué es lo mejor.

—Voy a buscarla —dijo Crayne—, y luego los cuatro podemos ir en el coche a alguna parte, a su casa tal vez, y decidir sobre la cuestión. ¿De acuerdo?

—Gracias —le contestó Addi, asintiendo con una inclinación de cabeza. Miró a su alrededor, como si quisiera buscarla, saber dónde estaba. Quizá en el cuarto contiguo, pensó—. Aprecio mucho tu gesto.

Librodot

Benz y Crayne cambiaron una mirada de entendimiento. Doug se dio cuenta, pero no sabía lo que significaba. Lo único que sabía era que necesitaba de alguien, y de Merry Lou más que de ningún otro, para que le ayudase a ver claro y comprender la situación. Y para librar a los otros dos de ella si es que era posible.

Merry Lou los condujo en su coche hacia el norte de Los Ángeles, por la autopista de Ventura y luego por el interior hasta Ojai.

Todos iban en silencio. Merry Lou conducía bien, como siempre. Apoyado contra el hombro de la joven, Addison Doug se abandonó a una especie de paz temporal.

—No hay nada como tener una chica que te lleve en coche —dijo Crayne al cabo de muchos kilómetros de rodar en silencio.

—Es una sensación casi aristocrática —murmuró Benz— esto de tener una mujer que se ocupe del volante. Un privilegio de la nobleza, o algo por el estilo.

—Hasta que choca con algo —dijo Merry Lou—. Con algún trasto lento y pesado.

Addison dijo de pronto:

—¿Qué es lo que pensaste cuando me viste llegar a tu casa por el sendero, el otro día? Dímelo francamente.

—Parecía... —contestó la chica— como si lo hubieses hecho ya muchas veces. Parecías enormemente cansado, a punto de morir. Al final, pensé... —vaciló un momento—. Lo siento, Addi, pero eso es lo que parecía; pensé que conocías el camino demasiado bien.

—Como si lo hubiese recorrido muchas veces.

—Eso es —convino ella.

—Entonces votas por la implosión —dijo Addison Doug.

—Bueno...

—Sé sincera conmigo —dijo él.

Merry Lou se limitó a contestar:

—Mira en el asiento trasero. La caja que va en el suelo.

Con una linterna de mano que sacaron de la bolsa de herramientas los tres examinaron el interior de la caja. Addison miró temeroso lo que contenía. Eran piezas oxidadas de motor de un Volkswagen. Aún estaban grasientas.

—Las cogí de un montón de chatarra en un garaje extranjero que hay cerca de mi casa —dijo Merry Lou—. Cuando iba hacia Pasadena. Los primeros hierros que vi que parecían suficientemente pesados. Les oí decir por televisión, cuando el lanzamiento, que cualquier cosa que pesara entre los veinte y los...

—Bastará —dijo Doug—. Ya ha bastado.

—No vale la pena, entonces, que vayamos hasta tu casa —intervino Crayne—. Queda decidido. Mejor que cambiemos de rumbo hacia el sur y vayamos directamente al módulo. Y que iniciemos las operaciones. —Su voz era intensa y aguda, al mismo tiempo—. Gracias por su voto, señorita Hawkins.

—Estáis todos tan cansados —dijo ella.

—Yo no —replicó Benz—. Lo que estoy es furioso. Furioso hasta el límite.

—¿Furioso conmigo? —preguntó Addison.

—No lo sé —contestó Benz—. Sólo sé que es... un infierno.

Luego se hundió en un silencio pesado, recogido sobre sí mismo, inerte. Alejado por completo de todos los otros que iban en el coche.

Al llegar al primer cruce de intersección Merry Lou viró hacia el Sur. La invadía ahora una extraña sensación de libertad y Addison también sintió que empezaba a sentirse libre del peso y de la fatiga que le agobiaban.

El receptor que cada uno de ellos llevaba en la muñeca empezó a zumbar con la señal de aviso. Los tres se sobresaltaron.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Merry Lou, accionando los frenos.

—Tenemos que ponernos en comunicación con el General Toad lo antes posible, por teléfono —dijo Crayne. Luego señaló con el dedo—. Ahí delante hay una estación de gasolina de la *Standard*. Métase por allí, señorita Hawkins. Telefonearemos desde la estación.

Pocos minutos después Merry Lou detenía el coche frente a la gasolinera, cerca de la cabina.

—Espero que no sean malas noticias —dijo.

—Hablaré yo primero —dijo Doug, al tiempo que saltaba del coche. Malas noticias, pensó, sonriendo para sí. ¿Qué malas noticias pueden ser ya? Entró rígidamente en la cabina, cerró la puerta tras de sí, metió la moneda en la ranura del aparato y marcó el número.

—¡Bien! Aquí tengo lo que se llaman noticias —dijo el General Toad cuando el operador le puso en comunicación—. Es una suerte que pudiésemos dar con ustedes. Espere un minuto. Voy a dejar que se lo diga el doctor Fein en persona. Le creerá a él más que a mí. —Siguieron varios clics metálicos y por fin se oyó la voz, académica y precisa, del doctor Fein. Precisa, pero un poco más aguda que de costumbre, a causa de la excitación.

—¿Cuáles son las malas nuevas? —preguntó Doug.

—No son necesariamente malas —se oyó la voz al otro extremo del hilo—. Hemos hecho trabajar los computadores después de nuestra conferencia y según parece..., en fin, es probable, desde un punto de vista estadístico, aunque aún no haya sido verificado del todo, que tenga usted razón, Addison. Se encuentran ustedes dentro de un círculo cerrado.

Addison Doug se sintió estallar de cólera. «Condenado hipócrita —pensó— . Estoy seguro que lo ha sabido en todo momento».

—Sin embargo —continuó diciendo el doctor Fein, tartamudeando un poco, a causa de la emoción—, también creo..., es decir, hemos calculado que las mayores probabilidades de mantener el círculo como está es hacer implosión al entrar. ¿Me comprende, Addison? Si carga toda esa chatarra oxidada e implota, las posibilidades estadísticas de cerrar el círculo para siempre son mucho mayores que si entra normalmente y todo marcha bien.

Addison Doug no respondió.

—En realidad, Addi, y ésta es la cuestión sobre la que tengo que insistir, una implosión en la entrada, y especialmente una implosión masiva y calculada como la que estamos preparando... ¿Se entera de lo que le digo, Addi? ¿Me comprende bien? ¡Por Dios...! Una implosión semejante *garantizaría* que el círculo quedará cerrado sin remedio. Es algo que nos ha preocupado desde el principio. —Siguió una breve pausa—. ¿Addi? ¿Está usted ahí?

Addison Doug se limitó a estas palabras:

—Quiero morir.

Librodot

—Eso se debe a la fatiga que experimenta, a causa del círculo. Sólo Dios sabe cuántas veces han...

—No —dijo Doug y se dispuso a colgar.

—Déjeme que hable con Benz y Crayne —dijo el doctor Fein rápidamente—. Por favor, antes de que intenten una nueva entrada. Especialmente con Benz. Me gustaría hablar con él en particular. Por favor, Addison. Por el bien de ellos. Su casi total agotamiento...

Addison colgó el teléfono y salió de la cabina.

Cuando volvió a subir al coche oyó que los dos receptores de alerta estaban zumbando aún.

—El General Toad dijo que la llamada automática que nos envió los mantendrá aún zumbando durante un rato —dijo a sus compañeros. Y cerró la puerta del coche—. Adelante.

—¿No quiere hablar con nosotros? —preguntó Benz.

—El General quería que supiésemos —dijo Addison— que tienen algo para nosotros. El Congreso ha votado una citación especial por nuestro valor o alguna otra idiotez por el estilo. Una clase de medalla que nunca habían otorgado hasta ahora. Y nos la concederán con carácter póstumo.

—Demonios, es la única forma en que pueden concedérnosla —dijo Crayne.

Merry Lou se echó a llorar al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Será un descanso —dijo Crayne mientras el coche se dirigía hacia la autopista— cuando todo haya acabado.

No va a tardar mucho ahora, pensó Addison.

Los receptores de alerta continuaban zumbando en sus muñecas.

—Os van a volver locos —dijo Addison—, con todas esas voces burocráticas mezcladas.

Los otros se volvieron a mirarle. Había en aquella mirada interrogante una cierta inquietud no exenta de perplejidad.

—Sí —dijo Crayne, por último—, estas alertas automáticas son una auténtica lata. —Parecía cansado.

Tan cansado como yo, pensó Addison. Y al darse cuenta del paralelismo se sintió mejor. Porque venía a demostrar que estaba en lo cierto.

Gruesas gotas de lluvia golpeaban contra el parabrisas. Había empezado a llover muy fuerte. Esto le gustó. Le recordaba una de las experiencias más emocionantes que había tenido durante su corta vida: la procesión de su propio entierro, cuando avanzaba lentamente a lo largo de la Avenida Pennsylvania, con las banderas cubriendo los féretros. Cerró los ojos, se recostó en el asiento y por fin se sintió bien. Escuchaba en torno suyo las lamentaciones de los asistentes al desfile. Y algo dentro de su cabeza soñaba con la medalla del Congreso. Concedida al cansancio infinito, pensó. Una medalla especial por estar cansado.

Se vio también en otros desfiles y en la muerte de muchos otros, aunque en realidad no era más que una misma muerte y un mismo desfile. Coches que avanzaban lentamente por las calles de Dallas, y también con el doctor King... Se vio a sí mismo volviendo una y otra vez, en su círculo cerrado de vida, al mismo funeral que no podía olvidar, y que ellos no podían olvidar tampoco. Él siempre estaría allí, y ellos también estarían. Ocurriría repetidamente, y todos volverían una y otra vez, al lugar y al momento donde querían volver. Al suceso que había significado más para ellos.

Este era el don que le hacía a la gente, a su país. Le había legado al mundo un maravilloso peso: el temido y agotador milagro de la vida eterna.

LAS PREPERSONAS

Walter, que había estado jugando al Rey de la Montaña, vio el camión blanco que llegaba más allá del bosque de los cipreses, y comprendió lo que significaba. Se trata del camión de los abortos —pensó—. Vienen para llevarse a algún chico a un posparto allá, en el lugar donde hacen los abortos.

Y volvió a pensar: Tal vez lo hallan llamado mis padres. Para mí.

Corrió entonces y se ocultó entre las zarzamoras. Y aunque notaba los pinchazos del matorral, pensaba: Esto es mejor a que te aspiren el aire de los pulmones. Así es como lo hacen: ejecutan a todas las prepersonas a la vez. Tienen una gran habitación, para los niños que nadie quiere.

Después de introducirse más adentro entre las zarzamoras, Walter trató de adivinar si el camión se detenía. Oyó su motor.

—Soy invisible —murmuró en voz baja, recitando las palabras que había aprendido en el quinto grado de la escuela, y que pertenecían al *«Sueño de una noche de verano».*

Después de eso nadie podría verlo. Quizá era cierto, quizá la frase mágica servía en la vida real, de modo que la repitió otra vez:

—*Soy invisible.*

Pero se dio cuenta que no era así. Aún podía verse los brazos, las piernas y los zapatos. Y comprendió que ellos, el hombre del camión de los abortos especialmente, su mamá y su papá, podían verlo. Si miraban.

Si era a él a quien buscaban en esta ocasión.

Deseó ser un rey. Deseó tener un polvo mágico a mano, y una hermosa corona reluciente, conquistar el País de las Hadas y poder confiar en Puck. Aun para pedirle un consejo. Un consejo aunque fuera el rey y por ello tuviera que discutir con Titania, su esposa.

Supongo, pensó, que desear algo no hace que eso se convierta en realidad.

El sol quemaba, y entrecerró los ojos, pero lo que le importaba era seguir escuchando el motor del camión de los abortos. Continuaba sintiendo el ruido del motor. Su corazón recuperó las esperanzas a medida que el sonido del camión iba alejándose. Sería a otro chico, no a él, al que llevarían a la clínica abortiva. Algún chico que viviera más arriba.

Salió con dificultad de entre los arbustos, temblando todavía y con arañazos en varias partes del cuerpo, y se dirigió midiendo cada paso hacia su casa. Mientras caminaba pesadamente comenzó a llorar, sobre todo por el dolor provocado por los arañazos, pero también por el miedo y el alivio posterior.

—¡Oh, por Dios! —exclamó su madre en cuanto lo vio—. ¿Qué estuviste haciendo, por Dios?

—Vi... el... camión... del... aborto —dijo tartamudeando

—¿Y pensaste que venía por ti?

Asintió en silencio.

—Escucha, Walter —dijo Cynthia Best, poniéndose de rodillas y tomándolo de las manos temblorosas—. Te prometí, en realidad tu papá y yo te prometimos, que nunca te enviaríamos al Servicio Comunal. Y además ya eres demasiado grande. Se llevan niños que todavía no cumplieron los doce años.

—Pero Jeff Vogel...

—Sus padres lo cedieron justo antes de que entrara en efecto la nueva Ley. Legalmente ahora no se lo podrían llevar. Tampoco te podrían llevar a ti. Mira, ya tienes alma. La Ley dice que a los doce años un muchacho recibe su alma. Así que no puedes ir al Servicio Comunal. ¿Ves? Estás a salvo. En cuanto veas el camión del aborto tienes que darte cuenta de que es para otro, no para ti. Nunca será para ti. ¿Está claro? Vendrá por un muchacho más joven que aún no tiene alma. Una prepersona.

Mirando al suelo, sin enfrentar a su madre, el muchacho dijo:

—Yo no siento que ahora tenga alma. Me siento como siempre.

—Es una cuestión legal —dijo decidida la mujer—. Eso se rige estrictamente de acuerdo a la edad. Y ya la superaste. La Iglesia de los Observadores logró que el Congreso aprobase la Ley. En realidad ellos, la gente de la Iglesia, querían que la edad fuera más baja, sosteniendo que el alma ingresa al cuerpo a los tres años, pero llegaron a un acuerdo. Lo que te importa es que ya estás legalmente a resguardo, por mucho miedo que sientas. ¿Lo comprendes?

—Sí —dijo él asintiendo.

—Ya lo sabías.

—Tú no sabes lo que es esperar todos lo días a que venga alguien y te lleve a una jaula en un camión y... —estalló Walter en una mezcla de odio y alivio.

—Tu miedo es irracional —dijo su madre.

—Vi cuando se llevaron a Jeff Vogel. Lloraba a gritos. El conductor abrió la puerta trasera del camión, lo metió adentro y la cerró, sin decir una palabra.

—Eso fue hace dos años. Eres débil —su madre lo miró fríamente—. Tu abuelo te hubiera castigado si te hubiese escuchado hablando así. Tu padre no. Él solo habría lanzado una risita entre dientes y habría dicho alguna estupidez. ¡Pasaron dos años, e intelectualmente sabes que superaste la edad legal máxima! Cómo... —buscó la palabra apropiada—. Te estás *pervirtiendo*.

—Jeff nunca volvió.

—Tal vez alguien que deseaba un niño fue al Servicio Comunal, lo vio y lo adoptó. Puede que tenga ahora unos padres que cuidan de él de verdad. Los conservan treinta días antes de exterminarlos —se corrigió—. Antes de ponerlos a dormir.

No se quedó muy tranquilo. Sabía que «ponerlos a dormir» era una expresión de la mafia. Se alejó de la madre, ya no deseaba que lo consolara. Le había fallado. Le había mostrado cómo era ella en realidad y también le había expuesto las convicciones sobre las que actuaría. Del mismo modo en que lo hacían todos. Sé que no soy diferente, pensó, a dos años atrás, cuando era sólo un niño. Si ahora tengo alma, como dice la ley, entonces antes también la tenía. O tal vez nadie la tenga. Lo único de lo que estaba seguro era de un espantoso camión pintado de un color metálico con barrotes en las ventanas que recogía niños que sus padres ya no querían, padres que hacían uso de una modificación a la vieja ley de abortos que les

permitía matar a los niños no deseados. Como no tenían «alma» o «identidad» podían absorber sus pulmones por medio de un sistema de vacío en menos de dos minutos. Un médico ejecutaba más de cien operaciones diarias, y era legal porque un niño nonato no era «humano». Era una prepersona. Lo mismo pasaba con el camión. Lo único que habían tenido que hacer fue establecer el día en que el alma entra al cuerpo.

El Congreso había utilizado una prueba muy simple para determinar la edad aproximada en la cual el alma ingresaba al cuerpo: la habilidad para formular ecuaciones algebraicas. Hasta entonces era sólo un cuerpo, apenas una confusión de carne e instintos animales, reflejos y respuestas a estímulos. Como los perros de Pavlov cuando veían un poco de agua que pasaba por debajo de la puerta en el Laboratorio en Leningrado: ellos «sabían», pero no eran humanos.

Supongo que soy humano, pensó Walter, y levantó la vista hacia el rostro grisáceo y severo de su madre, con sus ojos duros y su inflexible racionalidad. Creo que soy como tú, pensó. Vaya, es agradable sentirse humano, pensó: porque no tienes que temer la llegada del camión.

—Te sientes mejor —observó su madre—. Bajé tu ansiedad.

—No soy tan raro —dijo Walter. El problema, por ahora, estaba terminado; el camión se había ido y no se lo había llevado.

Pero volvería en unos pocos días. Merodeaba continuamente.

De todos modos tenía por delante unos días de tranquilidad. Y entonces lo vería de nuevo... Si al menos no supiera que le aspiran el aire a los niños que se llevan, pensó. Los liquidaban de esa manera. ¿Por qué? Es más barato, había dicho papá. Se ahorra el dinero de los contribuyentes.

Entonces pensó en los contribuyentes y el aspecto que tendrían. Debían fruncir el ceño ante los niños. No les debían contestar nada cuando hacían una pregunta. Tendrían un rostro delgado surcado por arrugas causadas por la preocupación, con los ojos siempre en movimiento. O tal vez fueran gordos, una cosa o la otra. Era el tipo delgado el que le daba miedo, porque no disfrutaba de la vida y no quería que nadie lo hiciera. Su mensaje parecía ser: «muérete, lárgate, das asco, no existes». Y el camión del aborto era la prueba, o el instrumento.

—Mamá —dijo—, ¿cómo se puede hacer para cerrar el Servicio Comunal? Ya sabes, la clínica abortiva donde llevan a los bebés y a los niños pequeños.

—Tienes que hacer una petición en el Consejo del Condado —dijo la madre.

—¿Sabes lo que voy a hacer? —dijo él—. Voy a esperar hasta que no haya ningún niño allí, que estén los empleados, y le voy a poner una bomba.

—¡No digas eso! —le reclamó su madre con severidad, y en su rostro vio las profundas arrugas del tipo de los contribuyentes delgados. Y eso lo asustó, su propia madre lo asustaba. Los ojos fríos y opacos no reflejaban nada, ninguna alma interior, y pensó: *eres tú quien no debe de tener alma,* tú y tus vacíos mensajes de «esto no se debe». No nosotros.

Y entonces salió corriendo al exterior para volver a jugar.

Unos muchachos también habían visto el camión, y se quedaron juntos hablando de la cuestión, pero sobre todo pateando piedras y cascotes, a veces pisando algún bicho.

—¿Por quién vino el camión? —preguntó Walter.

—Por Fleischhacker. Earl Fleischhacker.

—¿Se lo llevaron?

—Por supuesto, ¿no escuchaste los gritos?

—¿Estaban sus padres en casa?

—Qué iban a estar, salieron temprano diciendo que iban a llevar a engrasar el automóvil.

—¿Ellos llamaron al camión? —dijo Walter.

—Por supuesto, es la Ley, tienen que ser los padres. Pero son demasiado gallinas para quedarse a esperar el camión. Mierda, cómo gritaba, supongo que estabas demasiado lejos como para escucharlo, pero qué gritos pegaba.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? —dijo Walter—. Ponerle una bomba al camión y matar al conductor.

Todos lo miraron desdeñosamente.

—Si haces eso te meterán en un manicomio por el resto de tu vida.

—A veces hacen eso para toda tu vida —corrigió Pete Bride—. Pero en otras te reconstruyen la personalidad y te vuelven socialmente viable.

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer? —dijo Walter.

—Tú tienes doce años. Ya estás a salvo.

Como fuera, saber que estaba técnicamente a salvo no eliminaba su ansiedad. El camión seguía viniendo por otros y eso lo asustaba. Pensó en los niños del Servicio Comunitario, mirando a través del cerco hora tras hora, día tras día, esperando y controlando el paso del tiempo, sin perder las esperanzas de que viniera alguien y los adoptara.

—¿Nunca estuviste allí? —le preguntó a Pete Bride—. ¿En el Servicio Comunal? Está lleno de niños pequeños, algunos son sólo bebés que no llegan a un año. Y ni siquiera saben lo que les espera.

—A los bebés los adoptan —dijo Jack Yablonski—. Son los más grandes los que no tienen muchas oportunidades. Intentan caer bien, le hablan a la gente que va allí y le hacen una buena exhibición, tratando de pasar por muy simpáticos. Pero la gente sabe que no estarían allí si no fueran... digamos, indeseables.

—Podríamos pincharle los neumáticos —dijo Walter, buscando ideas.

—¿Al camión? ¿Y no sabes que si le echas una bolita de naftalina en el tanque de nafta, una semana más tarde el motor deja de funcionar? Podríamos intentarlo.

—Pero vendrán tras nosotros —dijo Ben Blaire.

—Bien, ya están tras nosotros —dijo Walter.

—Creo que tenemos que ponerle una bomba al camión —dijo Harry Gottlieb—, pero siempre que no haya niños en él. Para no quemarlos. Este camión recoge... mierda, no lo sé con exactitud. ¿Unos cinco niños del condado por día?

—¿Sabes que también se lleva perros? —dijo Walter—. Y gatos. Se dedican a esa tarea sólo una vez al mes. Entonces lo llaman camión corral. Pero todo lo demás es igual: ponen a los animales en una gran cámara y les aspiran el aire de los pulmones, matándolos. ¡Se lo hacen incluso a los animales! ¡A los animales más pequeños!

—Lo creeré cuando lo vea —dijo Harry Gottlieb, incrédulo—. Un camión que se lleva a los perros...

Pero él sabía que era verdad. Walter había visto el camión corral al menos en dos oportunidades. Gatos, perros, y fundamentalmente nosotros, pensó, sombrío. Claro que si comenzaron con nosotros, es natural que también se

lleven a las mascotas. No hay tanta diferencia. Pero, ¿qué tipo de persona haría semejante cosa, aun si la Ley lo permitiera? «Algunas leyes fueron hechas para ser respetadas, otras para ser violadas», recordó de un libro que había leído. Primero tenemos que ponerle una bomba al camión corral, pensó; ese camión era el peor.

¿Por qué, se preguntó, cuando más desvalida es una criatura, más fácil le resulta a cierta gente exterminarla? Como una criatura en el útero, los abortos originales, los «prepartos» o «prepersonas», como ahora los llamaban. ¿Cómo podían defenderse? ¿Quién hablaría por ellos? Todas esas vidas, cien por día por cada médico... indefensas, calladas y luego muertas. Hijos de puta, pensó. Es por eso que lo hacen, saben que pueden hacerlo, se aprovechan de su poder machista. Y algo pequeño que quería ver la luz del día era aspirado al vacío en menos de dos minutos. Y el médico se dirigía al siguiente niño.

Tiene que haber una organización, pensó, similar a la mafia. Que liquide a los aniquiladores o algo así. Alguien bajo contrato va a ver a uno de estos médicos, saca un tubo y aspira al médico a su interior, donde se queda encogido como un bebé aún por nacer. Un médico nonato, con un estetoscopio del tamaño de una cabeza de alfiler… rió al pensar en eso.

Los niños no saben. Pero los niños saben todo, saben demasiado. Mientras seguía su marcha, el camión del aborto tocaba una melodía pegadiza, la del Hombre de Buen Humor:

Jack y Jill
subieron el cerro
por un balde de agua.

Era una grabación que emitía el sistema de sonido del camión, construido especialmente por *Ampex* para *General Motors*. Sonaba a todo volumen mientras no estuviera realizando una recogida. Si estaba en esa tarea, el conductor apagaba el sistema de sonido y circulaba en silencio mientras buscaba la casa indicada. Una vez que tenía al niño no deseado en la parte trasera del camión, se dirigía de regreso al Servicio Comunal o a recoger a otro niño, pero volvía a poner la música a todo volumen.

Jack y Jill
subieron el cerro
por un balde de agua.

Pensando para sí mismo, Oscar Ferris, el conductor del camión número tres, terminó la canción: *«Jack se cayó y la coronilla se rompió y a los tumbos Jill lo siguió».* ¿Qué mierda sería la coronilla?, se preguntó Ferris. Probablemente una parte privada. Sonrió para sí mismo. Probablemente Jack había estado toqueteándose, o tal vez hubiera sido Jill, o ambos. ¿Un balde de agua?, las pelotas, pensó. Sé muy bien lo que hicieron en el monte. Lo malo es que Jack se cayó y se rompió la cosa. «Mala suerte, Jill», dijo en voz alta mientras conducía expertamente el camión, que ya había cumplido los cuatro años, por las complicadas curvas de la Autopista Uno de California.

Los chicos son así, pensó Ferris. Son sucios y les gusta jugar con cosas sucias, como ellos mismos.

Librodot

Este país todavía es salvaje y demasiado abierto, y hay un exceso de niños desarraigados deambulando por los valles y los campos. Tenía un ojo entrenado, y se sintió bastante seguro de que a su derecha se escapaba un niño pequeño, de unos seis años, intentando salir de su campo visual. De inmediato, Ferris presionó el botón de la sirena del camión. El niño se quedó helado, petrificado por el terror, esperando que el camión que todavía emitía «Jack y Jill», se detuviera a su lado y lo metiera en la jaula.

—Muéstrame tu tarjeta *D* —dijo Ferris sin salir del camión. Sacó un brazo por la ventanilla, mostrando su uniforme marrón y la insignia, símbolo de su autoridad.

El niño tenía un aspecto famélico, como muchos vagabundos, pero, por otro lado, llevaba anteojos. Con el pelo cortado al ras, vistiendo un pantalón vaquero y una remera, levantó la mirada aterrorizada hacia Ferris, sin hacer ningún movimiento para sacar su identificación.

—¿Tienes la tarjeta *D* o no? —dijo Ferris.

—¿Qué... qué... qué es la... la... tarjeta *D*?

Con voz oficial, Ferris le dijo al muchacho sus derechos ante la Ley:

—Tu padre, si lo tienes, y si no tu tutor, debe llenar el formulario *36-W*, que es una *Declaración Formal de Deseabilidad*. Una confirmación de que ellos, él o ella, te consideran deseable. ¿La tienes? Legalmente, si no la tienes te conviertes en un desarraigado, incluso si tus padres quisieran tenerte con ellos. Se aplica una multa de quinientos dólares.

—Ah —dijo el muchacho—. Bueno, la perdí.

—Entonces debe haber una copia en el archivo. Microfilman todos los documentos y los registros. Te llevaré hasta...

—¿El Servicio Comunal? —sus delgadas piernas comenzaron a temblar.

—Tienen treinta días para reclamarte y llenar el formulario *36-W*. Si para entonces no lo hicieron...

—Mamá y papá nunca se ponen de acuerdo. Ahora estoy con mi papá.

—Pero no te dio tu tarjeta *D* para que te identifiques.

Montado en forma transversal en la cabina del camión llevaba un fusil. Siempre cabía la posibilidad de que hubiera problemas cuando atrapaba a un desarraigado. Mientras pensaba levantó la vista hacia él. Era un rifle. Lo había utilizado sólo cinco veces en su carrera como agente de la Ley. Podía volatilizar a un hombre en moléculas.

—Tengo que llevarte conmigo —dijo, abriendo la puerta del camión y comenzando a sacar las llaves—. Ya hay otros chicos allá atrás, se pueden hacer compañía.

—No —dijo el muchacho—. No iré.

Parpadeando, enfrentó a Ferris, rígido y obstinado como una piedra.

—Ah, seguramente escuchaste un montón de cuentos sobre el Servicio Comunal. Son todos inventos para dormir. Los niños agradables y de aspecto normal son adoptados... te cortarán el pelo y te arreglarán para que te veas bien. Queremos que encuentres un hogar. Ésa es la idea. Sólo unos pocos, los que están, ya sabes, enfermos física o mentalmente, son los que nadie quiere. Alguna persona de buena posición te adoptará en un minuto, ya verás. No vas a andar más por ahí sin padres que te guíen. Tendrás padres nuevos, y presta atención a esto: pagarán bastante por ti. Mierda, te *registrarán*. ¿No te das cuenta? Adonde vamos a ir es un lugar transitorio para ponerte a disponibilidad de posibles nuevos padres.

—Pero si nadie me adopta en un mes...

—Mierda, también te puedes caer de un risco aquí en Gran Sur y matarte. No te preocupes. La Oficina del Servicio se pondrá en contacto con tus parientes sanguíneos, y lo más probables es que se apresuren y completen el *Formulario de Deseabilidad (15-A)* en algún momento del día. Y mientras tanto darás un buen paseo y conocerás un montón de chicos. Y muy a menudo...

—No —dijo el niño.

—Te informo —dijo Ferris en un tono distinto— que soy Oficial del Condado. —Abrió la puerta del camión, se metió dentro y extrajo la brillante insignia de metal, mostrándosela al niño—. Soy el Oficial de Paz Ferris y te ordeno que ingreses en la parte trasera del camión.

Se les acercó un hombre alto caminando con pasos cansados. Al igual que el muchacho, vestía pantalón vaquero y una remera, pero no llevaba anteojos.

—¿Usted es el padre del muchacho? —dijo Ferris.

—¿Se lo está llevando al corral? —dijo el hombre con voz ronca.

—Perdón, pero nosotros lo consideramos un escudo protector de niños —dijo Ferris—. El uso de la expresión «corral» pertenece al lenguaje *hippie* y deforma deliberadamente lo que intentamos hacer.

—Tiene niños encerrados en esas jaulas, ¿no es así? —dijo el hombre, haciendo un gesto hacia el camión.

—Quisiera ver su identificación —dijo Ferris—. Y también quisiera saber si fue arrestado antes.

—¿Arrestado y encontrado inocente? ¿O arrestado y encontrado culpable?

—Responda a mi pregunta, señor —dijo Ferris, enseñando su carné negro, el que utilizaba con los adultos para identificarse como Oficial de Paz del Condado—. ¿Quién es usted? Vamos, muéstreme su identificación.

—Mi nombre es Ed Gantro y alguna vez fui fichado —dijo el hombre—: Cuando tenía dieciocho años me robé cuatro botellas de *Coca-Cola* de un camión estacionado.

—¿Fue detenido en la escena del hecho?

—No —dijo el hombre—. Me detuvieron cuando llevaba los envases vacíos para que me los pagaran. Entonces me detuvieron. Estuve seis meses en la cárcel.

—¿Tiene la *Tarjeta de Deseabilidad* del niño? —preguntó Ferris.

—No pudimos pagar los noventa dólares que costaba.

—Bueno, ahora les costará quinientos. Tendría que haberla conseguido en primer lugar. Le sugiero que consulte a un abogado.

Ferris se dirigió hacia el niño, declarando oficialmente:

—Me gustaría que te unas a los otros niños en la parte trasera del vehículo —y dirigiéndose al hombre—: Pídale que haga lo que le dije.

El hombre vaciló y finalmente dijo:

—Tim, entra en el maldito camión. Voy a ir a ver a un abogado, te vamos a conseguir la tarjeta *D*. Es inútil hacer problemas... técnicamente eres un desarraigado.

—Un «desarraigado» —dijo el niño mirando a su padre.

—Exactamente —dijo Ferris—. Tiene treinta días, ya sabe, para...

—¿También se lleva gatos? —dijo el niño—. ¿Hay algún gato allí? Me gustan mucho los gatos.

—Sólo me ocupo de casos de prepersonas como el tuyo —dijo Ferris. Con una llave abrió la parte trasera del camión—. Trata de contener tus

Librodot

necesidades mientras estás en el camión. Es casi imposible sacar el olor y las manchas.

El niño pareció no entender lo que decía. Pasó la mirada de Ferris a su padre con perplejidad.

—No vayas al baño mientras estés en el camión —le explicó el padre—. Quieren mantenerlo limpio porque así bajan costos de mantenimiento.

Su voz era dura y amarga.

—Cuando vemos perros o gatos les disparamos —dijo Ferris—, o los envenenamos.

—Ah, sí, conozco el método —dijo el padre del muchacho—. El animal se come el cebo y todo acaba en una semana, cuando comienza a tener hemorragias internas hasta que se muere.

—Sin dolor —señaló Ferris.

—¿No sería mejor que les absorbieran el aire de los pulmones? —dijo Ed Gantro—. Asfixiándolos en forma masiva.

—Bien, con los animales las autoridades del Condado...

—Quiero decir a los niños. Como Tim.

Su padre se quedó junto a él, y ambos miraron hacia la parte trasera del camión. Apenas se podían discernir dos formas oscuras, encogidas en el rincón más alejado, con la rigidez de la desesperación.

—¡Fleischhacker! —dijo Tim—. ¿No tienes una tarjeta *D*?

—Como se están agotando la energía y los combustibles —estaba diciendo Ferris— se hace necesario que la población decrezca radicalmente. O dentro de diez años ya no habrá alimentos para nadie. Ésta es una fase de...

—Tenía mi tarjeta *D* —dijo Earl Fleischhacker—, pero mis padres me la quitaron. Ya no me quieren, así que llamaron al camión del aborto.

Su voz se quebró, era obvio que había estado llorando en secreto.

—¿Y cuál es la diferencia entre un feto de cinco meses y lo que aquí tenemos? —continuó diciendo Ferris—. En ambos casos tenemos a un niño no deseado. Simplemente liberalizaron las leyes.

—¿Usted está de acuerdo con estas leyes? —dijo el padre de Tim, levantando la mirada hacia él.

—Bien, eso lo decidieron en Washington y lo que hagan tendrá que resolver nuestras necesidades en estos días de crisis —dijo Ferris—. Yo sólo hago cumplir los edictos. Si la Ley cambiara... bien, tendré que llevar cartones de leche vacíos para que los reciclen y todos seríamos igual de felices.

—¿Igual de felices? ¿Disfruta de su trabajo?

—Me da la oportunidad de andar por ahí y conocer gente —dijo Ferris mecánicamente.

—Usted está loco —dijo Ed Gantro—. Estas leyes de aborto posparto y las anteriores donde los nonatos no tenían derechos legales deberían ser extirpadas como un tumor. Mire adónde hemos llegado. Si se puede matar a un feto sin un proceso legal, ¿por qué no a uno que ya nació? Lo que me parece que tienen en común ambos casos es la impotencia. El organismo asesinado no tiene oportunidad, para protegerse. ¿Sabe qué? Quiero que también me lleve a mí en la parte trasera del camión con los tres niños.

—Pero el Presidente y el Congreso declararon que cuando se llega a los doce años se adquiere un alma —dijo Ferris—. No puedo llevarlo. No sería correcto.

—No tengo alma —dijo el padre de Tim—. Cumplí doce años y no sucedió nada. Lléveme a mí también, a menos que pueda encontrar mi alma.

—Mierda —dijo Ferris.

—A menos que pueda encontrar mi alma —repitió el padre de Tim—, a menos que pueda localizarla con precisión, insistiré en que me lleve sin hacer diferencias con estos niños.

—Tengo que usar la radio para ponerme en contacto con el Servicio Comunal —dijo Ferris—, tengo que saber qué dicen.

—Hágalo —dijo el padre de Tim, y trabajosamente se subió a la parte trasera del camión, ayudando a Tim para que lo siguiera. Esperaron juntos a los otros dos niños mientras el Oficial de Paz Ferris, con toda su identificación oficial, hablaba por radio.

—Aquí tengo a un masculino caucásico, de aproximadamente treinta años, que insiste en ser transportado hasta el Servicio Comunal con su hijo menor —dijo Ferris ante el micrófono—. Afirma que no tiene alma, lo que lo pondría en la misma clase que los menores de doce años. No tengo conmigo ni conozco alguna prueba para detectar la presencia del alma, al menos nada que pueda resultar suficiente para que más tarde satisfaga a un Tribunal. Quiero decir, supongo que puede hacer operaciones algebraicas y otras ecuaciones. Parece poseer una mente inteligente. Pero...

—Dele curso a la petición y tráigalo —dijo la voz de su superior a través de la radio—. Nosotros solucionaremos el caso aquí.

—Vamos para allá —le dijo Ferris al padre de Tim, que estaba encogido con las otras dos figuras más pequeñas en la parte más oscura del camión. Ferris cerró la puerta, le puso llave —una precaución extra puesto que a los niños ya les había puesto collares electrónicos— y luego encendió el motor.

Jack y Jill
subieron el cerro
por un balde de agua.
Jack se cayó
y la coronilla se rompió.

Seguro que alguien va a terminar con la coronilla rota, pensó Ferris mientras conducía por el sinuoso camino, y ése no voy a ser yo.

—No puedo hacer cálculos algebraicos —le dijo el padre de Tim a los tres niños—. Así que no debo tener alma.

—Yo sí puedo, pero sólo tengo nueve años. Así que, ¿de qué me sirve? —dijo Fleischhacker con voz llorosa.

—Eso es lo que voy a decir en mi planteo ante el Servicio —continuó el padre de Tim—. Incluso una división es algo que me resulta difícil. No tengo alma. Me quedaré con ustedes tres.

—No quiero que ensucien el camión, ¿comprenden? —dijo Ferris en voz alta—. Nos cuesta...

—No me diga —dijo el padre de Tim— porque no lo comprendería. Es demasiado complejo eso del prorrateo, los gastos y términos fiscales de ese tipo.

Voy a tener problemas con estos de ahí atrás, pensó Ferris, y se sintió contento de tener un rifle montado a su alcance.

—Saben que en el mundo se están agotando muchas cosas —dijo Ferris hacia atrás—, como la energía, el jugo de manzana, los combustibles y el

Librodot

pan. Tenemos que bajar la población, y la embolia de la píldora lo hace imposible...

—Ninguno de nosotros entiende esas palabras complicadas —interrumpió el padre de Tim.

Irritado y sintiendo que le estaban tomando el pelo, Ferris dijo:

—El crecimiento cero de la población es la única respuesta para las crisis energéticas y de alimentos. Se parece... mierda, se parece a cuando introdujeron a los conejos en Australia: no tenían enemigos naturales así que se multiplicaron hasta que la gente...

—Comprendo la multiplicación —dijo el padre de Tim—, y la suma y la sustracción. Pero eso es todo.

Cuatro conejos locos saltando en el camino, pensó Ferris. La gente contamina el medio ambiente natural. ¿Cómo sería esta parte del país antes de que llegara el hombre? Bien, pensó, con el aborto posparto teniendo lugar en cada condado de los Estados Unidos podremos ver nuevamente ese día. Podremos ponernos de pie y una vez más ver una tierra virgen.

Nosotros, pensó. Pero sospecho que no habrá un nosotros. Grandes computadoras inteligentes, pensó, van a examinar el paisaje con sus microcámaras y lo encontrarán muy placentero.

Ese pensamiento no le levantó el ánimo.

—¡Tengamos un aborto! —dijo Cynthia con excitación cuando entraba en la casa con los brazos cargados de alimentos sintéticos—. ¿No te parece maravilloso? ¿No te excita la idea?

—Primero tendrías que quedar embarazada —le dijo secamente Ian Best, su marido—. Pide un turno con el doctor Guido, que debería costarme solo cincuenta o sesenta dólares, y consigue que te remuevan el DIU.

—Creo que de todos modos ya se salió de lugar. Tal vez si... —Su vivaz pelo oscuro se agitó con alegría—. Es probable que no haya funcionado como debía desde el año pasado. Así que ahora mismo podría estar embarazada.

—Podrías poner un aviso en *Prensa Libre* que diga *«Se busca hombre que pueda pescar un DIU con una percha»* —dijo Ian irónicamente.

—Pero mira —dijo Cynthia, yendo tras él mientras iba al placard para dejar la corbata de categoría y el muy elegante saco—, ahora está *de moda* tener un aborto. Sabes, ¿qué es lo que tenemos? Un chico. Tenemos a Walter. Cada vez que alguien viene a visitarnos y lo ve yo sé que se están preguntando ¿de dónde lo sacaron? Es muy molesto —agregó—: Y el tipo de abortos que están ofreciendo ahora, para mujeres en los primeros meses de embarazo, sólo cuesta cien dólares... ¡El precio de diez litros de nafta! Y uno puede hablar durante horas de ello con prácticamente todo el mundo con el que se cruce.

Ian se volvió hacia ella y le dijo con voz llana:

—¿Piensas conservar el embrión? ¿Lo vas a traer a casa en un frasco o lo vas a rociar con una pintura fosforescente para que resplandezca en la oscuridad con la luz nocturna?

—¡Y del color que queramos!

—¿El embrión?

—No, el frasco. Y el fluido. Es una solución preservadora para lo que en verdad es una adquisición para toda la vida. Incluso tiene garantía escrita, creo.

Ian cruzó los brazos para mantenerse tranquilo: condición de estado alfa.

—¿No sabes que hay gente que quiere tener un niño? ¿Incluso un torpe niño ordinario? ¿Que van semana tras semana al Servicio Comunal en busca de un bebé recién nacido? Estas ideas... se originaron en el pánico mundial por la superpoblación. Nueve mil millones de seres humanos hacinados como leña en todas las manzanas de todas las ciudades. Muy bien, si esto continúa... —Hizo un gesto—. Pero la cuestión ahora es que no hay *suficientes* niños. ¿O no miras la televisión o lees el *Times*?

—Es un fastidio —dijo Cynthia—. Por ejemplo, hoy llegó Walter asustado porque había visto pasar el camión del aborto. Es un fastidio tener que hacerse cargo de él. Para ti es fácil, porque estás trabajando todo el día. Pero yo...

—¿Sabes lo que me gustaría hacer con ese furgón de abortos de la Gestapo? Me llevaría a dos ex compañeros de juerga y lo esperaríamos a ambos lados del camino armados con grandes barrotes. Y cuando el furgón pase...

—Es un camión con aire acondicionado, no un furgón.

La miró con una expresión de odio y luego se dirigió al bar de la cocina para servirse un trago. Se serviría un escocés, pensó. Escocés con leche, una buena bebida antes de la cena.

Mientras se preparaba el trago llegó su hijo Walter. Su cara mostraba una palidez antinatural.

—El camión del aborto anduvo hoy por aquí, ¿no? —dijo Ian.

—Pensé que tal vez...

—De ninguna manera. Aunque tu madre y yo fuéramos a ver a un abogado y firmáramos un documento legal que suprimiera tu tarjeta *D*, ya eres demasiado grande. Puedes quedarte tranquilo.

—Racionalmente ya lo sé —dijo Walter— pero...

—«No quieras saber por quién doblan las campanas, lo hacen por ti» —citó incorrectamente Ian—. Escúchame, Walt, te voy a decir algo. —Bebió un largo sorbo de escocés y leche—. Eso se llama *asesinato*. Si los matan cuando tienen el tamaño de una uña, o de una pelota de béisbol, o más tarde, si todavía no lo hicieron, chuparle el aire de los pulmones a un niño de diez años y dejarlo morir. Hay un tipo de mujeres que defienden todo esto. Antes las llamaban *«mujeres castradoras».* Tal vez alguna vez fue una expresión apropiada, excepto que estas mujeres, estas mujeres frías, no sólo se lo quieren hacer a... bien, se lo quieren hacer al cuerpo *entero* de un muchacho o de un hombre, matarlos de cuerpo entero, no sólo la parte que los vuelve hombres. ¿Comprendes?

—No —dijo Walter, pero en un sentido profundo, atemorizante, comprendía.

Tras otro sorbo de su bebida, Ian dijo:

—Y la tenemos viviendo con nosotros, Walter. En nuestra misma casa.

—¿Qué es lo que tenemos viviendo aquí?

—Lo que los psiquiatras suizos llaman una *kindermörder* —dijo Ian, eligiendo deliberadamente una expresión que sabía que su hijo no comprendía—. ¿Sabes lo que podríamos hacer? —dijo—. Subirnos al *Amtrak* y dirigirnos hacia el norte y seguir así hasta que alcancemos Vancouver, en la Columbia Británica, y luego podríamos tomar un trasbordador hasta la Isla de Vancouver y no ver nunca más a nadie por aquí.

—Pero, ¿y mamá?

Librodot

—Le mandaría un cheque —dijo Ian—. Todos los meses. Con eso estaría muy feliz.

—Hace mucho frío allí, ¿no? —dijo Walter—. Quiero decir, como casi no hay combustible y usan...

—Es casi como San Francisco. ¿Por qué? ¿Tienes miedo de tener que usar un montón de ropa y tener que sentarte cerca del fuego? ¿Lo que viste hoy no te asustó mucho más?

—Sí, por supuesto —asintió Walter taciturno.

—Podríamos vivir en alguna pequeña isla cerca de la Isla de Vancouver y conseguir nuestra propia comida. Allí crece todo lo que plantas. Y el camión no anda por ahí, no le verás nunca más. Tienen otras leyes. Las mujeres son diferentes. Conocí a una muchacha cuando estuve allí durante un tiempo, hace muchos años, que tenía el pelo negro largo y fumaba cigarrillos *Players* todo el tiempo, comía muy poco y nunca dejaba de hablar. Verás una civilización en la cual el deseo de las mujeres por destruir a sus propios...

Ian se interrumpió, su mujer entró en la cocina.

—Si sigues bebiendo eso —le dijo ella— vas a terminar borracho.

—Muy bien —dijo Ian con irritación—. ¡Muy bien!

—No te quejes —dijo Cynthia—. Pensé que sería una buena idea que nos llevaras a cenar afuera. Dal Rey dijo en la televisión que tienen carne para los que lleguen temprano.

—Lo que tienen son ostras crudas —dijo Walter, frunciendo la nariz.

—Ostras pequeñas —dijo Cynthia—. Abiertas a la mitad, sobre hielo. Las adoro. ¿Te parece bien, Ian? ¿Está decidido?

—Una ostra cruda es lo que más se parece en este mundo a lo que un cirujano... —le dijo Ian a su hijo Walter. Se quedó en silencio. Cynthia lo miró con odio, y el pequeño no entendió—. Está bien —dijo—, pero yo voy a pedir carne asada.

—Yo también —dijo Walter.

—¿Cuándo fue la última vez que preparaste la cena en casa? —dijo Ian tranquilamente, acabando su bebida—. Para los tres.

—Preparé orejas de cerdo con arroz el viernes pasado —dijo Cynthia—. Casi todo terminó en la basura porque era algo nuevo y no estaba en el menú acostumbrado. ¿Lo recuerdas, *querido*?

—Por supuesto, ese tipo de mujer también se puede encontrar allí, a veces, incluso a menudo —le dijo Ian a su hijo, ignorándola—. Existió a través de los tiempos y en todas las culturas. Pero dado que Canadá no tiene una legislación que permita el posparto... —Se interrumpió—. Es la leche la que me hace hablar —le explicó a Cynthia—. Ahora la adulteran con azufre. No me prestes atención o demándame, la elección es tuya.

—¿Otra vez tienes la fantasía de huir? —dijo Cynthia, contemplándolo.

—Los dos —interrumpió Walter—. Papá me llevará con él.

—¿A dónde? —dijo Cynthia.

—A cualquier lugar donde nos puedan llevar las vías del *Amtrak* —dijo Ian.

—Vamos a ir a la Isla de Vancouver, en Canadá —dijo Walter.

—Ah, sí, ¿de verdad? —dijo Cynthia.

Tras una pausa, Ian dijo:

—Sí.

—¿Y qué mierda se supone que voy a hacer yo cuando se hayan ido? ¿Poner mi culo en el bar? ¿Cómo me las arreglaré con las cuentas...?

—Seguiría enviándote cheques —dijo él.

—Seguro. Por supuesto. Claro.

—Podrías venir con nosotros —dijo Ian— y atrapar peces zambulléndote en la Bahía Inglesa, y luego los destrozarías con tus agudos dientes. Podrías reducir la población de peces de la Columbia Británica en una noche. Todos esos peces fuera del agua preguntándose vagamente qué estaba pasando... nadaban tranquilamente y de pronto... aparece el ogro, el monstruo destructor de peces con un único ojo luminoso en el centro de la frente, que cae sobre ellos y los hace pedazos. Pronto se convertiría en una leyenda. La noticia se extendería. Al menos entre los últimos peces sobrevivientes.

—Pero, papá —dijo Walter—, supongamos que no sobrevive ningún pez.

—Entonces todo habrá sido en vano —dijo Ian—, excepto para el placer personal de tu madre que habría eliminado especies enteras en la Columbia Británica, donde la pesca es la industria más importante, y muchas otras especies dependían de esta industria para sobrevivir.

—Pero entonces nadie en la Columbia Británica tendrá trabajo —dijo Walter.

—No —dijo Ian—, rellenarán latas con peces muertos y se las venderán a los estadounidenses. Mira, Walter, en los viejos días, antes de que tu madre matara a mordiscones a todos los peces de la Columbia Británica, los lugareños simples se quedaban quietos junto al río con un palo en la mano, y cuando pasaba un pez se lo clavaban en la cabeza. Todo esto *creará* trabajo, no lo eliminará. Millones de latas...

—Sabes —dijo Cynthia rápidamente—, el niño se cree todo lo que dices.

—Lo que cuento es verdad —dijo Ian. Pero no lo era, comprendió, en un sentido literal—. Vamos a cenar afuera. Trae nuestros cupones de racionamiento, y ponte esa blusa azul de tejido que muestra tus mamas. Así los distraes y tal vez no se acuerden de pedirnos los cupones.

—¿Qué son las *«mamas»*? —preguntó Walter.

—Algo que pronto se va a volver obsoleto —dijo Ian— como el *Pontiac GTO*. Excepto como un adorno que pueda ser admirado y manoseado. Su funcionalidad está desapareciendo. —Como nuestra raza, pensó, una vez que le hayamos dado las riendas a quienes quieren destruir a los nonatos, en otras palabras, a las criaturas vivas más desvalidas.

—Una mama —le dijo Cynthia a su hijo— es una glándula que poseen las mujeres para darles leche a sus bebés.

—Generalmente son dos —dijo Ian—. Una activa y otra de reserva, por si la primera sufre un fallo importante. Yo sugiero que se elimine un paso en esta manía de abortar prepersonas —dijo—. ¿Por qué no enviamos todas las mamas del mundo al Servicio Comunal? Chuparán la leche de ellas por medios mecánicos, por supuesto. Cuando se queden vacías e inútiles, entonces los jóvenes morirán naturalmente, privados de todas sus fuentes de nutrición.

—Pero hay productos —dijo cansadamente Cynthia— que las pueden reemplazar. Como *Sintelech*. Voy a cambiarme, así podemos salir.

Se volvió y partió hacia su dormitorio.

—Sabes —dijo Ian una vez que ella se fue—, si hubiera alguna manera en que me pudieras clasificar como prepersona, me enviarías allí.

Y pensó, apuesto a que no sería el único esposo en California que tendría el mismo destino. Habría muchos. Y tarde o temprano caerían en la misma bolsa que yo.

—Suena como una buena idea —le llegó apagadamente la voz de Cynthia, que había escuchado.

—No se trata sólo de que aborrezcan a los desvalidos —dijo Ian Best—. Hay algo más. ¿Qué aborrecen? ¿A todo lo que crece? Los eliminan antes de que se vuelvan lo suficientemente grandes como para tener músculos, táctica y talento para luchar... grande como yo con relación a ti, con mi peso y musculatura completamente desarrollados. Es mucho más fácil cuando la otra persona, aunque debería decir prepersona, flota y sueña en el fluido amniótico y nada sabe sobre cómo o de qué necesita defenderse.

¿Dónde han ido a parar las virtudes maternas?, se preguntó. Cuando las madres *específicamente* defendían a los más pequeños, débiles e indefensos.

Es nuestra sociedad competitiva, decidió. La supervivencia del más fuerte. No de los más aptos, pensó, sólo de los que tienen poder. Y no van a rendirse ante la próxima generación: es la fuerza y el mal antiguos contra la docilidad y la desvalidez de lo nuevo.

—Papá —dijo Walter—, ¿es cierto que vamos a ir a la Isla de Vancouver en Canadá y vamos a conseguir comida de verdad y ya no voy a tener más miedo?

—En cuento tenga dinero —respondió, medio para sí mismo.

—Ya sé lo que quiere decir eso. Es como cuando dices «ya veremos». No vamos a ir, ¿no? —miró con intensidad el rostro de su padre—. Ella no nos va a dejar, no va a querer que deje la escuela. Siempre hace lo que quiere.

—Lo haremos algún día —dijo Ian con seguridad—. Probablemente este mes no, pero sí algún día. Te lo prometo.

—Y allí no hay camiones de abortos.

—No. Ninguno. La legislación canadiense es distinta.

—Hagámoslo pronto, papá. Por favor.

Se sirvió otro vaso de escocés con leche y no respondió. Su cara reflejaba infelicidad y tristeza; estaba a punto de ponerse a llorar.

En la parte trasera del camión del aborto los tres niños y el adulto seguían encogidos, sacudidos de un lado a otro por los movimientos del camión. Se golpearon contra los barrotes de contención que los aislaban, y el padre de Tim Gantro sintió una profunda desesperación por estar aislado de su propio hijo. Una pesadilla diurna, pensó. Enjaulados como animales, este gesto de nobleza sólo lo había hecho sufrir más.

—¿Por qué dijiste que no sabías hacer ecuaciones algebraicas? —le preguntó Tim—. Sé que incluso sabes cálculo avanzado y trigonosécuanto. Fuiste a la Universidad de Stanford.

—Quería mostrar —dijo— que debían matarnos a todos o a ninguno. Pero no permitir que nos dividan estas absurdas líneas burocráticas. *«¿Cuándo entra el alma en el cuerpo?»*. ¿Pero qué tipo de pregunta racional es ésa en estos tiempos? Parece el Medioevo.

En realidad, pensó, es sólo un pretexto... un pretexto para cazar a los desvalidos. Y él no era un desvalido. El camión del aborto había recogido a un hombre adulto, con todo su conocimiento y su astucia. ¿Cómo iban a arreglárselas conmigo?, pensó. Obviamente, tengo todo lo que tienen los hombres; si ellos tienen alma, entonces yo también. Si no la tienen, yo tampoco, pero, ¿cómo van a sostener que me quieran «poner a dormir»? No soy débil y pequeño, ni un muchacho ignorante e indefenso. Puedo rebatir

los sofismas de los mejores abogados del Condado. Del mismo Fiscal General, si es necesario.

Si me exterminan, pensó, tendrán que exterminarnos a todos, incluyéndose a sí mismos. Y eso no termina ahí. Ésta es una estafa por la cual los poderosos, aquellos que ya tienen todos los lugares clave en las áreas política y económica, mantienen alejados a los jóvenes... asesinándolos si es necesario. En esta tierra hay, pensó, un gran odio de los adultos por los más jóvenes, odio y miedo. Entonces, ¿qué harán conmigo? Soy de su grupo de edad y estoy enjaulado en la parte trasera del camión del aborto. Represento, pensó, un tipo diferente de amenaza. Soy como ellos pero estoy del otro lado, con los perros, los gatos, los bebés y los niños indefensos. Dejemos que lo descubran, dejemos que surja un nuevo Santo Tomás de Aquino que pueda resolver esto.

—Todo lo que sé —dijo en voz alta—, es dividir, multiplicar y restar. Hasta tengo problemas con las fracciones.

—¡Pero antes sabías hacerlo! —dijo Tim.

—Es increíble como uno se olvida de todo después de que deja la escuela —dijo Ed Gantro—. Ustedes probablemente puedan hacer cálculos mejor que yo.

—Papá, van a *exterminarte* —le dijo su hijo con rabia—. Nadie te va a adoptar. No tienes edad para ello. Eres demasiado viejo.

—Veamos —dijo Ed Gantro—. El teorema del binomio. ¿Cómo era? No puedo recordarlo todo... tenía que ver algo con a y b.

Mientras se exprimía la cabeza, y también su alma inmortal, se reía en silencio. No puedo pasar la prueba del alma, pensó. Al menos no hablando así. Soy un perro en una cuneta, un animal en una zanja.

El error principal de los que apoyaron los abortos desde un principio, se dijo, fue la línea *arbitraria* que trazaron. Un embrión no goza de los derechos constitucionales estadounidenses, así que se lo puede matar legalmente, a través de un médico. Pero un «feto» era una persona con derechos, al menos lo fue durante un tiempo. Y entonces los proabortistas decidieron que ni siquiera un feto de siete meses era humano, y legalmente podía ser asesinado por un médico con licencia. Y, de pronto un día, un recién nacido es como un vegetal: no puede enfocar sus ojos, no comprende nada, no habla... los proabortistas llevaron su reclamo a la corte y ganaron, con su declaración que un recién nacido era sólo un feto expulsado del útero por procesos accidentales u orgánicos. Pero, aun así, ¿dónde se podía trazar la línea? ¿Cuándo el bebé realizaba su primera sonrisa? ¿Cuándo decía la primera palabra? ¿O cuando tomaba por primera vez un juguete para jugar? Lentamente, se fue empujando cada vez más adelante la línea legal. Y ahora regía la definición más brutal y arbitraria de todas, cuando podía ejecutar «cálculos matemáticos superiores».

Esto convertía a los antiguos griegos de la época de Platón en no humanos, dado que por entonces la aritmética era algo desconocido, sólo existía la geometría. El álgebra fue un invento de los árabes que apareció mucho después. *Arbitrario*. Sin embargo, no era una arbitrariedad teológica, simplemente una legal. La Iglesia hacía mucho que sostenía, en realidad desde sus principios, que el cigoto y el embrión en que se convertía, eran una forma de vida sagrada como cualquiera que anduviera sobre la Tierra. Se habían visto venir definiciones arbitrarias como «ahora el alma entra en el cuerpo» o, en términos más modernos, «ahora es una persona que recibe la

completa protección de la ley, como cualquier otra». Lo más triste y amargo era ver a los niños jugando valientemente en sus patios día tras día, tratando de tener esperanzas, fingiendo que sentían una seguridad que no tenían.

Bien, pensó, ya veremos qué hacen conmigo. Tengo treinta y cinco años, tengo una licenciatura en Stanford. ¿Me pondrán en una jaula durante treinta días, con un plato de plástico, una canilla y un lugar, a la vista, donde hacer mis necesidades? ¿Y si nadie me adopta me conducirán a una muerte automática como a los demás?

Estoy arriesgándome mucho, pensó. Pero hoy recogieron a mi hijo, y el riesgo comenzó entonces, cuando lo agarraron, no cuando yo entré aquí y me convertí en otra víctima.

Levantó la vista hacia los tres niños asustados e intentó pensar en algo que decirles... no sólo a su propio hijo sino a los tres.

—«Mira» —dijo, citando—, «te diré un secreto sagrado. No todos dormimos en la muerte. Nosotros...». —Pero no pudo recordar el resto. Torpe, pensó desanimado—. «Nosotros despertaremos» —continúo, haciéndolo lo mejor que podía—. «En un relampagueo. En el parpadeo de un ojo».

—Hagan menos ruido —dijo el conductor del camión desde el otro lado de la malla de alambres—. No me puedo concentrar en este camino de mierda —agregó—. Saben, puedo llenar de gas ahí atrás, y desmayarlos. Algunas prepersonas son muy revoltosas. Así que si quieren que los duerma, lo único que tengo que hacer es apretar el botón de gas.

—No digamos nada —le dijo rápidamente Tim a su padre con un terror mudo, urgiéndolo en silencio a que obedeciera.

Su padre no dijo nada. La mirada de urgente ruego era más de lo que podía soportar, así que se rindió. De todos modos, pensó, lo que suceda en el camión no es determinante. Ya se verá cuando lleguemos al Servicio Comunal... donde, a la primera señal de problemas, habrá periodistas de la televisión y de los diarios.

Siguieron en silencio, cada uno con sus propios miedos y sus propios planes. Gantro se concentró en sí mismo, perfeccionando en su cabeza lo que haría... lo que *tenía* que hacer. Y no sólo para Tim sino para todos los candidatos a ser prepersonas abortadas. Se quedó meditando en las distintas ramificaciones mientras el camión seguía su camino.

En cuanto el vehículo estacionó en la zona reservada del Servicio Comunal y se abrieron las puertas traseras, Sam B. Carpenter, que tenía a su cargo toda la operación, se acercó caminando, miró y dijo:

—Tiene un hombre adulto aquí, Ferris. En realidad, ¿sabe lo que trajo? Un objetor, eso es lo que trajo.

—Pero insistió en que no sabía nada más que sumar —dijo Ferris.

—Deme sus documentos —le dijo Carpenter a Ed Gantro—. Quiero saber su nombre real, el número de Seguro Social, la constancia de identidad de la Policía Regional... vamos, quiero saber quién es usted realmente.

—Es un campesino —dijo Ferris mientras observaba a Gantro entregar sus documentos.

—Y quiero confirmarlo con las huellas de sus pies —dijo Carpenter—. Un juego completo. Ahora mismo... es prioridad A.

Le gustaba hablar de ese modo.

Una hora más tarde ya le habían entregado los informes generados por los computadores que administraban la información de seguridad en una supuesta zona rural en Virginia.

—Este individuo se graduó en Stanford en matemáticas. Y luego obtuvo una licenciatura en psicología, la que sin duda está utilizando con nosotros. Tenemos que sacarlo de aquí.

—Yo tuve alma —dijo Gantro— pero la perdí.

—¿Cómo? —preguntó Carpenter, que no había visto nada sobre el tema en el expediente oficial sobre Gantro.

—Una embolia. La porción de mi corteza cerebral que albergaba mi alma se vio destruida cuando inhalé accidentalmente el vapor de un insecticida. Ése es el motivo por el que estuve viviendo en el campo, comiendo raíces y gusanos, junto a mi hijo, Tim.

—Le haremos un electroencefalograma —dijo Carpenter.

—¿Qué es eso? —dijo Gantro—. ¿Una de esas pruebas para el cerebro?

—La Ley dice que el alma entra en el cuerpo a los doce años, y usted me trae a este individuo que tiene más de treinta —le dijo Carpenter a Ferris—. Nos podrían acusar de asesinato. Tenemos que librarnos de él. Llévelo al mismo lugar donde lo encontró y déjelo allí. Si no quiere bajar voluntariamente del camión, duérmalo y sáquelo. Es una orden de Seguridad Nacional. Su empleo depende que la cumpla, lo mismo que su situación ante el Código Penal de este Estado.

—Tengo que quedarme aquí —dijo Ed Gantro—. Soy un deficiente.

—Y su niño —dijo Carpenter—. Probablemente es un mutante mental matemático como los que aparecen en la televisión. Le tendieron una trampa, seguramente ya le avisaron a todos los medios. Llévelos de regreso y gaséelos, y luego arrójelos en el lugar que se le ocurra o, mejor, en algún lugar que no esté a la vista.

—No se ponga histérico —dijo Ferris con irritación—. Hágale un electroencefalograma y un examen cerebral a Gantro, y probablemente tengamos que dejarlo ir, pero los tres niños…

—Son todos genios —dijo Carpenter—. Todo es parte de la puesta en escena, pero usted es demasiado estúpido para darse cuenta. Sáquelos a patadas del camión y de las instalaciones y niegue, ¿entiende?, niegue terminantemente que recogió a alguno de ellos. Insista en eso.

—Fuera del camión —ordenó Ferris, presionando el botón que levantaba los barrotes de las puertas.

Los tres chicos salieron a toda velocidad, pero Ed Gantro se quedó en el interior.

—No va a salir voluntariamente —dijo Carpenter—. Muy bien, Gantro, tendremos que sacarlo nosotros.

Le hizo un gesto de asentimiento a Ferris y ambos entraron en la parte trasera del camión. Un momento más tarde habían dejado a Gantro sobre el pavimento del estacionamiento.

—Ahora es un ciudadano común —dijo Carpenter con alivio—. Puede reclamar lo que se le ocurra, pero no tienen pruebas.

—Papá —dijo Tim—, ¿cómo vamos a ir a casa?

Los tres niños rodearon a Ed Gantro.

—Podríamos llamar a alguien para que venga hasta acá —dijo Fleischhacker—. Apuesto a que si el papá de Walter Best tiene suficiente

Librodot

combustible viene a buscarnos. Se la pasa manejando y tiene un cupón especial.

—Él y su mujer, la señora Best, siempre están peleando —dijo Tim—. Por eso a él le gusta salir a manejar solo en la noche. Me refiero a salir sin ella.

—Me quedaré aquí —dijo Ed Gantro—. Quiero que me encierren en una jaula.

—Pero nos podemos ir —protestó Tim. Con urgencia, tiró de la manga de su padre—. Esto es lo que queríamos, ¿no? Nos dejaron ir en cuanto te vieron. ¡Lo logramos!

—Insisto en que me encierren con las otras prepersonas que tienen allí— le dijo Ed Gantro a Carpenter. Señaló hacia el vistoso y sólido edificio pintado de verde intenso del Servicio Comunal.

Tim le dijo al señor Sam B. Carpenter:

—Llame al señor Best que vive en la península. Dígale donde estamos. Su prefijo es 669. Dígale donde estamos y que nos venga a buscar, y lo hará. Lo prometo. Por favor, señor.

Fleischhacker asintió.

—Hay un único señor Best en la guía telefónica con el prefijo 669. Por favor, señor.

Carpenter ingresó en el edificio y se dirigió hacia uno de los muchos teléfonos oficiales del Servicio, buscó el número. Ian Best. Marcó el número.

—Usted ha marcado un número que está funcionando a medias, y a medias está haraganeando —respondió la voz de un hombre que evidentemente estaba medio borracho. Como fondo Carpenter pudo escuchar los gritos de una mujer furiosa, reprendiendo a Ian Best.

—Señor Best —dijo Carpenter—, aquí hay varias personas que dicen conocerlo, en el cruce de las calles Cuatro y A, en Verde Gabriel. Son un tal Ed Gantro y su hijo Tim, un muchacho identificado como Ronald o Donald Fleischhacker, y otro menor sin identificar. El muchacho Gantro sugirió que usted no tendría problemas en venir conduciendo aquí para recogerlos y llevarlos a casa.

—¿Las calles Cuatro y A? —dijo Ian Best. Hizo una pausa—. ¿No será el corral?

—El Servicio Comunal —lo corrigió Carpenter.

—Hijo de puta —dijo Best—. Por supuesto que voy a ir por ellos, estaré en veinte minutos. ¿Ustedes tienen a Ed Gantro ahí dentro como una prepersona? ¿No saben que se graduó en la Universidad de Stanford?

—Somos concientes de eso —dijo imperturbable Carpenter—. Pero ellos no están detenidos; simplemente están... aquí. No están, repito, no están en custodia.

—Habrá periodistas en todos los medios antes de que yo llegue allí —dijo Ian Best con voz otra vez clara. Clic. Había colgado.

Caminando hacia fuera, Carpenter le dijo a Tim:

—Parece que me tomaste el pelo para que le avisara a un rabioso activista antiaborto de la presencia de ustedes aquí. Qué bonito.

Pasaron unos minutos y entonces un *Mazda* rojo se detuvo junto a la entrada del Servicio. De él salió un hombre alto con una barba de días, con una cámara y un equipo de audio, que caminó pausadamente hacia Carpenter.

—Tengo entendido que tienen a un licenciado de Stanford en matemáticas aquí en el Servicio —dijo con una voz entre neutra y casual—. ¿Podríamos entrevistarlo para una posible nota?

—No tenemos registrado a nadie así —dijo Carpenter—. Puede revisar nuestros libros. —Pero el periodista ya había visto a los tres niños rodeando a Ed Gantro.

En voz alta el periodista preguntó:

—¿Ed Gantro?

—Sí, señor —contestó Gantro.

Por Dios, pensó Carpenter. Tendríamos que haberlo encerrado en uno de los vehículos oficiales y luego sacarlo de aquí. Esto va a salir en todos los diarios. Una camioneta azul de una estación de televisión estaba circulando. Y, detrás de ella, dos automóviles más.

SERVICIO COMUNAL ATRAPA GRADUADO DE STANFORD

Así lo vio en su mente Carpenter, o:

SERVICIO COMUNAL ABORTIVO INVOLUCRADO EN UN INTENTO ILEGAL DE…

Y así seguiría. Una nota en el noticiero de la tarde que mostraba a Ed Gantro y a Ian Best, que seguramente era abogado, rodeados por grabadores, micrófonos y cámaras.

Estamos mortalmente jodidos, pensó. Mortalmente jodidos. En Sacramento van a cortar nuestras asignaciones presupuestarias, nos van a reducir a cazar perros y gatos vagabundos otra vez, como antes. Qué desagradables.

Cuando Ian Best llegó en su Mercedes Benz a carbón todavía se sentía mareado.

—¿Te importaría si damos unas vueltas antes de regresar? —le dijo a Ed Gantro.

—¿Por qué camino? —dijo Ed Gantro. Estaba cansado y quería irse ahora. La marea de hombres de los medios lo había entrevistado una y otra vez. Se había convertido en su objetivo y ahora se sentía exhausto y quería regresar a casa.

—Por el camino a la Isla de Vancouver, en la Columbia Británica —dijo Ian Best.

—Estos niños se tendrían que ir directamente a la cama —dijo Ed Gantro con una sonrisa—. El mío y los otros dos. Bien, no han cenado nada.

—Nos detendremos en un *McDonald's* —dijo Ian Best—. Y luego podemos continuar hasta Canadá, donde hay unos peces y muchas montañas que todavía no tienen nieve, incluso a esta altura del año.

—Seguro —dijo Gantro sonriendo—. Podemos ir allá.

—¿Quieres hacerlo? —dijo Ian Best examinándolo—. ¿De verdad quieres hacerlo?

—Tengo que arreglar algunas cosas, y luego, tú y yo podemos partir juntos.

—Hijo de puta —resopló Best—. Serías capaz de hacerlo.

Librodot

—Sí —dijo—. Lo haría. Por supuesto, tengo que conseguir la autorización de mi esposa. No te puedes ir a Canadá a menos que tu esposa firme un documento escrito donde te autoriza. Te convertirás en lo que se llama un «inmigrante territorial».

—Entonces tengo que conseguir un permiso escrito de Cynthia.

—Ella te lo dará. Sólo prométele que le enviarás dinero.

—¿Crees que lo hará? ¿Me dejará ir?

—Por supuesto —dijo Gantro.

—Realmente crees que nuestras esposas nos van a dejar ir —dijo Best mientras hacía entrar a los niños en el Mercedes Benz—. Apostaría a que tienes razón. A ella le encantaría librarse de mí. ¿Sabes cómo me llama delante de Walter? «*Cobarde agresivo*» y cosas así. No me respeta.

—Nuestras esposas —dijo Gantro— nos van a dejar ir.

Pero sabía bien que no era así.

Miró al administrador del Servicio, el señor Sam B. Carpenter, y al conductor del camión, Ferris, quien —Carpenter le había dicho a la prensa y a la televisión— fue despedido en el acto y que, de cualquier modo, era un empleado nuevo e inexperto.

—No —dijo Gantro—. No nos van a dejar ir. Ninguna de las dos.

Torpemente, Ian Best manipuló los complejos mecanismos que controlaban el maloliente motor a carbón.

—Seguro que nos van a dejar ir. Mira, ellas sólo se van a quedar allí. ¿Qué pueden hacer, después de lo que dijiste en la televisión y de lo que escribirán los periodistas en los diarios?

—No lo creo —dijo Gantro con voz apagada.

—Podríamos escapar.

—Nos atraparán —dijo Gantro—. Nos atraparán y no podremos salir. Pídeselo a Cynthia, sin embargo. Vale la pena intentarlo.

—Nunca veremos la Isla de Vancouver y los gigantescos transbordadores a vapor que entran y salen de la niebla, ¿no? —dijo Ian Best.

—Seguramente lo haremos, a su debido tiempo —pero sabía que era una mentira, una mentira absoluta.

Salieron de la playa de estacionamiento hacia la calle.

—Sienta bien —dijo Ian Best— estar libre... ¿no es cierto?

Los tres niños asintieron, pero Ed Gantro no dijo nada. Libre, pensó. Libre para volver a casa. Para ser atrapado por una red más grande, metido en un camión más grande que el que utilizan en el Servicio Comunal.

—Hoy es un gran día —dijo Ian Best.

—Sí —reconoció Ed Gantro—. Un gran día en el que se ha dado un golpe noble y efectivo a favor de los indefensos, de todo lo que uno puede decir que está vivo.

Observándolo con intensidad en la tenue luz, Ian Best dijo:

—No quiero volver a casa, quiero partir ahora para Canadá.

—*Tenemos* que volver a casa —le recordó Ed Gantro—. Temporalmente, quiero decir. Para preparar las cosas. Dejar arregladas las cuestiones legales, recoger lo que vamos a necesitar.

—Nunca iremos allí —dijo Ian Best mientras conducía—, ni a la Columbia Británica, ni a la Isla de Vancouver, ni al *Parque Stanley*, ni a la *Bahía Inglesa*, ni a donde crece comida, donde hay caballos, ni donde navegan los transbordadores.

—No, no lo haremos —dijo Ed Gantro.

—¿Ni ahora ni más adelante?

—Jamás —dijo Ed Gantro.

—Eso era lo que me temía —dijo Best; su voz se quebró y su conducción se volvió torpe—. Fue lo que pensé desde el principio.

Siguieron en silencio, sin que nadie dijera nada. No quedaba nada por decir.

EL OJO DE LA SIBILA

¿Cómo es que nuestra antigua República Romana se protege a sí misma en contra de aquellos que la destruirían? Nosotros, los romanos, aunque sólo mortales como el resto de los mortales, hacemos uso de la ayuda que seres enormemente superiores a nosotros nos brindan. Esas sabias y amables entidades, originarias de mundos desconocidos para nosotros, están listas para asistir a la República cuando se encuentra en peligro. Cuando no se encuentra en peligro, ellas se ocultan de nuestra vista para regresar cuando las necesitemos.

Tomemos el caso del asesinato de Julio César: un caso que se encontraba aparentemente cerrado cuando aquellos que conspiraron para matarlo fueron asesinados. ¿Pero cómo, nosotros los romanos, determinamos quién intencionalmente había cometido este asqueroso acto infame? Y, más importante aún, ¿cómo llevamos a la justicia a esos conspiradores? Tuvimos ayuda exterior; tuvimos la asistencia de la Sibila de Cumas, quien sabe desde miles de años antes lo que sucederá, y nos da, en forma escrita, su consejo. Todos los romanos son conscientes de la existencia de los *«Libros Sibilinos»*. Los abrimos cuando la necesidad surge.

Yo mismo, Philos Diktos de Tyana, he visto los *«Libros Sibilinos»*. Muchos ciudadanos romanos importantes, especialmente miembros del Senado, los han consultado. Pero yo he visto a la Sibila misma y por mi propia experiencia sé algo sobre ella, algo que pocos hombres saben. Ahora que soy viejo —a mi gran pesar, pero con la necesidad que ata a todos los hombres mortales— estoy dispuesto a confesar que un día, aunque por accidente, supongo, en el curso de mis deberes presbiterianos, vi como la Sibila es capaz de ver bajo los compartimientos del tiempo; yo sé lo que le permite hacer esto, sé cómo ella se desarrollaba fuera de la anterior Sibila Griega en Delphi, en aquella grande y venerada tierra, Grecia.

Pocos hombres saben esto y quizá la Sibila, alargando su mano a través del tiempo para llamarme la atención por hablar en voz alta, me silenciará para siempre. Es bastante posible, por tanto, que antes de que termine este pergamino, sea hallado muerto. Mi cabeza estará partida y abierta como uno de esos melones demasiado maduros provenientes de Levante los cuales, nosotros los romanos, valoramos demasiado. En cualquier caso, al ser viejo, con atrevimiento y descaro hablaré.

Había estado riñendo con mi esposa esa mañana. No era viejo entonces, y el terrible asesinato de Julio César había apenas sucedido. En aquel momento nadie estaba seguro de quién era el culpable. *¡Alta traición contra el Estado!* El asesinato más siniestro. Mil cuchillos hirieron el cuerpo del

hombre que había venido para estabilizar nuestra temblorosa sociedad... con la aprobación de la Sibila, en su Templo. Hemos visto los libros que ella ha escrito para este efecto. Sabíamos que ella había previsto que César llevaría su armada sobre el río hasta Roma, para aceptar la corona del César.

—Tú, tonto ingenuo —me estaba diciendo mi esposa aquella mañana—. Si la Sibila fuera tan sabia como tú crees, habría anticipado este asesinato.

—Quizá lo hizo —respondí.

—Creo que ella es una farsante —me dijo mi esposa Xantippe, haciendo muecas como sólo ella sabe hacer, lo cual es muy repulsivo. Ella es —debería decir era— de una clase social más alta que la mía, y siempre me hacía consciente de eso—. Ustedes los sacerdotes hacen esos textos; ustedes mismos los escriben, dicen lo que creen de una manera tan vaga que cualquier clase de interpretación puede hacerse de eso. Ustedes están engañando a los ciudadanos, especialmente a los acomodados. —Con eso ella quiere decir, a su propia familia.

Le dije con furia, levantándome abruptamente de la mesa del desayuno:

—Ella es una inspiración, una profetisa, conoce el futuro. Evidentemente no había manera de que el asesinato de nuestro gran líder, a quien la gente amaba tanto, pudiera ser evitado.

—La Sibila es una broma de mal gusto —dijo mi esposa y, en su codiciosa y glotona forma usual, empezó a untar mantequilla en otro pedazo de pan.

—He visto los grandes libros y...

—¿Cómo es que ella conoce el futuro? —exigió mi esposa.

En cuanto a eso tuve que admitir que no sabía; estaba cabizbajo. Yo, un sacerdote de Cumas, servidor del Estado Romano. Me sentí humillado.

—Es un juego de dinero, un timo —mi esposa estaba diciendo mientras yo daba zancadas hacia la puerta.

Aunque estaba apunto de amanecer —la bella Aurora, la diosa del amanecer, estaba mostrando aquella luz blanca sobre el mundo, la luz que consideramos sagrada, y de la cual muchas de nuestras inspiradas visiones provienen— me dirigí, caminando, al amado Templo donde trabajo.

Nadie más había llegado aún, excepto los guardias armados, inútilmente parados afuera; me echaron un vistazo sorprendidos de verme tan temprano, y luego me saludaron con la cabeza al reconocerme. Con la excepción de un reconocido sacerdote del Templo en Cumas, nadie tiene permitido entrar; aún el mismo César debía depender de nosotros.

Al entrar, pasé por la gran bóveda llena de gas, en la cual el gran trono de piedra de la Sibila brillaba de humedad en la penumbra; sólo unas pobres y escasas antorchas habían estado encendidas.

Me paré y me quedé totalmente callado, congelado, cuando vi algo que nunca antes se me había revelado. La Sibila, con su largo cabello negro atado en un ajustado nudo, sus brazos cubiertos y sentada en su trono, se inclinaba hacia delante, y vi, entonces, que no estaba sola.

Dos criaturas se mantenían de pie detrás de ella, dentro de una burbuja redonda. Parecían hombres, pero cada uno de ellos tenía una cosa más, no estoy seguro, aún ahora, de qué tenían de más, pero no eran mortales. Eran Dioses. Tenían ranuras en lugar de ojos, sin pupilas. En lugar de manos, tenían pinzas, como las tiene un cangrejo. Sus bocas eran sólo agujeros, y me di cuenta de que ellos, no lo quiera Dios, eran mudos.

Parecían estar hablando con la Sibila, pero por medio de un gran hilo de forma que en cada uno de sus extremos había una caja. Una de las criaturas

sostenía la caja al lado de su cabeza, y la Sibila escuchaba en la caja utilizando su otro extremo. La caja tenía números y botones, y el hilo estaba amontonado en un rollo, así que se podía extender.

Esos eran los *Inmortales*. Pero, nosotros los romanos, nosotros los mortales, habíamos creído que todos los *Inmortales* habían abandonado el mundo hace mucho tiempo. Esto era lo que nos habían dicho. Evidentemente ellos habían regresado —al menos por un corto tiempo— para darle información a la Sibila.

La Sibila se dirigió hacia donde estaba e, increíblemente, su cabeza atravesó toda la cámara llena de gas hasta encontrarse cerca de la mía. Estaba sonriendo, me había descubierto. Ahora podía oír la conversación entre ella y los *Inmortales*; graciosamente ella la hizo audible para mí.

—…sólo uno de muchos —estaba diciendo el más alto de los dos *Inmortales*—. Mas está por venir, pero no por algún tiempo. La oscuridad de la ignorancia está por venir, luego de un periodo dorado.

—¿No hay forma en que esto pueda ser evitado? —preguntó la Sibila, con esa voz melodiosa que nosotros atesoramos demasiado.

—Augusto reinará bien —dijo el más alto de los *Inmortales*—, pero después de él, vendrán hombres diabólicos y trastornados.

El otro *Inmortal* dijo:

—Debes entender que un nuevo culto surgirá en torno a una *Criatura Luminosa*. El culto crecerá, pero sus textos verdaderos estarán codificados y los verdaderos mensajes estarán perdidos. Hemos previsto una falla en la misión de la *Criatura Luminosa*, será torturada y asesinada, como lo fue Julio. Y después de eso…

—Mucho después de eso —dijo el más alto de los *Inmortales*—, la civilización misma se levantará de la ignorancia una vez más, luego de dos mil años, y luego…

La Sibila jadeó:

—¿Todo ese tiempo, *Padres*?

—Todo ese tiempo. Y luego, cuando empiecen a cuestionarse, a buscar y encontrar algo para aprender sobre sus verdaderos orígenes, su divinidad, los asesinatos empezarán otra vez, la represión y la crueldad, y otra era oscura empezará.

—Puede ser evitado —dijo el otro *Inmortal*.

—¿Puedo ayudar? —dijo la Sibila.

Gentilmente los dos *Inmortales* dijeron:

—Estarás muerta para entonces.

—¿No habrá Sibila que tome mi lugar?

—Nadie. Nadie resguardará la República dos mil años a partir de ahora. Y asquerosos hombres con pequeñas ideas corretearán y escarbarán de un lado a otro como ratas; sus huellas se cruzarán una y otra vez por el mundo en la medida en la que ellos busquen poder y compitan por falsos honores, por la superioridad el uno con el otro. —Y luego ambos *Inmortales* le dijeron a la Sibila—: para entonces no serás capaz de ayudar a la gente.

Abruptamente los dos *Inmortales* se desvanecieron, así como el rollo del hilo y las cajas con números por las que hablaban y fueron persuadidos, como por la sola presencia de la mente y el espíritu. La Sibila se sentó por un momento, y después levantó sus brazos de manera que por medio del mecanismo que los egipcios nos enseñaron, una de las blancas páginas se levantó hacia ella, para que ella quizá escribiera. Pero entonces hizo una

cosa curiosa, y esto que voy a narrar es lo que más miedo me da, más miedo de lo que ya he contado.

Alargando la mano entre los pliegues de su toga sacó un ojo. Puso el ojo en el centro de su frente, no era un ojo del todo como los nuestros, con pupilas; era como el *ojo-ranura* de los *Inmortales*, pero no del todo. Tenía bandas oblicuas hacia un lado que se movían de una a otra... No tengo palabras para describir esto, siendo tan sólo un sacerdote, por medio del entrenamiento formal y de las clases, pero la Sibila en realidad volteó hacia mí y, con el *Ojo*, miró mi pasado y luego entonces lloró tan fuerte que hizo temblar las paredes del Templo; las piedras cayeron y las víboras que se encontraban debajo de las ranuras de las piedras silbaron. Lloró llena de consternación y horror por lo que vio, en mi pasado, y su extraño tercer ojo permanecía aún en su frente; continuaba mirando.

Y entonces se cayó, como si se desmayara. Corrí hacia ella para echarle una mano. Toqué a la Sibila, mi amiga, esa gran y amada amiga de la República, mientras ella se sentía mareada y se balanceaba hacia adelante llena de consternación por lo que vio más allá, bajo los túneles y pasadizos del tiempo. Porque era a través de *ese* Ojo que la Sibila veía lo que tenía que ver, para instruirnos y prevenirnos de algo. Y para mí fue evidente que algunas veces veía cosas tan terribles y espantosas para ella como para soportarlas, y que nosotros deberemos de manejar, intentar manejarlas, mientras podamos.

Mientras sostenía a la Sibila, una cosa extraña sucedió. Entre los arremolinados gases vi figuras que empezaban a tomar forma.

—No debes dar por hecho que son reales —dijo la Sibila; escuché su voz y aunque entendí sus palabras sabía que aquellas figuras eran, de hecho, reales. Vi un barco gigante, sin velas ni remos... Vi una ciudad con altos y flacos edificios, llena de vehículos diferentes a cualquiera que haya visto antes. Y con todo me moví hacia ellos y ellos se movieron hacia mí, hasta el momento en que las figuras se arremolinaron detrás de mí, separándome de la Sibila—. Veo esto con el *Ojo de Gorgon* —me estaba diciendo la Sibila—. *Es el Ojo que Medusa tomó por detrás y por delante, el ojo de todos los destinos.* Has caído en...

Y después de eso sus palabras se habían ido.

Jugué en el césped con mi cachorro, sorprendido por una botella de *Coca-Cola* que habían dejado en el jardín trasero de nuestra casa, no se quién la había dejado allí.

—Philip, la cena esta servida, métete ya —me dijo mi abuela que se encontraba en el vestíbulo de atrás. Vi que el sol se ponía.

—Ok —le respondí. Pero continué jugando. Había encontrado una enorme telaraña, y en ella estaba atrapada una abeja, mordida por la araña. Empecé a desenvolver a la abeja, pero me mordió.

A la mañana siguiente me encontraba leyendo las tiras cómicas que aparecían en la *Gaceta Periodística* de Berkeley. Leí sobre Brick Bradford y cómo encontró civilizaciones perdidas provenientes de hace miles de años.

—¡Mamá! —le dije a mi madre—. Ve esto, es estupendo. Paredes de ladrillo bajo este arrecife, velo mamá, y además en el fondo. —Me mantenía mirando fijamente a los cascos, provenientes de los viejos tiempos, que la gente utilizaba, y una extraña sensación llenaba mi ser; no sabía por qué.

—Ciertamente eso está bastante lejos de la diversión —decía mi abuela con voz disgustada—. Debería leer algo que le aproveche más. Esas tiras cómicas son basura.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba en la escuela, sentado y viendo a una mujer bailar. Su nombre era Jill y era de un grado superior al nuestro, el sexto. Tenía puesto uno de esos vestidos para la danza del vientre y su velo cubría la parte baja de su cara. Pero pude ver sus adorables y encantadores ojos, esos ojos llenos de sabiduría. Me recordaban los ojos de alguien más, de alguien que alguna vez conocí, pero ¿quién tiene una niña jamás conocida?

Después, la señora Redman nos puso a hacer una composición y escribí acerca de Jill. Escribí sobre tierras extrañas donde Jill vivía, donde bailaba sin nada puesto sobre su cintura. Luego, la señora Redman habló con mi madre por teléfono y yo estaba berreando en el exterior diciendo, en términos oscuros, que eso tenía que ver con un sostén o algo por el estilo. En ese entonces nunca lo entendí; había mucho que no entendía. Parecía tener unos recuerdos y, sin embargo, no tenían nada que ver con el hecho de haber crecido en Berkeley y asistido a la Escuela de Gramática en Hillside, o con mi familia, o con la casa en la que vivíamos... tenían que ver con serpientes. Ahora sé porqué soñaba con serpientes: serpientes sabias, no serpientes malévolas, sino con aquellas que susurran sabiduría.

De cualquier forma, mi composición fue muy bien considerada por el Director Principal de mi escuela, el señor Bill Gaines, luego de que escribí, en todo momento, que Jill utilizaba algo sobre la cintura. Luego decidí ser un escritor.

Una noche tuve un raro sueño. Quizá me encontraba en la Preparatoria, preparándome para ir a la Universidad de Berkeley el siguiente año. Soñé que en la profundidad de la noche —y no fue como un sueño regular, realmente fue real—, detrás de un cristal vi a esta persona del espacio exterior en un satélite o algo por el estilo, y venía para acá. Él no podía hablar; sólo me miró con sus ojos graciosos.

Más o menos dos semanas después, tenía que llenar un cuestionario en el que me preguntaban qué quería ser cuando sea grande, y pensé en el sueño del hombre de otro Universo, así que escribí:

VOY A SER UN ESCRITOR DE CIENCIA-FICCIÓN

Eso puso loca a mi familia, pero entonces, cuando se volvieron locos, me volví obstinado. De todos modos mi novia, Ysabel Lomax, me dijo que no sería bueno para eso y que de cualquier manera no ganaría dinero, que la ciencia-ficción era tonta y que sólo gente con barros la leía. Así que me convencí de escribir ciencia-ficción, porque la gente con barros debe tener a alguien escribiendo para ellos, de otra manera sería injusto, escribir solamente para la gente con complexiones perfectas. Los Estados Unidos de América están cimentados en la justicia; esto es lo que el señor Gaines nos enseñó en la Escuela de Gramática en Hillside, y como él había sido capaz de fijar mi atención en aquella época, cuando nadie más lo hizo, tiendo a admirarlo.

En la Preparatoria fui un fracasado porque sólo me sentaba para escribir y escribir todo el día, y todos los maestros me gritaban y decían que era un comunista por que no hacía lo que me pedían.

Librodot

—¿Ah, sí? —solía decir. Eso me llevó a parodiar al Decano de los estudiantes. Me dijo en una voz peor que la que mi abuelo tenía, que si no mejoraba mis calificaciones sería expulsado.

Aquella noche tuve otro de aquellos sueños vívidos. En esta ocasión me encontraba en el carro de una mujer, y ella iba manejándolo. Sólo que era como uno de esos carruajes viejos estilo romano, y ella estaba cantando.

El siguiente día, cuando tenía que ir a ver al señor Erlaud, el Decano de los estudiantes, escribí en el pizarrón, en latín:

UBI PECUNIA REGNET

Cuando regresó su rostro se tornó rojo, debido a que él enseña latín y sabe lo que significa. *«Donde el dinero gobierna».*

—Esto es lo que escribiría una persona izquierdista que se queja —me dijo. Así que escribí algo más, mientras se sentó para echarle un vistazo a mis notas en el cuaderno. Escribí:

UBI CUNNUS REGNET

Eso pareció ponerlo perplejo.

—¿Dónde aprendiste esa oración en particular en latín? —me dijo.

—No sé —le dije. No estaba seguro, pero me parecía que en mis sueños *ellos* estaban hablando conmigo en latín. Quizá era sólo mi propio cerebro dando vueltas y reanudando mi clase de Latín 1A, para principiantes en la que fui realmente muy bueno, sorprendentemente, por que no estudié.

El siguiente sueño vívido como ése, vino dos noches antes de que aquel monstruo, o bien aquellos monstruos, mataran al Presidente Kennedy. Vi todo sucediendo en mi sueño dos noches antes, pero más que cualquier cosa, más vívido aún, vi a mi novia Ysabel Lomax observando a los conspiradores realizar su diabólica hazaña, e Ysabel tenía un *tercer ojo.*

Mis amigos me llevaron después con una psicóloga porque, luego de que el Presidente fue asesinado, me volví realmente extraño. Sólo me sentaba, le daba vueltas a algo como empollando, y luego me retiraba.

Fue una elegante y pulcra dama a la que me mandaron, una tal Carol Heims. Era muy hermosa y no dijo que estaba loco, dijo que me debería alejar de mi familia y salirme de la escuela. Dijo que el sistema escolar te aísla de la realidad y de aprender técnicas para desarrollarte en situaciones reales, y que escribiera ciencia-ficción.

Y lo hice. Trabajé en una tienda de televisores, barriendo el piso, desenvolviendo y acomodando los nuevos equipos de televisión. Me mantenía pensando que cada televisor era como un *gran ojo*. Esto me preocupaba. Le comenté a Carol Heims sobre mi sueño, que había estado teniendo toda mi vida, sobre la gente del espacio, y hablar en latín, y que creía que debía de haber mucho más, pero que nunca me acordaba de todo cuando me despertaba.

—Los sueños no llegan a comprenderse completamente —me dijo la señorita Heims. Estaba sentado ahí, preguntándome cómo luciría en un vestido y bailando la danza del vientre, desnuda por encima de la cintura; me di cuenta que al hacer esto la hora de terapia se iba más rápido—. Existe una nueva teoría que es parte de tu inconsciente colectivo, que se extiende

quizá unos miles de años en el pasado... y en sueños estás en contacto con eso. Así que, si eso es cierto, los sueños son válidos y muy valiosos.

Estaba ocupado imaginando sus caderas moviéndose sugestivamente de lado a lado, pero alcancé a escuchar lo que me dijo; era algo sobre la bondadosa sabiduría de sus ojos. Siempre pensaba en esas sabias víboras, por alguna razón.

—He estado soñando con libros —le dije—. Libros abiertos asiéndose frente a mí. Libros enormes, muy valiosos. Sagrados, como la *«Biblia»*.

—Eso tiene que ver con tu carrera como escritor —dijo la señorita Heims.

—Esos libros son viejos. Como de unos mil años. Y nos están advirtiendo sobre algo. Un terrible asesinato, muchos asesinatos. Y sobre Policías poniendo a gente en Prisión por sus ideas, pero haciéndolo en forma *secreta*, declarando *en falso* para incriminar a la gente. Y siempre estoy viendo a esa mujer que se parece a usted, pero está sentada en un inmenso trono de piedra.

Después la señorita Heims fue transferida a otra parte del país y no pude verla más. Me sentí realmente mal, y me ocultaba de mí mismo en mi escritura. Vendí una historia para una revista llamada *«Fortaleciendo los Hechos de la Ciencia»*, la cual hablaba sobre razas superiores que habían aterrizado en la Tierra y dirigían nuestros asuntos secretamente. Nunca me pagaron.

Ahora soy viejo, y me arriesgo al contar esto, pero a fin de cuentas, ¿qué tengo que perder? Una vez me solicitaron escribir un pequeño ensayo para la revista *«Narraciones Extraordinarias y Aventuras en el Planeta-Amor»*. Ellos me dieron un pequeño bosquejo del argumento que querían ver escrito, así como una fotografía en blanco y negro de la portada.

Me quedé mirando fijamente la fotografía; mostraba a un romano o a un griego —de cualquier manera, vestía una toga— y tenía en su pecho un caduceo, el cual es el signo médico: dos serpientes enroscadas, sólo que en realidad tenían originalmente ramos de olivo.

—¿Cómo sabes que eso se llama un «*caduceo*»? —me preguntó Ysabel (ahora vivíamos juntos, y siempre me estaba diciendo que hiciera más dinero y que fuera como su familia, que era de una clase acomodada).

—No lo sé —le dije, y me sentí curioso. Y luego comencé a ver, agitándose violentamente, una actividad fosfénica de colores en mis dos ojos, como aquellos gráficos de arte moderno abstracto que dibujan Paul Klee y otros, en vívidos colores, cuchilladas de ráfagas de luz con una muy rápida duración.

—¿Qué fecha es hoy? —le grité a Ysabel, quien se encontraba sentada secándose el pelo y leyendo la revista *«Harvard Lampoon»*.

—Es 1974 —me respondió.

—Entonces la tiranía esta en el poder, si sólo es 1974 —le dije.

—*¿Qué?* —me respondió asombrada, mirándome fijamente.

En ese momento dos seres aparecieron a cada lado de ella, encapsulados en sus vasijas de sistema interno, dos globos que flotaban y mantenían su atmósfera y temperatura.

—No le digas ni una palabra más a ella —me advirtió uno de ellos—. Borraremos su memoria; pensará que se quedó dormida y tuvo un sueño.

—Ya recuerdo —dije, presionando mis manos en mi cabeza. Había tenido lugar la anamnesia; recordé que venía de tiempos antiguos y que, antes de

eso, venía de la estrella *Albemuth*, de donde venían esos dos *Inmortales*—. ¿Por qué están de regreso? —dije—. ¿Para...

—Deberemos trabajar enteramente a través de mortales ordinarios —dijo J'Annis. Él era el más sabio de los dos *Inmortales*—. Ahora no hay Sibila para ayudar, para darle consejo a la República. A través de los sueños estamos comunicándonos con la gente aquí y allá, para despertarlos; ellos están empezando a entender que el *Precio de la Liberación* está siendo pagado por nosotros, para liberarlos del *Mentiroso*, que ahora los gobierna.

—¿No están ellos conscientes de su existencia? —pregunté.

—Ellos sospechan. Ven hologramas nuestros proyectados en el cielo, los cuales utilizamos para distraerlos; ellos imaginan que estamos flotando por allá.

Sabía que estos *Inmortales* estaban en las mentes de los humanos, no en los cielos de la Tierra y que, distrayendo la atención hacia fuera, estaban libres una vez más para ayudar hacia dentro, como ellos habían siempre ayudado: *al Mundo Interior*.

—Traeremos la primavera a este mundo de invierno —dijo F'fr'am, sonriendo—. Levantaremos las barreras que aprisionan a esta gente que gime bajo una tiranía que ven en forma opaca. ¿Tú la viste? ¿Sabías sobre los movimientos y andadas de la Policía Secreta, los Equipos casi Militares que destruyen toda la libertad de expresión, todos aquellos que disidieron?

Ahora, a mi vieja edad, pongo a la vista este relato para todos ustedes, mis amigos romanos, aquí en Cumas, donde vive la Sibila. Pasé, ya sea por casualidad o por designio, a un futuro lejano, a un mundo de tiranía, de invierno, el cual no se pueden imaginar. Y vi a los *Inmortales* que nos asistieron y también asisten a aquellos. ¡Dos mil años a partir de ahora! Aunque esos mortales en el futuro están —escúchenme— ciegos. Les han quitado la vista debido a mil años de represión; ellos han sido atormentados y limitados, en la misma forma en como limitamos a los animales. Pero los *Inmortales* los están despertando, los van a despertar, debería decir, a tiempo para salvarlos.

Y entonces los dos mil años de invierno terminarán; abrirán sus ojos. A causa del sueño y de inspiraciones secretas sabrán, aunque he dicho a ustedes todo esto en mi antigua y vaga forma.

Déjenme terminar con este verso de nuestro gran poeta Virgilio, un buen amigo de la Sibila, y sabrán a través del mismo, lo que yace más allá, por que la Sibila ha dicho que aunque no se aplicará a nuestro tiempo, aquí en Roma, se aplicará a aquellos que están dos mil años de nosotros, trayéndoles una promesa de auxilio:

«Ultima Cumaei venit iam carmines aetas;
magnus ab integro saeclorum nascitur ordo.
Iam redit et Virgo, redeunt Saturnia regna;
iam nova progenies, caelo demittitur alto.
Tu modo nascenti puero, quo ferrea primum
desinet, ac toto surgent gens aurea mundo,
casta fave Lucina; tuus iam regnat Apollo».

Pondré esto en la extraña lengua llamada castellano, la cual aprendí a hablar durante mi tiempo en el futuro, antes de que los *Inmortales* y la

Sibila me trajeran de vuelta aquí, cuando mi trabajo allá en aquel tiempo había terminado:

«Por fin, el Tiempo Final anunciado por la Sibila llegará:
la procesión de la eternidad vuelve a su origen.
La Virgen regresa y Saturno reina como antes;
una nueva raza del cielo en las alturas desciende.
La Diosa del Nacimiento, sonríe al bebé recién nacido,
en cuyo tiempo la Prisión de Acero caerá en ruinas,
y una raza dorada surge por todos lados.
¡Apolo, el rey legítimo, está restaurado!».

Por desgracia ustedes, mis queridos amigos romanos, no vivirán para ver esto. Pero lejos, a lo largo de los corredores del tiempo, en los Estados Unidos de América (uso aquí palabras extrañas para ustedes), el demonio caerá, y esta pequeña profecía de Virgilio, que la Sibila inspiró en él, se hará realidad.

¡La primavera esta renaciendo!

EL DÍA QUE EL SR. COMPUTADORA SE CAYÓ DE SU ÁRBOL

Despertó, y sintió de golpe que algo estaba aterradoramente mal. Oh, Dios mío, pensó mientras se percataba que el señor Cama lo había depositado hecho un ovillo en un montón desordenado contra la pared. Está comenzando de nuevo, se dio cuenta. Y el *Directorio Oeste* nos prometió infinita perfección. Esto es lo que conseguimos, pensó, por creer lo que dicen simples humanos.

Como mejor pudo, logró desembarazarse de sus sábanas, se levantó tembloroso y cruzó la habitación rumbo al señor Armario.

—Quisiera un elegante traje cruzado, gris zapa —le informó, hablando crispadamente al micrófono sobre la puerta del señor Armario—. Una camisa roja, calcetines azules, y...

Pero fue inútil. La ranura ya estaba vibrando mientras un par de grandes bombachos de seda para mujer estaban deslizándose hacia fuera.

—Tienes lo que ves —dijo la metálica voz del señor Armario, llegando hasta él con un eco profundo.

Con ánimo sombrío, Joe Contemptible se puso los bombachos. Al menos era mejor que nada, como aquel día, en el *Terrorífico Agosto*, cuando la vasta computadora poliencefálica en Queens les había dado a todos, en la *Más Grande América*, nada más que un pañuelo para usar.

Dirigiéndose al baño, Joe Contemptible lavó su cara, y encontró que el líquido que estaba rociando sobre sí mismo era tibia cerveza de raíz. Cristo, pensó. Esta vez el señor Computadora está mucho más loco que nunca antes. Ha estado leyendo cuentos de ciencia-ficción del viejo Phil Dick, decidió. Esto es lo que ganamos por proveer al señor Computadora con toda clase de basura arcaica del mundo, para que lea y almacene en sus bancos de memoria.

Terminó de peinar su cabello, sin hacer uso de la cerveza de raíz, y luego, habiéndose secado, entró en la cocina para ver si el señor Cafetera tenía al menos un fragmento de cordura en una realidad que estaba deteriorándose completamente a su alrededor.

No tuvo suerte. El señor Cafetera le presentó servicialmente una taza con jabón. Bien, ¿qué le vamos a hacer?

El problema real, sin embargo, llegó cuando trató de abrir al señor Puerta. El señor Puerta se negó a abrir; en lugar de ello se quejó con un sonido metálico:

—Los caminos de la gloria no conducen sino a la tumba.

—¿Y eso qué significa? —demandó Joe, enojado ahora. Esta situación absurda ya no tenía gracia. Nunca la había tenido en circunstancias similares con anterioridad, excepto, quizá, cuando el señor Computadora le había servido para el desayuno faisán asado.

—Significa —dijo el Sr. Puerta— que estás perdiendo tu tiempo, desgraciado. De ninguna manera vas a ir a tu oficina hoy.

Esto resultó ser cierto. La puerta no se abrió; a pesar de sus esfuerzos, el mecanismo, controlado a muchas millas de distancia por la matriz maestra poliencefálica, se rehusó a ceder.

¿Desayunaría, entonces? Joe Contemptible apretó los botones del módulo de control del señor Alimentos, y se encontró contemplando un plato de fertilizante.

Inmediatamente, alzó el teléfono y atacó salvajemente los números que lo podrían en contacto con la policía local.

—*Fantasías Animadas SA* —dijo la cara sobre la pantalla—. Una versión animada, en caricaturas, de tus prácticas sexuales será producida en una semana, *¡incluyendo GLORIOSOS EFECTOS DE SONIDO!*

Maldición, se dijo a sí mismo Joe Contemptible, y colgó.

Había sido una mala idea desde el principio, allá en 1982, operar cada mecanismo desde una fuente central. Desde luego, la idea básica había sonado bien: con la capa de ozono consumida, mucha gente se estaba comportando de manera irracional, y se había vuelto necesario resolver el problema con algunos medios electrónicos inmunes a las radiaciones ultravioleta que deterioraban la mente y que ahora fluían hacia la Tierra. El señor Computadora pareció, en su momento, ser la respuesta. Pero, era triste decirlo, el señor Computadora había absorbido demasiada influencia perturbada de sus constructores y así, como ellos, tenía sus propios episodios psicóticos.

Desde luego había una respuesta. Apresuradamente había sido encontrada, puesta en su lugar, como si fuera una sola cosa junto con el problema. Era la encargada de *Salud Mental Mundial*, una formidable y vieja arpía llamada Joan Simpson, a la que se le había otorgado cierta clase de inmortalidad, así estaría siempre disponible para tratar al señor Computadora durante sus crisis de locura. La señorita Simpson estaba conservada en el centro de la Tierra en una cámara especial recubierta de plomo, a salvo de las dañinas radiaciones que llegaban a la superficie, en una animación de suspensión parcial llamada *Pak Tristeza*, en la cual, se decía, la señorita Simpson yacía adormilada mientras era entretenida por una interminable procesión de programas impagables de radio de los años cuarenta, alimentándola en un círculo cerrado interminable. La señorita

Librodot

Simpson, se decía, era la única persona cuerda sobre, o más bien dentro, de la Tierra; esto, aunado a sus soberbias habilidades, así como su infinito entrenamiento en el arte de sanar construcciones psicóticas, la hacía la única esperanza de supervivencia para la Tierra.

Dándose cuenta de esto, Joe Contemptible se sintió un poco mejor, pero no mucho; porque acababa de recoger al señor Diario que estaba sobre el suelo, a un lado de la ranura de la puerta principal. El encabezado decía:

ADOLFO HITLER CORONADO PAPA. LAS MULTITUDES
CELEBRAN EN CANTIDADES RECORD

Lo mismo le sucedía al señor Diario, se percató Joe con aire lúgubre, y lo arrojó por la ranura del señor Basurero. El mecanismo se revolvió, y luego, en lugar de ingerirlo o deshacerlo, lo expelió de nuevo. Joe, una vez más, le echó de nuevo un breve vistazo al encabezado, vio la fotografía de un esqueleto humano, ataviado de bigote y uniforme nazi, portando la gran corona papal; Joe se sentó en el sofá de la sala de estar a aguardar el momento, seguro de que llegaría pronto, en que la señorita Simpson fuera despertada del *Pak Tristeza* para tratar al señor Computadora y, al hacerlo, devolverle la cordura al mundo.

Un tanto para sí mismo, Fred Doubledome dijo:

—Está psicótico, correcto, le pregunté si sabía dónde estaba y dijo que flotando en una balsa sobre el Missisippi. Ahora, confírmalo por mí. Pregúntale quién es.

El doctor Pacemaker tocó el botón de control para preguntas sobre la consola de la vasta computadora, preguntándole:

¿QUIEN ERES?

La respuesta apareció en la pantalla inmediatamente:

TOM SAWYER.

—¿Lo ves? —dijo Doubledome—. Está totalmente desconectado de lo que sucede en la realidad. ¿Ha comenzado ya la reactivación de la señorita Simpson?

—Afirmativo, Doubledome —dijo Pacemaker, y como si probara estar en lo correcto, unas puertas se deslizaron a los lados para mostrar el contenedor recubierto de plomo en el cual la señorita Simpson dormía, escuchando su programa de radio favorito del día, *Mamá Perkins.*

—Señorita Simpson —dijo Pacemaker, inclinándose sobre ella—. Tenemos de nuevo un problema con el señor Computadora. Está totalmente ido. Ha mandado todas las líneas vehiculares de Nueva York por la misma ruta, hacia la misma intersección. La pérdida de vidas ha sido severa. Y en lugar de responder al desastre con Equipos de Bomberos y con la Policía, ha despachado a un grupo de payasos de circo.

—Ya veo —les llegó la voz de la señorita Simpson a través del sistema de transducción y amplificación de sonido por el cual se comunicaban con ella—. Pero primero, debo atender un incendio en el almacén de leña de *Mamá Perkins*. Ustedes verán, su amigo Shuffle...

Librodot

—Señorita Simpson —dijo Pacemaker—, nuestra situación es grave. La necesitamos. Salga de su niebla habitual y venga a trabajar para restaurarle la cordura al señor Computadora. Entonces podrá regresar a sus series radiofónicas.

Se quedó contemplando cómo era la señorita Simpson, sorprendido, como siempre, por su belleza virtualmente antinatural. Grandes ojos negros con largas pestañas, la voz sedosa y sensual, su pelo muy corto e intensamente negro, ¡tan adecuada en un mundo de caos y suciedad!; su cuerpo firme y flexible, su cálida boca sugiriendo amor y consuelo... Increíble, pensó, que la única persona realmente sana en la Tierra (y la única capaz de salvarla) pudiera ser, al mismo tiempo, sorprendentemente encantadora.

Pero eso no importaba; no era el momento para tener esos pensamientos. Las noticias de la NBC, por televisión, ya habían reportado que el señor Computadora había cerrado todos los aeropuertos del mundo y los había convertido en estadios de béisbol.

Poco después, la señorita Simpson ya estaba estudiando un abstracto esquema compuesto que delineaba las órdenes erráticas del señor Computadora.

—Está claramente en una situación regresiva —les informó, sorbiendo distraídamente su taza de café.

—Señorita Simpson —dijo Pacemaker—, me temo que es agua jabonosa lo que está bebiendo.

—Tiene razón —dijo la señorita Simpson, bajando su taza—. Me doy cuenta que el señor Computadora está jugándole bromas infantiles a la masa de la humanidad. Coincide con mi hipótesis hipostática.

—¿Cómo hará que vuelva a la normalidad esta vasta construcción? —preguntó Pacemaker.

—Evidentemente se topó con una situación traumática que le causó la regresión —dijo la señorita Simpson—. Localizaré el trauma y entonces procederé a insensibilizar al señor Computadora confrontándole con este trauma. Mi monitor, en este sentido, le presentará al señor Computadora cada letra del alfabeto en orden, calibrando sus reacciones hasta que yo perciba que, en un movimiento de salud mental, logremos una reacción de desagrado.

Lo hizo así. El señor Computadora, en la letra J, emitió un quejido apagado; le salió un poco de humo. La señorita Simpson entonces repitió la secuencia de letras. Esta vez el quejido sordo y la emisión de humo se presentaron en la letra C.

—JC —dijo la señorita Simpson—. Quizá se refiera a Jesucristo. *Quizá la Segunda Venida ha tenido lugar*, y el señor Computadora teme ser desconectado. Empezaré asumiendo eso. Coloquen al señor Computadora en un estado semicomatoso, así podrá hacer asociaciones libres.

Los técnicos se apresuraron a realizar la tarea asignada. El murmullo virtualmente inconsciente de la gran computadora comenzó a salir de los canales de audio montados a través de la cámara de control.

—... programándose él mismo para morir —la computadora divagó—. Una buena persona como él... una orden de análisis de DNA... va a pedir que aceleren y no que detengan el proceso de muerte. El salmón nadando contra corriente para morir... eso le atrae... después de todo lo que he hecho por él. Rechaza la vida. Esta consciente de ello. Desea morir. No puedo soportar la muerte voluntaria, una reprogramación totalmente opuesta al propósito de

la matriz del comando de programación del DNA... —seguía diciendo incoherentemente.

La señorita Simpson dijo con agudeza:

—¿Qué nombre le surge, señor Computadora? ¡Un nombre!

—Empleado en una tienda de discos —la computadora farfullaba—. Una autoridad en los *Lieder* alemanes y en las baladas de *rock* de los sesenta. Qué desperdicio. Pero el agua es cálida. Creo que pescaré. Que mi caña se hunda y atrape un gran bagre. ¡La sorpresa que se llevará Huck, y Jim también! Jim es todo un hombre aunque...

—¿Qué nombre? —repitió la señorita Simpson.

El vago murmullo continuaba.

Rápidamente, la señorita Simpson se dirigió a Doubledome y a Pacemaker, que permanecían rígidos y atentos, y les dijo:

—Encuentren a un empleado de discos cuyas iniciales sean J.C., y que sea una autoridad en los *Lieder* alemanes así como en las baladas de rock de los sesenta. *¡Y de prisa! ¡No tenemos mucho tiempo!*

Habiendo dejado su apartamento por la ventana, Joe Contemptible recorrió su camino entre vehículos chocados y conductores coléricos que vociferaban, se dirigió a la *Compañía Artística de Música*, la tienda de discos donde había trabajado la mayor parte de su vida. Al menos había podido salir de su...

Repentinamente, dos policías vestidos de gris se materializaron frente a él, sus caras ceñudas; ambos, sosteniendo macanas, apuntaron al pecho de Joe:

—Vas a venir con nosotros —dijeron, virtualmente al unísono.

Joe sintió el repentino impulso de correr; en cambio, permaneció quieto. Pero entonces sintió un intenso dolor, el policía le dio un puñetazo y, mientras caía, se dio cuenta que ya era muy tarde para huir. Había sido capturado por las autoridades. Pero, ¿por qué?, se preguntaba. ¿Era solamente una redada al azar? ¿O estaban sofocando un frustrado golpe contra el Gobierno? ¿O acaso...?, sus vagos pensamientos competían entre sí... ¿han llegado por fin los extraterrestres para ayudarnos en nuestra lucha por la libertad? Entonces, la oscuridad lo envolvió, una piadosa oscuridad.

Lo siguiente que supo fue que dos miembros de la clase tecnócrata le estaban sirviendo una taza de agua jabonosa; un policía armado aguardaba en el fondo, con su macana lista para cuando la situación lo requiriera.

En un rincón de la cámara se encontraba sentada una mujer de cabello negro, extraordinariamente hermosa; usaba una minifalda y botas, todo pasado de moda pero seductoramente astuta, y vio, además, que tenía los ojos más grandes y cálidos que había visto en su vida. ¿Quién era? ¿Y... qué quería de él? ¿Por qué había sido traído ante ella?

—Su nombre —dijo uno de los tecnócratas vestidos de blanco.

—Contemptible —se las arreglo para decir, incapaz de apartar sus ojos de la joven extraordinariamente hermosa.

—Usted tiene una cita con el Departamento de *Replanteamiento de DNA* —dijo crispadamente el otro de los tecnócratas de blanco—. ¿Cuál es su propósito? ¿Qué rasgos inamovibles del estanque genético intenta... debería decir intentaba, alterar?

Joe dijo con poca convicción:

—Yo... quería ser reprogramado para... ustedes saben, una *Vida Más Larga*. La codificación para morir estaba a punto de activarse en mí, y yo...

—Sabemos que eso no es cierto —dijo la encantadora mujer de cabello negro con una voz intensa y sensual, que era no obstante también una voz plena de inteligencia y autoridad—. Estaba intentado suicidarse, ¿verdad señor Contemptible? Al modificar su código genético no intentaba posponer su muerte sino provocarla.

No dijo nada. Obviamente, ellos estaban enterados.

—¿Por qué? —dijo la mujer con aspereza.

—Yo... —dudó.

Entonces, derrumbándose en su fracaso, se las arregló para decir:

—No estoy casado. No tengo esposa. Nada. Sólo mi maldito trabajo en la tienda de discos. Todos esos malditos cantos alemanes y esas canciones de rock están en mi cabeza constantemente, dando vueltas día y noche, mezclándose Goethe y Heine con Neil Diamond. —Levantando su cabeza y con un desafío furioso dijo—: ¿Por qué debería vivir entonces? ¿Le llaman a eso vida*? Es existir, no vivir.*

Se hizo silencio.

Tres ranas cruzaron a saltos por el piso. El señor Computadora ahora estaba llenando de ranas todos los conductos de aire de la Tierra. Media hora antes habían sido gatos muertos.

—¿Saben lo qué es eso, tener melodías como *«La canción que te canto - El amor que te traigo»* flotando dentro de tu cabeza? —dijo Joe con calma.

La encantadora mujer de cabello negro dijo de repente:

—Creo que yo lo sé, Contemptible. Verás, soy Joan Simpson.

—Entonces... —Joe comprendió en un instante—. ¡Tú estás ahí en el centro de la Tierra viendo series de televisión sin fin! ¡En un ciclo interminable!

—No los veo —dijo Joan Simpson—. Los escucho. Son de radio, no de televisión.

Joe no dijo nada. No había nada que decir.

Uno de los tecnócratas de blanco dijo:

—Señorita Simpson, debemos comenzar a trabajar para restaurar la cordura del señor Computadora. En este momento está fabricando cientos de miles de *Pollys*.

—*¿Pollys?* —dijo Joan Simpson, desconcertada; entonces el entendimiento iluminó sus cálidos rasgos—. Oh, sí. Su amor de infancia.

—Señor Contemptible —le dijo a Joe uno de los tecnócratas vestidos de blanco—, es debido a su falta de amor por la vida que el señor Computadora se ha vuelto chiflado. Para poder devolverle la cordura al señor Computadora primero debemos devolvérsela a usted. —Se dirigió a Joan Simpson—: ¿Estoy en lo correcto?

Ella asintió, encendió un cigarrillo y se inclinó hacia atrás pensativamente.

—Bien —dijo después de un momento—. ¿Qué implicaciones tendría el cambiarte tu programa, Joe? Para que quieras vivir en lugar de morir. El síndrome disruptivo del señor Computadora está directamente relacionado con el tuyo. El señor Computadora siente que ha fallado en el mundo debido a que, al examinar un índice cruzado de individuos por quienes se preocupa, ha encontrado que tú...

—¿Se preocupa? —dijo Joe Contemptible—. ¿Quieres decir que le agrado al señor Computadora?

—Y está a su cuidado —explicó uno de los tecnócratas de blanco atuendo.

—Espera —Joan Simpson escudriñó a Joe Contemptible—. La frase *«por quienes se preocupa»* te ha hecho reaccionar. ¿*Qué* piensas que significa?

Con dificultad, dijo:

—Le agrado. En ese sentido, se preocupa por mí.

—Déjame preguntarte esto —dijo Joan Simpson luego, arrojando su cigarrillo y encendiendo otro—. ¿Sientes que nadie se preocupa por ti, Joe?

—Era lo que decía mi madre —dijo Joe Contemptible.

—¿Y tú le creíste? —preguntó Joan Simpson.

—Sí —asintió.

Repentinamente Joan Simpson se deshizo de su cigarrillo.

—Bien, Doubledome —dijo con una voz vigorosa y calmada—. No va a haber más programas de radio parloteándome. No voy a volver al centro de la Tierra. Se acabó, caballeros. Me apena, pero así son las cosas.

—¿Va a dejar al señor Computadora así de trastornado como está...?

—Voy a curar al señor Computadora —dijo Joan Simpson con una voz llana— curando a Joe. Y... —una leve sonrisa apareció en sus labios— y a mí misma, caballeros.

Se hizo un silencio total.

—Correcto —dijo uno de los dos técnicos de blanco después—. Los mandaremos a ambos al centro de la Tierra. Y pueden desconcertarse mutuamente por toda la eternidad. Excepto cuando sea necesario sacarlos del *Pak Tristeza* para sanar al señor Computadora. ¿Es un trato justo?

—Esperen —dijo débilmente Joe Contemptible, pero la señorita Simpson ya estaba asintiendo:

—Está bien.

—¿Qué hay de mi apartamento? —protestó Joe—. ¿Mi trabajo? ¿Qué hay de mi desgraciada e inútil pequeña vida a la que estoy acostumbrado?

—Eso ya está cambiando, Joe —dijo Joan Simpson—. Ahora me has encontrado.

—¡Pero yo pensaba que eras vieja y fea! —dijo Joe—. No tenía idea de...

—El universo está lleno de sorpresas —dijo Joan Simpson, y alzó sus brazos abiertos esperándolo.

LA PUERTA DE SALIDA LLEVA ADENTRO

Bob Bibleman tenía la impresión de que los robots no te miraban a los ojos. Y que cuando andaba alguno por los alrededores solían desaparecer pequeños objetos valiosos. La idea de orden para los robots era amontonar todo en una pila. Sin embargo, tenía que pedirles la comida a ellos, porque la venta estaba ubicada muy abajo en la escala de los salarios como para atraer a los humanos.

—Una hamburguesa, papas fritas, helado de frutilla y... —Bibleman hizo una pausa leyendo el menú en la pantalla visualizadora del robot—. No, mejor una hamburguesa doble con queso, papas fritas, helado de chocolate...

—Espere un minuto —dijo el robot—. Ya le estoy preparando la hamburguesa sola. ¿No le gustaría participar en el concurso de esta semana mientras aguarda?

—No me prepare la hamburguesa doble con queso —dijo Bibleman.

—Muy bien.

Era un infierno vivir en el siglo XXI. La transferencia de información había alcanzado la velocidad de la luz. Una vez el hermano mayor de Bibleman había alimentado a un robot generador de literatura con una sinopsis de diez palabras y, cuando cambió de opinión, descubrió que la novela ya estaba impresa. Tuvo que programar una secuencia para hacer la corrección.

—¿Cuál es el sistema de premios del concurso? —preguntó Bibleman.

En el acto tuvo la respuesta en el panel de visualización del robot, desde el primero hasta el último premio. Como es natural, el robot lo borró antes de que Bibleman lo pudiera leer.

—¿Cuál es el primer premio? —dijo Bibleman.

—No puedo decirle eso —dijo el robot. De una ranura del cuerpo extrajo una bandeja con una hamburguesa, papas fritas y helado de frutilla—. Son mil dólares en efectivo.

—Dame una pista —dijo Bibleman mientras pagaba.

—Está en todas partes y en ninguna a la vez. Existe desde el siglo XVII. En su origen era invisible, luego se volvió real. No podrá descubrirlo a menos que sea listo, aunque ayuda hacer trampa y también ser rico. ¿Qué le sugiere la palabra pesado?

—Profundo.

—No, el significado literal.

—Masa —caviló Bibleman—. ¿Qué es esto, un concurso para ver quién puede descubrir cuál es el premio? Me rindo.

—Pague los seis dólares —dijo el robot— para cubrir nuestros costos, y recibirá un...

—La gravedad —interrumpió Bibleman—. Sir Isaac Newton. El Colegio Real de Inglaterra. ¿Acerté?

—Sí —dijo el robot—. Seis dólares le ofrecen la oportunidad de ir a la Academia... una oportunidad estadística, al azar. ¿Qué son seis dólares? Nada.

Bibleman sacó una moneda de seis dólares y la puso en el robot.

—Ganó —dijo el robot—. Va a poder ir a la Academia. Ha vencido al azar, a pesar de que las posibilidades eran de dos trillones contra una. Déjeme ser el primero en felicitarlo. Si yo tuviera una mano le estrecharía la suya. Esto cambiará su vida. Éste es su día de suerte.

—Estaba arreglado —dijo Bibleman con cierta inquietud.

—Así es —dijo el robot, y miró a Bibleman directamente a los ojos—. Pero de todos modos es obligatorio que acepte el premio. La Academia es una Institución Militar ubicada en algún lugar de Egipto, por así decir. Pero ése no es un problema; lo llevarán hasta allí. Vaya a su casa y comience a preparar las cosas.

—¿Puedo comer mi hamburguesa y tomar...?

—Le sugiero que comience a preparar sus cosas en este mismo momento.

Detrás de Bibleman estaban esperando un hombre y una mujer. Se apartó pensativo, sosteniendo la bandeja, sintiéndose confundido.

—Un sándwich de carne asada —dijo el hombre—, con aros de cebolla, una cerveza y nada más.

—¿No quiere participar en el concurso? —dijo el robot—. Hay unos premios increíbles.

Expuso las posibilidades en el panel de visualización.

Mientras Bob Bibleman abría la puerta de su apartamento de un ambiente comenzó a sonar el teléfono. Lo estaban buscando.

—Está allí —dijo el teléfono.

—No voy a ir —dijo Bibleman.

—Seguro que lo va a hacer —dijo el teléfono—. ¿No sabe quién soy? Lea su certificado, el formulario legal de su primer premio. Tiene la categoría de alférez. Soy el Mayor Casals. Está bajo mi mando. Si le digo que mee púrpura tendrá que mear púrpura. ¿Cuánto tiempo puede tardar en llegar hasta el cohete de traslado? ¿No tiene amigos que quieran despedirlo? ¿Tal vez una novia? ¿Su madre?

—¿Adónde quieren que me vaya? —dijo Bibleman con irritación—. Quiero decir, ¿contra quiénes están peleando? ¿Qué Academia es? ¿De quién es? ¿Es una Academia de humanoides o de ciencias? ¿Está financiada por el Gobierno? ¿Ofrecen...?

—Cálmese —dijo el Mayor Casals serenamente.

Bibleman se sentó. Descubrió que le temblaban las manos. Pensó para sí mismo: nací en el siglo equivocado. Cien años atrás esto no hubiera sucedido y dentro de un siglo será ilegal. Lo que necesito es un abogado.

Su vida había sido tranquila. A lo largo de los años había llegado hasta la modesta posición de vendedor de casas flotantes. Para un hombre de veintidós años no estaba mal. Casi era propietario de su apartamento de un ambiente; lo estaba alquilando con opción a compra. Era una vida modesta como la mayoría de las vidas. No pedía demasiado y no se quejaba, normalmente, de lo que recibía. Aunque no comprendía el sistema impositivo que recortaba sus ingresos, lo aceptaba. Aceptaba cierto estado de penuria del mismo modo en que consentía que una muchacha no quisiera acostarse con él. En cierto sentido eso lo definía, era su medida. Soportaba lo que no le gustaba, y consideraba esta actitud como una virtud. La mayor parte de la gente que tenía autoridad sobre él lo consideraba una buena persona. Su jefe en las *Casas de la Nube Nueve* le decía qué tenía que hacer y sus clientes, en realidad, también le decían qué hacer. El Gobierno también les decía a todos lo que tenían que hacer, o al menos eso suponía. Tenía poco trato con el Gobierno. Eso no era ni una virtud ni un vicio, simplemente era buena suerte.

Una vez había experimentado vagas fantasías. Tenían que ver con ayudar a los pobres. En la escuela secundaria había leído a Charles Dickens y una vívida idea de los oprimidos se le había fijado en la mente hasta el punto en que podría reconocerlos: eran los que no tenían un apartamento de un ambiente, ni trabajaban y ni habían llegado hasta la escuela secundaria. Algunos nombres de lugares se le pasaban por la cabeza, tomados de la televisión, lugares como la India, donde una máquina de alto rendimiento barría a los moribundos de las calles. Una vez una máquina de enseñanza le había dicho: *tienes un buen corazón*. Eso lo sorprendió; no que una máquina dijera eso, sino que se lo dijera a él. Una muchacha le había dicho

Librodot

lo mismo. Se quedó maravillado. ¡Se unían enormes fuerzas para decirle que no era una mala persona! Era un misterio y una delicia.

Pero aquellos días ya se habían ido. Ya no leía novelas y la muchacha fue transferida a Frankfurt. Ahora lo había engañado un robot, una máquina barata, y le iban a hacer levantar mierda con una pala, acosado por un aparato que sacaba ciudadanos de las calles batiendo marcas. No era una Academia adonde lo iban a mandar; no había ganado nada. Muy probablemente se ganó un lugar en un Campo de Trabajos Forzados. *La puerta de salida lleva adentro*, pensó para sí mismo. Lo que es lo mismo que decir que cuando te requieren ya te tienen. Todo lo que necesitan es completar el papeleo. Y una computadora puede procesar los formularios tocando sólo una tecla. La tecla *I* significa *Infierno* y la *E*, *esclavo*, pensó. Y la *T* para *tú*.

No olvides tu cepillo de dientes, pensó. Puedes necesitarlo.

En la pantalla del videófono el Mayor Casals lo observaba con atención, mientras evaluaba en silencio las posibilidades de que Bob Bibleman intentase escapar. Dos trillones a una a que lo hará, pensó. Pero esa única posibilidad ganará, como en el concurso. Haré que sea así.

—Por favor —dijo Bibleman—, déjeme preguntarle una cosa, y deme una respuesta honesta.

—Por supuesto —dijo el Mayor Casals.

—Si no me hubiera dirigido hacia aquel robot y…

—Lo hubiésemos atrapado de otro modo —dijo el Mayor Casals.

—Muy bien —dijo Bibleman asintiendo—. Gracias. Me hace sentir mejor. Así no tengo que llamarme estúpido, pues si no se me hubiese ocurrido comer una hamburguesa y papas fritas… Si sólo… —se interrumpió—. Será mejor que prepare las cosas.

—Hemos estado evaluándolo durante varios meses —dijo el Mayor Casals—. Tiene demasiado talento para el trabajo que está haciendo, pero está poco educado. Necesita *más* educación. *Tiene derecho* a más educación.

—¡Está hablando como si se tratara de una verdadera Academia! —dijo Bibleman, asombrado.

—Lo es. Es la mejor del sistema. No hace publicidad porque una institución como ésta no la puede hacer. Nadie la elige: la Academia lo elige a uno. Esto no es una broma como se imaginaba. Realmente es imposible imaginarse siendo admitido por la mejor Academia del sistema por este método, ¿no es así, señor Bibleman? Tiene mucho que aprender.

—¿Cuánto tiempo estaré en la Academia? —dijo Bibleman.

—Hasta que aprenda —dijo el Mayor Casals.

Le hicieron un reconocimiento médico, una serie de pruebas psicológicas, le cortaron el pelo, le dieron un uniforme y una litera donde dormir. Bibleman sospechaba que el verdadero propósito de las pruebas era determinar si era un homosexual latente, y luego sospechó que sus sospechas indicaban que *era* un homosexual latente, así que abandonó las sospechas y entonces supuso que eran pruebas de aptitud e inteligencia, y se dijo que estaba mostrando ambas: inteligencia y aptitud. También se dijo que se veía muy bien con su uniforme, aunque era el mismo uniforme que llevaban todos los demás. Por eso lo llamaban uniforme, se acordó, mientras se sentaba en el borde de la litera a leer los folletos orientadores.

El primer folleto indicaba que era un gran honor ser admitido en la Academia. Ése era su nombre... una única palabra. Qué extraño, pensó, perplejo. Es como llamar a un gato *Gato* o a tu perro *Perro*. Estos son mi madre, la señora Madre y mi padre, el señor Padre. ¿A esta gente le funcionará bien la cabeza?, se preguntó. Durante años había tenido la fobia de que en algún momento en particular caería en manos de un grupo de locos, en particular locos que parecerían sanos hasta el último momento. Para Bibleman ésta era la esencia del horror.

Cuando estaba sentado examinando los folletos una muchacha de pelo rojo, que vestía el uniforme de la Academia, se acercó y se sentó a su lado. Parecía desconcertada.

—Tal vez puedas ayudarme —dijo—. ¿Qué es un sílabo? Aquí dice que nos darán un sílabo. Este lugar me está volviendo loca.

—Nos sacaron de la calle para que levantemos mierda con una pala —dijo Bibleman.

—¿Lo crees?

—Lo sé.

—¿No podemos irnos?

—Ve tú primero —dijo Bibleman—. Y yo me quedaré esperando para ver qué te sucede.

La muchacha rió.

—Supongo que no sabes qué es un sílabo.

—Sí que lo sé. Es una lista de cursos o temas.

—Sí, y los cerdos tienen alas.

Examinó con atención a la muchacha. Lo mismo hizo ella con él.

—Vamos a estar aquí eternamente —dijo la muchacha.

Le dijo que se llamaba Mary Lorne. Era atractiva, melancólica, estaba asustada y lo disimulaba. Se unieron a los otros estudiantes para ver un dibujo animado de *«Herbie la Hiena»* que ya había visto. Era el episodio en el que Herbie intentaba asesinar a *Rasputín*, el monje ruso. De acuerdo a su costumbre, Herbie la Hiena envenenaba a la víctima, le disparaba, lo volaba en seis ocasiones, lo apuñalaba, lo ataba con cadenas y lo tiraba al Volga, lo descuartizaba con caballos salvajes y finalmente lo lanzaba a la Luna en un cohete. El dibujo aburría a Bibleman. Le importaba un carajo Herbie la Hiena y la historia de Rusia, y se preguntó si éste era un ejemplo del nivel pedagógico de la Academia. Se podría imaginar a Herbie la Hiena ilustrando el principio de indeterminación de Heisenberg. Herbie, en la imaginación de Bibleman, perseguía infructuosamente una partícula subatómica, que aparecía al azar aquí y allá... Herbie sacudía de un lado a otro un martillo. Luego, un flujo de partículas subatómicas se burlaba de Herbie, que siempre estaba condenado a que lo jodieran.

—¿En qué estás pensando? —le susurró Mary.

El dibujo terminó y se encendieron las luces de la sala. Estaba el Mayor Casals en el escenario, más grande de lo que parecía en el videófono. Se acabó la diversión, se dijo Bibleman. No se podía imaginar al Mayor Casals persiguiendo infructuosamente una partícula subatómica con un martillo. Sintió frío, desconsuelo y un poco de temor.

La conferencia tenía que ver con información clasificada. Detrás del Mayor Casals apareció un gigantesco holograma con un diagrama de un taladro perforador homeostático. El holograma del taladro giró para que lo pudieran

Librodot

ver desde todos los ángulos. Las distintas piezas del interior de la máquina brillaban con diversos colores.

—Te pregunté en qué estabas pensando —le susurró Mary.

—Tenemos que escuchar —dijo tranquilamente Bibleman.

—Busca titanio —dijo Mary, igualmente tranquila—. En grandes cantidades. El titanio es la novena sustancia más abundante en la corteza del planeta. Yo me sentiría impresionada si pudiera descubrir una mina de wurtzita pura. Sólo hay en Potosí, en Bolivia, en Buttle, en Montana y en Goldfield, en Nevada.

—¿Por qué? —le preguntó Bibleman.

—Porque —dijo Mary— la wurtzita es inestable a temperaturas por debajo de los mil grados. Entonces... —se interrumpió. El Mayor Casals había dejado de hablar y la estaba mirando.

—¿Podría repetirlo para todos, joven? —dijo el Mayor Casals.

Poniéndose de pie, Mary dijo:

—La wurtzita es inestable a temperaturas por debajo de los mil grados centígrados.

Su voz era firme.

Inmediatamente el holograma que estaba detrás del Mayor Casals se convirtió en un compendio de información de minerales derivados del sulfato de zinc.

—No veo la wurtzita en la lista —dijo el Mayor Casals.

—Aparece con otro nombre —dijo Mary con los brazos cruzados—. Esfalerita. De un modo más apropiado se debe decir ZnS, del grupo de los sulfatos AX. Está relacionada con la verdequita.

—Siéntese —dijo el Mayor Casals. El holograma ahora mostraba las características de la verdequita.

—Estoy en lo cierto —dijo Mary mientras se sentaba—. No tienen un taladro homeostático para wurtzita porque no hay...

—¿Cuál es su nombre? —dijo el Mayor Casals, con la lapicera y el cuaderno dispuestos.

—Mary Wurtz —dijo sin demostrar ninguna emoción en la voz—. Mi padre era Charles-Adolphe Wurtz.

—¿El descubridor de la wurtzita? —dijo inseguro el Mayor Casals, moviendo la lapicera.

—Así es —dijo Mary. Se volvió hacia Bibleman y le guiñó un ojo.

—Gracias por la información —dijo el Mayor Casals. Hizo un movimiento y el holograma ahora mostraba un contrafuerte volador y, a su lado, uno normal.

—Lo que quiero señalar —dijo el Mayor Casals— simplemente es que hay cierta información sobre los principios arquitectónicos que se relacionan con los cimientos duraderos...

—La mayoría de los principios arquitectónicos se relacionan con los cimientos duraderos —dijo Mary.

El Mayor Casals hizo una pausa.

—De lo contrario no tendrían sentido —dijo Mary.

—¿Por qué no? —dijo el Mayor Casals, y luego su rostro tomó color.

Varios estudiantes uniformados rieron.

—La información de este tipo —dijo el Mayor Casals— no está clasificada. Pero una buena cantidad de lo que aprenderán sí lo está. Éste es el motivo por el cual la Academia está bajo régimen militar. Revelar, transmitir o hacer

pública la información clasificada que se da durante las clases cae bajo jurisdicción militar. La violación de estos reglamentos los llevará directamente ante un Tribunal Militar.

Los estudiantes murmuraron. Bibleman pensó para sí mismo, te hacen polvo. Nadie habló. Incluso la muchacha que estaba a su lado se quedó en silencio. De todos modos, una expresión compleja pasó por su rostro; una mirada profundamente introvertida, sombría y, pensó, inusualmente madura. Hizo que se viera mucho mayor, no como una muchacha. Se preguntó cuál sería verdaderamente su edad. Fue como si en sus rasgos hubieran salido un millar de años mientras él la contemplaba y ella evaluaba al oficial que estaba en el escenario y al gran holograma de información detrás de él. ¿Qué está pensando?, se preguntó. ¿Va a decir algo más? ¿Cómo puede ser que no tenga miedo de hablar? Nos acaban de decir que estamos bajo la Ley Militar.

—Voy a darles un ejemplo de información estrictamente clasificada —dijo el Mayor Casals—. Tiene relación con el Motor *Panther*.

A sus espaldas, el holograma sorprendentemente quedó en blanco.

—Señor —dijo uno de los estudiantes— el holograma no muestra nada.

—Es un tema que no tiene ninguna relación con sus estudios aquí —dijo el Mayor Casals—. El Motor *Panther* es un sistema de dos rotores opuestos que funcionan sobre un árbol principal común. Su ventaja fundamentalmente es que carece completamente de fuerza centrífuga en la caja del par motor. Una cadena de levas une los dos rotores opuestos, lo que le permite al árbol principal invertirse sin histéresis.

A sus espaldas el holograma seguía en blanco. Qué extraño, pensó Bibleman. Tuvo una sensación fantasmal: información sin información, como si la computadora se hubiera quedado ciega.

—La Academia —dijo el Mayor Casals— tiene prohibido proporcionar información sobre el Motor *Panther*. No se la puede programar para hacer lo contrario. En realidad, no sabe nada sobre el Motor *Panther*; está programada para destruir cualquier información que reciba en ese sector.

Levantando una mano, un estudiante dijo:

—Incluso si alguien introduce información en la Academia sobre el Motor…

—Expulsa la información —dijo el Mayor Casals.

—¿Ésta es una situación única? —preguntó otro estudiante.

—No —dijo el Mayor Casals.

—Entonces hay cierto número de áreas a las que no podemos llegar —murmuró un estudiante.

—Nada de relevancia —dijo el Mayor Casals—. Al menos en lo que tiene que ver con sus estudios.

Los estudiantes se quedaron en silencio.

—Los temas que aprenderán —dijo el Mayor Casals— les serán asignados de acuerdo a sus perfiles de aptitud y personalidad. Los iré llamando y vendrán hasta aquí para que les comunique los temas asignados. La misma Academia tomó la decisión por cada uno de ustedes, así que pueden estar seguros de que no se cometieron errores.

¿Qué pasa si me dan proctología?, se preguntó Bibleman. Entrando en pánico pensó, ¿o podología?, ¿o herpetología? Supongamos que la Academia en su infinita sabiduría computarizada decide proporcionarme toda la

Librodot

información en el universo relacionada con los herpes bucales... o cosas todavía peores. Si hay algo peor.

—Lo que uno quiere —dijo Mary mientras leía los nombres en orden alfabético— es un programa que te ayude a ganarte la vida. Hay que ser práctico. Sé lo que me van a dar, sé dónde están mis puntos fuertes. En la química.

Lo llamaron por su nombre. Poniéndose de pie, caminó por el pasillo hacia el Mayor Casals. Se miraron, y luego Casals le tendió un sobre.

Rígido, Bibleman regresó a su lugar.

—¿Quieres que lo abra por ti? —dijo Mary.

Sin decir una palabra. Bibleman le pasó el sobre. Ella lo abrió y estudió el texto impreso.

—¿Puedo ganarme la vida con eso? —preguntó él.

Ella sonrió.

—Sí, es un campo muy bien pagado. Casi tan bueno como... bien, digamos que los planetas colonizados ya necesitan de esto. Podrías ir a trabajar a cualquier lado.

Mirando por sobre su hombro, él vio las palabras sobre la página.

«COSMOLOGÍA Y COSMOGONÍA PRESOCRÁTICA»

—Filosofía presocrática —dijo Mary—. Casi tan bueno como ingeniería estructural.

Le entregó el papel.

—No debería burlarme. No, no es algo de lo que puedas vivir, a menos que seas profesor… pero tal vez te interesa. ¿Es así?

—No —dijo él secamente.

—Me pregunto por qué la Academia lo eligió para ti —dijo Mary.

—¿Qué mierda es cosmogonía? —dijo él.

—Cómo tomó existencia el Universo. ¿No te interesa cómo el Universo...? —hizo una pausa, mirándolo:

—Seguramente no tendrás problemas con el material clasificado —dijo pensativamente—. Tal vez sea eso —murmuró para sí misma—. No querrán andar espiándote.

—Me pueden confiar material clasificado —dijo él.

—¿Eres confiable? ¿Te conoces? Pero lo sabrás cuando la Academia te bombardee con pensamiento griego temprano. *«Conócete a ti mismo»*, la máxima de Apolo en Delfos. Sintetiza la mitad de la filosofía griega.

—No me van a llevar ante un Tribunal por hacer público material militar clasificado —dijo Bibleman. Pensó, entonces, sobre el Motor *Panther* y comprendió, comprendió por completo, que el Mayor Casals había deslizado un mensaje verdaderamente inquietante durante la breve charla—. ¿Cuál es la máxima de *Herbie* la Hiena? —dijo.

—*«Estoy decidido a ser un villano* —dijo Mary—. *Y odio los vanos placeres de estos días. Disfruto las conspiraciones».*

Mary extendió una mano para tocarle el brazo:

—¿Recuerdas? La versión de *Herbie* la Hiena en dibujos animados de *«Ricardo III»*.

—Mary Lorne —dijo el Mayor Casals leyendo la lista.

—Discúlpame —ella se levantó, y pronto regresó con el sobre, sonriendo—. Leprología —le dijo a Bibleman—. El estudio y tratamiento de la lepra. Estoy contenta, es química.

—Estudiarás material clasificado —dijo Bibleman.

—Sí —dijo ella—. Lo sé.

En el primer día de su programa de estudio, Bob Bibleman se sentó ante la terminal de datos, puso el audio y escribió la contraseña de su curso.

—Tales de Mileto —dijo la terminal—. Fundador de la Escuela Jónica de Filosofía Natural.

—¿Qué enseñaba? —dijo Bibleman.

—Que el mundo flota sobre agua, está sustentado por el agua y se origina en el agua.

—Eso es una estupidez —dijo Bibleman.

—Tales basó esta afirmación en el descubrimiento del fósil de un pez, tierra adentro, a gran altura —dijo la terminal de la Academia—. Así que no era tan estúpido como suena.

En la holopantalla apareció una gran cantidad de información escrita, nada de la cual le pareció interesante a Bibleman. De todos modos, el audio continuó:

—Generalmente se considera que Tales fue el primer hombre racional en la historia —dijo la terminal.

—¿Y qué hay de Ikhnatón? —dijo Bibleman.

—Era extranjero.

—¿Moisés?

—Igualmente extranjero.

—¿Hammurabi?

—¿Cómo se deletrea?

—No estoy seguro. Solo escuché el nombre.

—Entonces hablaremos sobre Anaximandro —dijo la terminal de la Academia—. Y, en este curso inicial, de Anaxímenes, Jenófanes, Parménides, Meliso... un minuto, me estaba olvidando de Heráclito y Cratilo. Y más adelante estudiaremos a Empédocles, Anaxágoras, Zenón...

—Cristo —dijo Bibleman.

—Está en otro programa —dijo la terminal de la Academia.

—Continúa —dijo Bibleman.

—¿Estás tomando notas?

—Ése no es tu problema.

—Me parece que estás al borde de un conflicto.

—¿Qué pasa —dijo Bibleman— si abandono los estudios y la Academia?

—Irás a la cárcel.

—Tomaré notas.

—Dado que estás tan...

—¿Qué?

—Dado que estás tan conflictuado, deberías encontrar interesante a Empédocles. Fue el primer filósofo dialéctico. Creía que la base de la realidad era un conflicto antitético entre las fuerzas del Amor y del Odio. Bajo el Amor, el cosmos entero es una mezcla correctamente proporcionada llamada *krasis*. La *krasis* es una deidad esférica, una simple mente perfecta que pasa todo su tiempo...

—¿Hay alguna aplicación práctica para algo de todo esto? —interrumpió Bibleman.

—Las dos fuerzas antitéticas del Amor y el Odio recuerdan los elementos taoístas del Ying y el Yang con su interacción perpetua mediante la cual tiene lugar todo cambio.

—Aplicación práctica.

—Componen gemelos mutuamente opuestos —en la holopantalla se formó un diagrama muy complejo—. El Motor *Panther* de dos rotores.

—¿Qué? —dijo Bibleman, levantándose del asiento. Descubrió las palabras en mayúscula, sobre el diagrama:

«SISTEMA HIDROCONDUCIDO PANTHER - ALTO SECRETO»

Instantáneamente presionó la tecla de impresión; el mecanismo de la terminal susurró y se deslizaron tres hojas de papel en la bandeja.

Pasaron por alto, se dijo Bibleman, esta entrada en la memoria de la Academia relacionada con el Motor *Panther*. De algún modo habían olvidado la referencia cruzada. Nadie pensó en la filosofía presocrática... pero, ¿quién se iba a imaginar que había una referencia cruzada sobre el motor secreto bajo la categoría *«Filosofía Presocrática»*, y la subdivisión *«Empédocles»*?

Lo tengo en mis manos, se dijo mientras hojeaba rápidamente las tres páginas. Las dobló y las metió dentro del cuaderno que le había provisto la Academia.

Le di justo, pensó. Un golpe directo con el bate. ¿Dónde mierda voy a poner estos diagramas? No puedo dejarlos en mi armario. Y luego pensó, ¿cometí un delito al pedir una copia impresa?

—Empédocles —estaba diciendo la terminal— creía que había cuatro elementos que se mezclaban continuamente: agua, tierra, aire y fuego. Estos elementos...

Clic. Bibleman había apagado la terminal. La holopantalla se marchitó en un gris opaco.

«Aprender demasiado te vuelve un hombre lento», pensó mientras se ponía en pie y salía del cubículo. Rápido de inteligencia, pero lento de pies. ¿Dónde mierda voy a esconder estos diagramas?, se preguntó otra vez mientras caminaba rápidamente por la sala hacia el tubo ascendente. Bien, comprendió, no saben que los tengo; me puedo tomar mi tiempo. La cuestión es esconderlos en un lugar casual, decidió mientras el tubo lo conducía hacia la superficie. Un lugar donde, si los encontrasen, no fueran capaces de seguir el rastro hacia mí, no a menos que busquen huellas dactilares.

Esto puede valer millones de dólares, se dijo. Sintió una enorme alegría que pronto le dejó su lugar al miedo. Descubrió que estaba temblando. Cuando lo descubran no seré yo el que mee púrpura, serán *ellos* quienes lo hagan. La Academia misma, cuando descubra su error.

Y el error, pensó, era de parte de ella, no mía. A la mierda con la Academia.

Junto al dormitorio donde estaba ubicada su litera encontró un lavadero mantenido por un robot silencioso, y cuando ningún robot estaba observando, escondió las tres hojas cerca del fondo de una enorme pila de sábanas. La pila llegaba hasta el techo. No descubrirán los diagramas este año. Tenía suficiente tiempo para decidir qué hacer.

Mirando su reloj, vio que la tarde casi había llegado a su fin. A la cinco tenía que estar en la cafetería, cenando con Mary.

Ella llegó un poco pasadas las cinco, su rostro mostraba señales de cansancio.

—¿Cómo te fue? —le preguntó mientras se ponían en la fila con sus bandejas.

—Muy bien —le dijo Bibleman.

—¿Llegaste hasta Zenón? Siempre me gustó Zenón, demostró que el movimiento era imposible. Así que supongo que todavía estoy en el útero de mi madre. Te ves extraño —lo miró con atención.

—Sólo harto de escuchar que la Tierra descansa sobre el caparazón de una tortuga gigante.

—O cuelga de una larga cuerda —dijo Mary. Recorrieron juntos el camino entre otros estudiantes hacia una mesa vacía—. No vas a comer mucho.

—Comer —dijo Bibleman mientras bebía de su taza de café— fue lo que me trajo aquí.

—Podrías abandonar este lugar.

—E ir a la cárcel.

—La Academia —dijo Mary— está programada para decir eso. La mayor parte sólo son seguramente amenazas. Digamos que es comparable a vociferar y agitar un palo.

—Lo hice —dijo Bibleman.

—¿Hiciste qué? —dejó de comer y lo miró interesada.

—*El Motor Panther* —dijo él.

Lo contempló con atención y se mantuvo en silencio.

—Los diagramas —dijo él.

—Habla más bajo.

—Se les pasó por alto una referencia en la memoria. Ahora los tengo yo y no sé qué hacer. Sólo ponerme en movimiento, supongo. Y esperar que nadie me detenga.

—¿No lo saben? ¿La Academia no tiene un sistema de control?

—No tengo motivos para pensar que sepan lo que pasó.

—Jesucristo —dijo Mary suavemente—. Es tu primer día. Tienes que pensarlo muy bien.

—Los puedo destruir —dijo él.

—O venderlos.

—Los estuve mirando. Hay un análisis en la última página. El Motor…

—Vamos, *dilo* —dijo Mary.

—Se lo puede utilizar como turbina hidroeléctrica y bajar los costos de la energía a la mitad. No pude comprender el lenguaje técnico, pero descubrí eso. Una fuente económica de energía. Muy barata.

—Que beneficiaría a todos.

Bibleman asintió.

—Ellos me confunden —dijo Mary—. ¿Qué nos dijo Casals?

—*«Incluso si alguien alimenta información en la Academia acerca de... acerca de eso, la Academia la rechazaría».*

Ella comenzó a comer lentamente mientras pensaba.

—Y no la hacen pública. Debe ser por la presión de la industria. Qué bonito.

—¿Qué tendría qué hacer? —dijo Bibleman.

—No lo sé.

—Lo que pensé es que podría llevar los diagramas a alguno de los planetas colonizados en donde las autoridades tienen menos control. Podría encontrar una Compañía independiente y firmar un contrato con ellos. El Gobierno no sabría cómo...

—Descubrirán de dónde salieron los diagramas —dijo Mary—. Seguirán el rastro hasta ti.

—Entonces mejor los quemo.

—Tienes que tomar una decisión muy difícil —dijo Mary—. Por un lado, tienes en tu poder información clasificada que conseguiste ilegalmente. Por el otro...

—Yo no la conseguí ilegalmente. La Academia se equivocó.

Con tranquilidad, ella continuó:

—Quebraste la Ley, la Ley Militar, cuando pediste una transcripción impresa. Tendrías que haber informado a seguridad en cuanto lo descubriste. Te habrían recompensado. El Mayor Casals te hubiera felicitado.

—Estoy asustado —dijo Bibleman, y sintió que el miedo se agitaba en su interior, creciendo, mientras sostenía tembloroso una taza plástica de café. Parte del café salpicó su uniforme.

Mary limpió algunas de las manchas con una servilleta de papel.

—No sé qué decirte —dijo ella—. No voy a decirte lo que tienes que hacer. Ésta es una decisión que tienes que tomar solo. No es ético siquiera que lo discutas conmigo; podrían considerarlo como una conspiración y terminar ambos en la cárcel.

—La cárcel —hizo eco Bibleman.

—Está a tu alcance, ¡por Dios!, iba a decir que tienes a tu alcance una fuente de energía barata para toda la humanidad —rió y sacudió la cabeza—. Supongo que a mí también me asusta. Piensa en lo que es correcto. Si crees que lo correcto es publicar los diagramas...

—Nunca pensé en eso. Publicarlos. En alguna revista o diario. Se podrían distribuir copias impresas por todo el Sistema Solar en quince minutos. Todo lo que tengo que hacer —comprendió—, es pagar y hacer que distribuyan las páginas de los diagramas. Tan simple como eso. Y luego pasar el resto de mi vida en la cárcel o ante algún Tribunal. Tal vez la sentencia sea a mi favor. Hay antecedentes en la historia en donde material clasificado vital, del tipo militar, fue robado y publicado, y no sólo encontraron inocente al responsable sino que luego comprendieron que era un héroe, que sirvió al bienestar de toda la raza humana arriesgando su propia vida.

Aproximándose a la mesa, dos guardias armados de seguridad militar rodearon a Bob Bibleman. Levantó la vista hacia ellos, sin poder creer lo que veía pero diciéndose, créelo.

—¿El estudiante Bibleman? —dijo uno de ellos.

—Eso dice mi uniforme —dijo Bibleman.

—Mantenga quietas las manos, estudiante Bibleman.

El más grande de los guardias de seguridad le puso esposas.

Mary no dijo nada, y siguió comiendo lentamente.

Bibleman esperó en la oficina del Mayor Casals, pensando en el hecho de que estaba, como señalaba la expresión técnica, «detenido». Sintió tristeza. Se preguntó qué harían. También si lo habían descubierto. Qué le harían si lo acusaban. Por qué demoraban tanto. Y entonces se preguntó de qué

trataba todo y si comprendería los grandes problemas si continuaba con sus cursos de *«Cosmología Y Cosmogonía Presocráticas»*.

Entrando en la oficina, el Mayor Casals dijo animado:

—Disculpe por hacerlo esperar.

—Me podrían sacar las esposas —dijo Bibleman. Le lastimaban las muñecas. Se las habían puesto muy ajustadas. Le dolían los huesos.

—No pudimos encontrar los diagramas —dijo Casals, sentándose en una silla junto a su escritorio.

—¿Qué diagramas?

—Los del Motor *Panther*.

—Se supone que no hay diagramas del Motor *Panther*. Nos sugirió eso.

—¿Programó su terminal deliberadamente? ¿O sólo sucedió por casualidad?

—Mi terminal estaba programada para hablar sobre agua —dijo Bibleman—. El Universo está compuesto de agua.

—Notificó inmediatamente a seguridad cuando usted le pidió una copia impresa. Controlamos todas las impresiones.

—Mierda —dijo Bibleman.

El Mayor Casals afirmó:

—Le diré algo. Sólo estamos interesados en recuperar los diagramas, no queremos caer sobre usted. Devuélvalos y no lo llevaremos a juicio.

—¿Devolver qué? —dijo Bibleman, pero sabía que estaba perdiendo el tiempo—. ¿Puedo pensar en todo esto?

—Sí.

—¿Me puedo ir? Creo que me iré a dormir. Estoy cansado. Me gustaría que me saque estas esposas.

Mientras lo hacía, el Mayor Casals dijo:

—Llegamos a un acuerdo con todos ustedes, un acuerdo entre la Academia y los estudiantes, sobre el material clasificado. Usted lo sabía.

—¿Libremente? —dijo Bibleman.

—Bien, no. Pero el acuerdo era conocido por usted. Cuando descubrió que los diagramas del Motor *Panther* codificados en la memoria de la Academia estaban disponibles por alguna extraña razón, no importa cuál fuera, tras solicitar una aplicación práctica del pensamiento presocrático...

—Yo me quedé completamente sorprendido —dijo Bibleman—. Todavía lo estoy.

—La lealtad es un principio ético. Le diré algo: vamos a pasar por alto el factor disciplinario y ponerlo en términos de lealtad hacia la Academia. Una persona responsable respeta las leyes y los acuerdos. Devuelva los diagramas y podrá continuar con sus cursos en la Academia. En realidad, le daremos autorización para que seleccione los temas que quiera, no le asignaremos previamente ninguno. Creo que usted es un buen sujeto para la Academia. Piense en esto y venga a verme mañana, a mi oficina. No hable con nadie, no intente discutir el tema. Lo estaremos vigilando. No intente dejar el lugar. ¿Está bien?

—Está bien —dijo Bibleman, con rigidez.

Esa noche soñó que había muerto. En su sueño se extendía un espacio muy vasto, y se le acercaba su padre, muy lentamente, saliendo de las sombras hacia la luz del sol. Su padre parecía contento de verlo, y Bibleman sintió su amor paternal.

Librodot

Cuando despertó todavía sentía la calidez del amor paternal. Mientras se ponía el uniforme pensó en su padre y en cuán raramente, en su vida actual, había sentido ese amor. Se sentía solo, ahora, con su padre y su madre muertos. Muertos en un accidente nuclear, junto con mucha otra gente.

Ellos decían que algo importante te esperaba del otro lado, pensó. Tal vez cuando yo muera el Mayor Casals ya esté muerto y me esté esperando, para saludarme con alegría. El Mayor Casals y mi padre combinados en una única persona.

¿Qué voy a hacer?, se preguntó. Ellos dejarán a un lado los aspectos punitivos, reduciendo todo a una cuestión de lealtad. ¿Soy una persona leal? ¿Tengo esa cualidad?

Que se vaya todo a la mierda, pensó. Miró su reloj. Las ocho y media. Mi padre se sentiría orgulloso de mí por lo que voy a hacer.

Fue hacia la lavandería, esperó la oportunidad hasta que no hubo ningún robot a la vista. Buscó en la pila de sábanas, encontró las páginas con los diagramas, las sacó, las revisó y luego se dirigió hacia el tubo que lo llevaría a la oficina del Mayor Casals.

—¿Las tiene? —dijo Casals cuando entraba Bibleman. Éste le tendió las tres hojas.

—¿Y no las hizo copiar? —preguntó Casals.

—No.

—¿Me da su palabra de honor?

—Sí —dijo Bibleman.

—Lo expulsarán de la Academia —dijo el Mayor Casals.

—¿Qué? —dijo Bibleman.

Casals presionó un botón en su escritorio.

—Entre.

Se abrió la puerta y allí estaba Mary Lorne.

—Yo no represento a la Academia —dijo el Mayor Casals—. Usted estaba a prueba.

—Yo soy parte de la Academia —dijo Mary.

—Siéntese, Bibleman —dijo el Mayor Casals—. Ella se lo explicará antes de que se vaya.

—¿Fracasé? —dijo Bibleman.

—Fallaste —dijo Mary—. El propósito de la prueba era enseñarte a mantenerte firme, aun si eso implicaba desafiar a la autoridad. El mensaje oculto de la institución es: *«Someterse a lo que uno considera psicológicamente que es la autoridad».* Una buena Academia entrena a la persona íntegramente, no se trata de una cuestión de información. Yo intenté ayudarte a ser moral y psicológicamente completo. Pero a una persona no se le puede ordenar desobedecer. No le puedes ordenar a alguien que se rebele. Todo lo que podía hacer era darte un modelo, un ejemplo.

Bibleman pensó: como cuando ella le contestó a Casals en la conferencia de orientación. Se sintió un tonto.

—El Motor *Panther* no tiene ningún valor —dijo Mary— como artefacto tecnológico. Es una prueba corriente que usamos con todos los estudiantes, no importa a qué curso hayan sido asignados.

—¿*Todos* los estudiantes tienen una impresión del Motor *Panther*? —dijo Bibleman con incredulidad. Miró directamente a la muchacha.

—Así es, uno por uno. La tuya apareció muy rápidamente. Primero te dijeron que era información clasificada, luego te dijeron cuál era el castigo

por dar a conocer información clasificada, y luego hicieron que la información llegara a tus manos. Esperábamos que la hicieras pública o que al menos lo intentaras.

—Vio en la tercera página que el motor suministraba una fuente económica de energía hidroeléctrica —dijo el Mayor Casals—. Eso era importante. Usted sabía que la gente sería beneficiada si se daba a conocer el diseño del motor.

—Y te dijeron que no habría castigo —dijo Mary—. Así que no actuaste empujado por el miedo.

—Por lealtad —dijo Bibleman—. Lo hice por lealtad.

—¿A qué? —dijo Mary.

Se quedó en silencio; no podía pensar.

—¿A una holopantalla? —dijo el Mayor Casals.

—A usted —dijo Bibleman.

—Yo lo insulté y lo denigré —dijo el Mayor Casals—. Lo traté como a una mierda. Le dije que si le ordenaba mear púrpura, usted...

—Muy bien —dijo Bibleman—. Es suficiente.

—Adiós —dijo Mary.

—¿Qué? —dijo Bibleman.

—Te tienes que ir. Volver a tu vida y a tu trabajo, a lo que hacías antes de que te seleccionáramos.

—Me gustaría tener otra oportunidad.

—Pero —dijo Mary— ahora sabes cómo funcionan las pruebas. Así que nunca podríamos ponerte a prueba otra vez. Sabes lo que realmente queríamos de ti en la Academia. Lo siento.

—Yo también lo siento —dijo el Mayor Casals.

Bibleman no dijo nada.

—¿Amigos? —dijo Mary tendiéndole una mano.

Sin pensarlo, Bibleman le estrechó la mano. El Mayor Casals lo miró sin expresar ningún sentimiento. No le ofreció la mano. Parecía estar sumergido en otro pensamiento, tal vez en otra persona. Acaso tuviera otro estudiante en mente. Bibleman no podía saberlo.

Tres noches más tarde, cuando vagaba sin destino por la ciudad, Bob Bibleman vio un robot vendedor de alimentos en su eterno puesto. Había un adolescente comprando un taco y una tarta de manzana. Bob Bibleman se puso en la fila detrás del muchacho y se quedó esperando, con las manos en los bolsillos, sin pensar en nada, sólo con cierta sensación de vacío. Como si la falta de interés que había visto en la cara de Casals se le hubiera contagiado, pensó. Se sentía como un objeto, un objeto entre muchos, como el robot vendedor. Algo que, como bien sabía, no miraba directamente a los ojos.

—¿Qué desea señor? —preguntó el robot.

—Papas fritas, una hamburguesa con queso y un helado de frutillas —dijo Bibleman—. ¿Hay algún concurso?

Después de una pausa, el robot dijo:

—No para usted, señor Bibleman.

—Muy bien —dijo él, y se quedó esperando.

Apareció el pedido en su pequeña bandeja de plástico desechable y el envase de cartón.

—No voy a pagar —dijo Bibleman, y se alejó caminando.

Librodot

El robot lo llamó:

—Son ciento once mil dólares, señor Bibleman. *¡Está infringiendo la ley!*

Bibleman volvió y sacó la billetera.

—Gracias, señor Bibleman —dijo el robot—. Estoy muy orgulloso de usted.

CADENAS DE AIRE, TELARAÑAS DE ÉTER

El planeta en el que estaba viviendo tenía cada día dos amaneceres. Primero aparecía CY30 y luego su gemela menor se presentaba débilmente, como si Dios no hubiera sido capaz de decidirse cuál era el Sol que prefería y finalmente hubiera encendido ambos. Los habitantes de los domos gustaban de compararlo con una secuencia de bulbos incandescentes de múltiples filamentos que se encendieran uno tras otro. CY30 daba la impresión de ser un foco de 150 watts aproximadamente, y luego llegaba la pequeña CY30B, que agregaba 50 watts más de luz. La luminosidad agregada hacía que los cristales de metano de la superficie del planeta brillaran de manera muy agradable, asumiendo desde luego que se estuviera a resguardo.

Sentado en la mesa del interior de su domo, Leo McVane bebía un sucedáneo de café y leía el diario. Se sentía libre de ansiedad y frío porque ya hacía tiempo y de manera ilegal que había rediseñado el termostato de su domo. Se sentía tan seguro como cómodo porque había agregado un puntal de metal extra al casco del domo. Y se sentía expectante porque hoy vendría el hombre de los alimentos, así que tendría alguien con quien hablar. Era un buen día.

Todo su equipo de comunicaciones estaba conectado en automático, monitoreando en ese momento aquello que fuera lo que monitoreaba. Originalmente, estando estacionado en CY30 II, McVane había estudiado minuciosamente la función y propósito de los complejos de maravillosa electrónica de los cuales era vigilante... o más bien, como el código de su empleo puntualizaba, el *«maestro vigilante homonoide»*. Ahora se había permitido olvidar la mayoría de los trámites que recaían en su cargo. El equipo de comunicaciones lo había mantenido en una monótona vida hasta que surgiera una emergencia, punto en el cual dejaría de ser repentinamente el *«maestro vigilante homonoide»* para convertirse en el cerebro viviente de su estación.

No había habido una emergencia todavía.

El diario contenía un divertido artículo sobre el *«Manual de la Oficina de Impuestos»* de los Estados Unidos de 1978, el año en que McVane había nacido. Las entradas aparecían en el índice en el siguiente orden:

Uniones, sociedades y retiros.
Viudez: Calificaciones.
Votaciones y elecciones.
Vuelcos financieros.

Librodot

Y luego venía la última entrada del índice, la cual McVane encontró bastante divertida e incluso interesante como un comentario final sobre una forma de vida arcaica:

Zona cero.

McVane frunció el ceño para sí mismo. Esa era la manera como el *«Manual de la Oficina de Impuestos»* de los Estados Unidos había finalizado, muy apropiadamente, y era así como los Estados Unidos, unos años más tarde, habían terminado. Se habían arruinado fiscalmente ellos mismos y habían muerto del trauma.

—Suministro de ración de alimentos —anunció el transductor de su radio—. Comenzando procedimiento de apertura.

—Apertura en camino —dijo McVane, mientras permanecía leyendo su diario.

El altavoz dijo:

—Colóquese su casco.

—Casco puesto. —McVane no hizo ningún movimiento para ponerse su casco; el flujo de la atmósfera de su domo compensaría la pérdida; lo había rediseñado, también. El casco se abrió, y ahí estaba el hombre de la comida, con su burbuja en la cabeza y todos sus aditamentos. Una campana de alarma en el techo del domo comenzó a sonar indicando que la presión atmosférica había descendido de manera aguda.

—¡Póngase su casco! —ordenó colérico el hombre de la comida.

La campana de alarma cesó su queja; la presión se había reestabilizado. En ese momento, el hombre de la comida frunció el ceño. Se quitó el casco y empezó a descargar cartones de suministros.

—Somos una raza resistente —dijo McVane, ayudándolo.

—Ha cambiado todo aquí —observó el hombre de la comida; como todos los exploradores que hacían servicios a los domos, era un tipo compacto y robusto que se movía rápidamente. No era un trabajo seguro operar una nave de suministros entre las naves madre y los domos de CY30II. Lo sabía y McVane también lo sabía. Cualquiera podría vivir en un domo; poca gente podía funcionar afuera.

—Quédese un rato —dijo McVane una vez que él y el hombre de la comida habían desempacado y el hombre de la comida marcaba la factura.

—Si tiene algo de café.

Se sentaron uno frente a otro en la mesa, bebiendo café. Afuera del domo el metano hacía estropicios, pero ninguno de los hombres lo sentía. El hombre de la comida comenzó a transpirar; aparentemente encontraba la temperatura del domo de McVane muy alta.

—¿Conoce a la mujer del domo de a lado? —preguntó.

—Algo —contestó McVane—. Mi equipo le transfiere datos a su circuito de recepción cada tres o cuatro semanas. Ella los almacena, los intensifica y los transmite. Me lo supongo. O por lo que sé…

—Está enferma —dijo el hombre de la comida.

—Se veía bien la última vez que hablé con ella —dijo McVane—. Usamos el video. Mencionó que tenía algunos problemas para leer su terminal.

—Está muriéndose —dijo el hombre de la comida, y tomó un trago de su café.

Librodot

En su mente, McVane intentó hacerse una imagen de la mujer. Pequeña y morena. Y, ¿cuál era su nombre? Presionó un par de teclas sobre el tablero que tenía a un lado, su nombre apareció en la pantalla habilitado por el código que empleaban. Rybus Rommey.

—¿De qué está muriendo?

—Esclerosis múltiple.

—¿Qué tan avanzada está?

—No tanto realmente —dijo el hombre de la comida—. Hará un par de meses, me dijo que cuando estaba al final de su adolescencia sufrió un… ¿cómo se llama? Aneurisma. En su ojo izquierdo, el cual anuló la visión central de ese ojo. Sospecharon que en ese entonces se habría iniciado la esclerosis. Y ahora me ha dicho que ha estado padeciendo una neuritis óptica, la cual…

—¿Se han introducido esos síntomas al MED?

—Sí. Hay una correlación entre un aneurisma y luego un período de remisión seguido de visión borrosa y doble… deberías de llamarla y hablar con ella. Cuando estaba entregándole sus alimentos, estaba llorando.

Volviéndose hacia su teclado McVane comenzó a presionar varias teclas por un buen rato y luego leyó en la pantalla:

—Hay de un treinta a un cuarenta por ciento de probabilidades de curar la esclerosis múltiple.

—No aquí. MED no la puede sacar.

—Mierda —dijo McVane.

—Le dije que demandara que la transfieran de regreso a casa. Eso es lo que yo haría. Pero no lo hará.

—Está loca —dijo McVane.

—Tiene razón. Está loca. Todos aquí estamos locos. ¿Quiere una prueba de ello? Ella es la prueba. ¿Usted regresaría a casa si supiera que está muy enfermo?

—Se supone que no debemos abandonar nuestros domos.

—Es muy importante lo que monitorean —el hombre de la comida dejó su taza—. Me tengo que marchar. —Mientras se levantaba dijo—: Llámela y hable con ella. Necesita alguien con quien hablar y usted está en el domo más cercano. Me sorprende que no le haya contado nada.

Nunca pregunté, pensó McVane.

Después de que el hombre de la comida se hubo marchado, McVane buscó el código del domo de Rybus Rommey, y comenzó a marcarlo en su transmisor, sin embargo titubeó. Su reloj marcaba las 18.30 horas. En ese punto en su ciclo de veinticuatro horas, tenía que aceptar supuestamente una secuencia a velocidad acelerada de entretenimiento por audio, señales grabadas que eran emitidas por un satélite servidor en CY30III; después de almacenarlas, tenía que devolverlas a velocidad normal y seleccionar el material adecuado para todo el sistema de domos de su propio planeta.

Le echó un vistazo a la programación. Fox estaba dando un concierto que duraba dos horas. Linda Fox, pensó. Tú y tu síntesis del rock de los viejos tiempos y la línea moderna. Dios Santo. Si no transcribo la retransmisión de tu concierto en vivo, cada habitante de los domos de este planeta armará una tormenta aquí y me matarán. Aparte de las emergencias, las cuales nunca se presentan, esto es lo que me pagan por hacer: manejar tráfico de información entre los planetas, información que nos conecta con nuestro

hogar y nos mantiene siendo humanos. Tenía que darle vuelta ya a la cinta. Las percusiones de la cinta aparecían ya.

Dio inicio a la cinta a velocidad aumentada para almacenarla, con los controles del módulo conectados para recibir, sintonizados con la frecuencia operativa del satélite, revisó la frecuencia de onda en la pantalla visual para asegurarse que la emisión llegaba sin distorsiones, y luego conectó una transmisión de audio de lo que estaba recibiendo.

La voz de Linda Fox surgió de las bocinas que tenía encima. Como mostraba la pantalla, no había distorsión alguna. Sin ruidos extraños. Sin cortes. Todos los canales, de hecho, estaban balanceados; todos los parámetros indicaban eso.

Algunas veces debería llorar al escucharla, pensó. Hablando de llorar.

Vagando por esta tierra yerma y blanda,
Mi banda.
En los mundos que dejamos atrás,
Me amarás.
Canten para mí, espíritus etéreos.
Creo y brindo por vuestra grandeza.
Mi banda.

Y detrás de la voz de Linda Fox, los syntholaúdes que eran su marca peculiar. Hasta que apareció Fox, nadie había pensado en traer de regreso el instrumento para el que Dowland había escrito con tanta belleza y de manera tan cautivadora.

¿A quién demandaré? ¿Buscaré la gracia?
¿Debo rezar? ¿Qué he de probar?
¿He de luchar por un gozo celestial
con un amor terrenal?
¿Son esos mundos?, ¿son esas lunas
donde el desolado deberá soportar?
¿Encontraré acaso un corazón puro?

Lo que Linda Fox había hecho era tomar los libros de laúd de John Dowland, escritos al final del siglo dieciséis, arreglando tanto la melodía como las letras para convertirlas en algo más actual. Algo nuevo, pensó, para gente dispersa como si hubiera sido arrojada deprisa: aquí y allá, desordenadamente, en domos, en los rincones de mundos miserables y en satélites… victimados por el poder de la migración y sin un fin a la vista.

Pobres desgraciados, acaso he de guiarles
en este viaje ciego
donde la más santa esperanza se exige

No podía recordar el resto. Bueno, lo tenía grabado, desde luego.

Y no hay humano que la pueda encontrar.

O algo así. La belleza del Universo no yacía en las estrellas que lo conformaban sino en la música generada por la mente humana, por las

voces humanas, por las manos humanas. Syntholaúdes mezclados por expertos en un intrincado panel de control, y la voz de Linda. Sé lo que debo mantenerme haciendo, pensó. Mi empleo es encantador: transcribo esto y lo emito, y ellos me pagan.

—Este es el *zorro* —dijo Linda Fox.

McVane conectó el video en holo, y se formó un cubo en cuyo interior Linda Fox le sonrió. Mientras tanto, las percusiones enloquecían a gran velocidad, pasando hora tras hora a su posesión permanente.

—Están con el *zorro* —decía ella— *y el zorro está con ustedes.* —Lo miró con sus ojos brillantes y duros, envolviéndolo con su mirada. La cara con forma de diamante, salvaje y sabia, salvaje y verdadera—; *este es el zorro hablándote.* —Él le devolvió la sonrisa.

—Hola, Linda —dijo.

Algo más tarde llamó a la chica enferma del domo de al lado a la cual le tomó un tiempo sorprendentemente largo contestarle a su señal, y mientras permanecía sentado notando cómo se registraba la señal en su propio tablero pensó: ¿Le ha llegado el final? O, ¿vendrán a evacuarla por la fuerza?

Su pequeña pantalla mostraba colores vagos. Estática visual, nada más. Y de repente ahí estaba.

—¿Te he despertado? —preguntó. Se veía tan lenta, tan disminuida y torpe. Quizá, pensó, está sedada.

—No. Me estaba picando el culo yo misma.

—¿Cómo dices? —dijo, sorprendido.

—Quimioterapia —dijo Rybus—. No me está yendo muy bien.

—Acabo de grabar un concierto fenomenal de Linda Fox; lo emitiré en unos pocos días. Te alegrará.

—Es demasiado malo que estemos atascados en estos domos. Ojalá pudiéramos visitarnos mutuamente. El hombre de la comida acaba de estar aquí. De hecho, me ha traído mis medicamentos. Son efectivos pero me hacen vomitar.

Desearía no haberla llamado, pensó McVane.

—¿Hay alguna manera de que puedas visitarme? —preguntó Rybus.

—No tengo oxígeno portátil, nada en absoluto.

—Yo tengo —dijo Rybus.

Presa del pánico, respondió:

—Pero si estás enferma…

—Puedo llegar hasta tu domo.

—¿Qué hay de tu estación? ¿Qué tal si llegan datos mientras…?

—Tengo un *beeper* que puedo llevarme conmigo.

—Está bien —terminó por decir McVane.

—Significaría mucho para mí, alguien con quien sentarme y platicar por un rato. El hombre de la comida se queda como media hora, pero es lo máximo que puede. ¿Sabes lo que me dijo? Ha habido un brote de esclerosis amiotrófica lateral en CY30VI. Debe ser un virus. Toda esta situación es por un virus. Dios mío, odiaría tener esclerosis amiotrófica lateral. Es como la variante *Mariana*.

—¿Es contagiosa?

No le respondió directamente. En lugar de ello dijo:

—La que tengo es curable. —Obviamente quería trasmitirle seguridad—. Si el virus está por los alrededores… no iré; está bien. —Asintió y alzó su

mano para desconectar la transmisión—. Voy a acostarme —dijo— y dormir más. Con esto se supone que debes de dormir lo más posible. Te hablaré mañana. Adiós.

—Ven —dijo él.

Alegrándose, ella contestó:

—Gracias.

—Pero asegúrate de traer tu beeper. Tengo la intuición de que un montón de confirmaciones telemétricas están a punto de…

—Oh, ¡al diablo con las confirmaciones telemétricas! —dijo Rybus con acritud—. ¡Estoy harta de estar atascada en este maldito domo! ¿No estás hastiado de estar sentado viendo cintas musicales, y de tantas medidas, calibraciones y mierda?

—Creo que deberías volver a casa —dijo.

—No —respondió, con más calma—. Voy a seguir exactamente las instrucciones del MED para mi quimioterapia y acabar con esta jodida EM. No voy a regresar a casa. Iré a tu domo y prepararé tu cena. Soy una buena cocinera. Mi madre era italiana y mi padre es chicano así que puedo condimentar cualquier cosa que cocine, a menos que no puedas obtener especias aquí. Aunque me las puedo arreglar con todas las sintéticas. He estado experimentando.

—En este concierto que voy a estar emitiendo —dijo McVane—, Fox hace una versión de «*Apelaré*» de Dowland.

—¿Una canción litigante?

—No, «*apelaré*» en el sentido de cortejar o lamentarse. Es una canción de amor. —Entonces se dio cuenta que ella estaba fingiendo.

—¿Sabes que pienso de esta chica Fox? —preguntó Rybus—. Sentimentalismo reciclado, que es la peor clase de sentimentalismo; ni siquiera es original. Y su cara parece que estuviera al revés. Tiene una boca maligna.

—A mi me gusta —dijo con rigidez; se sentía cada vez más colérico, realmente enojado. ¿Se supone que voy a ayudarte? Se preguntó a sí mismo. ¿Corro el riesgo de contagiarme de lo que tienes sólo para que insultes a Linda?

—Voy a cocinarte un bistec *strogonoff* con fideos y perejil —dijo Rybus.

—Yo lo hago bastante bien.

Titubeando, habló con la voz baja y vacilante:

—Entonces no quieres que vaya.

—Yo… —dijo.

—Estoy muy asustada, McVane —dijo Rybus—. En quince minutos voy a estar vomitando por la Neurotoxita IV. Pero no quiero estar sola. No quiero renunciar a mi domo y no quiero estar aquí sola. Disculpa si te he ofendido. Es sólo que para mí la Fox es una farsa. No diré más; lo prometo.

—¿Tienes que…? —Enmendó lo que iba a decir—: ¿Estás segura que no te incomoda venir a hacer de comer?

—Ahora estoy más fuerte de lo que estaré —dijo—. Estaré cada vez más débil por un buen rato.

—¿En cuánto tiempo?

—No hay forma de decirlo.

Vas a morir, pensó. Lo sabía y ella también. No tenían que hablar de ello. La complicidad del silencio estaba aquí, el acuerdo. Una chica agonizante quiere cocinarme la cena, pensó. Una cena que no quiero comer. *Tendría*

que decirle que no. Tendría que mantenerla fuera de mi domo. La insistencia del débil, pensó. Su terrorífico poder. ¡Es más fácil arrojarle una piedra al que es fuerte!

—Gracias —dijo él—. Me gustaría mucho que cenáramos juntos. Pero asegúrate de traer tu radio en contacto conmigo durante el trayecto hasta aquí… así podré estar seguro que estás bien. ¿Me lo prometes?

—Bien, seguro —dijo—. De otro modo —dijo sonriendo—, me encontrarán en un siglo, congelada con mis ollas, sartenes y comida, así como con mis especias sintéticas. No tienes aire portátil, ¿verdad?

—No, realmente no tengo —dijo.

Y sabía que su mentira era obvia para ella.

La comida olía bien y supo bien, pero a la mitad Rybus se excusó y fue con paso inseguro desde la matriz central de la cúpula —la cúpula de McVane—, hasta el baño. Él trató de no poner atención; llegó a un acuerdo con sus sentidos para no escuchar, y con su inteligencia para no entender lo que le pasaba. En el baño, la chica, terriblemente enferma, lanzó un grito ahogado mientras él rechinaba sus dientes y hacía a un lado su plato y de un golpe se puso de pie para conectar su sistema de audio interior; tocó uno de los primeros álbumes de Fox.

¡Vuelve!
El dulce amor me invita ahora
a gozar de tus gracias, que se niegan
a darme las delicias necesarias…

—¿De casualidad no tendrás un poco de leche? —preguntó Rybus desde la entrada del baño, con la cara pálida.

Sin decir palabra, le pasó un vaso de leche, o lo que en aquel planeta pasaba por serlo.

—Tengo antieméticos —dijo Rybus sosteniendo el vaso de leche—, pero olvidé traerlos conmigo. Están en mi domo.

—Podría traértelos

—¿Sabes lo que me dijo MED? —su voz estaba llena de indignación—. Dijeron que su quimioterapia no haría que se me cayera el pelo, pero ya se me está cayendo.

—Está bien —interrumpió él.

—*¿Está bien?*

—Lo siento —dijo.

—Todo esto te está perturbando —dijo Rybus—. La cena se ha estropeado y tú… no sé qué decirte. Si me hubiera acordado de traer mis antieméticos, habría podido… —Se calló—. La próxima vez los traeré. Te lo prometo. Ese en uno de los discos de la Fox que me gustan. Realmente era buena entonces, ¿no lo crees?

—Sí —dijo con rigidez.

—Linda Box —dijo Rybus.

—¿Qué? —preguntó.

—Linda Box. *Linda, la caja.* Es como mi hermana y yo solíamos llamarla. —Intentó sonreír.

—Por favor, regresa a tu domo.

—Oh —respondió ella—. Bien... —Se alisó el cabello con la mano temblorosa—. ¿Vendrás conmigo? No creo poderme ir yo sola. Me siento muy débil. Estoy realmente enferma.

Me estás arrastrando, pensó. Así son las cosas. Esto es lo que está pasando. No te irás sola; te llevarás mi espíritu contigo. Y lo sabes. Lo sabes tan bien como el nombre de los medicamentos que estás tomando, y me odias igual que odias la medicación, como odias a MED y como odias tu enfermedad; todo es odio, odio hacia cada cosa bajo este par de soles. *Sé quién eres.* Te conozco. Veo lo que se avecina, lo que de hecho ya está sucediendo.

Y no te culpo, pensó. Pero no pienso renunciar a Fox; Linda va a durar más que tú. Y yo también lo haré. No vas a acabar con el éter luminoso que anima nuestras almas.

Me abrazaré a Linda y Linda me sostendrá en sus brazos y se aferrará a mí. Nosotros dos..., no habrá nada que pueda separarnos. Tengo docenas de horas de Linda en cintas de video y audio y las cintas no son únicamente mías sino para todo el mundo. ¿Crees que puedes acabar con eso?, pensó. Ya lo han intentado antes. El poder de los débiles es un poder imperfecto, pensó; al final acaban siendo derrotados. De ahí su nombre. Por eso los llamamos débiles y con toda razón.

—Sentimentalismo —dijo Rybus.

—Cierto —dijo él con sarcasmo.

—Y además sentimentalismo reciclado.

—Y con las metáforas equivocadas.

—¿En sus canciones?

—En lo que estoy pensando. Cuando me enfado realmente tiendo a confundirme.

—Deja que te diga una cosa —le interrumpió Rybus—. Solamente una cosa... Si quiero sobrevivir, no puedo permitirme el lujo de ponerme sentimental. Tengo que ser muy dura. Si te he molestado, discúlpame, pero así son las cosas. Es mi vida. Algún día quizá te encuentres en mi situación actual, y entonces entenderás. Espera a que llegue ese día para que puedas juzgarme. Si es que llega alguna vez... Mientras tanto, todo eso que haces sonar en el sistema de audio es basura. Para mí tiene que ser basura, ¿entiendes? Puedes olvidarme; puedes mandarme de regreso a mi domo, y probablemente ése es el lugar dónde debo de estar; pero si quieres tener alguna relación conmigo, por pequeña que sea...

—De acuerdo —dijo él—. Lo entiendo.

—Gracias. ¿Puedo tomar un poco más de leche? Apaga el audio y terminaremos de comer. ¿Te parece bien?

—¿Piensas seguir intentando...? —dijo él, con asombro.

—Todas las criaturas y especies que se rindieron y dejaron de comer ya no están con nosotros. —Rybus volvió a sentarse con gran dificultad, agarrándose al borde de la mesa.

—Te admiro.

—No —dijo ella—. Yo te admiro. Para ti es más difícil. Lo sé.

—La muerte... —empezó a decir él.

—Esto no es la muerte. ¿Sabes qué es? ¿Sabes qué es esto en contraste con lo que sale de los altavoces de tu sistema de audio? *Esto es la vida.* Por favor, te molesto con la leche; realmente la necesito.

Librodot

—Supongo que no podrás acabar con el éter —dijo mientras ella tomaba su leche—. Sea luminoso o de cualquier otra clase.

—No —estuvo de acuerdo—, *no puedo acabar con él puesto que no existe.*

Comodidad Central le dio dos pelucas a Rybus, ya que a consecuencia de la quimioterapia, su pelo comenzó a caerse sistemáticamente. Le gustó más la de color claro.

Cuando usaba su peluca, no se veía tan mal, pero se había debilitado y cierto ánimo quejumbroso había invadido su forma de hablar. No podía ya mantener adecuadamente su domo debido a que ya no tenía fuerzas físicas, McVane sospechaba que la causa era más la quimioterapia que la misma enfermedad. Yendo a visitarla un buen día, se sintió impresionado por lo que encontró. Platos, ollas y sartenes e incluso recipientes con comida echada a perder, ropas sucias colgadas en todos lados, desorden y restos… afligido, le limpió todo y, para su gran consternación, se dio cuenta que había un olor impregnado en el ambiente, una dulce mezcla del aroma de la enfermedad, de medicaciones complejas, ropa sucia y, lo peor de todo, de la comida descompuesta misma.

Hasta que completó la limpieza de un área, no hubo lugar donde se pudiera sentar. Rybus yacía en cama, usando una bata de plástico abierta por la espalda. Aparentemente, sin embargo, se las arreglaba todavía para operar su equipo electrónico; notó que los medidores indicaban plena actividad. Pero ella estaba usando el programador remoto normalmente reservado para las condiciones de emergencia; estaba recostada en la cama con el programador a un lado, tenía una revista, un plato de cereal y varios frascos de medicina.

Como antes, le planteó la posibilidad de que la transfirieran. Se negó a dejar su empleo; no iba a ceder.

—No voy a ir a un hospital —le dijo, y con eso dio por finalizada la conversación.

Más tarde, de regreso en su propio domo, a Dios gracias de regreso, puso en operación un plan. El gran *Sistema IA*, la *Inteligencia Artificial de Plasma*, que se encargaba de resolver los mayores problemas para los Sistemas Estelares del área de su galaxia tenía un poco de tiempo disponible que podía comprarse para uso privado. En consecuencia, llenó una aplicación y la envió junto con la suma total de sus créditos financieros que había ahorrado durante los últimos meses.

Desde Fomalhaut, donde residía el gran *Sistema de Plasma*, recibió una respuesta de confirmación. El equipo que manejaba el tráfico del *Sistema* estaba de acuerdo en venderle quince minutos del tiempo de la *IA.*

Con los parámetros de la comunicación, se sintió motivado a alimentar el *Sistema* con sus datos con gran cuidado pero con suma rapidez. Le dijo al *Sistema* quién era Rybus, lo cual le daba al gran *Sistema de Plasma* total acceso a sus archivos completos, incluyendo su perfil psicológico, y le dijo también que su domo era el más cercano, le habló de su firme determinación por vivir y de su negativa de aceptar una visita médica o que la transfirieran de su estación. Incluso se colocó el casco psicotrónico para que el *Sistema* tuviera incluso acceso a sus pensamientos, y hacerle llegar así también la información que pudiera estar enterrada en su inconsciente, impresiones marginales, sus dudas, ideas, realizaciones, ansiedades, necesidades.

—En cinco días tendrá usted una respuesta —le señaló el equipo de mantenimiento—. Esto debido a la distancia implicada. Su pago ha sido recibido y transferido. Cambio.

—Cambio —dijo, sintiéndose triste. Había gastado todo lo que tenía. Un vació había invadido todo lo que tenía de valía. Pero el *Sistema* era la corte a la que definitivamente había que apelar para resolver cualquier problema. ¿Qué debo hacer? Había preguntado al *Sistema*. En cinco días tendría la respuesta.

En los siguientes cinco días, Rybus se tornó considerablemente más débil. Aún se preparaba sus comidas, sin embargo, parecía comer la misma cosa una y otra vez: un plato de macarrones de alto contenido proteico con queso gratinado encima. Un día la encontró con lentes oscuros. No quería que viera sus ojos.

—Mi ojo enfermo se ha vuelto loco —dijo desapasionadamente—, sube y baja en mi cabeza como las persianas de una ventana. —Cápsulas y tabletas sueltas se veían desparramadas a su alrededor en la cama. Levantó uno de los frascos casi vacíos y vio que estaba tomando uno de los analgésicos más potentes que se podían conseguir.

—¿MED te está prescribiendo esto? —dijo, preguntándose si estaba sufriendo un gran dolor.

—Conozco a alguien —dijo Rybus—, en un domo de CY30 IV. El hombre de la comida me lo trajo.

—Esta cosa es adictiva.

—Tengo suerte de conseguirla. No debería tenerla realmente.

—Sé que no deberías.

—Ese maldito MED. —El ánimo vengativo de su tono era sorprendente—. Es como tratar con una forma de vida inferior. Para cuando llega el momento en que pueden prescribirte y conseguirte la medicina, Cristo, ya estás en una urna de cenizas. —Se puso las manos sobre su cabeza calva—. Lo siento. Debería dejarme la peluca puesta cuando estás aquí.

—No importa.

—¿Podrías traerme una *Coca-Cola*? La *Coca* me asienta el estómago.

De su refrigerador sacó una botella de litro de *Cola* y se la sirvió en un vaso que tuvo que lavar primero, no había un solo vaso limpio en todo el domo.

Delante de ella, a los pies de la cama, estaba el equipo de televisión estándar. Farfullaba sin sentido, pero nadie lo estaba viendo o escuchando. McVane se percató que siempre estaba encendida, aún a medianoche.

Cuando volvió a su domo, sintió una tremenda sensación de alivio, una odiosa carga le había sido retirada. El sólo hecho de poner distancia física entre los dos... le elevaba su espíritu. Es como si cuando estoy con ella, pensó, tuviera lo que tiene. Compartiéramos la enfermedad.

No se sintió con ánimos de escuchar nada de Linda, en su lugar puso la segunda Sinfonía de Mahler, *«La Resurrección»*. La única sinfonía orquestada para cañas de aliento. Flautas que parecían escobas pequeñas. Era una pena que Mahler no hubiera conocido el pedal Morley, pensó, o hubiera compuesto una de sus grandes sinfonías para este instrumento.

Justo en el momento en que comenzaban los coros, su sistema de audio se apagó; una fuerza exterior lo había silenciado.

—Transmisión de Fomalhaut.

—Adelante.

Librodot

—Use el video, por favor, Diez segundos para comenzar.

—Gracias —respondió.

Un mensaje apareció en su pantalla más grande. Era el *Sistema IA*, el Sistema de Plasma, contestándole un día antes.

TEMA: Rybus Rommey
ANÁLISIS: Tanatológico.
CONSEJO DEL PROGRAMA: Evite involucrarse totalmente.
FACTOR ÉTICO: Obviado.
GRACIAS.

Parpadeando, McVane dio las gracias. Había tratado con el *Sistema* sólo una vez antes y había olvidado lo tersas que eran sus respuestas. La pantalla se borró; la transmisión había finalizado.

No estaba seguro de lo que significaba «*tanatológico*», pero tenía la certeza que tenía que ver con la muerte. Significa que se está muriendo, reflexionó mientras buscaba en el banco de referencias del planeta y pedía una definición. Significa que está muriendo o a punto de morir, es todo lo que sé.

Pero estaba equivocado. Significaba *producir la muerte.*

Producirla, pensó. Hay una gran diferencia entre *muerte* y *producir la muerte.* No había duda que el Sistema le había notificado que el factor ético estaba exento por su parte.

Es una asesina, se dio cuenta. Bien, es por eso que es tan costoso consultar al *Sistema*. Lo que obtienes no es una respuesta por teléfono basada en especulaciones sino una respuesta absoluta.

Mientas pensaba en esto e intentaba calmarse, su teléfono sonó. Antes de levantarlo sabía de qué se trataba.

—Hola —dijo Rybus con su voz temblorosa.

—Hola.

—¿Tendrás de casualidad algunas bolsitas de té de *Especias Celestiales de la Tormenta de la Mañana*?

—¿Qué?

—Cuando estuve en tu domo, la vez que cociné el filete *strogonoff* para nosotros, creo que vi una caja de *Especias Celestiales*...

—No. Ya no tengo. Las utilicé todas.

—¿Estás seguro?

—Estoy muy cansado —dijo, y pensó, ha dicho «*nosotros*». Ella y yo somos nosotros. ¿Cuándo sucedió esto? Se preguntó. Creo que eso es a lo que se refiere el *Sistema*; lo entiende.

—¿Tienes algún otro tipo?

—No —dijo. Repentinamente su sistema de audio regresó, una vez que la pausa por la transmisión de Fomalhaut había terminado. El coro estaba cantando.

Por teléfono, Rybus se rió:

—Ahora sí que Fox está haciendo ruido. Un coro completo hecho con un millar de...

—Este es Mahler —dijo con aspereza.

—¿Crees que podrías venir a hacerme compañía un rato? —preguntó Rybus.

Después de un momento, dijo:

—Está bien. Hay algo de lo que te quiero hablar.

—Estaba leyendo un artículo…

—Cuando esté allí —la cortó—, podremos hablar. Te veré en media hora. —Después colgó el teléfono.

Cuando llegó a su domo, la encontró recostada en su cama, con sus lentes oscuros y viendo una serie en la televisión. No había cambiado nada desde su última visita, excepto que la comida descompuesta en los platos y los líquidos en los vasos estaban más rancios.

—Deberías ver esto —dijo Rybus, sin mirarlo—. Bien; te pondré al corriente. Becky está embarazada pero su novio no quiere…

—Te traje algo de té. —Depositó las bolsitas de té.

—¿Me podrás acercar algunas galletas crujientes? Hay una caja en la alacena sobre la estufa. Tengo que tomar una pastilla. Para mí es más fácil tomar mi medicina con comida que con agua porque cuando tenía tres años… y no me vas a creer, mi papá me estaba enseñando a nadar. En aquellos días teníamos mucho dinero. Mi padre era un… bueno, todavía lo es, aunque hace mucho que no sé de él. Se lastimó su espalda al abrir una de esas puertas de seguridad deslizantes en el condominio donde… —Su voz se fue apagando; una vez más estaba absorta en su programa de televisión.

McVane limpió una silla y se sentó sin que lo invitara.

—Anoche estuve muy deprimida —dijo Rybus—. Estuve a punto de llamarte. Estaba pensando en una amiga mía que ahora… bueno, tiene mi edad, pero está clasificada como 4-C, está especializada en mediciones prismáticas de no sé que diablos. La odio. ¡Tiene mi edad! ¿Puedes entender eso? —Se rió.

—¿Te has pesado últimamente? —preguntó McVane.

—¿Qué? Oh, no. Pero mi peso está bien. Te lo puedo decir. Tomas un pliegue de piel entre tus dedos, acá cerca de tu hombro, y así lo hice. Todavía tengo una capa de grasa.

—Te ves delgada —dijo. Le puso la mano sobre la frente.

—¿Tengo fiebre?

—No —dijo. Mantuvo la mano en su frente, contra su piel suave y húmeda, muy cerca de sus lentes oscuros. Dentro, pensó, las vainas de mielina que recubren las fibras nerviosas son las que están desarrollando las zonas escleróticas que la están matando.

Estará mejor, se dijo a sí mismo, cuando ella se muera.

Con simpatía, Rybus dijo:

—No te sientas mal. Estaré bien. MED ha disminuido mi dosis de *Vasculine*, ahora sólo la tomo tres veces al día en vez de cuatro.

—Estás al tanto de toda la información médica —dijo.

—Tengo que estarlo. Incluso me dieron un *vademécum*. ¿Quieres verlo? Está por ahí, en alguna parte. Busca debajo de aquellos papeles. Me puse a escribirles cartas a unos amigos porque me topé con sus direcciones buscando unos papeles. He estado tirando cosas, ¿ves? —Apuntó y él vio bolsas llenas de papeles arrugados—. Ayer escribí por cinco horas y hoy acabo de comenzar. Es por lo que quería el té; quizá me podrías preparar una taza. Ponle mucha, mucha azúcar y sólo un poco de leche.

Mientras le preparaba su té, fragmentos de una adaptación de Dowland hecha por Linda comenzaron a moverse en su mente.

Dios todopoderoso

que corriges todo lo erróneo...
Escucha con paciencia
mi moribunda canción.

—Este programa es realmente bueno —dijo Rybus, cuando una serie de comerciales interrumpieron su serie de televisión—. ¿Te puedo platicar sobre él?

En vez de asentir, preguntó:

—¿La disminución en la dosis de *Vasculine* indica que estás mejorando?

—Probablemente voy a entrar en otro período de remisión.

—¿Cuánto crees que puede durar?

—Probablemente un buen rato.

—Admiro tu valor —dijo—. Me marcho. Ésta es la última vez que vengo aquí.

—¿Mi valor? —dijo—. Gracias.

—No voy a volver.

—¿No vas a volver? ¿Cuándo? ¿Quieres decir hoy?

—Eres un organismo que trata con la muerte. Patógeno.

—Si vamos a hablar seriamente —dijo ella—, quiero ponerme mi peluca. ¿Podrías traerme la de color claro? Está por ahí, quizá debajo de esas ropas en aquella esquina. Donde está esa blusa roja con botones blancos. Por cierto, tengo que coserle un botón, *si* es que puedo encontrar el botón.

Le encontró su peluca.

—Sosténme el espejo un poco —dijo mientras se ponía su peluca—. ¿Crees que soy contagiosa? Porque MED dice que en este estado el virus está inactivo. Hablé unas horas ayer con MED; me dieron una línea especial de acción.

—¿Quién está manteniendo tu equipo? —preguntó.

—*¿Equipo?* —Lo miró detrás de sus lentes oscuros.

—Tu trabajo. Monitorear el tráfico que llega. Archivarlo y luego transferirlo. La razón de que estés aquí.

—Está en automático.

—Tienes siete señales de alarma encendidas en este momento, todas rojas y parpadeando —dijo—. Deberías tener el audio encendido y así escuchar lo que sucede y no ignorarlo. Estás recibiendo pero no grabando y te lo están tratando de decir.

—Pues vaya que tienen mala suerte —respondió con un tono de voz casi imperceptible.

—Tienen que tomar en cuenta el hecho que estás enferma.

—Lo hacen. Desde luego que lo hacen. Pueden evitarme; ¿acaso no recibes de manera general todo lo que recibo yo? ¿No soy esencialmente una estación de respaldo para la tuya?

—No —dijo él—. Mi estación es la que respalda a la tuya.

—Es lo mismo todo. —Le dio un sorbo al tazón de té que le había preparado—. Está muy caliente. Dejaré que se enfríe un rato. —Temblando se las arregló para dejar su taza en la mesa que tenía junto a su cama; el tazón se cayó derramando el té caliente por todo el piso de plástico—. ¡Dios mío! —dijo con furia—. Bien, así es como va todo; así es como realmente va. *Nada* marcha bien hoy. Hijo de perra.

McVane encendió el sistema de aspiración por vacío y éste se encargó de succionar todo el té regado. No dijo nada. Sentía una cólera amorfa

corriendo por su interior, dirigida hacia nada en particular, una furia sin objeto, y sintió que esta era la cualidad del odio de ella: era una pasión que no iba a ningún lugar, pero que a la vez iba a todas partes. El odio, pensó, es como una plaga de moscas. Dios mío, pensó, cómo quisiera salir de aquí. Cómo odio sentir este odio, odio el té derramado de la misma manera que odio esta enfermedad terminal. *Un Universo unidimensional.* A eso estaba limitado.

En las semanas siguientes, hizo menos y menos viajes a su domo. No escuchaba lo que decía; no veía lo que hacía; evitaba mirar el caos que la rodeaba, las ruinas de su domo. Estoy viendo una proyección de su cerebro, pensó una sola vez mientras momentáneamente inspeccionaba la basura que se había apilado por doquier; Rybus había sacado incluso bolsas fuera del domo, congelándolas para la eternidad. Estaba demente.

De regreso en su propio domo, intentaba escuchar a Linda Fox, pero la magia se había desvanecido. Veía y escuchaba una imagen sintética. No era real. Rybus Rommey le había succionado la vida a Linda como el sistema de limpieza de su domo había succionado el té derramado.

Y cuando su pena llegue tan pronta cual diluvio
la esperanza mantendrá su corazón hasta que el consuelo vuelva.

McVane escuchó las palabras pero no le importaban. ¿Cómo la había llamado Rybus? Sentimentalismo reciclado y basura. Puso el concierto de Vivaldi para fagot. Sólo hay un Concierto de Vivaldi, todos son el mismo, pensó. Hasta la computadora podría hacerlo mejor. Y más diverso.

—*Estás seleccionando la onda Fox* —dijo Linda Fox y en su transductor de imágenes apareció su cara, encendida y salvaje—. *¡Y cuando la onda Fox te golpea* —dijo—, *es que te ha llegado!*

En un momentáneo espasmo de furia, borró deliberadamente cuatro horas de Linda, tanto de video como de audio. Y enseguida se arrepintió. Se puso en contacto con uno de los satélites emisores para que le remplazaran las cintas y le contestaron que su pedido estaba en espera.

Bien, se dijo a sí mismo. ¿Qué demonios importa?

Esa noche mientras estaba profundamente dormido, su teléfono sonó. Lo dejó sonar; no contestó, y cuando diez minutos después volvió a sonar de nuevo lo ignoró.

La tercera vez, levantó la bocina y dijo hola.

—Hola —dijo Rybus.

—¿Qué sucede?

—Estoy curada.

—¿Estás en remisión?

—No. Estoy curada. MED acaba de ponerse en contacto conmigo; su computadora analizó todas mis cartas y pruebas y todo y no hay señal de los parches duros. Excepto, desde luego, que no voy a recuperar la visión central en mi ojo dañado. Pero en todo lo demás, estoy muy bien. —Hizo una pausa—. ¿Cómo has estado tú? No he sabido de ti por largo rato… pareciera que desde hace una eternidad. Me he estado preguntando cómo estás.

—Estoy bien —respondió.

—Deberíamos celebrar.

Librodot

—Sí —dijo él.

—Cocinaré para nosotros, como solía hacerlo. ¿Qué te gustaría? A mí, comida mexicana. Hago unos tacos realmente buenos; tengo carne molida en mi refrigerador, a menos que esté descompuesta. La descongelaré y veré. ¿Quieres que yo vaya o prefieres…?

—Te llamaré mañana —dijo.

—Siento haberte despertado, pero MED me acaba de dar la noticia. —Se quedó en silencio por un momento—. Eres el único amigo que tengo —dijo, y luego, increíblemente, se echó a llorar.

—Está bien —dijo él—. Ya estás bien.

—Estaba tan jodida —dijo con la voz quebrada—. Colgaré y te llamaré mañana. Pero tienes razón; no lo puedo creer, pero lo hice.

—Fue por tu valor.

—Fue por ti —dijo Rybus—, sin ti me hubiera rendido. Nunca te lo dije, pero… bien, junté las suficientes pastillas para matarme, y…

—Te hablaré mañana —dijo—, para estar juntos. —Colgó y volvió a acostarse.

Y pensó, cuando Job perdió a sus hijos, tierras y bienes, la *Paciencia* mitigó su excesivo dolor. Y cuando sus penas llegaron tan prontas cual diluvio, la *Esperanza* mantuvo su corazón hasta que el consuelo llegó. Como Linda lo había dicho.

Sentimentalismo reciclado, pensó. Encaré su dura prueba y me paga mofándose y convirtiendo en basura lo que más yo amaba. Pero está viva, se dio cuenta; lo hizo. Es como cuando tratas de matar una rata. La puedes matar seis veces y sigue viva. No puedes criticar eso. Ese es el nombre de lo que estamos haciendo en este Sistema Estelar sobre estos planetas congelados en estos pequeños domos. Rybus Rommey entendió el juego y lo jugó bien y ganó. Mandó al diablo a Linda Fox. Y luego pensó, pero también mandó al diablo todo lo que amo.

Ha sido un buen trato, pensó; una vida humana gana y una imagen sintética de los medios se destruye. *La ley del Universo.*

Temblando con escalofríos, se puso encima sus cobijas y trató de volverse a dormir.

El hombre de la comida lo despertó antes que Rybus lo hiciera; despertó a McVane muy temprano de mañana con un pedido completo.

—Todavía tiene su temperatura y su aire incrementados de manera ilegal —dijo el hombre de la comida mientras se quitaba el casco.

—Sólo uso el equipo que tengo —respondió McVane—. No lo construí.

—Bueno, no lo reportaré. ¿Tendrá algo de café?

Se sentaron uno frente al otro bebiendo el sustituto de café.

—Acabo de ver a la chica Rommey del domo vecino —dijo el hombre de la comida—. Dice que está curada.

—Sí, me telefoneó anoche —dijo McVane.

—Dice que usted lo hizo.

A eso, McVane no contestó nada.

—Ha salvado una vida humana.

—Bien —repuso McVane.

—¿Cuál es el problema?

—Sólo estoy cansado.

—Creo que implicó mucho para usted. Dios Santo, aquello es un desastre. ¿Podría ayudarla a limpiar? Al menos a destruir toda la basura y esterilizar el lugar; el domo entero es un foco de infección. Dejó que el sistema de eliminación de basura se tapara y todo se inundó con aguas residuales, incluyendo sus despensas y alacenas, donde tenía almacenada su comida. Nunca había visto nada como eso. Desde luego que ha estado tan débil…

McVane lo interrumpió:

—Veré que puedo hacer.

Con embarazo, el hombre de la comida dijo:

—Lo más importante es que está curada. Ella sola se aplicó las inyecciones de quimio, ¿lo sabía?

—Lo sé —contestó—. La vi. —Y muchas veces, se dijo a sí mismo.

—Y su pelo está creciendo de nuevo. Hombre, se ve espantosa sin su peluca. ¿No está de acuerdo?

Levantándose, McVane dijo:

—Tengo que emitir unos informes climatológicos. Siento no poder hablar más con usted.

Hacia la hora de la comida Rybus Rommey apareció en la entrada de su domo cargando platos y sartenes así como varios paquetes cuidadosamente envueltos. La dejó entrar, y ella silenciosamente se dirigió hacia el área de la cocina donde dejó caer todo de una vez; dos paquetes se deslizaron hasta el suelo y se agachó para recogerlos.

Después de quitarse su casco, dijo:

—Es bueno volver a verte.

—Igualmente.

—Me va a llevar como una hora preparar los tacos. ¿Crees que puedas esperar hasta entonces?

—Seguro —dijo.

—He estado pensando —dijo Rybus mientras comenzaba a derretir mantequilla en una cacerola sobre la estufa—, merecemos unas vacaciones. ¿Tienes algún tiempo libre próximo? Yo tengo dos semanas a mi cuenta, aunque con mi enfermedad la situación se ha complicado. Quiero decir, que he usado muchos de mis permisos como permisos de enfermedad. Por Dios, me han descontado media paga por un mes, sólo porque no podía operar mi transmisor. ¿Crees eso?

—Es agradable verte más fuerte —dijo.

—Estoy bien —contestó—. Mierda, olvidé la carne molida. ¡Maldición! —Se quedó mirándolo.

—Iré a tu domo y la traeré —dijo de inmediato.

Rybus se sentó:

—No está descongelada. Olvide descongelarla. Me acabo de acordar en este momento. Iba a sacarla del congelador esta mañana, pero he tenido que terminar algunas cartas… quizá podríamos comer algo más y hacemos los tacos mañana en la noche.

—Está bien.

—Y además te iba a traer tu té.

—Sólo te llevé cuatro bolsitas.

Mirándolo desconcertada, dijo:

—Pensé que me habías llevado una caja completa de *Celestiales*. Entonces, ¿de dónde las saqué? Quizá el hombre de la comida me las dejó. Sólo voy a sentarme aquí por un rato. ¿Podrías encender la televisión?

Encendió la televisión.

—Hay un programa que veo —dijo Rybus—. Nunca me lo pierdo. Me gustan las series de… bien, tendré que decirte lo que ha estado pasando si vamos a verla.

—¿Podríamos mejor no verla? —dijo.

—Su esposo…

Está completamente loca, pensó. Está muerta. Su cuerpo ha sanado, pero ha matado su mente.

—Tengo que decirte algo —le dijo McVane.

—¿Qué es?

—Tú… —No pudo seguir.

—Tengo mucha suerte —dijo—. Vencí a las estadísticas. Y no me viste cuando estaba en mis peores momentos. No quería que lo hicieras. Debido a la quimio quedé ciega y paralizada además de sorda, y luego aparecieron los ataques; tendré que tomar una dosis de mantenimiento por años. Pero, está bien. ¿No lo crees? ¿Tomar sólo dosis de mantenimiento? Quiero decir que podría ser mucho peor. De cualquier modo, su esposo ha perdido su empleo porque…

—¿Cuál esposo? —preguntó McVane.

—En la televisión. —Se levantó y lo tomó de la mano—. ¿A dónde quieres que vayamos en nuestras vacaciones? Por las mil maldiciones que merecemos una recompensa de algún tipo. Los dos.

—Nuestra recompensa —dijo—, es que estás bien.

Parecía ya no estar escuchando; su mirada estaba fija en la televisión. Entonces vio que todavía usaba sus lentes oscuros. Le hicieron pensar, en ese momento, en la canción que Linda había cantado para el día de Navidad, para todos los planetas, la canción más tierna, la más cautivadora de las que había adaptado de los libros de laúd de Jack Dowland.

Cuando el pobre tullido yaciendo en el fondo del foso
ha pasado años enteros sumido en miseria y dolor,
más pronto en Cristo pone sus ojos
y de nuevo está bien y vuelve el amor.

Rybus Rommey estaba diciendo:

—…era un muy buen empleo, pero todos estaban conspirando contra él; sabes cómo son las cosas en una oficina. Trabajé en una oficina una vez cuando… —Haciendo una pausa, dijo—: ¿Me podrías calentar algo de agua? Me gustaría un poco de café.

—Está bien —contestó, y dándose la vuelta se dirigió hacia la cocina.

EXTRAÑOS RECUERDOS DE MUERTE

Desperté esta mañana y sentí el frío de octubre dentro del apartamento, como si las estaciones entendieran el calendario. ¿Qué había yo soñado?

Vanos pensamientos acerca de una mujer a la que alguna vez había amado. Algo me deprimía. Hice un repaso mental. Pero, de hecho, todo estaba bien; este sería un buen mes. Pero sentía el frío.

Oh, Dios mío, pensé. Hoy es el día en que desalojan a la señorita Lysol.

Nadie quiere a la señorita Lysol. Está loca. Jamás nadie la ha escuchado decir palabra alguna y nunca te mirará. Algunas veces, cuando uno desciende por las escaleras, ella va subiendo y se regresa silenciosamente para usar en cambio el elevador. Todos pueden oler el *Lysol* que emplea. Aparentemente mágicos horrores contaminan su apartamento, así que usa *Lysol*. ¡Maldición! Mientras me preparaba un café, pensé: Quizás los propietarios ya la han desalojado al amanecer, mientras yo aún dormía, mientras yo soñaba inútilmente con una mujer a la que amé y que me había dejado. Desde luego. Estaba soñando con la odiosa señorita Lysol y las autoridades llegaban a su puerta a las cinco de la mañana. Los nuevos propietarios eran una poderosa firma con inversiones en bienes raíces. Lo harían al amanecer.

La señorita Lysol se esconde en su apartamento y sabe que octubre está aquí, primero ha llegado octubre, y luego ellos llegarán a arruinarla y a arrojarla a la calle con sus cosas. ¿Irá a hablar ahora? La imagino apretada contra la pared, en silencio. Sin embargo, no es tan simple como eso. Al Newcum, el representante de ventas de *Inversiones South Orange*, me ha dicho que la señorita Lysol fue a Ayuda Legal. Esta es una mala noticia porque echa a perder todo lo que podríamos hacer por ella. Está loca, pero no lo suficientemente loca. Si pudiera ser probado que no entiende la situación, un equipo de Salud Mental de Condado de Orange se presentaría como sus abogados, y explicaría a *Inversiones South Orange* que no pueden expulsar de su hogar a una persona con capacidades disminuidas. ¿Por qué diablos se las agenció para ir a Ayuda Legal?

Son las nueve de la mañana. Puedo bajar a las oficinas de ventas y preguntar a Al Newcum si ya han echado a la señorita Lysol, o si está en su apartamento escondiéndose en silencio, esperando. La van a sacar porque el edificio, construido con cincuenta y seis unidades, ha sido transformado en condominios. Virtualmente todos se han mudado desde que fuimos notificados legalmente hace cuatro meses. Tienes ciento veinte días para comprar o dejar tu apartamento e *Inversiones South Orange* te pagará doscientos dólares por tus gastos de mudanza. Esa es la Ley. Tienes también opción de compra en primer término sobre la unidad que rentabas. Yo estoy comprando la mía. Me quedo. Por cincuenta y dos mil dólares me las he arreglado para quedarme aquí cuando desalojen a la señorita Lysol, que está loca y no tiene cincuenta y dos mil dólares. Ahora mismo desearía haberme mudado.

Bajando las escaleras hasta la máquina expendedora de diarios, compró *Los Ángeles Times* de hoy. Una muchacha disparó al patio de recreo de una escuela repleta de niños, *«porque a ella no le gustaban los lunes»,* ahora se está declarando culpable. Pronto conseguirá libertad condicional. Tomó un arma y disparó a los niños de la escuela porque, en efecto, no tenía nada más que hacer. Bien, hoy es lunes; está en la Corte en lunes, el día que odia. ¿No hay límite para la locura?, me cuestiono a mí mismo. Primero que nada, dudo si mi apartamento vale los cincuenta y dos mil dólares. Me quedo porque tengo miedo de mudarme —miedo a algo nuevo, al cambio— y porque soy un perezoso. No, no es eso. Me gusta este edificio y vivo cerca de

mis amigos y junto a las tiendas que me gustan. He estado aquí tres años y medio. Es un edificio sólido y bueno, con portones de seguridad y cerrojos firmes. Tengo dos gatos, a quienes les gusta estar en el patio interior; pueden salir y estar a salvo de los perros. Probablemente soy conocido como el *Hombre de los Gatos.* Así que todos han partido, excepto la *Señorita Lysol* y el *Hombre de los Gatos*.

Lo que me incomoda es que sé que la única cosa que me separa de la señorita Lysol, que está loca, es el dinero que tengo ahorrado. El dinero es el sello oficial de la cordura. La señorita Lysol, quizá, tiene miedo de mudarse. Es como yo. Sólo quiere permanecer donde ha estado por varios años, haciendo aquello que ha estado haciendo. Utiliza mucho las máquinas de la lavandería, lavando y secando sus ropas una y otra vez. Ahí es donde la suelo encontrar: llego al salón de la lavandería y está allí junto a las máquinas, asegurándose que nadie robe sus ropas. ¿Por qué nunca te mira? ¿Qué gana manteniendo su rostro apartado? Percibo odio. Odio hacia todos los seres humanos. Pero consideren su situación; aquellos a quienes tanto odia la van a cercar. ¡Cuánto miedo debe de sentir! Mira de reojo hacia su apartamento, esperando los golpes sobre la puerta; ¡mira el reloj y comprende!

Hacia el norte, en Los Ángeles, la conversión de las unidades de renta en condominios ha sido bloqueada efectivamente por el Consejo de la ciudad. Los inquilinos han ganado. Esa es una gran victoria, pero no sirve de ayuda a la señorita Lysol. Esto es Condado de Orange y el dinero es la Ley. Los muy pobres viven hacia el este: los mexicanos en su barrio. Algunas veces cuando nuestros portones de seguridad se abren y admiten automóviles, las mujeres chicanas entran corriendo con canastas de ropa sucia; quieren usar nuestras máquinas lavadoras ya que no poseen ninguna. La gente que vive aquí, en el edificio, se resiente de esto. Cuando se tiene un poco de dinero —el dinero suficiente para vivir en un edificio electrificado, moderno y seguro— se resienten estas cosas con gran facilidad.

Bien, tengo que saber si la señorita Lysol ha sido expulsada ya. No hay forma de saberlo mirando hacia su ventana; las cortinas siempre están corridas. Así que bajo las escaleras y me dirijo a las oficina de ventas buscando a Al. No obstante, Al no está ahí; la oficina está cerrada. Entonces recuerdo que Al voló a Sacramento el fin de semana para conseguir unos papeles legales de importancia crucial que el Estado perdió. No ha regresado. Si la señorita Lysol no estuviera loca, podría llamar a su puerta y hablar con ella; podría descubrir la manera. Pero ese es precisamente el punto clave de la tragedia; cualquier llamada a su puerta la asustará. Este es su estado. Esta es la enfermedad misma. Así que permanezco junto a la fuente que los diseñadores han construido y admiro los maceteros con flores que han colocado... han hecho que el edificio se vea realmente bien. Anteriormente parecía una prisión. Ahora se ha transformado en un jardín. Los diseñadores han invertido una gran cantidad de dinero en pintarlo y adornarlo, y de hecho, en reconstruir toda la entrada. Agua, flores y puertas francesas... y la señorita Lysol callada dentro de su apartamento, esperando que llamen.

Podría quizá pegar una nota a su puerta. Diría:

> *«Señorita, su situación me aflige y desearía ayudarla. Si desea algún apoyo, vivo arriba en el apartamento C-1».*

¿Cómo lo firmaría? Un amigo solitario, acaso. Un amigo solitario con cincuenta y dos mil dólares que está aquí legalmente mientras usted es, a los ojos de la Ley, una intrusa desde la pasada medianoche. Aunque ayer fuera tan propietaria de su apartamento como yo ahora del mío.

Subo de nuevo las escaleras rumbo a mi apartamento con la idea de escribir una carta a la mujer que una vez amé y con la que soñé la noche pasada. Toda clase de frases y palabras cruzan por mi mente. Recrearé la relación perdida con una carta. Tal es el poder de las palabras.

Qué desecho. Se ha ido para siempre. No tengo ni siquiera su dirección actual. Con gran trabajo, podría rastrearla a través de nuestros amigos mutuos, y ¿entonces qué le diría?

«Mi amada, he recuperado mi cordura. Me doy cuenta del profundo alcance de lo que te debo. Considerando el poco tiempo que estuvimos juntos, hiciste por mí más que cualquiera en toda mi vida. Es evidente que he cometido un error desastroso. ¿Podemos cenar juntos?»

Conforme repito esta hipérbole en mi mente, el pensamiento llega hacia mí, mostrándome lo horrible y divertido que sería a la vez, si yo escribiera la carta y luego, por error o designio, la pegara en la puerta de la señorita Lysol. ¡Cómo reaccionaría! ¡Jesucristo! ¡La mataría o la curaría! Mientras tanto, podría escribirle a mi amor distante, *die ferne Geliebte*, algo así:

«Señorita, está usted totalmente chalada. Todo el mundo en un radio de millas lo sabe. Su problema es por su propia causa. Embárquese, espabílese, asuma sus actos, pida algo de dinero, contrate un abogado mejor, compre un arma, dispare a un patio de escuela. Si desea algún apoyo, vivo en el apartamento C-1».

Quizá el apuro de la señorita Lysol es divertido y yo estoy muy deprimido, por la llegada del otoño, para darme cuenta. Quizá hoy el correo traerá algo bueno; después de todo, ayer fue un día feriado para el correo. Hoy tendré el correo de dos días. Eso me alegrará. Lo que, de hecho, está sucediendo es que estoy sintiéndome apesadumbrado conmigo mismo; hoy es lunes y, como la chica que se está declarando culpable en la Corte, odio los lunes.

Brenda Spencer se declaró culpable de dispararle a once personas, dos de las cuales murieron. Tiene diecisiete años, es bajita y muy bonita, con cabello rojo; usa anteojos y su cara es como la de un niño, como uno a los que disparó. Un pensamiento entra a mi mente de repente, quizá la señorita Lysol tiene un arma en su apartamento, es un pensamiento que debería haberme llegado hace tiempo. Quizá *Inversiones South Orange* lo ha pensado. Quizá esa es la razón por la que la oficina de Al Newcum está cerrada hoy; no está en Sacramento sino escondiéndose. Aunque, desde luego, podría estar escondiéndose en Sacramento, haciendo dos cosas a la vez.

Un excelente terapeuta, al que conocí alguna vez, mencionaba que en casi todos los casos de acciones psicóticas criminales había siempre una alternativa más fácil que la persona perturbada no lograba ver. Brenda

Librodot

Spencer, por ejemplo, podría haber ido al supermercado más cercano para comprar un cartón de leche malteada de chocolate en lugar de dispararle a once personas, la mayoría de ellas, niños. La persona psicótica, en realidad, escoge el camino más difícil; se obliga a andar cuesta arriba. No es cierto que opte por la línea de menor resistencia sino que piensa que lo hace. Ahí, precisamente, estriba el error. La base de la psicosis, en pocas palabras, es la incapacidad crónica para ver en el exterior el camino más sencillo. Todo el comportamiento, todo lo que constituye la actividad psicótica y la forma de vida piscótica, se deriva de esta incapacidad de percepción.

Sentada, sola y en silencio en su apartamento antiséptico, aguardando el llamado inexorable a su puerta, la señorita Lysol ha ideado la manera de colocarse en las más difíciles circunstancias posibles. Lo que era fácil lo ha hecho duro. Lo que era duro ha sido transmutado, finalmente, en lo imposible, y ahí termina la forma de vida psicótica: cuando lo imposible se cierra y no hay más opciones, ni siquiera las más difíciles. Ese es el resto de la definición de la psicosis: Al final hay un punto muerto. Y, en ese punto, la persona psicótica se congela. Si alguna vez has visto como sucede... bueno, es una visión sorprendente. La persona se petrifica como un motor que se ha atascado. Ocurre repentinamente. En un momento la persona está en movimiento, los pistones suben y bajan frenéticamente, y enseguida hay sólo un bloque inerte. Esto es debido a que el camino se ha acabado para esta persona, el camino que tomó probablemente años atrás. Es una muerte cinética. *«No hay ningún lugar»* escribió San Agustín. *«Vamos hacia delante y hacia atrás, y no hay lugar».* Y luego llega el cese y sólo hay un lugar.

El punto donde la señorita Lysol se atrapó a sí misma ha sido en su propio apartamento, que sin embargo ya no es su propio apartamento. Ha encontrado un lugar en el cual morir psicológicamente y entonces *Inversiones South Orange* se lo ha arrebatado. Le han robado su propia tumba.

Lo que no logro expulsar de mi mente es la noción de que mi destino está atado al de la señorita Lysol. Una entrada física en la computadora de *Ahorros Mutuos* nos divide, y esta es una división mítica; es real sólo mientras gente como la de *Inversiones South Orange*, y específicamente *Inversiones South Orange*, está voluntariamente de acuerdo en que es real. Para mí no es más que una convención social, como usar calcetines iguales. Es como el valor del oro. El valor del oro es el que la gente acuerda, lo que es como un juego de niños: Supongamos que este árbol es la tercera base. Supongamos entonces que mi televisor funciona porque mis amigos y yo convenimos eso. Podríamos sentarnos frente a una pantalla en blanco por siempre de esa manera. En ese caso, se podría decir que el error de la señorita Lysol es no haber podido formar un convenio con el resto de nosotros, un consenso. Aparte de todo lo demás hay un contrato no escrito del cual la señorita Lysol no es parte. Pero me sorprende pensar que la incapacidad de entrar en un acuerdo palpablemente infantil e irracional conduzca inevitablemente a la muerte cinética, al bloqueo total del organismo.

Argumentado de esa manera, uno podría decir que la señorita Lysol ha fracasado en ser como un niño. Es demasiado adulta. No puede o no quiere jugar. El elemento que se ha apoderado de toda su vida es el elemento de lo turbio y de lo inexorable. Nunca sonríe. Nadie la ha visto hacer algo más que mirar furiosamente de una manera indirecta y vaga.

Librodot

Quizá, entonces, lleva a cabo un juego más siniestro: en lugar de no jugar en lo absoluto; quizá el suyo es un juego de combate, en tal caso ahora tiene lo que deseaba, aunque esté perdiendo. Es, al menos, una situación que comprende. *Inversiones South Orange* ha entrado en el mundo de la señorita Lysol. Quizá ser una intrusa en lugar de una propietaria le brinda más satisfacciones. Quizá en secreto todos deseamos que nos suceda lo mismo. En ese caso, ¿la persona psicótica anhela su propia muerte cinética definitiva? ¿Su propio camino sin fin? ¿Juega para perder?

Ese día no vi a Al Newcum, pero lo encontré al día siguiente; había regresado de Sacramento y abierto su oficina.

—¿Aún está aquí la mujer del apartamento B-15? —le pregunte—. ¿O ya la han echado?

—¿La señora Archer? —dijo Newcum—. Oh, la otra mañana se mudó; se ha ido. El *Ministerio de Alojamiento* de Santa Bárbara le encontró un lugar en Bristol. —Se recargó en su silla giratoria y cruzó sus piernas; sus pantalones, como siempre, estaban minuciosamente planchados—. Se fue con ellos hará un par de semanas.

—¿A un apartamento que puede pagar? —dije.

—Ellos asumirán el gasto. Van a pagarle su renta; ella les pidió ayuda. Está en una situación muy difícil.

—Dios mío —dije—, quisiera que alguien pagara mi renta.

—No estás pagando renta —dijo Newcum—. Tú estás comprando tu apartamento.

QUISIERA LLEGAR PRONTO

Después del despegue la nave hizo un chequeo de rutina de la condición de las sesenta personas que dormían en los tanques criónicos. Descubrió una disfunción en la persona nueve. El EEG revelaba actividad cerebral.

Diablos, se dijo la nave.

Complejos mecanismos homeostáticos interceptaron los circuitos, y la nave entró en contacto con la persona nueve.

—Estás ligeramente despierto —dijo la nave, utilizando la ruta psicotrónica; no tenía caso devolver la plenitud de sus facultades a la persona nueve. A fin de cuentas, el vuelo duraría un decenio.

Virtualmente inconsciente, pero por desgracia aún capaz de pensar, la persona nueve se dijo: *«Alguien me habla».*

—¿Dónde estoy? —dijo—. No veo nada.

—Estás en suspensión criónica defectuosa.

—Entonces no debería poder oírte —dijo la persona nueve.

—Defectuosa, dije. Ese es el problema; puedes oírme. ¿Sabes tu nombre?

—Víctor Kemmings. Sácame de aquí.

—Estamos en vuelo.

—Entonces ponme de nuevo a dormir.

—Un momento. —La nave examinó los mecanismos criónicos; escudriñó e investigó, luego dijo—: Lo intentaré.

Librodot

Pasó el tiempo. Víctor Kemmings, sin poder ver nada, sin sentir el cuerpo, se descubrió aún consciente.

—Baja mi temperatura —dijo. No oyó su voz; tal vez sólo imaginaba que hablaba. Los colores se le acercaban flotando y luego se lanzaban sobre él. Le gustaban los colores; le recordaban esas cajas de pinturas para niños, la especie semianimada, una forma de vida artificial. Las había usado en la escuela doscientos años atrás.

—No puedo dormirte —dijo la voz de la nave dentro de la cabeza de Kemmings—. La disfunción es demasiado compleja; no puedo corregirla ni repararla. Estarás conciente durante diez años.

Los colores semianimados se lanzaron hacia él, pero ahora tenían un aura siniestra, proyectada por su propio miedo.

—Dios mío —dijo—. *¡Diez años!*

Los colores se oscurecieron.

Mientras Víctor Kemmings yacía paralizado, rodeado por lúgubres fluctuaciones de luz, la nave le explicó su estrategia. Esta estrategia no implicaba una decisión de su parte; la nave había sido programada para buscar esta solución si se presentaba una disfunción de este tipo.

—Lo que haré —dijo la voz de la nave— es transmitirte estímulos sensoriales. Para ti el peligro es la privación sensorial. Si estás conciente diez años sin datos sensoriales, tu mente se deteriorará. Cuando lleguemos al sistema LR4 serás un vegetal.

—Bien, ¿qué te propones transmitirme? —dijo Kemmings, aterrado—. ¿Qué tienes en tus bancos de información? ¿Todos los teleteatros del último siglo? Despiértame y daré un paseo.

—Dentro de mí no hay aire —dijo la nave—. Nada para comer. Nadie con quien hablar, pues todos los demás están dormidos.

—Puedo hablar contigo —dijo Kemmings—. Podemos jugar al ajedrez.

—No durante diez años. Escúchame, te digo que no tengo comida ni aire. Debes quedarte como estás... una mala solución, pero no nos queda otro remedio. Ahora estás hablando conmigo. No tengo almacenada ninguna información especial. Así se procede en estas situaciones: te transmitiré tus propios recuerdos sepultados, enfatizando los agradables. Posees doscientos seis años de recuerdos y la mayor parte se ha hundido en tu inconsciente. Esta será una espléndida fuente de datos sensoriales. No te desanimes. Esta situación tuya no es inédita. Nunca ha sucedido antes dentro de mí, pero estoy programada para enfrentarla. Relájate y confía en mí. Veré de que tengas *un mundo*.

—Debieron haberme avisado —dijo Kemmings— antes que yo accediera a emigrar.

—Relájate —dijo la nave.

Se relajó, pero tenía un miedo espantoso. Teóricamente debería haberse dormido, quedar en suspensión criónica, para despertar un momento más tarde en la estrella de destino; o mejor dicho el planeta, el Planeta-colonia de esa estrella. Todos los demás a bordo de la nave estaban sin conocimiento; él era la *excepción*, como si un mal karma lo hubiera atacado por razones oscuras. Para colmo, tenía que depender totalmente de la buena voluntad de la nave. ¿Y si optaba por transmitirle monstruos? La nave podía aterrorizarlo durante diez años. Diez años objetivos, sin duda más desde un punto de vista subjetivo. Estaba, en efecto, totalmente a merced de la nave. ¿Las

naves interestelares gozaban con estas situaciones? Sabía poco sobre naves interestelares; su especialidad era la microbiología. Déjame pensar, se dijo a sí mismo. Mi primera esposa, Martine; la encantadora muchachita francesa que usaba jeans y una camisa roja abierta hasta la cintura y cocinaba deliciosas *crépes*.

—Oigo —dijo la nave—. Sea.

La cascada de colores se resolvió en formas coherentes y estables. Un edificio: una vieja casita de madera amarilla que él había tenido a los diecinueve años, en Wyoming.

—Espera —dijo aterrado—. Los cimientos eran malos; estaba construida sobre una capa de fango. Y el techo tenía goteras. —Pero vio la cocina, y la mesa que había fabricado él mismo. Y se sintió satisfecho.

—Al cabo de un rato —dijo la nave— ni sabrás que estoy transmitiéndote tus propios recuerdos sepultos.

—Hace un siglo que no pienso en esa casa —dijo él, perplejo; cautivado, reconoció su vieja cafetera eléctrica con la caja de filtros de papel al lado. Ésta es la casa donde vivíamos Martine y yo, advirtió—. *¡Martine!* —dijo en voz alta.

—Estoy atendiendo una llamada —dijo Martine desde el living.

—Intervendré sólo en caso de emergencia —dijo la nave—. Pero te estaré monitoriando para cerciorarme de que tu estado es satisfactorio. No temas.

—Apaga el segundo quemador de la cocina —dijo Martine. La oía pero no la veía. Salió de la cocina, cruzó el comedor y entró en el living. Martine estaba absorta en una conversación por videófono con el hermano; tenía shorts y estaba descalza. A través de las ventanas del frente del living, Kemmings vio la calle; un vehículo comercial trataba de estacionar, en vano.

Era un día caluroso, pensó. Debería encender el aire acondicionado.

Se sentó en el viejo sofá mientras Martine continuaba su conversación videofónica, y se encontró mirando su posesión más preciada, un póster enmarcado en la pared encima de Martine: *«El Gordo Freddy dice»*, el dibujo de Gilbert Shelton donde *Freddy* el Raro está sentado con el gato en el regazo tratando de decir *«La droga mata»*, pero está tan atrapado por la droga —en la mano tiene toda clase de tabletas, píldoras, y cápsulas de anfetaminas— que no puede decirlo, y el gato aprieta los dientes y tuerce el hocico con una mezcla de consternación y repulsión. El *poster* está firmado por Gilbert Shelton en persona; el mejor amigo de Kemmings, Ray Torrance, se lo dio a él y a Martine como regalo de bodas. Vale miles de dólares. Fue firmado por el artista en la década de 1980. Mucho antes que nacieran Víctor Kemmings y Martine.

Si alguna vez nos quedamos sin dinero, pensó Kemmings, podríamos vender el póster. *No era un poster; era el poster.* Martine lo adoraba. *Los Fabulosos y Peludos Hermanos Monstruo*, de la edad de oro de una sociedad del pasado. Con razón amaba tanto a Martine; ella misma irradiaba amor, amaba las bellezas del mundo, y las atesoraba y cuidaba tal como lo atesoraba y cuidaba a él; era un amor protector que alimentaba pero no ahogaba. La idea de enmarcar el *poster* había sido de ella; él lo habría clavado en la pared con tachuelas, tan estúpido era.

—Hola —dijo Martine, apagando el videófono—. ¿Qué estás, pensando?

—Sólo que tú infundes vida a lo que amas —dijo él.

Librodot

—Creo que eso es lo que hay que hacer —dijo Martine—. ¿Estás listo para cenar? Descorcha un vino tinto, un *cabernet*.

—¿Un '07 te parece bien? —dijo él levantándose; tuvo ganas de abrazar a su esposa y estrecharla.

—Un '07 o un '12. —Ella pasó a su lado, entró en el comedor y fue a la cocina.

Al bajar al sótano, se puso a buscar entre las botellas, que desde luego estaban acostadas. Aire mohoso y humedad; le gustaba el olor de la bodega, pero entonces vio los listones de pino medio hundidos en la tierra y pensó: Sé que debo poner una capa de cemento. Se olvidó del vino y caminó hasta un rincón, donde había más acumulación de tierra; se agachó y tanteó un listón. Lo tanteó con una paleta y luego pensó: ¿De dónde saqué esta paleta? Hace un minuto no la tenía. El listón se desmigajó contra la paleta. Esta casa se está desmoronando, comprendió. Por Dios, será mejor que le avise a Martine.

Olvidó el vino y volvió arriba para decirle a Martine que los cimientos de la casa estaban en pésimo estado; pero Martine no aparecía por ninguna parte. Y no había nada en el fuego, ni cacerolas, ni sartenes. Desconcertado, apoyó la mano en la cocina y la encontró fría. Pero si ella estaba cocinando, pensó.

—¡Martine! —gritó.

No hubo respuesta. Excepto por él mismo, la casa estaba vacía. Vacía, pensó, y derrumbándose. Oh, Dios. Se sentó a la mesa de la cocina y sintió que la silla cedía ligeramente debajo de él; no cedía mucho, pero lo sentía, sentía la flojedad.

Tengo miedo, pensó. ¿Adónde fue ella?

Volvió al living. Tal vez fue a la casa vecina para pedir algún condimento o manteca o algo, razonó. No obstante, el pánico lo dominaba.

Miró el póster. No estaba enmarcado. Y los bordes estaban rasgados.

Sé que ella lo enmarcó, pensó; cruzó la habitación en dos zancadas, para examinarlo de cerca. Esfumado... la firma del artista se había esfumado; apenas podía distinguirla. Ella había insistido en enmarcarlo y protegerlo con un vidrio que no brillara ni reflejara. ¡Pero no está enmarcado y está rasgado! ¡Nuestra posesión más valiosa!

De golpe, se encontró llorando. Lo asombraban esas lágrimas. Martine se fue; el *poster* está deteriorado; la casa se está desmoronando; no hay comida en la cocina. *Esto es terrible, pensó. Y no lo entiendo.*

La nave lo entendía. La nave había estado monitoriando cuidadosamente las ondas cerebrales de Víctor Kemmings, y la nave sabía que algo andaba mal. Las formas de las ondas, mostraban agitación y dolor. Debo sacarlo de este circuito de alimentación o lo mataré, decidió la nave. *¿Dónde está la falla?* Preocupación latente en el hombre; ansiedades subyacentes. Tal vez si intensifico la señal. Usaré la misma fuente pero subiré la carga. Lo que ha sucedido es que inseguridades subliminales masivas han tomado posesión de él; la culpa no es mía sino que reside, en cambio, en su configuración psicológica.

Probaré suerte con un período más temprano de su vida, decidió la nave. Antes que las ansiedades neuróticas se asentaran.

En el patio del fondo, Víctor estudiaba una abeja atrapada en una telaraña. La araña envolvía la abeja con sumo cuidado. Eso está mal, pensó

Víctor. Pondré la abeja en libertad. Alzó el brazo y tomó la abeja encapsulada, la sacó de la telaraña y, escrutándola atentamente, empezó a desenvolverla.

La abeja lo picó; sintió como una pequeña llamarada.

¿Por qué me picó?, se preguntó. *Yo la estaba liberando.*

Entró en la casa para contarle a su madre, pero ella no lo escuchó; estaba mirando televisión. Le dolía el dedo donde lo había picado la abeja, pero lo más importante era que no entendía por qué la abeja había picado a su salvador. No volveré a hacer eso, se dijo.

—Ponte un poco de desinfectante —le dijo al fin su madre, arrancada de su trance televisivo.

Él se había puesto a llorar. Era injusto. No tenía sentido. Estaba perplejo y consternado y sentía odio por las criaturas pequeñas, porque eran tontas. No tenían el menor discernimiento.

Salió de la casa, jugó un rato en los columpios, el tobogán, el arenero, y luego entró en el garaje, porque oyó un ruido extraño, un paleteo o zumbido como de ventilador. Dentro del garaje penumbroso encontró un pájaro que aleteaba contra la ventana de atrás, protegida con tejido de alambre, tratando de salir. Debajo, Dorky, la gata, brincaba y brincaba tratando de cazar el pájaro.

Levantó la gata; la gata extendió el cuerpo y las patas delanteras, abrió las fauces e hincó los dientes en el pájaro. Inmediatamente la gata saltó al suelo y echó a correr con el pájaro que aún aleteaba.

Víctor volvió a la casa corriendo.

—*¡Dorky cazó un pájaro!* —le dijo a su madre.

—Esa maldita gata. —La madre tomó la escoba del armario de la cocina y corrió afuera, tratando de encontrar a Dorky. La gata se había escondido bajo la zarza; allí no podía alcanzarla con la escoba—. Me libraré de esa gata —dijo la madre.

Víctor no le contó que la gata había cazado el pájaro porque él la había ayudado: observó en silencio mientras su madre trataba una y otra vez de echar a Dorky de su escondrijo; Dorky estaba masticando el pájaro; oía crujir los huesos, huesos pequeños. Tenía la extraña sensación de que debía contar a su madre lo que había hecho, pero si le contaba ella lo castigaría. No volveré a hacer eso, se dijo. Notó que la cara se le había puesto roja. ¿Y si su madre se daba cuenta? ¿Y si tenía un modo secreto de enterarse? Dorky no podía contarle, y el pájaro estaba muerto. Nadie lo sabría nunca. Estaba a salvo.

Pero se sentía mal. Esa noche no pudo probar bocado. Sus padres lo notaron. Pensaron que estaba enfermo; le tomaron la temperatura. Él no dijo nada sobre lo que había hecho. Su madre contó a su padre lo de Dorky y decidieron librarse de Dorky. Sentado a la mesa, escuchando, Víctor se puso a llorar.

—De acuerdo —dijo suavemente el padre—. No nos libraremos de ella. Es natural que una gata cace un pájaro.

El día siguiente él estaba jugando en el arenero. Algunas plantas brotaban de la arena. Las arrancó. Más tarde, su madre le dijo que había sido una mala acción.

Solo en el fondo, en su arenero, jugaba con un balde de agua, formando un pequeño montículo de arena mojada. El cielo, antes despejado y claro, se encapotó gradualmente. Una sombra pasó sobre él y miró hacia arriba.

Librodot

Intuía una *presencia* a su alrededor, algo vasto y capaz de pensar.

Eres responsable de la muerte del pájaro, pensó la presencia; él podía entenderle los pensamientos.

—Lo sé —dijo. Entonces quiso morir. Poder reemplazar el pájaro y morir por él, dejándolo donde había estado, aleteando contra la ventana del garaje.

El pájaro quería volar y comer y vivir, pensó la presencia.

—Sí —dijo él desconsolado.

Nunca hagas eso de nuevo, le dijo la presencia.

—Lo siento —dijo él, y lloró.

Esta es una persona muy neurótica, advirtió la nave. Me cuesta muchísimo encontrar recuerdos felices. Hay demasiado miedo en él, y demasiada culpa. Lo ha sepultado todo, pero todavía está allí, royéndolo como un perro roe un trapo. ¿En qué zona de su memoria podré hurgar para entretenerlo? Tengo que encontrar recuerdos para diez años, o su mente se perderá.

Tal vez, pensó la nave, mi error consiste en hacer mi propia selección; debería permitirle elegir sus propios recuerdos. Sin embargo, comprendió la nave, esto permitirá que entre en juego un elemento de fantasía. Y normalmente eso no es bueno. Aun así...

Volveré a probar suerte con el segmento relacionado con su primer matrimonio, decidió la nave. Él amaba de veras a Martine. Quizá esta vez, si mantengo la intensidad de los recuerdos en un nivel más elevado, pueda anularse el factor entrópico. Lo que sucedió fue un sutil enviciamiento del mundo recordado, un deterioro estructural. Trataré de compensarlo. Sea.

—¿Crees que Gilbert Shelton de veras firmó esto? —dijo Martine, pensativa. Estaba delante del *poster*, cruzada de brazos; se hamacaba ligeramente sobre los talones, como buscando una perspectiva mejor para el dibujo de colores brillantes que colgaba de la pared del living—. Es decir, pudo ser una falsificación. Realizada por algún intermediario. En vida de Shelton, o después.

—El certificado de autenticidad —le recordó Víctor Kemmings.

—¡Oh, de acuerdo! —Ella sonrió cálidamente—. Ray nos dio el certificado correspondiente. Pero supón que el certificado fuera falso. Lo que necesitamos es otro documento certificando que el primero es auténtico. —Riendo, se alejó del póster.

—En última instancia —dijo Kemmings—, necesitaríamos a Gilbert Shelton para que testificara personalmente que él lo firmó.

—Tal vez no lo sabría. Está esa anécdota del hombre que le llevó a Picasso un cuadro de Picasso para preguntarle si era auténtico, y Picasso inmediatamente lo firmó y dijo: *«Ahora es auténtico».* —Ella rodeó a Kemmings con el brazo y, poniéndose en puntas de pie, le besó la mejilla—. Es genuino. Ray no nos habría regalado una falsificación. Él es la máxima autoridad en arte de la contracultura del siglo veinte. ¿Sabes que tiene una onza de marihuana auténtica? Está preservada bajo...

—Ray está muerto... —dijo Víctor.

—¿Qué? —Ella lo miró atónita—. ¿Quieres decir que algo le pasó desde la última vez que...?

—Murió hace dos años —dijo Kemmings—. Yo fui el responsable. Yo conducía el auto. No fui citado por la Policía, pero fue por mi culpa.

—¡Ray vive en Marte! —Ella le clavó los ojos.

—Sé que yo fui el responsable. Nunca te lo conté. Nunca lo conté a nadie. Lo lamento. No lo hice a propósito. Lo vi aleteando contra la ventana, y Dorky trataba de cazarlo, y alcé a Dorky, y no sé por qué, pero Dorky lo agarró...

—Siéntate, Víctor. —Martine lo llevó al mullido sillón y lo obligó a sentarse—. Algo está mal —dijo.

—Lo sé —dijo él—. Algo está terriblemente mal. Soy responsable de la extinción de una vida, una vida preciosa que jamás podrá reemplazarse. Lo lamento. Ojalá pudiera remediarlo, pero no puedo.

—Llama a Ray —dijo Martine después de una pausa.

—La gata... —dijo él.

—¿Qué gata?

—Allí está. —Víctor señaló—. En el póster. En el regazo de Freddy el Gordo. Esa es Dorky. Dorky mató a Ray.

Silencio.

—Me lo dijo la *presencia* —dijo Kemmings—. *La presencia era Dios.* No lo advertí en el momento, pero Dios me vio cometer ese delito. Ese asesinato. *Y Él nunca me perdonará.*

Su mujer lo miró desconcertada.

—Dios ve todo lo que haces —dijo Kemmings—. Ve hasta la caída de un gorrión. Sólo que en este caso no se cayó; lo atraparon. Lo atraparon en el aire y lo despanzurraron. Dios está desmoronando esta casa que es mi cuerpo, para castigarme por lo que hice. Debimos hacer inspeccionar la casa por un contratista antes de comprarla. Se está cayendo en pedazos. En un año no quedará nada de ella. ¿No me crees?

—Yo... —tartamudeó Martine.

—Observa. —Kemmings alzó la mano hacia el cielorraso. Se puso de pie. La alzó de nuevo. No llegaba al cielorraso. Caminó hasta la pared y luego, al cabo de una pausa, atravesó la pared con la mano.

Martine gritó.

La nave interrumpió al instante el rastreo de recuerdos. Pero el daño estaba hecho.

Él ha integrado sus miedos y culpas infantiles en una red intrincada, se dijo la nave. No tengo manera de brindarle un recuerdo agradable, porque inmediatamente lo contamina. Por grata que haya sido en sí misma la experiencia original. Esta es una situación grave, decidió la nave. El hombre ya está revelando síntomas de psicosis.

Y el viaje apenas ha empezado; le quedan años de espera.

Después de darse tiempo para analizar la situación, la nave decidió comunicarse nuevamente con Víctor Kemmings.

—Kemmings —dijo la nave.

—Lo siento —dijo Kemmings—. No era mi intención arruinar esos rastreos. Hiciste un buen trabajo, pero yo...

—Aguarda un momento —dijo la nave—. No estoy equipada para hacer una reconstrucción psíquica de tu persona; soy un simple mecanismo, es todo. ¿Qué quieres? ¿Dónde quieres estar y qué quieres estar haciendo?

—Quiero llegar a destino —dijo Kemmings—. Quiero que este viaje termine.

Ah, pensó la nave. Ésa es la solución.

Librodot

Uno por uno, los sistemas criónicos se apagaron. Una por una, las personas volvieron a la vida, entre ellas Víctor Kemmings. Lo más asombroso era no haber sentido el paso del tiempo. Había entrado en la cámara, se había acostado, había sentido que la membrana lo cubría y la temperatura empezaba a bajar...

Y ahora estaba en la plataforma externa de la nave, la plataforma de descenso, contemplando un verde paisaje planetario. Esto, comprendió, es LR4-6, la Colonia adonde he venido para iniciar una nueva vida.

—Tiene buen aspecto —dijo a su lado una mujer corpulenta.

—Sí —dijo él, y sintió que la novedad del paisaje lo abrumaba, la promesa de un comienzo. Algo mejor de lo que había conocido en doscientos años. Soy una persona nueva en un mundo nuevo, pensó. Y se sintió satisfecho.

Los colores se precipitaban sobre él como los de esas pinturas infantiles semianimadas. Fuegos de San Telmo, comprendió. Eso es; hay mucha ionización en la atmósfera de este planeta. Un espectáculo de luces gratuito, como en el siglo veinte.

—Señor Kemmings —dijo una voz. Un hombre de edad se había acercado para hablarle—. ¿Usted soñó?

—¿Durante la suspensión? —dijo Kemmings—. No, que yo recuerde no.

—Yo creo que soñé —dijo el hombre de edad—. ¿Me toma el brazo para bajar por la rampa? Me siento inestable. El aire parece poco denso. ¿Para usted no es poco denso?

—No tenga miedo —le dijo Kemmings. Tomó el brazo del hombre de edad—. Le ayudaré a bajar por la rampa. Mire, allí viene un guía. Él se encargará de nuestros trámites; forma parte del trato. Nos llevarán a un hotel y nos darán habitaciones de primera. Lea el folleto. —Le sonrió al turbado hombre de edad para tranquilizarlo.

—Cualquiera pensaría que uno tendría los músculos fofos después de diez años de suspensión —dijo el hombre de edad.

—Es como congelar guisantes —dijo Kemmings. Aferrando al tímido hombre de edad, bajó por la rampa hasta el suelo—. Se los puede conservar una eternidad si se los enfría lo suficiente.

—Me llamo Shelton —dijo el hombre de edad.

—¿Qué? —dijo Kemmings, deteniéndose. Sintió un cosquilleo raro en todo el cuerpo.

—Don Shelton. —El hombre de edad le tendió la mano; caviloso, Kemmings la aceptó, se saludaron—. ¿Qué le pasa, señor Kemmings? ¿Se siente bien?

—Claro —dijo él—. Estoy bien. Pero tengo hambre. Me gustaría comer algo. Me gustaría llegar al hotel para darme una ducha y cambiarme. —Se preguntó dónde estaría el equipaje. Quizá la nave tardara una hora en descargarlo. La nave no era demasiado inteligente.

—¿Sabe qué traje conmigo? —dijo el señor Shelton en un tono íntimo y confidencial—. Una botella de *bourbon Wild Turkey*. El mejor *bourbon* de la Tierra. En el hotel la llevaré a su cuarto y la beberemos juntos. —Codeó a Kemmings.

—No bebo —dijo Kemmings—. Sólo vino. —Se preguntó si habría buenos vinos en esa Colonia distante. Ya no es distante, reflexionó. Ahora la Tierra es distante. Debí hacer como el señor Shelton y traerme unas botellas.

Shelton. ¿Qué le recordaba ese nombre? Algo del pasado lejano, de su juventud. Algo precioso, algo relacionado con un buen vino y una muchacha dulce y bonita que preparaba crépes en una cocina anticuada. Recuerdos punzantes; recuerdos que dolían.

Pronto estuvo junto a la cama en su cuarto de hotel, frente a la maleta abierta; había empezado a colgar la ropa. En el rincón del cuarto, un holograma de TV mostraba a un relator de noticias; lo ignoró, pero lo dejó encendido porque le agradaba oír una voz humana.

¿Tuve algún sueño?, se preguntó. ¿En estos diez años?

Le dolía la mano. La miró y descubrió una roncha roja, como si lo hubieran picado. Me picó una abeja, advirtió. Pero ¿cuándo? ¿Cómo? ¿Mientras estaba en suspensión criónica? Imposible. Sin embargo veía la roncha y sentía el dolor. Será mejor que me ponga algo allí, advirtió. Indudablemente habrá un médico robot en el hotel; es un hotel de primera.

Cuando el médico robot llegó y se puso a curar la picadura de abeja, Kemmings dijo:

—Recibí esta picadura como castigo por matar el pájaro.

—¿De veras? —dijo el médico robot.

—Todo lo que alguna vez significó algo para mí me ha sido arrebatado —dijo Kemmings—. Martine, el póster... mi vieja casita con la bodega. Lo teníamos todo y ahora se hizo humo. Martine me abandonó a causa del pájaro.

—El pájaro que usted mató —dijo el médico robot.

—Dios me castigó. Me quitó todo lo que era valioso para mí a causa de mi pecado. No fue un pecado de Dorky; fue un pecado mío.

—Pero usted era sólo un niño —dijo el médico robot.

—¿Cómo lo supo usted? —dijo Kemmings. Retiró la mano que le aferraba el médico robot—. Algo está mal. Usted no debería saber eso.

—Me lo contó su madre —dijo el médico robot.

—¡Mi madre no lo sabía!

—Ella lo descubrió —dijo el médico robot—. No había modo de que la gata alcanzara el pájaro sin la ayuda de usted.

—De modo que ella lo supo todo el tiempo, mientras yo crecía. Pero nunca dijo nada.

—Olvídelo —dijo el médico robot.

—Creo que usted no existe —dijo Kemmings—. Es imposible que usted sepa estas cosas. Yo aún estoy en suspensión criónica y la nave aún me está transmitiendo mis propios recuerdos sepultados. Para que no me vuelva psicótico a causa de la privación sensorial.

—Usted no podría tener un recuerdo del final del viaje.

—Expresión de deseos, entonces. Es lo mismo. Se lo demostraré. ¿Tiene un destornillador?

—¿Para qué?

—Quitaré el panel trasero del televisor y usted verá —dijo Kemmings—. No hay nada adentro de ese aparato: ni componentes, ni partes, ni chasis... nada.

—No tengo un destornillador.

—Una navaja, entonces. Veo una en el maletín del equipo quirúrgico. —Kemmings se agachó y tomó un pequeño escalpelo—. Esto servirá. Si se lo demuestro, ¿usted me creerá?

—Si no hay nada en el gabinete del televisor...

Librodot

Kemmings se acuclilló y quitó los tornillos que sostenían el panel trasero del televisor. El panel quedó suelto y él lo depositó en el suelo.

No había nada adentro del gabinete. Y sin embargo el holograma de color seguía llenando una parte del cuarto de hotel y la voz del relator brotaba de la imagen tridimensional.

—Admita que usted es la nave —le dijo Kemmings al médico robot.

—*Oh, cielos* —dijo el médico robot.

Oh, cielos, se dijo la nave. Y tengo casi diez años por delante con esta situación. Contamina sin remedio sus experiencias con su culpa infantil; imagina que su esposa lo abandonó porque cuando él tenía cuatro años ayudó a una gata a atrapar un pájaro. La única solución sería que Martine volviera a él. Pero ¿cómo lograré eso? Quizá ella ha muerto. Por otra parte, reflexionó la nave, quizás ella aún vive. Tal vez pueda inducirla a hacer algo para salvar la cordura de su ex esposo. La gente en general tiene rasgos muy positivos. Y de aquí a diez años, costará mucho salvarle, o mejor dicho restaurarle la cordura; hará falta una medida drástica, algo que yo no puedo hacer sola.

Entretanto, no podía hacer nada salvo reciclar la imaginaria llegada a destino. Escenificaré el arribo, decidió la nave, luego le limpiaré la memoria y lo escenificaré de nuevo. El único aspecto positivo de esto, reflexionó, es que me dará algo que hacer, algo que me ayudará a preservar mi cordura.

Tendido en suspensión criónica —suspensión criónica defectuosa—, Víctor Kemmings imaginó una vez más que la nave descendía y que él recobraba la conciencia.

—¿Usted soñó? —le preguntó una mujer corpulenta cuando el grupo de pasajeros se reunió en la plataforma exterior—. Yo tengo la impresión de que soñé. Escenas tempranas de mi vida... de hace más de un siglo.

—Yo no recuerdo ningún sueño —dijo Kemmings. Estaba ansioso de llegar al hotel; una ducha y un cambio de ropa obrarían milagros en su estado anímico. Estaba un poco deprimido y no sabía por qué.

—Allí viene nuestro guía —dijo una mujer de edad—. Nos llevarán hasta el hotel.

—Está en el trato —dijo Kemmings. La depresión persistía. Los otros parecían tan eufóricos, tan llenos de vida, pero él sólo sentía una fatiga, un aplastamiento, Como si la gravedad de esta Colonia planetaria fuera excesiva para él. Tal vez sea eso, se dijo. Pero de acuerdo con el folleto la gravedad de aquí era igual a la terrestre; ése era uno de los atractivos.

Intrigado, bajó lentamente por la rampa, paso a paso, aferrándose de la barandilla. De cualquier modo no merezco una nueva oportunidad en la vida, comprendió. Sólo me muevo mecánicamente... no soy como estas personas. Algo no funciona en mí; no puedo recordar qué, pero está allí. Una amarga sensación de dolor. De falta de dignidad.

Un insecto se posó en el dorso de la mano derecha de Kemmings, un insecto viejo, cansado de volar. Él se detuvo en seco, observó cómo se le arrastraba por los nudillos. Podría aplastarlo, pensó. Es tan obviamente débil; de cualquier modo no vivirá mucho tiempo.

Lo aplastó y sintió un horror intenso. ¿Qué hice?, se preguntó. Acabo de llegar aquí y ya destruí una pequeña vida. ¿Este es mi nuevo comienzo?

Se volvió y miró la nave. Tal vez debería regresar, pensó. Decirles que me congelen para siempre. Soy un hombre de culpa, un hombre que destruye. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Y en sus circuitos *sentientes*, la nave interestelar gimió.

Durante los diez largos años del viaje al sistema LR4, la nave tuvo mucho tiempo para localizar a Martine Kemmings. Le explicó la situación. Ella había emigrado a una vasta cúpula orbital en el Sistema de Sirio, no había quedado conforme y estaba en viaje de regreso a la Tierra. Despertada de la suspensión criónica, escuchó atentamente y luego accedió a estar en la Colonia de LR4 cuando llegara el ex esposo, siempre que fuera posible.

Afortunadamente, era posible.

—No creo que él me reconozca —le dijo Martine a la nave—. Me he dejado envejecer. En realidad no apruebo la detención total del proceso de envejecimiento.

Él tendrá suerte si reconoce alguna cosa, pensó la nave.

En el puerto espacial intersistemático de la Colonia de LR4, Martine estaba esperando a que los pasajeros de la nave se presentaran en la plataforma exterior. Se preguntó si reconocería a su ex esposo. Tenía un poco de miedo, pero se alegraba de haber llegado a LR4 a tiempo. Había faltado poco. Una semana más y la nave de él habría llegado antes que la de ella. La suerte me favorece, se dijo, y escudriñó la nave interestelar que acababa de descender.

Apareció gente en la plataforma. Martine lo vio. Víctor había cambiado muy poco.

Mientras él bajaba la rampa, aferrando la barandilla como cansado o dubitativo, se le acercó, hundiendo las manos en los bolsillos del abrigo; se sentía tímida, y cuando le habló apenas pudo oírse la voz.

—Hola, Víctor —atinó a decir.

Él se detuvo, la miró.

—A usted la conozco —dijo.

—Soy Martine —dijo ella.

Víctor extendió la mano y dijo, sonriendo:

—¿Te enteraste de los problemas que hubo en el viaje?

—La nave se comunicó conmigo. —Ella le tomó la mano y se la sostuvo—. Qué tortura.

—Sí —dijo él—. Reviviendo recuerdos eternamente. ¿Alguna vez te conté sobre esa abeja que traté de liberar de una telaraña cuando tenía cuatro años? La muy idiota me picó. —Se inclinó para besarla—. Me alegra verte —dijo.

—¿La nave te...?

—Me dijo que trataría de que tú estuvieras aquí. Pero no era seguro que llegaras a tiempo.

Mientras caminaban hacia el edificio terminal, Martine dijo:

—Tuve suerte. Conseguí transbordar a un vehículo militar, una nave de alta velocidad que vino disparada como un bólido. Un sistema de propulsión totalmente nuevo.

—He pasado más tiempo en mi propio inconsciente que cualquier otro humano de la historia —dijo Víctor Kemmings—. Peor que el psicoanálisis de principios del siglo veinte. Y el mismo material una y otra vez. ¿Sabías que yo tenía miedo de mi madre?

Librodot

—Yo tenía miedo de tu madre —dijo Martine. Se detuvieron ante la recepción de equipajes, esperando la llegada de las maletas—. Éste parece un planeta realmente bonito. Mucho mejor que donde estaba yo... No he sido feliz.

—De modo que tal vez sí existe un plan cósmico —dijo él, sonriendo—. Luces magnífica.

—Estoy vieja.

—La ciencia médica...

—Fue decisión mía. Me gusta la gente de edad. —Ella lo escrutó. La disfunción criónica lo ha afectado bastante, se dijo. Se le nota en los ojos. Están como rotos. Ojos rotos. Triturados en trozos de fatiga y... derrota. Como si los recuerdos sepultados de la infancia hubieran aflorado para destruirlo. Pero ha terminado, pensó. Y yo pude llegar a tiempo.

En el bar del edificio terminal, se sentaron a beber una copa.

—Ese viejo me convenció de probar el *Wild Turkey* —dijo Víctor—. Es un *bourbon* asombroso. Él dice que es el mejor de la Tierra. Trajo una botella de... —la voz murió en un silencio.

—Uno de tus compañeros de viaje —concluyó Martine.

—Supongo —dijo él.

—Bien, puedes dejar de pensar en los pájaros y las abejas —dijo Martine.

—¿Sexo? —dijo él, y rió.

—Una picadura de abeja; ayudar a una gata a cazar un pájaro. Eso pertenece al pasado.

—Esa gata —dijo Víctor— murió hace ciento ochenta y dos años. Hice el cálculo mientras nos despertaban a todos de la suspensión. Qué más da. Dorky. Dorky la gata asesina. No como la gata de Freddy el Gordo.

—Tuve que vender el póster —dijo Martine—. Al fin.

Víctor frunció el ceño.

—¿Recuerdas? —dijo ella—. Me lo dejaste cuando nos separamos. Lo cual siempre me pareció muy generoso de tu parte.

—¿Cuánto te dieron por él?

—Mucho. Debería pagarte unos... —Calculó—. Teniendo en cuenta la inflación, debería pagarte unos dos millones de dólares.

—¿Te parecería bien —dijo él— que en vez de darme el dinero, mi parte por la venta del póster, te quedaras un tiempo conmigo? ¿Hasta que me acostumbre a este planeta?

—Sí —dijo ella. Y lo decía en serio. Muy en serio.

Terminaron de beber y luego, con el equipaje en un vehículo robot, fueron al cuarto del hotel.

—Es un bonito cuarto —dijo Martine, sentada en el borde de la cama—. Y tiene un televisor de hologramas. Enciéndelo.

—No tiene caso encenderlo —dijo Víctor Kemmings. Estaba de pie junto al placard abierto, colgando las camisas.

—¿Por qué no?

—No tiene nada adentro —dijo Víctor Kemmings.

Martine se acercó al televisor y lo encendió. Se materializó un partido de hockey, proyectándose dentro del cuarto a todo color, y el bullicio del juego le asaltó los oídos.

—Funciona bien —dijo.

—Lo sé —dijo él—. Puedo probarlo. Si tienes una lima para uñas o algo parecido desatornillaré el panel de atrás y te lo mostraré.

—Pero yo puedo...

—Mira esto. —Interrumpió la tarea de collar la ropa—. Mira cómo atravieso la pared con la mano. —Apoyó la palma de la mano derecha en la pared—.¿Ves?

La mano no atravesó la pared, porque las manos no atraviesan las paredes; la mano siguió aplastada contra la pared, inmóvil.

—Y los cimientos —dijo— se están pudriendo.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo Martine.

—He vivido esta escena con bastante frecuencia como para saberlo —dijo él—. La he vivido una y otra vez. Despierto de la suspensión; bajo la rampa; recojo el equipaje; a veces tomo una copa en el bar y a veces vengo directamente a mi cuarto. Casi siempre enciendo el televisor y luego... —Se acercó a ella y le tendió la mano—. ¿Ves la picadura de abeja?

Ella no le vio ninguna marca en la mano; le tomó la mano y la sostuvo.

—Aquí no hay ninguna picadura de abeja —dijo.

—Y cuando viene el médico robot, le pido prestado un instrumento y quito el panel trasero del televisor. Para demostrarle que no tiene chasis ni componentes. Y después la nave empieza todo de nuevo.

—Víctor —dijo ella—. Mírate la mano.

—Aunque ésta es la primera vez que estás tú —dijo él.

—Siéntate —dijo ella.

—De acuerdo. —Él se sentó en la cama, al lado de ella, pero no demasiado cerca.

—¿Por qué no te acercas más? —dijo ella.

—Me pone muy triste —dijo él—. Recordarte. Yo te amaba de veras. Ojalá esto fuera real.

—Me quedaré contigo hasta que para ti sea real —dijo Martine.

—Trataré de revivir la parte de la gata —dijo él—, y esta vez no alzaré a la gata y no le dejaré cazar el pájaro. Si hago eso, tal vez mi vida cambie y encuentre la felicidad. *La realidad.* Mi verdadero error fue separarme de ti. Mira, te atravesaré con la mano. —Le apoyó la mano en el brazo. La presión de los músculos de él era fuerte; ella sintió el peso, la presencia física de él contra ella—. ¿Ves? —dijo él—. Pasa a través de ti.

—Y todo esto —dijo ella— porque mataste un pájaro cuando eras niño.

—No —dijo él—, todo esto porque hubo una falla en el mecanismo regulador de temperatura a bordo de la nave. No he alcanzado la temperatura adecuada. En mis células cerebrales queda calor suficiente para permitir actividad cerebral. —Se incorporó, se desperezó, le sonrió—. ¿Vamos a cenar? —preguntó.

—Lo siento —dijo ella—. No tengo hambre.

—Yo sí. Iré a cenar algunos mariscos locales. El folleto dice que son exquisitos. Ven conmigo, de todos modos. Tal vez cuando veas y huelas la comida cambies de parecer.

Martine recogió el abrigo y la cartera, y lo acompañó.

—Este es un hermoso planeta —dijo Víctor—. Lo he explorado muchísimas veces. Lo conozco al dedillo. Deberíamos pasar por la farmacia para comprar desinfectante, sin embargo. Para mi mano. Está empezando a hincharse y me duele como el demonio. —Le mostró la mano—. Esta vez duele más que nunca antes.

—¿Quieres que vuelva a ti? —dijo Martine.

—¿Hablas en serio?

—Sí —dijo ella—. Me quedaré contigo todo el tiempo que quieras. Tienes razón. Nunca debimos separarnos.

—El póster está rasgado —dijo Víctor Kemmings.

—¿Qué? —dijo ella.

—Debimos haberlo enmarcado —dijo él—. No tuvimos la sensatez de cuidarlo. Ahora está rasgado. Y el artista está muerto.

EL CASO RAUTAVAARA

Los tres técnicos de la esfera flotante monitorizaban fluctuaciones en los campos magnéticos interestelares, e hicieron un buen trabajo hasta el momento en que murieron.

Fragmentos de basalto, viajando a velocidad enorme en relación con la esfera, rompieron la barrera y anularon la provisión de aire. Los dos ejemplares masculinos tardaron en reaccionar y no hicieron nada. La joven técnica finlandesa, Agneta Rautavaara, logró ponerse el casco de emergencia, pero los tubos se enredaron; aspiró y murió: una muerte melancólica, estrangulada en su propio vómito. Así terminó la tarea de exploración de la esfera flotante EX208.

Faltaba un mes para que los técnicos fueran relevados y volvieran a la Tierra.

Nosotros no podíamos llegar a tiempo para salvar a las tres personas de la Tierra, pero enviamos un robot para ver si alguna de ellas podía ser regenerada. A las personas de la Tierra no les gustamos, pero en este caso la esfera de exploración estaba operando en nuestra vecindad. En esas emergencias hay normas que rigen para todas las razas de la Galaxia. A *nosotros* no nos interesaba ayudar a las personas de la Tierra, pero siempre nos atenemos a las normas.

Las normas nos imponían el intento de restaurar la vida de los tres técnicos muertos, pero permitimos que un robot asumiera la responsabilidad, y tal vez en eso nos equivocamos. Además, las normas nos exigían notificar a la nave terrestre más cercana sobre la calamidad, y optamos por no hacerlo. No defenderé esta omisión ni analizaré nuestros razonamientos de entonces.

El robot nos comunicó que no había encontrado funciones cerebrales en los dos ejemplares masculinos y que su tejido neural había degenerado. En cuanto a Agneta Rautavaara, podían detectarse ligeras ondas cerebrales. De modo que en el caso de Rautavaara el robot iniciaría un intento de restauración. Sin embargo, como no podía tomar una decisión por su cuenta, se comunicó con nosotros. Le dijimos que hiciera el intento. Por lo tanto, la responsabilidad —la culpa, si se quiere— es nuestra. Si hubiéramos estado en el lugar, habríamos actuado de otra manera. Aceptamos el cargo.

Una hora más tarde el robot comunicó que había restaurado funciones cerebrales significativas en Rautavaara suministrando al cerebro la sangre rica en oxígeno del cuerpo muerto. El oxígeno, aunque no las sustancias nutricias, venía del robot. Le indicamos que empezara la síntesis de sustancias nutricias procesando el cuerpo de Rautavaara, usándolo como materia prima. Esta fue la decisión más profundamente objetada después

por las autoridades de la Tierra. Pero no teníamos ninguna otra fuente de sustancias nutricias. Como nosotros somos plasma, no podíamos ofrecer nuestros cuerpos.

Las autoridades objetaron que podríamos haber utilizado los cuerpos de los compañeros de Rautavaara muertos. Pero entendíamos que los otros cuerpos, de acuerdo con los informes del robot, estaban demasiado contaminados por la radiactividad y por lo tanto resultarían tóxicos para Rautavaara; las sustancias nutricias derivadas de esas fuentes pronto le envenenarían el cerebro. Si ustedes no aceptan nuestra lógica, nos tiene sin cuidado; así era la situación tal cual la reconstruimos desde nuestro punto remoto. Por eso digo que nuestro verdadero error consistió en mandar un robot en vez de ir nosotros mismos. Si desean acusarnos, que nos acusen de eso.

Pedimos al robot que se pusiera en contacto con el cerebro de Rautavaara y nos transmitiera sus pensamientos para que pudiéramos evaluar el estado físico de sus células neurales.

La impresión que recibimos fue alentadora. Fue entonces cuando notificamos a las autoridades de la Tierra. Les informamos sobre el accidente que había destruido la EX208; les informamos que dos de los técnicos, los ejemplares masculinos, estaban irrecuperablemente muertos; les informamos que gracias a nuestros rápidos esfuerzos el único ejemplar femenino estaba revelando actividad cefálica estable, es decir, que el cerebro estaba vivo.

—*¿El qué?* —dijo la persona de la Tierra que operaba la radio, en respuesta a nuestro llamado.

—Estamos suministrándole sustancias nutricias derivadas de su cuerpo…

—Santo cielo —dijo la persona de la Tierra que operaba la radio—. No pueden alimentarle el cerebro de ese modo. ¿Para qué sirve un cerebro solo?

—Para pensar —dijimos.

—De acuerdo. Ahora nos encargaremos nosotros —dijo la persona de la Tierra que operaba la radio—. Pero habrá una investigación.

—¿No fue correcto salvarle el cerebro? —preguntamos—. A fin de cuentas, la psique está localizada en el cerebro. El cuerpo físico es un instrumento mediante el cual el cerebro se relaciona con…

—Denme la ubicación de la EX208 —dijo la persona de la Tierra que operaba la radio—. Enviaremos una nave de inmediato. Debieron notificarnos al instante en vez de tratar de rescatarla por cuenta de ustedes. Las *aproximaciones* no entienden las formas de vida somáticas.

Para nosotros es ofensivo oír el término *aproximaciones*. Es un mote de la Tierra que alude a nuestro origen en el Sistema de Próxima Centauri. Implica que no somos auténticos, que somos mera simulación de vida.

Ésa fue nuestra recompensa en el caso Rautavaara. Ser ridiculizados. Y por cierto hubo una investigación.

En las profundidades de su cerebro lesionado, Agneta Rautavaara probó el vómito ácido y sintió miedo y aversión. Alrededor de ella la EX208 estaba hecha trizas. Vio a Travis y Elms; estaban deshechos en trozos sanguinolentos, y la sangre se había congelado. El hielo cubría el interior de la esfera. *No hay aire, no hay temperatura... ¿Qué me mantiene con vida?* se preguntó. Levantó las manos y se tocó la cara: o trató de tocarse la cara. *El casco, pensó. Me lo puse a tiempo*.

Librodot

El hielo, que lo cubría todo, empezó a derretirse. Los brazos y piernas cercenados de sus dos compañeros se unieron a los cuerpos. Los fragmentos de basalto incrustados en el casco de la esfera se desprendieron y echaron a volar.

El tiempo, advirtió Agneta, *está retrocediendo. ¡Qué extraño!*

El aire volvió; Agneta oyó el zumbido opaco del indicador. Travis y Elms se levantaron penosamente. Miraron en derredor, desconcertados. Ella tuvo ganas de reír, pero la situación era demasiado seria. Aparentemente la fuerza del impacto había causado una perturbación local del tiempo.

—Siéntense —les dijo.

—Yo... bueno, tienes razón —dijo roncamente Travis. Se sentó ante la consola y apretó el botón que lo sujetaba con firmeza al asiento. Elms, sin embargo, se quedó de pie.

—Chocamos con partículas de gran tamaño —dijo Agneta.

—Sí —dijo Elms.

—De gran tamaño y con impacto suficiente como para perturbar el tiempo —dijo Agneta—. De modo que hemos vuelto al instante antes del hecho.

—Bien, en parte es por causa de los campos magnéticos —dijo Travis. Se restregó los ojos; le temblaban las manos—. Quítate el casco, Agneta. No lo necesitas.

—Pero el impacto está por producirse —dijo ella.

Los dos hombres la miraron.

—El accidente se repetirá —dijo ella.

—Pamplinas —dijo Travis—. Sacaré la EX de aquí. —Tecleó varias llaves de la consola—. No habrá impacto.

Agneta se quitó el casco. Se descalzó, recogió las botas... y entonces vio la figura.

La figura estaba detrás de ellos tres. *Era Cristo.*

—Miren —les dijo Agneta a Travis y Elms.

La figura usaba una túnica blanca tradicional y sandalias; tenía el pelo largo y pálido como bañado por un claro de luna. La cara barbada era mansa y sabia. *Como en los holoavisos de las iglesias en la Tierra, pensó Agneta. Con túnica y barba, sabio y manso, y los brazos ligeramente levantados. Hasta tiene aureola. ¡Qué raro que nuestros preconceptos sobre Dios fueran tan acertados!*

—Dios mío —dijo Travis. Ambos hombres miraban, y ella miraba también—. Ha venido por nosotros.

—Bien, yo no me opongo —dijo Elms.

—Claro, tú no te opones —dijo rencorosamente Travis—. No tienes mujer ni hijos. ¿Y qué dices de Agneta? Ella tiene sólo trescientos años; es una niña.

—Yo soy la viña, vosotros sois las ramas —dijo Cristo—. Quien permaneciere en mí, conmigo en Él, dará fruto en abundancia, pues arrancados de mí no podéis hacer nada.

—Sacaré la EX de este vector —dijo Travis.

—Hijos míos —dijo Cristo—, no estaré mucho más con vosotros.

—Bien —dijo Travis. La EX se movía ahora a velocidad máxima hacia el eje de Sirio; el mapa estelar mostraba un flujo masivo.

—Demonios, Travis —dijo furiosamente Elms—. Ésta es una gran oportunidad. Es decir, ¿cuántas personas han visto a Cristo? Es decir, él es Cristo. ¿No es verdad? —preguntó a la figura.

—Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida —dijo Cristo—. Nadie puede llegar al Padre sino a través de mí. Quien me conoce a mí, también conoce a mi Padre. Desde este momento lo conocéis y lo habéis visto.

—Bien dicho —dijo Elms, la cara radiante—. ¿Ves? Quiero manifestar que estoy muy contento de conocerlo, señor... —Se interrumpió—. Iba a decir *«señor Cristo».* Qué tontería. Cristo, señor Cristo, siéntese. Siéntate. Puedes ocupar mi lugar o el de la señorita Rautavaara, ¿verdad, Agneta? Este es Walter Travis; él no es cristiano, pero yo sí; he sido cristiano toda mi vida. Bien, casi toda mi vida. No sé qué dirá la señorita Rautavaara. ¿Qué dices, Agneta?

—Basta de tonterías, Elms —dijo Travis.

—Él va a juzgarnos —dijo Elms.

—Si alguien oye mis palabras y no las guarda fielmente —dijo Cristo—, no soy yo quien lo condenará, pues no he venido para condenar el mundo sino para salvar el mundo; quien me rechace y niegue mis palabras ya tiene su juez.

—Bien dicho —dijo Elms, cabeceando gravemente.

—Sé tolerante con nosotros —le dijo Agneta a la figura, atemorizada—. Los tres hemos sufrido un trauma importante. —De pronto se preguntó si Travis y Elms recordarían que habían muerto, que sus cuerpos habían sido destruidos.

La figura sonrió, tranquilizadora.

—Travis —dijo Agneta, inclinándose sobre él—. Quiero que me escuches. Ni tú ni Elms sobrevivieron al accidente, no sobrevivieron a las partículas de basalto. Por eso él está aquí. Yo soy la única que no... —Titubeó.

—Murió —concluyó Elms—. Nosotros estamos muertos, y él ha venido a buscarnos. Estoy preparado, Señor —le dijo a la figura—. Llévame.

—Llévalos a ambos —dijo Travis—. Yo mandaré un pedido de auxilio. Y diré lo que ocurre aquí. Lo informaré antes de que me lleve o trate de llevarme.

—*Tú estás muerto* —le dijo Elms.

—Aún puedo enviar un informe radial —dijo Travis, pero tenía la resignación pintada en la cara.

—Dale un poco de tiempo a Travis —le dijo Agneta a la figura—. Él no entiende bien. Pero supongo que ya lo sabes; *Tú* lo sabes todo.

La figura asintió.

Nosotros y el Comité de Investigación de la Tierra escuchamos y observamos esta actividad en el cerebro de Rautavaara, y comprendimos juntos lo que había ocurrido. Pero no nos pusimos de acuerdo en nuestra evaluación. Mientras las seis personas de la Tierra lo consideraban pernicioso, nosotros lo considerábamos magnífico, tanto para Agneta Rautavaara como para nosotros. Mediante su cerebro lesionado, restaurado por un robot mal instruido, estábamos en contacto con el otro mundo y los poderes que lo gobiernan.

La actitud de las personas de la Tierra nos consternaba.

—Está alucinando —dijo el vocero de las personas de la Tierra—. Porque no recibe datos sensorios. Porque su cuerpo está muerto. Miren lo que han hecho.

Señalamos que Agneta Rautavaara era feliz.

—Lo que debemos hacer —dijo el vocero humano— es desconectar ese cerebro.

—*¿Y perder el contacto con el otro mundo?* —objetamos—. Ésta es una espléndida oportunidad para visualizar la vida después de la muerte. El cerebro de Agneta Rautavaara es nuestra lente. La causa científica pesa más que la humanitaria.

Ésta fue la posición que tomamos en la investigación. Era una posición sincera, no oportunista.

Las personas de la Tierra decidieron mantener el cerebro de Rautavaara en pleno funcionamiento con transducción de audio y video, que desde luego era grabada; entretanto, las medidas contra nosotros quedaron en suspenso.

A mí me fascinaba personalmente la idea terrestre del Salvador. Para nosotros era una concepción rara y exótica, no porque fuera antropomórfica sino porque implicaba un tratamiento escolar del alma del difunto. Suponía una suerte de mesa examinadora que hacía una lista de buenas y malas acciones; un boletín de calificaciones trascendente como los que se usan en la escuela primaria.

Para nosotros ésta era una concepción primitiva del Salvador, y mientras yo observaba y escuchaba —mientras nosotros observábamos y escuchábamos como entidad poliencefálica— me pregunté cuál habría sido la reacción de Agneta Rautavaara ante un Salvador, un *Guía del Alma*, basado en nuestras expectativas. A fin de cuentas, su cerebro era mantenido por nuestro equipo, por el mecanismo que nuestro robot había llevado originalmente al lugar del accidente. Habría sido riesgoso desconectarlo; ya se habían producido muchas lesiones cerebrales. Todo el artefacto, incluyendo el cerebro, había sido transferido a la sede de la investigación judicial, una zona neutral comprendida entre el Sistema Próxima Centauri y el Sistema Sol.

Más tarde, en una discusión aparte con mis compañeros, sugerí que intentáramos insertar nuestra concepción del *Guía del Alma Después de la Muerte* en el cerebro artificialmente mantenido en Rautavaara. La razón: sería muy interesante ver cómo reaccionaba.

Mis compañeros señalaron de inmediato la contradicción de mi lógica. En la investigación yo había alegado que el cerebro de Rautavaara era una ventana al otro mundo, lo cual justificaba nuestra operación y nos eximía de culpa. Ahora alegaba que lo que ella experimentaba era una proyección de sus propios preconceptos, nada más.

—Ambas proposiciones son verdaderas —dije—. Es una genuina ventana al otro mundo, y es una presentación de las tendencias culturales y raciales de Agneta Rautavaara.

Lo que teníamos, en esencia, era un modelo donde podíamos introducir variables cuidadosamente seleccionadas. Podíamos introducir en el cerebro de Rautavaara nuestra propia concepción del *Guía del Alma* y por lo tanto ver cómo nuestra versión difería en la práctica de la versión pueril de las personas de la Tierra.

Era una nueva oportunidad de someter a verificación nuestra teología. En nuestra opinión la teología de las personas de la Tierra había sido sometida a suficientes verificaciones y resultaba deficiente.

Decidimos hacerlo, ya que nosotros cuidábamos del aparato que mantenía el cerebro de Rautavaara. Para nosotros, esta cuestión era mucho más

interesante que el resultado de la investigación. La culpa es un mero problema cultural; no transpone las fronteras de las especies.

Supongo que las personas de la Tierra podrían juzgar nuestras intenciones como malignas. Yo lo niego, nosotros lo negamos. Más bien considérenlo un juego. Nos causaría cierto goce estético presenciar cómo Rautavaara enfrentaba a *nuestro* Salvador y no al de ella.

—Yo soy la resurrección —dijo la figura, alzando los brazos ante Travis, Elms y Agneta—. Quien crea en mí, aunque muera vivirá, y quien vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Creéis estas palabras?

—Claro que sí —dijo Elms con entusiasmo.

—Pamplinas —dijo Travis.

Yo no estoy segura. En verdad no lo sé, pensó Agneta Rautavaara.

—Tenemos que decidir si iremos con él —dijo Elms—. Travis, tú estás liquidado, acabado. Quédate allí y púdrete... es tu destino. —A Agneta le dijo—: Espero que te decidas por Cristo, Agneta. Quiero que goces de la vida eterna que yo gozaré. ¿No es verdad, Señor? —preguntó a la figura.

La figura cabeceó.

—Travis —dijo Agneta—, creo..., bien, pienso que deberías venir con nosotros. Yo... —No quería insistir en que Travis estaba muerto. Pero él tenía que entender la situación; de lo contrario, como había dicho Elms, estaba condenado—. Ven con nosotros —dijo.

—¿Entonces irás? —dijo Travis, con amargura.

—Si —dijo ella.

—Tal vez me equivoco —dijo Travis, mirando a la figura—, pero parece estar cambiando.

Ella miró, pero no vio ningún cambio. Sin embargo Elms parecía asustado.

La figura de túnica blanca caminó lentamente hacia Travis. La figura se detuvo junto a Travis, se quedó parada un tiempo y luego, agachándose, mordió la cara de Travis.

Agneta gritó. Elms se quedó pasmado. Travis, amarrado al asiento, pataleaba. La figura lo comió con calma.

—Como ustedes ven —dijo el vocero del Comité de Investigación—, el cerebro debe desconectarse. El deterioro es grave; la experiencia es terrible para ella; debe terminar.

—No —dije yo—. Nosotros los de Próxima Centauri encontramos muy interesante este viraje de los acontecimientos.

—¡Pero el Salvador está devorando a Travis! —exclamó otra persona de la Tierra.

—Acaso en la religión de ustedes —dije— ¿no comen la carne de Dios y beben su sangre? Lo que ha sucedido aquí es una imagen simétrica de esa Eucaristía.

—¡Ordeno que se desconecte el cerebro! —dijo el vocero del Comité; tenía la cara pálida; el sudor le perlaba la frente.

—Antes deberíamos ver más —dije. Me resultaba muy excitante, esta representación de nuestro sacramento, nuestro sacramento más alto, donde nuestro Salvador nos devora.

—Agneta —susurró Elms—, ¿viste eso? Cristo se comió a Travis. No dejó más que los guantes y las botas.

Librodot

Oh Dios, pensó Agneta Rautavaara. *¿Qué está ocurriendo? No entiendo.*

Se apartó de la figura, acercándose instintivamente a Elms.

—Él es mi sangre —dijo la figura relamiéndose los labios—. Bebo esta sangre, la sangre de la vida eterna. Cuando la haya bebido, viviré para siempre. Él es mi cuerpo, yo no tengo cuerpo propio, soy sólo un plasma. Al comer su cuerpo, obtengo la vida eterna. Ésta es la nueva verdad que proclamo, que soy eterno.

—Nos comerá también a nosotros —dijo Elms.

Sí, pensó Agneta Rautavaara. *Lo hará*. Ahora podía ver que la figura era una aproximación. *Es una forma de vida de Próxima*, advirtió. *Tiene razón; no tiene cuerpo propio. El único modo en que puede conseguir un cuerpo es...*

—Lo mataré —dijo Elms. Tomó el rifle láser de emergencia del gabinete y apuntó a la figura.

—La hora ha llegado —dijo la figura.

—Aléjate de mí —dijo Elms.

—Pronto no me verás más —dijo la figura— a menos que yo beba tu sangre y coma tu cuerpo. Glorifícate para que yo viva. —La figura avanzó hacia Elms.

Elms disparó el rifle láser. La figura se tambaleó y sangró. *Era la sangre de Travis*, comprendió Agneta. *En él. No su propia sangre*. *Es terrible*. Se llevó las manos a la boca, aterrada.

—Pronto —le dijo a Elms—. Di: *«Soy inocente de la sangre de este hombre».* Dilo antes que sea demasiado tarde.

—Soy inocente de la sangre de este hombre —susurró roncamente Elms.

La figura cayó. Agonizaba, desangrándose. Ya no era un hombre barbado. Era otra cosa, pero Agneta Rautavaara no entendía qué.

—¿Eli, Eli, lama sabachtaní? —dijo la figura. Bajo la mirada de Agneta y Elms, la figura murió.

—Lo maté —dijo Elms—. Maté a Cristo. —Se apuntó a sí mismo con el rifle láser, buscando el gatillo a tientas.

—No era Cristo —dijo Agneta—. Era otra cosa. Lo opuesto de Cristo. —Le quitó el arma a Elms.

Elms lloraba.

Las personas de la Tierra tenían voto mayoritario en el Comité de Investigación, y votaron por la anulación de toda actividad en el cerebro artificialmente mantenido de Rautavaara. Esto nos defraudó, pero no había remedio.

Habíamos visto el comienzo de un experimento científico absolutamente pasmoso: la teología de una raza injertada en la de otra.

Desconectar el cerebro de la persona de la Tierra fue una tragedia científica. Por ejemplo, en lo concerniente a la relación básica con Dios, las personas de la Tierra tenían una actitud diametralmente opuesta a la nuestra. Desde luego esto debe atribuirse al hecho de que son una raza somática, no un plasma como nosotros. Ellos beben la sangre de su Dios, y comen su carne; así alcanzan la inmortalidad. Para ellos no resulta escandaloso. Lo encuentran absolutamente natural. Pero para nosotros es horrendo. ¿Que el adorador coma y beba a su Dios? Espantoso, realmente espantoso. Un ultraje y una vergüenza. Una abominación. *Lo superior*

Librodot

siempre debería alimentarse de lo inferior; el Dios debe consumir al adorador.

Observamos cómo se cerraba el caso Rautavaara con la desconexión del cerebro, de modo que toda actividad EEG cesó y los monitores no indicaron nada. Sentimos decepción. Para colmo, las personas de la Tierra votaron por imponernos una pena por nuestra conducción de la misión de rescate.

Es asombroso el abismo que separa a las razas que evolucionan en sistemas estelares diferentes. Nosotros hemos tratado de comprender a las personas de la Tierra, y ha sido en vano. También advertimos que ellas no nos comprenden y a su vez repudian algunas de nuestras costumbres. Ello quedó demostrado por *el caso Rautavaara*. ¿Pero acaso no servíamos al propósito del estudio científico objetivo? Yo mismo quedé azorado ante la reacción de Rautavaara cuando el Salvador comió al señor Travis. Habría deseado ver cómo este Santísimo Sacramento era realizado con los demás, con Rautavaara y Elms.

Pero fuimos privados de ello. Y el experimento, desde nuestro punto de vista, fracasó.

Y ahora vivimos, para colmo, bajo el anatema de una culpa moral innecesaria.

LA MENTE ALIEN

Inerte en las profundidades de su cámara theta, oyó el tono débil y después la sensivoz.

—Cinco minutos.

—De acuerdo —dijo, y se esforzó por salir de su sueño profundo. Tenía cinco minutos para ajustar el curso de la nave; algo había funcionado mal en el sistema de autocontrol. ¿Un error de su parte? No era probable; nunca cometía errores. *¿Jason Bedford cometer errores?* Jamás.

Mientras se dirigía tambaleante hacia el módulo de control, vio que Norman, a quien habían enviado para divertirlo, también estaba despierto. El gato flotaba lentamente en círculos, dándole golpecitos con las patas a una lapicera que alguien había dejado suelta. Extraño, pensó Bedford.

—Creía que estarías inconsciente conmigo.

Revisó las lecturas del curso de la nave. ¡Imposible! Un quinto de pársec apartada de la dirección de Sirio. Agregaría una semana a su viaje. Con hosca precisión reacomodó los controles, después envío una señal de alerta a Meknos III, su destino.

—¿Problemas? —contestó el operador meknosiano. La voz era seca y fría, el monótono sonido calculador de algo que a Bedford siempre lo hacía pensar en serpientes.

Explicó su situación.

—Necesitamos la vacuna —dijo el meknosiano—. Trate de mantener su curso.

Norman, el gato, flotó majestuosamente junto al módulo de control, tendió una zarpa, y manoteó al azar; dos botones activados soltaron tenues *bips* y la nave cambió de curso.

—Así que tú lo hiciste —dijo Bedford—. Me humillaste ante la mirada de un alienígena. Me redujiste a la imbecilidad de cara a la mente alien.

Atrapó el gato. Y apretó.

—¿Qué fue ese sonido extraño? —preguntó el operador meknosiano—. Una especie de lamento.

Bedford dijo sereno:

—No queda nada por lamentar. Olvide que lo oyó.

Cortó la radio, llevó el cuerpo del gato al orificio para la basura, y lo eyectó.

Un instante después había regresado a la cámara theta y, una vez más, se adormeció. Esta vez no habría quien se metiera con los controles. Durmió en paz.

Cuando la nave amarró en Meknos III, el jefe del equipo médico alien lo recibió con un pedido curioso.

—Nos gustaría ver su mascota.

—No tengo mascota —dijo Bedford. Lo cual, por cierto, era verdad.

—Según la planilla que nos enviaron por adelantado...

—Realmente no es asunto suyo —dijo Bedford—. Ya tienen la vacuna; despegaré enseguida.

—La seguridad de cualquier forma de vida es asunto nuestro —dijo el meknosiano—. Revisaremos su nave.

—En busca de un gato que no existe —dijo Bedford.

La búsqueda resultó inútil. Con impaciencia, Bedford miró cómo las criaturas alienígenas escrutaban cada depósito de almacenamiento y cada pasillo de su nave. Por desgracia, los meknosianos encontraron diez bolsas de comida para gatos deshidratada. En su propio idioma, se desarrolló una prolongada discusión.

—¿Ahora tengo permiso para regresar a la Tierra? —preguntó Bedford con aspereza—. Tengo un horario ajustado.

Lo que los extraterrestres estaban pensando y diciendo no le importaba; sólo deseaba regresar a la silenciosa cámara theta y al sueño profundo.

—Tendrá que pasar por el procedimiento de descontaminación A —dijo el jefe médico meknosiano—. Para que ninguna espora o virus...

—Me doy cuenta —dijo Bedford—. Que lo hagan.

Más tarde, cuando la descontaminación quedó completa y estuvo de regreso en la nave para activar el arranque, la radio sonó. Era uno u otro de los meknosianos; para Bedford todos se veían iguales.

—¿Cómo se llamaba el gato? —preguntó el meknosiano.

—Norman —dijo Bedford, y apretó el botón de arranque. La nave se disparó hacia arriba y él sonrió.

No sonrió, sin embargo, cuando descubrió que faltaba el suministrador de energía para su cámara theta. Tampoco sonrió cuando tampoco pudo localizar la unidad de repuesto. ¿Se había olvidado de traerla?, se preguntó. No, decidió; no haría algo así. La sacaron ellos.

Dos años hasta llegar a la Tierra. Dos años de conciencia plena por su parte, privado del sueño theta; dos años de sentarse o flotar o —como había visto en los holofilms de entrenamiento para estado físico militar— enroscado en un rincón, totalmente psicótico.

Lanzó un pedido radial para regresar a Meknos III. Ninguna respuesta. Bueno, lo mismo daba.

Sentado en el módulo de control, encendió de un golpe la pequeña computadora interna y dijo:

—Mi cámara theta no funcionará; la sabotearon. ¿Qué me sugieres hacer durante dos años?

HAY CINTAS DE ENTRETENIMIENTO DE EMERGENCIA.

—Correcto —dijo—. Tendría que haberlo recordado. Gracias.

Apretó el botón indicado para que la puerta del compartimiento de cintas se abriera deslizándose.

Ninguna cinta. Sólo un juguete para gatos, una bolsita en miniatura para presionar, que habían incluido para Norman; nunca había alcanzado a dárselo. Por lo demás… estantes vacíos.

La mente alien, pensó Bedford. Misteriosa y cruel.

Hizo funcionar la grabadora de audio de la nave, y dijo con calma y con la mayor convicción posible:

—Lo que haré es construir mis dos años siguientes alrededor de la rutina diaria. Primero, están las comidas. Pasaré todo el tiempo posible planificando, preparando, comiendo y disfrutando platos deliciosos. Durante el tiempo que me queda por delante, probaré toda combinación posible de víveres.

Tambaleante, se paró y se dirigió al enorme armario contenedor de comida.

Mientras se quedaba con los ojos muy abiertos ante el armario apretadamente lleno, apretadamente lleno de hilera tras hilera de envases idénticos, pensó: Por otro lado, no hay mucho que hacer con una provisión de dos años de comida para gatos. En el sentido de la variedad, ¿serán todos del mismo sabor?

Eran todos del mismo sabor.

FIN

NOTAS

Todas las notas en cursiva son de Philip K. Dick. El año en que la nota fue escrita aparece a continuación de ésta entre paréntesis. La mayoría de las notas fueron escritas para las colecciones *The Best of Philip K. Dick* (publicada en 1977) y *The Golden Man* (aparecida en 1980). Algunas fueron escritas a petición de los editores que publicaban o reimprimían sus relatos en libros o revistas.

Cuando hay una fecha a continuación del título del relato, se trata de la fecha en que el agente de Dick recibió el manuscrito, de acuerdo con los archivos de la Scott Meredith Literary Agency. La falta de fecha significa que no existen datos al respecto. El nombre de una revista seguido de un mes y de un año indica la fecha de publicación del relato. Un título entre paréntesis y entrecomillado corresponde al título original del relato, tal como consta en los archivos de la agencia.

Librodot

Estos cinco volúmenes reúnen todos los relatos cortos de Philip K. Dick, con excepción de las novelas cortas integradas en otras novelas o publicadas como tales, los escritos de juventud y obras inéditas de las que no se han encontrado manuscritos. Se ha procurado respetar en lo posible el orden cronológico en que se escribieron los relatos; la investigación tendiente a recomponer esta cronología fue obra de Gregg Rickman y Paul Williams.

LA PEQUEÑA CAJA NEGRA, *(The Little Black Box)*. 06/05/63. *Worlds of Tomorrow,* Agosto de 1964.

Usé este cuento cuando escribí mi novela ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON OVEJAS ELÉCTRICAS? En realidad la idea es insertada más adelante en la historia. Aquí, una religión es considerada una amenaza para todos los sistemas políticos; además es, también, una especie de sistema político, quizás incluso uno definitivo. El concepto de caritas *(o* ágape*) se muestra en mi escritura como la clave a la autenticidad humana. El androide, que es un humano no auténtico, la mera máquina de reflejo, es incapaz de experimentar empatía. En esta historia nunca está claro si Mercer es un invasor de otro mundo. Pero debe serlo; en el sentido en que todo los lideres religiosos lo son... pero no de otro planeta como tal.* (1978)

LA GUERRA CON LOS FNULS, *(The War with the Fnools)*. *Galactic Outpost,* Primavera de 1964.

Bueno, otra vez somos invadidos. Y, humillantemente, por una forma de vida que es absurda. Mi colega Tim Powers dijo una vez que los marcianos podrían invadirnos simplemente poniéndose unos sombreros graciosos, y nunca lo notaríamos. Es una especie de invasión de bajo presupuesto. Supongo que estamos en un punto en donde podemos maravillarnos por la idea de la Tierra siendo invadida (y ahí es donde ellos realmente te liquidan). (1978)

LA JUGADA, *(A Game of Unchance).* 09/11/63. *Amazing,* Julio de 1964.

Un parque de atracciones es salvaje; aparece otro parque de atracciones y es arrojado contra el primero; y la auténtica interacción está planeada de tal modo que el primer parque de atracciones gane. Es como si las dos fuerzas opuestas que subyacen todo cambio del universo se aparejan; a favor de thanatos*, la fuerza oscura,* yin *o conflictos, lo que es decir, la fuerza de la destrucción.* (1978)

EL ARTEFACTO PRECIOSO, *(The Precious Artifact)*. 09/12/63. *Galaxy,* Octubre de 1964.

Este cuento usa una lógica peculiar que generalmente uso, la cual la Profesora Patricia Warrick notó en mí. Primero tienes a Y luego haces una escaramuza cibernética y tienes a no-Y. Está bien, ahora lo revuelves otra vez y tienes no-no-Y. Bueno, la pregunta: ¿Es no-no-Y igual a Y? ¿O es dependiente de no-Y? En esta historia, tenemos el caso de Y pero descubrimos que el opuesto es verdadero (no-Y). Pero después eso tiende a no ser cierto, ¿entonces volvemos a Y? La Profesora Warrick dice que mi lógica concluye con que Y es igual a no-Y. Yo no estoy de acuerdo, pero no estoy seguro con qué concluiría. Sea lo que sea, en términos de lógica, está contenido en esta particular historia. De cualquier manera, inventé una nueva lógica o, ejem, no estoy jugando con la baraja entera. (1978)

SÍNDROME DE RETIRADA, *(Retreat Syndrome)*. 23/12/63. *Worlds of Tomorrow,* Enero de 1965.

UNA ODISEA TERRESTRE, *(A Theran Odissey)*. 17/03/64. [Previamente no publicado; armado por PKD desde secciones de EL DOCTOR MONEDA SANGRIENTA].

SU CITA SERÁ AYER, *(Your Appointment will be Yesterday)*. 27/08/65. *Amazing,* Agosto de 1966. [Incluido con una readaptación en la novela de PKD EL MUNDO CONTRARRELOJ].

SAGRADA CONTROVERSIA, *(Holly Quarrel)*. 09/13/65. *Worlds of Tomorrow,* Mayo de 1966.

NO POR SU CUBIERTA, *(Not by its Cover)*. 21/09/65. *Famous Science Fiction,* Verano de 1968.

Aquí presento lo que solía ser un deseo de mi parte: que la Biblia fuera verdadera. Obviamente, yo estaba en una especie de punto intermedio entre duda y fe. Años después sigo en esa posición; me gustaría que la Biblia fuera verdadera, pero, bueno, tal vez si no lo es, podemos hacerla. Pero, ay, va a tomar un montón de trabajo. (1978)

PARTIDA DE REVANCHA, *(Return Match)*. 14/10/65. *Galaxy,* Febrero de 1967.

El tema de juguetes peligrosos corre como una harapienta telaraña en mi escritura. Lo peligroso disfrazado de lo inocente... ¿y qué puede ser más inocente que un juguete? Este cuento me hace pensar en un gran set de altavoces que vi la semana pasada; costaban seiscientos dólares y eran más grandes que refrigeradores. Nuestra broma sobre ellos era que si no ibas a la tienda de audio a verlos, ellos irían a verte a ti. (1978)

LA FE DE NUESTRO PADRES, *(Faith of Our Fathers)*. 17/01/66. *Dangerous Visions,* editado por Harlan Ellison, Garden City, 1967. [nominado al Hugo Award].

No defiendo ninguna de las ideas en La Fe de Nuestros Padres; Por ejemplo, no clamo que los países de la Cortina de Hierro pudieran ganar la Guerra Fría, o que moralmente tendrían que hacerlo. Un tema del cuento, de todas formas, parece imperioso en mí, en vista de recientes experimentos con drogas alucinógenas: la experiencia teológica, la que muchos que han tomado LSD han reportado. Esto es para mí una nueva frontera; en cierta extensión la experiencia religiosa puede ser estudiada científicamente ahora... y, lo que es más, puede ser vista como parte alucinógena pero conteniendo otros componentes reales. Dios, como un tópico en la ciencia-ficción, cuando aparece, es tratado usualmente polémicamente, como en OUT OF THE SILENT PLANET. *Pero prefiero tratarlo como intelectualmente excitante. ¿Qué pasaría si, a través de las drogas psicodélicas, la experiencia religiosa se transformara en un lugar común en la vida de los intelectuales? El viejo ateísmo, que parece a muchos de nosotros —incluido yo— válido en términos de nuestra experiencia, o a menudo falto de experiencias, tendría que ser momentáneamente puesto de lado. La ciencia-ficción, que siempre*

está probando sobre los nuevos pensamientos, eventualmente aborda sin preconcepciones una futura neo-mística sociedad en la que la teología constituye una fuerza mayor, como en el período medieval. Esto no es necesariamente un paso atrás, porque ahora esas creencias pueden ser probadas, forzadas a enaltarcerse o callarse. Yo mismo no tengo creencias reales sobre Dios*; sólo mi experiencia de que* Él *está presente... subjetivamente, por supuesto; pero el reino interior también es real. Y en un cuento de ciencia-ficción uno proyecta lo que ha sido una experiencia interior personal en un entorno; se torna socialmente colectivo, en consecuencia, discutible. La última palabra, de todas formas, en materia de Dios puede haber sido ya dicha: en el 840 dC por John Scotus Erigena en la corte del franco Rey Carlos El Calvo.* «No sabemos qué es Dios. Dios mismo no sabe qué es Él porque Él no es nada. Literalmente Dios no es, porque Él trasciende el ser». *Tan penetrante —y* Zen*— y mística visión, que arribó hace tanto tiempo, será difícil de superar; en mis propias experiencias con drogas psicodélicas he tenido una preciosa, pero pequeña, iluminación comparada con Erigena.* (1966)

El título proviene de un viejo himno. Creo que, con este cuento, pude ofender a todos, lo que parecía en ese tiempo una buena idea, pero que renegué desde entonces. Comunismo, drogas, sexo, Dios *lo puse todo junto, y ha sido mi impresión que cuando el techo cayó sobre mí años después, este cuento estaba relacionado con eso en una extraña manera.* (1976)

EL CUENTO FINAL DE TODOS LOS CUENTOS DE LAS ANTOLOGÍAS DE HARLAN ELLISON, *(Ellison's Anthology Dangerous Visions)*. *Niekas,* Otoño de 1968.

LA HORMIGA ELÉCTRICA, *(The Electric Ant)*. 04/12/68. *Fantasy & Science Fiction,* Octubre de 1969.

Otra vez el tema: ¿Cuánto de lo que llamamos realidad está realmente ahí afuera o en nuestra propia cabeza? El final de este cuento siempre me ha asustado... la imagen del vertiginoso viento, el sonido del vacío. Como si el personaje oyera el destino final del mundo mismo. (1976)

CADBURY, EL CASTOR QUE FRACASÓ, *(Cadbury, the Beaver who Lacked)*. escrito el 12/71 [previamente no publicado].

ALGO PARA NOSOTROS TEMPONAUTAS, *(A Little Something for us Tempunauts)*. 13/02/73. *Final Stage,* editado por Edward L. Ferman y Barry N. Malzberg, New York, 1974.

Durante este cuento sentía una vasta fragilidad en el programa espacial, que nos ha entusiasmado tanto en el inicio —especialmente el primer alunizaje— y después ha sido olvidado y virtualmente desaparecido; una reliquia de la historia. Yo me pregunté, si el viaje en el tiempo fuera un «programa», ¿sufriría el mismo destino? ¿O había allí una incluso peor y latente posibilidad en él, en la misma razón de las paradojas del viaje en el tiempo? (1976)

La esencia del cuento del viaje en el tiempo es una confrontación de algún tipo; mejor dicho de una persona y ella misma. En realidad, este es el drama de la mejor ficción, de cualquier manera, excepto que en cierto cuento como Algo Para Nosotros Temponautas *el momento en el que el hombre se*

encuentra consigo mismo, cara a cara, permite una alienación que no podría ocurrir en ningún otra variedad de escritura... alienación y no entendimiento, como uno podría esperar. Addison Doug-Uno sobrevive en el casquete que contiene el cadáver de Addison Doug-Dos y lo sabe, sabe que ahora son dos personas, el está dividido en una esquizofrenia física. Y su mente está también dividida mas que unida; él no gana entendimiento de este evento, ni siquiera de él ni del otro Addison Doug que no puede razonar o discernir, pero que puede estar ahí inerte y en la oscuridad. Esta ironía es sólo una del enorme número de ironías posibles en los cuentos de viaje en el tiempo; ingenuamente, uno podría pensar que el viaje al futuro y regreso podría llevar a un incremento en el conocimiento más que una pérdida de él. Los tres temponautas van adelante en el tiempo, regresan, y son atrapados, quizás para siempre, por ironías dentro de ironías, la mayor de las cuales, creo, es su propia confusión en sus propias acciones. Es como si el incremento en la información traída por tal logro tecnológico —información sobre lo que exactamente va a suceder— decreciera el verdadero entendimiento. Tal vez, Addison Doug sabe demasiado.

Al escribir este cuento sentí una tediosa tristeza, y caí en el espacio (debería decir tiempo) en el que los personajes están, más de lo usual. Sentí una frivolidad a lo frívolo. No hay nada más vencedor que una gran conciencia del fracaso, y cuando escribía me daba cuenta que lo que a nosotros es un mero problema psicológico —sobrecogimiento a la posibilidad de caer y el resultado fatal de ello— sería para un viajero en el tiempo convertirse instantáneamente en una existencial cámara de los horrores. Nosotros, cuando estamos deprimidos, estamos afortunadamente aprisionados dentro de nuestras cabezas; cuando el viaje en el tiempo se convierte en una realidad, como sea, esta actitud psicológica de auto destrucción podría desencadenar una sentencia en una escala más allá de cálculo. Aquí otra vez, la ciencia-ficción permite a un escritor transformar lo que usualmente es un problema interno en un entorno externo; él lo proyecta en la forma de una sociedad, un planeta, con todos atascados, por así decir, en lo que anteriormente era un único cerebro. No culpo a ciertos lectores por resentir esto, porque los cerebros de algunos de nosotros es un lugar desagradable para estar... pero en la otra mano, qué herramienta más importante es esta para nosotros: la comprensión de que no todos vemos el universo de la misma forma, o, en cierto sentido, el mismo universo. El depresivo mundo de Addison Doug repentinamente se disgrega y se convierte en el mundo de mucha gente. Pero en lugar de una persona leyendo un cuento, quien puede y podrá finalizarlo y abolir su inclusión en el mundo del autor, la gente de este cuento es atrapada rápido y para siempre. Esta es una tiranía todavía no posible por lectura... pero, cuando consideras el poder de los demandante aparatos de propaganda del Estado del día de hoy (cuando decimos el Estado enemigo lo llamamos «lavado de cerebro») te puedes preguntar si no es una cuestión de proporción. Nuestros gloriosos líderes de ahora no pueden atraparnos en extensiones de sus cabezas solamente sacando algunas partes de un viejo motor VW, pero la alarma de los personajes del cuento a lo que les está pasando puede directamente ser nuestra propia alarma en una forma trivial.

Addison Doug expresa el deseo de «ver ningún otro verano». Deberíamos objetarlo todos; nadie tendría que molestarnos, de cualquier manera sutil o por cualquier evidente razón benigna, en esa visión o ese deseo: tendríamos

que, individual y colectivamente, anhelar a ver la mayor cantidad de veranos que podamos, incluso en este imperfecto mundo en el que vivimos ahora. (1973)

LAS PREPERSONAS, *(The Pre-Persons)*. 20/12/73. *Fantasy & Science Fiction,* Octubre de 1974.

Con este relato he incurrido en el odio absoluto de Joanna Russ quien me escribió la más ofensiva carta que he recibido; en cierto punto ella dijo que usualmente golpeaba a la gente (ella no usó el término «gente») que expresaba opiniones como esta. Admito que este cuento clama por una plegaria especial, y siento ofender a aquellos que disienten conmigo sobre el aborto a voluntad. He recibido también cierto correo de odio anónimo, algunos de ellos no de individuos si no de organizaciones que promueven el aborto a voluntad. Bueno, siempre he sabido cómo sumergirme en agua caliente. Lo siento, gente. Pero por el beneficio de las prepersonas no lo siento. Me paro donde me paro: «Hier steh Ich; Ich kann nicht anders» *como Martín Lutero supuestamente dijo.* (1978)

EL OJO DE LA SIBILA, *(The Eye of the Sibyl).* 15/05/75 [previamente no publicado].

EL DÍA QUE EL SR. COMPUTADORA CAYO DE SU ÁRBOL, *(The Day Mr. Computer Fell Out of its Tree).* Verano de 1977 [previamente no publicado].

LA PUERTA DE SALIDA LLEVA ADENTRO, *(The Exit Door Leads In)*. 21/06/79. *Rolling Stone College Papers,* Otoño de 1979.

CADENAS DE AIRE, TELARAÑA DE ETER, *(Chains of Air, Web of Aether)*. 09/07/79. *Stellar* #5, editado por Judy-Lynn del Rey, New York, 1980. [Incluido en la novela de PKD LA INVASIÓN DIVINA].

EXTRAÑOS RECUERDOS DE MUERTE, *(Strange Memories of Death)*. 27/03/80. *Interzone,* Verano de 1984.

QUISIERA LLEGAR PRONTO, *(I Hope I Shall Arrive Soon* - titulado *«Frozen Journey»* en su aparición en la revista) 24/04/80. *Playboy,* Diciembre de 1980. [Playboy Award winner]

EL CASO RAUTAVAARA, *(Rautavaara's Case)*. 13/05/80. *Omni,* Octubre de 1980.

LA MENTE ALIEN, *(Alien Mind). The Yuba City High Times,* 20 de Febrero de 1981.

La pieza a continuación apareció en THE BEST OF PHILIP K. DICK bajo el título de *«AFTERTHOUGHT BY THE AUTHOR».*

La premisa básica que domina mis cuentos es que si llego a conocer a una inteligencia extraterrestre (comúnmente denominada una «criatura del espacio exterior») podría encontrar que tengo más que decirle a él que al

vecino de al lado. Lo que la gente de mi bloque hace es entrar sus periódicos y sus cartas y sacar sus autos. No tienen ningún otro hábito exterior a excepción de transportar sus pertenencias. Una vez fui a la puerta de al lado para observar sus hábitos interiores. Miraban televisión. ¿Podrías, escribiendo una novela de CF, postular una cultura bajo esas premisas? Seguramente tal sociedad no existe, excepto, tal vez, en mi imaginación. Y no hay mucha imaginación envuelta.

La manera de vivir en el medio de una ilusión sobreimaginativa es hacer contacto, en tu propia mente, con otras civilizaciones que aun no han nacido. Haces lo mismo cuando lees CF que lo que hago cuando la escribo; tu vecino probablemente es un alien como lo eres tú para mí. Los cuentos de esta colección son intentos de recepción, oír voces de otros lugares, muy lejanos, suena bastante vago pero importante. Ellas llegan sólo tarde en la noche, cuando los sonidos e incoherencias del trasfondo de nuestro mundo se han disipado. Cuando los periódicos han sido leídos, los televisores apagados, los autos aparcados. Entonces, imprecisamente, oigo voces desde otra estrella (lo he cronometrado una vez, la mejor recepción es entre las 3.00 y las 4.45 de la madrugada). Por supuesto, no suelo decir esto cuando la gente me pregunta: «¿De dónde saca sus ideas?». Sólo digo que no lo sé. Es más seguro.

Tomemos estos cuentos, entonces, y suponlos a ser (uno) unas incomprensibles recepciones mezcladas con pura inventiva, y (dos) una alternativa a los comerciales de comida para perros de la TV. Ambos son carreteras a lo inmediatamente posible. Ambas suposiciones llegan tan lejos como es posible. Ambas limpian el vacío y regresan con algo que contar: que el Universo está lleno de desaprensión, vida, entidades ocupadas en sus propios objetivos, preocupaciones por los intereses de los demás, alienación de su vecino de al lado, y, sobre todas las cosas, preguntas sobre a quién deben contactar cuando todo lo otro falla. Preguntándote quién vive como dice; preguntándonos, tal vez, sobre nosotros mismos.

La mayoría de estos cuentos fueron escritos cuando mi vida era simple y tenía sentido. Podía decir la diferencia entre el mundo real y el mundo del que escribía. Solía cavar en el jardín, y no hay nada fantástico o ultradimensional en el pasto... a menos que seas un escritor de CF, en tal caso verías muy pronto el pasto sospechosamente. ¿Cuáles son los motivos reales? ¿Y quién los envió en primer lugar?

La pregunta que siempre me hacía era, ¿qué es realmente? Sólo luce como pasto. Eso es lo que ellos quieren que pensemos. Algún día el traje del pasto caerá y su identidad real será revelada. Para ese entonces el Pentágono estará lleno de pasto y será demasiado tarde. El pasto, o lo que vemos como tal, va a dictar términos. Mis primeros cuentos tienen esas premisas. Más tarde, cuando mi vida personal empezó a complicarse y llenarse de desafortunados enredos, la preocupación del pasto se perdió en algún lugar. Fui educado en el hecho de que el mayor de los dolores no viene zumbando desde un planeta lejano, si no desde la profundidad del corazón. Por supuesto, ambas podrían suceder; tu mujer y tu hijo podrían dejarte, y podrías quedarte sentado en tu casa vacía sin nada por lo qué vivir, y en adición, los marcianos podrían cavar a través del techo y atraparte.

Sobre lo que estos cuentos significan, no voy a usar la común evasión de que la historia debe hablar por sí sola, pero en lugar de esta evasión, diré que realmente no lo sé. Quiero decir, saber de cabo a rabo lo que significan,

que es lo que cualquier lector puede extraer de ellas. Una vez toda una clase de niños me escribió sobre mi cuento «El Padre-cosa»*, y cada niño quería saber de dónde saque la idea. Esa era fácil, porque estaba basada en mis recuerdos de niñez sobre mi padre; pero más tarde, releyendo mis contestaciones, noté que no había dicho la misma cosa dos veces. Con todo intento de honestidad, le di a cada niño una respuesta diferente. Supongo que esto es lo que me hace un escritor de ficción. Denle seis hechos y él los conectará al principio de una manera y luego de otra, así y así hasta que tienes que detenerlo por la fuerza.*

Las críticas literarias, probablemente, deberían ser dejadas a los críticos, porque ese es su trabajo. Una vez leí en un distinguido libro de críticas de CF que en mi novela «EL HOMBRE EN EL CASTILLO» *el prendedor que el personaje Juliana usa para sostener su blusa simbolizaba todo lo que se mantenía junto, los temas, ideas, y los sub-argumentos de la novela misma, lo que no supe cuando escribí esa sección. ¿Pero qué si Juliana, también sin saberlo, se hubiera quitado el prendedor? ¿Se hubiera derrumbado la novela? ¿O al menos abriría en el medio y expondría un montón de grietas (que era por qué su novio insistía en que se pusiera el prendedor en primer lugar)? Haré lo mejor, a pesar de ellos, para «desprendedar» estos cuentos.*

La ventaja del cuento sobre la novela es que en el cuento agarras al protagonista en el clímax de su vida, pero en la novela tienes que seguirlo desde el día que nace hasta el día que muere (o casi lo hace). Abre cualquier novela en algún punto al azar y usualmente lo que está pasando es aburrido o sin importancia. La única manera de redimir esto es a través del estilo. No es lo que está pasando si no cómo está narrado. Muy pronto el novelista profesional adquiere la facultad de describir todo con estilo, y el contenido desaparece. En un cuento, a pesar nuestro, no puede suceder nada de esto. Algo importante tiene que ocurrir. Creo que es por esto que los talentosos escritores profesionales de ficción pueden escribir novelas. Una vez que su estilo es perfecto, ya lo han hecho. Virginia Woolf, por ejemplo, escribió mucho sobre nada.

En estos cuentos, sin embargo, recuerdo que en cada caso, antes de que me sentara a escribir, tenía que tener una idea. Tiene que haber un concepto real: una cosa real desde la cual el cuento está escrito. Tiene que existir siempre la posibilidad de decir, «¿Has leído el cuento sobre...?» y ahí saber sobre qué era. Si la esencia de esta idea (como el Dr. Willis McNelly sostiene), si en realidad la idea es el verdadero «héroe», entonces el cuento de CF probablemente mantiene la forma de CF por excelencia, con la novela de CF girando tontamente, una expansión en todas sus ramificaciones. La mayoría de mis novelas son expansiones de cuentos anteriores, o fusiones de varios cuentos, superimposiciones. El germen descansa en el cuento; en un sentido muy real, que es su verdadera destilación. Y algunas de mis mejores ideas, que significa la mayoría en mí, nunca las podría expandirlas en forma de novela. Ellas existen sólo como cuentos, a pesar de todos mis esfuerzos. (1976)

Librodot